



Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

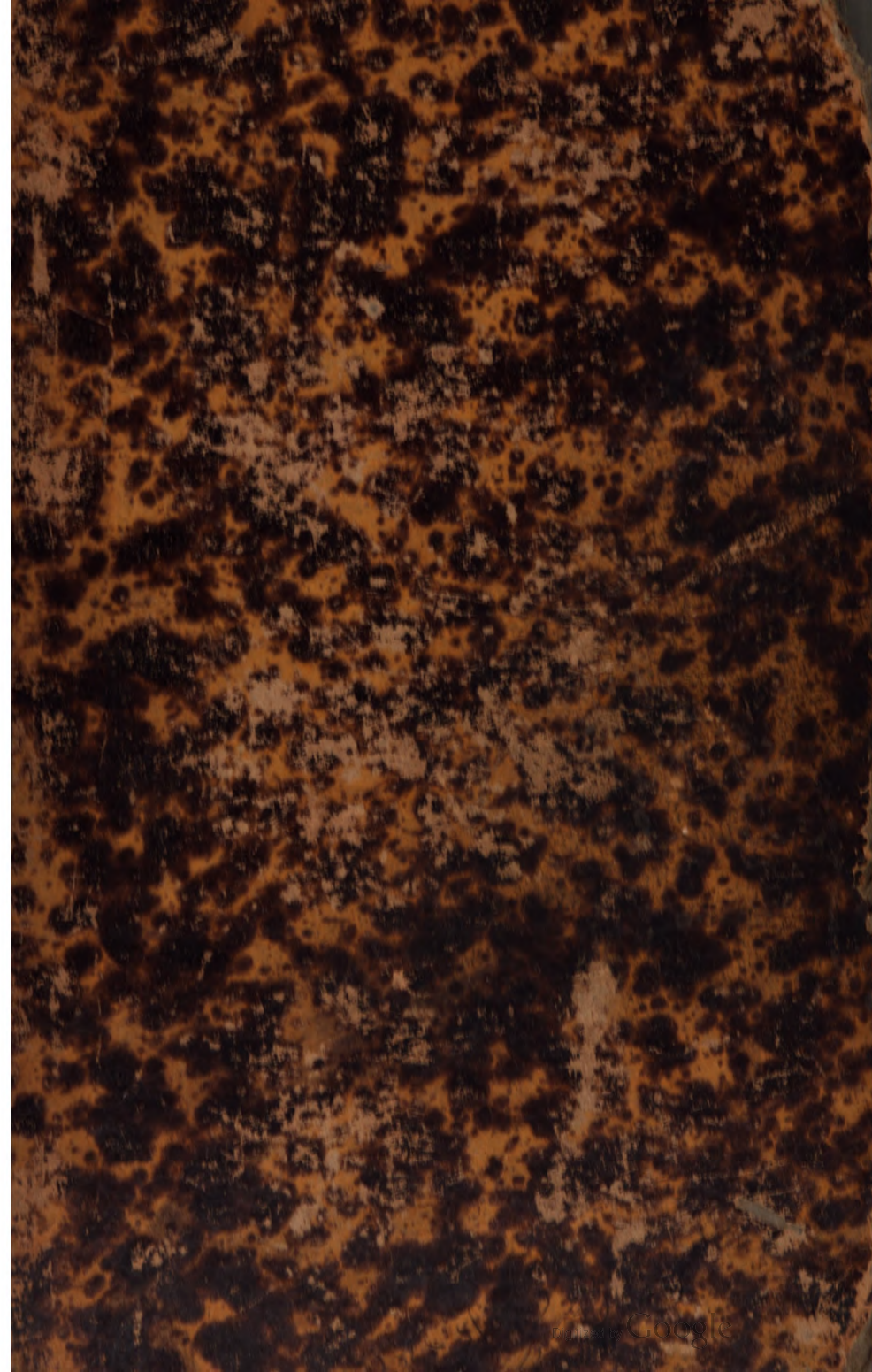
Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

- + *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.
- + *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.
- + *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.
- + *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

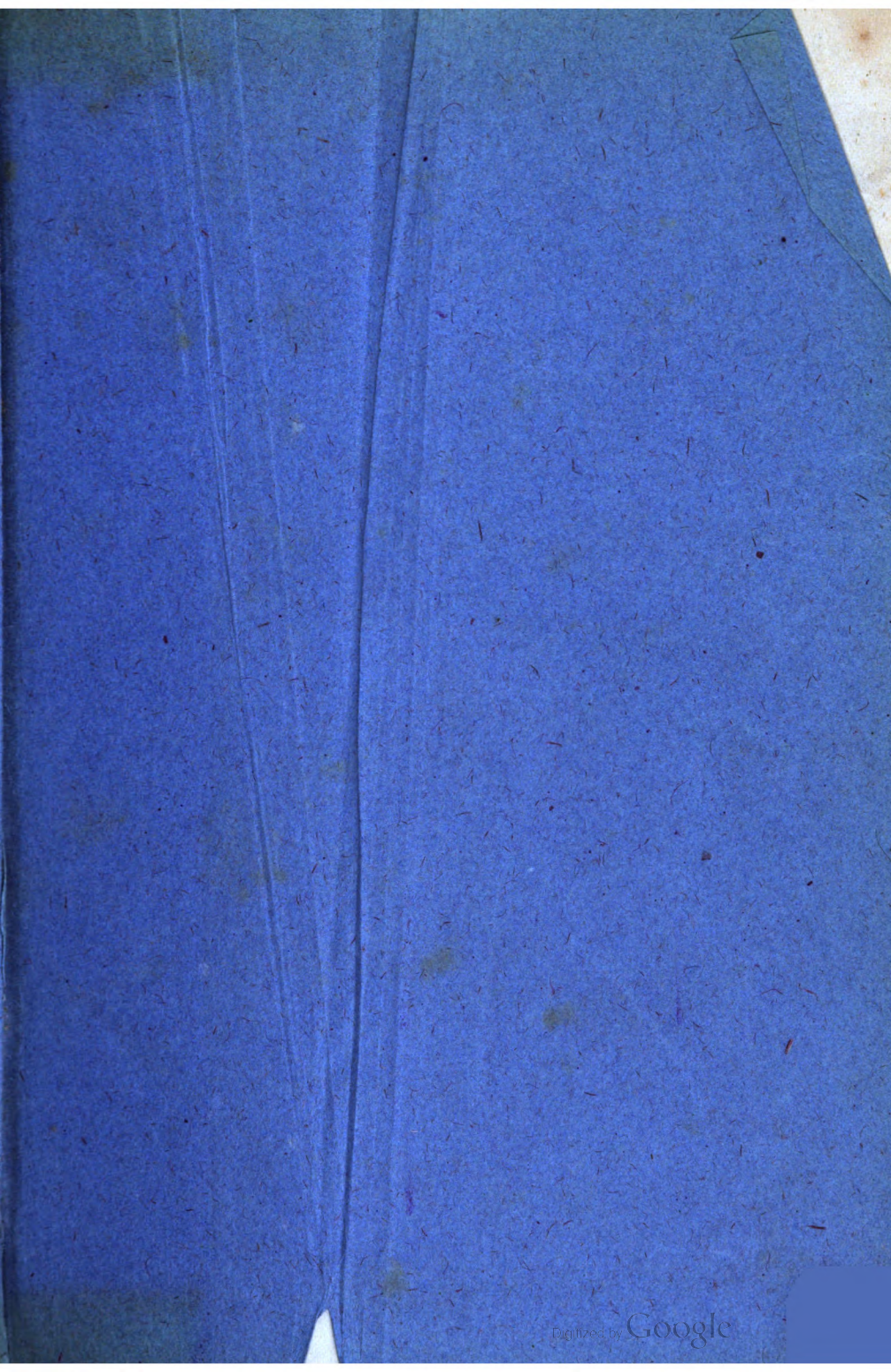
El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página <http://books.google.com>



29

E

50
B
X





EL
PERFUME DE ROMA,

POR

LUIS VEUILLLOT,

TRADUCIDO

POR LOS SRES. D. DE G. Y G.



MADRID :

IMPRESA DE LA ESPERANZA, Á CARGO DE D. ANTONIO PEREZ DUBRUL,
calle del Pez, núm. 6, principal.

—
1862.



THE UNIVERSITY OF CHICAGO

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

THE UNIVERSITY OF CHICAGO



EL PERFUME DE ROMA.

¡Roma! Nombre lleno de misterio. Desde que este nombre se ha dado á conocer en las naciones, siempre se ha pronunciado ó con odio ó con amor, y no se sabe quién se ha llevado la palma, si el furor del odio, si la fuerza del amor. Mientras que la vanidad del espíritu moderno se lisonjea de humillarlo todo, de conciliarlo todo, únicamente el odio y el amor á Roma continúan su antiguo combate con mas ardor que nunca.

El odio hace derramar sangre y lágrimas, al paso que el amor no pone término á los sacrificios. El combate terminará solamente en los umbrales de la eternidad con el triunfo del amor. Hasta entonces el odio se mostrará victorioso, si bien en realidad habrá sido ya vencido.

La derrota del odio consiste en tratar en vano de vencer á la muerte, porque esta, arrebatándole los objetos que él aborrece, llegaria á arrebatarle, y aun á hacerle desaparecer á él mismo. Roma no perecerá, y su gloria oprimirá siempre á sus enemigos.

¿Quién podrá hablar de Roma con la fria indiferencia con que puede y suele hablarse de las mas notables ciudades, tales como Berlin, Lóndres ó Paris? Impo-

sible : en Roma habrá siempre un germen de amor para unos, como de odio para otros, que en vano buscaríamos en cualquiera otro lugar de la tierra. Roma ha sido, y será siempre, la señora, la soberana de todas las naciones, lo mismo cuando dominaba en nombre de Satanás que cuando en nombre de Dios estienda su imperio. Cuando tenía el mundo bajo sus pies, le humillaba cual á esclavo; ahora que le eleva le dirige hacia Dios.

Roma sujetó en otro tiempo á la tierra, y se alimentó de la sangre y de la carne de la humanidad; y ahora Roma ha cogido en sus brazos al género humano como á un niño enfermo, le ha hecho respirar el aire saludable de las alturas, y le ha alimentado con la carne de Jesucristo, el Dios vivo.

¡Dios sea bendito! Yo soy uno de aquellos á quienes Roma ha levantado de la abyeccion, arrancándome de las garras de la antigua muerte. Su mano luminosa me ha conducido á las divinas alturas; su mano maternal me hizo respirar el aire divino, y su mano santa me ha fortificado con el divino alimento. Yo soy uno de aquellos que han recibido de Roma la vida, y que la consagran, en prenda de gratitud, el mas tierno amor.

Cuando visité á Roma por primera vez, tan lejos estaba de saber que yo era una de esas víctimas de la muerte, y de que en ella habia de encontrar la vida, como que ignoraba en qué consistia la muerte y en qué consiste la vida. Pero cuando vi, repito, á esa Roma augusta y hube respirado su indefinible perfume, comprendí al momento que yo seria capaz de amar, y que amaria algun dia.

¿Y qué es el perfume de Roma? La alquimia no podrá jamás analizar los elementos de que se compone, ni el entendimiento elevarse á las altas regiones que aquel ocupa. Para percibirle, es necesario un alma. Y Roma, tal como el cristianismo la ha constituido, con lo que ha colocado, y con lo que ha dejado en ella de lo que anteriormente existia, es la ciudad de las almas. Su lenguaje peculiar le entienden las almas todas; pero el entendimiento solo, es decir, separado del alma, no puede entenderle jamás.

Y aun esa preocupacion vulgar, conocida con el pomposo nombre de *privilegiado talento*, es absolutamente incapaz de comprender á Roma, porque no comprende el lenguaje que ella dirige al alma; y lo que es mas aun, impide al alma misma el escucharle. Ignora en qué consiste la soberana belleza de aquella inmortal ciudad, y la convierte en mofa; para combatirla afila sus armas, y se prepara á rechazarla.

Ese *privilegiado talento* jamás llega á personificar el odio, á lo mas es su esclavo. El odio ya le emplea ó ya le desprecia, á merced de su capricho, sin que por eso el talento se dé por sentido, ni se retraiga de su servicio; antes por el contrario, se someterá á él, porque tiene el sentimiento del temor. Esto no obstante, el talento que se precia de privilegiado, se esforzará, se agitará, y mantendrá continua alarma, porque está enorgullecido con sus propias fuerzas. Mas no se deduce de aquí que Roma deje de prestarse al ejercicio de un privilegiado talento, sino que se encierran en ella tantas cosas venerandas y sagradas, que su profundidad nunca llegará aquel á medir cumplidamente. Al contemplarlas el hombre se siente como oprimido por su peso, y no puede menos de prosternarse.

En los depositarios de los divinos misterios, el *pri-*

privilegiado talento no ve mas que fragilidades humanas. Observa la veta que cruza el mármol, y la arruga que surca el rostro, y dice: «La Divinidad está ausente.» Su triunfo consiste en permanecer en pie en medio de la multitud prosternada; en murmurar una cancion mientras resuena el cántico de la plegaria, y en levantar la frente cuando desciende la bendicion.

El dice á la bendicion: «Ve á buscar cabezas menos esclarecidas. La mano que te envia, no es otracosa que una mano mortal.» Así el *privilegiado talento* se hincha y contonea en toda la Ciudad Santa, *tanquam pollus onagri*.

En cada siglo, por lo menos, un *privilegiado talento* se ha encargado de escarnecer á Roma, y en el último siglo este privilegiado talento vino de Dijon, y fue el del sabio presidente de Brosses. Imitador suyo es el gran talento que en la actualidad se agita, y cuyo nombre me abstendré de pronunciar.

Sucedió á este mordaz presidente, algunos años despues, otro peregrino escéptico, atraído desde Alemania por la vehemencia de sus aspiraciones. Era igualmente un hombre de no menos talento que sabiduría; pero al que no faltaba orgullo, que sin duda debiera al protestantismo, al que reconocia como á padre: en una palabra; era hijo del odio. ¿Se unió al coro de las manifestaciones? No; era otro su genio.

En su alma cautivada por el protestantismo, hinchada por el orgullo, y ligada por los sentidos, el genio hacia penetrar vivos y ardientes rayos, y entonces la mirada de este hombre, como la de un águila cautiva, abarcaba vastísimo horizonte. Este hombre era Juan

Wolfgang Goëthe. Su nombre resuena en regiones mas elevadas que el del presidente de Dijon, y resonará mas largo tiempo que el de este.

Tenia cuarenta años, y ya se le conocia por el gran Goëthe : renombre debido á la madurez que presidia á sus obras, y la que perpetuará su fama. Oigámosle hablar sobre Roma cuando escribe á sus amigos de Alemania y les envia aquellos pensamientos y aquel ritmo, en bosquejo, sí, pero que mas tarde debia formar la cancion de Mignon.

«Al contemplar que vuestros corazones, lejos de suspirar por la vuelta á estos paises, se encontraban aprisionados por el imán del Norte, solo entonces pude resolverme á emprender un largo y dilatado viaje, buscando el centro al que me arrastraba una invencible pasion.

»Sí, yo estaba enfermo, y por lo tanto me era indispensable satisfaciase este deseo. Los amigos y la patria me eran cada vez mas queridos.

»He volado atravesando ciudades. Impulsado por el deseo de ver á Roma, no podia detenerme en parte alguna. Solo tres horas permanecí en Florencia.

»Veo, al fin, lo que tantas veces he contemplado con la imaginación. Nada he encontrado que me fuera desconocido; pero se me ha presentado todo revestido de una claridad tal, que puedo considerarlo como nuevo.»

Pigmalion forja una imágen de Elisa conforme á su ilusion y fantasía; la presta una verdad y una vida tan animada cuanto puede imprimirla un gran artista á su obra predilecta, y, sin embargo, esa creacion palidece cuando Elisa se adelanta y le dice: «Soy yo.» ¡Qué diferencia entre la realidad y el sueño, entre la piedra cincelada y la vida!

Goëthe parte de Roma con el dolor de alejarse de

ella para siempre, con ese dolor que solo puede sentir el que realmente la ha visto. Dolor querido, flor de un recuerdo, que únicamente se abre en la tristeza de la noche; pero que es, no obstante, de tan extraordinaria belleza, que se teme la llegada del día, porque ha de cerrar su corola, y el soplo de la prosperidad, porque ha de disipar su perfume.

«¡Oh! exclamaba él; ¿quién podrá comprender la amargura que produce abandonar á Roma sin esperanza de volver á ella, sino aquel que la haya experimentado vivamente?» Y tomando las palabras de Ovidio, los dísticos del poeta desterrado ocupaban sin cesar su pensamiento y su corazón.

Pero Goëthe queria palabras peculiares suyas para expresar los sentimientos que en él habian nacido; porque su única alegría era pintarse á sí mismo su dolor. Y así como al ir á Roma nada fue capaz de detenerle, así al alejarse de Roma nada podia cautivar su atención; él se embriagaba con sus propios recuerdos.

Cuando en Florencia, en esos jardines creados por el lujo y destinados al placer, compuso, á pesar suyo, las escenas del *Tasso*, decia : «Mis recuerdos son el pensamiento doloroso que preside á todo el poema; porque son los suspiros de un alma apasionada que se encuentra condenada á un destierro irrevocable.»

Hé aquí lo que debe asombrar al festivo presidente de Burgogne y al imitador que se alimentó con su savia, nacido para gloria de los tiempos presentes; á ese imitador que no quiero nombrar. Goëthe honraba y amaba á Roma hasta tal punto, que le bastaba contemplarla en su imaginacion para que se despertasen en su alma todas las amarguras del destierro. ¡Imitador! resuelve este problema romano.

Y, sin embargo, Goëthe se ha detenido ante un grosero velo. No ha conocido la verdadera Roma. Ha aspirado su perfume como los profanos que penetran en nuestros templos, y que aspiran el grato aroma del incienso, sin saber que, así como la melodía de los cánticos y el oro de las vestiduras, el humo del incienso es una plegaria.

Era pagano: repetía con entusiasmo los versos de Ovidio, y se despedía con dolor de los dioses del Capitolio. Apenas llegó á entrever á la gran Roma, á esa reina que aun ciñe la corona del mundo, á esa Roma espiritual y divina, objeto de nuestro amor y fundamento de nuestra gloria, apenas supo que la veía.

Porque el verla y contemplarla de cerca únicamente es concedido al ojo sencillo de la fe. Porque aquella ciudad santa, así como el Dios que la llena, se oculta á los soberbios y se revela á los humildes. Porque el orgullo del entendimiento puede recorrerla en todos sentidos, y permanecer en ella, pero no llegar á descubrirla. ¡Dichoso él si puede al menos sospechar que existe, gracias á las benignas influencias de que ella misma le inunda!

Lejos de eso, el humilde peregrino que ha doblado su rodilla ante la cúpula coronada por la imperecedera cruz, y que ha tocado con su frente el pavimento de los santos lugares; el hijo de la Iglesia que ha venido para honrar á Pedro, bien que quiera consagrar al tiempo mismo un recuerdo á César, ese es el verdadero huésped de Roma. Roma le hablará, y él la consagrará su amor. Roma estará siempre abierta para él, así como la casa del padre tiene siempre francas sus puertas para el hijo. El tendrá la llave de sus misterios, la inteligencia de sus armonías, el encanto incomparable de sus perfumes; él lo comprenderá todo,

lo adorará todo, y él guardará la seguridad y las delicias de su amor.

Yo vine á Roma la primera vez sin propósito fijo y sin anhelo. « Verás, me dijeron, el Capitolio, el Vaticano, el sepulcro de Cecilia Metella, las Catacumbas, las fiestas del Carnaval en el *Corso*, y las ceremonias de Pascua en la basílica de San Pedro. » Pero ¿qué me importaba todo esto? Sin embargo, yo habia pensado en mi interior: « durante algunos dias no me veré á mí mismo. »

Y anduve errante por las calles de Roma. De todo lo que me dijeron que veria, nada ví. Mi alma no conocia, y mi pensamiento no guardaba ningun recuerdo de cuanto contemplaban mis ojos y de cuanto tocaban mis manos. El perfume de Roma envolvía mi alma, y la abstraía del mundo exterior. Venia la noche, é ignoraba en qué habia empleado todo el dia, porque el mágico perfume no se desvanecía jamás.

Saboreaba algunas veces con cierta angustia esa sensacion estraña, ese indefinible perfume que por do quiera se aspiraba, y hasta entonces no habia llegado hasta mí. ¿ En qué consistia ese perfume que penetrando en mi alma, sin interesar los sentidos, era como una inspiracion y una luz, pero que me impedía ver y oír lo que pasaba en derredor mio?

Este perfume era como una nube, que al par que ocultaba la Divinidad, la revelaba al mismo tiempo, y cuyas huellas seguía anhelante y subyugado, á pesar de que no conocia aun el centro de que aquel emanaba: y le seguía apartándome de las sendas por las que hasta entonces habia caminado. Bien pronto conocí que

entendia una palabra, cuyo significado ignoré por mucho tiempo; esa palabra era la palabra de Roma, la palabra de Dios.

La luz que bañaba por primera vez mi alma, me hizo menospreciar todas las cosas exteriores y sensibles, y comprendí que era la verdadera luz la que da á todos los objetos su verdadera forma, pero que oculta habia permanecido hasta entonces á mis ojos: era la luz de Roma, la luz de Dios. Y en ese perfume, en esa palabra, en esa luz encontré lo que ni conocia ni buscaba: Dios, Roma, y yo mismo.

¡Veré al Papa! dije, con toda la soberbia propia de un hijo de los tiempos modernos; como si se tratase simplemente de un sacerdote, ó á lo mas de un Rey; pero siempre de un mortal. Mas, gracias á Dios, cuando llegué á subir la escalera del Vaticano, me habia ya humillado, regenerado por la penitencia, y despojado hasta de las huellas que imprime en el alma la soberbia de los tiempos modernos.

Yo era ya el hombre de los antiguos dias, el hombre del bautismo, el hijo de la antigua Iglesia, la que ha precedido á todos los tiempos, la que presidirá á todas las edades, y la que, despues de todos los tiempos y de todas las edades, sobrevivirá aun para llenar la eternidad. Ya era el hombre creado por el Omnipotente en Adán, para *conocer, amar y servir á Dios, y alcanzar la vida eterna*. Ya era el heredero de esa promesa tan largo tiempo olvidada por el mundo, renovada en vano por tantos filósofos, ignorada por tantos presuntuosos sabios, desdeñada, en fin, por tantas encumbradas grandezas. La habia recibido, me pertenecia, y al mismo

tiempo que estaba seguro de su posesion, poseia tambien mi alma y mi soberanía. No era un simple curioso, ni un extranjero en la Real ciudad de la Casa Santa.

Era el ciudadano, y podia y debia aspirar al honor de defender mi patria. Aun mas : era el hijo del Rey que habitaba mi propio hogar al habitar este lugar sagrado, ese mismo y suntuoso palacio. No venia aquí á saludar á uno de esos hombres que se dan á conocer como señores, y que ostentan sobre su frente una diadema que á menudo les ciega, y que la fuerza es bastante á destrozar.

Me dirigí hácia aquel á quien Dios ha designado para ser el representante vivo de la misericordia y de la justicia, representante vivo del Dios vivo : hácia aquel á quien Dios mismo ha coronado con diadema siempre esplendorosa, la cual nunca podrá ser hollada por las plantas de la sedicion, ni caer jamás en los abismos insondables de la muerte. ¡Oh soberano Señor! Es verdad: soy católico.

Penetré, no con orgullo, pero tampoco abatido; no con seguridad, pero tranquilo; no temblando, pero conmovido hasta el fondo de mi corazon. Vi el blanco ropaje del gran anciano. Ocho años hacia que Gregorio ostentaba la tiara, y aun su peso no habia llegado á abatirle. Ocho años hacia que su mano gobernaba en la violencia de la tempestad, y, no obstante, siempre estaba pronta para bendecir.

Olvidé al anciano, al doctor, al Rey, al Obispo: un título mas augusto coronaba aquella frente majestuosa y serena; un título mas dulce irradiaba en aquella frente llena de bondad. Me prosterné ante el *immortal*, ante el Vicario de Jesucristo, ante el vicario del amor, y le llamé *mi padre*; y él me dijo inclinándose para bendecirme : ¡*Figliuolo!* ¡Hijo mio!

Añadió algunas palabras, pero yo no oí mas que esta espresion. En ella sola lo habia oído todo, comprendido todo. Yo era un jóven sin posicion, sin fortuna, sin nombre; era un oscuro viajero. Y esta acogida de la inmensidad del poder hecha en favor de la humildad de la pobreza; la dulzura de aquella majestad, y la ternura de aquella sonrisa, me demostraron la dignidad del cristiano.

Figliuolo! ¡Hijo mio! Con una sola mirada recorrí toda mi vida, me ví algunos años atras bajo los rigores de la indigencia, mas tarde... mas pobre aun, agobiado por las aflicciones de mi espíritu. ¿Quién, fuera de mi padre, me habia dado jamás este nombre con semejante acento, con tal sonrisa, y de quién otro, fuera de él, le hubiera yo aceptado?

¡Hijo mio! ¡Cuántas veces este nombre se ha levantado súbito en el fondo de mi pensamiento como una llama que iluminaba las cosas santas! Esta palabra me ha hecho conocer mas á fondo la historia del cristianismo y la historia del género humano. Antes de Jesucristo, antes del Papa, esta era una palabra que faltaba en el mundo, y que aun en el seno de la familia misma no poseia tan mágica dulzura, energía tanta.

Comprendí que el género humano no solo tenía jefes y maestros, sino que tambien tenia un padre. Penetré toda la espresion de ese símbolo del buen Pastor, sobre el que mis miradas se habian fijado vagamente en las Catacumbas algunos dias antes. El buen pastor va á buscar su oveja, la liberta de los abrojos, y la vuelve al redil sobre sus espaldas.

¡Cuántos derechos incontrovertiblemente sostenidos, cuántas debilidades valerosa y amorosamente protegidas, y al mismo tiempo cuántas pasiones calmadas, cuántas querellas apaciguadas, cuántos orgullos humi-

llados y aniquilados por la accion de esa Majestad divina, que fija tiernamente sus miradas sobre el mas pobre de los mortales, y le dice: ¡Hijo mio!

Despues, tres veces los impulsos de mi corazon, victoriosos de los obstáculos de la vida, me han llevado nuevamente á Roma y al Vaticano. En Pio IX he encontrado mas dulce aun, pero menos firme, la majestad de Gregorio. He hallado de nuevo el corazon del padre; he recibido otra vez el nombre de *hijo*. Llegó un dia en que tuve que pedir justicia, y el juez, tan solícito como el padre, se mostró clemente, y realzó mi humilde derecho que una mano poderosa se habia atrevido á conculcar.

En otra ocasion, oprimido por la fuerza é insultado por la misma fuerza que me oprimia, sin recursos que oponerla, y tratado así, á Dios gracias, porque habia cumplido con mi deber; triste por contemplarme inútil, y sin embargo alegre, con esa satisfaccion que experimenta el soldado herido en la refriega, me presenté de nuevo ante el Vicario de Jesucristo.

¡Oh cielos! Cuando me prosternaba para recibir su bendicion, oí de su boca la dulce frase que cicatrizó mi herida: *Beati qui persecutionem patientur propter justitiam; quoniam ipsorum est regnum celorum*. Sí: mis oídos oyeron esas palabras, y la alegría y la paz penetraron en mi corazon.

Mi entusiasmo subió de punto, porque al oír esas divinas palabras, mi alma se las aplicó al mismo que las pronunciaba. ¡Bienaventurado sois, pues, vos, oh Santísimo Padre! ¡Oh justo, hecho victima de la traicion, azotado y crucificado! ¡Oh custodio y defensor

de la justicia que sufrís por ella tan encarnizadas persecuciones!

Bienaventurado sois, vos, que sufrís en vuestro calvario sin exhalar un lamento, sin entregaros al temor, combatiendo por la justicia, persuadido de que la justicia misma que defendeis triunfará irremisiblemente. Y los que besamos vuestros cautivos pies, y sentimos posarse sobre nuestras cabezas vuestras encadenadas manos, nosotros somos los que recibimos sobre nuestras cabezas la sangre derramada en la cruz.

El doloroso aspecto de Roma, ora cautiva y desolada, ora ingrata y rebelde, pero por todas partes invadida, la imagen de la angustiada majestad del Vaticano en que se representan las escenas del Gólgota, todos estos espectáculos que destronan el corazón, todas estas terribles imágenes se presentan á nuestros ojos y desgarran nuestra alma, sin que por eso la desesperación se apodere de ella. Porque sabemos que la justicia vencerá, sabemos que Dios os dará la victoria, y sabemos, en fin, que Roma es vuestra.

Pedro se la arrancó á Satanás para hacer de ella un homenaje á Jesucristo; y una secta enemiga de la dignidad y de la libertad humana ha tomado las armas para apoderarse nuevamente de Roma, y restituírsela á Satanás. ¿Y sería Pedro, y Jesus con él, desterrado de Roma? ¿Sería posible que manos enemigas surcaran y devastaran este sagrado suelo, estrayendo de él los venerandos huesos de los mártires, y demoliendo sus suntuosos templos?

Roma sería despojada de todos los tesoros que forman la herencia común de los hijos de Cristo, por el furor frenético de esas manos impuras y violentas; que al mismo tiempo que la inundaran con los pomposos monumentos de su brutal corrupción, alzarían en ella

los teatros y palacios de la orgía y del festín, y en ella asentarían un trono rodeado de espías y soldados.

Entonces Roma perdería ese perfume que nos atrae hacia la vida celestial y divina; el alma y la libertad del hombre perderían su mas precioso refugio; la humanidad preguntaría desolada en dónde residía su Pastor, y vendríamos á ser todos extranjeros en Roma, porque nuestra herencia nos habia sido arrebatada. Y el género humano, ¿dejaría destronar á ese Rey á quien todos podemos llamar *padre*, y que nos contesta á todos *hijo mio*?

Y los que tratan de llevar á cabo este infernal proyecto, ¿se prometen conseguirlo? ¡Oh! no lo creo. Y si me responden que son bastante astutos y bastante fuertes, y que la humanidad sin Dios no es solamente una fiera, sino mas bien una bestia traidora, yo les responderé que por lo mismo ha rescatado Dios al género humano.

Ese decantado poder logrará conquistar á Roma, saquearla, devastarla, embellecerla á su manera: todo esto es posible; y lo conseguirá si el mundo ha merecido este castigo, y si Dios lo permite. Pero Dios, es Dios Omnipotente, y Dios es Padre. El devolverá el Papa al mundo, y Roma al Papa.

Y Roma desierta, y Roma destruida, volverá á poblarse, y sus edificios se levantarán de nuevo. Las creaciones modernas caerán ó serán purificadas, y se levantará un viento que llevará muy lejos al nuevo trono con lo que sobre él se haya colocado, y cuanto á su derredor pueda levantarse para aumentar su brillo y solidez.

Y nuestros descendientes encontrarán en la Ciudad Santa los perfumes de Roma, los perfumes de la ciencia y de la santidad; que con sus luces y elocuencia les enseñarán la historia de la vida. Y, como nosotros, ven-

drán á Roma otros muchos desde las mas apartadas regiones, y que, de doquiera procedan, serán los hijos de la ciudad, los hijos del Rey; y, por mucha que sea su pequeñez, verán la grandeza de ese Rey inmortal, y le dirán : *Padre mio* : y les contestará á todos : *Hijos mios*.

¡Oh Dios del cielo y de la tierra, que habeis escogido á Roma entre el cielo y la tierra como un lugar á donde os dignárais descender, y á donde nos seria dado subir para hallaros, y para fijar nuestras miradas hasta en el mismo cielo, para veros con nuestros mismos ojos, para tocaros con nuestras propias manos, y para escuchar con nuestros propios oidos vuestra divina voz! ¡Oh Dios del cielo y de la tierra, Dios de los pobres, Dios de los débiles, Dios de los ignorantes, Dios de misericordia que formais y alimentais nuestros buenos deseos, yo os bendigo por haberme llevado á vuestra Roma, por haber iluminado mi inteligencia con su palabra, por haber purificado y abierto mis ojos con su luz, y por haberme hecho conocer, en fin, el cielo, la tierra, á mí mismo y á Vos.

LIBRO PRIMERO.

El camino.

I.

La máquina y el espíritu.

Roma, podemos decir, se encuentra ya en el mismo camino que á ella conduce : el perfume de Roma se aspira apenas se determina el tan dichoso viaje. *¡Voy á Roma!* Hé aquí una espresion que jamás podrá confundirse con la que, idéntica, sale de nuestros labios al anunciar nuestra decision de visitar otras apartadas ciudades : al articular aquellas palabras, nuestra voz tiene un acento peculiar, y al emprender el viaje, nuestro ánimo recibe singularísimas impresiones.

Hémos ya en marcha llenos de alegría, cargados de votos y ofrendas de nuestros amigos y parientes, cual embajadores de la ternura cristiana cerca de los santos, á quienes vamos á implorar desde sus mismas tumbas. Caminamos hácia el Sol, hácia la oracion, y yo aun me atreveré á decir mas; caminamos hácia la libertad.

Tales alegrías merecerian ser compradas con algunas penas. En otro tiempo el peregrino caminaba de aldea en aldea, entonando cánticos, examinando su corazon, é invirtiendo en esto un dia y otro dia. ¡Cuántas

veces imploraba de la caridad su hogar y su alimento!

Los hombres de aquellos tiempos eran dueños de la vida y de sí mismos, y eran dueños del tiempo tambien. El tiempo era suyo, disponian de él, y le prodigaban. Y consagraban tiempo á la oracion, al estudio y al recreo. Poseian, en fin, el tiempo suficiente para viajar á pie.

Nosotros, dichosos hijos de esta bella edad, economizamos nuestro tiempo. El tiempo es dinero. Tomemos las vias rápidas, precipitémonos, devoremos el camino, á fin de estar de vuelta dentro de una hora, para entregarnos de nuevo al trabajo, á los negocios, á la caza, y á la adquisicion del dinero.

Se nos *engancha* á una locomotora. ¡Ah! yo nunca hallaré palabras para alabar esta máquina veloz : jamás me agradará su humo, sus silbidos, su brutal y servil trayecto sobre hendida tierra. Jamás miraré con satisfacción y contento los autómatas uniformes que sirven al monstruo.

Detesto su rapidez. Esa rapidez, quitándome el deseo, me deja la impaciencia. Me desagrada el verme obligado á marchar tan de prisa, el estar á las órdenes del pito y del reglamento, y el no ver por todas partes mas que la imagen de la servidumbre, y encontrarme yo mismo bajo su yugo.

El camino de hierro es la espresion insolente del menosprecio de la personalidad, y del anonadamiento.

de la libertad. Nada figura mas exactamente á la democracia. Yo no soy ya un hombre, soy un *fardo*; yo no viajo, sino que soy *remitido*.

A ambos lados de la vía férrea se levantan los postes del telégrafo eléctrico. Vosotros decís que por él vuestros pensamientos viajan con la rapidez del rayo; por él no viajan mas que la Bolsa y la policía. Y yo os digo que la libertad está ahorcada en esos postes.

Cuando miro esa barra de hierro sobre la cual tan rápidamente me deslizo, y ese alambre que corre todavía mas rápidamente que yo, entonces es cuando comprendo bien la oportunidad de aquellos versos :

Voyez-vous ce filet que par les airs chemine (1).

Hijos del progreso, leed á La Fontaine. Ese hilo es la jaula. Cuidado con el caldero.

No hay duda; bien pronto sabreis por la noche en Paris las novedades ocurridas en el dia en la Bolsa de Pekin. Muy pronto tambien la misma voluntad será arbitra en Paris y en Pekin, y dictará por la mañana en Paris los decretos que sin réplica obedecereis por la noche, aunque esteis en Pekin.

Esta voluntad se propondrá ante todo doblegar vuestra frente, sin cuidarse de vuestro modo de pensar. No os dirá : *Obedece ó muere*, porque esa frase es demasiado poética y demasiado condescendiente. *Obedece*, es mas telegráfico; lo demas por sí mismo se desprende.

Nuestro amigo Coquelet (¿conque viene á Roma con nosotros?) es acérrimo partidario de la fotografía, de la estenografía y de la electrografía. Hé aquí,

(1) ¿Veis ese hilo que camina por los aires?

dice, unas verdaderas maravillas: cuando pienso en ellas, me exalto. Descaria tener para celebrarlas el genio de Babinet.

«La inteligencia humana es, por fin, dueña de las fuerzas de la naturaleza. Por medio de ellas duplica y decuplica la vida. ¡Qué digo! vivimos ahora en un año mas que nuestros padres en todo el curso de una larga existencia.»

Queriendo aprovecharse de mi lado vulnerable, Coquelet proseguia: «Imaginaos un sacerdote elocuente; puede predicar el mismo dia en tres ó cuatro ciudades. Sus discursos recogidos por la estenografía, trasportados por la telegrafía y multiplicados al punto por la fotografía, pueden conocerse en una misma semana en las cinco partes del mundo... Y vos, ¿no reconocereis este adelanto? ¿y le rechazareis?»

—¡Oh Coquelet! Un orador capaz de pronunciar el mismo dia tres discursos en tres diversas ciudades, ¿dónde encontrará tiempo para componer un buen discurso? El pensamiento forja alas para remontarse hasta la luz; pero esas alas le empujan harto lentamente, mientras que él camina á pie.

El pensamiento tiene poco consorcio con las improvisaciones. Yo no he leído que Tomás de Aquino predicase el mismo dia en tres lugares distintos, si bien tampoco todos los dias en un mismo punto. Santo Domingo, San Vicente Ferrer y San Bernardino de Sena iban á predicar á pie.

No consiste el poder del orador en marchar muy aprisa, sino en merecer que se corra en su seguimiento. Ahora bien; se corre detras del que dice algo, no detras del que solo arroja palabras al viento. Pero ¿dónde se encuentra qué decir? En la soledad; y ella es la que enseña á espresar lo que se ha hablado.

El Dr. Santo Tomás emprendia con el pensamiento largas jornadas con su libro debajo del brazo, un báculo en la mano, y muchas veces con las sandalias colgadas á la cintura. Así lo habian practicado San Pedro y San Pablo, Santo Domingo, San Bernardo, y tantos otros.

Y estos pedestres viajeros no dejaban de conducir al pensamiento á buen término y por largo tiempo. Cuando llegaban, su pensamiento tenia alas, y una voz que le ponía en estado de adelantarse á la telegrafia. Comprendo que se trasmita telegráficamente un discurso de M. Chose. Pero ¿qué falta hace la subvencion de vuestra máquina á una decision de Santo Tomás de Aquino, á una página de Bossuet, á un capítulo de José De Maistre, á un verso de Corneille, á una carta de Sévigné, á todos estos pensamientos y á todas estas formas del pensamiento?

¿Habria escrito Santo Tomás la *Summa* si hubiese viajado en camino de hierro? ¿Se ha concebido y compuesto la *Imitacion de Jesucristo* en camino de hierro? ¿Qué relacion existe entre el camino de hierro y Homero, y el Dante, y Shakespeare, y la cancion de Rolando?

Felicidad á la banca, á la industria y á la cocina. Decid en hora buena que el algodon, la hulla, el melon y las ostras viajarán de hoy en adelante en alas del rayo; mas el pensamiento y el arte nada tienen que esperar ni del camino de hierro ni del alambre eléctrico. Si el pensamiento y el arte deben perecer, estas máquinas se encargarán de darles muerte.

¿Qué hubiera sucedido si la marquesa de Sévigné hubiese tenido el alambre eléctrico á su disposicion cuando la condesa de Grignan estaba próxima á los dias de su parto? Esta pregunta estremece. Veinte obras

maestras (1) hubieran perecido, y sido reemplazadas por logogrifos ridículos.

Quizá, Coquelet, no encontraremos en Roma ni camino de hierro, ni telégrafo eléctrico. No os altereis por eso. ¡Ay! esas invenciones y su cortejo de maniobras forzadas y perversas invadirán también á Roma, y esa invasión será funesta, tanto para el arte como para el pensamiento.

Quando el telégrafo eléctrico haya bajado sus precios, hará del estilo epistolar lo que la fotografía ha hecho del retrato. Entonces ya no habrá una Sévigné para eclipsar á las damas que se dedican á la literatura, ni un Rafael para humillar á los hombres de la concusión y del crimen.

— Amigo mio, me dijo Coquelet, andad con cuidado. Los cristianos como vos hacen que se deteste á la Iglesia, y perderian á Dios mismo si pudiera perdersele. Se atribuye á la Religion el esceso á que os llevan vuestras pasiones retrógradas é intolerantes, y sois causa de que se alejen ó desvien no pocos de un culto que parece condena todos los vuelos del ingenio humano.

— Amigo mio, respondí yo á mi vez á Coquelet; ese argumento me es ya conocido. Mas de una vez le he leído en *El Constitucional* y en la *Revista de Ambos Mundos* y en otras muchas partes; y por cierto que es el tema obligado de los *Veroniens* y de los *Bulazophes*, que constituyen un numeroso partido; pero yo os confesaré que le encuentro retrógrado é intolerante.

(1) Las cartas de Mad. Sévigné escritas á la condesa de Grignan, su hija.

La religion ha hecho prevalecer el pensamiento sobre la materia. Vosotros haceis prevalecer la materia sobre el pensamiento, retrocediendo así diez y ocho siglos lo menos. Tan lejos estoy de condenar los vuelos del talento, que coloco, no solo á los doctores de la Iglesia, sino á Homero y al Dante, sobre los físicos y los químicos.

¿Qué digo? Si alguno menosprecia la falange de los poetas pensadores y filósofos de estos tiempos, soy yo. Mis ideas relativas á estos maestros de la tierra, á los oradores y los hombres de Estado, sus discípulos y favoritos, pueden ser espresadas fácilmente. Moriria con el sentimiento de no haber dado á entender cuán neceios y serviles los encuentro.

No he visto jamás caer un nublado semejante de destructores ineptos sobre el pobre género humano. Ellos le arruinarán y le envilecerán mas de lo que lo hicieron los vándalos. Su odio ignorante hácia el cristianismo, su indiferencia y su abandono, sus locas tentativas y su hipocresía me llenan de horror y de tristeza.

A pesar de eso, como tienen cierta relacion, aunque lejana, con el arte y el pensamiento, los coloco infinitamente mas altos que á la informe politécnica, á la que se esclavizan ellos mismos: y si fuese necesario escoger, preferiria la pluma ó la trompa (1) de ciertos ignorantes, á la retorta y al compás de los inventores.

No me permitís que prefiera el pensamiento á la materia, y que considere al arte superior á las máquinas: quereis encorvar mi pensamiento y mi cuerpo bajo esa maquinaria que os promete bestiales goces, de modo que no solamente sois retrógrados, sino tambien altamente intolerantes.

(1) Instrumento músico.

En cuanto á la Religion, la politécnica no se ocupa de ella. Sondea esta las obras de Dios, y señala las maravillas que están mas á nuestro alcance, pero no ve al artífice, ó dice *sabiamente* que no existe. Tiempo llegará en que un miembro del *Instituto* se ofrezca á crear el mundo.

Esto me inquieta muy poco bajo cierto punto de vista. Yo estoy bien seguro por mi parte de que no adoraré jamás á este miembro del Instituto. Sin embargo, un gran número de pobres diablos vendrán á deducir que, puesto que este miembro del Instituto no es Dios, no hay Dios, y llegarán á ser ellos mismos sus propios dioses.

Este frenesí se propagará cada vez mas en la especie humana, y la especie humana vendrá á ser cada vez mas brutal y servil, y el *mecanismo* hará pesar su yugo de bronce sobre el mundo encenagado. Y esto me inquieta por vos, Coquelet. Bajo este yugo y en ese cieno no lo pasareis tan bien como lo esperais.

Respecto á nosotros los cristianos, Dios nos ha dado una luz interior que nos dirige siempre al cielo. El *mecanismo* no impedirá que los que quieran pertenecer á Dios vean siempre á Dios, y hasta podrán algunas veces obligar al mecanismo á servir á Dios. Pero estos tiempos serán terribles, y muchos hombres renunciarán á pensar.

II.

El omniarca.

«Lyon: veinticinco minutos de descanso.» Es muy sensible atravesar Lyon sin subir á las alturas de Fourvières, ni poder saludarlas de lejos. Otras veces me he

detenido en Lyon, y he recorrido esta antigua é ilustre ciudad, la Roma de los galos.

En seguida, costeanado las verdes montañas y las negras rocas, he seguido el tortuoso curso del Ródano hasta los muros de Avignon. ¡Allí, en medio de esos encantadores paisajes, he leído un precioso libro! Doble encanto que no se ha borrado de mi memoria en mucho tiempo.

Este encanto constituía la poesía de mi viaje. Mi marcha era rápida, pero no tanto que me dejase sin aliento. Había visto á Santa Irene y á Santa Blandina en Lyon; encontraba á Mad. de Sévigné sobre el Ródano.

En mi soledad, amenizada por el aspecto de nuevos objetos, hallaba un tranquilo y agradable reposo. Aprendía y pensaba. Me entretenía en hablar con gentes sencillas que no habían perdido jamás de vista su aldea, pero que no por eso desconocían las circunstancias de la vida.

—Lyon, me dijo Coquelet, se regenera: en francés se le destruye. Llorad al antiguo Lyon. Dentro de un año tendreis una ciudad enteramente nueva. Calles rectas con aceras de asfalto y edificios uniformes; calles estratégicas, cafés líricos y policía municipal; la vetusta ciudad será blanqueada, y la ciudad turbulenta se convertirá en dócil.

La Francia se renueva; el mundo imitará á la Francia. Todas las ciudades del globo serán alineadas, revocadas, edificadas de nuevo. En ninguna parte se verá ya nada viejo. Los espectros de la caducidad y de la miseria desaparecerán. En la nueva lengua del género humano no se encontrará una palabra que signifique *extranjero*.

—Añadid, Coquelet, que esta lengua universal no

tendrá tampoco palabra alguna que espresese la condición de estar cada cual en su casa. En el seno de ese mundo tan cómodo, temo que se esté estremadamente oprimido. El indispensable dueño de la democracia universal gozará indispensablemente de omnímodos poderes.

El mundo ha sido creado para no reconocer mas que á un solo Dios. Hé ahí la unidad á que aspiramos nosotros los católicos. Nosotros decimos: «Un solo Dios, un solo Pastor y un solo rebaño.» El género humano lo arregla de otro modo. No un solo Dios; al contrario, todos los dioses; pero sí un solo Rey, un omniarca que haga reinar la armonía, la igualdad y la voluptuosidad.

El omniarca será el sumo sacerdote de todas las religiones, decidirá de todos los talentos, dará todos los decretos, gobernará todas las ciudades, tendrá todos los telégrafos, llevará todas las cartas, escribirá todos los periódicos... Este bello ideal ha sido bosquejado ya en el mundo. Era la antigua Turquía.

Allí reinaba la armonía bajo el nombre del silencio, y la igualdad bajo el de la esclavitud. Allí, en los harenes, habitaba la voluptuosidad. Nosotros tenemos magníficos gérmenes para todo esto. Pero, ¿y la libertad, dónde la colocaremos? «Tenemos la imprenta, dijo Coquelet, que me asegura el porvenir.»

Si acaso en este momento el género humano parece vive lejos de la libertad y no muestra gran ardor por ella, eso no es mas que el efecto de las épocas de transición. Sobre esto nuestros mas notables publicistas están completamente de acuerdo. Pero dejadlo correr, hombre de poca fe, dejadlo correr. Llegará día en que el leon se despierte, y con su solo rugido romperá los hierros de su jaula.

—¡Así sea, mi amigo Coquelet! Y lo que vos decís, ¿se ha verificado alguna vez en el Jardín de las plantas? Yo respeto bastante al león. Este hermoso animal teme al palo, y tiene decidida afición por la comida.

Sí; los leones de Babilonia respetaron á Daniel inocente, y dos leones de Africa cavaron una fosa para San Pablo el ermitaño: sí; más de una vez en el Circo los leones acariciaban á los mártires y se tendían á sus pies. Había para esto, sin duda, motivos estraños al instinto de la fiera, porque yo creo que el león de Androclés le devoró por último.

Creo que todos los leones civilizados constituidos en Asamblea deliberante en la misma jaula, votarían que se aumentasen los hierros de su prision, y facilitarían látigos nuevos á sus guardianes á fin de obtener cada uno un pedazo de Androclés, aunque este hubiera sacado cien espinas de la pata de cada uno de ellos.

Hé aquí mi opinión sobre el león.

¡Valencia, diez minutos de descanso! En Valencia, para el viajero del Norte empieza otro cielo. El horizonte se ve desembarazado de sus grises vapores: las colinas se dibujan en un azul mas claro. Multitud de olivos aparecen sobre las abrasadas rocas: hé aquí las primeras sonrisas de la encantadora luz que baña los blancos muros de los cercados, y los rojos tejados de las casas.

Este aspecto seduce la gravedad de Coquelet, y estendiéndose la mano esclama: *¡Italiam! ¡Italiam!* ¡Cómo, mi querido Coquelet! ¿y al primer golpe de vista? Yo os felicito por encontrar todavía bellezas en las vejece de la creación, y algo agradable fuera del asfalto y de

las alineadas calles. No estais muerto, y esto me agrada.

El sol es hermoso, y la mayor belleza existe allí donde la tierra circuida de azul sonríe á las caricias de un esplendente sol; y Roma es un país de sol y de azul. No há menester el Papa del azul de Oriente; no podría habitar bajo la implacable belleza de un sol que abrasa y de un cielo sin nubes. Necesita esta zona de abundante luz y de calor templado en que el hombre del desierto y el hombre de las nieves encuentran suave y agradable temperatura.

En Valencia, en 1799, murió Pio VI en la prision. Los carceleros sellaron el ataud, y dijeron *es el último Papa*. Muchas veces fue entonces pronunciada esta palabra, se ha repetido despues, y aun todavía se oye. Cuando Pio VI murió, no habia ya sacerdotes en Francia, pero Pio IX habia nacido.

¡Id! ¡Id! Cavad fosas profundas; enterrad en ellas sellados ataudes; colocad nuevos sellos en la piedra y poned guardias al rededor: las cunas están llenas. Velad al lado de ellas: no podreis impedir que la gota de agua del bautismo caiga sobre la frente del niño. Este niño bautizado crecerá, y tendrá necesidad de Dios.

Vendrá un día en que algun verdugo le repetirá el *Credo* que habrá caído sobre él con la sangre de un mártir. Y dirá á ese niño que busca á Dios, que Dios está en un sepulcro sellado, pero que la muerte no podría guardar semejante presa, é imperturbable irá diciendo por el mundo: *¡Dios mio! ¡Padre mio!*

Este será verdaderamente el grito y el rugido terrible que romperá las puertas de la muerte. La tierra

se estremecerá, saldrá una voz de las Catacumbas diciendo: «¡Hijo mio!» Y el amor saldrá victorioso, y las tumbas tendrán hijos.

III.

Otra telegrafía.

Una pequeña detencion en un lugar desierto nos permite oir el *Angelus* del medio dia, que el viento hace llegar hasta nosotros desde un campanario oculto á la vista. Una mujer y un niño que miraban pasar el tren, hicieron la señal de la cruz y recitaron la Salutación angélica.

—¿Por qué hacen la señal de la cruz al vernos pasar, preguntó Coquelet; es al tren, ó á nosotros mismos los que toman por el diablo?

—No es ni al tren, ni á mí, ni á vos mismo, Coquelet, á pesar de vuestra malicia. Esa mujer y ese niño no piensan en el diablo; piensan en Dios.

Han oido el *Angelus*, y rezan. Escuchad esos sonidos dulces y sonoros. Son el lenguaje telegráfico de la Iglesia, inventado há mucho tiempo, y conocido por todo el pueblo cristiano.

—¿Qué dice? preguntó Coquelet.

—Dice una cosa infinitamente superior á vos mismo y á todo el Instituto, y que esos pequeñuelos, á Dios gracias, entienden todavía.

Dice que el ángel del Señor anunció á María que llegaría á ser la madre del Salvador del mundo; que María respondió al ángel: «Hágase segun la voluntad del Señor, hé aquí su sierva;» que Maria concibió por obra del Espíritu Santo; que el Verbo de Dios se hizo carne y habitó entre nosotros.

A esta recitacion divina, á esta profesion de fe, la campana añade la oracion de la Iglesia : « María, madre de Dios, rogad por nosotros, pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte. »

Eso es lo que esas pobres gentes dicen al oir la campana. « El Verbo divino se ha hecho carne y habitó entre nosotros. »

En otro tiempo, Coquelet, solamente en las tierras en que dominaba San Luis, Rey de Francia, y señor feudal de Inglaterra, ciento cincuenta mil campanarios levantaban sus cúspides hácia el cielo coronadas con la cruz del Señor. No se podia levantar la vista sin encontrar el signo de la redencion. « El Verbo encarnado ha habitado entre nosotros y ha muerto por nosotros. »

En esos campanarios, casi á todas horas del dia y de la noche, se convidaba á los fieles á entregarse á la oracion; y melodías particulares estaban consagradas para cada oficio. Por la mañana se tocaba al sacrificio, y por la tarde á las vísperas. « El Verbo de Dios se ha hecho carne, ha muerto para redimirnos, y nos amó hasta la muerte, y muerte de cruz. »

Esta voz armoniosa de la oracion recorria los campos, subia á la cima de las montañas, bajaba á la profundidad de los ocultos valles, penetraba al interior de los mas ásperos bosques, y dominaba á todos los ruidos profanos. ¡Voz de consuelo, voz de esperanza, voz de amor, voz de salvacion! « Nos ha amado, nos ha perdonado, ha muerto para redimirnos, y reina sobre nosotros. »

Esa voz hablaba sin cesar, y en todas partes era oída; sin cesar, y en todas partes, convocaba á los hombres para unirse por medio de los mismos votos, en un mismo y único amor. Ella les recordaba que eran Reyes, hijos de Dios, coherederos del cielo, y que el cielo

es la recompensa de la fe, de la esperanza y de la caridad. «María, madre de Dios, rogad por nosotros pecadores.»

Esa gran voz no se desdenaba de hablar de los hombres despues de haber hablado de Dios. Anunciaba el bautismo, el matrimonio y la muerte; pidiendo á los hombres oraciones para uno de sus hermanos que comenzaba á vivir, ó para otro que debía aparecer ante el juicio divino, ó para los que se unian con lazo indisoluble. En aquel tiempo la familia humana no conocia ni desterrados ni parias.

Así esa melodiosa telegrafía recorria todo el espacio, llenaba los aires, y ponía á los hombres en comunicacion consigo mismos y con Dios, hablándoles de los mas grandes misterios é inspirándoles los mas santos pensamientos. Hablaba de Dios á toda la tierra, y por su medio toda la tierra hablaba con Dios. Así lo hace todavía, y así aun lo comprenden los pobres y los ignorantes; mas los ricos y los sabios no lo entienden ya.

Ignoro en dónde se inventaron las campanas; solo sé que un Papa estendió y santificó su uso. Roma es la que nos ha dado esa voz armoniosa y ese lenguaje divino. Ella fue quien bautizó las campanas, quien las confirió un sacramento para que la oracion descendiera del cielo sobre las almas cual sonoro rocío de bendiciones.

¡Oh Roma, madre de virtud, madre de luz y de esperanza, madre de todo género de dulzuras, de todas las alegrías y de toda poesia! ¡Oh Roma, inspirada por Dios para colmar con fortificantes delicias la miseria del corazon del hombre, yo te bendigo!

La campana dió origen al campanario. El arte formó para esos pájaros de bronce, cuyo canto dulce y delicioso llena todo el espacio, esas jaulas maravillosas

que levantan su cúspide hasta el cielo. Las piedras, tomando alas, alzaron su vuelo hasta las nubes, á fin de servir de trono á la cruz, y la vista participó de la admiracion del oido, y esas maravillas vinieron á formar la alegría de la mente y del corazon.

Ahora bien; por ventura, ¿he definido y caracterizado bastante ese conjunto de prodigios, esa jaula aérea de la volátil oracion, ese trono de la redentora cruz, esa obra maestra de la sublimidad del arte y de la grandeza de la ciencia, que unen sus esfuerzos para adorar á Dios? No; hay aun algo mas que todo esto; ¡está el monumento del reconocimiento y del amor!

Ese monumento testificaba que el género humano habia sido salvado por Jesucristo, que así lo comprendia, y que queria pertenecer á Jesucristo. Porque Él ha combatido para libertarnos del infierno, porque ha vencido, y debe reinar y mandar sobre su pueblo para defenderle de todo mal y de toda tiranía.

¡Que su carne, comunicada á nosotros, sostenga nuestras almas contra las debilidades de nuestra carne, y nos preserve de la molicie que nos sujeta al yugo del demonio, y que nos hace esclavos de los secuaces de Satanás; que muramos mil veces fieles á Dios antes de obedecer al hombre contra Dios!

Así ese monumento de gratitud y de amor venia á ser tambien un monumento de la libertad, y tales eran los pensamientos que la campana y el campanario llevaban á todas partes con una rapidez superior á la del rayo. Así la telegrafía de la Iglesia hablaba un lenguaje que no hablarán jamás los innobles y mudos postes de la telegrafía eléctrica.

¿Qué palabra corre en este momento por ese alambre? Si yo fuese un hombre de quien la policía se dignara ocuparse (pero en el porvenir, ¿de quién no se

ocupará?), y si desagradase á esa policía que yo fuese á Roma, dos gendarmes me esperarían en la próxima estacion, y mi peregrinacion habria concluido. Suponed el telégrafo en manos de Tiberio.

Quizás se habrá publicado esta mañana un artículo de Bonifacio; nosotros tendremos noticias de él tan pronto como lleguemos. Hé aquí el lado lisonjero de la invencion. No dejo de apreciarlo, y comprendo la alegría y el orgullo que proporciona á la civilizacion. ¡Los trabajadores del puerto de Marsella y los labradores de sus alrededores reciben el extracto de los periódicos de Paris el mismo dia! ¡Oh dicha!

Siento solamente que el ruido de las máquinas y la polémica de los periódicos impidan á los pueblos saber que el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros, y que los hijos de Cristo nacieron para ser hijos de luz y de libertad.

IV.

Petrarca.

Estamos ya al pie de las almenadas y hermosas murallas de Avignon. Venia con nosotros una verdadera cristiana. Como pertenecia de todo corazon á Roma, su ocupacion era rezar y saborear su dicha. Al oir el nombre de Avignon, me dijo: «Aquí estuvo cautivo el Papado.» Al mismo tiempo Coquelet la decia: «Señora, aquí suspiró el Petrarca.»

—No, señora. No, Coquelet. Lo que á Dios gracias se observó aquí, señora, fue que el Papado no podia estar cautivo. Y en cuanto á vos, compasivo Coquelet, debo deciros que ni fue en Avignon, ni en Carpentras, ni en ninguna otra ciudad donde suspiró el Petrarca, por-

que el Petrarca compuso versos, pero no suspiró.

Es verdad, señora, que el Papa fue conducido aquí, no enteramente de buen grado, gracias á las intrigas del tan temible Felipe el Hermoso. Teniendo al Papa, creyó el Rey que tendria tambien al Papado, y llegó á imaginarse que podria servirse de él. El hermoso Rey Felipe cayó del caballo, y murió. Su dinastía equivocó el camino.

Petrarca no es lo mejor que yo conozeo. Ha hecho muchos versos latinos. Era arcediano y canónigo cuando cantaba á Laura; poseia varios beneficios cuando declamaba contra la avidez del clero; criticaba al Papa y admiraba á Renzi.

Los Papas de Avignon fueron unos grandes Papas. Todos hicieron cosas admirables. Aunque medio prisioneros, no dejaron caer de su frente la corona, y gobernaron la Iglesia con un vigor que no desmayó ante la duracion de las tempestades. Afirmaron el derecho del Papado en todas partes, y en todas partes le hicieron prevalecer.

Mientras los Papas conducian y guiaban á los entendimientos, Petrarca dirigia invectivas contra los religiosos y acumulaba sonetos sobre sonetos en honor de la belleza de Laura. ¡Y cuidado, que Laura tenia ya once hijos! ¡(once!) ¡Y ya no era hermosa! Si la bella dama se complacia con los sonetos, esto la hace menos honor que sus once hijos.

Los Papas de Avignon instituian universidades á pesar de los príncipes y de la oposicion de los pueblos, y daban á los profesores el derecho de enseñar por todas partes. Creaban obispados, confirmaban los derechos injustamente conculcados, hacian elegir Emperadores, y publicaban cruzadas dentro y fuera de Europa.

¡Habeis leído mucho las *Rimas del Petrarca*, Co-

quelet? Yo por mi parte he revisado los *Sonnetti*, las *Canzone* y el *Trionfo d'amore*; veinte grados de frialdad en todos ellos. Este canónigo amante, no era mas amante que canónigo. Era humanista: hé aquí todo su mérito, y el tener una propension irresistible á los re-truécanos.

Clemente V mandó se fundaran en toda Europa escuelas de lenguas orientales. Si la cuestion de Oriente se hubiese dejado resolver á los Papas, no nos embrazaria hoy tanto. Los Papas habrian destruido el islamismo combatiéndolo con la razon, al mismo tiempo que con las armas.

Clemente V publicó las *Clementinas*, cuerpo de derecho eclesiástico, de doctrina y disciplina, código de legislacion suprema; y luchó con la dura oposicion de los que negaban socorros espirituales á los criminales condenados á muerte. Si á los Papas se les hubiese dejado arreglar el derecho, hace ya largo tiempo que la pena de muerte habria desaparecido de los códigos cristianos.

Juan XXII empezó la lucha contra Luis V de Baviera, uno de los piamonteses del siglo xiv, porque en cada siglo ha habido un piamontés. Benito XII reformó la orden Cisterciense. Inocencio VI publicó la cruzada contra los piratas de que Urbano V libertó á la Francia. Este Pontífice refrenó el lujo y murió en olor de santidad. Gregorio XI volvió á entrar en Roma.

Maese Petrarca, habiendo alcanzado no pocos triunfos en Roma á título de emperador de las sílabas latinas, recorrió toda la Italia haciendo negocios y versos. Se habia llegado á persuadir que el ridículo Renzi, el Garibaldi de aquellos tiempos, regeneraria á Roma y al mundo todo. Un poco mas viejo, y algo mas juicioso, escribió una gran cantidad de prosa, en la que se encuentran bastantes vulgaridades.

Si os tomáis el trabajo de leer la prosa de los Papas, no encontrareis en ella semejantes lunares. Sus bulas, breves, encíclicas, allocuciones é instrucciones, asientan de una manera muy distinta la doctrina; corrigen de otro modo los vicios, y refutan de otra manera los errores; y todo esto produce consecuencias muy diferentes á las de otras prosas, para la buena dirección de la humanidad.

En suma; los Papas fueron conducidos á Avignon por un designio de Dios, que no se dió á conocer sino mas tarde. Entonces fueron castigadas y purgadas Roma y la Italia entera, cuyos habitantes desde que pasaron los siglos de los Papas no cesaron de verse atormentados y perseguidos, errando de ciudad en ciudad, y hallando el cautiverio hasta en la misma Roma. Porque Dios le dió mas Reyes que los que habian sido desterrados.

Durante el destierro de Avignon, la insolencia de las grandes casas romanas fue echada por tierra, y no quedó en el interior de la ciudad ninguna fortaleza levantada contra el Vaticano. Roma vino á ser, en fin, el incontrastable dominio de los Pontífices. Estaba arruinada, y la reedificaron, é hicieron reinar en ella la libertad, la paz y la justicia.

En ese largo y terrible período, Dios manifestó lo que es en favor de su Iglesia. No solamente la conservó su espíritu, sino que la prestó el auxilio de su brazo. Multiplicó los milagros. El interregno material duró setenta años. El reinado espiritual no se interrumpió ni un solo día.

Después de setenta años el poder temporal fue establecido, no por la política del Pontífice que tenía su silla en el destierro, sino en cierto modo á pesar suyo. Para poner de nuevo al Papa en su cátedra, para obli-

garle á entrar otra vez en su ciudad, Dios suscitó Santos. ¿Qué Santos? ¿Doctores, guerreros? No: mujeres.

Una mujer extranjera á la Italia; una princesa de los pequeños Estados del Norte, que aun poseian escasísima civilizacion en aquel tiempo, Brígida de Suecia, refugiada en una humilde casa de Roma escribia al Papa en nombre de Dios, y le instaba para que volviese. Otra mujer, Catalina, hija de un pobre artesano de Siena, fue á buscarle al destierro para restituirle á Roma.

Esta humilde Catalina, jóven y sin conocimiento de las letras humanas, fue quien removi6 la Italia en favor del Príncipe desterrado, quien le abrió el camino, quien separó los obstáculos, quien obligó al Papa á ponerse en marcha, y quien llevó á cabo, en fin, á fuerza de milagros una restauracion que habia llegado á creerse imposible.

En Avignon, como en todas partes, se hallan vestigios de la miseria del hombre; pero estas miserias hacen resplandecer mas las misericordias de Dios. Y estas son las que debemos ver y admirar hasta en el pobre corazon del hombre débil y pecador.

Los Papas de Avignon parecian algunas veces dispuestos á olvidar á Roma. Sin embargo, obedecieron á Dios que no les permitia olvidarla. Escucharon humildemente la voz de los Santos, fueron indulgentes para con Petrarca que los injuriaba, y lloraron al escuchar los acentos de los Santos que les recordaban sus deberes.

V.

Las razones de estos tiempos.

Uno de nuestros compañeros de viaje, de fisonomía

inteligente y viva, daba muestras de una impaciencia que disimulaba políticamente. Creí que quería argumentar en favor de Petrarca, y yo le miré con ese gesto que da á entender se está dispuesto á escuchar.

«Señores, dijo: á pesar de que vuestras observaciones están llenas de interes, os impiden admirar las riquezas de nuestro pais. Perdonadme que, llevado de mi celo, defienda las glorias y bellezas de la Provenza. Uno de Vds., señores, está por Petrarca, el otro por los Papas; permitidme que yo me atreva á ponerlos de acuerdo.

«¿Veis esos magníficos almendros? ¡Cuán precioso es ese arbolito! Todos los años esportamos gran cantidad de almendra para América, Inglaterra, Alemania y los Países-Bajos. La almendra estimula á beber; es la providencia de los vinos de Burdeos. Entre los pueblos que beben, la mesa es uno de los mas hermosos muebles de la casa; es grande, sólida, de mucho coste; en fin, podré decir que es el altar doméstico.

«Ahora bien, señores: nuestra época me parece mas dichosa y mas hábil que aquellos tiempos antiguos que no producian mas que teólogos y poetas: proporciona goces á todo el mundo. Gracias á la facilidad de las comunicaciones, el americano bebe vino de Burdeos comiendo almendras, y su oro permite á nuestros conciudadanos comprar papel.

«Concluyo, pues, afirmando que no tenemos necesidad de Papas ni de poetas. Lo único que nos hace falta es la libertad de las transacciones comerciales, políticas y morales; en una palabra, la libertad en todas las transacciones. Que puedan todos enriquecerse, y despues que cada cual forje su religion y su poesía. Así lo quieren las ideas del siglo xix, y no habrá poder que en favor de los tiempos pasados destruya este decreto

del porvenir. Señores, tengo el honor de saludar á Vds. »

Al pronunciar estas palabras, el tren paró, y él, saltando al andén, desapareció rápidamente. A medida que hablaba, parecia desgarrarse una máscara que cubría su rostro. De político é inteligente se habia pasado á sardónico, despues á furioso, despues á bestia. Nosotros le creimos judío: nos dijeron que era sansimoníaco, muy rico y muy desgraciado.

Acababa de construir un palacio que le habia costado ciento cincuenta mil francos, y se habia casado nada menos que con su cocinera. Muchos millones, mucho crédito, pero ningun respeto. Bien que esto ni se edifica como un castillo, ni se consigue tan fácilmente como casarse con una cocinera, ni se compra tampoco con la bagatela de ciento cincuenta mil francos.

Una civilizacion en que todo el poder está entregado á fortunas mal adquiridas, acarreará fatales consecuencias. Esos ricos, que son á la vez señores por su fortuna y proscriptos por sus costumbres, y que quieren ser honrados sin tomarse ellos la molestia de honrar y respetar á otros, tratarán de trastornarlo todo y cambiar hasta la moral, á fin de que se les respete á pesar de sus costumbres.

VI.

Destruccion.

Encontramos á Marsella en pleno auge, en plena regeneracion, y completamente envuelta en polvo. Están demoliéndola y volviéndola á construir. Han hecho desaparecer las calles, y las reconstruyen en el lugar que ocupaban las montañas arrancadas y arrojadas á la

mar; arrancan las rocas, y levantan, en el sitio que ocupaban, casas de campo y castillos; destruyen la antigua catedral, y en vez de ella edifican almacenes, y reducen á escombros la iglesia de nuestra Señora de la Guardia, para volverla á levantar de nuevo mas vasta y mas magnífica. Marsella nos presenta el aspecto como de un hormiguero humano en sus momentos de actividad.

Mil trajineros cargan y descargan centenares de navíos portadores de toda clase de géneros y productos de la industria. Millares de viajeros llegan de todas partes, y otros tantos parten en todas direcciones. Los buques se deslizan á lo lejos sobre el mar, y los wago-nes vuelan á lo lejos tambien por los flancos de las colinas, ora internándose en los túneles, ora reapareciendo, pero huyendo siempre. Oyese hablar toda clase de idiomas, y resonar, rechinar, estallar toda clase de ruidos. Se ven desplomarse las colinas y desparramarse por el suelo, convertidas en pequeños fragmentos, y en su lugar elevarse altísimos edificios. El gran mozo de cordel de Marsella es el mar; conduce las piedras ya labradas de esas casas que nuevamente se construyen, y se lleva, completamente hechas, casas de hierro y de madera para Samarcanda, Trevisonda y Honolulu.

El hombre se apresura, se agita..., pero no se atreve á confesar que Dios le conduce; y, sin embargo, Dios es quien le guia. ¡Cuánto mas pequeño aparece el hombre fatigado, cargado de fardos, y chorreando sudor al lado de esas gigantescas máquinas que él mismo dirige! ¡cuánto mas pobre en medio de esas riquezas que acumula! ¡cuánto mas frágil ante esos monumentos que edifica! El pastor en la montaña rodeado de sus obedientes rebaños, el labrador en la llanura con la mano apoyada en el arado, y el leñador en el

bosque atacando la fuerza de la robusta encina, aparecen como los dueños del mundo. ¿Y no lo son?

¿No lo son en lo que dominan? ¿no reinarán sobre la tierra y sobre las criaturas? Las bestias se someten á la voz del pastor, y una pastorcilla sentada bajo la bóveda del cielo, á la sombra de un árbol, rodeada de flores con el cayado en la mano, basta para hacer ir y venir con un gesto á los bueyes y á los mugientes toros, y con una mirada puede encontrar la mirada de Dios. El leñador escoge hasta el lugar en que va á hacer caer la orgullosa y vetusta encina; y sentado luego sobre el gigante que ha derribado, enjuga su sudor y come tranquilamente su pan; y entre tanto el *Angelus*, atravesando los aires en medio del gorgceo de las aves, viene á recordarle que es el hijo adoptivo de María, Madre de Dios. El labrador abre el seno de la tierra, á fin de que le esté propicia para volverle centuplicado el grano de trigo que le confiará bien pronto.

En medio del estruendo de las ciudades, es en vano que las campanas vibren al viento el *Angelus*; nadie lo oye; no llega á los oídos del hombre; no se comprende. En medio de ese polvo, sobre ese abrasado pavimento, el hombre no hace nada dimanado de él mismo, nada que haya de ser para sí propio, nada que le proporcione una alegría, ni que le deje un recuerdo. No es ya el pastor, es la res; no ya el trabajador, sino el instrumento. Aun mas: no es sino una parte insignificante é invisible de un inmenso instrumento. No es ya el labrador que guía el arado, es el buey que le arrastra, y marcha obligado por el aguijón sin saber lo que hace; pero, á pesar de esto, la tierra es suave á las plantas de ese buey, y el aire saludable de los campos refresca sus ardientes lomos.

¡Oh cuán lejos estais de aquí, ligeras brisas de los

campos, agradables y salutíferos perfumes de los bosques, tranquilo silencio del medio día, bellas combinaciones de sombras y de luz, deliciosos cantos de los pastores y de las aves, dignidad del reposo del hombre, consuelo de sus afanes; cuán lejos estais de aquí!

Un día, en las riberas del Corrèze, el Obispo de Tulle encontró un viejo campesino encorvado bajo el peso de un haz de leña. Después de haberse hablado mutuamente un breve instante, el campesino dijo al Obispo: «Pues que Dios ha querido que tuviese la dicha de hallaros en mi camino, os repetiré lo que Jacob dijo al ángel: «No os dejaré partir sin que me hayais dado vuestra bendición.» Y el Obispo, habiendo bendecido al buen viejo, que se alejó en seguida, le siguió con la vista, cual si el que se alejaba fuese el mismo Patriarca. ¡Ah cuán lejos estais de aquí, vosotras luces celestiales, que rodeais con una diadema de alegría y de gloria la frente del pobre, advirtiéndole la presencia de los ángeles en su camino!

Aquí las frentes están agobiadas por el peso de los fardos; si no están ya también las espaldas. Los ricos, como los pobres, corren siempre, siempre están abrumados de quehaceres. Todos parecen cargados de negocios, y lo están verdaderamente. Esos banqueros, esos ricos comerciantes, que, hablando á la puerta de la Bolsa, parecen ocupados solo en hacer cigarritos de papel, ¡cuánto no abrumen su imaginación calculando sobre millones de millones! Uno de esos hombres me decía: «¡Ah! todos ellos son únicamente mecánicos, calculistas. ¡Cuántas veces he calculado yo lo mismo que ahora piensan ellos aun en medio de mi sueño!

¡Durante cuántas noches, horriblemente lentas, he visto al arca infame rodar del sitio en que la había colocado, pasar por encima de mí, aplastarme, destrozarme

con sus furiosos botes mis navíos, hacer astillas mi bufete, arruinar mi casa, y romperse, en fin, derramando el oro que contenia en los bolsillos de mis consocios! ¡Tranquilidad! ¡Tranquilidad! ¡Cuánto tiempo, y con cuánta vehemencia he anhelado encontrar la tranquilidad, puesto que he llegado á desear mi misma ruina para ver si podia encontrar el reposo entre mis propios restos!

Esta ciudad, convertida en escombros y en canteras, con todo su movimiento en el puerto y en el mar, que á primera vista nos habian encantado, nos entristecieron bien pronto. Habia allí muchos trabajadores, muchos sudores mercenarios, muchos miembros fatigados, y muchas caras embrutecidas. Me acordé de una espresion de Voltaire. Él dijo: *El trabajo es mi Dios*. Palabras duras para la humanidad y verdaderamente infernales, como tantas otras que salieron de aquellos insolentes labios.

El trabajo es un castigo, pero castigo que Dios habia infligido con el corazon de un padre, y, por lo tanto, endulzado con los consuelos, con el descanso y con los honores. El trabajo erigido en Dios, elevado al rango de la Divinidad, es un nuevo *Moloch*, y pide en holocausto víctimas humanas. Por un vil salario que proporciona al hombre, le separa de su Dios, se hace dueño de su alma, y se apodera hasta de su cuerpo, martirizándole, maltratándole y despreciándole despues. Si el hombre nó puede decirse á sí mismo: Dios ha visto el trabajo de mis manos, ¿qué fruto ha sacado el hombre de todo lo que ha trabajado sobre la tierra?

El amigo que nos guiaba en Marsella nos dijo: —No es mi ánimo deplorar incesantemente el espectáculo que el mundo presenta, ni maldecir de las estrañas obras de esta época, ni anunciar que no resultará ningun bien de ellas.

Dios obra para sus hijos y para su gloria, valiéndose de las manos de sus propios enemigos. De este modo prepara acontecimientos que ignoro, y que ignoran todavía mas los mismos que ejecutan sus designios, puesto que niegan la Providencia y hasta la existencia de Dios.

Hay en ese torbellino que remueve las cosas, que arrastra á los hombres, trasplanta las poblaciones y arrasa los edificios, un mal muy grave. Pero, sin embargo, el ojo fiel descubre tambien en él una gran parte de bondad.

Yo veo que los navíos transportan cada vez mas misioneros. Algunas veces, es una iglesia entera la que se embarca; el Obispo, los sacerdotes, los diáconos, y esas santas mujeres, esas vírgenes, que no se contentan con las austeridades del velo, sino que reclaman tambien los trabajos del apostolado.

El ardor para las peregrinaciones á Palestina se reanima, y el camino de Roma está hoy mas recorrido que nunca. ¿Quién es capaz de calcular los beneficios que nos vienen cada dia de la cátedra de Pedro y de la tumba de Jesucristo?

Es muy triste tener bajo las plantas un suelo movedizo é inestable; ver al rededor de sí desmoronarse, desaparecer y trasformarse todo; es muy triste venir á ser en medio de la propia patria como un desterrado que no volverá mas á verla, porque ya no existe.

Sí; yo recorro la misma ciudad que me vió nacer, y aunque nunca la he abandonado, no la encuentro. Los

altares han cambiado de sitio y las tumbas de lugar. Me han quitado mi hogar; la vía pública abrió su paso por en medio de la casa en que murió mi padre y en que nacieron mis hijos.

Se han hecho saltar las rocas; arrasado; trastornado el aspecto que presentaba la campiña; y empedrado los campos en que me entretenía en coger flores: no veo ya nada de lo que mis ojos amaron; no queda, en fin, ninguno de esos rasgos que caracterizaban el suelo encantador de la patria.

Esta nueva ciudad se halla habitada por extranjeros recién llegados. Ya no es el mismo pueblo. Las tradiciones han desaparecido; la lengua ha cambiado; nada queda de opiniones comunes, nada de comunidad de sentimientos; los frenos de la policía han reemplazado al espíritu de la ciudad. En lugar de los patricios que la dirigían, se ha colocado á los empleados que mandan.

Lo mismo sucede en todas partes. ¿Qué ciudad está al abrigo de un decreto, de una especulación, de una orden emanada del poder? Quizá vendrá mañana quien diga á los antiguos moradores de esta ciudad: «Vended vuestras casas, vuestras iglesias, vuestros cementerios y alejaos de aquí.»

Ciertamente el mundo se renueva; y el francés estará muy pronto mas nueva y artificiosamente establecido sobre un suelo ilustre, que el americano sobre el suyo sin historia. ¿Qué resultará de aquí? ¿qué de esa epidemia de abjuraciones que nos convierte en polvo?

¿Qué viento sostendrá en la atmósfera á este polvo? ¿á dónde será arrojado, y con qué agua ó sangre se mezclará? ¿qué manos le amasarán para convertirle en algo sólido?

¿Existe sobre la tierra un viento de muerte y un rio

de vida? El viento de muerte remueve incesantemente los pueblos, como el viento del desierto agita de continuo las arenas para hacerlas perpetuamente infecundas. Ese viento es conocido hoy con el dictado de *espíritu moderno*; antes se llamó protestantismo, y en todos tiempos ha sido la herejía. ¡Es la mentira de Satanás murmurada al oído del crédulo orgullo del hombre al día siguiente de la creacion!

El río de vida ha corrido misteriosamente en el mundo como la promesa y la verdad de Dios: Engrosadas sus aguas con la sangre de Abel, se ha deslizado á través de la tierra dominada por los hijos de Cain, y arrastrando las tiendas de los patriarcas, volvió á aparecer puro y cristalino cuando las aguas del diluvio se secaron.

Sus corrientes trajeron á Moisés; después se escondió por el desierto, y se ocultó bajo los velos del templo, y huyó como el arca; hasta que, mezclada con la sangre del verdadero Abel, ha surgido de la cumbre del Gólgota para correr en adelante sin misterio. Nosotros sabemos el nombre del río de vida; sabemos que su canal le trae desde el Gólgota, su manantial perenne, hasta el Vaticano, en que se filtra para siempre: y nosotros hemos visto los efectos que ha producido sobre la tierra, en que la posteridad de Cain, siempre poderosa, ha tratado, aunque en vano, de secarle. El es el que, circulando al traves del polvo dispersado por el viento de la muerte, le comunicará la estabilidad, y la fecundidad le será devuelta. Nuestros hijos encomiarán este milagro.

Nosotros vemos que todo muere, ellos verán que todo renace; y la fe de que les inundará esta maravilla, reemplazará con obras mas magnificas las que hoy desaparecen para castigo nuestro.

VII.

Coquelet.

Apenas pusimos el pie sobre la cubierta del vapor, Coquelet prosiguió el interrumpido capítulo de los triunfos de la ciencia moderna. Declaró que se mofaba del viejo Eolo y del caduco Neptuno, viéndose ya dueño de los vientos y de las olas, conforme lo era de la tierra; que ya no había distancias, etc., etc.

Si quieres conocer desde luego ¡oh lector! á Coquelet, por si alguna vez llegas á encontrarle, voy á darte una señal infalible. El desconocido que á los tres minutos de estar contigo te haya demostrado que *han desaparecido las distancias*, ese es Coquelet. Instale un poco, y te dirá que José De Maistre hace descansar todo el edificio social sobre el verdugo.

Encontrarás á Coquelet muy satisfecho de sí mismo. Lee asiduamente la *Revista de Ambos Mundos*, y con esto ya lo sabe todo. El se cree muy superior á Carlomagno y á Bossuet, y al Dios que ellos adoran. No es porque desprecie á Carlomagno y á Bossuet: para él han sido todo lo que podían ser en su época, solo que no han llegado á buen tiempo.

Coquelet no es impío: cree en Dios, pero no en el antiguo Dios de los precitados hombres. El Dios de Coquelet es el Dios que la ciencia moderna acaba de perfeccionar, de completar y de rehacer. Un Dios muy bueno ciertamente, puesto que no exige culto, y nos prepara un paraíso en este mundo.

Coquelet pretende no haber podido comprender nunca el antiguo paraíso de los cristianos. Ese paraíso es contrario á la naturaleza, y Coquelet no lo admite. El

cree en otro paraíso, hacia el cual caminamos. ¿Cuál es? ¿Por qué no estamos ya en él? ¿Cuántas estaciones faltan para llegar? Misterios. Hay también misterios en la religión de Coquelet.

Pero ese paraíso terrestre existe, sin duda alguna. San Simón y Fourrier le han presentado, Miguel Chevalier lo ha visto estando en éxtasis, Juan Raynaud podría describirle, Julio Simon será en él sacerdote, y el vapor, en fin, nos abrirá sus puertas. Tal es la firme esperanza de Coquelet.

Entonces la tierra rebosará en delicias; la justicia, la libertad y la igualdad reinarán sobre los restos de todas las trabas, tanto religiosas como políticas; el mundo tendrá una magnífica mesa y un excelente apetito; el hombre cesará probablemente de estar sujeto á la muerte, se descubrirán remedios contra el mareo y el dolor de muelas, y, por último, el género humano abordará á la tan celebrada *isla de Jauja*.

Porque, bien examinado y puesto en claro, todo ese es el fondo de las promesas de la ciencia moderna y de las aspiraciones de Coquelet. La ciencia moderna y Coquelet suprimen las dificultades sembradas en el camino del paraíso católico, y sin embargo es preciso un paraíso.

Por cierto que es cosa espantosa contemplar la multitud de gentes que en este mundo se encuentran exactamente al nivel de todo lo más bajo que se escribe, y que atraviesan los caminos de la vida recitando trozos del Buloz y del Havin, sin cambiar apenas el sentido. Y, á pesar de todo esto, la naturaleza humana continúa diciendo: «Es necesario un paraíso.»

Están maravillados de sí mismos y de su época; observan que en realidad se les ha creado un mundo muy bello y muy agradable, pero quieren un paraíso,

un mundo sobrenatural limpio de todo género de penas y de toda clase de honores, un centro de orden, de descanso y de paz, un ideal de alegría.

En vano la locomoción, la política, el teatro y tantas otras cosas del mismo género están al alcance de todo el mundo; en vano todas las calles están provistas de aceras y el gas resplandece en todas partes. A pesar de tales adelantos, no se está bien; no se ve claro, agobia el fastidio, y la necesidad de un paraíso se hace sentir.

Yo tenía algún deseo de argumentar á Coquelet sobre este punto que tanto le preocupa; pero el dichoso escogido del paraíso futuro estaba atormentado por dos cuidados: uno, el viento que, silbando con violencia, mecía el navío hasta poner en cuidado al capitán; y el otro, que el pobre Coquelet, además de su alarma, sufría un mareo como si no perteneciese á la humanidad regenerada.

VIII.

La Patrona.

Nuestro capitán era un hombre de vigoroso aspecto, valiente y apacible. Mandaba sin proferir una blasfemia, y recibía los contratiempos sin dar señales de impaciencia. En su camarote había una imagen de la Santísima Virgen.

—Capitán, ¿qué decís del tiempo?

—Es un tiempo perro, ¡y lo peor es que continuará! Vigilaremos, y acaso nos veamos obligados á detenernos en la travesía. Pero tranquilizaos; el buque es bueno, y su capitán tiene fortuna. Tengo cincuenta años de edad, y otros tantos hace que estoy en el mar, porque mi nacimiento fue en un barco.

He navegado toda mi vida, y ningun contratiempo particular me ha sucedido en el trayecto á Roma; y de los que me han ocurrido en los demas pasajés, he podido librarme.

—Capitan, he visto en vuestro camarote la imagen de cierta Señora... ¿Es la patrona del buque?

Me contestó sonriéndose :

—La Compañía de las Mensajerías Imperiales no tiene patrona. El vapor está bautizado con el nombre de *Lycurgue*. ¿Conoceis este santo?

En cuanto á la Señora de quien hablais, debo deciros que es mi propia patrona.

—¿Y hace mucho tiempo que lo es vuestra, mi capitan?

—Desde cierto dia ya lejano, pero todavía reciente en mi memoria, en el que vimos de cerca el fondo del mar, yo y algunos otros que no mirábamos muy á menudo al cielo, es decir, al cielo en que existe Dios. Sin esperanza de tocar la tierra, nos encontramos de repente mas devotos de lo que pensábamos, é hicimos un voto á nuestra Señora de la Guardia.

En seguida nos envió un remolque, y gracias á él entramos en el puerto como llevados por la mano. Cumplimos nuestro voto descalzos, y cantando las letanías; y la Virgen ha hecho por completo la obra. Algun tiempo despues me dió una esposa, y esta me ha dado una hija.

Una y otra rezan por mí ante nuestra Señora de la Guardia mientras yo navego, y sus oraciones arden como dos cirios de la mas blanca y pura cera, pidiendo á la Virgen que muera en mi cama tranquilo y confesado.

Hacen valer que hemos estado demasiado tiempo separados en esta tierra para estarlo tambien en la eter-

nidad, y creo firmemente que Dios les concederá lo que le piden; por lo que espero que mi hija me cierre los ojos y entierre mi pobre cuerpo. Así, pues, entrad en vuestro camarote, y dormid tan tranquilo como yo.

IX.

Contratiempos en el mar.

Hicimos escala en Briahçon, en Génova, en Porto San Estéfano, y no sé en dónde mas. Tuvimos viaje para ocho dias. Desde los célebres de Telémaco, hijos de Ulises, es imposible que se haya oído hablar de mas infortunios. Y á todo esto la ciencia no podia nada, porque lo que hacia falta era cambiar el viento. Coquelet parecia humillado.

—Consolaos, Coquelet. Estas adversidades nos prueban que Dios conserva todavía algun poder sobre el mundo, que manda á los vientos y al mar, y que no llegaremos á ninguna parte sin su permiso. Todo esto es bueno que se sepa, y si llegáseis á saberlo, sabriais mucho.

Mi pobre Coquelet tiene, sin embargo, un buen fondo; es grave y sincero. Quiere que la humanidad sea dichosa; cree que la Iglesia ha estado en un error, y que, gracias á este error, ha hecho la desgracia del género humano; y la razon de su creencia estriba en que lo ha leído. Cree todo lo que la Iglesia no dice.

En el fondo de su alma existe un sentimiento religioso; él no sabe cuál es, ni por qué, pero le conserva. Ese sentimiento le inspira oraciones, y él mismo se impone reglas de conducta, no permitiéndose muchas cosas con las que su lógica debería sin duda alguna con-temporizar. Coquelet no querria engañar ni mentir.

Se avergonzaria de llamarse cristiano, puesto que no lo es, y querria destruir la Iglesia, pero no en nombre de la fe católica, como pretenden hacerlo muchos. Se propone abatirla por medio de razones, sin perseguir, saquear, ni matar. Hacer todo esto, santiguándose al mismo tiempo, le parece abominable é infame.

En Porto San Estéfano encontramos un eclesiástico que hablaba el francés, y nos ofreció naranjas de su jardin. Coquelet confesó de buena fe que no faltaba cultura en el clero, y que los sacerdotes diseminados por do quiera para enseñar la moral, son una buena invencion de la Iglesia.

Convino en que debia dudarse algun tanto de la rectitud de corazon y de pensamientos de ciertos periodistas que escriben en general un francés poco honroso, y que no son los mas á propósito para conservar intacto lo mas mínimo. Empiezo á querer á Coquelet. En estos tiempos de fácil lectura, una buena bestia parece una cosa no muy mala.

Me permitió decir que su paraíso futuro, su Eldorado, no era mas que el paraíso de Mahoma, mas ó menos disfrazado. Y me concedió que el paraíso de Mahoma, realizado en la tierra en cuanto es posible, no habia llevado á los turcos al mayor grado de civilizacion á que se puede llegar.

Le supliqué se fijara en las dos costas del Mediterráneo, católica una y musulmana otra, y que viese quién habia hecho mas para el bien del género humano, si el Evangelio por una parte, y el Corán por otra; si el Papa, ó el Sheik-ul-Islam; y entonces pudo convencerse, aunque algo confusamente, que pocos publicistas se hallan en estado de ver las cosas tal y conforme son en sí.

X.

El buque de vapor.

Aprovechando las favorables disposiciones de Coquelet, no creí temerario manifestarle mi opinion sobre el vapor. Ciertamente los buques de vapor son una obra de Dios. ¿Pero Fulton se proponia llevar á cabo el fin de las Cruzadas? Luego tambien del vapor hace Dios lo que quiere.

Pero lo hace cuando llega el momento, dejándonos entre tanto obrar conforme á lo que mas nos agrada; parece que entonces no se cuida de nosotros. Las obras de Dios son de diversas clases; y la mayor parte de ellas, que lleva á cabo por medio de las mismas manos del hombre, son otros tantos castigos para este.

¡Con cuánto cuidado, con cuánta escrupulosidad, con cuánto reconocimiento hácia Dios no debería el hombre servirse de las fuerzas que nuevamente se le confían cada dia! Lejos de eso, cree que las inventa, que son pura conquista suya, y llega á usar de ellas como Noé del fruto de la viña.

Las fuerzas científicas que Dios nos ha puesto entre las manos de treinta á cuarenta años á esta parte, esas fuerzas científicas que doman á la naturaleza sin arrancarla su secreto, y que tanto embriagan de orgullo al hombre, me parecen preparadas para domar á la humanidad de una manera estraña. A lo menos es casi evidente que la tratarán de un modo sangriento y cruel.

La locomocion, que destruye el islamismo, es la gran máquina de un islamismo aun mas temible. «Veinte años hace, me decia un romano, que estoy viendo llegar á la Revolucion, primero cada quince dias, des-

pues cada ocho, y luego dos veces á la semana, en buques de vapor.

El vapor es el ariete que bate, que atraviesa y que destruye las murallas de todas las fronteras. Por esas brechas los Reyes perderán su poderio y los pueblos su libertad. Esperad algunos años, y vereis las nacionalidades que opusieron mas resistencia caer desmoronadas. Acordaos sino de la suerte que cupo á Sebastopol.

Cuando los pueblos no tenian que pensar, digámoslo así, mas que en su Dios, y cuando este mismo Dios se contentaba con emplear la peste, el rayo y los terremotos, podian los hombres librarse de esos azotes. Pero Dios reservaba uno mas terrible todavía, y le ha empleado ahora: el hombre. Ha permitido al hombre centuplicar su fuerza de destruccion.

Una campaña de algunos meses basta para hacer morder el polvo á cien mil cadáveres, y esto no es mas que el principio. Mientras que los leones respiran, dejan merodear al chacal; esperad que tomen aliento, y uno de los dos quedará en el campo: uno de los dos; es decir, un imperio. La fiebre negra jamás fué tan destructora.

¡Oh, y cómo progresa la maquinaria! Nos felicitamos por tener cañones que alcanzan á dos leguas. Pero ¿por qué hacernos los modestos? Tenemos algo mucho mejor que esto. Mediante la máquina de vapor, nuestros cañones alcanzan á mil leguas, y aun mas lejos. Desde Paris ó desde cualquiera otra parte se calcula la destruccion de una ciudad; Pekin, por ejemplo.

Entonces se avisa por el telégrafo á la máquina que marche contra viento y marea. En un instante está preparada, y abriendo al punto sus inmensos flancos se la llena del hierro homicida... y parte. Con ella parte

un volcan; el terremoto y el cólera llegan con ella á donde quiera que arriba.

Imaginad, pues, lo que podrá llegar á hacer el hombre que tenga mas máquinas á sus órdenes. ¿Quién será capaz de oponérsele? ¿Quién podrá rehusar el adorarle, si da crédito á aduladores cortesanos que le dirán que es un Dios y que debe exigir que se le adore?

¿Y creéis que faltarán semejantes aduladores? ¡Ah! no; por el contrario: por todas partes observo que se agitan multitud de ellos. La semilla de la lisonja da abundantes frutos, y estos crecen de una manera desastrosa. ¿Creéis que no tendrán bastante influencia? Yo os aseguro que ellos solos serán los que la tengan.

¿Qué quereis que sea el que llegue á verse dueño del mundo, faltándole la fe para creer en Dios, sinó un perverso y un loco, que se dejará persuadir de que el Dios es él? Durante tres siglos, la posesion de algunas legiones siempre indóciles, pero ante las cuales temblaba la bajeza universal, bastó á exaltar la imaginacion de los Emperadores hasta el punto de hacerse colocar entre las divinidades.

Ahora bien; el futuro Emperador tendrá bajo su mando un número extraordinario de legiones que le estarán siempre sumisas; y ademas, para domar una humanidad mas abyecta, mas envilecida, mas perseguida y mas aborrecida, pues que será la que haya caido de las inmensas alturas del Evangelio, ese futuro Emperador tendrá á sus órdenes la máquina, la admirable máquina, la mas perfeccionada, la mas vasta, la mas rápida, la mas insumergible, la que llevará en sus prolongados flancos una muerte mil veces mejor artillada. Una máquina, en fin, que no se negará á lo mas mínimo, montada sobre otras que siempre estarán dispuestas á obedecer.

¿Y suponeis que ese hombre no llegará á enloquecer, gracias á las adulaciones de los cortesanos, que ilustrados por un progreso que ellos solo conocen, han empezado á tributárselas ya, y á entonar sus alabanzas viviendo en el ardiente fango que han de iluminar las miradas del semi-Dios? ¿Creeis que no llegarán á persuadirle de que él es el verdadero Dios?

He aquí lo que yo espero de las máquinas, y lo que en ellas repruebo. Quizá no valdria la pena de hablar de ello, arriesgando escandalizar acaso al género humano. Los hombres se han llegado á persuadir de que el telégrafo eléctrico llevará sus pensamientos á las mas remotas regiones, y que la navegacion por el vapor llegará á proporcionarles cocos frescos.

Aunque el barco de vapor puede, en verdad, proporcionarme cocos frescos, hay todavía una cosa que yo no puedo perdonarle, y es su fealdad. Es largo, negro, sin mástiles, sin velas y sin cables. Todo su aparejo, brutal como él, consiste en cadenas de hierro. En todo ese mecanismo moderno no se halla otra cosa que dientes y cadenas de hierro.

De modo que vuestro vapor, que corre como un comisionista, tiene todo el aspecto de un esbirro; veloz y fiero. Arroja humo, grita, silva, y emana exhalaciones fétidas. Se trata de dotarle de una espada; entonces cortará por medio cuanto encuentre á su paso, y prosiguiendo su carrera irá infaliblemente á llevar por todas partes el orgullo y la insolencia del dominio, de la servidumbre y de la muerte.

¡Oh cuán bellas eran las embarcaciones de otros tiempos! Arrogantes y magníficas, iban tripuladas por nobles é inteligentes marineros. ¡Cuán atrevidamente hendian las soberbias olas, luchando con inteligencia y valor contra el enemigo; empleando la fuerza contra el

mar, la astucia contra el viento, y dando á la brisa sus velas, que las hinchaba jugueteando al mismo tiempo con sus vistosos gallardetes!...

Por último, el *Lycurque* entró en el puerto de Civita-Vecchia, y la negra é infecta máquina, dejando de agitar sus alas, ó mas bien sus ruidosas patas, nos arrojó sobre el suelo italiano; sobre el tranquilo suelo pontificio. Hémos ya en territorio del Papa, es decir, en nuestra propia casa.

XI.

Civita-Vecchia.

Dunque, nos encontramos en el dominio del Rey de la paz, del que cree que los hombres tienen un alma creada por Dios, dentro de su cuerpo formado tambien por las manos de Dios.

A' decir verdad, Civita-Vecchia no tiene un aspecto muy agradable. Es una roca desnuda, abrasada por el sol y combatida por los vientos.

Cuando puse el pie en ella por primera vez, todo esto me pareció muy bello; estaba en Italia, y veia caras italianas, porque aun las habia en aquel entonces.

¡El mar era tan verde y tan azul, y la lengua italiana tan sonora y tan dulce!... Un naranjero me vendió dos naranjas por un sueldo.

Me dió en el cambio una monedita de plata que tenia en un lado las efigies de los Apóstoles San Pedro y San Pablo, y en el otro una bendicion para los que dan la moneda como limosna.

Encontré de agradable aspecto y bastante cómoda la fonda *Orlandi*, que, á pesar de tantas maldiciones como sobre ella han llovido, no me pareció por cierto escosivamente cara.

Entré en un café, que estaba bastante fresco, y había en él tres sabios que bebían agua, mientras escuchaban la lectura de una *Gaceta* de ocho días que apenas tendría un pie de larga.

Encima del mostrador observé que delante de una imagen de la Virgen ardía una lamparilla. Todo ello respiraba apacibilidad, honradez, dicha y contento.

En mi segundo viaje, la ciudad tenía una guarnición francesa, y se trabajaba en las fortificaciones. ¡Ay de ti, Europa, desde el momento que es preciso fortificar los Estados del Papa!

Los Papas, es verdad, levantaron en otro tiempo castillos en las riberas; pero fue contra los sarracenos. ¡Quién hubiese creído que habían de ser reedificados después de pasado el tiempo de los sarracenos!

En mi tercer viaje se hacían nuevas fortificaciones, y se empezaban los trabajos del camino de hierro.

Actualmente, las fortificaciones están concluidas; la guarnición francesa se ha aumentado en un duplo de su fuerza; el camino de hierro marcha, y el trono del Papa está abiertamente amenazado.

Ahora, recuerdo con sentimiento lo encantadoras que me parecieron Civita-Vecchia y la fonda *Orlandi* cuando las visité por primera vez.

No quiere esto decir que hayan perdido enteramente su hermosura. Continúa siendo aquella ciudad la primera puerta de Roma. Pero del antiguo embeleso á la actualidad, ¡qué diferencia!

Entré en el mismo café que había visitado en épocas anteriores. Estaba lleno de *ardientes* consumidores. En medio del humo de las pipas reconocí dos objetos: la Virgen, y *El Constitucional*.

Próximos á mí estaban sentados tres sargentos. Uno de ellos volvía de disfrutar una licencia, y aparentaba ha-

llarse muy contento: decia á sus compañeros que habia llegado en el momento oportuno para asistir al matrimonio de la que fue su primer amor, y añadia que se habia divertido mucho.

Contaba sonriéndose lo mucho que se asustara su vieja madre de la vehemencia de sus blasfemias, de cuya facilidad en proferirlas les daba claras muestras.

Estos muchachos hablaban muy correctamente. Todos habian asistido á algunas cátedras. Al lado del que la echaba de bandido escitando mi admiracion, otro la echaba de sabio, y se burlaba de la ilusion de la juventud, que cree no padecer de tales alucinamientos. Él era el verdaderamente desilusionado, y se propuso vencerme de ello.

No creia en nada, segun se espresó; ni en el amor, ni en la familia, ni en Dios, ni en los distintivos de graduacion, ni en la vida. Participaba del escepticismo universal.

Los tales sargentos eran dos escépticos consumados. No me seria difícil señalar la escuela á que pertenecian; pero es preferible dejar tarea tan enojosa, y apresurémonos á salir de atmósfera tan cargada.

XII.

Palo.

Sobre el solitario y bellissimo camino que conduce de Civita-Vecchia á Roma, habia en aquel tiempo un lugar extraño, casi siniestro, pero encantador á la vista. El camino de hierro le ha hecho desaparecer. Se llamaba Palo.

Era una estensa é imponente masa que se alzaba

sobre el declive de las rocas, apoyándose en el mar. Allí se albergaban, en confusa mezcla, la aduana, la gendarmería, y el parador de la posta, que por cierto no sé si era ó no equitativo para con los viajeros.

Este conjunto no se parecía á nada. Tenia un aspecto ruinoso, fiero y oscuro; pero era una de esas ruinas sobre las cuales no se derraman lágrimas, que no son capaces de hacerlas derramar, y que no ven si se llora sobre ellas.

Yo creía ver al contemplarlos uno de esos hombres de ilustre prosapia, que aun en la miseria no cambiarían su descolorido blasón por todo el oro del Banco. Ignoro si hoy existen esta clase de gentes.

En el salon de la posada de Palo habia una Virgen con su lámpara encendida, varios fusiles apoyados en la chimenea, y una mesa negra y vieja completaba el mueblaje. El reloj estaba parado.

¿Para qué se necesita reloj en un sitio en el cual el tiempo no tiene medida? La hija de la posada miraba al mar, y volvió lentamente la cabeza para ver quién era el indiscreto que se permitia el atrevimiento de pedirle un vaso de agua.

La hija de la posada de Palo habia intimidado á M. Osselet, el Coquelet de mi primer viaje. ¡Cuántas veces me habló de ello en Roma y en Francia! ¡Y la princesa de Palo? me decia. ¡Cómo sirven esas gentes á los viajeros! ¡Pueblo infame!

Así se indignaba M. Osselet de la aspereza romana. Siempre que habia pedido un favor ó negado una propina, M. Osselet habia temido ser asesinado. Hoy compadece á los romanos, esclavos de los Cardenales.

Si yo no hubiese leído á menudo *Le Siècle*, jamás hubiera podido comprender cómo se combinaban tales ideas en la mente de M. Osselet, hombre excelente por

otra parte, lleno de veneración para con los gendarmes, y orgulloso de ser francés.

Bajo la Virgen de la posada de Palo se había adormido, sentada en el suelo, una aldeana con su hijo. Eran muy pobres, pero en cambio de esta desgracia disfrutaban de un sueño muy tranquilo.

El amigo con quien yo hacía este primer viaje, me dijo: «En Francia se nos habla mucho de igualdad; pero ¿somos nosotros iguales á los gendarmes, á los subprefectos, á M. Osselet, que es más rico que nosotros?

Hay en esto algo de ambigüedad. El tahalí, la casaca bordada, y otras innumerables cosas, constituyen todavía notables desigualdades. Nosotros las experimentamos toda la vida, y la seguridad que se nos da de hallar la igualdad tan fácilmente, es muy efímera.

Ved esa imagen de la Virgen. Es un retrato de familia. La Santísima Virgen es uno de nuestros antepasados, madre de toda la raza; y lo es tanto en este miserable parador, como en el Vaticano y en todos los palacios de prefectura del Estado.

Maria es la paz, la alegría y la salvación del mundo, nos dice San Efrén, y por Maria, nos dice San Bernardo, Jesucristo ha venido á ser nuestro hermano.

Estas palabras penetraron en mi alma, y el primer perfume de Roma embalsamó mi corazón.

Después de Palo, el camino se interna entre las tierras. Vimos pasar algunos pastores á caballo, y sus fuertes capas, sus puntiagudos sombreros y sus tostados rostros no agradaron mucho á M. Osselet. Había visto á Fra-Diavolo en la Opera cómica.

Le tranquilizamos, recordándole que Fra-Diavolo

tuvo lugar en los alrededores de Terracina, de la que estábamos muy distantes. Entonces se quejó de la falta de cultura que se encuentra en el campo. «¿Por qué no hay casas? decía. ¿Por qué no hay árboles?» Le contestamos que M. de Tournon lo habia creído así conveniente. «Yo me burlo de eso; dijo M. Osselet. ¿Y quién es ese M. de Tournon?—Es el que fue prefecto de Roma en tiempo del gran Emperador» es francés.» M. Osselet habia caído en el lazo. Sin embargo, pronto se recobró.

«Es igual, añadió. Las casas tranquilizarian á los viajeros, y los árboles distraerian la vista.»—Pero, M. Osselet, los ladrones se ocultarian detras de los árboles; y ademas si se asesina perfectamente en vuestra llanura de Saint-Denis y en vuestro canal del Ourcq, ¿por qué no se habia de asesinar tambien un poco en los campos de Roma? ¿quereis guardarlo todo para la Francia?

Y si tanto os desagrada ser asesinado, ¿por qué viajais, M. Osselet? Tratad, pues, de no poner os en contradiccion con vos mismo.

Y para concluir, M. Osselet, sabed que la campiña de Roma es una gran proveedora de carne, de lana, de cueros, de sebo, y de cuanto puede llamaros la atencion. Sabed que esta tierra inculta produce un cuatro ó un cinco por ciento.

Convencido con mis argumentos, de cuya exactitud por otra parte no estaba muy seguro, M. Osselet nos dejó disfrutar de la tranquila majestad de este hermoso país. Nobles campos creados para la paz, ¿cuántos perversos quieren regaros con sangre para haceros fecundos!

XIII.

Los legados del Papa.

Un compañero de camino, muy diferente de monsieur Osselet, que vestía un sayal y calzaba sandalias, y había hecho el pasaje en tercera clase en el vapor, se había dignado aceptar un asiento en nuestro carruaje.

No llevaba mas equipaje que un libro y una pequeña cesta que contenía sus provisiones de boca, que debían sustentarle en todo el trayecto de París á Roma. Pertenecía á un convento de franciscanos; era un hombre muy sabio, de gran talento y mucha bondad.

Era humilde, sencillo, elocuente, de indomable valor, de imponderable dulzura y de imperturbable alegría. No amaba mas que á su celda, y había hecho varios viajes notables.

Siempre pronto á partir á la primera orden, abandonaba, sin cerrar su libro, su querida celda, no llevando consigo ni baliya ni capa. Iba al Norte, al Mediodía, al país de las nieves y al de abrasadas arenas, siempre firme y decidido.

Cumplía su misión, volvía, daba cuenta de ella, y continuaba la página interrumpida, como si no se hubiese ausentado mas que una hora. Tales eran esos temibles enviados del Papa, esos hombres de quienes tanto ha hablado la historia.

Tales eran esos hombres que, encargados de ir á señalar los límites de la justicia, recorrían el mundo á pie y descalzos, atravesando los desiertos y los mares, desafiando los peligros, combatiendo las fuerzas enemigas, y despreciando el cautiverio y la muerte.

Tales eran los que, atravesando los umbrales del palacio con la misma tranquilidad con que atravesaban los campos, sin temer las miradas de los hombres, contemplaban con idéntica serenidad el resplandor de la corona que el brillo de la espada, y decían al victorioso: *Non amplius*, y al tirano: *Non licet*.

Conozco un hombre de talento á quien el solo recuerdo de los legados del Papa, en la edad media, hace temblar todavía. «Sermejantes, dice, á los enviados de la antigua Roma, trazaban al rededor de los Reyes el círculo de Popilio, y les prohibían salir de él.»

Pone también en comparacion otros muchos rasgos comunes á los legados y á los embajadores de la república romana, y, habiendo llevado á término su paralelo, concluye afirmando que el parecido es completo.

Hombre de talento, ¿habeis observado el extraordinario parecido que existe entre Luis XVI y Robespierre? Ambos nacieron de una mujer, vieron por los ojos, oyeron por los oídos, etc., etc.

Ambos ejercieron el poder, tuvieron aduladores y enemigos, fueron aclamados por el mismo pueblo; perecieron casi en el mismo año, en el mismo cadalso, etc., etc. ¿Robespierre y Luis XVI fueron el mismo hombre evidentemente!

Y vos mismo, erudito, ¿en qué os diferenciáis de M. Havin? ¿No os servís del mismo procedimiento para dar á conocer vuestros pensamientos? Y estos pensamientos, ¿no son muy á menudo idénticos á los suyos?

Y, sin embargo, ¿qué diríais si os comparase con M. Havin? Me contestaríais que Havin y los suyos son groseros conductores de la fuerza brutal, mientras vos representais la fuerza espiritual; y que esas dos fuerzas difieren esencialmente.

Pues justamente esa pequeña diferencia, mas marcada, existe entre los embajadores de la antigua Roma y los legados de la Roma actual. Unos y otros enviados de Roma; pero unos enviados por la fuerza brutal, y los otros por la fuerza moral.

No es lo mismo decir con el antiguo romano: «Os prohibo esto, porque tengo poder para prohibíroslo,» que decir con el legado del Papa: «Os prohibo esto, porque no teneis derecho para hacerlo.»

Y esa voz que viene á mandar en nombre del derecho, suplica al mismo tiempo en nombre del amor. Esa voz no pronuncia mas que una palabra: yo amo el derecho; amo á los que persigues, y te amo á ti tambien.

Así como ha cambiado el nombre de *Eva*, recuerdo de la perdicion, por la palabra *Ave*, recuerdo de la salvacion, así de *Roma*, la fuerza, la Iglesia ha formado *amor*.

Mutans Romæ nomen.

Si hubo un tiempo en que la inteligencia pública estuvo á bastante altura para dar á la fuerza moral un apoyo victorioso contra la fuerza brutal, ¿en dónde estaba, gentes de talento, el mal que deplorábais en aquel tiempo?

¿Qué mal habia en que el conquistador no pudiera anexionarse una sola provincia, ni el Rey tiranizar á su pueblo, ni fabricar una falsa moneda, ni repudiar á su legítima mujer? ¿En qué se atentaba con esto á la dignidad humana?

Gentes de talento que tanto habeis aborrecido la fuerza moral y la aborreceis aun; ¡ay de vosotros! La fuerza moral ya no tiene imperio: ya no impide la anexion de las provincias ni la anexion de los tratados.

El tiempo se acerca en que se asaltarán las casas, se romperán los tratados, y se repudiarán las esposas: y entonces, cuando la fuerza moral haya desaparecido enteramente, la fuerza brutal reinará cual Reina absoluta.

Inútil era hablar de fuerza moral á los enviados de la Roma pagana ni á los *leudes* de los primeros Reyes francos, ni á los de Robespierre: también será inútil hablar de ella á los de Garibaldi. Harán callar la voz de la prensa, y desaparecer hasta los periodistas.

Reflexionad, gente de talento: «La luz estará todavía con vosotros algun tiempo. Caminad mientras brille, no sea que os sorprendan las tinieblas.» Porque la noche será mas larga que la estacion del invierno.

En cuanto á mí, que he hecho ya otras veces estas reflexiones, hubiera besado de buena gana el sayal de aquel fraile. Porque veia en él la raza de los enviados del Papa, de los enviados de la *justicia* y del *amor*; y al pensar en los primeros padres de mi nacion, me preguntaba: ¿quién les llevó la fe en su ignorancia primitiva? ¿De qué manantial ha corrido hasta sus tiendas salvajes? Vino de Roma. Un enviado de Roma levantó la Cruz ante sus ojos, é hizo la señal de la Cruz sobre sus frentes.

Siendo hijos de Dios y coparticipantes de la herencia celestial, han vivido sosegados y tranquilos á la sombra de la Cruz; y cuando pretendieron ocultársela ó quitársela por completó, arrebatándoles con aquel signo divino el cielo, entonces la voz de Roma se levantó, y los enviados de Roma acudieron, y la santa luz permaneció en las almas, y la santa libertad y la santa esperanza continuarán sosteniendo y consolando aquellos sencillos corazones; y ellos, en fin, me han trasmitido una sangre cristiana.

¡Oh Roma, dulce madre y divina soberana de los pueblos! ¡Bendita seas por los bienes que me prodigaste en mis padres; bendita por las santas alegrías que has vertido durante tantos siglos sobre esos pobres del linaje humano, sobre esas gentes entregadas al trabajo y al cansancio!

¡Bendita seas por las virtudes que les has enseñado, por las humildes oraciones que han levantado hacia el Señor, por el pan y el agua que en su pobreza compartieron con el indigente! ¡Bendita seas por los rayos de luz que han iluminado sus frentes bañadas de sudor!

LIBRO II.

Entrada en Roma.

I.

Porta Cavalligieri.

Nos acercábamos á Roma llenos de emociones, henchidos de alegría, y presintiendo que Dios nos iba á conceder algunos días llenos de dicha.

No éramos ni curiosos impertinentes, ni gentes que han menester convertirse, y que buscan una defensa ó contra el diablo ó contra Dios; nosotros llegábamos con el corazón lleno de amor, y volvíamos á entrar más bien que llegábamos.

Lo teníamos todo dispuesto á pedir de boca: fogosos caballos y un excelente postillon; buen muchacho, cortés y de buen humor, que no aparecía menos entusiasmado que nosotros al ver á Roma, y que se complacía con nuestra alegría. Hasta el mismo impávido fraile sentía latir vivamente su corazón de regocijo. Un recodo del camino nos mostró de lleno la cúpula de San Pedro, que ya habíamos saludado desde lejos.

El tiempo estaba magnífico. El sol se ocultaba con toda majestad, iluminando y abrazando todo el espacio; la cruz brillaba sobre la cúpula envuelta en una suave púrpura.

Fray Gaudencio no pudo contenerse; mandó al posillon que parase, y estendió los brazos como si pretendiera abrazar á la ciudad y al templo.

«¡Ecco, dijo, ecco!» y sus ojos se inundaron de lágrimas. ¡Oh cuánta ternura se descubria en este grito, y cuánto, sin confesárselo á si mismo quizás, habia deseado fijar sus ojos en los queridos resplandores que volvía á contemplar en aquel instante! Despues de un corto silencio, humedecidos todavía sus ojos y las manos estendidas hácia el cielo, añadió:

«Esa ilustre y encantadora Elpis, que ha compuesto hace mil trescientos años el himno que cantamos en las vísperas de los Santos Apóstoles, ¿no es verdad que tenia este mismo cielo ante sus ojos y que le ha pintado perfectamente?

Aurea luce et decore roseo.....

«¡Roma, Roma, madre mia, amada Roma, á quien Dios diera los Santos Apóstoles, conserva cuidadosamente el presente del Señor!» — Y su corazón, rebosando de alegría, le impulsó á entonar con voz sonora:

¡O felix Roma quæ tantorum Principum
Ex purpurata pretioso sanguine,
Non laude tuâ, sed ipsorum meritis.
Excellis omnem mundi pulchritudinem!

El entusiasmo del buen religioso nos encantaba y enternecia. Y ¿cuál no fue nuestra sorpresa cuando le oimos de repente, cambiando de idioma, de tono y de aspecto, y tomando la espresion mas esencialmente italiana, preguntarnos si conocíamos *un certo Haouregou?*

«¡Haoureaou?—Si..... cattivo scrittore..... falso dotto... pedantuccio..... giornalista? ¡Mal escritor, sabio á la moda, pedante, y, para concluir, periodista! ¡Ah! tenemos muchos de esta especie. Haou..... ¿Come, padre?—Haou-

reacu. H, a, ou, r....—¿Va bene, padre? ¿Bartolomeo?—
St, st, Bartolomeo Haoureaou.—¿Y qué teneis, padre,
contra Bartolomeo Haoureaou?

—«Aureo è suo nome, ma davvero, il suo talento non è
d'oro! (1). Pues ese Bartolomé dice que la Iglesia roma-
na en el siglo v habia caído en la barbarie, y que no
sabia ya ni el griego, ni la gramática latina. Pero esto
era en tiempo de San Agustin, de Denys el Pequeño,
de Cassiodoro, de Boecio, y de tantos otros que no
tengo necesidad de citar. En este tiempo ademas, habia
en Roma señoras, como la piadosa consorte de Boecio,
bastante instruidas para componer el himno de que
acabo de repetiros una estrofa. Estoy persuadido que
el tal Bartolomé no sabria hacer un himno ni aun en
francés.» — «Padre, esa es mi conviccion y la de todo
el universo.»

«Y vuestro Bartolomé no sabia el griego.»

—Padre, no es el mio.

—No sabia el griego, y en ese incalificable capítulo
en que acusa á la Iglesia romana de ignorar este idioma,
da una prueba evidente de que quien no lo entiende
es él.

—Padre, de esas pruebas, dará muchas. Eso es lo que
él siempre probará mejor.

—Habla de un escritor que pone despues del nombre
del Apóstol San Juan una palabra bárbara, segun él dice,
porque le llama *petalicus*, que, á su parecer, significa
sin duda *el desterrado*. Pero, ¿quién no sabe que *petalicus*
viene del griego *pétalon*, porque, segun Polycrates, el
Apóstol San Juan llevaba sobre la frente una lámina de
oro, como sacerdote de Jescristo?

(1) Aureo es su nombre, pero, á decir verdad, su talento no es
de oro.

—Padre, hay un considerable número de personas eruditas en París, que ignoran esa circunstancia. Observad, pues, que nuestro Bartolomé era sabio de París y no de Roma. Nadie le corrige, y es natural que haya llegado á creerse sabio, pues que se ha visto laureado por el Instituto. Todo el mundo, en su lugar, caería en la misma ilusion.

Pero íbamos á entrar en Roma, y no quisimos introducir en ella á M. Haoureaou. El carruaje atravesaba la puerta, y dejamos fuera al laureado del Instituto, á quien Fr. Gaudencio llamó en un último impulso de indignacion y de númen italiano: *Laurent Mediocritas*.

II.

Las ventanas del Papa.

Entregados nuestros pasaportes á la agasajadora policía romana, y confiando nuestros equipajes, incluso la cesta de Fr. Gaudencio, á nuestro postillon, nos apresuramos á dirigirnos á San Pedro. Esperábamos encontrar todavía abiertas las puertas.

Pero apenas llegamos á la mitad de la plaza de las Columnas, y no bien pasábamos el obelisco de Sixto V, el toque del *Ave Maria* se dejó oír. Era demasiado tarde. Sin embargo, subimos las nobles gradas del peristilo, y tocamos con nuestras manos, frentes y labios las sagradas puertas.

Ave Petrus! Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia. Salud, Pastor de los pueblos, mas grande que Moisés. Bienaventurado Simon Barjona; Simon, hijo de la Paloma, á quien el Espíritu se dignó revelar lo que no pueden revelar ni la sangre ni la

carne; tú que fuiste el primer hombre que dijo á Jesucristo: «¡Vos sois el hijo de Dios!»

«Hé aquí tu morada; aquí donde el mismo Jesucristo lavó tus pies para hacerte participante de su reino; aquí, donde esos mismos pies vencedores han hollado el poder de Satanás y humillado las divinidades del Capitolio. Esta es tu morada, desde donde dominarás el mundo, y este tu sepulcro glorioso é inmortal.

Fr. Gaudencio se habia arrodillado, y nosotros imitamos su accion. Porque en Roma, al menos, se vencen los respetos humanos; y se puede, sin dar escándalo, adorar á Dios en medio de las calles. El glorioso Rousseau, el célebre compañero de Teresa Levasseur, decia á un discípulo suyo:

«¿Á qué viene ponerse de rodillas, amigo mio? ¿No estamos todavía bastante cerca de la tierra?» Glorioso Rousseau; precisamente me arrodillo porque estoy demasiado cerca de la tierra. El hombre no es grande mas que cuando se humilla, porque entonces rectifica que no puede mantenerse firme en medio de su propia pequeñez, y de la del mundo en que habita.

Confiesa que conoce, que ama, que adora algun objeto mas noble, mas bello, mejor que él. Arrodillándose ante ese Ser superior, se pone en comunicacion con la Majestad Suprema, y la pide sentimientos mas altos, y una ley que le eleve y le ennoblezca.

No me encuentro, pues, tan inmediato á la tierra, tan unificado con ella, cuando, dobladas las rodillas, pido al sacerdote la bendicion, y á los Santos su intercesion en mi favor; cuando confieso mis faltas, y cuando, repitiendo las palabras del justo, digo á Dios: «Hablad, Señor, que vuestro siervo escucha.»

No temamos arrodillarnos para rezar, para llorar y adorar, porque entonces, lejos de unirnos mas á la tier-

ra, nos libertamos del peso que á ella nos inclina, y nos sentimos como dispuestos á remontarnos á mayores alturas. El fariseo rezaba de pie : detras de él el publicano, prosternado, se despojaba de su miseria, y se disponia á levantarse hasta Dios.

Conozco muy bien á esos seres que hacen gala de no humillarse ante Dios, y no puede menos de admirarme su fiereza y presuncion, cuando tan á menudo los observo mas que inclinados ante un hombre ó ante un vil objeto. Los hay ante el Instituto, otros ante los periódicos, y muchos tambien ante sí mismos.

Volvimos de nuevo al pie del Obelisco, y allí recitamos un Padrenuestro y Ave María, para ganar la indulgencia concedida por Sixto V. á los que saluden la cruz que corona al mismo monumento.

Aprovechando los últimos resplandores del dia, permanecemos allí un momento disfrutando de la vecindad de San Pedro, de la vistosa perspectiva de las aguas que saltaban en las fuentes, y del irradiar de las estrellas que comenzaban á tachonar el firmamento.

Algunas ventanas se iluminaron en el Vaticano. Eran las de las habitaciones del Papa, y la débil claridad que despedían no alegraban menos nuestros ojos que el resplandor naciente de las estrellas.

« *Povero Papa*, nos dijo Fr. Gaudencio. *Povero Papa* todavía está recibiendo en audiencia; aun no ha terminado su pesada tarea. ¡Cuántas inquietudes se ocultan tras esos vidrios! ¡y nosotros estamos tan tranquilos!

« Ved, prosiguió, qué soledad; observad el Vaticano; parece inhabitado, desierto. Algunos guardias en la puerta, algunos humildes criados, algunos pocos via-

jeros que vienen en busca de una bendición; algunos secretarios, y luego..... nadie.

»No lo compararé con la pompa de otros soberanos, pero, el menor duque de Alemania, ¡qué digo! el menor judío de Inglaterra ó de Francia, se rodea de mas magnificencia y de mas cortesanos. *Argentum et aureum non est mihi.*

»No obstante, no se engañan, por cierto, los que dirigen tantos esfuerzos contra esos muros, cuya desarmada majestad no encierra mas que las nobles fuerzas y las mas nobles aun riquezas del espíritu.

»No se engañan esos hijos perversos, esos juguetes imbéciles de Satanás. El Vaticano es la fortaleza del mundo cristiano. Que desaparezca, y el mundo y el alma del hombre pertenecerán de nuevo al antiguo enemigo.

»Comparad lo que tiene lugar aquí con lo que sucede en los sitios donde ondea la bandera del demonio; lo que aquí se piensa, con lo que allí se sueña; lo que se destruiria con las armas que aquí se fabrican, con lo que se adelantaria con los elementos de que allí se dispone.

»Comparad la obra visible de los Papas con las obras factibles de esos políticos, de esos escritores, de todos los que se han propuesto regenerar el mundo á su capricho. Comparad las doctrinas de unos y otros; sus costumbres, creencias y sus miras.

»¡Ay de ti, triste raza de Adán, si logra el enemigo la victoria, si tu Dios llegase á desaparecer un solo instante! Pero, ¿por qué ese enemigo no ha logrado ya ser dueño del mundo teniendo á sus órdenes tantos cañones, tantos periódicos y tantas lenguas?

»*Amen amen, dico vobis.* El ángel que penetró en las prisiones de Herodes, se cierne con la espada en la mano invisible é invenciblemente sobre esta morada, donde,

al parecer, no existe mas que debilidad y abandono. »

III.

El obelisco del Vaticano.

Una palabra incidental hizo recaer nuestros pensamientos sobre el Obelisco.

—Teneis un Obelisco en Paris, nos dijo Fr. Gaudencio, regalo que os hizo un Bajá.

Le he visto por cierto, y se levanta por mas señas en medio de una plaza desmesurada y fria.

La plaza de la Concordia. ¡Bonito nombre! El altar de la Concordia fue la guillotina.

Los sacerdotes de la diosa Concordia están divididos en tres coros, infantería, caballería y artillería.

El día que pasé por la plaza de la Concordia, oficiaba la caballería.

¡Qué linda plaza! Todo es en ella reglamentario, todo está contrapesado, alineado, pulimentado.

No hace falta mas que un anteojo de larga vista para distinguir los edificios que rodean á la plaza por los cuatro lados.

Es un campo de Marte amueblado como un gabinete. ¡Contraste original y encantador!

Desde que vi la plaza de la Concordia, no tolero que se alabe á Venecia, ni la *Piazza San Petronio* de Bolo-
nia, ni esta miserable plaza de las Columnas que estamos contemplando.

La Concordia es grandiosa; allí se ven los efectos de la civilizacion; la caballería puede maniobrar en ella.

Paris entero va haciéndose magnifico para las maniobras y trabajos militares.

Pero scusáte: ¿qué hace el Obelisco en esa *bellísima Concordia*?

¿Qué sentido tiene? ¿Qué recuerda al pueblo francés? ¿Una victoria?

No; atestigua que un Bajá turco, un ladrón, un *birbante* nos honró con su amistad.

Rinde homenaje al genio del antiguo Egipto, pueblo noble, sabio y profundo, que adoraba bestias empaladas, y que estaba aprisionado por la mano de Cleopatra.

¡Algunas veces, por cierto, vuestra gran nación francesa no es muy altanera!

Los miserables egipcios levantaron obeliscos á millares y no se vanagloriaron por eso.

La poderosa Francia, después de haber levantado uno, ha proclamado orgullosa y envanecida que *ella* ha sido quien ha ejecutado en tal día y en tal reinado esa maravillosa obra, temiendo que las generaciones futuras fuesen á creer que ese Obelisco se ha edificado solo, ó que habiéndole malamente colocado allí ciertos empleados del Bajá, no habían consentido en quitarle.

Ha inscrito en él los nombres del Rey, del ministro, del prefecto, del ingeniero y del Bajá, y ha descrito sus adornos.

Por otra parte, ¿cómo quereis que se establezca conversacion entre todos los monumentos que adornan esa plaza?

Aunque tuviesen un porta-voz para poderse hablar á tanta distancia como están los unos de los otros; ¿qué quereis que se digan las Tullerías y la Magdalena, el Cuerpo legislativo y el Arco del Triunfo?

¿Qué podrian decir al mismo Obelisco, y qué podría él responderles? ¿Qué diria á esas mujeres que están sentadas á su alrededor, las unas con espadas y las

otras con grandes remos, apoyando sus pies sobre las columnas mingitorias?

¡Plaza de la Concordia! Mas bien debería llamarse plaza de la Cacofonía.

Nosotros los pobres romanos creo que lo entendemos mejor.

No hay ni una sola piedra en Roma que no revele algo, y algo grande.

Y hablan por sí mismas, por las inscripciones que contienen y por el lugar que ocupan.

Cada una es un recuerdo, una oracion, una leccion, una luz ó una poesía.

Ved ese Obelisco ornato del Circo de Neron, caído en tierra hacia tantos siglos.

Uno de nuestros Papas le vió, y dijo: «Yo te colocaré en un noble sitio en Roma.

•Tú viste la crucifixion de Pedro; pues bien, yo te levantaré y te haré hablar.

•Ni el griego, ni el escita, ni extranjero otro alguno desconocerá el idioma con que has de confesar á Jesucristo.»

Dijo; y le levantó con la misma mano que lo restablecía todo, que lo creaba todo, que reedificaba á Roma, y que hubiese reedificado al mundo entero si Dios le hubiese dado tiempo.

Ese Papa era Sixto V; un fraile; uno de esos hombres que no hacen nada sobre la tierra.

Trajo el Obelisco á este sitio, y aquí le levantó conociendo que hacia una cosa útil; pero sin decir á los que le viesen en el curso del tiempo de qué sistema de cuerdas se habia valido su ingeniero para enderezarle.

Pero no dejó al Obelisco desnudo de atractivos como una curiosidad en presencia de la Basilica.

No presentó á la vista de los Santos colocados entre

la columna, el inútil espectáculo de esta obra pagana.

Le condecoró con el signo de la cruz, y aun mas, con un pedazo de la verdadera cruz.

Le enriqueció con una astilla del sagrado tronco de que pendiera el Redentor del mundo.

Quiso que esa cruz, cuya sombra convirtió al buen ladrón, y resucitó á los muertos, convirtiese tambien á los que pasasen al pie del Obelisco, y les concediese el perdón.

Así vino á ser el monumento pagano un heraldo del Evangelio, un siervo del Dios vivo.

Pero Sixto queria todavía mas. Está escrito : «Las piedras hablarán : *Lapides clamabunt.*»

Y dió á la pagana piedra que debía en adelante proclamar el Evangelio en Roma, una voz digna de Roma y del Evangelio.

En uno de sus lados, el Obelisco ostenta todavía la dedicatoria de Caligula á los Emperadores-dioses Augusto y Tiberio.

Escuchad la que dice ahora que Sixto le ha enseñado á hablar:

Hé aquí la cruz del Señor. Desapareced, fuerzas enemigas. El león de Judá es vencedor.

Y añade :

Cristo es vencedor, Cristo reina, Cristo manda. Defienda el Señor á su pueblo de todo mal.

Así habla esta piedra, y así levanta su voz entre el pueblo de Dios.

¡Oh afortunada piedra! ¡Cuántas veces al pasar bajo tu sombra he sentido los efectos de la presencia de la Cruz!

¡Cuántas veces he pensado que me hacías de este modo partícipe de lo que tú misma experimentaste, cuando la sombra de Jesus desterrado se retrató en el suelo

del Egipto, haciendo estremecerse y desplomarse los ídolos; y saltar hasta las mismas rocas!

IV.

Varias prisiones.

Si hubiésemos tenido que partir de Roma al día siguiente, creo que no habríamos querido ni podido romper el encanto que nos encadenaba, por decirlo así, ante San Pedro. Hubiéramos esperado allí el día, como suelen hacer los peregrinos de los campos, para estar dispuestos apenas abriesen las sagradas puertas.

Pero como por dicha nuestra no fue así, nos alejamos por algunas horas; y al alejarnos, Fr. Gaudencio nos enseñó el palacio donde murió Rafael. Está ocupado por la redaccion de la *Civiltà Cattolica*. ¡Dichosos periodistas, que habitan á dos pasos de San Pedro, y pueden combatir en su favor!

Hé aquí el castillo del *Santo Angel*. Esa masa imponente no es mas que el resto de un sepulcro. El fausto en las tumbas llevado á tan alto grado por los grandes señores de Roma, llama siempre la atencion de nuestro sabio pero alegre Mons. B... «¡Qué afán, dice, de pesar sobre la tierra, y en el juicio final será necesario levantarse desde el fondo de esa misma tierra!».

En Roma nada está aislado, nada está mudo; todo tiene algun objeto, todo dice algo; y aun mas, cada cosa espresa lo que debe espresar. Ese fuerte castillo construido sobre un mausoleo imperial, contiene dentro de sus muros la historia entera de Roma; ostenta la majestad romana, y habla con el bello lenguaje romano.

Destinado á ser prision de estado, ha recibido en

su seno culpables, inocentes y perseguidos por la fortuna. Estos últimos maldicen su suerte sobre las cenizas de un Emperador; los inocentes están guardados por las imágenes de los Santos Apóstoles, y los culpables pueden levantar sus ojos hácia el ángel que corona el edificio, y que recordando y representando la misericordia divina, entrega su cuchilla al verdugo.

En cuanto á su aspecto, es el de la hermosa fortaleza de otros tiempos; severa, aunque adornada y provista de estensas plataformas, desde donde el prisionero puede pasear sus miradas por el espacio, y dilatar su pecho con el aire libre de la atmósfera. Las fortalezas actuales son raquíticas, ocultas y completamente cerradas; vienen á ser agentes de policía disfrazados de aldeanos.

En ellas los calabozos se llaman *celdas*; pero ¿dónde está la alegría y libertad del corazón del monje? Linda mentira del lenguaje oficial, que da un nombre monástico al calabozo del prisionero de la fuerza humana, en los mismos tiempos en que esa fuerza suprime los retiros en que se encerraban los cautivos voluntarios de Jesucristo.

Cuando tuve necesidad de aspirar el aire de los patios de la Conserjería, habia ya visitado á Roma.

¡Cuánto me acordé de las plataformas del Santo Ángel! Mi director me dió á conocer previamente la superioridad de las prisiones francesas: «En ningunas otras, decia, es posible tener mejor cama, estar mejor alimentado, ni mejor encerrado:—Pero vuestra prision no deja ver el cielo, le dije.—¿Acaso vivís vos con ver el cielo? me contestó.»

No sé por qué milagro miro en la actualidad en el fondo de mi tintero, de donde en otro tiempo vi salir de la Conserjería el *penitenciario* llamado *Mazas*, en el arrabal

de San Antonio. Desde aquella *penitenciaría* se oyen los ómnibus y el silbido del camino de hierro. El cielo no se ve.

Si mis crímenes me llevasen allí alguna vez, suplicaría que me concediesen una penitencia mas severa, digna de mi *incivilizacion*; solicitaria los horrores de la prision romana, con todas sus malas condiciones; pero con la plataforma que la noche cubre con un pabellon de estrellas, y cuyos muros están formados por la inmensidad del espacio que atraviesan los vientos y las aves.

¡Ah! Y si quisiesen encerrarme en el castillo del Santo Ángel, bajo el vuelo de las campanas de San Pedro y bajo las alas del ángel de la misericordia, cerca de las estatuas de los Santos Apóstoles, y sobre las cenizas del Emperador Adriano, entonces consentiría en triplicar el tiempo de mi condena, y en hacer pesar sobre mis amigos el dolor de mi triplicado castigo.

V.

Los centinelas.

El puente del Santo Ángel es elegante y pintoresco. Está adornado con las estatuas de los Apóstoles, y anuncia el Vaticano. Es la entrada del suelo mas esencialmente sagrado. En él se ganan indulgencias recitando una corta oracion.—Aquí está el Tíber: es cenagoso y estrecho, pero es el Tíber.

Fr. Gaudencio y yo íbamos nombrando á nuestros compañeros las calles, las iglesias y los palacios. Muchos de aquellos nombres les eran ya conocidos: no habian visto á Roma, pero en cambio la habian leído veinte veces; muy á menudo nos citaban ellos mismos los

nombres de los sitios por donde íbamos á pasar. S. M. piemontesa es ciertamente muy poderoso; pero todo su poder no será suficiente para quitar á los católicos el amor á Roma. Para eso serian menester fuerzas hercúleas.

Encontramos en el camino algunas buenas gentes que cantaban ante las iluminadas imágenes de las vírgenes: nos detuvimos un momento en la plaza de Navona, en el pórtico de Santa Inés. Allí la heroica jóven triunfó de sus verdugos, y sus cabellos crecieron instantáneamente para proteger su pudor, reemplazando con un sedoso velo sus desgarrados vestidos.

Hé aquí el panteon de Agripa. No encuentro por qué pueda ser la maravilla de la arquitectura. La idea concebida por el arquitecto pagano debia pasar para eso por la mente de Miguel Ángel, así como el pensamiento concebido por Agripa debia ser reformado por el Papa. El Papa, abatiendo los falsos dioses, ha consagrado el edificio á todos los Santos que han servido al verdadero Dios. Y destruyendo la cúpula construida sin elevacion sobre el resto del edificio, Miguel Ángel la ha hecho elevarse hasta las nubes.

Fr. Gaudencio no admiraba; ni criticaba, ni aun veia la arquitectura.

—Escuchad, nos dijo; escuchad las palabras de San Pablo, que habitaba no lejos de aquí, y que vió este monumento en su primitivo esplendor: «Hermanos míos: los Santos con la fe han conquistado un reino, aplacado la voracidad de los leones, detenido la impetuosidad del fuego. La fe les dió el valor en los combates, y lograron poner en fuga á sus enemigos.

»Muchos fueron cruelmente atormentados, porque no quisieron rescatar su vida mortal para encontrar una mucho mejor despues de la resurreccion. Otros

han sufrido los insultos, los golpes, las cadenas y las prisiones; fueron apedreados, destrozados, y perecieron al filo de la espada. » Así describía el Apóstol la vida de los Santos, profetizando la suya propia.

Y luego añade : « Los ojos no vieron, ni oyeron los oídos; porque no puede el entendimiento del hombre conocer lo que Dios ha preparado para los que le aman. »

Próxima al Panteon está la linda iglesia de *Santa Maria Sopra Minerva*, en donde los dominicos conservan el cuerpo de Santa Catalina de Sena, que fue suscitada por Dios para sacar á los Papas del destierro de Avignon; muy cerca, también, está la hermosa iglesia del Colegio Romano, donde los jesuitas guardan el cuerpo de San Ignacio de Loyola. No habíamos visto centinelas al rededor del Papa : sin embargo, los hay, y muchos por cierto.

VI.

Pablo, prisionero de Cristo.

Al llegar á la *via Lata*, que desemboca en el *Corso*, Fr. Gaudencio tocó con su mano y con su frente una elevada pared: « *Santa Maria in via Lata*, nos dijo. Aquí estuvo cautivo Pablo de Tarse; pero las cadenas que le oprimian mientras esperaba el juicio del César, no fueron bastantes para quitarle la libertad de predicar á Jesucristo; porque la palabra de Dios no puede encadenarse.

» Aquí fueron escritas esas cartas dictadas por el Espíritu Santo, que San Ambrosio atestigua son la leche con que la Iglesia se alimentó en su cuna, y que han continuado siendo los manantiales inagotables

de la ciencia de Dios. Aquí se formaba esa nube, dice San Agustín, que rodando á impulso del divino soplo por todo el ámbito de los cielos, derrama en todas partes el fuego, la luz y el rocío: *illuxerunt fulgura ejus orbi terra.*

»Ciertamente, los edictos imperiales hallaban obediencia entre los hombres, y doblegaban prontamente las mas altivas frentes. Pero, ¿qué Emperador ha sido ni será jamás obedecido como ese cautivo, que escribía detras de esas murallas, dictando leyes que ningun Emperador se hubiera atrevido á promulgar, y que ningun poder humano será suficiente para abolir?

»¡Pablo, Apóstol de Jesucristo, doctor de las naciones! decia de sí mismo: «He sido instituido doctor de las naciones en la fe y en la verdad de Jesucristo.» Se gloriaba de no tener ningun conocimiento de las ciencias humanas, de no conocer mas que á Jesucristo crucificado, y aun esto lo habia aprendido no de los hombres, sino del mismo Jesucristo. Por eso no me admiro de que haya vencido al mundo.

»Estando prisionero, *Paulus vinctus Christi Jesu*, escribía á los efesios: «Rogad por mí, para que Dios me dé palabras para enunciar libremente el Evangelio, cuyo ministro soy, aunque encadenado, y para que le publique con decision cual debo hacerlo.» Ya fatigado por la edad, *Paulus senex*, y teniendo necesidad de ser asistido, se privó de los servicios del fugitivo esclavo Onésimo, para enviarle nuevamente á su señor.»

»Pero ¡cuántas palabras nuevas para el mundo no salen de sus labios, dictadas por su corazón al enviarle! ¡Á cuántos esclavos no lleva la libertad ese esclavo, que torna á someterse al antiguo yugo que sobre él pesaba!

«Os ruego cuidéis de mi hijo Onésimo, porque lo

engendré en mis lazos. Os le envío otra vez, y os pido le recibais como á mí mismo; no ya como á un simple esclavo, sino como á quien de tal ha venido á ser uno de nuestros muy amados hermanos; como á una persona que me es muy querida, y que debe serlo para vos mucho mas, puesto que os pertenece segun el mundo, y segun el Señor. Si os hubiese causado algun perjuicio, ó si os fuere deudor de alguna cosa, ponedlo en mi cuenta. Soy yo, Pablo, quien os escribí por mi propia mano, y yo soy tambien quien os aseguro satisfaceré por él. Si, hermano mio; haced que reciba esta alegría en el Señor. Dadme en nombre del Señor este consuelo. »

» ¡Qué ternura en esta alma heróica! Un predicador francés del siglo XVIII decia que no necesitaba mas que el carácter y la vida de San Pablo para probar el Evangelio. En efecto, todo el Evangelio, toda su sublimidad, toda su elocuencia, toda su humildad y toda su caridad, se encuentran reunidas en el Santo Apóstol. Y ¿cómo no creer en la divinidad de un Evangelio que forma tales hombres?

» Pablo sufre los trabajos, recibe sin quejarse los golpes, tolera con humildad las injurias, y despues de todo, solo pide oraciones para que pueda hablar con un generoso atrevimiento, como es su deber. Elevado al tercer cielo, vió á Jesucristo ofreciendo á su Eterno Padre su propia sangre, mientras intercedia por el género humano como Pontífice, y á la par que se presentaba en holocausto como víctima. Y á pesar de la grandeza de sus revelaciones, y de la de sus obras, solo practicaba la humildad, y por último se convierte en el padre, en el hermano y en el responsable del esclavo. »

Así habló Fr. Gaudencio, y nosotros tocamos con nuestros labios los muros de *Santa María in via Lata*.

VII.

Un Papa envejecido.

A pocos pasos del Corso notamos algun movimiento ante una iglesia, cuya puerta estaba adornada con colgaduras color de púrpura. Aquel adorno nos indicaba que allí estaba espuesto el Santísimo Sacramento. Hay siempre una iglesia en Roma en que se halla manifiesto Su Divina Majestad, y es lo que se llama la devocion de las *Cuarenta horas*. Entramos. La iglesia estaba dedicada á San Marcelo, Papa.

El altar se hallaba iluminado con ese lujo y ese buen gusto tan peculiar de los romanos, y una compacta pero silenciosa muchedumbre llenaba los ámbitos del templo. Nos arrodillamos entre aquellos fieles, y dimos gracias á Dios. ¡Ah! yo bien sé cuán grato es encontrarse en Roma; pero esa alegría no se comprende del todo sino cuando se vuelve á ella.

Al cabo de algunos instantes, Fr. Gaudencio me presentó su breviario abierto: «Ved, me dijo, dónde estamos,» y ved aquí tambien lo que leí en el libro de las glorias y de la oracion católica, en la feria décimasesta de enero, día de San Marcelo, Papa y mártir. Jamás he aspirado mejor que en aquella ocasion el perfume de los primeros siglos.

«Marcelo, romano, ocupó la Santa Sede desde el tiempo de Constancio y de Galerio hasta el de Magencio. Instituyó en la ciudad veinticinco parroquias, para que se administrase el bautismo y la penitencia á los infieles que abrazaran la Religion de Jesucristo, y para que se diese sepultura á los cuerpos de los mártires. Sabedor de ello Magencio, se irritó, y amenazó á Marce-

lo con los mas crueles suplicios si no deponia el Pontificado y sacrificaba á los ídolos.

»Pero habiendo desdeñado Marcelo estas espresiones insensatas de la voz del hombre, Magencio le hizo aprisionar en las jaulas destinadas á las bestias de los juegos públicos. Allí vivió nueve meses dedicándose al ayuno y á la oracion, y visitando por medio de cartas las parroquias que ya no podia visitar personalmente. Libertado por los cuidados del clero, recibió hospitalidad de la bienaventurada Lucina, en cuya casa estableció la iglesia que hoy lleva su nombre. Los cristianos se reunian allí para orar, y el bienaventurado Marcelo los instruia. Pero Magencio tuvo noticia de todo esto, é hizo trasladar las bestias á aquella misma iglesia, condenando á Marcelo á que las cuidase. Allí fue donde, afligido por crueles dolencias, Marcelo descansó en el Señor. Lucina le enterró en el cementerio de Priscila, en la via Salaria, el 17 de las calendas de febrero: habia ocupado la Sede pontificia cinco años, un mes y veinticinco dias.

»Marcelo escribió una carta á los Obispos de Antioquía sobre el primado de la Iglesia romana, en que prueba que esta Iglesia debe ser considerada como la *cabecera de las Iglesias*. Establece que ningun concilio para que sea valedero puede celebrarse sin la autoridad del romano Pontífice. Habia ordenado en el mes de diciembre veinticinco sacerdotes para Roma, dos diáconos y veintiun Obispos para diferentes lugares.»

Ved ahí al Papa de los primeros tiempos, el Papa de todos los tiempos, y la personificacion de toda la vida apostólica. ¡Qué serenidad, qué misericordia y qué conviccion del poder eterno! ¡Y qué eco tan fiel de aquellas remotas épocas presenta en su esplendor esta mansion de la bienaventurada Lucina: casa santa con-

sagrada como iglesia, iglesia trasformada despues en establo de fieras, y mas sagrada aun por tal transformacion; y establo convertido nuevamente en iglesia, mucho mas augusta por tal reconciliacion, en donde veneramos como mártir al fiel Pontífice que el imbécil poder humano creyó degradar consagrándole al servicio de los animales!

Nuestro pensamiento voló entonces hácia *Letran*, donde Constantino, vencedor de Magencio, instaló en su propio palacio, como soberano de Roma, al inmediato sucesor del Papa San Marcelo. La gloriosa inscripcion de la Iglesia madre y señora de todas las iglesias, resonaba en nuestros oidos. Atestigua lo que el cautivo de Magencio habia proclamado desde el seno de la infecta prision en que el presuntuoso poder del hombre creyó hacerle morir.

Colocado sobre firme piedra, y despreciando locas amenazas, el cautivo afirmaba sus derechos, su poder y su perpetuidad. El verdugo era el que iba á morir.

Entretenidos íbamos con estos pensamientos, cuando nos encontramos al pie de la columna triunfal, elevada por el Senado en honor del Emperador M. Aurelio Antonino. El sabio Antonino se titulaba á sí mismo Augusto, germano, sarmático, soberano pontífice, tribuno veintiocho veces, siete veces Emperador, padre de la patria, y procónsul.

El Senado añadió á todos estos títulos la divinidad; y levantó esta columna en memoria de sus victorias, alcanzadas sobre los bárbaros.

La columna cayó, sin embargo. Sixto V la levantó de nuevo, y la dedicó á San Pablo. En la actualidad

sustenta una estatua de bronce dorado, erigida al hermano y protector del esclavo Onésimo, y una inscripción que le adorna, dice: «Ahora que ostento la imagen del discípulo de Jesucristo, que por medio de la predicación de la cruz triunfó así de los romanos como de los bárbaros, ahora es cuando soy verdaderamente triunfal y sagrada.»

Poco despues llegamos á nuestro alojamiento, situado cerca de la plaza de España, y en las primeras vertientes del Pincio. Allí se levanta el palacio de la Propaganda, donde todas las lenguas aprenden á confesar á Jesucristo, y donde se encienden las antorchas que esparcen por todo el universo el resplandor de la verdad. Siuviésemos la mirada de los Santos, veríamos volar en derredor de este edificio legiones enteras de ángeles.

In omnem terram exivit sonus eorum. Así canta la Iglesia en la fiesta de los Apóstoles; y Dios decia á Isaías: «Enviaré gente á los pueblos que están al otro lado de los mares, y á los que habitan las mas apartadas islas; á todos aquellos, en fin, que nunca oyeron hablar de mí; todos vuestros hermanos se reunirán á ti, y escogeré algunos de ellos para sacerdotes y levitas.»

Delante del palacio de la Propaganda, Pio IX ha erigido la columna de la Inmaculada Concepcion. Es un resto antiguo; pero la verdad que simboliza es todavía mas antigua que él. Este monumento está propiamente en su lugar; es decir, á la entrada del Seminario de todas las naciones: *Beata me dicent generationes.*

¡Oh Roma! ¡Oh tierra de la luz, de los milagros y de la misericordia! ¡Tú eres la única ciudad cuyos ha-

bitantes encuentran hasta en la puerta de su propia casa algo que les recuerde á su Dios!

Al otro lado de la calle, debajo de nuestras ventanas, está la iglesia de *Sant'Andrea delle Frate*; iglesia en extremo pobre, sin gloria, sin historia, y sin nombre hasta hace poco tiempo.

Un día, veinte años há, entró por casualidad en esa iglesia un judío acompañando á nuestro querido Teodoro de Bussière. Por azar tambien, el judío se halló solo ante el altar. Desconocia todos los principios de la Religión, y aborrecia el cristianismo. De repente el altar se iluminó, apareciendo en él una imagen que se sonrió afablemente. El judío no oyó nada, pero lo comprendió todo: salió de allí cristiano y sacerdote, permaneciendo aun hoy el recuerdo de este milagro, adherido á la pobre iglesia de Santa Andrea.

Quisimos dar las gracias á Fr. Gaudencio por su amabilidad en acompañarnos; pero él nos interrumpió diciendo que él era quien debia agradecer el que le hubiésemos proporcionado ocasion de ganar las indulgencias; porque en Roma hay concedida una indulgencia al que enseñe á un extranjero el camino que á ella conduce, ó le enseñe la ciudad.

LIBRO III.

Papas y Emperadores.

Después de estas emociones que se siguieron á nuestra llegada, yo ni encontraba ni buscaba el sueño. Oía acentos particulares, veía grandes imágenes; los recuerdos del mas remoto pasado surgían en mi memoria, mezclados con las circunstancias que me rodeaban al presente. El del Vicario de Jesucristo predominaba sobre todos los demás. El resto de las imágenes, ó desaparecían, ó se trasformaban: esa sola permanecía inmutable, y siempre la misma.

Veía los Emperadores y el imperio levantarse contra el Papa, y caer al punto reducidos á polvo. Veía al Papa tomar este polvo, y formar Reyes y pueblos, y que al poco tiempo, ingratos é imprudentes estos, se conjuraban para perder al mismo que los había formado, corriendo así á su propia ruina.

Luego desaparecían, no dejando en pos de sí mas que ruinosos restos; solo él permanecía siempre firme, apoyando su mano sobre los objetos que no deben perecer.

Le veía entre el brillo de los tiempos de paz vuelta la tranquila mirada hácia las futuras tempestades, alimentando con su previsora mano la lámpara cuyo resplandor forma el verdadero día. Le veía en medio de las tinieblas, llevando en su segura mano la única antor-

cha que no habia sido apagada, sosteniendo con su mano poderosa el edificio único que no se habia desplomado, y levantando, en fin, con su mano paciente y misericordiosa los escombros bajo cuyo peso gemia la tierra.

En los dias de orgullo, cuando el hombre rinde adoracion á sus propias obras, y no conoce ya otro Dios mas que á sí mismo, yo le veia despreciar tal locura, y decir á los pueblos con voz tranquila, sin temor y sin cólera : « Vuestros ídolos no son mas que demonios; el Señor es quien ha hecho los cielos. »

De esta manera se iba la historia presentando en mi imaginacion, como llena por un solo hombre; pero este hombre es el hombre de Dios, el que vino cuando el mundo gemia bajo el yugo de Satanás, para arrancar á ese mismo mundo del poder del demonio, y hacerle conocer la luz, darle la paz, y abrirle la entrada de la vida en el Señor. La obra no está acabada; el combate no ha concluido aun; pero el hombre de Dios saldrá de él triunfante. Porque no teme ni muere; porque ha experimentado por largo tiempo la infecundidad de la fuerza, la impotencia miserable de la muerte. *Hay funerales en que se aspira un ambiente de vida.* Es el ambiente que se respira en Roma desde los funerales de San Pedro, y que se desprende incesantemente de miles de tumbas. Y si á siglos pasados fecundó con espíritu de vida que constituyó su porvenir, ¿por qué ha de faltar ahora?

Nada nuevo veo bajo este cielo, que jamás se cambia. El Papa solo tiene delante de sí antiguos adversarios, y el ensayo de hoy no es mas que la prolongacion de una empresa que cuenta diez y siete años de inútiles tentativas.

I.

Neron y Pedro.

Octavio se hizo Augusto, y ya Emperador Augusto, fue elevado á la categoría de dios del imperio, y viviendo él todavía, tuvo templos, sacerdotes y sacrificios. Hasta se vió obligado á contener el frenesí de los fanáticos que le levantaban altares. Hé ahí á Roma y al mundo romano en el colmo del esplendor, en la mas elevada y floreciente edad de la filosofia, de las artes, de la literatura y de la victoria; pocos dias despues de Ciceron, de Bruto, del gran Julio, en la época de Virgilio y Horacio, en los tiempos en que el templo de Jano estaba cerrado, gracias á la paz de que gozaba el imperio.

No habia, sin embargo, gran aparato de fuerza, y eran muy pocas las tropas que guarnecian á Roma y á toda la Italia. Augusto habitaba una casa sencilla, sin guardias y sin ostentacion alguna. Andaba por las calles vestido con una toga de lana; no era querido, pero era, no obstante, poderoso, porque le defendia el miedo que tenian sus súbditos á no tener soberano, ó á tener otro peor que él. Era el protector de los placeres, y el distributor de los empleos. Cónsules, patricios, caballeros, Roma entera y el mundo todo, se disputaban su servicio.

Augusto muere; el mundo, *turba saluatatrix*, se abre en dos filas, é inclina su frente ante Tiberio. Tiberio era conocido por su abyecta crueldad. Fue todavía mas servilmente adorado que su antecesor. Despues Calígula y Claudio son reputados como dioses. Pedro de Galilea viene luego á habitar á Roma. Satanás lo

sabe, se apresura y forma á Neron. Neron sube al trono de Augusto, y es el señor y el dios del género humano. Se ostenta mas dios que Augusto y que Tiberio, y mucho mas tambien que Calígula y Claudio; llega hasta el punto de creer él mismo en su propia divinidad y de rendirla homenaje.

Neron es la obra maestra de la insolencia y del odio de Satanás, que quiere ser adorado en ese conjunto de corrupcion y de crímenes. Neron es loco, feroz, omnipotente y lascivo; pero al mismo tiempo es un letrado, un artista. En él están reunidas todas las luces y toda la savia de la civilizacion romana; es su óptimo fruto, el cual, por otra parte, no podia nacer en otro suelo ni madurar en otra estacion. Neron es, por decirlo así, el fruto maduro y sazonado de Roma; eran necesarios Roma, César y el siglo de Augusto, para producir á Neron.

Y él, por su parte, sabe lo que debe hacer, y es fiel á su destino, á su vocacion. Envuelve á Roma, es verdad, en sangre y en fuego, pero tambien la inunda de voluptuosidades y de desprecios, y la lleva tan adelante, que la imposibilita para retroceder. Da, en fin, la última mano á la corrupcion pagana, y Cristo luchará largo tiempo contra este enemigo capaz de desconcertar los mas sabios planes, y destinado para proporcionar al pueblo de Roma la sangre cristiana que apetece; pero la sed de ese pueblo ha de durar aun trescientos años.

Pedro no es mas que el jefe de una secta despreciada, azotada en Jerusalem, y tan poco considerada en Roma, que se la permite vivir. Pero Neron ve en Pedro al Papa, y le prende y le mata. ¡Cosa estraña! esa sangre en nada le engrandece para con su pueblo. El pueblo de Neron tiene los mismos instintos que él, y aborrece á los cristianos, aunque apenas eran entonces vi-

sibles para los políticos. Ya sin duda visitaban los cristianos á los pobres, y llevándoles limosnas, trataban de alejarles del vicio y de la depravacion, que como de asiento moraba en los templos en que se servia á los dioses.

La persecucion de los cristianos cubrió el incendio de Roma, y abasteció al Circo. El instinto de Neron no pudo alcanzar mas. Dios entre tanto lleva adelante su obra por la mano misma de Neron, y arroja los cimientos de la Santa Ciudad en medio de la ciudad de Satanás. Pero para estos cimientos se necesitan piedras fuertes á toda prueba. La persecucion provee de ellas. Durante tres siglos va descartando los falsos sabios, y las conciliadoras gentes que se ofrecerán á levantar la cruz, pero sin permitir que se derriben los ídolos, y que querrán conciliar á Jesucristo con Satanás. ¡Atras! ¡atras! es necesario escoger.

La sabiduría humana escogerá, y con su eleccion mostrará lo que es, y los hombres que buscan á Dios en la rectitud de su corazon la conocerán y la juzgarán; y por ese medio tambien la infernal ciudad perecerá, y los muros del sagrado edificio crecerán y se elevarán hasta los cielos. Vais á verlo: los estóicos, los altivos, los hijos de la grandeza y de la antigua virtud romana, pedirán que se restablezcan las leyes, y llorarán la libertad, y escogerán lo que hoy desprecian, y perseguirán lo que ahora honran. Tácito no tendrá mas virtudes que las que no impidan ser senador.

Así Neron revivirá en sus sucesores, y los mejores entre estos tendrán bastante de él para que su sabiduría conduzca á la perdicion, para que su moderacion corrompa, para que su humanidad haga correr la sangre. Así se espesará y profundizará mas el cieno pagano, y de este modo llegará un dia en que ni las armas ni la li-



bertad de Roma cuenten con héroes. Los héroes pertenecerán á Jesucristo, porque á Él pertenecen todos los grandes talentos y todas las grandes almas. Roma será conquistada por esos vencedores que no han buscado mas que la muerte, en menos tiempo del que ella ha empleado para salir del *Latium*. Neron se ha engañado, Satanás se engañó tambien; y cualquiera que luche contra Dios se engañará del mismo modo.

Neron no es otra cosa que una personificacion la mas perfecta del mismo Satanás. Es la espresion suprema del imperio del mal y el vicario del demonio, así como Pedro, á quien ha dado muerte, es el vicario de Jesucristo. Satanás no podrá volver á formar ningun ser que iguale á Neron. Todas las copias serán inferiores á este modelo, porque nunca podrán fundirse en tan alto grado la crueldad, la lujuria, la bajeza y el ridículo. Era preciso que Neron fuera ridículo; era preciso que esa bestia que habia de pisotear al género humano, como se aplasta la uva en el lagar, no fuese ni un lobo, ni un tigre, sino un animal inmundo. Satanás no se contenta con destrozar al hombre, quiere tambien morfarse de él. En todos estos casos en que Neron ha surcado el mundo, presenta la imágen perfecta del animal inmundo.

Al encenagarse en el lodo mancha con él todo lo que habia formado hasta entonces el honor de Roma. Buen talento, autor, artista, jardinero, cantor ó cochero, aparecia siempre rodeado de histriones de todo género, de quienes era la fortuna al mismo tiempo que la irrision. Cuando iba á dar representaciones, se hacia seguir por los que tenian el encargo de aplaudirle. Destruia unas montañas y elevaba otras. Su palacio ocupaba dos de las colinas de Roma. En ese mismo palacio, todo revestido de oro, de mármoles preciosos, de

piedras de gran valor y de curiosidades, daba fiestas; y en algunas de ellas se entretenía en dar muerte á los convidados. Le agradaban las flores, los perfumes y la lisonja. Muchas veces no hacia matar solo por mero placer, sino que á menudo lo hacia porque tenia miedo; pero siempre encontraba placer en ello. Neron era quien debia crucificar á Pedro.

Tal era el quinto heredero de César; el primer Emperador que se presentó frente á frente contra la Iglesia, y el que dió muerte al primer Papa. Reinó diez años. Despues de él, el poder imperial descendió á Domiciano, y luego á las manos de Heliogábalo. Fue sostenido por otros locos, arrebatado por antiguos soldados, comprado por especuladores, y Neron pareció grande; pero, á pesar de todo, era necesario un señor. Tan pronto como hubo uno, la multitud reunida en el Circo le saludó con las mismas aclamaciones: «Tú eres el dueño; tú eres el primero; gloria á ti, mas dichoso que los demas; la victoria es tuya; *ab ævo vinces*, tú vencerás eternamente.» Fuese Tito, fuese Caracalla, fuese Dido Juliano, ó fuese Magencio, poco importaba á la multitud, y poco le importaba que un acaso cualquiera pusiese fin con la muerte á la eternidad del Emperador; pronto vendrá otro nuevo que dé al pueblo *pan y juegos*.

Pero si todos los Emperadores han sido fieles á la política de Neron; si los mansos y los feroces, los sabios y los locos han venido á parar al mismo punto, odiando al cristianismo y asesinando á los cristianos, los Papas no han sido menos fieles observantes de la política de Pedro. Los sabios y los sencillos, los atrevidos y los tímidos, los que no se asustan de la violencia y aquellos á quienes los halagos han tratado de corromper, todos vienen á parar al mismo supremo ar-

gumento : « Mejor es obedecer á Dios que á los hombres. » La historia de los sucesores de San Pedro durante doscientos cincuenta años, concluye siempre con estas palabras : « Recibió la corona del martirio, y fue enterrado cerca del bienaventurado Pedro, en el Vaticano. »

Llegamos por fin á Constantino. San Marcelo acababa de morir esclavo, y consagrado al servicio de las fieras. Las aclamaciones del Circo han proclamado á Magencio : la Cruz aparece en el cielo, y Constantino la enarbola en Letran : *ab ævo vinces!* La estatua de Neron, de cien pies de altura, que él mismo se había erigido, verdadera estatua de Nabucodonosor, se conservaba aun en una de las entradas del Anfiteatro; pero el imperio ya no existía. El César bautizado abandona el gobierno de la Santa Ciudad al papa Silvestre y á sus sucesores, « no creyendo que el emperador de la tierra debiese retener el poder donde el Emperador del cielo ha establecido el principado del sacerdocio y el supremo lugar de la Religión, » y se lleva en sus bagajes el soberano pontificado de los dioses, no precisamente por llevarsele, sino por no dejarle.

Precaucion de la política humana fue tal medida, bien pronto funesta á la dinastía del héroe que acababa de dar libertad á la Iglesia y de afirmar el nuevo edificio imperial, bajo cuyos cimientos dejó sepultados los ruinosos restos del antiguo palacio. No era, pues, necesario ni llevarse ni dejar á los ídolos; era, sí, preciso el abolirlos. Los sucesores de Constantino, viéndose soberanos pontífices de los dioses, se creyeron Pontífices de Jesucristo, y trataron continuamente de regir á la Iglesia, de cambiar su doctrina y de llevar á cabo por medio de los sacerdotes cortesanos y de los eunucos lo que no habían podido conseguir los verdugos.

El imperio de Oriente sucumbió allí, y la Iglesia de Jesucristo sacó de tales vicisitudes su resplandor y su gloria. Roma habia formado los mártires, Bizancio hizo los doctores; y así como el cuerpo de Jesucristo se habia estirado en las torturas, la doctrina de Jesus se des- envolvió y resplandeció en los certámenes.

La Iglesia no pudo menos de regocijarse al ver concluido el largo período del martirio. Algunos cristianos acostumbraban á hablar de él como de un tiempo dichoso y lleno de gloria: «Y bien, dicen; volveremos á entrar en las Catacumbas;» pero un tanto insegura de su constancia la Iglesia, ruega á Dios que no los esponga á una nueva prueba. Cuando celebró el triunfo de los mártires, tenia que llorar la vergüenza de los apóstatas y la horrible desdicha de los verdugos. A estos teóricos afrontadores del martirio, les responde pidiendo á Dios que la conceda la paz, para que pueda servirle mejor durante el reinado de la tranquilidad. A los teóricos de la violencia, que la amenazan con la muerte, les enseña ese rio de sangre que ha inundado el imperio y llevado la Cruz de Jesucristo al templo de Júpiter Capitolino.

II.

San Gregorio I, San Gregorio II y Leon Isauro.

Por otra parte, la Iglesia sabe con igual certeza que no ha de faltarla jamás la persecucion, como que esta misma persecucion no podrá destruirla. La ferocidad de los Césares de Roma fue vencida; pero la felonía de los Césares de Bizancio viene á reemplazarla, y la acompañan las traiciones, los parricidios pagados por la molicie, y las invasiones. Desde Constancio hasta Leon el Iconoclasta median cerca de cuatro

siglos de injurias, de insultos, de infames ardidés; y en esa misma época los vándalos, los hunos, los godos y los lombardos continúan la obra comenzada por los antiguos invasores. Pero San Gregorio Magno aparece en ese intervalo. Gregorio es el último patricio de Roma por la tradicional majestad de su constancia, y la antigua ciudad parece acumular en él todo su esplendor antes de morir; así como es también el primero de los nuevos Reyes de la señora del mundo por la magnánima dulzura de esa misma constancia.

La supremacía de Bizancio había reducido la Italia á un estado que Muratori pinta en dos palabras: «Ya no hay brazos ni para la siega ni para la vendimia.» Los lombardos de Alboin atravesaban aquella soledad, llevándose cautivos los pocos habitantes que el hambre y la peste habían respetado. Desde lo alto de los muros de Rávena y de algunas otras fortalezas, temibles solo para los italianos, las guarniciones griegas miraban impasibles á esos desdichados cuyas casas eran incendiadas y á quienes los bárbaros arrastraban á la esclavitud atados como animales. El gran valor de San Gregorio no podía sufrir mas tiempo, y exclamaba: *¡Mi alma está cansada de vivir!*

Veía al mundo desmoronarse; creía habían llegado los días de la destrucción; pero, sin embargo, acepta el trabajo. Con una mano impide que Roma desaparezca, y con la otra extiende al otro lado de los mares, en la lejana isla de los Bretones, las semillas de que había de nacer muy pronto un nuevo pueblo católico. Luchaba contra la peste, contra los temblores de tierra, contra los bárbaros herejes y los bárbaros idólatras, contra el paganismo muerto é infecto, porque no se le había enterrado. Luchaba, en fin, con su propio cuerpo, débil y agobiado de enfermedades, y

puede decirse que el alma de Gregorio era la única cosa verdaderamente sana que existia en el género humano.

Gregorio es, á lo que parece, el fundador del poder temporal y uno de los modelos perfectos del principio cristiano. En medio de esa universal destruccion, no solo se presenta como guía, sino tambien como Rey. Ejerce por condescendencia, pero en toda su plenitud, la soberanía material que germinara en las manos de Pedro y que fuera reconocida en las manos de Silvestre. Si no la ejerciese pereceria todo, porque ya no queda ningun Emperador, ni jefe sobre la tierra, y el poder ha caido en manos de los bandidos y de los eunucos.

Ha desaparecido el derecho. En ninguna parte está la autoridad ejercida legítimamente. La fuerza es la dueña universal, la soberana brutal que nada respeta. Reina de un día; que nada establece, que se burla de la humanidad y que la hace traicion. No es ya la espada, es el puñal, y aun mas que el puñal, el veneno, quien levanta y destruye los tronos; y estos, tanto al levantarse como al derribarse, oprimen á la especie humana.

Gregorio combate todos esos azotes con el amor á sus pueblos, con la sublime grandeza de su dignidad, con la firmeza de su corazon y los inagotables recursos de su espíritu. Y obtiene la paz, ó mas bien la compra. Levanta á Roma de nuevo y la rodea de murallas, y estos cuidados no le impiden alimentar á los pobres y albergar á los peregrinos, siguiendo la constante costumbre de los Papas. Y aun hizo mas; hizo lo que hacen todos los grandes Papas: legó á sus sucesores una política, que por decirlo así le perpetuaba para siempre.

De este modo fue el mundo restableciéndose poco á

poco del desastre sufrido : así se salvaron las ciencias, y por ese medio los pueblos pudieron tomar aliento, y prepararon las fuerzas necesarias para hacer resistencia á la furiosa é infame locura de Isauro, hombre rústico, que habiendo llegado á ser Emperador de Bizancio, quiso hacer destruir las sagradas imágenes. Descontento por la resistencia que encontraba en un sitio en que todavía se leían los antiguos libros, hizo quemar un dia una biblioteca y con ella sobre otras treinta que contenia dentro de sí.

Todo esto no impidió, sin embargo, que mas adelante considerasen al Isauro algunos hábiles y doctos letrados como el protector de la libertad, y que esos mismos tachasen de sedicioso al Papa, que se le opuso. El digno Isauro trató seis veces de asesinar al Papa, que queria salvar las imágenes; pero seis veces fue errado el golpe.

A pesar de todo, aquellos letrados perdonan al Isauro su falta de tacto y practican el perdón de las injurias, porque están siempre del lado de los débiles.

San Gregorio II venció al Isauro en sus sucesores. Imitando á San Gregorio I, estableció la política necesaria para aquel tiempo. Sin atacar unos derechos que solo él reconoció á Italia y mantenía aun, les opuso el derecho superior, que la criminal necedad del bizantino se lisonjeara anonadar. Recuerdo aun las palabras, dichas á este propósito, de un escritor francés, hombre instruido y buen realista:

«*Desgraciadamente* para los Emperadores, dice, tenía asiento entonces en la cátedra de San Pedro la mas notable virtud, unida á la sabiduría mas profunda. Durante ochenta años fueron sucediéndose en Roma siete Papas, *tan venerados por su santidad, como temibles á sus soberanos por su destreza política.* » Estos historia-

dores de escuela tienen un modo peculiar suyo de explicar las cosas.

Esta cadena de oro, de siete Papas temibles á sus soberanos, pero venerados por su santidad, conducia al mundo á San Adriano, amigo de Carlomagno. Terminó la primera época del feudalismo imperial. Existe un sistema de Papas feudatarios, como le hay de Papas súbditos. El Papa es señor de Roma, y Roma forma parte de un reino cualquiera. Este sistema tiene sus partidarios, que quizá le crean nuevo, y que aseguran que el Papado y la Religion estarian así perfectamente. Ya se ha probado, pero daba un pretesto á la insolencia de la tiranía, de las sediciones y de la impiedad, é incitaba al Isauro y al Copronimo á decretar artículos de fe. Por eso pasados los siglos de sufrimiento, los Papas han debido romper ó destruir ese sistema, para salvar el Papado, la Religion, Roma y la Italia.

No terminemos este período sin recordar que San Gregorio II fue quien tomó el bello título de los Papas. Cuando el brutal Iconoclasta vejaba al Papa con sus mensajes enviados con asesinos, se cubria con los pomposos títulos que denuncian la pequeñez de los grandes de la tierra. El Papa, al responder al Emperador, se firmaba: Gregorio, siervo de los siervos de Dios. *Servus servorum Dei*. El poder temporal iba á aparecer entero é intacto en las manos de los Papas, y en aquel mismo momento es cuando recuerdan mas solemnemente que representan á Aquel que vino al mundo para servir.

III.

El nuevo imperio, y el nuevo Emperador.

El mundo, y la Iglesia misma, no creian que el im-

perio de Occidente habria de perecer jamás. A través de los crímenes de Roma y de Bizancio, la humanidad entreveía en el imperio la institucion humana que debia dar á conocer la institucion divina de la Iglesia. Hacia falta, para tal objeto, un brazo á la justicia, una fuerza al derecho, una proteccion á la verdad, y un armado custodio de la paz. El imperio romano habia sido una como infernal parodia de aquel pensamiento puramente divino, el cual, sin embargo, habia de ser comprendido y realizado únicamente por la Iglesia, cuya mision es establecerlo todo y ordenarlo todo en Jesucristo.

Desde el tiempo de Clovis, San Avit, Obispo de Viena en las Galias, y nieto de un Emperador, habia anunciado á los francos que el imperio de Occidente renaceria de entre ellos. Pero el yugo de los bárbaros no habia aun dejado de pesar sobre la humanidad, y era necesario que antes de entrar esta bajo el régimen de la verdadera autoridad, olvidase el despotismo que por tanto tiempo la habia afligido. Era igualmente necesario que el torrente de las invasiones pasara una y otra vez por Roma, arrastrando en su corriente al Senado, á los ídolos, al libertinaje y á la esclavitud, y que, abriendo profundos abismos entre Bizancio y la Italia, entre esta y las demas partes de Europa, divadiese en familias y en pueblos la inmensa multitud que habia antes sobrellevado un mismo yugo: y colocando á cada una de ellas en su lugar, formase las fronteras cual otros tantos baluartes, desde los que la libertad de la Iglesia habia de producir la libertad de las naciones. Tales eran las circunstancias con que debia levantarse el santo imperio romano.

Tantæ molis erat Romanam condere gentem.

Los restos del imperio dieron origen á otros impe-

rios, que, chocando mutuamente entre sí, caían al punto convertidos en informes fragmentos. La Iglesia al apoderarse de ellos les daba forma, y les señalaba un órden dentro del cual la regla no excluía la libertad. Sus monasterios, atrevidamente sembrados en aquel profundo caos, resistían á unas tempestades que los tronos no eran bastante fuertes para soportar sus choques. Los pueblos errantes se guarecían presurosos bajo tan arraigados arbustos, hasta que, por último, fijaban en ellos su residencia. Allí era donde se formaban esos hombres á quienes jamás subyugó la desesperación. *Patientia pauperum non peribit in finem*. Los monjes cultivaban los pueblos como cultivaban la tierra, y su constante trabajo domaba los mas fieros torrentes. Llegó por fin un día en que la Iglesia habia formado un nuevo género humano, y entonces Carlomagno apareció radiante de candor, de valor y de bondad.

Han pasado ya siete siglos y medio desde Neron, y cuatro desde Constantino. Hemos señalado el nombre del Emperador que manejaba las riendas del imperio cuando la Iglesia apareció naciente sobre la tierra, y hemos tambien consignado que ese Emperador era la gran espresion del mundo pagano. Ahora hallamos á Carlomagno Emperador, que la Iglesia, libre ya hace cuatro siglos, da á su vez al mundo: ese Emperador será igualmente la espresion del mundo que la Iglesia ha formado; mundo imperfecto todavía, es verdad, pero de cuya fértil imaginacion nacerán innumerables planes, obras sublimes que le asegurarán su existencia, que recordarán su pasado, y que le augurarán brillante porvenir, aun despues de diez siglos de humillacion y abatimiento, de ser el blanco de la traicion y alevosía. Sí; él vivirá siempre, él arderá en los mas generosos deseos, él no podrá sucumbir sin que con su ruina se

apaguen los brillantes resplandores que supo derramar, y entonces... no será un mundo que se eclipsa, será el mundo todo quien deje de existir.

Pepino, digno autor de los días de Carlomagno, habia *restituido* á San Pedro las ciudades tomadas á los lombardos. El bizantino las reclamó, pero en vano. El lombardo, no bien dejaba de sentir el hierro Carlovingio, próximo á herir su cuello, olvidaba los juramentos, hasta que Cárlos le obligó á cumplirlo y confirmó el acta de Pepino, dejándose llevar para ello no solo de sentimientos de propia benevolencia, sino principalmente de los ruegos de los mismos pueblos que gobernaba. Todos los hombres verdaderamente grandes saben lo que la conciencia pública reclama de ellos con verdadera justicia: ese es el talento que distingue á los fundadores y que engrandece sus obras, perpetuando su gloria á través de los siglos. El hijo de Pepino escuchó el voto de los pueblos, y afirmó el trono pontificio para librarlo de los griegos y de los lombardos, de los eunucos y de los bandidos, y colocando delante de él su espada: *Guai*, dijo, *a chi la tocca!* y el Rey Cárlos fue desde aquel momento Carlomagno.

«Cuando las saetas lombardas hirieron á la Santa Iglesia, el Rey Carlomagno, protegido por el águila romana, vino en su apoyo, y la victoria coronó su esfuerzo.» Esto es todo lo que el Dante concede á Carlomagno. Porque el Dante podrá ser un gran poeta, y si se quiere un gran teólogo, pero no podrá ser nunca un grande é inteligente católico. Gibelino, dando ó quitando la gloria, siempre y en todas ocasiones conforme á su capricho, á todo el que era Güelfo ó Gibelino, no fue jamás partidario de Carlomagno, porque arrebató este el imperio á la pretendida descendencia del César, sin reservársele por completo para sí. Carlomagno fue

siempre un protegido del águila romana, y como tal miraba, no sin particular predileccion, á tal ave. Fue el hijo y el misionero del Evangelio, el obediente auxiliar de Jesucristo, y combatia siempre bajo el amparo y proteccion de las alas de la Cruz.

Comprendió, amó, respetó y terminó la grande obra que le encomendara la Providencia, cual era el establecer el poder temporal del Pontífice romano, y entronizar definitivamente á Jesucristo precisamente en el lugar en que Satanás, triunfante, habia casi siempre reinado. *Christus vincit, Christus regnat, Christus imperat.* Y todo se encontró reunido en la constitucion de este poder: el derecho divino, la antigüedad, todas las formas y todas las condiciones del derecho humano. La Iglesia era propietaria por los donativos de legítimos poseedores, por el voto y reconocimiento de los pueblos rescatados, por el curso de los acontecimientos, por la investidura ó la consagracion del derecho de conquista. Porque Pepino y Carlomagno habian conquistado legítimamente á los lombardos lo que estos habian tambien legítimamente conquistado á su vez á los griegos, usurpadores del mas antiguo derecho de la Iglesia. Carlomagno es por excelencia, entre los soberanos, el *protector de la Iglesia*. Su guia político fue el Papa San Adriano I. Adriano adivinó á Carlomagno, le llamó á su lado, le amó; y le dirigió cerca de veinte años. Carlomagno es la antítesis de Neron. No hay un hombre mas grande que él; é ignoro si ha existido algun otro mas digno de ser amado. Podria decirse que la naturaleza le habia hecho con mas cuidado que á los demás hombres, y que se habia preparado detenidamente para su formacion. Pepino de Heristal fue ya grande, Carlos Martel lo fue mas, y Pepino mucho mas aun. Carlos Martel habia rechazado la invasion de los sar-

racenos, Pepino conoció la Iglesia, Carlomagno entró en ella. Despues, bien pronto se encontró Rey en nombre de Jesucristo y guia del pueblo cristiano, *rector christiani populi*.

Lo que en él existe de barbarie no es mas que gracia é ingenuidad, es algo parecido al candor de una juventud fuerte, ardiente y pura. Es paciente, clemente, animoso, generoso y dócil. Quiere el bien, y cree en él; ama á Dios y á los pobres, y ama tambien á las ciencias y á las armas. No duda de los derechos de Dios, es incansable cuando es preciso defenderlos; lleva la luz por todo el mundo; hace doblegar á la barbarie bajo su espada, y él mismo recibe instrucciones con la docilidad de un niño.

Toda su vida se consumió en el estudio. Presidia una academia en su palacio, y llegó á conseguir los conocimientos necesarios para poder dar una leccion bastante correcta de los Evangelios conforme á los manuscritos latinos, griegos y sirios. Segun el gusto de su época, trató de llegar á ser un gran calígrafo escribiendo letras adornadas, y llevando su predileccion hácia los bellos manuscritos hasta el punto de querer hacerlos él mismo. Pero, grande en esto como en todo lo demas, hizo mas que sobresalir; se colocó entre los mas modestos.

Su séquito se componia de honrados cortesanos, y apreciaba á cada uno segun sus prendas. Engilberto, Enginardo, Alcuino, el duque Guillermo, que mas tarde debia ser San Guillermo de Gellone, Benito, que luego fue San Benito de Aniano, y tantos otros celebrados, no solo por sus contemporáneos, sino tambien por la posteridad misma, fueron los cortesanos de Carlomagno. Una corte semejante se ha visto muy pocas veces. En ella reinaba la amistad, junto con el decoro

y el honor. Este gran Rey podria ser llamado el Rey de los amigos. Las crónicas recuerdan las lágrimas que derramaba por aquellos de sus amigos que morian ó se consagraban á la vida monástica.

Los anticristianos y los protestantes, que tienen sus razones para aborrecer á Carlomagno, le acusan de cruel. Dicen que convertia á sangre y fuego, y que bautizaba á los sajones con su sangre misma. ¡Qué humanas y qué compasivas son estas gentes! Tanto odian la violencia, que llorarán eternamente á los pobres sajones. Pero estos sajones son los mismos que se revolucionaron diez y ocho veces, dando muerte á los representantes de Carlomagno é invadiendo sus dominios.

Hé aquí por qué Carlomagno condenó á muerte á unos enemigos á quienes por veinte veces habia perdonado; á unos traidores que habian violado otras tantas veces sus juramentos, y perdonó á aquellos que pidieron el bautismo, porque esperaba que con sus saludables aguas llegarían á regenerarse.

Y cuando estos temibles sajones fueron vencidos con las armas, y todavía mas con la fe, Carlomagno, para mostrar su reconocimiento al Dios que da la victoria y al bienaventurado San Pedro, por cuya intercesion la habia obtenido, les consagró su conquista. Devolvió á los sajones sus antiguas libertades, y los eximió de todo tributo para con él, haciéndoles únicamente tributarios de la Iglesia, y á algunos de ellos sus súbditos. Dividiendo en seguida su reino en provincias á imitacion, decia, de los antiguos romanos, le dividió tambien en diócesis, estableciendo en cada una de ellas catedrales, con el fin de que todos observasen estrictamente sus deberes. ¡En lugar de procónsules, Obispos!

Criticán tambien de sus costumbres privadas; pero

Bossuet dice que siempre fueron ejemplares. Ha promulgado leyes admirables contra los désórdenes que se pretende ha cometido. En presencia de la Iglesia y del mundo, con una sencillez verdaderamente evangélica y con la firmeza y tranquilidad del hombre recto, condenaba el fraude, el robo, el adulterio y la molicie: «Sepan todos nuestros súbditos, decia, que aquel que sea convicto de cualquiera de estos crímenes, perderá todos los honores que le distinguan; será puesto en prision hasta que sea multado y haya rendido la satisfaccion debida, siendo separado de toda sociedad de fieles, con lo cual temeremos el precipicio en que sabemos han caido otros.»

Para concluir de dar una idea de lo que entonces era el Emperador y el imperio, escuchemos las palabras con que en su tiempo y aun despues de él la Iglesia podia proclamar y prescribir los deberes de los Reyes. Hé aquí los decretos de los Concilios, publicados por Luis el Piadoso:

«La justicia del Rey consiste en no hacer pesar su poder injustamente sobre ningun vasallo; en juzgar sin parcialidad de personas las querellas entre los estranjeros y sus súbditos; en ser el defensor de los desvalidos, de los huérfanos y de las viudas; en reprimir los robos y en castigar los adulterios; en no engrandecer á los malos; en no favorecer á los voluptuosos y á los histriones; en abatir á los impíos; en no dejar vivir á los parricidas, ni prosperar á los perjuros; en defender las iglesias y asistir á los pobres con limosnas; en encomendar á hombres probos el cuidado de los negocios públicos; en tener consejeros experimentados, sabios y sobrios; en despreciar las supersticiones de los magos, adivinos y Pitonisas; en dar treguas á los resentimientos; en defender

la patria con valor y rectitud; en no envanecerse con la prosperidad; en soportar con paciencia las adversidades; en practicar en todo la fe católica para los hombres y para con Dios; en no permitir que sus príncipes vivan como impíos; en asistir en ciertas horas á los oficios divinos; en no tomar nada antes de las horas prescritas para las convenientes comidas, porque está escrito: «Desdichado el pueblo cuyo Rey es un niño, y cuyos príncipes están sentados á la mesa desde la mañana.»

»Tales son las causas de la prosperidad de un reino en este mundo, y esto es lo que un Rey debe practicar para alcanzar el reino de los cielos.»

IV.

La paz en Roma.

El Papa San Adriano I supo sacar partido de la prosperidad, como sus predecesores habian sabido luchar contra las catástrofes. Su mano previsora tomó el cuidado del renaciente pueblo romano, y lleno del esplendente genio de la Roma antigua en favor de las grandes y nobles empresas, engrandecía aun mas y santificaba todos sus designios con el celo que le animaba de la santificación de las almas. Quería que Roma llegase á ser la maravilla y la escuela del mundo; pero lo anhelaba para cumplir su mision de padre de los pobres y siervo de los siervos de Jesucristo.

Despues del Isauro, la caridad de los Papas, esa parte tan esplendente y tan perseverante de su política, enriquecía á Roma, acogiendo á los artistas que arruinaba ó desechaba la herejía, encargándoles la reedificación de la Ciudad Eterna. En todas partes se elevaban palacios, castillos de defensa, iglesias y pórticos.

Adriano terminó estas obras comenzadas por sus predecesores, y las llevó á un grado de perfeccion tal, que apenas se hubieran aquellos atrevido á imaginar.

Pensando en los sarracenos y en los demas peligros que pudieran presentarse en el porvenir, terminó ante todo las obras de fortificacion. Se construyeron 383 fuertes, 7,020 baluartes, con 2,066 troneras. Jamás Emperador alguno hizo otro tanto. Reparó los antiguos acueductos, obra reputada como imposible, y trajo nuevamente á su primitivo lecho á los rios que fecundaban pródigamente la ciudad, porque está escrito: «La abundancia de las aguas regocija la ciudad de Dios.» Y en seguida, *amator ecclesiarum*, reedificó los templos.

Uno de los varios trabajos de Adriano que Carlomagno debió sin duda admirar, fue la construccion de vastas galerías cubiertas, «destinadas para el abrigo de los peregrinos,» para colocar entre ellas, y protegidas por los muros de la ciudad, las basílicas de San Pedro, San Pablo y San Lorenzo, restauradas y embellecidas. Ahora bien; entre estos edificios hay varias millas de distancia, y se emplearon doce mil grandes piedras solo para los cimientos de los primeros arcos de la galería que tocaba en las riberas del Tíber.

Esta columnata, adornada con altares y con capillas, revestida de inscripciones y embellecida con mosaicos, recorría la campiña entre las ruinas y los sepulcros de la edad pagana. Uno de los adornos exteriores de la antigua Roma, ciudad entonces de la muerte, eran los sepulcros; la nueva Roma, gérmen de vida, se anunciaba por los templos y basílicas dedicadas á los Apóstoles y á los mártires del Dios vivo. Estendia por sus alrededores grandiosas y bellas columnatas, como otros tantos brazos amigos tendidos para acoger al transeunte; que no era ya un extranjero, sino un hués-

ped, un hijo, y muchas veces el hijo pródigo que se acercaba lleno de amor, y confiando en el perdón. Bajo las galerías del Papa Adriano no se veía únicamente al franco del imperio de Carlomagno, humilde en la alegría de su victoria, el breton que venia á pedir libros, y el sajón convertido que corria para pedir la bendición, sino que allí se presentaban también el lombardo penitente y el griego reconciliado.

Siendo una misma la ciudad, aparecía con mas radiante hermosura que en lo antiguo. Completamente reedificada por la arquitectura bizantina, que llegaba entonces á su mayor perfeccionamiento, arquitectura encantadora, sólida y esbelta, al par que majestuosa, pero no fria como la arquitectura romana; brillaba con el resplandor del oro, de los mármoles, de los mosaicos, de las bullidoras aguas, de los restos y de las obras antiguas honrosamente reconstruidas. Abundaban ya en ella los colegios nacionales, y de nuevo volvian á hablarse allí todas las lenguas, pero ninguna de ellas era la del cautiverio; todas dirigian la idéntica plegaria á un mismo Dios. Hé ahí lo que la mano de los Papas, apenas libertada de la antigua esclavitud, habia obrado ya sobre ese suelo hollado por los bárbaros, y conmovido todavía con la caída del mundo antiguo.

Alarico, impulsado por un instinto que le llevaba á multiplicar la desolación, Genserico por el viento que le arrastraba á afligir á los que Dios queria castigar, y Atila, el azote de la mano de Dios, habian cada uno y sucesivamente saqueado á Roma; y, sin embargo, despues de tanto vejámen el odio de las naciones no se habia estinguido aun. Totila, mas inflexible que sus predecesores, corrió á Roma para despojarla hasta de sus habitantes. Cuarenta dias despues de la retirada de Totila, Belisario, escoltado por algunos escuadrones,

penetró en la arruinada ciudad, y tuvo miedo. Las murallas reducidas á escombros obstruían las entradas que habían sido despojadas de sus puertas, y la yerba crecía en las calles interceptadas por las ruinas.

Al llegar al Capitolio, Belisario se atrevió á romper el silencio que reinaba en todas partes: hizo tocar la trompeta, y á su sonido se agitaron las águilas, pero ninguna voz respondió. Ya no había allí Senado, ya no había allí pueblos, ni un solo hombre vivo habitaba la ciudad que había albergado seis millones de almas. La gran Roma había muerto; su cadáver pertenecía á las bestias salvajes escapadas de las cavernas, en las que el Senado, siempre pagano, las había guardado hasta la última hora para servir como de recuerdo de los antiguos placeres de aquel pueblo, que fue siempre llamado el pueblo-rey. ¡Oh pueblo de Roma, teme á los maníacos que aun hoy te hablan de la cronología de tus Reyes! Los vientos que arrebatan las coronas, los Reyes y las ciudades, están todavía á las órdenes de Dios.

De ese polvo, de esa nada, habían sacado los Papas, en menos de dos siglos, la maravilla que acabamos de bosquejar; esa Roma tan bella, tan rica, tan bien organizada, en donde la Religión sostiene una fiesta permanente, esa ciudad del mundo, de la ciencia y del canto; escuela del mundo que encantaba los ojos, los oídos y el corazón inteligente de Carlomagno. Y después de haberla visitado atentamente rezando con amor sobre las tumbas de los mártires y de los Santos, este grande hombre, que ardía también en el deseo de edificar y civilizar, no pedía al Papa otra recompensa personal que el premio de llevarse consigo algunos profesores de música sagrada, para poder fundar en sus Estados una escuela de canto.

Roma contenía en su seno otros muchos monumen-

tos debidos á Adriano, y que, apreciados debidamente por Carlomagno, debian ser copiados por este gran Emperador. El Papa habia consagrado su propio patrimonio «al socorro de sus hermanos los pobres de Jesucristo.» Pero no bastando á ese magnánimo corazon el pensar únicamente en los pobres de su real ciudad, estableció tres ricas diaconías para asistir á los peregrinos indigentes. Adriano queria que todos pudiesen venir á Roma desde las mas remotas regiones del mundo, y que aun los mas humildes hijos de Jesucristo no se viesen privados de la alegría de implorar la intercesion de Pedro sobre su mismo sepulcro, ni del derecho de estudiar en esa escuela, templo de todas las ciencias sagradas y humanas. Hé ahí en qué consistian las *prodigalidades* del Papa Adriano. Al recordarlas, se presenta á nuestra imaginacion tambien la creacion mas célebre de su homónimo, el Emperador filósofo, uno de los mas grandes hombres de su tiempo, de esa famosa ciudad Adriana, en donde el entonces señor del mundo habia colocado el centro de sus goces, de su poder y de su fortuna, y sobre cuyos cimientos, segun la prediccion de un adivino, se vertió la sangre de los siete hijos de Sinforosa. ¡Gloriosa madre, ocho veces mártir en un solo día!

«Como Tébas, Babilonia ó Cartago, dice Gibbon en la época de San Gregorio el Grande, Roma habria desaparecido de la tierra si no hubiese estado animada de un espíritu vital que la devolvió las grandezas del dominio universal.» Y hemos visto, en efecto, que este principio vital que Gibbon rechaza, y hasta niega, no carecia de fuerza y de energía. En el sucesor inmediato de San Adriano tenemos una prueba de su fecundidad, pues que fue bastante á resucitar, ó mas bien á crear, nuevamente el imperio; porque el nombre era antiguo, pero el objeto en sí era completamente nuevo. Porque

ni el Santo Papa Leon III podia obrar nunca, ni el grande y bienaventurado Rey Cárlos podia asemejarse en nada á lo que hacian y á lo que eran el imperio y los Emperadores de otros tiempos. El Papa, pues, creó el *santo imperio* por sí mismo, y en la plenitud de su poder.

De esta manera consagraba el Pontífice un tutor y un defensor á la república cristiana, y á la Iglesia amenazada todavía por numerosos y terribles enemigos, arraigando en el mundo la idea del orden, para que no se perturbase este en el dia ya cercano en que Carlomagno dejara de existir; daba cuerpo, y realizaba el gran pensamiento de la unidad del género humano en la fe de Jesucristo, pensamiento y voluntad divina que ese mismo género humano empezaba á comprender, y cuya realizacion apresuró tan potentemente el piadoso genio de Carlomagno. Este gran Rey habia sido la fuerza inteligente, fiel y dócil al servicio de la verdad, la fuerza humildemente envanecida con su noble mision, y que reconocia la gloria que le reportaba. El Papa entre tanto consagraba esta fuerza, y la daba la uncion divina.

Sentado el Rey en su trono y el Pontífice en el suyo, dice Bossuet, es cómo podrá hallar el género humano la tranquilidad y el reposo al abrigo de esta concordia. La belleza, la actividad y la abundante vida de Roma bajo los Papas Adriano y Leon, se reflejaba en todo el imperio. Los monumentos brotaban de la tierra, las iglesias germinaban y florecian, y los monasterios se multiplicaban cada vez mas. Carlomagno fundó veinticuatro, y el canto de las alabanzas divinas resonaba en todas partes, al par que las antorchas del estudio iluminaban por do quiera. Como presintiendo los dias de adversidad que habian de venir, se sembraba en la

tierra con mas diligencia que nunca la semilla del cristianismo. Los grandes del imperio de Carlomagno, los altos dignatarios y sus hijos deponian sus vestiduras de oro y sus espadas, que eran casi cetros, para adoptar el monástico sayal. El inglés Macaulay observa que si los monasterios no hubiesen aparecido sobre la tierra, la sociedad europea no se hubiera compuesto mas que de bestias de carga y de animales feroces.

A pesar de los disturbios que sobrevinieron en el imperio, la paz y la prosperidad duraron en Roma desde San Adriano I hasta San Leon IV; es decir, cerca de un siglo. Durante esta época nació á la sombra de Roma la nueva Italia; la poblacion se aumentó, y florecieron las artes. Pero existe en la humanidad un espíritu destructor de la humanidad misma, que le hace aborrecer las ideas del orden, fuera de las cuales no es posible vivir, y que la arrastra sin cesar hácia mas escabrosos caminos, por medio de engaños tan absurdos como poderosos.

V.

Roma secularizada.

Los pequeños príncipes se levantan, los Carlovin-
gios descienden, y los sarracenos penetran en Italia.
Los pequeños príncipes hacen alianza con los sarrace-
nos, mientras que los indignos descendientes de Car-
lomagno permanecian en la inaccion. Un solo hombre
se levanta en medio de tantos traidores y de tantos per-
vertidos seres: es el Papa Juan X, uno de los mas ca-
lumniados pero uno tambien de los que mas debe hon-
rar la historia. Influye cuanto le es dado para formar
un Emperador, pero sin confiarse al genio de este prin-

cipe, toma por sí mismo el mando del ejército que ha conseguido reunir, ataca á los sarracenos refugiados en Carigliano, y los deshace completamente. Esta victoria ganada por la mano del Papa, contiene la invasion que amenazaba sumergir la Italia, la Europa y la civilizacion entera. Muy pronto los Papas fundaron las Cruzadas.

Entre tanto la tempestad de sangre aumenta y se prolonga. Ya no son únicamente los sarracenos los que aparecen, los acompañan los húngaros y un Rey de Italia, y toda especie de aventureros, vencedores de un dia. Matan, destruyen, devoran; *omnia vastando*, dicen las crónicas. Ya no hay Emperador que contrarestase tal ímpetu, porque, ó es un cobarde, ó un impotente, ó un traidor á la cristiandad. El Papa está arrojado de Roma, cautivo en Roma, y en poder de los facciosos y de los invasores.

Vuelven á lucir de nuevo los dias de los antiguos lombardos. Los crímenes mas bajos y las mentiras mas viles obtienen el poder, y las empresas mas atroces forman su general empleo. Una horrible confusion reina sin límites por todas partes. Llega hasta la Iglesia. La escoria de los hombres es elevada á las dignidades eclesiásticas; y esos príncipes, emancipados del Papa, hacian del siervo que no podia servir para asesino, un Obispo.

Baronio cree que la Iglesia estaba menos amenazada bajo el poder de los paganos.

Este es el bosquejo del siglo x : « Edad de hierro por la ferocidad de las costumbres, estériles en virtudes; edad de plomo, por el espantoso esceso de los vicios, y edad de tinieblas por la falta de historiadores; ved ahí al mundo sin el Papa, ó al menos con un Papa sin poder y sin libertad. Roma está completamente se-

cularizada. En medio del fuego, de la sangre y de las tinieblas, la sociedad pasa por tan terrible prueba; precisamente la misma que hoy vemos preconizar como la solución de todas las dificultades. El Papa no es libre; Jesucristo no goza de plena libertad, y la civilización sucumbe: el desgraciado pueblo es oprimido, es la víctima universal, y se le aniquila.

La mayor oscuridad de esta noche de los tiempos duró setenta años. Durante ella existieron veinte Papas, que fueron, unos mas, otros menos, juguetes infortunados de los tiranos de Roma. Esta es la época trisísima que los enernigos del Pontificado señalan como la de los escándalos del Papado. Su celo para renovarla se esplica fácilmente: Entre esos veinte Papas hay seis que el mismo Baronio no libra de acusaciones; pero Muratori vindica y ensalza á cuatro de ellos con documentos que aquel no tiene á la vista. La Iglesia no pereció entonces, porque Dios la asistia. Y porque Dios asistia á la Iglesia, el Papado, aunque sometido á indignas trabas, no dejó de ser la columna de la sociedad.

Las semillas sembradas con tanta abundancia en el siglo Carlovingio, producian ópimos frutos que maduraban en los monasterios. En todas partes habia Santos. El feudalismo cristiano se disponia á aparecer. Los espíritus débiles que declaman contra el feudalismo, debian considerarle en el siglo x, y observar en lo que vino á convertirle la Iglesia. En lo mas inminente del peligro, cuando se creia que, como en tiempo de San Gregorio I, el mundo iba á concluir, la Iglesia trabajaba con entera confianza. Los claustros encerraban tantos hombres eminentes como Santos; bien que todos los Santos han sido, y serán siempre, hombres eminentes. De allí salian esos Obispos admirables, esos fundadores de nuevos monasterios, que convertian á los

bárbaros y á los criminales, y contenian la decadencia de aquellos tiempos, preparando así el porvenir.

Desde que empezó el siglo xi, la escena varia por completo. Los reales peregrinos son mas numerosos y mas frecuentes en Roma. Lo que vienen á buscar á la Ciudad Santa, y lo que en ella encuentran, nos lo dirá uno por todos. Pocos príncipes habian sido mas crueles que el Rey de Dinamarca é Inglaterra, Canuto el Grande, pagano tal vez en su corazon, aunque habia recibido el bautismo. Dócil á los consejos de San Egelnoth, Obispo de Cantorbery, vino á Roma, de donde escribió á toda la nacion inglesa (1027), que habiendo llevado á cabo aquel santo viaje para la redencion de sus pecados, tenia hecho voto de llevar una vida ejemplar, y de gobernar segun la justicia y la piedad, llorando las faltas de su juventud, y resuelto á corregirse con la ayuda de Dios. Conjura, pues, á sus consejeros y magistrados, que, si quieren conservar su amistad y salvar su alma, cuiden en adelante de no infringir las leyes ni en favor del hombre poderoso, ni por temor al Rey, ni impulsados por el deseo de llenar las arcas del Tesoro real, porque el Rey no tiene necesidad de un dinero adquirido por la injusticia.

VI.

Gregorio VII.

La luz que irradiaba de Roma, inflamando santamente el corazon de los Reyes bárbaros, no vencia la frialdad del de los Emperadores. El imperio trasferido á los alemanes se convertia poco á poco en pagano; los sucesores de Carlomagno se portaban como herederos de César. Anotaban y ponian en práctica la

extraña doctrina de que el imperio es el único soberano, el solo propietario del mundo, y la ley viva de los príncipes y de los particulares. La Iglesia vivía bajo este yugo. El César quería investir por sí mismo á los Obispos y nombrar al Papa. El Pontificado, apenas libre de los innobles lazos con que le habían sujetado los insurrectos de Roma, tenía que luchar con esa desmedida pretension del poder secular. Con sorpresa del mundo y de la historia, el Papado se levantó de la postracion en que le tenía aherrojado Crescencio; y el Emperador Enrique IV se encuentra en presencia del monge Hildebrando, hombre oscuro y sin elevado origen, pero que había llegado á ser Gregorio VII.

Y ese hombre dice al Emperador que solo Dios es el soberano; que Jesucristo, hijo de Dios hecho hombre, ha sido investido de esa soberanía absoluta; que no existe poder entre los hombres, ni estos pueden tener el derecho de mandar si ese derecho no les viene de Dios por medio de su Verbo, y que el único intérprete infalible de la ley divina es la Iglesia católica. Que, en su consecuencia, el Emperador trata, sin derecho alguno, de hacerse considerar como la ley viva del mundo, y que su pretension será vana; que la conciencia de los pueblos nace de la Iglesia católica, y no del poder secular, y que esta misma Iglesia no abandonará ni á los pueblos, ni á sí misma, ni á Dios, sino que por medio de uno de sus jefes decidirá los casos de conciencia entre los pueblos y los Reyes.

El Pontífice no tiene mas que su derecho, y el Emperador dispone de toda la fuerza humana. La lucha empieza. Otro que no fuese un Papa, no la habría jamás emprendido, porque la hubiese juzgado imposible; pero los Papas saben que su mision en el mundo es hacer imposibles cuando el interes de las almas así lo exige,

porque tal es la voluntad de Dios, y porque desdeaquel instante la obra comenzada será la obra de Dios. Emprenden, pues, el combate con toda la esperanza de su buen éxito; si uno abandona el campo, ocupa otro su puesto. Las derrotas se suceden y se acumulan, y llega un dia en que, si bien han muerto todos los héroes, el enemigo victorioso viene á caer sobre su misma tumba.

San Gregorio VII tenia de su parte la conciencia y la admiracion del género humano. Enrique IV le echa en cara haber ganado el favor del pueblo. Pero este favor es pasajero; hoy aplaude á quien vituperará mañana. El generoso Pontífice murió en el destierro, y se le creyó vencido. Tuvo sucesores. Antes de ser elevado al Pontificado, habia designado á cuatro Papas. En el momento de espirar designó tres, que reinaron despues que él. ¿Qué pueden los hombres contra una Providencia que suscita tales combatientes, que les da tal constancia, y que prolónge de tal modo su noble vida? Puede decirse que el Pontificado de San Gregorio VII tuvo su principio en San Leon IX (1048-1054), su primer protector y su primer discípulo, hasta el de Pascual II (1099-1118); esto es, setenta años. Pero Pascual II, á su vez, tuvo sucesores alentados por el mismo espíritu, santos y magnánimos, y que hasta Inocencio IV (1243-1254) contuvieron los esfuerzos de los Césares alemanes, y destruyeron, si no sus pretensiones, al menos sus esperanzas.

Los Césares de Alemania no fueron hombres de mediana condicion ni de escaso poder. Cien años despues de Enrique IV, lo era Federico Barbaroja; al mismo tiempo era Papa Adriano IV; hombre oscuro como Hildebrando, y como él monge tambien. Un dia le fueron abiertas las puertas del monasterio, á que acudia para

implorar su alimento. Hé ahí el obstáculo que se oponía á las pretensiones desmedidas del imperio; Barbaroja, habiendo sido aclamado Emperador de Roma y del mundo, quiso hacer que esta aclamacion no fuese un vano título. Al efecto consultó á una comision de legistas, los cuales decidieron que el Emperador ejercia por derecho propio un dominio universal y absoluto, del cual no hay pueblo, ciudad ni individuo que pueda eximirse. De esta manera declamaban los imperiales juristas contra las ciudades lombardas que pedian alguna libertad. Ademas de estos juristas, el César tenia un ejército á sus órdenes y numerosos partidarios en Italia.

Elegido Papa Adriano, mandó á decir á este soberbio que viniera á rendirle homenaje y á tener las riendas de su montura: tal era el uso legal. Semejante costumbre probaba al Emperador que habia un poder superior á su fuerza y un derecho superior á su voluntad. Los juristas y todavía mas los demócratas, se estremecen de furor al oir las exigencias del Papa. Quieren Emperadores que sean la ley viva.... en sus manos, pero que no sean sagrados. Las ciudades lombardas aplaudieron al Papa, y el Emperador tuvo que doblegarse. Mas tarde, despues de diez y ocho años de reinado y de triunfos, despues de haber elegido un anti-Papa, que no defendia las libertades lombardas, Barbaroja tuvo de nuevo que doblegarse ante Alejandro III, ante un pobre anciano á quien el poder imperial habia perseguido por todas partes y de todas arrojado, arrasando hasta los cimientos de las ciudades que le permanecian fieles. Cuando el Emperador se hubo saciado de victorias, fue necesario despedir al anti-Papa que seguia á la corte, y buscar al Papa legítimo que andaba fugitivo; y se le buscó efecti-

vamente por largo tiempo á través de los campos. Rehusó, no obstante, el Papa entrar en ninguna clase de tratados, á menos que el César no admitiese el derecho de las ciudades. Pero el César tenia necesidad de la paz, y cedió. El Papado, por respuesta á las pretensiones del César, habia dado la libertad á la Iglesia y fundado los Estados italianos.

Pero todavía no habia concluido la lucha. Un nuevo César se levantó despues con la pretension de llegar á ser Dios, y con un carácter enteramente nuevo. Los enemigos mismos de la Iglesia habian sido cristianos hasta entonces en aquellos Estados fundados por la Iglesia. Bárbaros, ignorantes y llenos de orgullo, sí, pero creyentes. Muchos de ellos hicieron penitencia: Barbaroja murió en las Cruzadas. Federico II fue verdaderamente un pagano, y lo que es peor, un pagano hipócrita. Pupilo aun del grande y piadoso Papa Inocencio III, empezó ya, al par que hincaba la rodilla; á llevar á cabo una guerra cruel contra la Iglesia y una larga traicion contra la cristiandad. Tomaba la cruz al mismo tiempo que maquinaba la pérdida de Damietta; y á la par que publicaba leyes contra los herejes, se proponia introducir el mahometismo en Europa. ¡Horrible tipo del ingrato y del traidor! Desleal, voluptuoso, vengativo, pacífico, lleno de astucia y de seduccion, falso hasta el punto de arrojar la máscara para mentir mejor; pródigo de juramentos, pero siempre perjuro, multiplicaba unos tratados que no se ejecutaban jamás. Habia llegado á constituir un poder de la notoriedad misma de su bellaquería, tratando de ser tanto mas temido, cuanto menos estimado era. No dándose por satisfecho con estas armas, empleaba aun otras mas funestas quizá: al mismo tiempo que comunicaba á la Italia la infeccion de las costumbres musulma-

nas, esparcía en ella los escritos contra la Religión. «Tres impostores, decía, han aparecido sobre la tierra: Moisés, Jesucristo, y Mahoma.» Sus cancellerías estaban provistas de escribas ejercitados en el sofisma, que sabían perfectamente acariciar y escitar toda abyecta pasión, y debilitar y emponzoñar toda verdad. Les obligaba á que difamasen todo cuanto pretendía dejara de existir. Tenía formada alianza íntima con todos los perversos y todos los impíos, y adormecía, engañaba ó asustaba á los otros soberanos que permanecían fieles. Dios le concedió un reinado de treinta años.

Abrumaba á los soberanos con sus continuos manifestos, hábilmente redactados por Pedro Desvignes, jefe de sus secretarios. El Papa Inocencio IV decía, hablando de tales documentos, que eran «el acíbar endulzado por sirenas.» Federico se presentaba en ellos como defensor de los Reyes contra la tiranía clerical; como el vengador de Dios y el salvador de la misma Iglesia. Él quería evitarla una ruina inminente. Estaba, decía, como oprimida bajo el peso de un poder y de unas riquezas de las cuales el Emperador debía descargarla cual de perniciosos bienes, y conducirla nuevamente á los tiempos primitivos, en los que los Papas llevaban una vida apostólica, é imitaban la humildad de nuestro Señor Jesucristo. Quería que volviesen aquellos tiempos en que esos mismos Papas veían los ángeles, curaban las enfermedades, resucitaban á los muertos, y sometían á los Reyes, no por las armas, sino por la santidad. La Iglesia libre en el Estado libre.

Hasta al mismo San Luis escribía Federico en este sentido, para pedirle trabajase con él para libertar á la Iglesia del peso de sus bienes temporales. Así creía engañar la rectitud de aquel santo Rey, y no hacía mas que darla nuevas luces. La serpiente no sabe qué la pa-

loma tiene alas. Federico lo envolvía todo en sus nudos; se veía jóven y se encontraba poderoso. Sin embargo, habia sonado ya la hora de su decadencia, y su fin estaba próximo. Escomulgado cuatro veces, habia logrado engañar á cuatro Papas : pero Inocencio IV, librándose de sus astucias, de sus juramentos y de sus traiciones, acababa de lanzar por quinta vez el rayo del anatema. Federico iba á sentir conmoverse la insolencia de su fortuna ante ese Pontífice despojado y fugitivo, pero invencible.

Inocencio IV aceptó el debate ante los Reyes. Sostuvo el derecho superior y primitivo del Pontífice contra las pretensiones ilegítimas y el abuso del poder secular. Planteó tan claramente la cuestion cual era propio del Pontificado, que jamás tuvo nada que ocultar, y como la ha planteado siempre ante el mundo entero. Dijo que Jesucristo, verdadero Rey y sacerdote, fundó en las manos del bienaventurado Pedro, no solamente el principado sacerdotal, sino tambien la soberanía real, confiándole las riendas de ambos imperios; como lo demuestra bien terminantemente la pluralidad de las llaves. Entonces fue cuando quedó abolida la tiranía, ese gobierno sin freno y sin ley que antes era general en el mundo. Constantino le abdicó en manos de la Iglesia, y en cambio recibió de ella el título auténtico y legítimo del poder cristiano. El Pontífice añade que hasta el poder ó la fuerza de la cuchilla se deriva de la Iglesia. Esta es quien en la coronacion del Emperador se la entrega solemnemente, y la Iglesia es, por lo tanto, quien tiene el derecho de decirle: «Vuelve tu acero á la vaina.» Así, pues, cuando el Emperador en vez de cortar los abrojos, corta los fértiles retoños, y en lugar de proteger á los inocentes protege á los malhechores, comete una gran prevari-

cacion: y no es, por lo tanto, usurpacion ó injusticia, sino caridad, quitar la cuchilla al que con su insensato uso pierde locamente al mundo y á su propia alma. Tal era el lenguaje del Papa ante los mismos Reyes: el lenguaje del derecho.

Ademas, el Papa hacia observar á los soberanos que Federico, tan fecundo en falsedades cuando se ocupaba de peligros con que la autoridad legítima y desarmada de la Iglesia amenazaba á los príncipes, habia cuidado de guardar un absoluto silencio acerca de las pretensiones de los Emperadores que aspiraban al dominio universal. Esto era un hecho constante, vivo, perpetuo, y sus legistas no daban á los demas soberanos otro título que el de Reyes de *provincia*; para ellos no habia en el mundo más que provincias del imperio. Los Emperadores, no pudiendo tener por cómplice á la Iglesia, querian subyugarla y destruirla; con el fin de que no opusiese obstáculo á su ambicion. Sin embargo, los príncipes no se atrevieron á defender á la misma Iglesia que los defendia, y el Papa no era ayudado mas que por el partido de las libertades municipales en Italia. Pero Dios se sirvió de este débil medio para humillar al Emperador apóstata. Federico fue batido por los aldeanos de Parma, y poco tiempo despues cayó él mismo bajo la mano vengadora.

Murió, no obstante, en su lecho; unos dicen que de muerte natural, y otros que ahogado por uno de sus hijos bastardos. Poco tiempo antes de su fallecimiento el rayo vengador hirió á no pocos de los que le rodeaban. Perdió á sus parientes, á sus amigos y á sus más íntimos consejeros. Hizo sacar los ojos á su favorito, Pedro Desvignes, por sospechas de que habia querido envenenarle; y este miserable servidor se suicidó; temeroso de los tormentos que podia infligirle aquel

cuyas virtudes habia alabado tanto: le conocia perfectamente. Dícese que iluminado por las luces de la cólera divina, Federico vió con claridad lo que habia hecho, y se arrepintió. Dios persiguió á su raza. Sus hijos murieron sucesivamente acusados de fratricidio, y su fortuna desapareció, estinguiéndose hasta su nombre. Así terminó despues de dos siglos el gran episodio de la lucha entre el sacerdocio y el imperio. Durante este tiempo, el Pontificado habia organizado las Cruzadas, vencido á la herejía albigense, bendecido la institucion de las nacientes órdenes de San Francisco y Santo Domingo, multiplicado las universidades, fundado los Estados italianos, libertado en una buena parte á la Iglesia de la tiranía de los republicanos capitólicos que conspiraban con los Emperadores, y dirigido, en fin, el trabajo de civilizacion mas verdadero que se hiciera jamás en el mundo. Entonces Dios le concedió algun descanso.

VII.

Italia sin el Papa.

El período de tranquilidad es poco duradero. Hemos llegado á Bonifacio VIII. En el período precedente emanaban los consuelos de Francia; en el presente de ella viene la amargura. Las semillas arrojadas por Federico han dado su fruto. Cuando se trata de la Francia, Dante no es Gibelino, y rechaza el sacrilegio de Felipe el Hermoso: «Y como para sobrepujar en un momento cuantas maldades se han hecho y podrán hacerse, el *marcado con la flor de lis* entra en Anagni; y Cristo, reducido al cautiverio en la persona de su Vicario, es de nuevo entregado al escarnio, nuevamente

» llevado al suplicio, y otra vez apagada su sed con hiel y
» vinagre. Parece estar viendo al nuevo Pilatos, con
» su implacable crueldad, llevar hasta al mismo templo
» sus desordenadas pasiones. ¡Oh Dios eterno! ¡Cuándo
» brillará por fin el día de la venganza, de esa ven-
» ganza que preparas en secreto, y que te hace dulce la
» cólera!»

El destierro de Avignon es el ensayo de un recurso indicado de nuestros días. En efecto, se ha iniciado aunque entre gentes de baja esfera, es verdad, que el Papa debe trasladarse á Jerusalem. Sin embargo, nada puede salir de tamaña esfera, que no sea suficiente para dar alguna esperanza de su realizacion, y que no inspire serios temores de que se irá mas lejos. En Jerusalem, se dice, no molestará á la Europa; y será independiente: podrá hasta llegar á ser Rey. Si el inventor de este medio es sincero, Dios lo sabe. Pero si es lo cierto, que los que en la actualidad se creen molestados por el Papa, en cualquier parte que este se encuentre lo estarán tambien. Porque ¿dónde le querrán independiente los que no le quieren independiente en Roma?

Los Papas de Avignon no cesaron un solo momento de gobernar la Iglesia. La doctrina no sufrió ni el mas insignificante menoscabo; los Papas no pueden hacerla traicion, ni violarla jamás. En cuanto á la disciplina y las costumbres, no sucedió lo mismo. Los Papas no podian obrar como acostumbraban á hacerlo, y lo que les era dable hacer, no obtenia tan lisonjeros resultados. Santa Brígida ha descrito el estado deplorable á que llegó el clero en aquel tiempo, ya en Roma, ya en la Iglesia universal. Volvieron á reproducirse los escándalos que en otro tiempo inflamaron el cielo de San Gregorio VII. Entre los religiosos, se consideraban

por todos como observantes todavía los que llevaban por único distintivo un pequeño escapulario. Los príncipes que debían defender á Roma eran para ella «cruelles ladrones:» las casas caían por tierra, las iglesias se convertían en lugares inmundos, los bienes eclesiásticos eran invadidos por los seculares, que no se casaban para justificar su posesion, haciendo gala del mas impudente desórden.—¡La Iglesia libre en el Estado libre!

Sin embargo, Dios protegía la Iglesia, y en medio de tanta corrupcion suscitaba Santos. Los Santos demandan nuevamente el Papa, y sabrán obligar á la política humana á romper los lazos con que aprisionó al Papado, y harán al mismo Papa sacudir la especie de temor y de abatimiento que contrajera en el destierro. Entre tanto la Italia no tiene ya quien la proteja: ningún poder, ninguna influencia puede ya restablecer la paz en ella, que se desgarrá á sí misma con sus propias manos. Escuchemos al Dante, testigo ocular de aquellas escenas: «¡Oh servil Italia, albergue de los mas acerbos pesares, navío sin piloto en medio de una horrorosa tempestad! Tú, reina del mundo en otro tiempo, y hoy baja prostituta, ¿quién de estos tus hijos es el que no te hace la guerra? ¿Quién, si hasta aquellos que están resguardados por las mismas murallas se devoran unos á otros? Estiende la vista á lo lejos, mira tus remotas riberas, y contéplate despues á ti misma, miserable: ¿dónde posees un solo palmo de tierra en que se disfrute de la paz?»

Pero este Gibelino alcanza tan poco con su mirada, que ve el mal sin descubrir la causa, y sin atinar con el remedio. Cree que solo falta en Italia el Emperador. La apostrofa, porque no ama bastante la esclavitud imperial, dirige invectivas contra el César que no sabe mon-

tar el rehácio caballo, ni oprimir el bocado, ni aguijonearle con la espuela. Ese grito de desesperacion dirigido al impotente despotismo, nos demuestra con la mayor elocuencia hasta dónde puede descender la Italia cuando el Papa no está en ella.

«Si la silla ha de rodarse siempre derribando al gineete, ¿de qué sirve que Justiniano te haya hecho obediente al freno? Mayor en ese caso es tu vergüenza, porque deberias ser un caballo obediente, y permitir que monte el César sobre tu silla, si entendieses bien las advertencias ó consejos que Dios te ha dado.

»Y tú, Alberto de Alemania, mira ese caballo bravo é incorregible ahora, por no haber sido castigado con la espuela cuando tenias las riendas en la mano. Se ha vuelto indómito y salvaje porque le has abandonado tú; porque no supiste afirmarte en los arzones de la silla.

»Que del estrellado cielo caiga sobre tu sangre la justa reprobacion, y que sea tan esplendente é inusitada que tu sucesor se espante de ella.

»Tú, y tu padre, arrastrados sin cesar por la ambicion, habéis permitido que el jardin del imperio se convierta en un desierto.

»Ven ahora, hombre sin corazon, y mira: mira á Montaignus, Capulets, Monaldi, Filipeschi, en la afliccion y rodeados de tristeza. Ven, cruel, y mira el abatimiento de tus nobles; trata de remediar sus miserias, y díles si ese estado es el estado de seguridad.

»Ven, y mira á tu Roma que se lamenta viuda y sola gritando noche y dia: ¡oh mi César! ¿por qué me has abandonado?

»Ven á ver cómo se ama hoy entre nosotros; míralo, y si ningun sentimiento de compasion te conmueve en favor nuestro, avergüénzate de tu propio nombre.

»Y tú, ¡oh Dios Todopoderoso! (1) tú que fuiste crucificado sobre la tierra por amor nuestro, ¿has apartado de nosotros tus divinos ojos, ó en el abismo insondable de tus designios será esto el presagio de algun bien que no puede adivinar el limitado entendimiento humano?

»¿Es posible que las tierras de Italia estén tan llenas por todas partes de tiranos, y que el mas infimo de los villanos, desde que se convierte en sedicioso, sea considerado como un hombre lleno de honradez?»

Muchas veces he pensado que si el Dante hubiese vivido en nuestros dias, seria subdictador del Piamonte en alguna ciudad robada al Papa. Este teólogo no tiene la suficiente inteligencia para llenar las funciones de justicia, de amor y de libertad, que llena en el mundo el Vicario de Jesucristo. Pero el Vicario de Jesucristo no es, á su modo de ver, sino una máquina para perdonar y para bendecir, inventada por los profundos pensadores de nuestro tiempo. El verdadero guia, el verdadero jefe, el superior y el pontífice del género humano, es el César; ese papa á caballo á quien todas las demas potencias del mundo deben sostener el estribo, y que, cimbrando el látigo y picando la espuela, obliga al animal á llevarle donde quiere. El Dante ignora todo lo que el Papa ha hecho en Italia: no sabe que ha formado su nacionalidad, porque sin él la Italia hubiera sido francesa, griega ó alemana; que ha fundado su libertad; que la ha dado la civilizacion, y que la ha enseñado hasta su lengua misma y el arte,

(1) Debe traducirse así cuando se trata del Dios crucificado, pero en el ardor de su imperialismo pagano, Dante olvida el nombre de Jesus, y dice: *¡O summo Giove!* ¡Oh poderoso JÚPITER!

(N. del A.)

mientras que el paganismo imperial no lleva allí nunca mas que la anarquía, la ruina, la servidumbre bajo el poder despótico, ó la influencia de los partidos. Pero si el Dante ignora ó quiere olvidar las obras del Papado en Italia, al menos sabe perfectamente observar y describir el estado de la Italia cuando no existe en ella el Papado; y la pintura que nos legara brilla hoy con un fondo de verdad tan pura, cual si fuera de actualidad.

El remedio de tantos males no vino entonces de Alemania, ni de Francia, ni de manos del César : vino de Avignon, y de las manos del Papa. Poco á poco el César, cansándose ya de ser católico, se doblegaba á estrañas influencias, mientras que el Papa, todavía ausente de Italia, iba restableciendo el orden. Un legado del Papa, Egidio Albornoz, gran cristiano, gran guerrero, uno de esos hombres que el Papado encuentra siempre precisamente en el tiempo en que son mas necesarios, desembarazó de escombros el terreno, arrojó á los bandidos, y libertó de opresores á las ciudades. El Papa volvió en seguida á Roma, y la encontró en un estado semejante á aquel en el que Totila la habia dejado : despoblada, y casi completamente demolida. Durante su ausencia, un nuevo ensayo de república romana se habia hecho en la Gran Ciudad; del bello ensayo, debido á Renzi, solo escombros habian quedado en la ciudad y en sus alrededores. Nicolás V comenzó á reedificar de nuevo sobre estas ruinas, hasta que una nueva y terrible tempestad se levantó entonces, que fue necesario tambien dejar pasase, y con ella se vió asomar el nuevo cisma : sazonado y maravilloso fruto de las grandes combinaciones de la sabiduría humana.

VIII.

El problema.

Sin duda Dios ha querido que su obra predilecta, su única Iglesia, mostrase palpablemente á la contemplacion de todos que nunca podrá perecer; y así es que el Señor ha permitido que tales y tantas tempestades se desencadenasen contra ella, y que, á pesar de tantas catástrofes como ha sufrido, haya salido de ellas tan ilesa y pura como habia sido concebida. Apenas cesó el cisma, el protestantismo se dejó ver arrebatando á la Iglesia la mitad de la Europa, cuya victoria permanece aun. Sin embargo, á pesar de tan recia tormenta, el Papado reedificó á Roma, presidió y dirigió el Concilio de Trento, ejecutó sus decretos, sostuvo á la Francia en la comunión romana, y restableció su incontrastable dominio sobre todo lo que la pertenecía en Italia. Desde el gran Papa Nicolás V (1447) hasta la Revolucion francesa, los Papas permanecieron en sus ciudades y en sus Estados disfrutando su posesion con mayor tranquilidad que nunca. A pesar de los grandes desastres acaecidos y los que sembraron los gérmenes de otros mucho mayores que debian experimentarse en la sucesion de los tiempos, no fue aquella la época mas desgraciada del mundo. Por el contrario, fue seguramente la época mas dichosa por que ha atravesado la Italia.

La Europa, y particularmente la Italia, está tranquila cuando el Papado goza de tranquilidad, y está libre cuando lo está tambien el Papado. Sé aproximadamente la significacion que hoy se da á la palabra *libertad*, pero cuando yo de ella trate, permítaseme en-

tender por libertad la libertad cristiana, el derecho de vivir siguiendo la ley de Dios. Si Europa y la Italia no han disfrutado completamente de esta libertad, la culpa no es de los Papas. Desde el día que la Iglesia salió de las Catacumbas y pudo ejercer una acción directa sobre el gobierno de las sociedades, las tendencias de los Papas se han dirigido constantemente á un mismo fin: el de dar á la individualidad todo su valor, legislándola por sí misma por medio del conocimiento de Dios.

Antes y despues de Carlomagno pocos príncipes comprendieron este plan, y pocos quisieron favorecerle. De acuerdo con los escépticos y con los incrédulos, la mayor parte de los príncipes han ofrecido al género humano otra ventaja muy diferente, y que el mundo, por punto general, ha aceptado. Le han prometido suavizar las reglas interiores ocultándole intencionadamente que las exteriores, el freno político, siendo cada vez mas indispensable, habrá de pesar necesariamente cada día con nueva fuerza sobre toda clase de libertades. Tales han sido los medios de seducción de que se ha valido el cesarismo, tal la promesa del protestantismo, y tal la de la Revolución cuyos tres elementos vienen á resumirse en uno, cual es la sugestion de Satanás, de ese enemigo del hombre, porque es el rival de Dios.

A pesar de la importancia de sus repetidas victorias, Satanás no se ha llevado la palma, puesto que la sociedad permanece todavía firme, puesto que la idea de la libertad no se ha estinguido, puesto que la Iglesia, en fin, á pesar de los rudos ataques de que ha sido blanco, sigue siendo la cabeza y el corazon del género humano. Ella sola ha resistido el impulso de todos los esfuerzos de Satanás, y ella sola ha sido bastante para

rechazarlos. En lo humano, su victoria es inesplicable. Todas las fuerzas materiales é intelectuales, toda clase de anarquías y de despotismo se han conjurado contra ella, y la han atacado agobiándola con su peso. Ella jamás ha podido disponer de la fuerza, porque pocos y muy cortos momentos pueden citarse en que haya disfrutado de paz. Para los Papas, personalmente la paz no ha existido. ¿Cuándo les ha faltado la noche, que ha sido para ellos un tiempo en que no podían trabajar, y cuándo un día que no hayan pasado entre las mas crueles angustias? Los Papas son exactamente esas almas de que nos habla el poeta: piden á Dios que ponga en fuga el antiguo lobo que devora mas presas que todos los demas animales, y de sus ojos se desprende gota á gota la expiacion de los males que han inundado el universo.

¿Cómo ha podido esa debilidad sostener el choque, y no solamente resistir, sino vencer? ¿Qué podré decir ahora á los que niegan en casos tales la asistencia visible del cielo? La historia del Papado pone constantemente la razon humana frente á frente á la mano divina, y es necesario inclinarse ante ella ó cerrar los ojos. Es verdad que muchos ojos se han cerrado y se cierran obstinadamente; pero esa ceguedad es una nueva evidencia, y el sol, entre tanto, prosigue su carrera.

Pero, ¿va á retirarse la mano divina, ó las nuevas tempestades que se anuncian, y que truenan ya, son otra vez la misteriosa preparacion para un fin mas grande, que la limitada sabiduría del hombre no puede prever? Hé aquí la pregunta que se hacia el poeta en unos dias no menos amenazadores que los presentes. Todos los enemigos á quienes la Iglesia ha conseguido vencer se han levantado hoy ante ella unidos y coaligados, obran con union, están llenos de esperanza, y el

socorro no aparece por ninguna parte. El éxito se anuncia mas favorable á los votos del Dante que á los de aquellos que conservan todavía un corazón católico. El mundo civilizado, á lo que parece, es Gibelino; esta vez probablemente sentirá el caballo por mas tiempo la opresion del bocado, el látigo y la espuela.

¡Cesare mio, perchè non m'accompagne!

- Pero si esto no es la muerte, no será una solución ni un triunfo. Cuando se mira esa inmensa obra de Dios, ejecutada para la trasformacion del mundo pagano, y cuando se la ve incompleta todavía, ¡cómo creer que tales preparativos no hayan tenido otro fin, aun en la tierra misma, si no una corta victoria! No puede menos de creerse que Dios ha creado al género humano para mas prolongados destinos; y podría asegurarse con mucha mas razon que, despues de este triunfo inminente del cesarismo y del protestantismo, el César concluirá por promulgar el Concilio de Trento en los paises hoy protestantes.

Tres siglos despues del César Neron, el César Constantino, llorando, tomó la azada, y con sus mismas manos comenzó á cavar los fundamentos de la Basílica Vaticana: y sus lágrimas, corriendo por su rostro, bajaban á empapar los bordados de su manto imperial.

LIBRO IV.

San Pedro de Roma y el Coliseo.

Á M. EUGENIO VEUILLOT.

Á ti, hermano mio, dedico la historia de nuestra primera visita *ad limina Apostolorum*.

La descripcion de nuestras alegrías mitigará el sentimiento con que van mezcladas. ¡Ojalá estuvieses tú allí mirando el resplandor de aquel sol, experimentando aquellas emociones, y tomando parte en aquellas oraciones santas!

Pero lo que nosotros admiramos hoy, tú has tenido ocasion de contemplarlo otras veces; y los votos que nuestros corazones forman por ti, los ha formulado tu corazon tambien por nosotros. Pero, no obstante, si estuvieses en nuestra compañía, te imaginarias verlo y experimentarlo todo cual si fuera la primera vez.

A nuestra hermana se la figura que soy yo quien la doy su tan deseada Roma; y yo, mirando por sus encantados ojos á esta misma Roma, la encuentro llena de una majestad y de una hermosura completamente nuevas para mí.

Disfrutamos de una embriaguez, de un enajenamiento puro, tranquilo y profundo, cuya única espina, cuyo único é inevitable grano de arena que hiere constante-

mente nuestros pies entre el césped y las flores, es el que tú no disfrutes con nosotros de este encanto.

¡Ah! La bienaventuranza celeste debe componerse de la presencia de Dios y de la presencia de todos los que nos aman.

Sigamos ahora al Pincio, en cuya proximidad habítamos. Estamos muy lejos de San Pedro, é impacientes por llegar á él, pero partimos al rayar el día... y nos dirigimos por el camino mas largo.

I.

La vista de Roma.

Desde los elevados y majestuosos terraplenes del Pincio, la vista abarca una dilatada estension de Roma. Es ella; vedla allí: es la inmortal, la invencible Roma, la ciudad que descansa sobre las siete colinas, el gran laboratorio de Dios, en el que su mano construye y vuelve á construir cien veces la inmensa familia humana: otras tantas veces hecha pedazos por el enemigo.

Hé ahí á Roma. Sus torres coronadas con la esplendente cruz, brillan al resplandor del sol que nace. La Basílica del Vaticano domina á todas las demas con su regio aspecto. Es la montaña que vió Isaías; la elevada montaña que alzándose sobre colinas se hace visible á todas las partes del mundo, la que Dios creó para asilo de la unidad y de la verdad, como decia San Cipriano.

Sí; Lóndres y París ocupan mas espacio, contienen mas riquezas, son mas temibles, hay en ellas mas estruendo, pero en cambio no podreis mostrarme la Bolsa, ni los arsenales de Roma. No hay Bolsa, no existen arsenales, ni una flota cruza el Tiber. Y Balaam, ilus-

trado por el espíritu de Dios, exclamaba: «Jacob es fuerte porque no hay ídolos en Jacob.»

Llevado al campo de Israel para maldecirle, decía al Rey de Moab: «¿Cómo puedo yo maldecir lo que Dios no ha maldecido? Este pueblo habitará solo, y no se colocará nunca entre la línea de las demás naciones. ¿Quién pudiera conocer el nombre de los hijos de Israel! ¡Oh! ¡que alcance yo la muerte de los justos, y mis últimos momentos se asemejarán á los suyos!»

Desde que el verdadero Israel ha aparecido, la política moabita ha sido mas dichosa; á lo menos ha encontrado profetas y sacerdotes de ídolos en abundancia, siempre dispuestos á maldecir. Sus maldiciones se levantan con ira, y el mundo no escucha mas estruendo que el de sus palabras. Sin embargo, la profecía de Balaam es la que se cumple y permanece inalterable.

Israel está acompañada de su Dios; entre sus filas resonó el grito de la victoria prometida á su Rey. ¡Cuán bellas son tus banderas, oh Jacob! Como los cedros arraigados al borde de las aguas, así son las tiendas que el Señor ha levantado. Las naciones caerán sobre tus enemigos, y los devorarán. Quien te bendiga será bendito, y sobre los que te maldigan caerá la maldición.» ¡Así sea!

II.

El cuervo.

Bajamos hácia la plaza del pueblo. La iglesia de *Santa María del Popolo* cubre el sitio de la tumba de los *Domitius*, á donde fue llevado y quemado el cuerpo de Neron despues que este dios, huyendo de una sublevacion de los pretorianos, se habia atravesado la gar-

ganta, no sin andar antes con muchos rodeos. «Es lástima, decía: ¡canto tan bien!»

Mucho tiempo después existía en aquel lugar un grande árbol: sobre este árbol venia constantemente un cuervo. Un día, al pie del árbol, el azadon encontró la urna que contenia las cenizas de Neron. Aquel polvo se arrojó al aire, y el Papa Pascual II edificó una iglesia, á ruego y espensas del pueblo, para purificar aquel lugar.

¡Ah! El exorcismo no salió victorioso. Tres siglos después, el cuervo reapareció en el mismo lugar, pero bajo forma humana. Graznó, y sus graznidos despertaron al espíritu de Neron, y nuevos rios de sangre corrieron de las venas de Cristo. En el convento de agustinos de *Santa María del Pueblo* vino á guarecerse un compañero de Neron: era Martin Lutero.

Neron, Martin Lutero. Hé aquí dos artistas celosos de que pudiera admirarse la belleza de su voz; dos obreros empeñados en el mismo trabajo. Porque Lutero venia á Roma, debía encontrar allí á Neron. Lutero debía celebrar sus últimas misas en el mismo sitio en que Neron recibió sus últimos honores: allí tal vez fue lamentada ó llorada su pérdida.

Hay lugares verdaderamente malditos, que no pueden ser purificados ni por el agua, ni por el fuego, ni por la sangre. Dia llegará en el que algun hecho espantoso tenga lugar en esta misma plaza del Pueblo, donde el altar de María no fue bastante para impedir que Lutero encontrase á Neron.

III.

La paloma.

Empezamos á recorrer las calles que conducen al

Coliseo, que no son, por cierto, ni las mas bellas ni las de aspecto mas agradable. En este barrio, y á estas primeras horas de la mañana, Roma se confundiria sin esfuerzo con una ciudad de mucha menor importancia. Sin embargo, saludamos á algunas imágenes de la Virgen, oratorios públicos é iglesias que encontramos á nuestro paso.

En el sitio que ocupaba el antiguo Campo de Marte, el sonido de una campanilla y los cánticos religiosos nos advirtieron que iba á pasar el Viático : nos pusimos de rodillas. Formaba el acompañamiento un reducido número de gente pobre; desembocó por una pobre calle, tomó otra mas pobre aun, y entró en una casa tambien de miserable aspecto. ¡Oh Jesus, Padre de los pobres, dad fuerzas á ese enfermo; acoged el alma de ese moribundo!

¡Oh Jesus, que habeis venido al mundo para los humildes, los pequeños y los despreciados, y que, á pesar de todo, permitís que tan gran número de ellos os sea arrebatado en nuestros dias; no permitais que esta pequeña parte de vuestra herencia que aquí habita os sea tambien arrebatada! ¡Dignaos, en esta ciudad al menos, no dejar triunfo alguno á Neron, ni á Lutero, ni á Satánás!

Nosotros, en las calles de nuestras orgullosas ciudades, no podemos ya gozar la alegría, ni obtener el honor de encontraros: no nos es dado tener el santo placer de separar un momento nuestras miradas y nuestros pensamientos de los negocios y afares de la tierra, para volverlos humillados hácia Vos. Á nosotros no nos es permitido ya ver pasar la luz y la vida cuando va á triunfar de la muerte, porque la muerte ha colocado su mano sobre nosotros, y arrebatada fácilmente su presa, despojada hasta del signo de la redencion.

No permitais que esa muerte reine tambien aquí, que os obstruya el camino, y que os obligue á disfrazaros como un desterrado que entra de nuevo en su patria á despecho de las leyes : no permitais que vuestros hijos de Roma sean algun dia condenados á morir como nosotros, privados de Vos y de la caritativa asistencia de sus hermanos que ruegan por ellos.

Yo os lo suplico por las amarguras, por el desconsuelo y por la opresion de nuestros corazones condenados á sentir esa tiranía que nos obliga á seguir el féretro sobre pavimentos infames, que tienen marcadas toda clase de huellas, pero en donde la cruz no tiene el derecho de presentarse. ¡Oh santo cielo! ese féretro encierra al padre, á la esposa, al hijo, á la hermana, y al que le acompaña no le es dado fijar sus miradas sobre la cruz.

Abismados íbamos en semejantes pensamientos, euando encontramos á Coquelet, que habia llegado la noche anterior, y recorria las calles desde el amanecer. Las encuentra de mal aspecto y faltas de alineacion. ¿Cómo no, si lo encuentra todo esto bárbaro? Innumerales cargos tendria que dirigir contra el gobierno de los sacerdotes; pero yo le supliqué guardara silencio por aquel instante, y que, dejándose de argumentos, se viniera á misa con nosotros. Apenas oyó estas palabras se marchó. ¡Dios le guarde!

IV.

San Pedro.

No quisimos detenernos á mirar ni el Obelisco, ni la columnata, ni el peristilo. Apresuramos el paso, y con mano temblorosa levantamos la pesada cortina que cu-

bria la puerta de entrada. Hémos ya en el templo: no osamos levantar nuestra vista del pavimento, como para impedir á nuestros corazones estallasen de alegría, y para acostumbrar á nuestros ojos á soportar la vista de tanta maravilla.

En la inmensa nave no habia mas que las lámparas de oro del altar mayor, la estatua de San Pedro, y nosotros. Nos adelantamos lentamente penetrados de respeto, llenos de amor y de temor santos, y aun agobiados por tanta grandeza. Pero ¿por qué temer? ¿No es, por ventura, hospitalaria esta mansion? O mas bien: ¿no estamos en nuestra propia casa?

Jamás me ha parecido la Basílica tan vasta, tan rica, tan majestuosa y tan bella. Cuanto mas se la contempla, su magnificencia y hermosura parecen aumentar gradualmente. La primera vez que se ve el colosal edificio, tambien parece que escede á todas las concepciones de la imaginacion; así es que nuestra hermana me dijo llena de entusiasmo: «Nunca habia visto nada mas hermoso.»

Una cosa es penetrar en aquel magnífico templo como curioso, como artista ó como geómetra, y otra entrar como cristiano. Pero, á pesar de todo, yo comprendo que las impresiones mismas del cristianismo no llegan á igualarse con las que puede experimentar una mujer. Las mujeres viven con Dios mas que nosotros: el reflejo de su divina presencia las hiere mas vivamente.

Por lo que á mí toca, puedo decir que he estudiado detenidamente á San Pedro. Le he recorrido mil veces en todas direcciones, me he detenido ante todos sus altares, ante todas sus tumbas, ante todas sus estatuas y ante todas sus pinturas, que brillan con indestructible resplandor. Puedo decir que he contraído amistad

con aquella multitud de grandiosas imágenes, con ese incalculable tesoro de reliquias sagradas.

He visto allí infinitas veces al Papa, ya sin ostentacion ni pompa, ya rodeado de toda la majestad de sus incomparables funciones. Le he visto coronado con la tiara sobre la *sedia gestatoria*, en medio de los luminosos resplandores del incienso, bendiciendo á una multitud compuesta de representantes de todas las partes del mundo: y este numeroso cortejo se movia fácilmente dentro de aquella inmensa nave de mármol y oro.

La atmósfera de San Pedro, ese aire inalterable, grato y perfumado que no se respira en ninguna otra parte mas que allí, me recuerda incesantemente algunas de las circunstancias mas solemnes de mi vida, resucita el perfume de mis mejores deseos, de mis mas dulces lágrimas, y de los sentimientos que mas han honrado á mi corazon. Todo esto me enajena, me embriaga, y sacándome fuera de mí mismo me parece estar como inundado de alegría y de esperanza, y la alegría de la esperanza es ya la alegría del triunfo. Entonces esta vasta estructura se reviste á mis ojos de todas sus colosales dimensiones, y entiendo su lenguaje; porque es un poema: el poema de la Religion y de la victoria de Cristo.

Toda la historia, toda la ciencia, todo el arte, todas las riquezas de la naturaleza, todas las concepciones y todos los trabajos del hombre están aquí reunidos para atestiguar la presencia de Cristo Hijo de Dios, para bendecirle y para glorificarle. El coro incomparable de todas estas voces es San Pedro.

Algunas veces se nota allí el decaimiento ó imperfeccion propia de todas las lenguas humanas. Ciertos detalles no son del gusto del dia, otros no lo fueron ja-

más segun el verdadero gusto; pero aun cuando la expresion aborta, el pensamiento es divino, y el conjunto, formando una soberana armonía, responde á la sublimidad del designio.

¡Qué inmensidad tan majestuosa! ¡qué divisiones tan admirables! ¡qué orden reina en los detalles todos, y qué abundancia de inspiraciones preside á esa maravillosa unidad! Desde las estatuas de los dos grandes Emperadores Constantino y Carlomagno, centinelas triunfantes colocados en el peristilo, hasta el altar en que están los cuerpos de los dos grandes Apóstoles; desde la *loggia*, de donde la inmensa bendicion descende para abarcar á la ciudad y al mundo todo, hasta el crucero de la Basílica, en donde la silla del predicador está guardada y sostenida por los grandes doctores de Oriente y Occidente; desde el Obelisco de Neron, nuevamente levantado sobre el atrio, hasta la cruz que irradia sobre la cúpula, no hay una piedra en esta gran montaña de gloria que no se halle en su lugar, que no despida un resplandor, que no pronuncie una palabra elocuente y sublime.

Roma, que es el resúmen de todo, se resume á su vez en San Pedro; y San Pedro promulga en alta voz en el mundo todo la victoria de la Cruz sobre Roma y sobre todo el mundo.

¡Victoria por tantas fuerzas, por tantas grandezas, por tanta sabiduría, por tanto desprendimiento! ¡Levantaos, Apóstoles, mártires, doctores, Patriarcas, Santos de todos los pueblos y de todos los tiempos, cuyas reliquias y cuyas imágenes se conservan aquí! ¡Levantaos, héroes que guardais las puertas del santuario! ¡Levantaos, naciones que le habeis defendido!

¡Victoria por tantos milagros! ¡Levantaos, siglos! Desde que la sangre del humilde Simon Pedro enroje-

ció este suelo, ¡ cuántos torrentes de sangre no han corrido por aquí para arrancar su tumba! Torrentes de fuego, torrentes de verdugos, torrentes de ejércitos, torrentes de sicarios y escribas y de blasfemos; sí, cada siglo ha traído aquí sus blasfemos..., y cada torrente ha traído alguna de las piedras que forman el edificio.

¡ Victoria por la fe, mas poderosa que los ejércitos! ¡ Victoria por el amor, mas fuerte que los tiempos! El tiempo será el arma invencible de la muerte; pero la muerte y el tiempo son vencidos por el amor. Y el canto de la victoria es también el canto del amor. El amor ha inspirado estas grandezas, acumulado estas riquezas, y enlazado estas armonías; y este templo es magnífico é imperecedero, porque el Dios que le inunda es el Dios que ama y es amado.

Nos acercamos á besar el pie de San Pedro, y á su contacto nuestros corazones se llenaron de alegría. De rodillas, delante de la *Confessione*, la frente apoyada sobre ese mármol, que ha sido regado por tantas lágrimas, y que es tan dulce como el pecho de un amigo, dejamos correr un torrente de las nuestras. Tú te acuerdas, sin duda, hermano mío, y tú sabes bien si aquel es un lugar de olvido.

Allí está el verdadero centro, la *Piedra* que sostiene todo el edificio del Señor. «Aquí reside espiritualmente la congregación toda de los fieles; porque en cualquier parte de la tierra en que habitan todos los que pertenecen á Cristo Nuestro Señor por la pureza de su alma y de su fe, se vuelven hácia la Santa Silla de Roma, que, semejante al sol de la eterna luz, irradia sobre ellos el esplendor de los bienes espirituales y de los dogmas sagrados.»

Oímos misa en la capilla del Santísimo Sacramento, y terminamos lentamente esta primera visita, que tan

grata nos habia sido. Saludamos aquellas innumerables reliquias, conocidas unas con tan célebres nombres, y las otras cuyos nombres Dios únicamente conoce.

Veinticuatro Papas reposan al rededor de San Pedro. El cuerpo de San Pablo está en la misma tumba que el de su compañero en el apostolado; debajo de ese altar reposa el de San Gregorio Nacianceno; bajo este otro el de San Juan Crisóstomo. Aquí San Judas y San Simon, Apóstoles; San Leon I, cuya sola presencia conmovió el corazon de Atila, y los Santos mártires Proceso y Mateo, carceleros de San Pedro, y á quienes les abrió las puertas del cielo.

Once columnas del templo de Jerusalem enriquecen al templo de la nueva Alianza, ese templo contra el cual las puertas del infierno no prevalecerán jamás, y que subsistirá aun despues que la misma tierra haya dejado de existir. Una de esas columnas se conserva en la capilla de la *Pietà*. El Dios-Hombre la tocó con su cuerpo, apoyándose en ella, para enseñarnos con su ejemplo.

¿Qué mas te diré yo? Y, por otra parte, ¿qué no te diria si pudiese repetirte todo lo que nos han dicho en su silencio esas elocuentes piedras, si yo supiese tartamudear al menos su divino lenguaje? Hay resplandores que parecen abren á nuestros ojos el infinito para extinguirlo despues. Es la ofuscacion de los discípulos de Emaus: ¿no es verdad que nuestro corazon ardía dentro de nosotros mismos cuando nos hablaba durante el camino?

V.

El Capitolio y el Foro.

Desde el Vaticano nos dirigimos al Capitolio, ó mas

bien hácia el *Ara Caeli*, porque al Capitolio nos decidimos á ir otro dia. La iglesia de *Ara Caeli* es la primera en que yo entré cuando vine á Roma por primera vez. Era por la tarde, y se celebraba en ella la adoracion de las *Cuarenta Horas*; creí fuese enteramente el altar del cielo el que se me aparecia ante mi vista, con su brillante oro, sus vivos resplandores, y despidiendo los rayos de una gracia invisible.

No sabia ni una sola oracion, y, sin embargo, mi corazon oró. Recé por ti, hermano mio, tan jóven aun en aquel entonces, y por nuestras hermanas, niñas todavía. Comprendí en aquel momento nuestras miserias y nuestros peligros. Pedí fe para vosotros, y la pedí para mí, aun sin estar seguro de que la deseaba. Hasta hoy, tres de nosotros hemos orado en esa misma iglesia, y ninguno se ha apartado del verdadero camino.

Tú conoces la tradicion, la vision de Augusto, segun la cual levantó aquí un altar precursor al verdadero Dios que iba á nacer de una Virgen. Del mismo modo el trono de Aquella que debia oprimir la cabeza de la serpiente estaba señalado sobre la cumbre del imperio de Roma, que debió ser, por tres siglos aun, el imperio de la serpiente. La Estrella de la Mañana se levantó en el cielo de Júpiter; la Mística Rosa floreció en el Capitolio romano.

La iglesia de *Santa Maria in Ara Caeli* es rica en restos de la antigüedad, y en grandes y notables sepulcros. Su culto está al cuidado de las religiosas que guardan el Santo Sepulcro. En Roma no hay una sola voz que no sostenga un diálogo solemne con algun otro punto ilustre del mundo y del tiempo. Esta iglesia, verdadera particula de Jerusalem trasladada al Capitolio, posee el cuerpo de Santa Elena, la criada del meson, que llegó á ser madre de Constantino; la Empera-

triz que encontró nuevamente la Cruz, la augusta y humilde cristiana que á los ochenta años volvió á tomar sus antiguos vestidos de criada para servir en un banquete á las esposas y á los ministros de Jesucristo.

Desde el altar de la Reina de los Mártires bajamos á las prisiones Mamertinas. Cual dos preciosas reliquias, estos calabozos están encerrados dentro de una iglesia dedicada á San José, patrono de la buena muerte y de la misericordia. En otro tiempo, pero en este mismo sitio, Roma victoriosa asesinaba á sus vencidos, mientras que el vencedor rendía en el templo del Capitolio el homenaje de orgullosas acciones de gracias. Despues un ministro iba á decirle al César: *Actuum est*; se ha acabado; el que se atrevió á combatir contra Roma, ha muerto ya. Y hasta tanto que esto sucedía, el vencedor no salía del templo.

Un día, pues, en esos mismos calabozos en que los mas valientes representantes de la libertad de los pueblos habian perecido miserablemente, Neron, soberano pontífice, encerró á Pedro y á Pablo, á esos dos pobres Apóstoles de un Dios humillado; y aun cuando bien presto los hizo sacar de allí para darles la muerte, no lo fue tanto que Pedro careciese del tiempo necesario para bautizar á sus carceleros; y el profundo calabozo se convirtió en un manantial de vida. *Actuum est*, Júpiter padre de los dioses; *actuum est*, César su pontífice máximo, y dueño de los hombres; *actuum est*, dioses y pontífices de la muerte, porque ahora sois vosotros los que vais á concluir vuestra existencia.

El verdadero Dios del mundo y el verdadero Pontífice, viven ya hoy en Roma; su estandarte está ya enarbolado, su Capitolio ha comenzado ya. Hoy mismo Neron ha colocado la primera piedra de aquella mansion eterna. El edificio se elevará hasta los cielos, y

toda la gloria y la fuerza del Capitolio romano no prevalecerán contra esta piedra desprendida del Gólgota, y que, rodando hasta aquí, ha venido á través de las murallas de la ciudad y de los muros del Capitolio á chocar contra la base de las estatuas de oro del divino Júpiter y del divino Neron. *Actuum est*, todo se ha concluido. Júpiter y César, ya no sois dioses; ya no reináis en Roma, retiraos ya.

Ved ahí el Foro romano. ¡Cuánto ha trabajado este pueblo-rey para darnos una idea exacta de la nada de las fortunas humanas! Al mismo pie del Capitolio se levanta todavía el arco de Septimio Severo, del Emperador que decia : *Omnia fui, et nihil expedit*; lo he sido todo, y todo es nada. ¿Pero es el Emperador, ó todo el foro, toda la república y todo el imperio, quienes pronuncian esa amarga pero sabia espresion? Ha tenido su origen de los hombres que han dicho : *Amo nesciri et pro nihilo reputari*; he deseado permanecer desconocido y considerado como la misma nada. Y ésos hombres han venido á ser partícipes de la herencia de Cristo, y alcanzado un reino eterno y divino.

Saludamos las iglesias que se levantan á derecha é izquierda en el Foro, y sobre las colinas, reemplazando, purificando y santificando todos aquellos lugares históricos de la grandeza romana, y hablando con esa gran elevacion propia de la Iglesia, que enseña siempre, y siempre de una manera divina. Aquí mas que en ninguna otra parte de la ciudad se ve la mano de Dios que prepara la obra de los Apóstoles, y que obliga á los señores del mundo á escribir anticipadamente un

catecismo de piedras para enseñanza del género humano.

Al pisar las piedras de la *Via Sacra*, donde jamás tuvieron lugar otros triunfos que los de los verdugos que conducian al suplicio con inaudita barbarie á los discípulos de Cristo, íbamos repitiendo el profético canto de venganza y de triunfo que habia resonado desde Patmos en los días de Neron.

«Venid, y os mostraré la condena de la gran prostituta que se sienta sobre las inmensas aguas; la gran Babilonia de la fornicacion y abominaciones de la tierra.

«La gran Babilonia ha caído y está por tierra, porque sus pecados han subido hasta el cielo, y Dios se ha acordado de sus iniquidades.

«Tratadla como ella os ha tratado á vosotros; volvedle por duplicado todas sus obras: en el mismo cáliz que ella os ha dado de beber, hacedla beber dos veces otro tanto.

«Cielos, haced resplandecer vuestra alegría; y vosotros tambien, Santos, Ángeles y Profetas. Dios, condenándola, ha tomado venganza por vosotros, y la ha castigado con los mismos tormentos que os habia hecho sufrir.

«En esta ciudad se ha encontrado la sangre de los Apóstoles y de los Santos, y de todos aquellos que han sido muertos sobre la tierra.

«Y oí en el cielo como una voz de muchas gentes que decian: *Alleluia!* La salvacion, y la gloria, y el poder, son debidos á nuestro Dios.

«Porque verdaderos y justos son sus juicios; porque ha condenado á la gran ramera que ha corrompido la tierra con su prostitucion, y ha vengado la sangre de sus siervos derramada por la mano de ella.

«Y repitieron por segunda vez: *¡Alleluia!* Y el hu-

mo de incienso está subiendo por los siglos de los siglos y no se acabará jamás. »

Pasamos bajo el arco de Tito, recuerdo de la Jerusalén infiel y castigada, pero conservada en la tumba, en medio del polvo de Babilonia arruinada para siempre. Quien desee ver y tocar el dedo de Dios, que bese estas piedras, monumento perenne y testigo fiel de haberse cumplido las profecías, levantado á pocos pasos del arco de Constantino, entre la cruz del Capitolio y la cruz del Coliseo.

« ¡Jerusalén! ¡Jerusalén! que matas los Profetas y que apedreas á los que te son enviados. ¡ Cuántas veces he querido reunir á tus hijos como la gallina que reúne á los polluelos bajo sus alas, y no has querido! Hé aquí que tus casas permanecen desiertas. » Trescientos mil judíos perecieron en la toma de Jerusalén, y otros cien mil fueron vendidos. ¡ Oh Roma, oh Europa, oh ciudades y naciones á quienes Cristo envió Profetas para reuniros bajo sus alas: acordaos de ello!

VI.

El Coliseo.

Con un santo temblor entramos en el Coliseo. Vespasiano empezó este gigantesco teatro y se acabó en tiempo de Tito. Se emplearon en él los brazos de los cautivos traídos de Jerusalén, y se dice que perecieron allí hasta doce mil de ellos. El oro del mundo corrió en él como un río, y mas aun que el oro, Tito y sus sucesores, durante largos siglos, prodigaron allí la sangre humana. Reinando Trajano, y por orden suya, en el año 118 de Jesucristo, San Ignacio, Obispo de Antioquía, fue entregado en este mismo lugar á las bestias y

al pueblo romano para inaugurar la serie de los distinguidos mártires que debían seguirle.

«Mandamos que Ignacio, apellidado *Theoforo*, que dice llevar en sí mismo al Crucificado, sea maniatado y conducido por los soldados á la gran Roma para servir de pasto á las bestias y de entretenimiento al pueblo.»

Tales eran las órdenes de Trajano, á quien se le apellidó *las delicias de la especie humana*, y que fue, en efecto, clemente y justo para ser Emperador de Roma. Ignacio fue conducido al Circo el mismo día que desembarcó en Ostia, porque estaba prescrito que el fin de sus días había llegado.

Diez mil hombres aparecieron sobre la arena que bebió la sangre de aquellos mismos diez mil. Las fieras estaban alimentadas, pero el pueblo romano tenía todavía sed. El Santo Obispo Ignacio entró en el Circo, pasando bajo el castigo de los *venatores*. Fue saludado por los gritos de mofa de cien mil voces: caballeros, senadores, matronas, sacerdotes, vestales, pueblo, toda la muchedumbre romana, en fin, que acababa de devorar la carne de diez mil hombres, y que no se había saciado todavía. El santo anciano se puso de rodillas.

«Yo soy, dijo, el trigo del Señor. Cuando sea molido por los dientes de las bestias, me convertiré en el pan de Cristo.» Y el pan de Cristo renovado sin cesar, y prodigado bajo esta misma forma, da la muerte á la fiera que le devora. La bestia pagana ha bebido y comido su condenación. La sangre de los mártires, cada vez más fecunda y copiosa, ha ahogado á los leones y á los Emperadores.

Los juegos romanos se hacen de por sí tan repugnantes á los sentidos, que la imaginación se niega á darlos crédito. Un autor moderno dice, y con razón,

hablando de ellos: «Es necesario que los testimonios sean innumerables y unánimes, es preciso que todos esos horrores nos sean relatados por los mismos que los veían diariamente para que nosotros los cristianos podamos creerlos, y para reconocer en el corazón del hombre el instinto horrible que le hace amar la sangre por la sangre.»

Sin embargo, lo que mas me asombra no es lo monstruoso del hecho en sí mismo. El hombre bajo el poder del demonio no abriga ningún sentimiento mas permanente ni mas profundo que el odio hacia los demás hombres. Se complace en pulverizar á sus semejantes para humillarlos, envilecerlos y torturarlos por mucho tiempo. Los salvajes mas embrutecidos saben inventar y prolongar los suplicios, y si no hubiese otras señales de la unidad de la raza humana, este solo rasgo seria bastante á demostrarla.

Concibo, pues, que esos romanos que levantan tan bellos edificios para tener en ellos tales espectáculos, y que habian perfeccionado tanto el deleite de ver morir á otros hombres; que esos letrados que tanto admiraban á Homero, y que en los entreactos de los juegos recitaban á Horacio y á Virgilio; que esos guerreros y esos políticos que gobernaban al mundo; que esa lepra de conquistadores, de ricos, de vestales y de Emperadores, hayan hecho todo esto mejor que los *Sinax*, porque los impulsaba la misma tendencia de la naturaleza; porque ese es el sentimiento natural del hombre separado de Dios.

Concibo tambien que aquellos hombres reconocidos por tan eminentes, tales como un Julio César, un Augusto, un Tito, un Trajano y un Marco Aurelio, aunque con cierto disgusto quizá, hayan descendido hasta el punto de satisfacer á la sanguinaria fiera, y la hayan

facilitado este festín. Este era el precio del imperio, y la sabiduría humana no basta sola para señalar á los hombres un precio que ellos no pueden poner al imperio.

El misterio formidable consiste, sí, en la estupidez de esos rebaños de hombres que se conducían al Circo para ser degollados, y que se dejaban degollar; á quienes se mandaba asesinar mutuamente y sin piedad en singular combate, y que sin piedad se asesinaban; que no pudiendo salvar su vida, no pensaban, al menos, en venderla, y que no trataban de hacer ningún esfuerzo para vengarse.

Se reunían diez mil ó mas que debían morir. Un gran número de ellos estaban provistos de armas; eran fuertes, ágiles, diestros para el combate; quizá en repetidas ocasiones habían hecho frente á las cohortes romanas en el campo de batalla, y no pocas las habían obligado á replegarse. Pues ahora bien: no ha sucedido ni una sola vez que los gladiadores ni los *confectores* (1) hayan tratado de saltar sobre los espectadores, de arrojar al Circo al príncipe, al Senado, á las vestales y al pueblo, proporcionándose de este modo tan inusitado juego á sí mismos. ¡Estraño efecto del temor! ¡Espantosa abyección del hombre! Estas víctimas no perdonaban, no se resignaban, pero no se defendían: antes por el contrario, se adaptaban al ceremonial de los juegos, y trataban de escusarse de morir como lo podrían hacer de cualquiera otro servicio. Los que iban á ser devorados sin combatir para abrir el apetito á las fieras, entraban los primeros. Despojados de todos sus vestidos, pasaban entre dos filas de *penatores*, armados de látigos, que los daban un golpe cada uno; recorrían

(1) Gladiadores que luchaban con las fieras.

después el Circo, y deteniéndose ante el Emperador, le dirigian las tan famosas palabras: « César, los que van á morir te saludan. » Y este ceremonial no dejó una sola vez de cumplirse exactamente.

Los gladiadores, entrando en el Circo en *carros* pintados con brillantes colores, hacian al César el mismo saludo, porque unos ignoraban si podrian sobrevivir, y los otros sabian ciertamente que debian perecer. En seguida se atacaban. Si lo hacian sin furor, el pueblo se indignaba, y entonces los mercaderes de gladiadores, lanzándose desde el extremo opuesto del Circo, con los látigos en la mano y la injuria en los labios, obligaban á aquellos desdichados á abrirse mas profundas heridas.

Pero era preciso que estas heridas no produjesen instantáneamente la muerte, abreviando así un placer de que gozaban los romanos. Si un gladiador trataba de herir á su contrario en la cabeza, para librarse de este modo de una muerte de la que pretendia hacer víctima á su adversario, el pueblo se irritaba. Era tambien necesario que el herido no cayese sin gracia. El gladiador debia aprender á matar y ser matado; y á uno y á otro aprendian efectivamente, porque tal era su profesion, y en ella se jugaba la vida.

El combate se habia verificado segun las reglas prescritas; habia sido prolongado y hasta elegante. Uno de los gladiadores cae por fin. Pone una rodilla en tierra, y pide gracia de la vida. El vencedor, recorriendo con su mirada el anfiteatro, espera la sentencia del pueblo. ¡El pueblo algunas veces quiere conservar un artista! Pero los pulgares se bajan (1); el pueblo

(1) Señal con la que el pueblo manifestaba queria la muerte del vencido.

quiere ver cómo sabe morir ese artista; quiere que el vencido desempeñe aun la última escena. Se le tiende el cuchillo; su honor exige que, estendiendo el cuello y tomando el cuchillo por la punta, la coloque él mismo en el sitio que debe atravesar. Observa este programa, adula al pueblo con este último respeto, y recibe su recompensa: los aplausos del pueblo romano saludan su último suspiro.

Y tan terribles escenas no solo se sucedieron por mas de cinco siglos, sino que su barbarie llegó hasta el mas alto punto de perfeccion, porque la impasible ferocidad que pedía sangre encontraba siempre otra ferocidad mayor que se la ofrecia, y la derramaba. Por todo el imperio hay ya circos; la sangre corre por todos sus ángulos, y por todas partes los esclavos fugitivos, los prisioneros de guerra, los cristianos, hombres y mujeres, viejos y niños, son devorados por las fieras; y durante tan largo espacio de tiempo, y á vista de tan monstruosas infamias, los políticos y los moralistas paganos se contentaron con solo levantar su voz para hacer muy escasas reclamaciones, tan frias como inútiles.

Si nos detenemos á considerar lo que constituía el fondo del mundo pagano, le encontraremos formado por una inmensa é infernal barbarie, por una mentira innoble de civilizacion, de moral y de honor. Pero hay en él dos vicios que aparecen poderosos cual ninguno otro, dos pasiones dominantes llevadas hasta el delirio: la disolucion y el miedo. Roma muere de disolucion y de miedo; de miedo sobre todo. El miedo que fue en cierto tiempo su fuerza y su resorte para gobernar, vino á ser despues el agente mas poderoso de su ruina. Todo fue crueldad en Roma, porque el miedo reinaba en toda ella. El miedo, que fue causa de tantas muertes, concluyó por dársela á sí mismo; y conforme destruyó á

Roma, hubiera destruido al mundo entero, si el cristianismo no hubiese salvado al mundo dándole la castidad; la humanidad y el valor.

Si, yo diré siempre que el valor, aun ese valor material que consiste en mirar frente á frente y desafiar al dolor y la muerte, es un don que Jesucristo nos ha hecho. Coquelet, aun después de convertido, me acusará por haber intentado sostener que los soldados romanos fueron unos verdaderos indolentes, así como los católicos de sus ideas nos han imputado el haber pretendido quemar á Ciceron y á Virgilio. Coquelet discute á su modo, y el buen sentido no se atreveria á desplegar sus labios á no resignarse á formar parte de la tribu de Coquelet. Mas, á pesar de todo, yo sostengo que existe una plenitud de valor material á cuya altura la mitad del género humano no hubiera podido elevarse sino despues de haber recibido el cristianismo.

La prueba de esto es evidente, si se considera que en aquellos circos, siempre regados con sangre, los cristianos eran los únicos que no temblaban. No eran gladiadores, porque tenían sus razones para no abandonar su vida y para no tratar de venderla; pero faltaban al ceremonial prescrito, y no temian desagradar al pueblo ni al Emperador. Al pueblo le presentaban su tranquilo continente, y al pasar por delante del Emperador cambiaban la fórmula del saludo anunciándole habria de llegar un momento en el cual se presentaria ante el tribunal de Dios, y en el que los mártires juzgasen á los verdugos. *Cæsar, morituri te judicabunt.*

A fuerza de golpes se obligaba á los gladiadores á degollarse mutuamente; silbándoles ú ofreciéndoles una esperanza de salvacion, se les forzaba á degollarse con lentitud estudiada; la esperanza de un aplauso les

hacia caer con cierto donaire y morir con elegancia; cubriendo por último á alguno de aquellos desgraciados con una túnica impregnada en azufre, á la que dos hombres estaban prontos á dar fuego á la menor señal, se le obligaba á hacerse quemar el puño para imitar á Mucio Scevola.

Pero no habia golpes, ni halagos, ni tortura, ni leones, ni martirizadores, por experimentados que fuesen, que supieran obligar á los niños y á las mujeres cristianos á quemar un solo grano de incienso delante de los ídolos. Así fué infundiéndose el valor, y así el miedo fue vencido. Por el triunfo y con el ejemplo de sus mártires, Jesucristo habia por fin tomado posesion de la humanidad. La humanidad sin Dios, es una bestia feroz y una fiera entregada á la mollicie. Si Cristo abandonase á la humanidad, veríamos nuevamente al miedo engendrar verdugos, y la humanidad volveria á alimentarse con su propia carne y con su sangre misma. - Porque este Coliseo, que es hoy una inmensa tumba, se convertiria en una estensa cuna.

De la cruz del Coliseo penden todos nuestros títulos de nobleza, y es á la par que el símbolo de nuestra salvacion, el monumento de nuestro honor. Aquí se combatia para devolver sus privilegios al género humano, y la Providencia condujo aquí héroes desde todas las partes del mundo para formar una multitud gloriosa y santa de todos los sexos, de todas las edades, de todas las condiciones y de todos los paises. ¿Qué cristiano podrá decir que no tiene allí un antepasado? En cuanto á mí, puedo asegurar que cuando me prosterno sobre esta tierra, pareceme que siento el contacto de mi propia sangre.

VII.

San Juan de Letran.

La calle que, larga y recta, conduce desde el Coliseo á San Juan de Letran, desde aquel teatro de carnicería á esta suntuosa iglesia, lleva el nombre de San Juan, el discípulo del amor. En ella se encuentra la iglesia dedicada á San Clemente Papa, monumento intacto de la antigüedad cristiana. En esta iglesia predicó San Gregorio el Grande, y todavía se conserva la silla en que estuvo sentado. Allí tambien se venera, entre otras insignes reliquias de Santos y de mártires, el único hueso de San Ignacio que los leones dejaron sin destruir.

Hé aquí el elevado Letran, la presea de la conversion de Constantino y del imperio. Constantino, vencedor del estúpido Magencio, envió á buscar al Papa San Silvestre, fugitivo en el monte Soractes. El Papa creyó llegada para él la hora del martirio : lejos de eso, el Emperador victorioso le instaló en su propia casa. Tambien aquí hay un recuerdo de Neron. Este monarca fue el asesino del cónsul *Plantius Lateranus*, fundador de este palacio, que conservó su nombre y le hizo inmortal. Sobre aquel mismo suelo se elevó instantáneamente una iglesia vasta, magnífica, y digna del imperio que la edificaba. Se la dió el nombre de la *Basilica de Oro*.

Primera morada oficial de los Papas, puede considerarse como el lugar desde donde Pedro, al salir de las Catacumbas, tomó posesion de su reino adquirido despues de tres siglos; y última morada oficial tambien de los Emperadores, fue el sitio en que el imperio pagano de Roma terminó su existencia material. Aquí

un César, que ya no lo era, colocó sobre sus bagajes el *Paladion* (1) que habia dejado de ser objeto de veneración, y partió para Bizancio. Y pasarán cuatro siglos; Carlomagno vendrá á este mismo sitio á recibir de rodillas, y de manos del sucesor de Pedro, otra corona imperial que será como el sacramento, sin el cual los imperios no tendrán en adelante ni fuerza fecunda, ni verdadera gloria, ni sólida estabilidad.

¡Lugar augusto en Roma y en el mundo todo! Durante once siglos, el palacio de Letran fue la morada de los Vicarios de Jesucristo. En él tuvieron su asiento, de él fueron arrojados, á él volvieron, y solo se pudo alejarlos de él para que vivieran en la cautividad y en el destierro. Esta morada, sin embargo, les pertenece siempre. Parece que á todo lo que tocan los Papas le comunican cierto carácter de eternidad. La iglesia de Letran ha visto treinta y tres Concilios. «Grandes batallas, grandes victorias de la verdad sobre el error, con las que se ha propagado el Evangelio y salvado la civilización.»

Muchas veces esa misma iglesia ha sido devastada, saqueada, destruida ó incendiada; el infierno se ha levantado contra ella infinitas veces, y otras tantas no han quedado mas que cenizas de la Basílica de oro. Pero á pesar de tan rudos ataques, existe hoy y permanece firme, mas rica con su nombre, su dignidad y su diadema de tantos siglos, que con los inmensos tesoros con que los Emperadores y los pueblos la adornaron, cual símbolo de su constante é invariable amor. Es la iglesia propia del Papa, madre y señora de todas las demas iglesias. Sus mismos muros proclaman su digni-

(1) Estatua de Palas, que los troyanos creían haber caído del cielo en el templo de su ciudadela.

dad, con ese lenguaje propiamente regio que no se habla en ninguna otra parte como aquí : *Sacrosancta Lateranensis ecclesia omnium urbis et orbis ecclesiarum mater et caput*. Y estas palabras significarian lo mismo que hoy significan, aun cuando estuviesen trazadas con creta en una pobre cabaña formada con débiles tablas, y cubierta con cañas quebradizas.

Entramos en el majestuoso recinto de San Juan de Letran. La misma soledad reinaba en esta Basílica que en la de San Pedro; nuestros corazones experimentaron la misma sensacion. La inmensidad de los recuerdos que á ella van anejos, parece prolongar aun mas la longitud de esos muros, ya de por sí bastante estensos. Al llegar cerca del altar mayor observamos á dos sacerdotes que rezaban fraternalmente el oficio divino. Quisimos saber lo que decian. Uno de nosotros tenia un Breviario, y le abrimos. Era el 16 de enero, dia de San Marcelo, Papa y mártir. Volvimos á leer su glorioso oficio, y repetimos con la Iglesia :

«Este Santo combatió por la ley de Dios hasta la muerte; la voz de los impíos no le hizo temblar, porque se apoyaba sobre la solidez de esta piedra. Y vos, ¡oh Señor y Dios nuestro, le habeis coronado de gloria y de honor, y le habeis afirmado con el trabajo de vuestras propias manos!»

VIII.

Los romanos adoptivos.

En esta primera jornada visitamos tambien la *Scala Santa*, que está muy próxima á San Juan de Letran y á Santa Cruz de Jerusalem, augusta Basílica edificada por Santa Elena para depositar las reliquias de la Pa-

sion del Salvador. En seguida pasamos á Santa María la Mayor, por la que precisamente queríamos terminar nuestra escursion. Pero ¿cómo no entrar también en Santa Práxedes y Santa Pudentiana?

Éramos infatigables, y no teníamos piedad de nuestro guía. Pero dos sentimientos le reanimaban; su amor á Roma y su afecto hácia nosotros. Nuestro entusiasmo vivificaba el suyo, que por otra parte no era menor que el nuestro. Tú no conoces á nuestro amigo Enrique, á quien nosotros hemos visto ayer por primera vez, y al que nos unen ya, á pesar de tan escaso espacio de tiempo como ha mediado, los lazos de la amistad. Es un tipo francés que no se encuentra mas que en Roma, y un tipo romano que no puede ser pintado mas que sobre un fondo extranjero, y especialmente sobre un fondo francés. Ha venido á Roma como curioso; el curioso se trasformó en peregrino, y el peregrino llegó un día á reconocer que estando en Roma se encontraba en su verdadera patria, y que no podia ni queria abandonarla ya. No disputa el amor que los romanos de nacimiento profesan á su ciudad natal, cien veces grande, cien veces bella y cien veces santa. Pero yo no he encontrado jamás el amor á Roma tan poderoso, tan inteligente, tan ardiente, como el de esos romanos de adopcion, verdaderos romanos por la gracia de Dios. Aquí existen de estos en gran número, y constituyen una de esas numerosas fuerzas de Roma que no se ven en ninguna otra parte, y cuyo efecto se experimenta por do quiera.

Saben de memoria á Roma; estudiándola sin cesar, la aman cada vez mas. Aman á los que la aman; y por este título Enrique nos profesaba amistad largo tiempo hacia. Ha conservado todo su carácter francés; pero el amor á Roma y el cristianismo le han despojado de

ese aire de superioridad que nos inspira fácilmente el profundo conocimiento de nuestros propios méritos. Conoce el lado débil de los corazones italianos y romanos. Conoce también las originalidades que les caracteriza su jovialidad y su gravedad: ha tomado parte de cada una de ellas, y su reunión forma uno de esos conjuntos humanos que animan el espíritu y tranquilizan el corazón.

¡Qué agradable jornada! Por la tarde, después de comer, quisimos todavía hacer otra correría. Volvimos á ver el Foro y el Coliseo. La noche estaba serena; el silencio era profundo. Habíamos dejado nuestro carruaje para hacer á pie el trayecto desde el Coliseo al Capitolio. De repente un magnífico coro de voces italianas se elevó desde las ruinas del templo de la Paz. Nos sentamos para oírle sobre el pavimento de la *Via Sacra*, entre el arco de Tito y la iglesia de Santa Francisca romana. Todo cuanto nos rodeaba era dulce y bello, formando agradable armonía con la dulzura y belleza de la noche. No es posible haya otra ciudad tan hermosa como esta. Aun cuando fuese el mismo cielo, los mismos monumentos y las mismas obras del arte las que dieran brillo y realce á cualquiera otra población notable, no tendrían en parte alguna el mismo acento que aquí. Esta tierra tiene un olor que la es peculiar. En ella se respira la historia tal como Dios la ha escrito, con sus lecciones, y con sus deducciones aplicables á todos y á cada uno de nosotros. Aquí se presentan á la imaginación pensamientos que no existen en el resto del mundo.

Su belleza no la constituye la hermosura intrínseca de la ciudad. Pero ¿no puede existir otra belleza que no sea la material de una ciudad? No, no: dejadnos una ciudad cuyas calles no estén tiradas á cordel; dejadnos

derruidas paredes, plazas irregulares y casas sembradas al capricho. En las grandes calles, largas y rectas, no hay un sitio para colocar la imágen de la Virgen, ni lugar para plantar un jardín.

No hay fachadas de cien ventanas, ni una esbelta palmera como la que da sombra al viejo muro del convento de los Maronitas en *San Pietro in vincoli*. El hôtel del Louvre es admirable; el boulevard de Sebastopol lo es también; pero nada hay tan bello como los alrededores de *Monte-Cavallo*, donde en las tortuosas y desiertas calles penden los dorados frutos del naranjo.

¿Cómo puede pensarse que haya en el mundo quien deje á manos estrañas apoderarse de Roma, permitiendo que ya no pertenezca al universo todo?.... Imposible. No puede pertenecer ni aun á los mismos romanos. Es el patrimonio de los católicos, es la tierra vínculo de familia, que no puede ser dividida. Nuestros padres consagraron su sudor y sus tributos á los monumentos de la Roma pagana; nosotros la hemos rescatado con la sangre de nuestros mártires; nuevas ofrendas han levantado estos nuevos monumentos; el universo todo la ha dado á los Papas, defensores y artistas. No puede pertenecer mas que á nosotros.

LIBRO V.

La cuestión romana.

I.

Noé y Pedro.

Visité á Fr. Gaudencio en su celda. Estaba sentado, fijos los ojos en su libro, como si jamás se hubiese movido de allí; con una tranquilidad tal, como si también hubiese de permanecer allí siempre. Yo admiré aquella regularidad que no había sido bastante á alterar ni un viaje que le llevara al otro extremo del mundo.

«Nada mas natural, me dijo; los demas religiosos han llegado ya.

«Nuestros asuntos están concluidos, fijada nuestra vida, y nuestra fortuna ha llegado á su colmo. Un viaje, un cambio de situacion, una enfermedad, la muerte misma; no son mas que episodios insignificantes, como pueden encontrarse en la vida de un capitalista de edad avanzada, que, habiendo asegurado sus economías, está seguro de no encontrarse jamás ni viudo, ni arruinado, ni soldado, ni ministro, ni académico.

«Hace un viaje á Versalles; este no es ningún negocio importante para él; yo hago uno al Brasil, y es un

negocio insignificante para mí. En realidad yo no salgo de mis ordinarias costumbres. Nunca tengo mas trabajo que el cotidiano; y este es conservarme en la presencia de Dios. Si el capitalista comprende bien cuáles son sus intereses, no tiene ni mas ni menos que hacer que esto, lo cual se puede hacer, por cierto, en todas partes.»

—Ahora bien, dije á Fr. Gaudencio, sacando del bolsillo un viejo periódico; no vengo aquí, padre mio, á disputar sobre la *escelencia* de la *vida* monástica; he visto y practicado demasiado otro género de vida para que pueda empeñarme en semejante tarea. Vengo solo á proporcionaros un rato agradable. Escuchad lo que dice este periódico que he traído de Francia, como si hubiese previsto que tendríais ocasion de leerle:

Estaba un dia en Poitiers, en la hermosa iglesia de San Hilario. El Obispo de *Tulle* hablaba. El sucesor de San Hilario estaba allí escuchando como nosotros, y la iglesia dedicada á aquel Santo nos parecia contener al mismo tiempo á Ambrosio y á Agustin.

El orador continuaba su discurso, largo como un rio, impetuoso como un torrente, vehemente, suave y profundo. Nos hacia escuchar los truenos de las *Santas Escrituras*, iluminándonos con su resplandor y *acari-ciándonos* con sus flores. El tema del discurso era el Papa: el Obispo por *escelencia*, el Jefe de los Pastores; la voz que basta para hacerse oir en todo el mundo: *et orbi sufficiens*.

A los que dicen que el Papa no es mas que un hombre, fundados en que al fin los Papas mueren, respondia: «Pedro no muere. Vosotros no veis mas que á Simon, el hombre frágil; pero entended que Jesucristo le dijo: *tú eres piedra*: no solamente le prometió que seria llamado piedra, que parecia piedra, sino *tú serás pie-*

dra. Le creó, le fabricó piedra. Simon pasó al reino de los sólidos, de los indestructibles.

»Sobre esta piedra, de una solidez divina y milagrosamente indestructible, Jèsucristo ha fundado su Iglesia. Ábranse, pues, las puertas del infierno contra ella; vomiten los tenebrosos antros torbellinos y tempestades: la roca permanecerá firme. ¿Es posible que habiendo creado esta piedra que debe sustentar todo el edificio, no la haya señalado un lugar Jesucristo?

»¿Es posible que le haya dicho: Ve, piedra movable, y atraviesa el mundo, y arrojada un día aquí y otro allí, ve de una á otra parte como una piedra maldita á merced del pie que te impulsa ó de la ola que te lanza? No, no; Jesucristo te ha designado un lugar de estable permanencia, y ese lugar es Roma. Pedro viene á ella, y coloca allí su robusta espalda, sobre la cual reposa la Iglesia. Viene allí, y allí permanecerá siempre, piedra viva é inmortal, piedra siempre elocuente; inmoble columna de mármol, y al mismo tiempo columna que respira, que vive, *columna spirans*. Firme para sostener todos los choques, siente los golpes que la hieren, pero no se venga mas que exhalando suspiros. Allí residen esos Papas, cuya obstinacion reconoce como origen su constante inmutabilidad: *obstinatio magistra*. Allí permanecen esos divinos obstinados: *obstinatio divina*. Obstinados como el mismo Dios. Porque, ¿quién mas obstinado que Dios? Se quiere cansar su paciencia; se emplean para ello los mismos dones que Él concede; se le dice que está de mas entre nosotros, y que se retire; y no obstante, el divino obstinado permanece y se obstina cada vez mas en salvarnos.»

Ved ahí el principio del discurso. Pero de repente, con uno de esos arranques de la imaginacion que franquea todos los espacios y todos los tiempos, el Obispo,

el doctor y aun me atreveria á decir el poeta, llega al misterio de la eleccion de Roma y nos muestra su inmensidad.

«Si he de deciros por qué Pedro se une á Roma mas bien que á ningun otro lugar, necesito apelar á antiguas tradiciones. Sé muy bien que han sido rechazadas por los que negaron á Homero; en cuanto á mí, puedo aseguraros que me complazco en ver á Noé, salvador del género humano, cual su tronco único despues del diluvio, siendo el mas firme baluarte en la antigüedad cristiana, de la creencia ó conocimiento de la divina imagen, del Verbo eterno: *O Noe divinæ imaginis melior assertor!*

»Me agrada contemplar á Noé, padre del renaciente mundo, tomando posesion de Roma para Aquel que debia venir. Le veo dividiendo la tierra como un Gerarca (1), y ejecutando así los planes divinos entre sus tres hijos: despues, repartido ya el mundo, visita estos dominios; recorre los lotes de Sem, de Cham y de Japhet, y viene á depositar sus huesos allí donde Roma debia existir.

»Así tambien Pedro, el batelero de Galilea, vendrá á este mismo lugar, en donde puso su planta ese grande y noble batelero, Noé; y allí donde amarró su antigua barca, Pedro fijará su nave ilustre para salvar al mundo de otro diluvio y para asegurarle una salvacion eterna.

»Noé plantó la viña cuyo jugo regocija el corazon del hombre; Pedro plantó la Cruz, esa cepa divina de donde pende el racimo sagrado, el racimo fecundo en purpúreo zumo, la uva de donde salta el vino que hace

(1) Los que componian la gerarquia entre los griegos, como Prelados, Pontífices, etc.

germinar vírgenes. Ha sembrado tambien el trigo de los escogidos y reparte el pan vivo que alimenta al mundo.

»Y si Noé, conservado por Dios justo en medio de los pecadores é iniciado en los divinos secretos desconocidos para los gigantes y poderosos del siglo, inculcó la idea del Verbo Eterno, Pedro no propagó menos tan divina creencia, penetrando el secreto oculto á la carne y á la sangre; esto es, el de la Divinidad de Jesucristo: *O divinæ imaginis melior assertor!*

»Su propagacion data del mismo dia de Pentecostés. Pedro se levanta entre la multitud para que se le vea, alza la voz para que se le oiga desde lejos, y habla en medio de sus once hermanos en el apostolado, para que despues de él continúen los demas: *Stans Petrus cum undecim, levavit vocem suam*. Pedro levantando la voz, defiende al Verbo Eterno, á Cristo Nuestro Señor.

»Le da á conocer en Jerusalem y en Antioquia, lleva su nombre á Atenas, la ciudad de las numerosas lenguas, *linguata civitas*, y á los bulliciosos centros de todas las ciencias, *ubi caupones scientiæ*. En fin, defiende y establece esta creencia en Roma y la sostendrá en los siglos futuros. *O divinæ imaginis melior assertor!*

»Los judíos sabian todo esto; Daniel lo preveia al vaticinar la caida de los grandes imperios; sus libros nos hablan de ello, y cuando en los Salmos se trata de la ciudad de los Idumeos, la ciudad de las grandes tempestades, los antiguos sabios la conocian perfectamente.

»Creyeron haber descubierto en el Oriente el antiguo lugar que ocupara el paraíso terrestre, pero no encontraron ya al querubin.

»Entonces se les dijo: Ese querubin está en Roma;

:

id, y allí le encontrareis resplandeciente de sabiduría, rutilante con la púrpura de los mártires, cubierto de heridas y cicatrices. Empuña la espada y las llaves, y él y solamente él, abre y cierra las puertas del verdadero paraíso terrestre.

»Cuando el César se hizo cristiano, comprendió que un mismo recinto no podía contener al hombre de la fuerza y al glorioso Emperador del espíritu, y él, un Augusto, al día siguiente de la victoria pone en marcha sus legiones, su senado y sus leyes y va á fundar lejos de la Italia una nueva capital para su imperio.

»Roma es la ciudad de Pedro, y no puede pasar á otro poseedor. No sé quién pretende penetrar ahora en ella; los que lo verifiquen ¿qué dirán? ¿á quién se dirigirán? ¿quién los escuchará? En Roma se necesita una voz que se oiga en todo el mundo, *os orbi sufficiens*: únicamente Pedro posee esa voz, y solamente este puede hablar allí de una manera noble y libre.

»Tertuliano, recorriendo los vestigios que el paganismo dejó en Roma, habla de los nombres sellados en la tumba, que no puede arrancar al olvido; cadáveres de nombres los llama, *cadavera nominum*. Cita otros que traen á la memoria infamias tales ó puerilidades tan necias, que no es posible recordarlas sin repugnancia: *nausea nominum*.

»Roma debe á Pedro el ser la ciudad que no envejece nunca, participando de un privilegio característico de la imperecedera Iglesia, *Ecclesia insensibilis*, segun la espresion de los Santos Padres. Quitad á Pedro, y no quedará en Roma mas que nombres de cadáveres y cadáveres de nombres fétidos y nauseabundos. ¿Y nosotros podremos consentir que Roma llegue á ser jamás el cadáver de un nombre, un nombre perdido y olvidado, un eco inmundo?

»No; el nombre de Roma no será jamás un nombre vulgar. Nombrar á Roma, es nombrar lo mas grande, lo mas noble, lo mas divino. El nombre de Roma para todos nosotros es una melodía, un testo de los Cantares, un sonido lleno de maravillosos ecos. ¿Qué harán de ese nombre los que pretenden penetrar en Roma? Roma será siempre Roma, porque Pedro permanece en ella. Toda victoria contra Roma no será nunca mas que la victoria de un dia.

»Cierta reyezuelo godo llamado Ataulfo se apoderó de Roma, y declaró que seria la capital de sus reinos. ¿En qué ha venido á parar este reinado? ¿Quién se acuerda de Ataulfo, y quién conoce sus Estados y dinastía? Ninguno ha pretendido llevar á cabo tal empresa sin ser al punto castigado. Porque Dios venga siempre oportunamente á su Iglesia: *Opportunus vindex*. Así se vió en el templo de Jerusalem, que debia durar menos que el de Roma. Heliodoro entra en el templo; pero hé aquí que la venganza de Dios se manifiesta de un modo ostensible y evidente: *Magnam fecit suæ ostensionis evidentiam*.

»Y bien; vosotros que no quereis conocer á Dios por la fe, cuyas sombras os importunan, ¿quereis mas grandes pruebas? ¿os hace falta una evidencia? La tendreis, la vereis, sentireis sus efectos como Heliodoro.

»Un caballero blandiendo armas de oro se precipitó sobre él y le derribó bajo los cascos de su impetuoso caballo; otros dos, armados de látigos, le azotaban sin descanso: *Magnam fecit suæ ostensionis evidentiam*.

»Y el soldado azotado y avergonzado volvió á decir á su señor que le enviaba: «Si teneis un enemigo, envíadle á aquel templo; el Dios grande que habita en el cielo, es su guarda y su custodio. El es su propio brazo; El es el que hiere, y pierde á todos los que

»penetran en él para hacer el mal : *Et venientes ad maleficiendum percussit ac perdit.*»

»Sin embargo, nosotros gemimos con el gran sacerdote, y ciertamente que debemos llorar con él. No hay uno solo de nosotros que no deba decir : «Yo sufro en mi noble cabeza; yo sufro en mi noble cabeza. *Caput meum doleo.* Se nos ha asesinado á todos, porque somos los miembros de Pedro, y no se puede herir á Pedro sin que el dolor no se estienda á todo el cuerpo de la Iglesia, desde los pies hasta su místico Jefe.»

»Y á la par que nosotros, no hay criatura que deje de sufrir y que no lance un gemido, porque toda la creacion se refiere á nosotros, nosotros á Jesucristo y Jesucristo á Dios. Ahora bien; puesto que Jesucristo es el jefe y el centro universal, existe necesariamente un lazo entre su Vicario y el mundo, entre Pedro y todos los seres.

»Dionisio el Areopagita y su compañero Apolofanes se hallaban en Egipto en el momento de la muerte de Jesucristo. De repente el sol se eclipsó. Consultaron los cálculos de Felipe Arideo, y no encontraron la explicacion de este fenómeno. Movido de un secreto instinto, Dionisio exclamó inmediatamente : «¡O Dios sufre, ó toma parte en el sufrimiento!»

Y ciertamente, Jesucristo es el sol que ilumina el universo y describe al través del espacio signos misteriosos. Jesucristo es el centro y la síntesis del mundo. Cuando está enclavado en la cruz, el mundo está tambien enclavado en ella, y no era posible herir la cabeza del universo sin que el universo entero se conmoviese. Esta conmocion debia espresarse con los gemidos, con los temblores, con las tinieblas.

»Pedro, aunque no por un título idéntico al de Jesucristo, es tambien un centro; Jesucristo colocó en él la

vida, la gracia y el amor. Si Pedro es crucificado, se experimentarán tambien sacudimientos y se adelantará la noche con sus sombras y sus terrores. Es ley física de todos lo seres conmoverse cuando se altera el reposo de su centro, y esto basta para que Dios sea siempre un oportuno vengador de su Iglesia: *Opportunus vindex*.

»Dirijamos á Dios la súplica de Ester : «Señor, *ne tradas sceptrum tuum his qui non sunt*, no entregueis á »Roma, cetro de vuestro poder, á los que nada son; »que esos seres no disfruten la alegría de inmolarnos en »sus irrisorios altares, y el placer de sustituir á vuestros templos sus casas vacías ó llenas de larvas (1). »No os entregueis á aquellos que en la apariencia quieren ser algo, *quasi quis*, y no son nada en el fondo.»

— Creo, dijo Fr. Gaudencio, que sin duda estas palabras no habrán alcanzado el honor de despertar una contradiccion.

— Ni una, padre mio. Yo creo que ciertos moderadores del buen partido, si las han leído, las han encontrado estrañas, exageradas, inoportunas quizá, y en todo caso, poco prácticas. Y se han callado. Por otra parte, ¿qué importancia pueden dar á tales pensamientos las águilas vespertinas que forman la opinion?

— Es cosa maravillosa, replicó Fr. Gaudencio, el poco fruto inmediato que producen ciertas palabras verdaderamente maestras. Parece que el mundo es incapaz de conocer y aun de percibir ciertas ideas, á las

(1) Nombre que daban los poetas gentiles á las almas de los malos que suponian vagar bajo formas horribles. (N. del T.)

cuales, sin embargo, obedece. Es preciso que sean diluidas mil y mil veces en el mar de los comentarios; y cuando se llega á la milésima dilucion, cuando la primera esencia se ha hecho ya imperceptible en términos que el análisis mas minucioso no podria encontrarla, entonces es aceptada, y obra por do quiera.

¿No os compadeceis de esos hombres vulgares que suministran al público tan bellas necedades? Dándole la verdad, tal como la comprenden ellos mismos, se la suministran tal como él la puede tomar. La partícula divina que han querido escluir de su grosera mezcla, reside en ella, á pesar de todos los esfuerzos, y sobresale de una manera singularísima. Tal es la energía que Dios da á la verdad, y tal su conmiseracion para con la debilidad propia.

Pero volvamos de nuevo, prosiguió el Padre, á la idea tan admirablemente expresada por vuestro admirable Obispo acerca de Noé y su aparicion sobre el suelo de Roma, en la aurora del mundo que volvia á nacer. Esta idea no es completamente nueva para mí.

Es una antigua tradicion de Italia que Jano vino á Roma, donde dió su nombre al Janículo, y á quien se atribuye tambien la fundacion de Génova, *Janua*. La tradicion añade que su llegada tuvo lugar despues de una grande inundacion.

Desde muy antiguo los cristianos han creido que este Jano fabuloso no era otro que Noé. ¿Quién podria ser si no? ¿Cómo y por qué inventar este viajero divino que aparece despues del diluvio de las grandes aguas?

¿Qué significa ese doble semblante con que mira al mismo tiempo el porvenir y el pasado? Todos los ras-

gos de Jano se aplican á Noé, y de hecho que á él solo son aplicables.

Es él; es Noé, el Rey de la tierra despues del diluvio, el sacerdote, el conocedor de Dios, el mas firme defensor de la Divinidad.

Es Noé, que veia á la vez dos mundos; el pasado hasta Adan, el porvenir hasta Jesucristo, de quien era profética imágen, y á quien esperaba su corazon.

Sobre el monte Janículo, en el mismo lugar donde despues del siglo **xiii** creyeron algunos, aunque sin fundamento, que habia sido depositado el cuerpo de San Pedro, Bramante hizo construir un templo pequeño, pero justamente célebre; y en memoria de la tradicion esplicada por el cristianismo esculpió allí una imágen de Noé.

Y Pedro es á un tiempo mismo Jano y Noé. Llega á Roma despues que el diluvio del poder imperial, verdadera manifestacion del poder de Satanás, habia sumergido al mundo.

Pedro, el hijo de la paloma, trae el ramo cogido en el Calvario, y anuncia que la inundacion del infierno va á retirarse, y que el agua va decreciendo ya. Es el batelero de la nueva arca, del arca en que deben salvarse, no ya cierto número de hombres, sino todos. Del arca abierta á todo el mundo y que busca á los náufragos para socorrerlos.

Se levanta sobre el límite de los dos mundos, el uno que nace, y el otro que va á perecer. Tiene la vista fija en las leyes cumplidas, y su voz las esplica al mismo tiempo.

Mira hácia un nuevo cielo, y sus labios anuncian y esplican la nueva ley.

¡Cuántas cosas existen que el hombre no calcula, no comprende, no sabe, y que no las hace sino porque ha sido creado á la imágen y semejanza de Dios!

A pesar del pecado, parece que obstinadamente reside en el hombre no sé qué pequeño resto de aquella plenitud de ciencia de que Dios le habia dotado, y por el que se acuerda de lo que no habia aprendido.

Hay una como reminiscencia del Eden hasta en las almas que no han oido hablar de él, y nuestras aspiraciones no son otra cosa mas que recuerdos.

De ahí ese instinto de ciertas conveniencias sublimes y divinas, que nos lleva á la senda de las cosas ocultas.

No queremos nada que carezca de relacion con un fin determinado; y no comprendemos sino lo que sea instantáneo ó repentino, porque no podemos hacer cosa alguna que sea completamente aislada, ó exenta de relaciones con otros objetos.

En medio de nuestras contradicciones pretendemos conservar la unidad de la vida, porque hemos sido creados á semejanza de Dios, que obra siempre con un fin, con orden y con medida, y cuyas acciones no se separan jamás del punto á que se dirigen.

Toda la historia de la humanidad existia por completo en el espíritu de Dios desde antes de la creacion del hombre, y con mayor razon sabia anticipadamente toda la historia de la religion santa.

Dios obra siempre de un modo conveniente. Nosotros, sin tratar de asegurarnos de esa conveniencia cuando no nos la ha revelado, debemos respetar esas grandes tradiciones que nos la hacen presentir.

¿Por qué no respetarlas y creer en ellas? Si no son ciertas, ¿quién habia de haberlas forjado? ¿Quién hubiera podido darlas el crédito de que tan justamente gozan? ¿Quién habia de defenderlas contra tantas contradiccio-

nes, y de mantenerlas siempre firmes en medio de tantas ruinas?

¿Puede ser acaso pura invencion esa tradicion que nos dice que Adan ha venido á morir á Jerusalem, y que sus huesos fueron enterrados en el mismo sitio en que habia de levantarse despues la cruz?

¿Por qué si no el Calvario habia de llamarse el Calvario? ¿Por qué este lugar habia de ser el teatro del acto supremo de la redencion? Lo estraño seria que no hubiese existido nada de esto.

No puedo creer que el suelo de Roma antes de Pedro, ó, lo que es igual, antes de Jesucristo, antes de Rómulo, tan semejante á Cain, no haya sido objeto de una toma de posesion particular, de un acto profético que preparase la esperanza del género humano.

La misma Roma parecia presentir que existia ya cerca de ella algun designio particular. Un dia, y en medio de la naciente ciudad, apareció un cráneo, y el espíritu profético se apoderó de los hombres que habian encontrado aquel resto de suyo tan comun y ordinario.

Y el lugar donde habia sido encontrado vino á ser el Capitolio, y el Capitolio fue el Calvario del género humano, hasta el dia en que el árbol libertador de la cruz, plantado sobre el otro Calvario, estendió sus ramas y cubrió al mundo.

II.

Despues de una lectura.

Acabo de leer algunos escritos sobre lo que se llama la cuestion romana, que aparentemente trata de averiguar si la Iglesia pertenece á Jesucristo, y, en el fondo, si Jesucristo es Dios.

Pero, mas en el fondo aun , lo que pretendé dilucidar es si hay un Dios; porque los principios motores de esta guerra declarada al poder temporal del Papa , son el protestantismo y el escepticismo, y tras ellos el ateismo.

He leído el pro y el contra, y me he encontrado verdaderamente humillado. La bajeza del espíritu humano hace descender esta disputa á un terreno que rebaja al bien lo mismo que al mal. Me parece que el género humano camina hoy por una vía de molicie y decadencia notables. Tengo miedo de los incendios y de los truenos que hayan de estallar para disipar esta noche en que se quiere envolvernos.

Por punto general, la cuestion romana se considera como meramente política. Podria decirse que se trataba únicamente de decidir si el Papado puede ó no ser capaz de gobernar á dos ó tres millones de súbditos temporales; si puede conservar los caminos, barrer las calles de la ciudad, hacer que produzca su suelo todas las riquezas que debe dar; si ese gobierno puede elevarse hasta alcanzar las virtudes y el talento que distinguen al ruso, al hannoveriano y á todos los demas.

Cien periodistas, escritores de folletos, emborradores de papel, sin rectitud, sin esperiencia ni por los viajes ni por la lectura, y hasta sin idioma, proclaman que su Francia, donde por otra parte ellos no podrian llegar á ser ni aun subprefectos, no podria dejar largo tiempo á una parte de la humanidad bajo la mano estúpida y cruel de los Cardenales.

Aseguran que el suelo pontificio no está cultivado, que sus poblaciones carecen de administracion pública, que no hay leyes, ni justicia, y que no existen ni escuelas. Al oir esos discursos aquí, en medio de los esplendores del talento, de la caridad y de la libertad, esplendi-

dores antiguos, sí, pero que son de hoy lo mismo que de ayer, y al medir el espantoso crédito que obtienen, se experimenta un dolor difícil de pintar.

Admiro verdaderamente el celo, la paciencia y la ciencia de los defensores del régimen temporal; aunque entre estos los hay también, y bastantes, por desgracia, cuya defensa ciertamente ni aun se llega á comprender. Hay algunos que abogan exclusivamente por su utilidad, otros descienden hasta las circunstancias atenuantes, y otros, en fin, reúnen algunos argumentos triviales, citando autoridades, que tal vez algunas llegan á causar cansancio.

He oído citar en favor del Papa ciertas notas de M. Tal, volteriano; algunas palabras que M. Tal, escéptico, se había dignado dejar caer sobre las gradas del Instituto. He leído apologías en que se daban esperanzas de que el Papa se enmendaría y se corregiría. Concedásele solamente un plazo, se decía, y entonces hará entrar su gobierno en la senda del 89.

La sangre se agolpaba á mis mejillas al leer esas miserables ideas, escritas con buena intención sin duda, pero algunas veces, á decir verdad, por manos que no deberían trazarlas. Hay situaciones que no permiten hablar de Roma, como pudiera hablarse de la primera ciudad que se presentase á la vista, y que inducen á mirar esta ciudad y este trono, sin ver en ella en primer término á Jesucristo.

Si es así como debe hablarse á los políticos, á los sabios y al mundo, ¡pobres políticos! ¡pobres sabios! ¡pobre mundo! Qué, ¿deberá el Papado conservar ó perder su independencia, según que se pruebe ó no que sus agentes, directores, preceptores y demás gentes de bufete desempeñen sus cometidos á la francesa? ¿Y el mundo y la política y la ciencia admiten esto?

Los católicos ciertamente, á Dios gracias, no somos insultados por semejantes apolegías. Nuestros Obispos nos dan una noble enseñanza, nos hacen ver en el poder temporal del Papa el derecho, el milagro y el beneficio de Jesucristo; derecho que no perecerá, milagro que se renovará siempre, y beneficio que será constantemente conservado.

Nos muestran en el establecimiento de esta grande obra la sublimidad de los designios de la Providencia, que empleó en él las fuerzas del mundo todo, por ser la piedra en que estriban todas las sociedades, el manantial de toda civilizacion, la antorcha que ilumina todas las tinieblas, y la que importa en gran manera poner al abrigo de toda tempestad y de toda traicion.

Tampoco se desdennan de refutar al mismo tiempo las mas injuriosas y necias calumnias. Y siendo la paz el bien mas precioso de los pueblos, aunque el mas difícil de procurársele, el gobierno que da á un pueblo la paz, y que es asimismo el gobierno de la paz, ¿no habia de procurarle los demas bienes? Y por ventura, ¿no se sabe que Roma, ese pais de la paz, es tambien el centro de las ciencias y de las artes?

¿No se sabe que ese gobierno de la paz, de las ciencias y de las artes es tambien el gobierno de la justicia y de la misericordia? Y, sin embargo, se niega esa misma misericordia á unos hombres que rehusarian la carga del gobierno si tuviesen otro medio de defender la independencian de la Iglesia, y cuya principal mision en la tierra es ofrecer la víctima que borra los pecados del mundo.

Pues aun hay mas. Al mismo tiempo que se niega que posean la misericordia, se les reprocha por debilidad. Y ciertamente son débiles; pero es porque quieren serlo, porque entre ellos no existe la necesidad de

ser fuertes, como es indispensable entre los demas pueblos. Su deseo es no tener ejércitos ni flotas, y que su policía sea la menos numerosa posible. Querrian, en fin, gobernar á un pueblo de labradores y de artesanos, sin necesidad de todos esos medios necesarios para mantener el orden, y sin tener que emplear ningun género de castigos.

Su anhelo es no verter una sola gota de sangre, ni en guerras extranjeras, ni en civiles, hasta el punto de preferir encontrarse desarmados aun frente á frente de la sedicion; porque quieren mas bien alcanzar lentamente la paz por medio de la conviccion, que obtenerla instantáneamente por medio del hierro. Se contentan con tener solo una pequeña industria, para no venir á caer en la corrupcion y en los sacrificios que exigen ciertas clases de producciones.

¿Por qué, pues, habian de envidiar á los demas pueblos la gloria de las manufacturas, de las minas y de lo que se llaman los ejércitos industriales? Para mantenerse la disciplina en el ejército industrial se necesita la de los ejércitos permanentes; y entre una y otra disciplina la libertad decae, y concluirá por morir.

A la entrada del paraiso, cerrado ya por nuestra desgracia, la cólera de Dios puso un ángel armado con la espada para decir al hombre: «No entrarás aquí.» Los pueblos, cuando han encontrado una mina, cuando han fabricado una manufactura, ponen tambien á la entrada un cuerpo de guardia, para decir á la multitud que se precipita dentro de su recinto: «No volverás á salir.»

El Papa no quiere de ningun modo que su pueblo pierda la dulce vista del dia. Le reserva el trabajo de los campos, el de las artes, el puro y libre taller de la familia, en donde el aire penetra, los hijos cantan y

juegan, y la esposa y su joven hija conservan su pudor; el taller, en fin, que la libertad viene á cerrar todos los domingos en nombre de Dios.

¿Por qué habia de condenar el gobierno del Papa á sus súbditos al forzado trabajo de las minas ó de las manufacturas? ¿Por qué habia de obligarlos á desenterrar el carbon, y á respirar el algodón pulverizado, habiendo ingleses, franceses protestantes y libres pensadores que hacen todo esto por el placer de beber aguardiente?

Y aun cuando los súbditos del Papa desearan ardentemente hacer todo esto (que ciertamente se encuentran muchos que pretenden obligar á los demás á que lo hagan, pero ni uno solo á quien le agrade el hacerlo por sí mismo); aun cuando ardiesen en el deseo de ir á la guerra y de tener policía; aun cuando se cansasen de ese gobierno paternal para el cuerpo y respetuoso para el alma; aun cuando quisieran otro que pudiese acuchillarlos, que les diese comisarios de policía en vez de sacerdotes, y que les abriese las minas, las manufacturas, los cuarteles y las tabernas en vez de abrirles la iglesia, ¿qué importa al buen sentido y al buen derecho de la Europa ese loco deseo, que no puede ser satisfecho mas que á espensas de la paz y de la libertad del mundo? La Europa no debe ocuparse de ello sino para conservar con la fuerza el orden, cuando los partidarios de esa locura traten de emplear tambien la fuerza para conseguir su objeto.

Si existiese algun pequeño pueblo que poseyendo una planta necesaria al género humano quisiese arrancarla bajo pretexto de que el suelo le pertenece, y prefiriera cultivar otra en su lugar, ese seria el pueblo á quien se le debiera despojar de aquel suelo. Y en verdad que esto se haria antes de permitirle llevase á cabo

su parricidio, y al hacerlo así se obraria con justicia.

El Papa, custodio y conservador de la verdad de Jesucristo, es mas necesario al género humano que ningun otro fruto de la tierra y que ninguna otra bendicion del cielo. Él es la gran bendicion del cielo, puesto que es la luz que conduce á los hombres á Dios. Es la luz y la libertad. Quitad á Pedro del mundo, y la noche estenderá sus sombras, y en esa noche vereis formarse, estenderse y tomar posesion del mundo la terrible figura de Neron.

En todo lo que acabo de leer, lo que mas me oprime el corazon es un mamotreto de esos que se llaman *documentos diplomáticos*. Una circular ministerial dirigida contra una encíclica del Santo Padre á todos los Obispos del catolicismo, la misma encíclica que yo fui el primero á publicarla en Francia á mis propias expensas, á Dios gracias.

El ministro hace pesar sobre el Santo Padre la responsabilidad de los acontecimientos que han tenido lugar en una parte de los Estados de la Iglesia durante y despues de la última guerra. El gobierno de Pio IX es acusado de debilidad, de imprevision, de obstinacion y de *ingratitude*. Se le acusa tambien de ignorar los deseos de los pueblos sustraídos á su dominio.

Se le obliga á doblegarse á lo que reclaman de él la razon y la Religion misma, para evitar, si es posible y tiempo aun, mayores desgracias, y para merecer cierta proteccion que todavia podrá salvarle. ¡Cuántas veces hemos leído semejantes palabras en los rescriptos de Bizancio, en los manifestos de los Emperadores de

Alemania y en las notas de los gobiernos de todos los tiempos!

Las condiciones que hoy se proponen son las mismas que siempre se propusieron, y las que siempre se rehusaron por los Papas. Según ellas, debía ceder lo que no le pertenece, lo que no posee sino bajo el juramento de transmitirlo; abandonando lo que se le ha usurpado comprometía lo que se le dejaba, á la par que hería de una manera irreparable los derechos de los demás soberanos.

El ministro no da importancia alguna á este punto esencial. Según él, este es un asunto puramente *místico*, es decir, extraordinariamente sencillo. « Si la Santa Sede, dice, se decidiese, por fin, á abandonar las *regiones místicas*, donde la cuestión no está realmente fijada, para descender al terreno de los intereses temporales, únicos que se mezclan en ese debate; si á la comprensión de la situación uniese la prudencia en el proceder, acaso se lograría, aunque algo tarde por cierto, un cambio favorable á su propia causa. » ¡Gran Dios, y es nuestra misma Francia la que habla ese francés!

El Santo Padre, luchando en pro de la integridad del dominio temporal, defiende la propiedad del mundo católico, instituida por el pueblo cristiano para garantía de una independencia necesaria á la Religión de ese mismo pueblo. Solamente en este elevado terreno esta cuestión es de un interés material, y la primera de todas las cuestiones. Tal como el ministro la considera, el interés material no merecería los honores de una discusión.

Se imputan á las faltas del gobierno Pontificio la sedición, la traición y la invasión de las Romanías. ¿Por qué razón? ¿por qué violentar así la conciencia pública? ¿qué provecho se espera de tal conducta?

A pesar de los sofismas que abusan de esa conciencia y de los lazos que la oprimen, la conciencia pública protesta en pro del gobierno Pontificio, é intranquiliza aun en sus mismos triunfos á sus mas potentes enemigos.

Para hacer ver que no datan solo de hoy los pretendidos perjuicios y la corte romana, se alega que ya varios gobiernos desde 1831 trataron de obligarla á introducir reformas. Si esto puede llamarse un verdadero argumento, podria revestírsele todavia de mayor antigüedad. Varios de esos gobiernos, presa del furor de los partidos que le pedian que se reformasen á sí mismos, han perecido antes de dar cima á estas reformas, ó se han esforzado en llevarlas á cabo sin que por eso se hayan afirmado mas.

Reforma: hé ahí la palabra vaga que constituye la fuerza principal de la Revolucion en Italia y en los Estados de la Iglesia. Pio IX quiso creer en la sinceridad de los conspiradores que fingian no desear mas que reformas, y el mundo se acuerda todavia de una traicion inaudita. El gobierno pontificio no cesa de ofrecer las reformas que son compatibles con su existencia; pero al mismo tiempo no se cesa de exigirle las que habian de ocasionar su propia ruina.

De ahí ha nacido la necesidad de la ocupacion extranjera; esas exigencias que envalentonan á la Revolucion, han dado origen á aquella necesidad. Cuando los gobiernos eran cómplices de la Revolucion, nada mas natural que redoblase esta sus esfuerzos contra los Estados de la Iglesia, donde no podia menos de reconocer perfectamente los principios que queria destruir. Por eso la Revolucion trabajó tan sin descanso desde 1831, apoyada casi abiertamente por las demas potencias. El éxito de ese constante trabajo le hemos visto en 1859.

«Las Romanías, dice el ministro, una vez retirada de ellas el Austria, se han rendido, ó mas bien se han encontrado independientes. En esto, añade, los acontecimientos han *burlado los deseos* del Emperador de los franceses.» Se conviene en ello, y no obstante se reprocha al gobierno Pontificio el no haber prevenido la Revolucion, y el no haberla vencido.

La Revolucion, que ha sido mas fuerte que los deseos del Emperador de los franceses, natural es que se haya encontrado con mas fuerza que los derechos del romano Pontífice. Pero no basta violar estos derechos para doblegar su conciencia. Tiene aun que vencer ese último adversario que todavía no ha logrado ni aun conmover, y que protesta contra el mal llevado á cabo, mientras que Dios cumple su justicia.

El ministro considera la sedicion de las Romanías como un movimiento espontáneo de los pueblos, que no ha sido provocado por ninguna intriga, ni interior ni exterior. Esta es una ilusion de que nadie en Italia participa bajo ningun concepto.

En Bolonia como en Roma, se cree que si los piamonteses se retirasen, el obstáculo que se opone al restablecimiento de la autoridad legítima desaparecería por completo.

Pero el hecho es que los revolucionarios de Romanía están bajo la proteccion del extranjero. Las tendencias de la época actual tratan de falsear hasta lo que es ya realmente falso. Se erige un pretendido príncipe con una intervencion nula, y apenas erigido, se trata de derribarle. Es verdad que se le erige únicamente contra el derecho, y que se le derriba exclusivamente porque así conviene á los intereses de la injusticia. La pobre conciencia humana no puede hacerse ni por un solo instante la ilusion de ser respetada.—¡Sí, yo soy la

mentira, y yo seré mas fuerte que tú, y te insultaré á mi placer!

Por otra parte, esa teoría de la no-intervencion es contraria al interes general de los pueblos. Es verdad que, segun ella, solamente los derechos del soberano están amenazados; pero tambien lo es que en el mundo cristiano esos derechos representan las leyes, las costumbres, las tradiciones, la propiedad, en una palabra, todo órden legítimo. Los soberanos tienen aliados para defender sus bienes de los enemigos interiores y exteriores, y esos aliados lo son tambien de la nacion: y el principio de no-intervencion reduce necesariamente á sus pueblos á no tener aliados, ó á no tenerlos mas que á sí mismos.

Este sistema es aun mucho mas inadmisibile en Roma que en ninguna otra parte. El Papa ni tiene, ni puede, ni quiere tener un ejército que reduzca á sus pueblos á una obediencia mecánica é inspirada por el miedo. Gobierna, no con las armas, sino con la persuasion y la dulzura, y rige á sus pueblos mas bien con las costumbres que con las leyes. En sus dominios no existe ni mayoría nimiría, ni hay ambiciones que traten de levantarse con ayuda de las armas; por eso no tiene necesidad de armar á sus súbditos unos contra otros, porque antes que todo son todos ellos sus hijos.

Por otra parte, siendo el Papa el Padre comun de los fieles, en las alianzas que forma no encuentra jamás aliados á quienes pueda llamarse extranjeros en la verdadera acepcion de esa palabra. Allí no entran esos aliados como conquistadores, ni para permanecer ó instalarse, ni para imponer contribuciones, ni para quitar al pueblo su nombre, sus hogares, sus altares y sus costumbres. Por el contrario, van á mantener el

orden, á defender la ley, á proteger los intereses de la justicia; y al hacerlo así, obran como verdaderos hijos de la Iglesia, y aseguran una parte de su propia y legítima herencia.

Porque el buen orden en los Estados Pontificios; es decir, la independencia del Jefe de la Iglesia católica, es el bien comun de las naciones á quienes hizo cristianas el bautismo; y hé ahí por qué cuando el Santo Padre pide al pueblo cristiano que le defienda, lo que le pide en realidad es que defienda lo que á ese mismo pueblo pertenece. Los dominios de San Pedro son el límite de la herencia de todos y cada uno de los demas pueblos. Dejad que ese límite sea traspasado, y no habrá ni un solo Rey que pueda conservar con seguridad su corona, ni un propietario que pueda lisonjearse de conservar su campo; y hasta los mismos muertos no gozarán ni aun la propiedad de sus tumbas.

El Santo Padre ve perfectamente que nada alcanzará hoy contra la violencia, negándose á aceptar ó á reconocer un hecho por otra parte consumado ya; pero sabe perfectamente tambien que la violencia por sí sola no es bastante á autorizar nada; y la adhesion que se le pide prestaria esa autorizacion, y constituiria un argumento eterno. Entonces sí que el hecho estaria verdaderamente consumado.

Tales son las consideraciones que el gobierno Pontificio va á beber á las mismas sublimes fuentes de las *regiones místicas*. Mas semejantes palabras repugnan en una pluma oficial. Los despachos de Pombal y de Choiseul están por todas partes salpicados de tales espresiones.

Pero, finalmente, el hecho es que el Santo Padre, que ante todo es el Vicario de Jesucristo, y que solo con este título quiere ser soberano temporal, busca y

halla las reglas de su conducta en el manantial divino de sus derechos y de sus deberes; y no es ni será jamás posible persuadirle que los busque en otra parte.

Hé aquí, segun mi modo de ver, el fondo de la cuestion romana, y la gravedad é importancia de los reproches con que se pretende abrumar al gobierno pontificio. Pero aun nos resta hacernos cargo de otra acusacion, si se quiere mas infundada que las anteriores; la que le moteja de ingratitud. ¡Y hace diez años que todo el mundo está oyendo hablar á Pio IX. de su gratitud hácia la Francia!

Los políticos de todos los tiempos, esos perfectos modelos de fidelidad y de ternura del corazon, han acusado á la Iglesia de ingratitud: esa precisamente era una de las tesis de Federico II. Lo difícil es averiguar por qué serie de razonamientos vienen á parar á tal deducccion.

¿Qué idea se han formado de la Iglesia? O es precisamente para ellos, como para todos los fieles, la obra de Dios, la madre de las naciones, siendo ellos entonces unos hijos injustos que acusan de ingratitud á su madre porque no quiere adaptarse á sus insensatos deseos, que quizá les condujese al crimen y al parricidio, ó consideran á la Iglesia como una institucion puramente humana, mas débil que ellos, independiente, sin embargo, y con la que se ven obligados á mantener un trato forzoso, y, en este caso esa cuestion es, en todo el rigor de la palabra, una pura negociacion, que debe ventilarse completamente por separado de la cuestion de sentimientos.

La proteccion de que tanto hacen alarde, no la dan, sino que la venden; y lo que llaman un beneficio no es mas que una operacion comercial. Tienen derecho al precio estipulado, y no exigen mas. Si pretenden fijarle ellos mismos, ó le llevan á una altura escesiva, hay opeion para entrar en debate con ellos. ¡Y esos son los que hablan de ingratitud!

¡Oh! No es, no, ciertamente la ingratitud lo que se aprende en esas elevadas regiones, en las *regiones místicas*, en donde el espíritu de los Soberanos Pontífices permanece constantemente en la presencia de Dios. Antes por el contrario, la Santa Sede se ha mostrado siempre reconocida á sus protectores. Jamás ha reconocido límites la espresion de su gratitud. Hasta el espíritu de revolucion suele acusar mas bien á la Santa Sede de demasiado complaciente para con los Reyes.

Y no puede menos de ser así, porque á los ojos de la Iglesia la dignidad real es una gran institucion, una dignidad verdaderamente sublime, y una carga no menos pesada que preciosa. Si la Iglesia creyese que hay hombres sujetos á una prueba mas terrible de la que pueden resistir sus fuerzas; sin duda creeria que son los Reyes. Por eso hace uso de toda su clemencia para con esos hombres frágiles, y sobre los cuales pesa una responsabilidad de tanta consideracion; por eso los compadece tanto, y pide á Dios que les conceda su mas magnánimo perdon. Hé aquí por qué se acuerda con gratitud de una buena voluntad de esos Reyes para con ella, de una simple tolerancia que la hayan dispensado, de un beneficio que la hayan hecho, aun cuando le hayan retirado despues; y al no olvidarse de los beneficios, no puede menos de quedar eternamente reconocida hácia quien se los hace.

Cuando Napoleon I cayó de la altura de su trono,

el soberano que mas misericordioso se mostró con él fue el mismo á quien aquel habia perseguido mas. El cautivo de Santa Elena encontró gracia y compasion en el cautivo de Fontainebleau. Y halló en él misericordia para su alma y para su sangre. Pio VII, al mismo tiempo que perdonaba, recordaba los acontecimientos pasados. Veia en el destierro la mano suscitada para abatir el cisma; no la mano descarriada que habia corrido los cerrojos que privaban de la libertad al Jefe de la Iglesia.

Pio IX no ha permitido que se crea, ni por un solo momento, que ignora lo que Napoleon III ha hecho por la causa de la Religion. Lejos de eso, le ha alabado en alta voz por haber presidido al restablecimiento de la Santa Sede, de haber mantenido la paz en Roma, de haber respetado la libertad de la Iglesia. Todo esto está consignado en las actas de Pio IX, mezclado con repetidas acciones de gracias; todo esto está señalado como la causa principal de la cumbre del poder á que ha llegado el soberano de los franceses; y cuando Pio IX expresa á Napoleon su deseo de que no se desvie de esa línea, le da á entender al mismo tiempo su anhelo de que no decline de ese punto su prosperidad y su gloria.

¿Qué mayor reconocimiento puede haber; ni qué gratitud mas profunda puede pedirse? ¿Acaso está obligado el hombre á quien otro ha protegido contra unos ladrones, á cederle su propia casa para que instale en ella á quien mejor le parezca, aun cuando sea á los mismos ladrones de que ha conseguido libertarse?



III.

Reflexiones sobre un discurso piamontés.

Sin embargo, las mezquinas combinaciones de los que así se espresan no carecen totalmente de un fondo de verdad y de sabiduría. «No llevemos, dicen, nada al exceso. No nos demos tan mala traza que matemos al Papa, porque resucita; no le arrebatemos de aquí, porque vuelve; no le pongamos en prision, porque en ella se engrandece. Reduzcámosle, sí, á la condicion de un mero particular sometido á las leyes de la simple policia.

»No abjuremos el cristianismo; eso nos obligaria á formar otra religion, y esto terminaria á manera de tragedia ó melodrama. Guardemos la *augusta Religion de nuestros padres* sin quitarla nada mas que la cabeza, es decir, quitémosle poco á poco el cerebro, no dejándola mas que la forma exterior. Los pueblos ni siquiera advertirán este cambio, y este *caput mortuum* caerá por sí mismo sin emocion, sin ruido.

»Esos iracundos que quieren destruirlo todo, incendiarlo todo y desolarlo todo, vendrán á ser caza futura del confesonario. Aborrecen demasiado para que no lleguen muy pronto á la adoracion, porque tienen un Dios y un altar que levantar en el mismo sitio en que estaba el que pretenden destruir. No debemos, pues, permitirles mas que anllar, protegiendo contra ellos el temeroso rebaño católico.

»Fijemos nuestras miradas en la Rusia : hé ahí un pais religioso. ¡La *santa* Rusia! Allí hay sacerdotes, Obispos, frailes, sacramentos, iglesias donde se diga misa, se canta y se predica, y nada de esto es enojoso

para nadie: en ella no hay nada que cambiar. ¡Oh, eso es ideal, es magnífico! Un servicio para la limpieza de las almas, como hay un servicio para la limpieza de las calles... Y ambos bajo las atribuciones de la policía.

»Obremos con prudencia, y alcanzaremos lo mismo. Es preciso tomar á Roma poco á poco; una vez que Roma haya sido arrebatada al Papa, habrá desaparecido el poder temporal, y desde ese momento el Papado espiritual hará poco ruido, será el badajo de la campana, pero forrado de paja. Sin embargo, ni aun entonces faltará un consuelo á los católicos. Les queda la esperanza de que lo espiritual les recompense de la falta de lo temporal, y que la virtud del badajo dé á la paja la sonoridad del bronce.

»No obstante, la voz de Roma enmudecerá, los católicos perderán la costumbre de escucharla, y por último vendrán á perder la esperanza de volverla á oír. Discutamos contra ellos, y será nuestra la victoria. Cuando la fuerza sabe discutir, ¡ay de los príncipes á quienes se opone! Los adversarios entonces bajan la voz por miedo de que les corte la palabra, y empiezan á formarse los tres partidos. ¡Gran recurso contra los príncipes! La Fuerza, por fin, da el golpe cuando ve los espíritus suficientemente preparados; es decir, cuando unos están entregados á la molicie, y otros encerrados en intrincado laberinto; cuando habiendo adivinado lentamente las obras de la Fuerza, han agotado anticipadamente el cáliz de sus horrores.»

No es este, por cierto, un mal razonamiento; al menos es un razonamiento al gusto del siglo. Deja, es verdad,

sin respuesta mil cuestiones del pasado y del porvenir, mas los que las han planteado podrán merecer que se les entretenga; pero no son bastante para obligar á que se les conteste. ¡Gente mística al fin! Y, sobre todo, estando el hecho llevado á cabo, y siendo dueños del presente, ¿qué importan los acontecimientos del pasado ni del porvenir? El pasado está cercado, el porvenir se cercará tambien, y acaso por sí mismo, y el género humano saldrá del negocio como pueda. ¡No dejan de cuidarse del porvenir los tiempos modernos! Pero á bien que sus herederos serán bastardos, y es menos de temer la vergüenza de dejarlos deudas que el cuidado de prepararles donde habitar.

Tal es el fondo árido y violento del espíritu moderno. Vierte abundantes y enfáticas frases sobre los derechos de la inteligencia, de la libertad y de la humanidad. ¡Sabe mentir! Pero, llevado al terreno de la realidad, es ignorante, servil y destructor. Su ignorancia destruye los campos para agrandar las ciudades; destruye al labrador, para crear al artesano; al artesano, para formar el mercenario; á este, para hacer de él una máquina; deshace la corporacion para crear al individuo; al individuo, para crear el ejército; y demuele la Iglesia para edificar la taberna. Ansioso de llegar á la cumbre de sus destrucciones y de sus creaciones, se esfuerza ahora en derribar el Papado, porque su caída destruiria la autoridad creando la tiranía.

Pero ante todo preciso es saber si la Providencia, que gobierna al mundo por la justicia y la misericordia, permitirá á este mismo mundo llevar á cabo su locura. Porque creer que el mundo hace lo que quiere,

y va hasta donde mas le agrada, es un gran error, precisamente el error del mundo.

Hay en él dos fuerzas que constituyen en realidad dos mundos diferentes. Hay la fuerza ó el mundo del mal, y la fuerza ó el mundo del bien. Ambos á dos mantienen entre sí una lucha perpetua, tan perpetua como desigual, y tan desigual como engañosa. El mundo del mal es fuerte, pero Dios le contiene; el del bien es débil, pero Dios le asiste. Las fuerzas del mal parecen obtener toda clase de victorias, pero en último término las fuerzas del bien salen siempre victoriosas, y sus mismos adversarios deben la vida á su misericordia.

Hoy, en este momento, nada parece contrarestar el ímpetu de las fuerzas del mal, y sus obras, como sus designios, merecen seguramente que Dios las deje obtener uno de esos triunfos que constituyen los mas severos castigos de la ingratitud humana. Sin embargo, el mundo del bien no cesa de implorar misericordia, y la Misericordia puede vencer á la Justicia; y si es indispensable que esta siga su curso, aquella tiene aun en su mano el abreviar la prueba. La Justicia castigará á los hombres, abandonándolos á la tiranía, y la Misericordia los preservará ó libertará de esa misma tiranía, estableciendo entre ellos el don precioso de la autoridad.

Considerado este problema fuera de Roma, es capaz de destruir las mas firmes esperanzas. Parece imposible que el viejo y caduco edificio temporal del Papado resista mucho tiempo, ó que, llegado á destruir, pueda reedificarse jamás. Sin embargo, en Roma el punto de vista cambia.

Es cierto que para asaltar estas desmoronadas murallas, no son necesarias ninguna de las invenciones

modernas; la antigua ballesta bastaria. Allí no hay armas, no hay defensores; solo la fuerza de Dios se deja sentir. No hay ni una sola piedra que no descubra la obra de Dios, que no haya sido colocada por la mano de Dios, que no constituya un cimiento inamovible y eterno. Durante largo tiempo hemos visto al enemigo levantarse fuerte y poderoso, y al derecho permanecer como desconocido; Dios y la humanidad parecian dormidos. Pero Dios ha salido de su sueño; muchas ideas que parecian entregadas al olvido, ahjuradas, muertas, han tornado á agitarse entre los hombres, y el Papa, en plena posesion de su titulo declarado ya caduco, ha continuado la obra para que viniera al mundo.

Ni el Papa ni los hombres piadosos y sabios que le rodean creen que ha concluido la mision del Papado. La Europa política desprecia altamente lo que llama la corte y las congregaciones romanas, sin conocer siquiera lo que son. Nuestros periodistas, mas aun, nuestros talentos mas modernos se asombrarian si se les dijese que hay en Roma entendimientos mas ilustres y voluntades mas firmes y enérgicas que las que aparece existen en todo el resto del universo. Pero los asombros de la ignorancia y las denegaciones del orgullo no pueden impedir que la ciencia conserve su sabiduría, la caridad su esperanza, y su perseverancia la fe.

El Rey temporal de Roma y sus consejeros saben perfectamente mucho de lo que ignora la multitud enemiga. Conocen muy á fondo sus derechos y sus deberes, y saben que acaso el principal de estos deberes es sufrir la muerte antes que ceder uno solo de esos derechos. Con esta conviccion puede llevarse al mundo muy lejos. El Papa solo tiene ante si viejos adversarios, y está desarmado como lo ha estado siempre. Le queda, sin embargo, la oracion: le queda Dios; si la

justicia y la razon son bastantes á defenderle, una y otra hablan muy alto en su favor; si es necesaria la fuerza, el cañon rayado no ha sobrepujado aun al rayo.

Por eso el Papa, sentado en ese trono de dolor, que se levanta como una imágen viva de la Cruz, y guardado por las reliquias de los Santos, permanece tranquilo contemplando con serena frente las tempestades del tiempo, y apoyado el pie sobre la roca eterna.

IV.

Carlomagno.

He visto en una de las habitaciones del Vaticano, en cuyo techo se halla representada la Cruz, elevándose sobre un pedestal en vez de un ídolo destruido—argumento del abate M. Gaume contra las doctrinas de los clásicos paganos,—la noble figura de Carlomagno con esta inscripcion: *Carolus Magnus, Romanæ Ecclesiæ ensis clipeusque*. Espada y escudo de la Iglesia Romana, de la Iglesia de Jesucristo.—Puedo asegurar que esa inscripcion bajo aquel fresco en un escondido rincon del Vaticano, me ha hecho comprender en lo que consiste la verdadera gloria.

Y volvamos á Carlomagno. Puede decirse que hoy en Roma vive todavía aquel héroe. La relacion que unió á Carlomagno con los Papas Adriano y Leon, y con el primero sobre todo, forma un episodio encantador de la historia, que da á conocer con toda exactitud la estension de su heroismo, porque demuestra la grandeza de su humildad. Un héroe, un conquistador, un Emperador humilde, es una cosa tan verdaderamente grande, que sobrepuja por completo la altura de las virtudes humanas.

Napoleon I, esa noble figura de los tiempos actuales, se dejaba apellidar el Carlomagno moderno: prueba de que conocia muy á fondo la verdadera grandeza. Sin embargo, Napoleon recuerda mas bien que á Carlomagno á un Alejandro, á un César, á un Federico de Prusia. Y la diferencia se hace sobre todo mas notable en su modo de obrar para con el Papa. Carlomagno, al llegar á las puertas de Roma despues de haber deshecho á los lombardos y de haber puesto nuevamente á San Pedro en posesion de todo su territorio, pedia al Papa permiso para entrar en la ciudad.

El tratado de Tolentino no es mas que un equivalente de este primer hecho; pero la conducta de Napoleon despues de aquel tratado está muy lejos de corresponder á la de Carlomagno. Las cartas de Napoleon á Pio VII, tan conciliador, tan dulce, tan completamente desarmado, son duras; hasta injuriosas y amenazadoras. Y aun es mas; esas amenazas no quedaron sin efecto.

El casamiento de su hermano Gerónimo con una señorita americana fue un incidente verdaderamente lamentable. Napoleon pide que se anule. El Papa no ve medio alguno para concederlo. Napoleon se irrita, atormenta al Pontífice, y va todavía mas allá; rompe el casamiento de su hermano, y le casa nuevamente. Carlomagno creyó poder repudiar legítimamente á Himiltrudes despues de veintiocho años de matrimonio, y casarse con Hildegarda: sin embargo, el Papa, guarda y defensor de las leyes santas, le ordena que se separe de la concubina y que vuelva á unirse á su esposa, y Carlomagno obedece.

Esta obediencia parecerá á algunos tal vez mas bien bajeza; pero si reflexionasen detenidamente sobre este hecho, no seria tal seguramente su opinion. Siem-

pre fue noble y magnánimo obedecer á las leyes justas, y lo es mucho mas cuando se presta esa obediencia teniendo poder bastante para infringirlas sin temor humano. Ademas, tal sumision revelaba verdadera sabiduria, porque el hombre, tarde ó temprano, concluye por obedecer, y la obediencia á la ley exime de la obediencia á la fuerza. Carlomagno se humilló á obedecer al Papa, y no experimentó la humillacion de obedecer á los sajones.

Y Carlomagno no solamente es mas piadoso que Napoleon, mas ilustrado en la fe, mas grande en sus miras y en sus obras, sino que es mas civilizado y deferente. Sus cartas al Papa revelan urbanidad y cortesía esquisitas. Se tomaba por sí mismo el cuidado de trazar el programa y límites de la conducta y del lenguaje que debian usar sus embajadores cerca del Vicario de Jesucristo.

Primeramente debian saludar al Papa en nombre de su hijo el Rey Carlos y de su hija la Reina Fastrada; en nombre de los hijos é hijas del Rey y de toda la real casa; en nombre de los sacerdotes, de los Obispos, de los abades, de los religiosos; en nombre, en fin, de todo el pueblo franco: enumeracion llena al mismo tiempo de respeto y de grandeza. Bien que Carlomagno era un ser mas real que todos los héroes de Homero.

En seguida los embajadores debian dar gracias á Su Santidad por haber enviado sus mensajeros al Rey, porque el Rey considera como un placer, una prosperidad y un honor el haber merecido recibir buenas nuevas de vuestra salud, que Dios conserve, y del buen estado de vuestros pueblos; *populi vestri*.» Napoleon escribia á Pio VII: «Vuestra Santidad es el soberano de Roma, pero yo soy su Emperador.» ¡Y pretendia haber heredado este título de Carlomagno!...

Después los embajadores daban nuevamente gracias al Papa en nombre del Rey por sus sagradas y santas oraciones en favor de sus pueblos y de sus intereses, de la Santa Iglesia y de los fieles vivos y difuntos; y añadían á Su Santidad que el Rey su hijo se unía enteramente á los votos de su Padre.

Luego continuaban: «Vuestro hijo, nuestro señor, nos ha enviado; porque, á Dios gracias, vuestras buenas oraciones han atraído sobre él toda clase de prosperidades, así como sobre vuestra hija, su esposa, sobre los súbditos que Dios concedió á nuestro señor, sobre toda su casa, y sobre todos los fieles en general.»

Acto continuo le entregaban la carta del Rey, diciéndole: «Nuestro señor, vuestro hijo, os envía esta carta, suplicando á Vuestra Santidad que la reciba benignamente.»

En seguida decían: «Nuestro señor, vuestro hijo, os envía al mismo tiempo algunos presentes, únicos que ha podido prepararos en la Sajonia, y cuando á Vuestra Santidad agrade os los enseñaremos. Nuestro señor, vuestro hijo, ha destinado estos insignificantes regalos á Vuestra Paternidad, pidiéndoos, sin embargo, una tregua para presentaros otros mejores.»

Querrá saberse cuáles eran «los insignificantes presentes» que el Rey Carlos enviaba desde Sajonia al Papa Adriano. Pues bien; en una ocasión fueron varios objetos preciosos arrebatados á la Iglesia Romana por Atila; y en otra, todas las maderas necesarias para la construcción de una iglesia.

Pero si bien ignoramos cuáles fueran los demás presentes, no nos sucede lo mismo respecto á las peticiones. Generalmente Carlos impetraba oraciones para su pueblo y para él. Probablemente, tal era también el objeto de la carta que le enviaba con los mensajeros de

que acabamos de hablar, á quienes tantas instrucciones diera y cuya respuesta ha llegado hasta nosotros; respuesta gloriosa para el Rey y para todo el pueblo franco. Vedla aquí.

«Al escelentísimo señor nuestro hijo Carlos, Rey de los francos y de los lombardos, patricio de los romanos, Adriano, Papa.

«Hemos leído vuestras reales palabras tan esperadas y deseadas por Nos. Su lectura nos ha dado á conocer la perfecta y creciente prosperidad de vuestro escelso poder, y el buen estado de vuestra esposa é hijos, así como el de vuestros principales fieles, que son tambien los nuestros; y damos por ello gracias al Redentor del mundo. Bendecimos á Dios, sobre todo, al ver las victorias que se digna concederos, atrayendo por vuestra mano á la verdadera fe de la Iglesia católica á crueles y enemigos pueblos. Con la proteccion de Dios, y la intervencion de los Apóstoles San Pedro y San Pablo, conseguís someter tan altivas frentes y subyugar tan rebeldes jefes; y vuestro poder, ayudado con la inspiracion divina, ha logrado atraer á toda la nacion sajona á las fuentes sagradas del bautismo.

«Glorificamos tambien mas y mas á la divina clemencia que, bajo vuestro reinado y el nuestro, ha hecho conocer á pueblos paganos nuestra grande y verdadera Religion, y les ha dado fe perfecta, sujetándolos al mismo tiempo á vuestra potestad. Fiel á las promesas que habeis hecho á vuestro protector San Pedro y á Nos, y cumpliéndolas con un corazon puro y ardiente, ayudado por el cielo, habeis sometido á vuestro dominio las mas grandes y mas valientes y poderosas naciones. Hoy ellas mismas se rinden desde luego, y vie-

nen por su propia voluntad á aumentar vuestros reinos. Y en el día del juicio final, ante el tribunal de Cristo, presentareis en la salvacion de esas almas dignísimas ofrendas, y el amor á esas almas os hará obtener en el reino celestial méritos infinitos.

»Deseais, Excmo. Sr., que como recompensa de su proteccion, y por la victoria que con tanta perseverancia habeis alcanzado, demos públicamente gracias á Dios, y que se canten uno ó dos dias solemnes letanías. Semejante deseo nos complace altamente, y en su consecuencia hemos dado una orden apostólica, decretando que en todos los paises sometidos á vuestra madre espiritual la Santa Iglesia romana, se unan las oraciones á las nuestras en los dias 23, 26 y 28 de junio, que son respectivamente los dias de la vigilia del Beato Juan Bautista, la fiesta de los Santos mártires, y la vigilia del Beato Pedro. Dad, pues, vuestras órdenes para que en todos los paises y provincias ultramarinas á donde se estienda la fe cristiana, se canten tambien durante esos tres dias solemnes letanías. Hemos señalado esa época para que pueda llegar á noticia de los pueblos lejanos de vuestro territorio.

»En cuanto á Nos, no solamente hemos ordenado se celebren, como deseais, esos dias, sino que, segun nuestra costumbre, deseando orar sin intermision por V. E., hemos resuelto componer y cantar nuevas *alabanzas* al Redentor del mundo, á fin de que las naciones que vuestras batallas han atraído á la fe no se aparten de ella, sostenidas por vos mismo, y para que Dios aparte de vuestros Estados y de los nuestros las enfermedades y la peste; haciendo que en vuestros dias, y durante el trascurso de los nuestros, el pueblo que nos ha sido confiado viva en la abundancia y en la prosperidad, y que vos, la Reina y vuestros nobles

hijos disfruteis de un largo reinado en la tierra, y merezcáis reinar eternamente en las celestiales regiones; y, por último, para que por medio de vuestros victoriosos combates sea cada vez mas acatada y exaltada vuestra madre espiritual la Santa Iglesia romana.

«La divina gracia guarde y conserve la salud espiritual y corporal de V. E.»

Hé ahí cómo se escribían el gran Rey y el gran Pontífice; y hé ahí cómo las victorias de Carlomagno y de los francos eran un motivo de acción de gracias para cuantos cristianos existían en el universo. El Papa mandaba orar por el Rey Carlos hasta á los pueblos que no estaban bajo su dominio, y se le obedecía, porque Carlos, el héroe de la Iglesia, es también el libertador de todas las naciones. Sus leyes, inspiradas por Jesucristo, aliviaban á los cuerpos del peso de la servidumbre y á las almas del peso del error; su espada, en fin, que derribaba los ídolos, guardaba aun desde lejos hasta á las naciones que no le pertenecían.

Mabillon ha recogido algunos fragmentos de las letanías llamadas *Carolinas*, cuya composición se atribuye al Papa Adriano, y que son probablemente las mismas de que trata en su carta á Carlomagno, si bien se hallan en aquella coleccion algunas corrupciones y adiciones de desconocida procedencia. Traduzco solamente lo que pudiera llamarse la parte política de esta larga oracion.

«A pesar de nuestra indignidad ¡oh Cristo! escuchanos.

«Os pedimos por todo el pueblo católico, escuchanos.

«Hijo de Dios, Cordero de Dios....., ten piedad de nosotros.

«Cristo manda, Cristo reina, Cristo es vencedor.

»Concede, Señor, una larga vida al Soberano Pontífice, al Papa universal Adriano.

»Redentor del mundo, préstale tu ayuda.

»San Pedro, asístele.

»¡Vida y victoria al excelentísimo Rey Carlos, coronado por Dios, grande y pacífico Rey de los francos y de los lombardos, y patricio de los romanos!

»¡Oh Salvador del mundo, préstale tu ayuda!

»San Juan, asístele.

»¡Oh Cristo! escúchanos.

»A Pepino y á Carlos, sus muy nobles hijos, concededles larga vida.

»A la Reina Fastrada, salud y felicidad.

»A todos los jueces y á todo el ejército de los francos, vida y victoria.

»San Remigio, asístelos.

»Cristo manda, Cristo reina, Cristo es vencedor.

»Concédeles, Señor, tu gracia.

»Dadnos ¡oh Dios! la paz y la alegría.

»Concedenos la vista y la salud.

»Protégenos contra nuestros enemigos.

»Concedenos, Señor, el perdon de nuestros pecados.»

Cuando el Papa Adriano pasó á mejor vida, el Rey Carlos quiso escribir su epitafio, y compuso un breve poema en verso, que se grabó sobre piedra, y se conserva en la Basílica del Príncipe de los Apóstoles.

Esta noble piedra no fue enterrada en las criptas de la basílica reedificada con venerandos restos del antiguo edificio. Se conserva colocada bajo el vestibulo, cerca de la puerta del lado izquierdo, y próximo á la estatua del Emperador.

Hé aquí ese epitafio, digno suspiro de un corazón tan grande al mismo tiempo que tan tierno, en donde

la humildad y la fe hablan el lenguaje mas conmovedor, y en donde la amistad vierte verdaderas lágrimas:

«Aquí reposa Adriano, bienaventurado Papa, Padre de la Iglesia, honor de Roma y su augusto sosten.

»Dios fue su vida, la piedad su ley, Cristo su gloria: verdadero Pastor apostólico, su corazon ardia en el deseo de hacer bien.

»Noble por su cuna, é hijo de una dilatada serie de abuelos; lo era mucho mas por la santidad de sus acciones.

»Su celo religioso, le llevó á decorar por sí mismo, hasta en los mas apartados paises, los santuarios consagrados al Señor.

»Colmó de dones á todas las iglesias, alimentó á los pueblos con sus sagradas doctrinas, y abrió á todos el camino del cielo.

»Pródigo con los pobres, y entregado por completo á la piedad, pasaba las noches en vela pidiendo por su pueblo.

»Oh ciudad insigne, cabeza del mundo, augusta Roma! El fue tu salvaguardia con sus palabras y su prodigalidad, dándote las murallas que hoy te defienden.

»La muerte que Jesucristo habia destruido ya por la suya propia, no fue para el Pontífice Adriano mas que la puerta que le daba entrada á una vida mejor.

»Sin embargo: yo, Carlos, no puedo menos de derramar lágrimas por la muerte de mi padre al componer estos versos que han de señalar su tumba. Porque tú eras ¡oh padre mio! mi mas dulce afeccion, y lloro porque te he perdido.

»Acuérdate de mí, que me dirijo á ti en mis oraciones; á ti, que en compañía de Jesucristo habitas en el reino dichoso de los cielos.

»El clero y el pueblo te amaron con un amor vehemente, excelente Pontífice, y tú pagabas á todos con un amor igual.

»Permite que una aquí nuestros dos nombres y nuestros dos títulos: Adriano, Carlos; yo el Rey, tú el Padre.

»Y tú, quien quiera que seas y leas estos versos, yo te suplico, con toda la efusion de mi alma, que te dignes decir: «¡Oh Dios de clemencia, tened piedad de ambos!»

»¡Que esta tumba conserve tus nombres en reposo, Pontífice querido! ¡Que tu alma augusta goce de la presencia de Dios en medio de los Santos!

»Hasta que la última trompeta haga resonar en tus oídos estas palabras: «¡Levántate con Pedro, tu príncipe; levántate para ver á Dios!»

»Entonces oirás la voz soberana de tu Juez, que te dirá: «Ven, y entra en el goce completo del Señor tu Dios.»

»En ese momento, mi excelente padre, dignate acordarte de tu hijo. Piensa en mí, y responde: «Venga también con su padre el que es mi hijo.»

»Sube, pues, padre bienaventurado, al reino celestial de Jesucristo, y desde allí protege y socorre con tus oraciones al que fue tu rebaño.

»Tu gloria, Santísimo Padre, permanecerá viva é indeleble sobre la tierra, en tanto que el sol ilumine el cielo con sus rayos.»

El Emperador Carlomagno había llamado á la corte al buen duque Guillermo de Aquitania, nieto de Carlos Martel, uno de sus valientes y de sus pares, casi Reyes

en su imperio. Guillermo en veinte encuentros habia deshecho á los sarracenos, les habia tomado á Orán, y reinaba en Tolosa rico, lleno de esplendor y cubierto de gloria, honrado de sus pueblos, querido del Emperador y amado de Dios. A su llegada, el Emperador le colmó de halagos y alabanzas, y como el amor reinaba do quiera que habitaba Carlomagno, todo el mundo tomó parte en la alegría. Sin embargo, la angustia oprimia el corazon del duque Guillermo. Un dia se acercó tembloroso al Emperador, y le dijo: «Carlos, mi señor, mi padre, escuchad á vuestro soldado:

«Sabeis, señor, cuánto os amo, y con cuánto placer os he servido. Me sois mas querido que la vida y la luz. He estado siempre á vuestro lado en las batallas, y donde quiera que he visto en peligro á vuestra augusta persona, os he formado un baluarte con mi propio cuerpo. Pero ahora, el tiempo de las batallas ha pasado, y os suplico me concedais vuestro permiso para consagrarme en adelante á servir al Rey Eterno. Así, pues, señor, mi amigo y mi padre, dejadme partir, porque mis deseos, largo tiempo há, son el abandonar al mundo y encerrarme en el monasterio que yo mismo he construído en el desierto.»

El Emperador, sorprendido, cambió de color y enmudeció durante algunos momentos. Despues, lanzando un profundo suspiro y derramando lágrimas: «Duque Guillermo, dijo, me destrozais el corazon. Y ciertamente, si hubiérais preferido á mí á un Rey ó un Emperador cualquiera, lo hubiera considerado como una injuria, y hubiera levantado contra él al universo todo. Pero no puedo impediros que abandonéis mi ejército para convertirlos en soldado del Rey de los ángeles. Os dejo, pues, partir, y solo una cosa os pido: que acepteis algun presente mio como recuerdo de

nuestra amistad.» Dichas estas palabras, se arrojó al cuello del duque Guillermo, y lloró amargamente; y el duque Guillermo prorumpió también en lágrimas viendo llorar á su Rey.

Pero recobrando su serenidad, dijo: «No. llore V. A. de tal modo por vuestro súbdito. Si hubiese previsto estas lágrimas, confieso mi falta, hubiera partido sin consultar ni saludar á V. M. Ahora, pues, señor, para bien vuestro y mio, comenzad vos mismo, y despedidme cuando parto para ir á encontrar á nuestro comun Señor; no con tristeza, sino con una alegría santa y cristiana. En cuanto á los tesoros que me ofreceis, si dejo lo que me pertenece para seguir las pobreza de Nuestro Señor, ¿cómo he de aceptar lo que pertenece á vos? Sin embargo, si quereis absolutamente ofrecer á Dios algunas cosas en mi persona, os pediré el pedazo del santo madero de la Cruz que recibisteis en Jerusalem un dia en que me hallaba cerca de V. M.»

Y el buen Emperador Carlos, aunque sentia extraordinariamente separarse de aquella santa reliquia, la dió al punto al buen duque Guillermo en testimonio de su perpetua amistad; mas permanente que la vida y mas fuerte que la muerte. Y despues, habiendo llorado nuevamente en brazos uno del otro, se separaron para no volverse á ver mas que en el cielo. Algun tiempo ha pasado, y el duque Guillermo, humilde monge, cubierto de un pobre sayal, montado sobre una pobre mula, iba á llevar el alimento á los trabajadores del monasterio esparcidos en los campos. Hoy el monge se ha convertido en San Guillermo de Gelone. Ahora bien; si se pudiese adivinar una conversacion entre el moderno conquistador de la Sicilia y su Rey, que quiere tomar, es decir, hacer que le den á Roma, podria formarse una

idea de la diferencia de los hombres y de los tiempos.

El imperio de Carlomagno comprendia la Francia, Cataluña, Navarra, Aragon, Flandes, Holanda y la Frisia; las provincias de Westphalia y Sajonia hasta el Elba; el Franco Condado, la Suabia, la Carintia y la Suiza; el Austria y la Hungría, la Dacia, la Bohemia, la Istria, la Livornia, la Dalmacia, y hasta la Esclavonia; finalmente, toda la Italia hasta la Calabria inferior. «Y ese Emperador tan grande, dicen los Breviarios de las iglesias de Alemania que han conservado su culto, se presentaba vestido con un traje que apenas le distinguia de la gente del pueblo; usaba casi habitualmente el cilicio, y solamente en las principales fiestas de Jesucristo y de los Santos brillaba el oro sobre su persona, y mantenía á los pobres y peregrinos, tanto en su propio palacio como en otros paises, con las limosnas que hacia.

»A los sesenta y ocho años de su edad hizo coronar Rey á su hijo Luis, dedicándose él á la oracion y á la limosna. Acostumbraba á pasar en la iglesia gran parte de la mañana y de la tarde, y muchas veces tambien algunas horas de la noche; formando todas sus delicias el oír cantar el canto gregoriano, que fue el primero en introducir en Francia y Alemania. Uno de sus cuidados principales fue el hacer copiar en todas partes los himnos de la Iglesia. Siempre fue muy sobrio, y combatia sus enfermedades con el ayuno, que prolongó algunas veces hasta siete dias. En fin, á la edad de setenta y dos años, despues de haber recibido la sagrada comunión y hecho por sí mismo la señal de la cruz sobre su frente y pecho: «*In manus tuas...*, dijo: »¡En tus manos, Señor!...» y lleno de gracia y de merecimientos entregó su alma á Dios.»

He dicho que Carlomagno era la antítesis perfecta de Neron, y, en efecto, compárense sus obras, su vida, su muerte, hasta si se quiere sus personas, y en todo se observará el mas marcado contraste. Y el imperio de Carlomagno es tambien la antítesis mas completa de todo ese orden de ideas, de hechos y de cosas que se llama el cesarismo, y constituyeron el imperio de Neron. Carlomagno reina en nombre de Dios; es el jefe del pueblo cristiano que se dedica á conducirle por los caminos de la luz y de la justicia, para hacerle gozar de la paz que da la ley cristiana. Por Dios combate; por Él castiga, perdona, estudia, edifica, obra; en fin, por Dios y para Dios en todo. Es, en una palabra, como se titulaba él mismo: «Rey y gobernador por la gracia de Dios y su misericordia, ardiente defensor de la Iglesia de Cristo y su mas humilde campeon.»

Su memoria fue bendecida por los pueblos. Se le enterró en la Basílica de Aix-la-Chapelle,—su casa de oro,—que él mismo habia edificado, y que enriqueció con innumerables reliquias de varios Santos. «Los peregrinos de todos los paises acuden incesantemente á su tumba movidos por una piedad conservada, y aumentada por los favores que Dios concede por su intercesion. Su festividad se celebra en la mayor parte de las diócesis de Alemania, con consentimiento de la Iglesia, desde el pontificado de Alejandro III, y se le considera como el principal propagador de la fe en las regiones del Norte.» Así se espresan los Breviarios citados en el *Año litúrgico* del sabio Abad de Solesmes.

Hé aquí el canto que la iglesia de Aix-la-Chapelle entona ante su gloriosa tumba:

«Cárlas es el fuerte soldado de Cristo, el jefe de la invencible cohorte. Él solo basta á derribar á diez mil combatientes.

»El limpió la tierra de las malas semillas; su cuchilla cortó la zizaña y facilitó la cosecha.

»Hé aquí al gran Emperador, al labrador que esparce buena semilla; este es el agricultor prudente.

»Combatió á los infieles, derribó templos y dioses, y por su misma mano destrozó los ídolos.

»Sujetó á los Reyes soberbios, é hizo reinar las santas leyes y la justicia.

»La justicia, es verdad; pero dándola por compañera á la misericordia.

»¡Oh Rey, que triunfaste sobre el mundo! ¡Tú, que reinas con Jesucristo, que eres nuestro padre, lleno de merecimientos y santidad! ¡Oh, Cárlos, intercede por nosotros!

»Haz que nosotros, los que constituimos tu pueblo, puros y limpios de todo pecado, seamos un dia habitantes del reino celestial en compañía de los bienaventurados.»

Tal era el Emperador formado, digámoslo así, por el Papa, y que solo el Papa podia formar. Si no hubiese ya Papas independientes, el pueblo cristiano podria volver á ver Alejandro, Césares y Atilas, pero nunca un Carlomagno. Hé aquí uno de los puntos que deben considerarse en la cuestion romana.

V.

La Iglesia libre en el Estado libre.

No he hablado aun de mi amigo Ercole, el águila de las Romanías. Es un Coquelet italiano y católico.

Cree en Dios y en la Italia unida y libre; confiesa la Iglesia y el Piamonte; en fin, lo espera todo del Papa y del Rey Victor Manuel.

Como patriota, quiere absorber á las Romanías, su patria, y á la misma Roma en la Italia, hecha á medida del Piamonte. Como católico, quiere colocar la Iglesia en el aire, á fin de que no embarace ni moleste al mundo, ni el mundo á ella, con lo cual cree que todo irá bien.

Sin embargo, y como á pesar de todo es cristiano y honrado, no deja de encontrar dificultades en llevar á cabo lo que se propone. Se encuentra atado por su lógica, su conciencia, y su renombre de católico liberal, y gloriosamente conquistado á fuerza de mil trabajos.

Muchas veces ha venido á ofrecermé la solución del problema, pero siempre se ha retirado casi convencido de no haberla encontrado. No por eso deja de estarlo también de que, si la encuentra, el reino de Dios se verá realizado sobre la tierra, y esto bien vale la pena de buscarla.

La Italia *unida* será la reina del mundo, como se ha demostrado en el *Primato* del abate Gioberti, y cuantas pruebas se aduzcan en contrario; no prueban nada para él. En cuanto á la Religión católica, apenas se vea libre de sus posesiones católicas, conquistará todos los corazones. Ercole no quiere dudarle ni un solo momento.

Yo trato de evitar que mis dos Coquelets se encuentren. Si llegasen á encontrarse, el mutuo contacto de sus manos sería bastante para inflamarlos recíprocamente, y la pequeña parte de razón que les ha quedado se convertiría en humo. El Coquelet de Italia se volvería pagano, y el Coquelet de Francia se haría mal católico.

Hoy es para Ercole un día de verdadero triunfo.

«¡Ah! ¡ah! esclamaba: enseñadme un diario, *ecco*. Ya tengo lo que buscaba tanto tiempo hace. Ya encontré la fórmula de mis constantes y ardientes deseos.» Y leyó: *¡La Iglesia libre, en el Estado libre!*

«Hé aquí, prosiguió, armonizadas la Religión y la libertad; ¡hélo aquí! El Estado, libre ante la Iglesia; la Iglesia, libre ante el Estado: no mas relaciones entre ambos que las que establece la libertad; basta de choques y de cadenas. ¡Saludemos la paz del mundo!»

Yo permanecía silencioso. Ercole continuó: «No lo comprendéis bien, ¿ó es que estais buscando sofismas que oponerme para no rendiros? Bien podreis encontrarlos tales que ligen vuestra imaginacion, pero no hallareis ninguno bastante á aprisionar al espíritu humano.

«Si rehusais la armonía, encontrareis la guerra; y la guerra es para vos y los de vuestro sistema la derrota, la opresion, la muerte. El Estado quiere ser libre, y lo será. No, nunca triunfareis de la humanidad. Antes por el contrario, si para establecer la libertad es forzosa la supresion de la Iglesia, la humanidad la suprimirá.»

—Pero, Ercole mio, dije yo entonces muy humildemente; pues este diablo de Ercole me hace siempre temer que dé rienda suelta á su elocuencia, porque, entonces, no hay medio de hacerle escuchar la menor objecion. Pero, Ercole mio...

Si no he podido ni aun comprender qué libertad es esa que decís, me dejáis; mas aun; si no acierto cuál es la que dejáis á la Iglesia, que la há menester mucho mas estensa que la que yo necesito, ¿qué idea podré formar, y os formais vos mismo, de una libertad que ahogue á esa misma Iglesia?

Yo os hago justicia, Ercole. Sois un muchacho terrible, pero bueno en el fondo. Quereis el bien, deseáis

sinceramente la libertad del Estado, y sinceramente tambien ansiáis la libertad de la Iglesia. Pero por desgracia estas dos libertades no son ni pueden ser jamás una libertad misma.

«¿Cómo?» dijo.—Por favor, Hércules, no alceis ya vuestra maza. Quizá estoy pronto á rendirme sin necesidad de ella. Decia que la libertad de la Iglesia y la del Estado no son una libertad misma; como la Virtud y Onfalia no son una misma dama, ni una misma belleza.

Vos, al principio, seguisteis á la Virtud, única que os parecia bella. Esa será la libertad de la Iglesia, si quereis...

—Pero alejémonos un poco, si os place; no me agrada que durante mis razonamientos esté esa maza al alcance de vuestra mano.—

Mas tarde, llegó un dia en que la Virtud rehusó sentarse ó reposar bajo no sé qué laurel, y prosiguió su camino con semblante mas severo, aunque vos quizás ya estábais un poco cansado.

Despues encontrásteis sentada sobre la alfombra de blanda y verde yerba, y al borde de un rio surcado por mil preciosas y alegres barcas, á esa Onfalia de picaresco rostro. Al pronto se mostró algun tanto desdenosa, despues empezó á sonreirse...

Yo no disputo los méritos de Onfalia; es una gran Reina, ó al menos la Reina de un pueblo numeroso. Es poderosa; derrama la gloria á manos llenas; y, al fin, una debilidad no es bastante á desdorar á un héroe. Por último, Onfalia os hizo sentaros á sus pies.

Ella colocó en vuestra maza, esa maza terrible aun para vuestros amigos, un cope de lino; y en medio de la mas estraña reunion de piratas y de eunucos, nuestro Hércules se dedicó á hilar. Tal es el poder de los en-

cantos de Onfalia... Si lo permitís, Onfalia será la libertad del Estado.

Habeis sabido ó habeis creído *arcicarissimo mio*, no separaros de la Virtud, porque os es querida todavía, y de Onfalia, porque vuestro amor hácia ella no disminuye. Pero Onfalia, es decir, la libertad del Estado, y la Virtud, esto es, la libertad de la Iglesia, ¿están entre sí de acuerdo? Y aun una respecto de otra, ¿están de acuerdo con vos?

Onfalia, la libertad del Estado, abriga sentimientos embozados contra la Virtud. Escuchad sino los cuchicheos de los eunucos y los endiablados gritos de los piratas: no hablan mas que de reducir, de encadenar, de ahogar á esta pobre Virtud, á esa altanera, á esa inportuna.

—«Sí, dicen, que sea libre; pero que su libertad no pueda poner diques á la nuestra; que su silencio no pueda condenar nuestra algazara; que su presencia no venga á entristecernos; que sus casas frias y siempre cerradas no alteren el alegre aspecto de nuestras ciudades.

»¡Cómo! ¡Habremos de ver sus procesiones, oir el tañido de sus campanas, y encontrar sus rostros macilentos y sus lúgubres vestidos! Mas aun: ¡la concederemos el pleno derecho de tener esas odiosas escuelas que abusan de la juventud, y que deciden á tantas jóvenes hermosas á no entrar en nuestros cuerpos de baile?

»¿Habia de tener leyes que nosotros no pudiésemos revocar? ¿Hemos de consentirla que pronuncie impunemente sus insolentes discursos contra todo lo que á nosotros nos agrada? ¿Hemos de dejar que sus Obispos hablen tan alto como Grandguillot y La Bédollière?

»¡Qué! En un pais de libertad, y bajo pretesto de

esa libertad misma, ¿habíamos de dejar vivir, discurrir y pensar libremente á hombres que no aman, que no entienden y que no practican, como nosotros, la libertad? ¿Se nos juzga imbéciles? ¿Se cree que no conocemos la dificultad que lleva consigo el alternar con semejantes gentes?

»La Iglesia libre en el Estado libre: ciertamente. Pero si el Estado no puede reglamentar á la Iglesia; si no tiene en su poder la llave de sus escuelas; si no puede inspeccionar y cuidar de la policía de sus Seminarios; si no tiene en su mano el cerrar la boca á la Iglesia—y hasta hacer que la abra á su voluntad,—entonces el Estado no es libre, y la Iglesia es un Estado dentro del Estado mismo.»

Vos reconocéis muy bien este lenguaje, Ereole, y sabéis que dicen aun mucho mas que todo eso: no ignorais tampoco que los mas osados no se atreven á decir todo lo que se atreven á pensar. Yo voy aun mas allá, y creo que esos mismos no se atreven ni aun á pensar todo lo que osarian hacer.

Escuchad ahora lo que os dice la Virtud: «Hijo mio, ¿qué es lo que me aconsejais, y qué esperais de mí? ¿No sabéis que yo soy una carga pesada para ellos, y que si permanezco todavía sobre la tierra, es porque Dios me ha concedido la inmortalidad?

»¿No sabéis que yo tengo la obligacion de contradecirlos, y que ellos no quieren que cumpla con semejante deber? ¿No sabéis que debo pronunciar palabras, y poner en práctica obras á que ellos tienen horror? ¿No sabéis, en fin, que yo soy la verdadera Reina, y los revolucionarios ellos?

»Es mas: aun cuando yo pudiese consentir en callarme, no se contentarian. No les basta que yo cese de proclamar la verdad, quieren que proclame que la

verdad es un error. ¿Querreis ahora, pues, que no haga lo que debo hacer, y que no sea lo que soy?

»¿Qué adelantaria yo con esto, y qué adelantaria el mundo? El mundo no existe mas que por mí, y para que yo le inunde de las divinas luces. Ahora bien: su libertad, esa libertad que tanto desean, consiste en persuadirse á sí mismos y en persuadir al mundo que existe otro Dios, que no es el Dios verdadero.

»Mi libertad es santa, y de nada puede tachársela. Ha establecido como fundamento de las sociedades las mas dulces emociones del amor, y sobre las mas sencillas y claras bases del deber. Por medio de mi libertad he creado y mantenido el orden entre los hombres, y con su ayuda he conducido las almas hácia Dios.

»Podré, por lo tanto, sobrellevar las injurias de la enemiga fuerza; podré soportar el hierro y devorar en silencio todas las ignominias; Dios me ha dotado con fuerzas suficientes para soportar todas estas pruebas, y salgo de ellas digno de sus miradas. Pero no hay poder alguno capaz de hacerme renegar de la verdad, y no reconozco libertad alguna legítima contra mi propia libertad.»

Hércules, mi muy querido amigo: Onfalia razona bien, pero la virtud tiene la razon de su parte. Mirad bien el fondo de lo que se llama el Estado, y fácilmente descubrireis que el Estado pretende erigirse en Dios. Pues bien: los derechos de la libertad de un Dios, son los derechos de la Divinidad.

¿Y á qué se vendrá á reducir, decidme, la libertad de la Iglesia ante los derechos del Estado-dios? Habeis adoptado vuestra fórmula con buena intencion, no hay duda; pero viene á ser uno de esos hermosos témpanos de hielo que tan comunmente y con tanta

:

abundancia arrastran los rios del pais de la Utópia.

Si me dijéseris: «La Iglesia libre en un pueblo libre,» os comprenderia, y lo diria con vos. Entonces, lo único que haria seria llamaros alguna vez aparte, lejos de los burlescos ecos de las ciudades, y con voz baja y muy discretamente me permitiria deciros:

Ercolino, tened la bondad de decirme: ¿cómo podríais concebir una Iglesia, hablo de la verdadera Iglesia, esclava en el seno de un pueblo libre; ó á la Iglesia libre y en torno suyo un pueblo sin libertad?

La libertad del pueblo y la de la Iglesia no se separan nunca. Aquel y esta son libres al mismo tiempo. Y si me citais á Londres y á Paris, reflexionad bien, y vereis que me presentais como prueba á los habitantes de unas ciudades que ni saben si tienen alma, ó que no tienen ya el derecho de salvarla.

Hércules, Hércules, volvamos nuestros ojos hácia la evidencia; aun es tiempo. Ese lindo adagio pescado en el rio de Utopia, «la Iglesia libre, en el Estado libre,» ha sido inocentemente proclamado en Francia por una voz muy sincera; pero escuchad el eco que nos envia el Piamonte.

Un hombre del Piamonte dice tambien: «¡La Iglesia libre, en el Estado libre!» Ahora bien; ese hombre piamontés sabe muy bien lo que quiere, y quiere asimismo que se sepa por los demas; la mentira no es ya para él otra cosa que un ornato, un velo despreciable que concede por favor á las conciencias que se ven obligadas á encubrir sus verdaderos sentimientos.

En cuanto á él, marcha completamente á descubierto siguiendo su verdadero camino, y dirigiéndose abiertamente hácia el fin á que hace largo tiempo se habia propuesto llegar. No así vos, Hércules, que parece habeis colocado ese objeto á que os dirigís en las

nubes. Empeñado en efectuar una conciliación imposible, os habeis entrado en unos caminos que no estais seguro de conocer.

Se os dice que esos caminos están rodeados de abismos, pero parece que os complacéis en negar su existencia; os obstinais en no sondear, en no mirar siquiera vuestro camino, mas no por eso dejan de existir tales escollos. Abrid, pues, los ojos, y no os impida un temor pueril el volver atras.

No quereis, decís, alterar la unidad de vuestra vida, que habeis empleado siempre en buscar los medios de conciliar lo inconciliable. Hércules, el hombre que pretende no estar sujeto al error, en vano es que persevere en esa altiva confianza de sí mismo; jamás conseguirá establecer en su vida esa unidad que pretende presida en ella.

Vuestra vida, como toda vida humana, no podría ofrecer al cielo una unidad mas bella y mas perfecta que la de haberse consagrado á defender y á auxiliar el triunfo de la verdad, fiel, valerosa y humildemente. No os obstineis en perder esta gloria; es la única permanente.

Hércules no se dignó responderme, y observé que se iba compadeciéndose de mí. ¡Oh ángel bueno de los paganos, alejad de Coquelet á este siervo de Dios!

VI.

Un subalpino.

Seamos justos para con todos: el subalpino no carece de algunas cualidades notables.

Posee la audacia, ¡la audacia! Esa fue, es verdad, en cierto tiempo la virtud de los lacayos y cocheros; pero..., nos hemos democratizado.

Nos hemos democratizado y descristianizado; hasta nuestra lengua se ha desmoralizado. Hoy la palabra *audacia* es sinónimo de lo que en otro tiempo expresaba valor.

El subalpino es audaz. El hombre de valor, el hombre de corazon era antes el que desafiaba el peligro, y le arrostraba; el que sufría impávido el fuego de las batallas, afrontaba el de las sediciones, y domaba el de la tentacion.

El que despreciaba todos los peligros provocándolos, y sobreponiéndose á ellos para cumplir su deber.

El hombre de corazon temia solo tres cosas: algun tanto el juicio de los hombres honrados, mucho el juicio de su conciencia, é infinitamente el de Dios.

El audaz no reconoce mas que un deber que cumplir; triunfar de los hombres, de su conciencia y hasta de Dios mismo. Solo teme el furor de la muchedumbre, de la canalla, del populacho.

Y ese temor es un temor servil. Por eso rinde á esa canalla, á quien teme, toda la adoracion que le pide; por eso la engaña cuanto puede; por eso la adula constantemente.

Bien puede tenerse mucha audacia y ningun valor, ni un solo átomo de corazon. Ahora bien; nosotros decimos que el subalpino es audaz.

Es obstinado para conservar sus pensamientos perversos; y si alguna vez se ve obligado á desecharlos, es para darles nuevamente despues cabida en su ima-

ginacion ; pero nunca los abandonará por completo. El poseer esa virtud se llamaba en tiempos antiguos ser testarudo.

El hombre perseverante, el que está seguro de caminar hácia la verdad y hácia la justicia, no se detiene ante ningun obstáculo.

Antes que retroceder, prefiere echarse al pie del insuperable antemural y morir allí, para servir algun dia de escalon á los que vendrán en seguida, que, si no pueden tampoco franquearle, morirán tambien á su lado, para formar así una escalera de huesos y cadáveres que permitan algun dia superar el obstáculo.

Los mártires amontonaron por tal causa sus cuerpos al pie de las montañas, llenaron los barrancos y los abismos, y el género humano pudo llegar hasta Dios.

El obstinado en sus ideas hace morir á los demas hombres para alcanzar él su fin, para conquistar su propia gloria, la gloria de su ruin y mezquina individualidad, de su miserable nombre.

Por medio de una escalera de cadáveres, dice, escalaré la montaña, clavaré allí la insignia de mi gloria, y se dirá que aquella insignia es la mia, y que fui yo quien allí la colocara.

Atravesaré el abismo sobre haces de esqueletos humanos ; y cuanto mas estenso sea ese abismo, mejor ; se sabrá que lo he pasado, que he sido yo quien he franqueado su estension.

Y entonces me habré arrancado á mí mismo de en medio de la innoble multitud, ¡y habré hecho se fijen en mí las miradas del mundo!...

—Sí, todo eso será verdad ; pero despues de alcanzar ese éxito á costa de tantos trabajos, ~~no seria, porque~~ no podeis llegar á ser nunca, mas que ~~un hombre ruin~~ un fatuo.

Ahora bien; el mas pobre y el mas ignorado de los mortales que, luchando contra las fragilidades de su alma, las haya no vencido, sino solo perseverado hasta el fin en llevar á cabo sus esfuerzos para vencerlas, será mas grande aun entre los hombres, y mas santo delante de Dios.

Pero aun tiene otra bella cualidad el subalpino; posee la de ser inteligente en las tendencias de su tiempo. ¡Cuán bien las conoce!

«Sereis, dice á los hombres que le rodean, verdaderos dioses. Yo os daré la posesion de todos los reinos de la tierra. Vosotros los gobernareis, y sus glorias y tesoros serán para vosotros : allí reinarán toda clase de virtudes agradables, porque por naturaleza germinarán en todas partes.»

—Pues bien; eso no lo ha inventado él, pero á aquellos á quienes se dirige, les dice que son cosas nuevas y dignas de la altura en que se ha colocado el espíritu humano.

Y á eso es á lo que se llama sutilezas del talento político. Se dice que el que las enseñó fue Maquiavelo. Pero, nada de eso; fue sir Pandarus de Troya.

El cristianismo dispensa á los hombres el honor de proponerlos virtudes; el subalpino sabe muy bien que sufren con mas gusto que se les haga la afrenta de halagar sus vicios.

Reina la calma.—Señor, la ciudad ha sido bombardeada; hé aquí las llaves.—Está bien. Al dia siguiente recibe un bofetón.—Eso no es nada.

Es todo para todos: jamás la altanería tuvo cabida en él. No se estremece cuando toca la mano de otro hombre, ni cuando la de otro le toca á él.

Habla con Liborio; le estrecha entre sus brazos, hasta besa su rostro. Liborio teme se le haga traicion.

Esa es la sangre fria, la tranquilidad, la prudencia del hombre de Estado. En otro tiempo era la vil impudencia del miserable ambicioso.

Tales son los méritos del subalpino. En resumen: posee dos cualidades ventajosas que constituyen el perfecto político.

Primera: no cree en Dios. Segunda: no tiene honor. Y no es decir que estas cualidades sean hoy raras, no; pero el subalpino las posee en un grado eminentísimo, sobre todo la segunda.

Por eso es el hombre de su tiempo, del nuevo tiempo.

Los demas méritos que le adornan son cuestionables. No negaré que deje de ser como otros tantos poderosos el juguete de una situacion dada; que no sea mas que una paja, un corcho ó un pedazo de trapo hecho girones; como no negaré tampoco que sobrenade, puesto que es demasiado débil para apartarse de la corriente, y muy ligero para que pueda sumergirse.

Es una de esas pompas formadas por la espuma, que una ola arrastra largo tiempo sobre sí sin destruirlas, y que concluye por arrojar en la ribera en un paraje tranquilo, pero cubierto de bajíos y de escollos.

Podrá decirse que la conciencia del subalpino no está sosegada, y que en el interior de su alma se dice

á sí mismo esas cosas que no confiesa; pero por lo que hace al viejo y verdadero honor, puede asegurarse que se ha deshecho de él evidentemente.

En cuanto á su exterior, sentiria que fuese mi héroe. ¿Qué merito quereis que se oculte bajo una figura tal? ¡Qué piernas! ¡qué cuerpo! ¡qué ojos! ¡qué carrillos!

Hé aquí por qué la infeccion del realismo y de la fotografia se ha estendido tanto sobre la tierra. Nada mas justo que despues de la muerte de esos hombres queden para recuerdo sus retratos.

Ven, ven, realista. Empapa esas colas de vaca que llamas tus pinceles, en esos cacharros á que das el nombre de tu paleta, y retrata con exactitud y á lo vivo, sobre el lienzo de una inmensa rodilla, todos esos rostros. Ven, para ser el Apeles de estos Alejandro (1).

VII.

Ante San Juan de Letran.

Al rededor de San Juan de Letran se estiende el desierto, el bello desierto de Roma. Es una plaza vasta

(1) Ya estaba escrito este retrato, cuando una muerte repentina hizo desaparecer al modelo. Lo habia pintado para presentarlo en exposicion, y así lo hago. Desearé que aquel hombre haya tenido tiempo de implorar la misericordia divina, y que Dios le haya perdonado. Pero yo tengo un derecho sobre su carácter y sus obras, y uso de él. Los cómplices, los discípulos y los apologistas, no permiten que la verdad se oculte aun delante de la tumba que erigen en arco de triunfo.

(N. del A.)

é irregular, que horroriza á Coquelet, por la que apenas transita nadie, que carece de tiendas, y está adornada solo por pequeños árboles, grandes palacios abandonados, algunas ruinas, y varios edificios que amenazan desplomarse tambien. Pero dad nombres á esos edificios, y vereis á esa soledad llenarse de historia y de inmortalidad, que bajo la forma de una aureola corona sus ya casi arruinados muros.

Allá abajo, donde se ve aquella palmera, está la Basílica de Santa Cruz en Jerusalem, edificada por Santa Elena y Constantino para depositar las reliquias de la Pasion del Salvador, y que aun permanecen allí. Mas cerca, este edificio, de aspecto mas bien civil que religioso, encierra la *Scala Santa*, la escalera del pretorio que subió Jesucristo para comparecer ante Pilatos. Mas próximo aun, ese lienzo de pared que ostenta un mosaico brillante todavia, es un resto del *Triclinium* que hizo levantar San Leon III, Papa, para recibir al Emperador Carlomagno.

¡Qué escolta al rededor de la madre y de la señora de las Iglesias! ¡Qué guardia en torno de sus sagrados muros! ¡Constantino, Carlomagno y Pilatos; el Calvario y el imperio! La escalera de mármol por donde Pilatos subia y descendia henchido del poder romano, y que subió y bajó muchas veces, asombrándose de que un gobernador de provincia, un personaje tan grande, pudiese experimentar dentro de sí mismo agitacion é intranquilidad por haber enviado al suplicio á aquel impostor llamado Jesus de Nazareth. *Quid est veritas?* preguntaba Pilatos. Ahora lo sabes; acaso acaso ya lo sabias.

¡Cuánto me agrada la plaza de Letran! Muy á menudo voy solo á ella: esta mañana he llevado á Coquelet. Espero con una perseverancia harto obstinada

que se abran por fin sus ojos y su corazon. Incapaz de comprender la belleza, concluirá acaso por sentirla. ¡Y cómo hay aquí tantas legiones de ángeles prontos á esparcir la gracia y recoger la buena voluntad!...

Ademas de los guardianes de que acabo de hablar, rodean a Letran testigos que han presenciado todas sus vicisitudes y todos sus tiempos de esplendor.

Desde el peristilo se ven las montañas de la Sabina, verdes y negras, que levantan hácia el azulado cielo sus crestas que el sol y la nieve hacen relucir. Sin embargo, por mas que hoy tiemble y no encuentre mas que motivos de alarma por doquiera, no puedo persuadirme de que ese Letran desierto, y tantas veces reedificado, tenga menos solidez que esas montañas que le contemplan 1,400 años hace. Y ellas le miran tambien como su vencedor, y son sus guardas y sus centinelas. La Cruz, al ser lanzada fuera de Letran, voló á posarse sobre esas cumbres orgullosas, y las ha conquistado.

Sobre esas nieves y esas rocas ha establecido Dios su permanencia; se han levantado iglesias; y la fe, apoderándose de las montañas, ha hecho de sus picos y sus pirámides el viril desde donde lanza sus radiantes resplandores el Santísimo Sacramento. Si todo esto cae, ¡cuántas otras cosas caerán tambien!

Nous ne mourrons pas seuls, et quelqu'un nous suivra.

Ante la Iglesia, entre el peristilo y el *Triclinium*, hacian el ejercicio algunos pelotones de bisoños soldados franceses. Estaba mirándolos un grupo de italianos; gentes de bastante mala cara, como suele encontrarse ahora muy frecuentemente en Roma. Parecian estarse diciendo unos á otros que, despues de todo, estos fran-

ceses no son una gran cosa, que la Italia si quisiera los aniquilaria fácilmente. Coquelet concibió esta idea como la concebí yo. «Pero, ¡italianos, añadió, no os fieis; no son esos solos, hay otros!»

—Prosigamos, pues, Coquelet. Esos pequeños pelotones de hombres que representan con tan raquítica figura á la Francia, á no considerarlos mas que á ellos solos, y dejando á un lado la geografia y la política, me pintan la situacion temporal de la Iglesia en este momento.—Me parece que teneis razon, dijo Coquelet.—Se ven, continué, pocos fieles; son como novicios, y es estraordinariamente fácil devorar tan pequeño rebaño.—Ciertamente, replicó Coquelet, y aun creo haberos dicho eso mismo varias veces.—Sí, Coquelet, pero hay otros.

—¿Dónde?—Lo ignoro absolutamente, amigo mio.—Voy á probaros, dijo Coquelet, que en ninguna parte.—Es inútil, Coquelet; yo os concederé en seguida que no se los ve, hasta que no existen; pero añadiré al momento que eso no importa. Están donde Dios sabe, estarán donde Dios quiera, y vendrán cuando Dios los llame.—Bajo ese pie, me respondió, ya no discuto.—Es lo mas prudente, Coquelet.

Cuando San Pedro, tirando de la espada, cortó la oreja á uno de los soldados que iban á prender á Jesus, su Maestro, nuestro Señor, le mandó que volviese la espada á la vaina, porque era preciso que las Escrituras se cumpliesen. Pero al mismo tiempo le dijo: «¿Pienzas que no puedo rogar á mi Padre, que me enviaria al punto mas de doce legiones de ángeles?» Pues bien; yo no creo que esas palabras hayan sido pronunciadas sin designio particular, y dirigidas sin un fin dado al mismo Pedro.

Yo no creo que Pedro haya olvidado, ni que nos-

otros debamos olvidar, suceda lo que quiera, que ya mas de una vez han sido enviadas estas legiones, tarde, es verdad, para lo que querian los fieles, pero, sin embargo, siempre en tiempo oportuno. Magencio encontró esas legiones cerca de este sitio, cuando llegó la hora de edificar esta iglesia; la víspera no existían. Esas mismas legiones recién formadas hollaron el poder lombardo, y condujeron á Carlomagno hasta los umbrales de Letran, y con él vino el imperio.

En fin, ¿cuántas otras veces no se las ha visto? Y, sin embargo, lo repito, no existen ahora. Mas tarde, si se necesitan doce legiones, doce legiones veremos formarse; si son indispensables doce veces doce legiones, se reunirán también; y si la fulminadora Italia lo devora todo, aun quedará mas. Seria un error el creer que es preciso que esos ejércitos, que esas legiones sepan al menos la señal de la cruz. Algunas veces Dios se complace en emplear para llevar á cabo sus designios manos mercenarias. Al edificar á Letran y á San Pedro, mas de un albañil habrá blasfemado sin duda.

Conozco todas cuantas razones podais alegarme, Coquelet; sé de memoria á Havin y á Buloz. Dios sabe que yo no los desprecio. Havin y Buloz son dos fuertes arietes, capaces, bien manejados, de demoler muchas murallas; pero las de Letran, las de San Pedro, las de Dios, en una palabra, están hechas de unas piedras que se endurecen cuando se las hiere, y la sangre que sobre ellas se derrama se convierte al punto en cemento (1); el cemento romano, Coquelet.

¿Qué motivos fundados tengo yo para creer que por último las palabras sopladas al oído de Buloz, y el

(1) Especie de argamasa ó mezcla muy fuerte, que sirve para pegar.

mecanismo que mueve la mano de Havin, hayan de triunfar de la palabra y de la mano de Jesucristo? ¿Por qué he de persuadirme de que las promesas de Jesucristo caducarán al fin, y de que las profecías de Buloz y de Havin se cumplirán, llegada que sea su hora? Las garantías históricas están de parte de Jesucristo.

Leí ayer en los escritos de un pensador *bulózofo*, un poco italiano, creo, que «la Iglesia es una de las instituciones mas poderosas que presenta la historia.» Esta confesion me agradó. Y añadía en su bulozófico francés: «Ninguna religion posee un simbolismo mas rico y mas variado que el catolicismo; ningun culto ha dejado al arte y al sentimiento de lo bello una estension mayor que la de la Iglesia romana.» Hé ahí lo que no diría yo de *La Revista de Ambos Mundos*. El bulózofo acaba, y yo he copiado sus últimas frases en mi libro de apuntes: escuchad con atencion, Coquelet.

«La Iglesia ha perseguido durante 1,600 años (¿por qué no 1,800?) un ideal que es el mas grande que puede proponerse una institucion humana: ha querido encerrar la vida en las profundidades de su doctrina, y satisfacer á la vez y constantemente las necesidades eternas del alma y de la razon. No ha logrado, es verdad, éxito lisonjero, pero si bien, por último, ha sido vencida por el libre exámen y el pensamiento humano, tambien ha dejado en la historia del mundo indeleblemente marcados los rasgos ó caracteres de su grandeza y de su potente vitalidad.»

Mi buen Coquelet, esto está escrito para vos, y hasta parece escrito por vos mismo. ¿No creéis, al oir esto, escuchar vuestras propias palabras? Y al oiros explicar así, ¿no sentís dentro de vos mismo una cosa que parece como que os repele? ¿Creéis poder permanecer siendo uno de esos pensadores que se explican

la Iglesia como una institucion *humana*, obligándose de este modo á sí mismos á admitir mas milagros de los que la fe nos propone? ¿Os permitirá vuestra conciencia unirla á esta reunion de sabios que encuentran ó que quieren establecer divergencia «entre las necesidades *eternas del alma* y las de la razon,» y que quieren que se las satisfaga al mismo tiempo?

Si tomais el partido de consumir vuestras veladas en la antigua taberna babilónica, cuyos doctores no comprenden su propia *pasion por la elocuencia oratoria*, y no se dan cuenta á sí mismos de su propia incredulidad, tanto peor para vos; en cuanto á mí, no temo ver permanecer en ese estado mucho tiempo al género humano. El género humano no es hoy mas que un pobre muchacho; sin embargo, irá mas adelante, porque tiene que hacer algo que no puede hacer sin salir de ese estado y de aquel sitio, y su *misma embriaguez* le arrancará de allí, y las mismas fatigas á que se le hará dedicarse le desfigurarán por completo.

Ya mas de una vez se ha saciado de esos miserables brebajes, y ya mas de una vez, despues de beberlos, ha vuelto á arrojarlos. Pues así como esas tabernas de la falsa ciencia son numerosas en Paris, lo han sido en Atenas y en Roma; el género humano se dejó conducir á ellas, y se durmió allí, pero volvió á despertar. Al despertarse rompió cuanto halló en ellas, hasta los vidrios; y los taberneros dejaron su comercio, unos de buen grado y otros por la intervencion de la policia; de esa policia que envia las legiones de que teneis noticia. Pues bien, volveremos á ver todo esto.

La fuerza de la Iglesia, y como dice el bulózofo, «su potente vitalidad,» no ha hecho solo lo que él ve y lo que no ve, sino tambien lo que ve mal. Ve un culto, me valgo de sus mismas espresiones, *tan variado*,

tan profundo y tan solemne que nada puede igualarle. Este culto sabe *traducir*, aun al lenguaje de los ojos, por medio de ritos magníficos, todos los misterios de su dogma; y sabe, por tanto, hacerlos accesibles á toda clase de inteligencias. Este culto sabe *expresar en una lengua sublime* los mas mutables estados y las mas diversas disposiciones del alma; satisface, pues, al alma y á todas las almas, del mismo modo que satisface á la inteligencia y á todas las inteligencias. Este culto presta al arte y al sentimiento de lo bello un campo tan extenso, *cual no se les ha dado por ninguna otra religion*; luego, del mismo modo que ha satisfecho por separado á la mente y al alma, las satisface y colma sus aspiraciones al mismo tiempo, y armonizando las de una y otra.

Tal ha sido ese culto durante 1,800 años, aunque el bulózofo no ponga mas que 1,600; porque la Iglesia cuyo origen hacemos nosotros remontarse al primer hombre, y aun mas allá, empieza para los bulózofos, al menos, con las Actas de los Apóstoles. Tal ha sido ese culto, y tal es hoy. Para atravesar esa serie de siglos ha recorrido el camino que ya sabemos, y ha encontrado los enemigos que conocemos ya; y como para atestiguar una y otra cosa, ha dejado los monumentos que estamos contemplando en este instante. Y el bulózofo no ve que ese culto es divino, y llama á la Iglesia una institucion humana; y juzga que el género humano llegará á creerlo así porque el buen Buloz lo cree; y se lisonjea de que ese culto morirá, porque Buloz se lo dirá á sus secuaces, y porque sus secuaces le creerán.

¿Y de qué morirá? ¿Por qué ha de morir? Se ha formado, es cierto, una mistura nueva con los ingredientes que han facilitado durante el trascurso de los siglos Heliogábalo, Porfirio, Juliano, Arrio, Mahoma

y Lutero, cuya mistura ha inundado por completo el cerebro del buen Buloz, esparciéndose desde allí sobre todo el género humano; pero por mas que esto sea deplorable y peligroso, tengo el sentimiento, la conviccion de que no ha ahogado totalmente el cristianismo, ni en mí, ni en vos, ni en Buloz. Esa inundacion de bulozofia pasará como han pasado todos los torrentes de que ha venido á formarse, y dejará en seco á cuantas personas arrastra, cual verdaderos monúmentos del diluvio; monúmentos de la victoria y de la clemencia de Dios.

Si la Iglesia no reconoce á Dios, si no reconoce su origen divino, esplicadme su establecimiento y su duracion. Si pertenece á Dios, demostradme como podais la posibilidad de su caida. ¿Vais á hacerme y á hacerlos á vos mismo la injuria de proponerme un nuevo Dios, que apenas haya obrado mude de opinion, y que habiendo tomado mal sus medidas, se decida á construir un nuevo edificio sobre distintos cimientos? Algunos bulózofos han tenido esa bellísima idea, que por cierto hace reir. Son ya demasiado conocidos sus Moisés y sus Josués, y se sabe muy bien á qué taberna concurren á beber.

Por lo demas, no podrán crear jamás ritos que por sí solos revelen sus dogmas, por mas que sus dogmas sean demasiado poco profundos para ser muy difíciles de revelar; no lograrán espresar nunca, en un lenguaje sublime, los mas mutables estados y las mas diversas disposiciones del alma; no conseguirán ofrecer jamás un ancho campo al arte y al sentimiento de lo bello; no crearán una de las mas poderosas instituciones que presenta la historia; no sostendrán «durante 1,600 años» el ideal glorioso de encerrar la vida en las profundidades de su doctrina, y de satisfacer á la

vez, y separada constantemente; las necesidades eternas del alma y de la razon.

Lo que una vez fue de Dios, es siempre suyo. Lo que durante 1,800 años, á traves de la movilidad perpetua del hombre y de la vida, ha sido la verdad, es siempre la verdad. Para formar otro culto, ó para que la sociedad se mantenga sin culto alguno, no es la institucion católica lo que Dios ó Buloz deben cambiar; es el hombre mismo. El hombre Adan : hé ahí, Coquelet, la razon y la fuerza de la Iglesia. La Iglesia, ciertamente, es una institucion humana hasta con el mismo titulo y del propio modo que lo es la misma humanidad. Si el bulózofo dijese que la Iglesia es la institucion humana, podria sostener su dicho. Vos como yo, y Buloz como nosotros, tenemos necesidad de Dios; engendraremos hijos que á su vez tendrán necesidad de Dios, é iremos á la iglesia á pesar nuestro, y nuestros hijos irán delante de nosotros mal de nuestro grado, ó detras de nosotros á pesar suyo; porque la Iglesia está instituida por Dios para darse á sí propio al hombre, que fue formado para buscar á su Dios.

Esa irresistible inclinacion, dueña del hombre; esa necesidad íntima, invencible é insaciable, ese milagro de la naturaleza es lo que esplica la potente vitalidad de la Iglesia, y lo que sirve como de luz natural para hacernos comprender y palpar el milagro del establecimiento y de la permanencia de la *Institucion*. El hombre tiene necesidad de Dios; quiere poseer á Dios, y la Iglesia le da ese Dios: tal es la institucion humana por la voluntad de Dios mismo. Nosotros los católicos sabemos esto; y porque lo sabemos, comprendemos que nada mas nos hace falta saber. Podemos combatir, y harto combatimos efectivamente, no siendo, como no somos, nada, y morimos sin que por eso estemos ven-

cidos; y no lo estamos ciertamente, pues que despues de nosotros quedan otros que combatirán tambien.

— Sí, quedan otros, y habrá tantos cuantos sean necesarios... Pero despues de todo ni aun hace falta tanto. ¿Veis esos peltones de soldados bisoños cuya presencia ha suscitado esta conversacion? Pues bien; el resultado es que vemos guardan perfectamente á San Juan de Letran contra todos los fusiles garibaldinos, contra todos los puñales mazzinianos, y, lo que aun es mas, contra todos los dichos bulpozóficos y havinios. Os confieso que es cosa que aun á mí mismo me parece verdaderamente maravillosa. — ¿Llamais, segun eso, á esto una fuerza, dijo Coquelet, y la creéis segura?

— Es la fuerza necesaria; la suficiente para hoy, y tanto mas segura, quanto mas pequeña y mas inexplicable es. — ¿Y si se retira, y despues no viene otra? — ¿Qué quereis que hagamos en ese caso, amigo mio? Será porque Dios juzgue oportuno que lo que hoy impide que suceda, pase entonses, y siempre será obra suya. Yo no consigo mas obras que las de Dios; los hombres no hacen mas que lo que El quiere que hagan. Entonces la hora de los terremotos habrá llegado; la hora de las reconstrucciones vendrá despues. Nosotros no podremos hacer mas que mirar, esperar y orar. ¿He de creer yo que porque unos bandidos saqueen una iglesia; y algunos vándalos derriben un edificio; que esos bandidos se han de llevar á Dios á su guarida; y que esos vándalos, que tanto han reedificado otras veces, no caerán en la tentacion de volver á edificar?

Vos y yo, mi querido amigo, ignoramos muchas cosas; pero nada ignoramos tanto como lo que Dios hace hoy. Es mas; lo ignoramos hasta cuando se sirve para sus fines de nuestras propias manos. La historia no es visible en el momento de tener lugar los sucesos;

ni los que ejecutan las obras que la constituyen, la conocen. Hay en el pasado ignorados elementos que no pueden escluirse del presente, y el presente está lleno de gérmenes desconocidos, que tampoco pueden escluirse del porvenir. Dios lo sabe todo, lo dispone todo, y todo lo dirige como Señor que es, y el hombre entre tanto permanece impotente ante las consecuencias de sus propias obras, con la responsabilidad de haber querido el mal, ó el mérito de haber deseado el bien.

Ahora bien : esas obras que tan insignificantes son cuando el hombre trabaja en ellas, y que tan poco suponen cuando las ha concluido, ¿en qué se convertirán en la mano de Dios? ¿Qué éxito les dará su omnipotencia? Un resultado que no debemos temer; un éxito que en cierto modo podemos prever. El porvenir no está para nosotros tan oculto como el presente. Los *deseos de los malos perecerán*, ese es el porvenir; y los malos no somos ciertamente nosotros.

VIII.

El Papa y el mundo.

¿Dónde estaba el mundo antes del Papa?—¿Por qué, y á título de qué, ha venido el Papa al mundo?—¿Cuáles han sido las obras del Papa en medio del mundo?—¿Cómo se ha separado el mundo del Papa?—¿Qué será el mundo sin el Papa?—¿Volverá el Papa á tomar posesión del mundo?

Hé ahí un conjunto de preguntas á que la historia ha contestado ya. Sin embargo, los muchos que las reproducen todavía, y sobre todo los que pretenden resolverlas, ni conocen su sencillez, ni pueden medir su

profundidad. Señal espantosa de decadencia, anuncio de prolongadas calamidades.

¿Qué era el mundo antes del Papa? Ahí comienza la ignorancia. La historia no encierra enseñanza alguna mas que en los labios de la fe.

El mundo antes del Papa era el imperio de Neron. ¿Se comprende bien lo que esto significa? ¿Se comprende la division de la humanidad en bestias de carga, y bestias feroces, unas devorando sin remordimientos, otras devoradas sin rebelarse, y todas las sociedades encaminándose á una destruccion igualmente cierta, ó por medio de la guerra, ó por medio de la paz? No; porque para comprenderlo es preciso reflexionar que el género humano, encadenado con los lazos de la culpa, no podia sacudir la tiranía del príncipe de las tinieblas que desde un principio fuera su homicida.

El humano rebaño llegado ya casi al fin de su camino, se encontraba encadenado y sin guía, y la divina misericordia le envió un pastor, una mano que desatase sus ligaduras, una luz que le alumbrase para hacerle entrar en el camino que conduce á Dios, y para conducirle por él.

La verdad faltaba en el mundo. Pilatos habia pronunciado la última palabra de la ciencia y de la sabiduría de los doctores de la tierra: *Quid est veritas?* ¿No creian ni aun que existiese una verdad!—¿Por qué vino al mundo el Papa? Venia á enseñar indefectiblemente la verdad.

Muchos espíritus nobles, aunque cristianos, envueltos en un antiguo error, publican que el hombre ha sido creado para buscar á su capricho la verdad. El mundo pagano habia buscado la verdad en toda clase de tradiciones y de estraviados sueños, pero, aunque bien á pesar suyo, tuvo que renunciar á encontrarla : *Quid est veritas?*

Hemos sido formados para conocer la verdad. A la clemencia y á la justicia de Dios toca el concedernos el poderla conocer: nuestro deber, lo que nosotros debemos poner de nuestra parte, es el seguirla y aceptar el yugo que nos imponga. Aceptarla, publicarla, morir por ella; ese es nuestro deber : para cumplirle se necesita un gran esfuerzo, y para hacerle necesitamos saber que la verdad es de Dios.

El Papa, pues, venia á enseñar la verdad para libertar y salvar al mundo. Pero *¿con qué título?* Con el título de representante, *de vicario* de Aquel que es la verdad misma; del que es en el cielo Dios, Hijo único y eterno de Dios, é igual y consubstancial á Dios; y sobre la tierra hombre, hijo de Adán, jefe y primogénito de la raza humana, doblemente Señor, doblemente Rey.

Se han escrito obras muy notables sobre el origen del poder temporal de los Papas. Lo que mejor prueban los mas sabios es que ese poder no ha tenido principio. San Pedro, primer Papa, estuvo ya investido de él. Ejerció plenamente la mas alta atribucion del principado civil, la de Juez supremo. La causa de Ananías y de Safira no fue una causa puramente espiritual; y esos culpables fueron no solo separados de la Igle-

sia, sino privados de la vida. Los cristianos, pues, tenían en San Pedro un Pontífice y un Rey. En medio de la sociedad pagana, cuyas leyes políticas tenían por otra parte que guardar, compraban por el martirio el derecho de obedecer á ese jefe verdadero que habían recibido de Jesucristo. Pero la antigüedad del poder temporal se remonta aun mucho mas.

Jesus Christus, primogenitus mortuorum et Princeps regum terræ, qui dilexit nos et lavit nos à peccatis nostris ex sanguine suo. De Él, verdadero primogénito, Príncipe de los reyes de la tierra y vencedor del pecado, es de quien se origina el poder temporal del Papado.

El primer capítulo del primer Evangelio es la genealogía de nuestro Señor, base de sus derechos como Hijo del Hombre. Zorobabel, primer hijo de Adán en el quincuagésimo tercio grado, y de David en el vigésimo, fue á la vez el abuelo paterno de José por Abiud, y el de María por Reza. Entonces José se unió á María, su parienta, y los dos esposos eran los únicos vástagos que quedaban de las dos ramas de la Familia Real. Y las vicisitudes políticas enviadas por Dios, vinieron entonces á cerrar el libro de las genealogías, tan cuidadosamente conservado en todo Israel hasta aquel instante.

Jesucristo toma el nombre de Hijo del Hombre, porque es el primogénito de los hijos de Adán, el jefe de la raza humana, el heredero de la autoridad y del poder del padre sobre la familia; y toma el nombre de Rey, porque es el Rey natural de todas las naciones. Rey y sacerdote eterno.

Sus derechos han sido delegados á Pedro, y mil veces, durante el trascurso de los siglos, ha reconocido y proclamado solemnemente esta delegacion. Aun hoy mas de doscientos millones de hombres repi-

ten que Pedro, el Vicario de Jesucristo, es el jefe de la familia humana.

Al establecer Dios su reinado y su alto dominio sobre la tierra, de la que es Criador, no ha querido reservarse para sí mas que un pequeño espacio, del mismo modo que no exigia para ofrendas mas que una muestra, digámoslo así, de los bienes que la hace producir en abundancia, y para sacerdotes mas que un pequeño número, que Él mismo cuida de alimentar con esos bienes.

Pero al mismo tiempo ha escogido á Roma, porque Roma era la ciudad Reina, la fortaleza del enemigo. La dió á Pedro, no para que reinase en ella desde luego en paz, sino para vencerla, conquistarla y conservarse en ella, por el mas extraordinario y mas prolongado de los milagros. El viaje de Israel en el desierto no fue mas que una imagen compendiada de los trabajos que el nuevo Moisés y el nuevo pueblo tendrían que sufrir, para entrar en la nueva tierra prometida. Desde San Pedro á San Silvestre, desde San Silvestre á San Gregorió el Grande, desde San Gregorio el Grande á San Adriano I, desde Neron á Carlomagno, no hay un solo dia en la historia de Roma que no esté marcado con nuevos prodigios.

Pero los milagros no son la ley permanente de este mundo. Dios se sirve de los milagros para llevar los acontecimientos al orden natural de las cosas. Las maravillas del Éxodo cesaron tan luego como fue edificado el templo, y quedó la ley grabada en los corazones. Despues de tres siglos de martirio y ocho de los mas rudos combates; despues de haber visto pasar la larga

serie de los Emperadores de Roma, los de Bizancio y los bárbaros; despues que Roma quedó desierta varias veces por el fuego, por el hierro y por el hambre; despues que fue varias veces arruinada, demolida y edificada otras tantas por manos de sus Pontífices, la gran obra recibió su perfeccion material de un héroe suscitado para ser la noble imágen del príncipe «segun el corazon de Dios.» El nuevo género humano formado por los Papas ha merecido un Carlomagno; así como el género humano formado, ó mas bien á quien dió una deforme existencia el paganismo, mereció un Neron. La autoridad reemplazó á la tiranía; los Reyes reciben de la Iglesia una pragmática en que están consignados los derechos de Dios, que son los verdaderos derechos del hombre, y se deja ver sobre la tierra una doble maravilla: en Roma un reino del Espíritu establecido por las conquistas del entendimiento por sí solo, y cuyos fundadores no han vertido mas sangre que la de sus propias venas; en el Occidente, un nuevo imperio cuyo jefe se proclama devoto auxiliar del paternal Rey de las almas, del que tiene la misión de conducir á los hombres hasta Dios por los caminos de la justicia y de la paz.

Y si ahora se pregunta *cuáles han sido las obras del Papa en el mundo*, contestaré que acabo de decirlo. Al cabo de ocho siglos, colocó á Carlomagno en el lugar de Neron, y durante los diez siguientes impidió que la tiranía volviese á apoderarse del imperio. Difícil seria designar un hecho evidentemente bueno, una obra benéfica que pueda acrecentar el bienestar del mundo ó darle la salvacion, que los Papas no hayan intentado, no hayan protegido, no hayan llevado á efecto. Consideremos un momento un hecho solo: la institucion y la conservacion de la autoridad.

Ya en el año 58 ó 59 de Jesucristo, aun bajo el imperio de Neron, escribia San Pablo á los fieles que habitaban en Roma recomendándoles la obediencia á los príncipes. Los judíos, recientemente bautizados, conservando aun un resto de esperanza en la venida del Mesías de la sinagoga, eran inclinados á la rebelion, y esta tendencia podia estenderse al resto de los fieles. Sin embargo, vemos al cristianismo, auxiliado por una presencia divina, establecer aun, á presencia y bajo el yugo de los delirios de la tiranía, las primeras nociones de la autoridad. La Iglesia aceptaba en la parte material á esos señores del mundo, por mas que fomentasen la sedicion, el perjurio, la venalidad y el asesinato. No formaba, no adoraba á ninguno, no lloraba su pérdida, pero los aceptaba. Mandaba obedecer al Emperador, pero prohibia adorarle. De este modo, iba respetando el derecho del poder, fortaleciendo las raices de la futura libertad. Porque habia de llegar un dia en que los tiranos cayesen cual los dioses, y entonces el verdadero Dios formaria y estableceria verdaderos Reyes. Así es que cuando el Emperador pedia el impuesto, se le daba; cuando pedia un servicio, se le hacia; pero cuando pedia incienso, se le decia : «Es mejor obedecer á Dios que á los hombres : tú no puedes matar mas que el cuerpo, y nosotros mas que á ti, tememos lo que puede matar el alma.» Y la tiranía mataba en efecto, y se admiraba de encontrar siempre frente á ella nuevas almas, y de ver que era ella misma quien perecia.

La adhesion á la sangre real comenzó cuando la Iglesia hubo consagrado á los príncipes. Una dinastía cristiana era el gran instrumento de salvacion, la verdadera garantía de todos los derechos. El Rey era el protector armado de la justicia y de la Iglesia, el defensor de los oprimidos, el apoyo de los débiles, el

obispo secular, en fin, obligado por los mas santos juramentos á observar las leyes divinas. Si él faltaba á su juramento, no por eso quedaba el pueblo abandonado. Habia un magistrado, un juez sin armas, pero con poder sobre las conciencias humanas, porque jamás hubo un juez mas legítimo ni con mas solemnes obligaciones de defender la justicia, ni mas estrechamente obligado á ser prudente y recto; y este juez marcaba al Rey el límite de donde no debía pasar. Ahora bien; estos Reyes así instituidos y de este modo vigilados, ¿podian llegar á ser unos Caracalla, unos Domicios, unos Decios, unos Magencios ó cualquiera otro de los tan rápidamente degenerados sucesores de Constantino? Al hablar de Carlomagno hemos visto cuáles eran los deberes aceptados y reconocidos por el reinado carlovingio. La historia no tiene fanal que muestre mas claramente lo que el Papa ha hecho en el mundo.

Se reprocha á la Iglesia unas veces su adhesion, y otras su indiferencia para con los Reyes y sus dinastías. La Iglesia ha abrigado siempre los sentimientos que debía abrigar, segun el carácter del poder bajo el cual ha vivido. El poder moderno no es obra suya. En presencia de esa fuerza desdefiosa que la reconoce apenas como un hecho, que la asimila á las demas instituciones religiosas, que como á las demas la arroja su alimento, y que la manda orar y obedecer, no puede menos de recobrar su indiferencia. Obedece cuando debe obedecer, enseña y prescribe la debida obediencia, rehusa lo que debe rehusar, reclama lo que la pertenece, y adora anticipadamente los designios de Dios. El poder es nuevamente un hecho, y un hecho que Dios ha querido. *Omnis anima potestatibus sublimioribus subdita est: non enim potestas nisi à Deo; quæ autem sunt, à Deo ordi-*

notae sunt. La Iglesia no altera en nada el testo de San Pablo, y no lo interpretará jamás de otro modo que como lo ha interpretado siempre. Los hechos pasan y la oprimen; y los deja pasar, y permite que la opriman; pero aunque oprimiéndola, esos acontecimientos pasan, y ella vive siempre, porque es inmortal. Ni las nociones de la autoridad ni las de la libertad perecerán jamás en manos de la Iglesia.

¡Sin embargo, *el mundo se ha separado del Papa!* ¿Es esto efectivamente así? Tal se dice en todas partes, do quiera se emplean frenéticamente la astucia, la mentira y la violencia para arrebatarse al Papado este mundo que, se dice, se ha separado de él. En un siglo tan funesto á las coronas, esta corona se mantiene de una manera tan firme como estraña sobre una insultada frente. Para arrancarla, no bastan los medios ordinarios. Cuando la comunión de los Reyes con los pueblos está completamente cortada (no sabemos por quién), los ejércitos se disuelven, la administracion se torna traidora, los caudillos, por medio de vergonzosos pactos, entregan las fortalezas; únicamente permanece fiel el clero, y se le aprisiona; y el pueblo, y se le mata: en fin, el soberano escomulgado es depuesto *legalmente* por el sufragio universal de ese pueblo que muere por él. Tal es el carácter de la época. Sin embargo, el Papa, mas escomulgado que ningun otro soberano, permanece en su ciudad y sobre su trono.

Se objeta que una mano poderosa le sostiene. Pero ¿por qué le sostiene esa mano poderosa? Al parecer, porque el mundo no se ha separado de él. Observemos que en todos los peligros del Papado, cuantas veces se

ha visto amenazado, el mundo ha entrado en la via de las catástrofes, y ha vuelto á caer bajo la ley del milagro.

Pero consideremos frente á frente al enemigo. El mundo, la parte activa y ardiente del mundo, se ha separado del Papa. La política, la ciencia, el arte, el *vaudeville*, la taberna, hablan contra el Papado. Dicen que no ha sabido marchar con el espíritu moderno. Ante esta razon se inclinan muchos de los que creen que el espíritu moderno se estravia. Pero esta razon glorifica al Papado.

El Papado no ha sabido marchar con el espíritu moderno, espíritu antiquísimo en realidad, porque no sabe marchar con el error. La Iglesia no está sobre la tierra para recibir el impulso del espíritu del hombre, sino, al contrario, para arreglar y dirigir la marcha del espíritu del hombre, segun los preceptos estables y permanentes del espíritu de Dios. La gran miseria de nuestros dias es la debilidad intelectual y moral de los católicos, que permiten que se diga que la Iglesia se ha debilitado separándose del espíritu moderno: ¡como si alguna verdad católica se hubiese convertido en error; como si lo que en otro tiempo se consideró error, se hubiese convertido en verdad! Dios es la única verdad, y la Iglesia católica es la única Iglesia de Dios. Ella ha proclamado todas las verdades frente á frente de todas las oposiciones. Nuestro Señor Jesucristo habia previsto que su Evangelio seria una piedra de escándalo para algunos. Ya en tiempo de San Pablo hubo quien no encontraba en él mas que locuras, y desde entonces cada siglo, cada generacion ha querido quitarle algo. «Sin embargo, dice el P. Faber, Dios no ha juzgado conveniente dar una nueva ley á cada siglo y á cada generacion; no ha querido hacer tanto honor á

esas baraundas triviales que se pavonean en la historia bajo el nombre de espíritu moderno.

Los mismos hombres que preguntan con una espresion de secreto triunfo cómo se ha separado el mundo del Papa, confiesan tambien con un terror mal disfrazado que el mundo, al mismo tiempo que de él, se ha separado de la autoridad, y bien claramente se ve que no encuentran remedio para ello. Y, sin embargo, la autoridad política no ha obrado como el Papa, ha marchado con el espíritu moderno. Ella fue quien, cuando se proclamó el libre exámen, autorizó sus investigaciones, que se efectuaban con la tea en la mano. Ha cogido los frutos, aunque amargos para ella y para el mundo, porque encienden el fuego de ardientes fiebres. En medio del humo de los incendios veremos á la civilizacion balancearse, y, segun todas las apariencias, los últimos apóstoles del libre exámen, herederos de sus conquistas, administrarán formidables narcóticos al espíritu humano.

Hé ahí lo que será el *mundo sin el Papa*; situacion bastante comparable á la del mundo antes del Papa, cuando un representante de esa altiva sociedad romana, cuyas luces, magnificencias y triunfos le habian obligado á refugiarse bajo la dictadura de Neron, decia con altivez: «¿Qué es la verdad?» Y sin esperar la respuesta, vertia la sangre del justo. Hoy esta consecuencia puede parecer estrema. Se conserva aun mucho espíritu cristiano en los pueblos, y muchos reflejos del antiguo reinado cristiano en los tronos; pero esperad á que ese resto se evapore al soplo de los histrio-

nes, y el menosprecio de la especie humana. tornará á abrir el Circo.

Y la espresion «el mundo sin el Papa,» ¿quiere decir que el Papado desaparecerá por completo? No. Cuando el Papa desaparezca; en otros términos, cuando desaparezca el cristianismo, no solo desaparecerá con él la civilizacion, sino tambien el género humano por completo. La humanidad, una vez desconocido Jesucristo, cuando no le dé ya ni Santos, ni mártires, ni sacrificios, ni oraciones, no tendria razon de ser.

Algunos buenos corazones se inclinan á pensar que no estamos lejos de eso, que tocamos á nuestros postreros dias, que el mundo camina rápidamente hácia una total apostasía, en que la tiranía será tal y la seducccion tan terrible, que el Hijo del Hombre habrá de abreviar su duracion si ha de encontrar despues un resto de fe sobre la tierra. Hay hasta quien pasa á indicar varias de las señales anunciadas. Las herejías agradan á los cristianos; los malos arrollan al clero y á la justicia; la bajeza reina en todos los espíritus y mas aun en los corazones, y el mundo, reducido á menos en todos sentidos, podrá bien pronto caber en una sola mano. Y bajo esa mano de hierro presente en todas partes, ¿dónde encontrará un refugio la Iglesia? ¿Dónde estarán las Catacumbas?...

Pero estas circunstancias son locales, y la mayor parte de ellas de todos los tiempos. Seria preciso saber cuánto cristianismo se conserva aun en nuestras venas; seria necesario saber, sobre todo, lo que pesa en las balanzas divinas una sola gota de sangre vertida por la verdad. La fuerza que se organiza para evitar tamaños

males, irresistible en cierto modo, será al mismo tiempo muy débil si está perpetuamente amenazada de una apoplejía. Hay el miedo de que perezca de repente, precipitándolo todo en una anarquía violenta y destructora.

Repugna creer que la historia evangélica toque á su fin; que esa segunda línea (1) de Lútero, causa de los males que sufre el cristianismo hoy, haya de arrancar la roca colocada por mano de Jesucristo. No creo que Dios quiera humillar hasta ese punto á la razon humana. No necesitamos esa afrenta para saber lo poco que somos, y que los mas miserables enemigos son bastantes para destruirnos.

Esperemos el castigo, no la muerte. Serán vengadas todas las trasgresiones y castigadas toda suerte de ingratitudes, y el mundo cargado con sus propios errores, bañado en sudor, en sangre y en lágrimas, atravesará por entre las mas espesas tinieblas implorando la luz, la autoridad y la libertad. Y en esa prueba, cuyo curso pedirá á Dios en medio de sus gemidos que abrevie, el Papa *volverá á tomar posesion del mundo*, ó mas bien el mundo se volverá nuevamente hácia su Dios. Entonces se manifestará la inagotable fecundidad de la Iglesia: de sus antiguas verdades nacerán fuerzas y maravillas nuevas, y proseguirá su obra para colocar á Jesucristo en posesion de toda la tierra y á toda la tierra en posesion de Jesucristo.

Tales son los pensamientos de Roma, la polémica contra el gobierno pontificio es baja, ruin y vergonzosa

(1) Con relacion á la de un ejército, colocada á trescientos pasos de la primera.

(N. del T.)

para el espíritu público; tratemos de no dejarla á tan miserable altura. Tratemos de hacer mirar la cuestion á nuestros adversarios bajo su verdadero punto de vista. Hagámosles comprender perfectamente que quieren destruir una obra de Dios, y precisamente la mas necesaria al mundo. Roma es el reino propio de Jesucristo; la parte que se ha reservado sobre la tierra, con el misericordioso designio de establecer en ella el manantial de la vida intelectual y sobrenatural.

Siempre hemos visto en el mundo un partido que rechazaba este beneficio; mas de una vez ese partido ha sido tan poderoso, que parecia estar compuesto por el mundo entero. Sin embargo, durante diez y ocho siglos la fuerza de los acontecimientos ha doblegado invenciblemente al mundo, haciéndole respetar ese derecho de dominio y de permanencia entre los hombres que se ha dignado reservarse la clemencia de Jesucristo.

Pero ¿de dónde nace esa fuerza de los acontecimientos que sostiene al Papado contra conjuraciones tan frecuentes, tan formidables y tan generales? Buscadlo. El momento no puede ser mas á propósito para aprender la historia de la Iglesia, es decir, la historia del Dios vivo y presente sobre la tierra. Si los hombres que creen amar sinceramente la libertad quisieran entregarse á este estudio, y considerar de cerca, tal como la Iglesia los espone, esos derechos de Dios, á los que ellos en su ceguedad pretenden oponer los derechos del hombre, verian que los derechos del hombre no tienen ni apoyo ni salvaguardia sino en los derechos de Dios. ¡Que deje el Hijo del Hombre de poseer el Capitolio, y en vano habrá tomado posesion de la Bastilla el rebelde de 1789!

Los derechos del hombre, la libertad humana, la vida propia de las naciones son otros tantos pensamien-

tos de Jesucristo, aceptados y cumplidos por su única Iglesia. Antes de Jesucristo, el estado normal de las sociedades era la esclavitud; el derecho normal, el de aquel que tenia mas fuerza para imponer esa esclavitud, y la política normal, la conquista para vender ó matar á los vencidos. *Humanum paucis vivit genus*. Un orador cristiano decia: «La libertad es una invencion cristiana, sigue á Cristo á donde Él va, y desaparece de donde Él se retira.» Los pueblos que Jesucristo no ha visitado, están sentados á la sombra de la muerte; los que habiéndole recibido le han desterrado, van viendo cómo las tinieblas se estienden á su derredor poco á poco; su cabeza aparece todavía luminosa y libre, pero sus miembros están ya envueltos en la oscuridad y como entorpecidos. Mirad si no los súbditos de esa grande Inglaterra, tan altiva por haber subyugado bajo sus propias leyes la ley de Cristo, en esas Indias doradas por el sol, en esas minas á que ella llama sus *Indias negras*, y en las verdes riquezas de la Irlanda: *Humanum paucis vivit genus*. ¿Qué es, en qué se convierte el derecho del hombre bajo el mando de esos señores que desprecian el derecho de Jesucristo? «Dios, dice San Agustin, no ordena nada por su propia utilidad, lo manda todo para utilidad de aquellos á quienes manda.» La cuestion es, pues, saber si ese Señor, si ese dueño podrá ser reemplazado por los dominadores cuya misericordia habia destruido el imperio, y si reporta alguna ventaja al género humano que el Capitolio sea nuevamente levantado sobre el Calvario.

Sin duda que el pedir á los adversarios de Jesucristo, de la Iglesia y del Papado que estudien un poco, es pedirles mucho; mas de lo que la mayor parte de ellos quieren ó pueden hacer. Pero aun cuando ellos hubiesen de abjurar por completo de la razon para ser-

vir á esa pasion que los arrastra, nosotros al menos habremos consolado y afirmado la fe de los cristianos, la cual es un gran elemento de la fuerza de las cosas ó de los acontecimientos.

Dios ha concedido á los cristianos inmensos privilegios; no es el menor el estar al corriente de la escena que se representa en el mundo y comprender sus peripecias, distinguiendo en ella lo que es obra de una mano divina, para que pueda afirmarse así el amor á la justicia y á la verdad, en medio de esas terribles tempestades que en todas partes, menos en el corazon del cristiano, hacen marchitar la conciencia y hasta la razon. Se presentan desastres muy horribles á nuestra vista, y el alma sucumbiria y se dejaria arrastrar inevitablemente á uno de los dos abismos que abren necesariamente las grandes catástrofes sociales: la desesperacion ó el envilecimiento. Pero con luces superiores para contemplar las obras de Dios, el alma del cristiano no ve ya al mal establecer su reinado, sino á la justicia ejercer el suyo; y de este modo puede soportar el peso de un mundo que se desploma.

LIBRO VI.

Roma veduta, fede perduta.

I.

El vecino de la ciudad.

Roma veduta, fede perduta: he visto á Roma, y he perdido la fe. Tal dicen y así lo pregonan, con el mismo tono con que pronunciarían un oráculo, no pocas gentes que ni han conocido á Roma, ni sabido siquiera qué es la fe.

Tal refrán fue inventado por esos hombres que recorren el mundo, y parecen destinados á servir de peso á la ignorancia y de reverbero á la necedad. Nuestras honradas gentes le han tomado de ellos. ¿Qué mas podían desear?

Han visto á Roma; su pasaporte lo atestigua y, si se quiere, hasta hablan italiano; hélos, pues, perfectamente afirmados en una incredulidad razonada, pero sobre todo razonadora.

Se quejan de la aduana, de los mendigos, de las posadas, de los *facchini* (1), de los *vetturini* (2) y de los

(1) Faquin, ganapan.

(2) Carretero, cochero.

ciceroni: ¡demasiado los conocían! En cuanto á lo demas, saben miles de noticias aprendidas en las mejores fuentes.

¿Cómo conservar la fe despues de haber visto las carrozas de los Cardenales, las sandalias de los capuchinos, los *monsignori* en los espectáculos públicos, y los predicadores declamando en medio de una calle con los mas exagerados gestos?

En cuanto á los estudios necesarios para perder la fe, tengo un exacto conocimiento de ellos, porque he seguido de cerca á dos estudiantes, y por cierto ambos de barba gris.

Uno era lector asiduo de *El Constitucional*, y el otro feligrés de Saint-Louis d'Antin. Empleaban el tiempo en vagar por las ruinas, los museos y las iglesias, ansiosos de devorar con la vista en un dia todo cuanto pudiesen.

Se escandalizaban de todo, y la piedad del pueblo tenia el don de chocarles especialmente. A los ojos del incrédulo, esa piedad no era mas que fanatismo, á los del feligrés de San Luis era supersticion.

Declamaban contra la multitud de vírgenes que por todas partes habia, y contra la rareza de los reverberos. Pero en materias de religion, el mas furioso no era el incrédulo, sino el feligrés.

Cuando nos veia besar la mano á un sacerdote, esa mano que recibe y distribuye el cuerpo de Jesucristo, no podia contener los ímpetus de su mal humor. Envilecíamos á la Francia, decia.

Los sacerdotes romanos se le figuraban demasiado rigidos, ¡unos sacerdotes sin valona! Los oficios eran demasiado cortos. Vituperaba la pompa de las ceremonias pontificales y la sencillez de las comunes ú ordinarias.

En San Pedro echaba de menos su reclinatorio de terciopelo amarillo. Le desagradaba arrodillarse sobre el pavimento. En general, encontraba que en Roma se hacía mucho para Dios, pero que se atendía muy poco á los feligreses.

En el Coliseo arengaba en forma contra el clero romano. «En lugar de una cruz de madera, decía, ¿no estaría mucho mejor ahí una hermosa cruz de bronce dorado? ¡Ah! ¿Qué hace este clero romano de sus inmensas riquezas?»

El feligrés disputaba en todas partes sobre la autenticidad de las reliquias. El oír hablar de un milagro, le producía fiebre.

En fin, cansado de tanto repetirnos *Rationabile obsequium vestrum*, consagró exclusivamente su compañía al incrédulo. Uno y otro se colgaban siempre que podían de los viajeros comisionados, de los ingleses, y no pocas veces de algunos italianos, graciosos de oficio, y tan desocupados como ellos.

Por la noche, en la posada, nos contaban mil simplezas sobre la sociedad romana. Era el botín del día. Al cabo de un mes, nuestros hombres habían visto á Roma y perdido la fe.

El necio de Francia, político, religioso y literato, trasportado al augusto teatro de Roma, adquiere allí una perfección que no pueden pretender los necios de ninguna otra nación.

He pintado la clase dulce, suave de los necios, pero aun hay otros, hay otros peores; los hay perversos, infames, monstruosos.

Creo ver todavía á ese pobre Blanchard, el incrédulo

dulo. Era un buen hombre. Tenia por esposa á una jó-ven á quien llamaba *Minette* (1), y á quien paseaba por Italia para distraerla.

Sin embargo, esta digna criatura no se divertia completamente. Se quejaba de dolor en el cuello al mirar los cielos rasos de estas grandes iglesias, que la daban miedo.

Despues decia á su marido : « Blanchard, ¿qué placer puede encontrarse contemplando ruinas? Son muy tristes; pueden acabar de caerse sobre nosotros, y ademas dentro de ellas se albergan toda clase de bestias. »

Blanchard respondia : « No, esto es hermoso, porque es antiguo. Cuando regresemos á nuestro pais, nos alegraremos de poder decir que lo hemos visto. »

Ella replicaba : « Estos paises son demasiado cálidos. Puedes caer enfermo y morirte, lo cual seria muy embarazoso y comprometido para mí. Vámonos. »

Blanchard contestaba : « Es, en efecto, muy notable que haya quien se incomode para ver esto, y el calor es ciertamente muy molesto. Pero al menos, siempre podremos decir que lo hemos visto. »

Y se fueron por fin llenos de inocencia, y vivieron dichosos en su casa de Chignac, cuya magnífica situacion en el centro de la ciudad apreciaron mas cada dia.

En secreto, Blanchard y Minette eran algun tanto supersticiosos. Habian recibido la bendicion del Papa, y besado el pie de San Pedro: « Esto no podia ser malo. »

Se habian llevado consigo medallas, rosarios y un Crucifijo con indulgencias para la hora de la muerte. Todos estos objetos durmieron largo tiempo en sus cajones.

(1) Micha, michita.

Sobrevino un catarro á Blanchard. Entonces él mismo dijo á Minette : « No sentiria ver á nuestro párroco. » Minette replicó : « Eso no puede hacer daño. »

El catarro se llevó al otro mundo á Blanchard confesado. Madama la viuda Blanchard pasa hoy, y con razon, por una de las buenas cristianas de Chignac.

En cuanto al feligrés de Saint-Louis d'Antin, defijo que ha vuelto á encontrar la fe sobre su reclinatorio de terciopelo amarillo.

En fin, no puede exigirse que un lector de *El Constitucional* y un feligrés de Saint-Louis d'Antin miren á Roma con los mismos ojos que Carlomagno.

II.

El necio municipal.

El necio municipal es de un género mas irritante, su tontería es mas tenaz. No tiene nada que decir contra los dogmas; no se ocupa de ellos: pero le falta poco para concluir por odiar al catolicismo, por la única razon de que Roma, segun él, está mal edificada, mal alineada, mal cuidada.

— « ¿Qué es lo que hace este gobierno de sacerdotes? Una sola calle de Roma está provista de aceras, todas se encuentran mal barridas, algunas ni aun lo están. No sé si podrian llegarse á contar en la ciudad tres plazas próximamente regulares. Nada de riego, y un alumbrado defectuoso.

» Roma tiene veinte años de atraso. La haria falta el espíritu de nuestra edilidad (1) parisiense, espíritu

(1) Dignidad del edil, magistrado que en la antigua Roma tenia el cargo de la inspeccion de obras públicas, limpieza y ornato.

(N. del T.)

de conservacion y de progreso al mismo tiempo. Fue demolido todo; ese es el progreso : se acumulan curiosidades y se llenan con ellas los museos; esa es la conservacion.

»Estos monumentos, estos preciosos restos de la antigüedad, ¿no deberian estar calzados de asfalto, vestidos de rejas ó celosías, y rodeados de floridos parterres? ¿Deberia vacilarse para hacer cinco ó seis largas calles que cortasen la ciudad en líneas rectas en todos sentidos? »

Si se le objetase que para eso seria preciso demoler las iglesias y pasar por encima de los conventos :

»Las iglesias y los conventos, replicaria el necio municipal, son terrenos improductivos; hay demasiados, y no consiste el buen servicio de la Religion en erigirla monumentos en obstáculo del embellecimiento de la ciudad.

»Así se hace detestable la Religion, porque impide toda clase de progresos. Construid tiendas en ese suelo muerto de las iglesias y de los conventos. Que pueda el comercio establecerse cómodamente en la ciudad, bien distribuida.

»Entonces tendreis en Roma movimiento, negocios, fortuna. Esta ciudad que hoy no es mas que un centro de curiosidad, se convertirá en un foco de industria y de placer; los extranjeros afluirán aquí desde todos los confines del mundo, y el pueblo bendecirá al gobierno.»

El necio municipal es hombre aferrado á su opinion. Es inútil tratar de hacerle comprender la belleza, fuera de la simetría y de la línea recta; ni la vida, fuera de las anchas calles llenas de carruajes y de polvo. Quiere las calles de Rívoli y los *boulevards* de Sebastopol; tiendas, tiendas.

Por eso al ver á Roma siente un desprecio razonado hácia el gobierno de los sacerdotes, que no entienden nada de alineacion ni de tiendas. Y estiende en la ciudad un veneno pernicioso, diciendo á los propietarios que podrian vender á diez francos el metro de lo que no podria comprarse hoy á diez sueldos.

El, el necio municipal, es quien destruirá á Roma, quien dejará caer la piqueta sobre los monumentos religiosos, quien nivelará las siete colinas, quien hará desaparecer los obeliscos, y quien instalará un café cantante en el Coliseo, donde plantará abedules, geranios y hortensias.

El hará todo esto ayudado por la locura de los romanos mismos, ganados á su brutalidad utilizadora y jardinera. Mas de un proyecto para hacer una gran calle se agita en mas de una mente; á estas horas se hermosea el Foro, adornándole con pequeños árboles; sus ruinas, instaladas en medio de cuadritos de flores, presentan un aspecto como de haber sido llevadas allí la víspera, para mostrarlas al público al dia siguiente.

¿Qué se ha hecho del antiguo *Campo Vaccino*, donde las bestias pacian entre las cañas de las columnas, donde las zarzas florecian sobre el suelo del templo de la Paz? ¿Qué se ha hecho todo aquel aspecto pintoresco que tantos encantos presta á las antiguas pinturas de Roma, y que á los artistas y al pueblo agradaba tanto?

La necesidad municipal le ha limpiado, le ha arrancado y le ha alineado. Nada hay que permanezca en donde el tiempo lo habia colocado y tal como lo habia dejado el tiempo. Y no se dará por satisfecho hasta haber dado al Foro el aspecto de un barrio del Palacio de cristal. Entonces colocará en él molinetes (1), y

(1) Torno en forma de cruz horizontal, para impedir la entrada á las caballerías.

se pagará mayor contribucion para costear los gastos de esos estúpidos embellecimientos.

III.

El necio pagano.

Sobre el necio municipal está el necio pagano. Es un hombre que por la mas estraña de las aberraciones se inflama de amor al ver las cosas que debian llenarle de odio, y que se deja arrebatar por el odio ante las que debian despertar en él el sentimiento del amor.

El inglés Gibbon era de esta clase. Un dia Gibbon dejó ver en Roma ese rostro inverosímil, esa fabulosa fealdad, que engañó el tacto de Mad. Deffant, ciega, y la hizo creer que se usaba con ella una detestable chanza. Estuvo en el Capitolio y fue á ver el Foro.

Algunas vacas pacian sobre los restos, y entre las ruinas de la casa de Oro de Neron cantaban los pastores; al mismo tiempo resonaban con alegría los himnos sagrados en el templo de Júpiter, trasformado en iglesia, y el festivo sonido de una campana se elevaba del convento edificado sobre los residuos del palacio de los Césares.

Al mismo tiempo, algunos monges vinieron á pasar por aquel sitio, pacíficos y graves: sus sandalias hollaban los restos de la Via Sacra, la vía de los triunfadores y de los mártires, y bendecian al pasar á las pobres mujeres que hilaban su copo, y á los niños que jugaban bajo el destruido peristilo del templo de Faustina.

Si algun espectáculo existió jamás en el mundo capaz de encantar los ojos, el corazon y la razon de un

hombre, era ciertamente aquel. ¡Cuántos miles de años no ha deseado el mundo contemplar ese espectáculo de la destruccion de Roma y de la libertad de las naciones!

Sí, allí se encontraba la paz y la alegría de la oracion católica dentro de los sangrientos muros de las prisiones Mamertinas, donde la política romana degollaba á los jefes de los pueblos vencidos; otro eco de la misma oracion se alzaba desde las alturas que sostuvieron un tiempo el trono de los Césares; el sitio desde donde fue declarada la guerra al mundo entero, se ha convertido en pastos; los altares de Faustina han caido por fin, y sencillos pastores reposan tranquilamente en el que fue el lugar de las delicias de Neron.

Vedla; esa es la victoria de la justicia, la victoria de Dios. Dios ha reducido á polvo aquel infame imperio, y las naciones han nacido, y la libertad ha aparecido en el mundo. Si tantos miles de hombres de todas razas que Roma ha hecho perecer cruelmente, hubiesen podido esperar solamente lo que nosotros vemos, hubieran muerto al menos consolados.

Dios ha dejado ver y esperar esto á los mártires. ¡Cuántos de esos héroes, que entregando su vida por la verdad de Jesucristo venian á ser con él los redentores del mundo, cuántos de ellos, al pasar por la *Via Sacra* para ir al suplicio, habrán gozado la vision del Foro convertido en ruinas, y ocupando su lugar el *Campo Vaccino*! «Porque los crímenes de Roma habian llegado hasta el cielo, y era la madre de las abominaciones.»

Y lo que los mártires veian por gracia especial de Dios y con los ojos espirituales, lo vemos nosotros con los corporales; vemos las amenazas de Dios cumplidas, y aun mas que cumplidas; vemos las ruinas de

Roma. Las ruinas no han perecido; permanecen á través de los siglos para ser testimonio de la justicia de Dios.

Se levantan para servir de pedestal á la Cruz victoriosa; subsisten para ser holladas por los pies del vencedor, esos pies clementes que evangelizan la paz.

Y los mármoles del soberbio Capitolio y las columnas de los impuros templos, han venido á formar las graderías y los adornos del pacífico altar, donde no corre mas sangre que la de la víctima voluntaria del amor.

Muchas veces se ha puesto frente á frente la moral pagana y la moral cristiana; se ha dicho lo que eran el hombre y la sociedad bajo el reinado de los falsos dioses y lo que son bajo la ley del verdadero Dios. En ninguna parte se marca, y entusiasmo mas el contraste, que en esa plaza donde se sentó Gibbon al pie del Capitolio.

Al aspecto del Foro brilla de un modo material el centro de la vida romana y del mundo, antes de la victoria de Jesucristo. Allí la antigua Roma ha depositado igualmente el recuerdo de sus inmensos crímenes, que la huella de su asombrosa grandeza.

Si Roma, hecha abstraccion de todo lo que hemos aprendido durante diez y ocho siglos, puede escitar en cierto modo admiracion, mirad solamente las humildes iglesias sembradas á derecha é izquierda en sus ruinas, desde el Capitolio al Coliseo. Vista á través de la Roma cristiana, la antigua Roma no puede menos de desagradar.

Esos grandes romanos, esos señores del mundo,

¿qué mas parecen que bestias inteligentes en las letras? ¿Hay entre los caníbales nada mas atroz, mas absurdo ó mas abyecto, que la mayor parte de las costumbres religiosas, políticas ó civiles de los romanos? ¿Se ve entre ellos una lujuria mas cínica, una crueldad mas infame, ó un culto mas estúpido?

¿Qué diferencia, ni aun de forma, hay entre los ídolos de los negros y los dioses lares? ¿Qué diferencia entre el jefe de la horda antropófaga que se come á los enemigos que vence, y el patricio que compra vencidos para que entren en combate y se den mutuamente la muerte en medio de los festines?

Esa union, esa mezcla de crueldad y de desenfreno que se observa en todas partes por donde la Cruz no ha pasado, y que vuelve á reaparecer doquiera, cuando la Cruz se retira, ¿dónde se ha visto tan espantosa como en Roma? El lupanar era un apéndice al Circo; las mansiones que habitaba la prostitucion estaban contiguas á los sitios en que los *confectores* ejercían sus manos novicias, en los gladiadores heridos.

Antes de entrar en campaña los romanos, encerraban vivos un hombre y una mujer de la nacion á que habian declarado la guerra; despues de la victoria vertian la sangre de los cautivos ó los reducian á la esclavitud; es decir, á una muerte mas ignominiosa y mas lenta. Habia esclavos mendicantes á quienes sus amos—los patricios—mutilaban artificiosamente á fin de que escitasen mas la piedad y diesen mejores resultados.

Un dia César, el gran César; ese guerrero, ese político, ese orador, ese poeta; ese escritor, ese hombre prudente, ese hombre delicado, ese hombre de talento; César, tan superior á los demas romanos y que los despreciaba tanto, hizo el regalo al pueblo de quince

mil pares de vencidos que entraron en el Circo y del cual ni uno salió con vida.

Sin embargo, á pesar de esa largueza, el dictador provocó peligrosamente el descontento del pueblo, y mereció murmullos. César no se habia interesado lo suficiente en tan bella fiesta, y habia afectado leer cartas en el tiempo de duracion de los juegos. ¿Veis ese pueblo y ese César? Pues ese César es mas cruel aun que la plebe: su elegante desden sobrepuja en barbarie á todas las delicias de Neron. Neron al menos, como su pueblo, bebia la parte que le correspondia de la sangre que hacia correr.

¿Por qué, pues, la memoria de César no está cubierta de una execracion universal y eterna? Porque no era cristiano. La conciencia humana, aunque detesta semejantes crímenes, escusa hasta cierto punto á los culpables. Su ignorancia les ciega; no han escuchado la única palabra que es bastante para armar el corazon del hombre contra su propia corrupcion, y detenerle en la pendiente del abismo donde están colocadas toda clase de inteligencias y virtudes no cristianas.

César es un salvaje, y la sociedad pagana una sociedad salvaje. Roma está llena de oradores, de escritores y de artistas; posee vastos conocimientos, leyes fuertes, sabias máximas, un genio poderoso; tiene, en fin, cualidades que hasta parecen virtudes; pero no tiene un freno que la impida abandonarse por completo á todas las pasiones de la carne y del espíritu: ignora la verdad, la caridad, la justicia; no sabe ni aun en lo que consiste el pudor: es salvaje. La supersticion, la crueldad, la impureza, son los frutos naturales, y, por decirlo así, legítimos de su ignorancia.

El cristiano al considerar la sociedad pagana, piensa menos en maldecirla que en bendecir á Dios por haber arrancado al mundo de las tinieblas en que el alma humana se habia tan profundamente sumergido. Solo despues que el Evangelio ha hablado, únicamente contra aquellos que le han conocido y le han hecho traicion, la humanidad ha fulminado sus anatemas, ante los cuales la insolencia de la fuerza del mal ha palidecido y retrocedido muchas veces.

Las sociedades cristianas han gemido bajo el poder de execrables tiranos. En todos los que han tratado de ahogar y de corromper el espíritu del cristianismo, han visto reaparecer el espíritu sanguinario y voluptuoso de los antiguos señores de Roma. Sin embargo, ninguno de esos monstruos ha hecho nada, ni ha imaginado nada, semejante á las atrocidades por cuyo medio los ambiciosos romanos se hacian populares. No han podido hacer falsear durante mucho tiempo la conciencia pública, y á su memoria ha acompañado una nota de infamia, por acciones que ni aun se alegarian contra la gloria de un Trajano ó de un Marco-Aurelio.

De este modo la ley de Jesucristo no solamente ha librado á la humanidad del yugo permanente de la tiranía, sino que la Iglesia de Cristo establecida en el centro mismo de esa tiranía destruida, ha sabido formar en el mundo un espíritu público invenciblemente rebelde á toda tiranía. Hoy el mundo no sufre mas que como una escepcion, de duracion muy corta, lo que en otro tiempo era regla implacable y regla sin escepcion.

Lo que es fácil de ver, cuando se quiere verlo, es que bajo la mano de esos pontífices, sucesores del Senado, de los tribunos y de los Césares, Roma, á través de las miserias y de las debilidades inseparables de la

humanidad, no ha cesado de realizar en sí misma el tipo de la sociedad cristiana, como habia realizado el de la sociedad pagana en otro tiempo. En esa ciudad, donde se habia encontrado toda la sangre que se habia vertido sobre la tierra, el hombre es tratado con la paciencia y la dulzura con que se trata á un convaleciente, y con el respeto debido á un hijo de Dios.

Es protegido, dirigido y honrado. Encuentra piedad para con sus debilidades y su ignorancia, y se trabaja siempre por hacerle mejor. Se le conservan sus derechos, su tierra le pertenece, su sangre y su alma son suyas. ¿En qué lugar del mundo encontrará ese hombre príncipes mas dulces, mas justos, con mas abnegacion y mas ingeniosos para servirle? ¿En dónde, bajo qué leyes ha dado la sociedad al individuo mas tranquilidad, mas luces y mas amigos? En cualquier otra parte el hombre es ante todo una fuerza; en Roma es primeramente un alma.

Y en Roma tambien es donde las costumbres públicas, siguiendo desde mas cerca la direccion augusta de la Iglesia, se han acercado mas frecuentemente y mas por completo al divino ideal del Evangelio. Sé muy bien cuántos estragos han hecho las largas y criminales escitaciones venidas del exterior, sé que la parte baja de todo pueblo está constituida por un verdadero populacho; pero sé tambien que en Roma ese mismo populacho no carece de fe, y no ignora cuán sólidas virtudes cristianas constituyen el ornato del verdadero hogar romano.

Jamás han trascurrido veinte años sin que Roma, esa generosa ciudad, no haya dado al mundo uno de esos héroes que se sacrifican por el amor á Dios y á las almas con la triunfante energía de la santidad. Bendecidos y alentados por los Papas, esos escogidos por

Dios han dejado siempre discípulos que les han perpetuado, y obras que no deben perecer jamás. Una conciencia clara desdeña las altanerías de un ignorante orgullo, y coloca en primera línea al pueblo que ha conservado mejor la fe, y que ha producido mas Santos.

Ved, pues, lo que el inglés Gibbon veía, ó al menos podia ver y comprender contemplando ese terrible Foro, hoy ya lleno de oraciones y de paz, y abandonado al indolente trabajo de los pastores y de las mujeres y á los juegos de los niños. Pero Gibbon no tenia el espíritu menos disforme y menos marcado que el rostro. Era por otra parte apóstata: despues de haber abrazado la Religion católica, la habia abjurado por un temor pueril.

Se habia hecho incrédulo, enciclopedista y perseguidor, para no retroceder innoblemente ante la persecucion misma. Su alma, verdaderamente miserable, adoraba la fuerza hasta el punto de odiar la debilidad, la dulzura y el amor.

Ahora bien; el espectáculo de esa paz en el Foro le irritó, y los cánticos en honor de la fe de los mártires, entonados en el templo de Júpiter, encendieron aun mas la cólera de ese apóstata. Su pobre razon se turbó. Se unió á los sentimientos del Emperador Juliano, y gritó : «En otro tiempo, triunfadores; hoy, monges.» Y resolvió vengar por fin á Júpiter de Jesucristo; á los Césares, de los Papas; y á los triunfadores, de los mártires.

Escribió un libro sabio, diestro y absurdo, en el que, sin quererlo, y sin verlo él, contra su propio designio, que era ensalzar el paganismo, probó : primero, que

:

la decadencia de Roma había dado la libertad al mundo; y en segundo lugar que la civilización hubiera fenecido irremediablemente con Roma, si no hubiesen existido los Papas para salvarla, y, aun lo que es mas, para formarla de nuevo.

Probó que, aun cuando Roma hubiera vencido y civilizado á todos los bárbaros, el paganismo por sí mismo concluiría por destruir á Roma, á la civilización y al género humano. Al mismo tiempo, lleno de una fria cólera, insultó al cristianismo; ó, mejor dicho, insultó á Dios, «que abatía á los pies de su Iglesia victoriosa á un poder que ha sido respetado y temido por todo el mundo.»

Tal fue el libro del bello Gibbon, y tal el resultado de la ira que experimentó al pie del Capitolio, reconcentrada en su pecho al sentir el sublime horror de ver á los monges, y al entristecerse por un sentimiento mucho mas sublime aun, el de no ser sacerdote de Faustina. Porque ¿qué otro empleo hubiera podido obtener este miserable? Había pertenecido al ejército inglés, y se convenció de que no servía para guerrero: mas tarde entró en el Parlamento, y jamás fue estimado ni como orador, ni como hombre de Estado.

¡Qué pobre *petate*, hecho al parecer á propósito para la literatura enciclopedista, y para el tiempo ingrato y frívolo en que vivió! A poca distancia del sitio en que deploraba el esplendor de los Césares, á que *tan cruelmente dió la muerte Jesucristo*, y al en que los triunfadores fueron sustituidos por los monges, se levanta el monasterio dedicado á San Gregorio el Grande, de donde partieron San Agustin y los demas monges que bautizaron y formaron la Inglaterra.

Gibbon tuvo la suerte de ver el éxito de las ideas que habia esparcido. Acababa de publicar sus últimos

volúmenes. Retirado á Lausana, disfrutaba tranquilamente de su gloria, cuando en un hermoso día estalló la Revolucion francesa y renovó las pompas del triunfo, y las costumbres de la dictadura; desterró á los sacerdotes y á los monges, y arrojó á Gibbon de Lausana obligándole á refugiarse en Inglaterra, pais fértil en libres pensamientos, y en donde no se podia sufrir, sin embargo, á este libre pensador.

Completamente al abrigo de todos los cantos de la Iglesia, y protegido contra la aproximacion de los frailes, pero lleno de enojo y de sobresalto temiendo la aproximacion de los triunfadores republicanos, murió haciendo en alta voz la apología de la Inquisicion.

IV.

Bandidos y farsantes.

Los Gibbons no han faltado jamás en Roma: en este momento abundan. Vienen de Alemania, de Inglaterra, de Francia, y, lo que es mas, hasta la Italia y la misma Roma facilitan muchos. Piden que se quite al Papa y que vuelva el César, que se les devuelvan las antiguas bellezas y pasada gloria bajo el Rey Victor-Manuel ó el dictador Garibaldi.

Todos los paganos son por lo general bandidos, y sobre todo farsantes. Los bandidos creen que un golpe hábil al entregarlos á Roma les pondria en estado de hacer magníficos negocios con los plateros y los amantes de curiosidades. Los farsantes piensan que dirian cosas magnificas en el Senado, y que llegarían á ser, por último, grandes personajes. En una palabra; para los bandidos y los farsantes, lo mismo Dios que todo género de orden y toda clase de belleza, son siem-

pre objetos dignos del mas acendrado aborrecimiento.

Quieren solo la fuerza bruta, por razon de que con la fuerza moral no pueden nada, y que sin la fuerza bruta no son nada. La fuerza moral no proporciona ningun lucro al bandido, no da ninguna importancia al farsante. Cuando reina la fuerza moral, el farsante debe guarecerse en su rincon, y el bandido vivir con muy poco, ó encaminarse hácia las galeras. En presencia de la fuerza moral, el bandido es fabricante de velas, ó capitán de un buque mercante; el farsante es profesor de retórica, redactor de un periodiquillo, y autor silbado del Vaudeville.

El farsante y el bandido se han coaligado, y han urdido la trama con tal destreza, y han obrado de tal modo, que están casi á punto de tomar á Roma. Si lo consiguen, los nuevos Césares durarán poco. No tardará en llegar algun bárbaro, y la historia triunfal del pedante y del bandido será para la posteridad mas cercana lo que el libro de Gibbon, un argumento en pro del cristianismo.

V.

El verdadero infame.

Pero no son esos los verdaderos infames; hay uno al lado del cual todos los demas parecen inocentes; monstruo mas temible que el loco, peor que el pagano y que el renegado.

Es el sacerdote enemigo de la Iglesia; execrable parricida, Judas cubierto con la túnica de los Apóstoles, y cuyos labios aun están inundados del misterio divino.

Y existe; yo le he visto, yo le he oído. Desde la

sinagoga al pretorio pasea la impudencia de su traicion. «¡Por treinta dineros el Justo!»

¡Quién me da treinta dineros, y yo le entregaré al Vicario de Jesucristo; yo prestaré mi nombre y mi hábito sacerdotal para seducir la ignorancia de los fieles!

»Treinta dineros, y seré un Caifás; abrazaré á Herodes y á Pilatos, y diré que Pilatos mantiene el órden, y que Herodes guarda la ley.

»Treinta dineros, y traédmele. Yo haré que se presenten contra él acusaciones que vosotros mismos no seríais capaces de inventar: yo le condenaré como trasgresor de los mandamientos.

»Yo le colmaré de las injurias mas terribles, y de calumnias que se creerán mas fácilmente que las vuestras.

»Dadme treinta dineros, é iré á Roma, y volveré á decir yo, con mis palabras de sacerdote, que la libertad ha muerto, que la Religion muere, y que ese cura mata la fe.

»Añadiré que ya es tiempo de que ese sacerdote cese de reinar, que es un usurpador, que no es á él á quien Dios ha dado el trono, sino á vosotros; y, en fin, que la salvacion del pueblo exige que perezca.

»Cuando le hayais destronado, por treinta dineros subiré al altar y cantaré el *Te Deum*; y si le crucificais por treinta dineros, bendeciré á los verdugos.»

¡Infame! no nos contentaremos con menospreciarte, no. Sea cualquiera la miseria de tu espíritu, el crimen está en tu corazon, y ese crimen es demasiado grande. ¡Maldito seas por el crimen de tu corazon!

¡Maldito seas por el pueblo á quien escandalizas, y maldito por los sacerdotes consternados; que la mujer que te ha concebido maldiga sus entrañas; que el Obis-

po que te ha consagrado maldiga sus manos! ¡Maldito seas en los cielos!

¡Maldito seas, porque haces traicion á la Santa Iglesia que te ha formado lenta y cariñosamente para que fueses un sacerdote segun su corazon, y ahora vuelves contra ella sus propios cuidados, y los poderes de que te habia colmado!

¡Maldito seas, ostiario que abres las puertas de la ciudad al enemigo, y que haces sonar la campana de la rebelion; lector que haces mentir á los libros santos; exorcista que invocas á Belcebú; acólito que vienes á serlo de Satanás! ¡Maldito seas!

¡Maldito seas, diácono prevaricador! Tú que has recibido el espíritu de Dios *ad robur*, para defender los bienes de la Santa Iglesia, y que dices á los ladrones que un dominio que es sagrado les pertenece.

¡Maldito seas, sacerdote sacrilego, profanador del altar, parricida abominable, violador de los juramentos mas santos! Todas las traiciones que has cometido, las has cometido diez veces. De ti es de quien se ha dicho: «¡Mas te valiera no haber nacido!»

¡Si no te arrepientes, que cuente Dios tus pasos en el camino del mal sin olvidar ninguno! ¡que acumule sobre ti el peso de los que hayas hecho cometer, y de los que hayas perdonado!

¡Que todas las bendiciones que has recibido, y de las que ahora reniegas, se vuelvan contra ti, qué caigan sobre ti, y te opriman como un sacramento de Satanás!

¡Que las sagradas unciones te abrasen! ¡que abrasen tus manos estendidas para recibir los presentes del impío! ¡que abrasen tu frente, donde debia irradiar la luz del Evangelio, y que ha concebido pensamientos malditos!

¡Que tu alba mancillada se convierta en un cilicio de llamas, y que Dios te niegue una lágrima con que templar su ardor; que tu estola sea en tu cuello lo que la piedra del molino en el de Babilonia, arrojada en el estanque de azufre!

VI.

Dos poetas.

He encontrado en San Pedro dos ilustres personajes: uno á quien amo y admiro, y otro á quien admiro y á quien quisiera amar; el uno es un niño encantador, y que, niño aun, era ya un hombre grande; y el otro un grande hombre que era aun, y que no ha cesado jamás de ser un niño terrible. Este último es Juan-Wolfgang Goëthe: el otro Juan Crisóstomo-Wolfgang Mozart.

Los he encontrado á cada uno en su lugar: Mozart en el templo ante la estatua de San Pedro, y besándole el pie como buen católico; Goëthe en la puerta, y sobre la cúpula, filosofando como buen protestante. Sin embargo, su filosofía no es absolutamente protestante, ni absolutamente exterior. Fija en el interior su profunda y simpática mirada... ¡Pero, no entra!

Esto era en 1770. Mozart tenía catorce años, y recorría la Italia dando conciertos y ejecutando movimientos de fuerza, ¡ay! para sufragar sus gastos de viaje. Tocaba trozos originales suyos sobre el clavicordio; improvisaba en el clavicordio y en el violon, é improvisaba y cantaba preciosos aires con acompañamiento de clavicordio, y con una letra escrita espresamente, y *no oída hasta entonces*. ¡Mozart!

Y, sin embargo, este era Mozart. No solo su genio

se adaptaba á semejante ocupacion, sino que su alegría y su sencillez de niño católico y honrado nada perdian por eso. Estudiaba, escribía, rela, rezaba y obedecía á su padre que le llevaba en aquella escursión, de una en otra, á todas las orquestas de Italia. ¡Qué bella y qué laudable figura de padre, de cristiano y de músico, la de Leopoldo Mozart, padre de Wolfgang!

En todas partes eran bien recibidos. Poco dinero, es verdad, justos los gastos del viaje; pero muchas atenciones, y una inteligencia del genio que no escatimaba las alabanzas. Esa Italia amable, Italia del último siglo, adivinaba «en el muy jóven y muy hábil señor Amadeo Mozart,» como decian los programas del concierto, al gran Mozart. Para los italianos se llamaba Amadeo; ¿cómo hacerles pronunciar Gottlieb ó Wolfgang?

Y de este modo, esparciendo en la calle las fugas, los motetes, las sinfonías; bosquejando óperas, saludado con sonetos, y saludando con sonatas, entró por fin en medio de un hermoso día en Roma. Se fue directamente á San Pedro, donde el Papa celebraba los oficios del Juéves Santo, y allí consiguió llegar hasta cerca de San Pedro, que servia la mesa de los pobres.

«Wolfgang iba tan lindamente vestido, y se presentaba con tal desenvoltura, decia el buen Leopoldo, que los alabarderos suizos le hacian plaza tomándole por un gentil-hombre aleman, y otros hasta le creyeron un príncipe; considerándome á mí como su chambelan,» Wolfgang concluyó por dealizarse por entre los sillones de dos Cardenales. Uno de ellos le dijo: «¿No queríais, aquí, en confianza, decirme quién sois?»

«Soy el pequeño Mozart, contestó. — ¡Qué! replicó el Cardenal, ¿sois vos ese niño célebre de quien tanto se me ha escrito?—¿Y vuestra Eminencia no es, dijo

á su vez el pequeño Mozart, el Cardenal Pallavicini?— Sí tal.» Y hé aquí á su Eminencia y al pequeño Mozart en conversacion. El Cardenal encontró que Wolfgang hablaba bien el italiano. El tambien sabia un poco de aleman, y se lo dijo así en seis palabras, en que habia cinco defectos.

Al despedirse Wolfgang besó la mano del Cardenal, y este se quitó su birrete haciéndole un gracioso saludo. Tales eran entonces, y han sido siempre despues, esos altivos Cardenales. El buen Mozart, entusiasmado, contó despues á su mujer aquella escena tan impregnada del perfume de Roma, y Wolfgang añadió: «He tenido el honor de besar el pie á San Pedro; y como tengo la desgracia de ser demasiado pequeño, ha sido preciso ahuparme, como se hacia con el anciano Wolfgang.»

¡Ah! cuando en adelante vea esta augusta estatua de San Pedro, objeto de tantos sencillos homenajes, creeré ver tambien, en medio del grupo de los fieles ricos, pobres y niños, al pequeño Mozart, levantado en brazos de su padre, y posando sobre el pie de bronce sus labios de oro, sus labios de donde se han exhalado tantas y tan bellas melodías, que se ciernen entre el cielo y la tierra, dulces como una queja, serenas como la oracion, y llenas de anhelos y deseos como el alma de un desterrado.

Todo lo que el viejo Mozart escribió acerca de su hijo durante su permanencia en Roma, y todo lo que el mismo Wolfgang escribió, respira alegría. Ese noble niño estaba siempre alegre; se consideraba dichoso. Se entretenia en repetir el *Miserere* de la Capilla Sixtina; aprendia juegos para enseñárselos á su hermana á su regreso, y la dirigia esquelitas en italiano que fechaba en Roma, *caput mundi*; compuso una sinfonía, tomó lec-

ciones de aritmética, y solia pedir noticias de su canario.

Todo lo que no era música le ocupaba poco. Un dia, despues de vísperas, fue al Capitolio, y vió, dice, *varie belle cose*, y eso es todo lo que de ellas habla. No observa ni una estatua, ni un cuadro, ni un edificio. El arte para Wolfgang era la música. De lo demas no se cuidaba mas de lo que la abeja se cuida de la belleza de las flores de donde saca la miel. Pero si oyésemos lo que cantó bajo la impresion del recuerdo de Roma, sabríamos lo que su hermano Rafael le habló.

Roma amó á Mozart. El Papa le hizo caballero, y aquella fue la primera consagracion de su genio. Hasta entonces se habia admirado el fenómeno, y recompensado mas ó menos al artista que tanto ejecutaba. El Papa honró con una distincion viril al niño que iba ya convirtiéndose en el gran Mozart. Y ese Papa era el bondadoso y desgraciado Clemente XIV, cuyo suplicio habian empezado ya las cortes europeas.

Diez y seis años despues de Mozart, en 1786, Goëthe habitaba en Roma. Le encontraremos en la plaza de San Pedro, con un amigo á quien da el nombre de Tischbein, paseándose ambos y comiendo uvas que habian comprado allí cerca. Disfrutaban de un tiempo sereno, un cielo el mas puro, y un sol templado. Era el 22 de noviembre, *Fiesta de Cecilia*, dice Goëthe; fiesta de Santa Cecilia, hubiera dicho Mozart, quien seguramente no hubiera faltado á misa y á las vísperas aquel dia.

Los dos amigos, pues, se paseaban de una parte á otra comiendo sus uvas. Pero el sol llegó á ser abrasa-

dor. Entonces, no pudiendo resignarse á abandonar aquel pórtico mas bello que el de Atenas, se refugiaron á la sombra del gran Obelisco, y aquella sombra era precisamente del ancho necesario para cubrir á dos personas. ¡Oh Goëthe, si hubieras tú querido! En la cruz de bronce que domina al Obelisco, habia colocado Sixto V una partícula de la verdadera Cruz.

Despues los dos filósofos se trasladaron á la capilla Sixtina. Mozart fue á ella por el Papa y por Allegri; Goëthe fue por Miguel Ángel. Los cuadros estaban completamente iluminados. «Yo no hacia mas, dice Goëthe, que mirar y admirarme. La virilidad intrínseca de ese maestro, su *grandiosidad* sobrepuja cuanto pueda decirse.» *Grandiosidad*, observad bien esa espresion; Mozart hubiera preferido á Rafael; Goëthe debia preferir mas bien á Miguel Ángel, á un Titan.

Despues de haber contemplado y vuelto á contemplar de nuevo aquellos lienzos (es siempre Goëthe el que habla), penetraron en la Basilica, inundada de la mas hermosa luz de un cielo sereno. Sin *dejar-se estraviar* por un gusto demasiado razonable, ahogando todo juicio severo, disfrutaron de la vista de lo que tanto les encantaba. ¡Hé ahí la gran mirada de Goëthe! ¡Héle ahí, sencillo como Mozart!

«En fin, continúa, subimos al tejado del noble edificio, desde donde se ve la reducida imágen de una ciudad bien edificada; casas, almacenes, fuentes, paseos, iglesias. Llegados á la cúpula, contemplamos el claro pais de los Apeninos, el Soracte, Tívoli, Frascati, Castelgandolfo, la llanura, y mas lejos el mar; á nuestros pies teníamos los inmensos palacios, las brillantes cúpulas, las grandes ruinas; Roma, en fin.

»Despues de habernos penetrado bien de todo, descendimos. Se nos abrieron las puertas del frontis y de

la nave. Se puede recorrer y mirar desde lo alto toda la iglesia. Cuando estábamos sobre el frontis, el Papa pasó por debajo de nosotros, para entregarse á sus devociones de la tarde. ¡Nada, pues, nos faltó!...

Hé ahí lo que podría leerse en el libro de apuntes de cualquier alemán, de cualquier inglés, y hasta de cualquier francés: siempre que no pensase enviarlo á los periódicos, diría otro tanto. Se pregunta por qué Goëthe, antes de lanzar esas notas, esclama: « Es preciso que yo conserve vivo el recuerdo de este dia dichoso; que diga al menos históricamente de qué es de lo que he gozado. »

Es que en ese dia, y no por primera vez, Goëthe habia respirado el perfume de Roma. Antes del dia de la *festividad de Cecilia*, invertido todo él en considerar á San Pedro, la mas maravillosa flor del suelo romano, flor que exhala su perfume perceptible á los sentidos, como una atmósfera material de las gracias espirituales que el alma puede encontrar en él; antes de ese dia dichoso, Goëthe, sin comprenderla aun por completo, habia indicado la razon de esa alegría que le acompañaba á través de la ciudad de Dios.

Mozart cantaba en esa ciudad como un niño en la casa paterna; no trataba de darse cuenta de una dicha que no le admiraba. Goëthe es un desterrado; el ambiente de la patria le embriaga llenándole de una alegría inmensa.

Goëthe no conoce la ley que le destierra: más todavía; ignora que respira el aire de la patria, porque no conoce ni aun cuál es su patria, ó al menos si comprende que Roma es la patria de su genio, no sabe que mas bien aun que eso, es la patria de su alma. Por eso trata de saber de dónde dimana su alegría.

Jamás el misterio de Roma ha sido mejor espresa-

do : «Vivo aquí circundado de un resplandor y en una tranquilidad de que no me doy cuenta á mí mismo. La sabia costumbre que he adquirido de ver todas las cosas tales como son en sí, de formar de mis convicciones la luz de mis ojos y de desechar cualquier pensamiento contrario á ellas, me hacen hoy dichoso.

»Todos los dias encuentro alguna cosa nueva y notable; todos los dias hallo imágenes frescas, grandes, maravillosas, y un conjunto en que habia pensado y soñado durante largo tiempo, pero del que la imaginacion no podrá nunca formarse una idea perfecta.

»Si despues vuelvo mis ojos hácia mí mismo, encuentro tambien un sentimiento que me regocija. El que mira seriamente en derredor de sí, y tiene ojos para ver, debe hacerse fuerte necesariamente y debe llegar á adquirir una viva comprension de las cosas sólidas y serias.

»Así el espíritu se marca con el sello de una capacidad vigorosa, y se llega á una seriedad, exenta sin embargo de aridez, y á una madurez llena de alegría. Al menos, en cuanto á mí, me parece que no he sabido nunca apreciar las cosas de este mundo de una manera tan justa como lo hago hoy. Mi permanencia en estos sitios ejercerá en toda mi vida una influencia bendita.

»Dejadme amontonar todas las ideas tal como afluyen á mi imaginacion. El orden entrará mas tarde. No estoy aquí para juzgar segun las ideas que ya he recibido. Quiero esforzarme para alcanzar la grandeza, y aprender á formarme antes de cumplir mis cuarenta años.»

Y sin embargo, Goëthe ha continuado protestante, y ha tocado las consecuencias del protestantismo; se ha convertido en pagano. Ha escrito odiosas é indignas

palabras contra esa fe católica, ante la cual había sentido el deseo de *alcanzar la grandeza*. ¡Ay! sí, y ese ya no es el misterio de Roma, es el misterio de su alma.

Cuando decía después de aquel gran día de San Pedro, después de aquel dichoso día: «Hemos visto pasar al Papa, nada nos ha faltado;» faltaba á la verdad, quizás apercibida por él aquel día y en aquel momento mismo. La sombra de la cruz de Jesucristo se había proyectado sobre él aquella mañana: cuando el Vicario de Jesucristo pasó junto á él por la tarde, faltó á Goëthe el ponerse de rodillas.

Si lo hubiera hecho, si hubiese adorado á Aquel que pasaba por delante de él con una apariencia mortal, si le hubiese pedido ese don del amor que hace nacer la belleza, entonces, impulsado por el deseo y la necesidad de purificarse y bien pronto bañado con la sangre del Cordero de Dios que quita los pecados del mundo, hubieran desaparecido las manchas que oscurecen el genio; ese peso que quita la ligereza á sus alas, esas caídas que tanto le lastiman; esas ceguedades que ocultan á sus ojos lo que le ha sido dado ver desde tan alto y tan lejos.

Entonces el perfume de Roma hubiera entrado por completo en su alma, y la hubiera embalsamado para siempre; y ese perfume dentro de su alma, se hubiera convertido en una voz que le hablaría, como hablaba en el alma cristiana de Mozart. No hubiera exhalado esos acentos atrevidos, incompletos, deshonrados á veces; sus mas atrevidos vuelos no se hubieran detenido á la mitad del camino de la grandeza.

¡Juan Wolfgang Goëthe, Juan Wolfgang Mozart! En esos dos hombres Roma ha visto las dos obras mas grandes del arte moderno, antes de que estas naciesen: D. Juan y Fausto; y en ambos se deja sentir el perfu-

me de Roma. En D. Juan el interior, en Fausto el del exterior.

Al concebir su obra, Goëthe y Mozart se han encontrado frente á frente con el mismo enemigo, y le han vencido. Mozart, niño dócil de la Iglesia, le encontró fuera de sí mismo; Goëthe, niño rebelde, le vió surgir de su propio corazon.

Y acaso la incompleta victoria de Goëthe atestigüa mas que la de Mozart el poder de la belleza verdadera y viva; porque Goëthe ha tenido que prosternarse ante ella á pesar suyo, tembloroso de ira. Mozart no ha obedecido mas que á su amor.

Mozart recibe de un libretista chabacano y trivial, un tipo de ignorancia hundido en el fango, y fuera del alcance de la misericordia divina; pero escuchando las armonías de la Santa Iglesia, le trasfigura con una mirada de su ojo de paloma, le da un alma, le presta acentos que son capaces de desarmar la mas encarnizada ira, y á fin de conservar intactas las leyes eternas de la belleza, coloca al lado de D. Juan á doña Elvira, que sufre por él y pide por él.

Y cuando hasta las mismas piedras gritan contra el miserable y evocan contra él las potestades del abismo, á través de los mugidos del infierno pronto á devorar su presa, todos los que saben poseerse de la fisonomía de un carácter, todos los que comprenden el lenguaje de las almas, oyen las súplicas triunfantes de Elvira ante el trono de Dios.

El abyecto D. Juan del autor del libreto, el libertino vulgar, vuelve á la putrefaccion de que ha nacido; entre tanto que la creacion del verdadero poeta, el *D. Juan* de Mozart, despojándose de su túnica de lodo, se lanza en busca de la gloria y del arrepentimiento, por el sendero de las lágrimas del amor ultrajado. Allí

se encuentran Mozart y Goëthe en la armonía del perfume de Roma.

Goëthe no estaba obligado á tomar su tema de manos ajenas. Tenia la magnífica libertad de conservar la nobleza, aun en los extravíos de su héroe, y usa de ella. ¡Con qué grandeza huella Fausto con sus desdenes la ciencia humana y rompe el principio del error moderno, el libre exámen, ese juguete del ser pensador! ¡Cómo se conmueve, cómo se estremece, cómo llora al oír el sonido de las campanas de la Pascua católica!

Ese es verdaderamente Fausto; el tipo del pensamiento humano abandonado á sus fuerzas maravillosas é impotentes; ese es aquel bello resto lleno de fiereza, de ironía y de deseos mas grandes que él mismo; llevando en el fondo de su alma el gérmen del amor, es decir, de la humildad. Pero Goëthe, hijo del protestantismo, se ha encontrado inferior á ese glorioso bosquejo. Le oprimia, y él le ha deshonrado.

Se diría que, forzado á ser católico con Margarita por la ley del arte que le obliga á buscar la belleza; Goëthe quiere que el odio protestante sea á su vez satisfecho, aun á espensas del arte. Se diría que para vengarse de esa importuna belleza que le habia hecho estremecerse y llorar para vengarse de las lágrimas y del sacrificio de Margarita, marchita y huella á su placer esas grandes aspiraciones de Fausto, cuyo solo término lógico es la fe, es decir, el amor, es decir, la humildad.

Pero de repente, en el corazon del poeta el instinto vencedor de la belleza triunfa del odio á la verdad. De un solo rasgo suprime al libertino, al pagano, al filántropo; todas estas ignominias desaparecen como las monstruosidades de un sueño, y al resplandor del dia no queda mas que el Fausto por quien Margarita

moribunda oraba; ese Fausto es el mismo que el del D. Juan de Mozart.

¿Quién sabe? Cuando al fin de aquel día de que no se aprovechó, y que no debería haber olvidado, Goëthe vió pasar al Santo Padre, y comprendió que no faltaba nada á la belleza del templo y de la ciudad, ¿quién sabe si bajo aquellas bóvedas algunas de las melodías concebidas por aquel niño que debia llegar á ser un Mozart, vibrarian en el corazon del hombre que habia escrito á *Werther*, y que habia de crear á *Margaritha Mignon*.

¿Quién sabe si esas melodías que habian de llegar á ser el desenlace de D. Juan, no serian las que arrancasen á Goëthe el de Fausto, en que la inteligencia y el amor unidos son llevados al cielo en alas de la penitencia, y ofrecidos á Dios por mano de Aquella que fue concebida sin pecado?

¡Juan Wolfgang Goëthe, Juan Wolfgang Mozart!
¡Cuán grande seria esa Alemania que en un mismo instante daba vida á tales hombres, si perteneciese toda ella á la verdad! Pero el genio de Mozart es mas claro y mas abundante que el de Goëthe. En el bautismo católico, Mozart habia recibido tambien el nombre de Crisóstomo. Le ha conservado, y él es su boca de oro.

LIBRO VII.

Paseos y conversaciones.

I.

Viaje á Subiaco.

Mons. Pedro Pablo es el decano y el tipo de esos galo-romanos que, sin abjurar lo mas mínimo de la Francia, ha llegado un dia en que se han apercebido de que Roma era su verdadera patria. Despues de treinta y cinco años de residencia en Roma, la estudia todavia, la contempla sin cesar, y se complace en darla á conocer. Desde hace treinta y cinco años no solo cada dia la ama mas, sino que la ama infinitamente mas.

Y Roma la vuelve con creces lo que él la consagra. Le ha conservado la juventud, el vigor, la curiosidad, el entusiasmo, y, lo que es mas notable aun, le ha conservado su francés. No todos en Francia tienen el don de poseer el francés. Mons. Pedro Pablo lo poseia con una perfeccion esquisita, y hasta hoy en nada la ha perdido.

Es amante de Corneille, de Bossuet, de Molière, La Fontaine y Mad. de Sévigné. Habla y recuerda perfectamente todas las conversaciones que ha tenido; ayer le

dijeron tal cosa, tal otra esta mañana, y aquella el otro día.

Roma le ha dado el latín. Sabe hacer una inscripción, y por cierto que he oído decir que esto no es poco. En la misma Roma los escritores de epitafios son contados. Mayor, aunque no muy considerable, es el número de los que las juzgan. Cuando estos *catacaldos* cogen por su cuenta alguna inscripción latina recientemente compuesta en la Galia, por mano ó bajo la protección del Instituto, se divierten prodigiosamente.

Mons. Agustín es uno de esos amantes apasionados del ejército francés. Esa elección divina que crea al sacerdote, le ha escogido para serlo. Porque, ciertamente, ¿qué hubiera sido de él, á no haberse consagrado al sacerdocio? ¿A dónde hubiera llevado esa sencillez y ese caritativo corazón, ese ardor de combatir, pero sin derramar la sangre ajena, esa necesidad que sentía de dar á Jesús y de darse él mismo á sus semejantes, que le hacen gozar de una alegría perfecta? ¿Cómo hubiera podido vivir sin alegría, y qué hubiera sido, en medio del mundo, del puro manantial de su alegría? Por eso ha sido sacerdote; ¡no podía dejar de ser así!

Pero en ese sacerdote hay un soldado, y abriga una parte de ese espíritu guerrero, mayor que la que se observa en sus hermanos de ministerio. Y buscando un medio de ser soldado, sin dejar de ser sacerdote, se consagró al servicio de un hospital militar. Allí ha encontrado lo que buscaba; el trabajo, el combate, las discusiones, las conquistas, la franqueza. Y, á la verdad, ¿qué almas tan buenas, tan sencillas, tan francas, tan ingenuas, tan pacíficas y tan cordiales encontró en aquellos soldados! Pero, á pesar de estar tan apasionado por esas almas, hay algo que coloca sobre el ejército

francés: Roma. Para satisfacer á la vez ambas amorosas llamas, Mons. Agustin tiene su principal placer en inostrar á Roma á los soldados.

D. Luis era cazador de Vincennes, sargento y protestante. La misericordia divina le envió una buena fiebre que le llevó al hospital de Mons. Agustin. Hablaron. Al cabo de muy pocos dias el sacerdote dijo al soldado: «Nigaud, ¿por qué eres cazador de Vincennes, y, sobre todo, por qué eres protestante? Dios te querría católico.» D. Luis no habia pensado jamás que Dios se ocupase de las creencias de los cazadores de Vincennes. De todos modos, él consideraba que su principal negocio era ascender á oficial.

Se argumentó, y vino á resultar que el sacerdote tenia razon. Él era quien sabia bien lo que Dios se habia propuesto al crear á aquel buen muchacho que creia haber nacido para cazador de Vincennes. El sargento, curado de su fiebre, pasó desde el hospital al Seminario. Es sacerdote, y ni las charreteras de capitan, ni el caballo de jefe de batalla, ni aun la cruz de honor, despiertan en él el mas mínimo sentimiento. ¡Pero qué dia para Mons. Agustin como aquel en que de un soldado de su ejército francés, vino á convertirse en un sacerdote de su Roma!

Tales son nuestros compañeros y nuestros guias en el viaje á Subiaco. Y es ciertamente haber nacido bajo una estrella muy dichosa, el haber sido reservado para hacer semejante viaje con semejante compañía.

Inspirados por la hospitalidad, los dos Prelados han tomado cada cuál su carga. ¡La hospitalidad! uno de

los ángeles de Dios, que su misericordia ha dejado en el mundo para impedir á los hombres que se olviden por completo de que son hermanos. ¡La hospitalidad! el único ángel que ha permanecido entre los hombres, cuando todos los demas se han ausentado.

Mons. Pedro Pablo se ha provisto de libros, contando como nada la biblioteca de su cabeza, por cierto no provista de volúmenes descabalados, como hay tantas. Mons. Agustin es aposentador; encargado del alojamiento y de los víveres. D. Luis prestará sus servicios cuándo y como se le miente.

En cuanto á nosotros, somos los huéspedes. Diremos dónde queremos ir, y se nos llevará; preguntaremos, y se nos contestará; nos sentaremos á la mesa cuando se nos avise que la mesa está servida; si lo deseamos se nos lavará los pies, y si rodamos por un precipicio se nos dará la absolucion.

Henos en marcha en el tiempo mas delicioso que pueda darse. Un sol encantador, verdes campiñas, un horizonte de un hermoso azul, algun polvo, ilusion del verano, y la plenitud de esa alegría que baña el pensamiento cuando la amistad sonrie á nuestro alrededor bajo un cielo clemente.

El viaje hasta Tívoli fue una continuada diversion, que no cesó ni despues de haber llegado. Hicimos todo lo que de costumbre se hace, y no merece la pena de hablar de ello. En Tívoli hay varios objetos muy lindos: el templo de Vesta, los grandes olivares, las cascadas, la villa de Este, y, en fin, todo Tívoli.

Nos hallábamos en las azoteas de la villa de Este; el sol empezaba á ocultarse. Nuestros guias lo habian previsto así, y sabian la hora en que habia de suceder. A la verdad, la villa de Este es mehos bella que irregularmente preciosa; no puede ocultarse que el tiempo

ha hecho de ella una verdadera madriguera de sapos. Pero el sol se estaba ocultando...

Jamás estos pedruscos han tenido una perfecta belleza. Los príncipes de Este, aunque protectores de los poetas, eran verdaderos príncipes pompadores. Preciso es confesar que se necesita ser muy rico y muy poderoso para hacer tales locuras. Sin embargo, si su idea al establecer esos vastos terrados fue el ver desde ellos la postura del sol, no emplearon mal su dinero.

Desde ellos se divisan los sombríos pinos y los verdes laureles, y el sol al ocultarse llena de extraños esplendores ese gran espacio poblado de recuerdos. Es necesario, para comprenderlo, experimentar el encanto que produce el oír los nombres sonoros de la antigüedad. Aquí vivía Tiburcio, allí Horacio, mas allá Mecenas, en este otro sitio Catulo. Todos ellos unos sendos pícaros... *Ma la gloria!* Esa capilla que se ve en la otra vertiente de la colina, ocupa el sitio en que antes se extendían los jardines de Varus.

En el fondo se descubre una torre : ¡es San Pedro, es Roma! Esa línea continuada y luminosa que forma el límite del horizonte, es el mar. El sol se ocultaba detrás de una nube de terciopelo escarlata; los pinos parecían completamente negros, el cielo estaba cubierto por todas partes de un hermoso azul, y en medio del mas profundo silencio se escuchaba solo el sordo murmurio de las cascadas.

Pero hé aquí que la vieja que nos guiaba nos señaló algunos destrozos, manifiestos ultrajes del tiempo, atribuyéndolos á la maldad de los soldados franceses. «*Dunque*, dijo Mons. Agustino : ¿son los soldados franceses quienes lo arruinan todo? —*Sì, Signore*. — Y á ti, que estás completamente *rovinata*, ¿son tambien los soldados franceses quienes te han arruinado?» La vieja

calló, y se quedó taciturna. En vano Mons. Agustino la dió doble propina; le guardó rencor, y le saludó por despedida con un *Accidente* muy recalcado. *Accidente*, es decir, que mueras sin sacramentos.

Tal fue la única desgracia que nos ocurrió en aquel hermoso día. La comida de la Sibila nos pareció muy buena. El señor aposentador la habia organizado como quien conoce los recursos del país. Confesamos que no habia exagerado mucho, al anunciárnoslas, las salchichas de *tre qualità*, los delicados pichones y el dulce fuego del *vino aleático*.

Después de comer, Mons. Pedro Pablo leyó en Chateaubriand la descripción del campo romano. En ella hay bellezas, hinchazon de estilo y caídas. A veces Chateaubriand tropieza de una manera que asombra. Al hablar de Tívoli, lo hace de un pobre hombre que vió en una capilla, y que tenia un *aspecto muy desgraciado*. Ese *aire muy desgraciado* hace el mismo efecto que un parche en un rostro desfigurado. Por lo demás, á renglón seguido el poeta vierte flores á manos llenas.

Al final del volumen se encuentran algunas páginas de Bossuet sobre San Pablo, que nosotros leímos también. Chateaubriand ha sido modesto; Bossuet le hacia daño. ¡Qué diferencia entre ese hombre de letras que tanto empeño pone en no decir mas que bellezas, y ese Obispo que piensa únicamente en no pronunciar mas que verdades! *Nada hay bello mas que la verdad.*

Al día siguiente, muy de mañana, partimos para Subiaco. El sol nos sorprendió en aquellas bellas montañas, que á cada paso nos mostraba con nuevo aspecto, pero siempre encantadoras. El Anio corre al pie de las

rocas, que la mano del hombre ha fertilizado con un trabajo constante é interminable. Puedo afirmar que el campo romano está cultivado.

Lo que hoy hacen falta son cultivadores. No puede negarse que este pueblo no está dominado por la pereza. Las crestas de esos montes están coronadas de atrevidas aldeas, cuyas viejas murallas tienen aun á lo lejos buen aspecto. Durante largo tiempo los hombres han estado bajo el pie de guerra, en medio de estos abundantes jardines. Pero ¡dichosos los pueblos cuando hacen la guerra y conservan sus murallas!

El cielo estaba sereno. A pesar de la escarcha que cubria la tierra, por do quiera que el sol no habia penetrado, hacia fresco mas bien que frio. En algunos campos estaban quemando yerbas; el humo se elevaba en columnas rectas y delgadas, y nos hizo pensar en los sacrificios del Patriarca en el valle de Mambre.

En San Cosimato encontramos á aquel á quien queríamos ver y honrar, nuestro bienaventurado P. San Benito. El monasterio de San Cosimato está edificado sobre las primeras grutas en que se habia refugiado San Benito. Los franciscanos que le habitan no son menos pobres que lo era él.

D. Luis nos dijo la misa en la capilla del convento. Despues de un *cioccolata* cordialmente ofrecido y cordialmente aceptado, visitamos las grutas abiertas en los flancos de la roca sobre el borde del Anio, que corre á una gran profundidad. Este sitio es mas bello en medio de la aspereza, que el tan cuidadosamente esmerado precipicio de Tívoli.

Y sin querer herir en lo mas mínimo los delicados y santos oídos que no pueden oír despreciar á Horacio,—el que, á pesar de todo, no era mas que un Beranger, aunque mejor dispuesto para la poesia,—al mismo tiem.

po que con el mayor respeto hacía las honradas gentes á quienes agrada la moral y el prudente talento de Horacio, me atreveré á decir que es una cosa muy distinta el ver los lugares en que acabó de cantar Horacio, y aquellos en que comenzó á rezar Benito. Aquí está; ésta fue la primera cuna de las órdenes monásticas en Occidente.

Establecidos aquí los compañeros de San Benito, considerando que la disciplina á que los sometía se alejaba demasiado del espíritu moderno, trataron de envenenarle. Hoy somos mas espertos, el veneno se propina en folleto. Pero el exorcismo hará salir el veneno del folleto, como le hizo salir del vaso bajo la forma de un reptil, y despues de todo no quedará mas que un brebaje inofensivo.

Llegamos á Subiaco, y en seguida escalamos la montaña. Estuvimos en la casa que habitó San Benito, y nos parecia que en todas partes estaba aun presente, que vivia aun. Los que deseen conocer la vida del gran Patriarca, que lean la *Historia de los monges en Occidente*. Es un precioso libro por mas que yo tenga mis razones para encontrar en él defectos; pero, sin embargo, las páginas dedicadas á San Benito carecen de ellos.

Nosotros fuimos recordándolas al subir la montaña. Despues las he vuelto á leer, y no he podido menos de llorar. El cariño de Benito y su hermana Escolástica está pintado con colores verdaderamente celestiales. ¡Qué adios se dieron esas dos almas santas sobre la tierra! Se amaban tanto, que ni aun la certidumbre de reunirse en el cielo pudo contener el curso de sus lágrimas.

Escolástica, para conservar cerca de sí á su hermano algunos instantes mas, pidió á Dios que hiciera un

milagro que obligase á Benito á infringir su regla; y Dios, dócil á esta debilidad, desencadenó de repente una tempestad tal, que Benito tuvo forzosamente que permanecer allí. Riñó á su hermana, pero me persuado que no dirigió el mas mínimo reproche á su buen Maestro. ¡Oh Padre que estais en los cielos, cuán facil es reconocer en ese solo rasgo!

Sobre la montaña hay dos monasterios. El primero lleva el nombre de Santa Escolástica. Es anchuroso, bello, y lleno de majestad. El segundo es el *Sacra Speco*, la Gruta sagrada. Benito se habia refugiado en estas elevadas rocas; aquí habia encontrado el rincon mas á propósito para guarecerse.

Benito era un jóven hijo de muy buena familia, pero que no habia hecho nada notable en ningun género. Habia huido del mundo simplemente por no ser pecador; ayunaba, rezaba, velaba para dedicarse á la oracion, y castigaba su carne para domarla. No se propuso ni establecer una institucion, ni fundar una escuela, ni dejar su memoria entre los hombres; se propuso únicamente vivir bajo la mirada de Dios.

Pero de allí debia salir, por la gracia de Dios, un fruto mas grande, sin comparacion, que la poderosa encina nacida del pequeño grano de simiente que un niño arroja jugando á la orilla del camino; mas grande, mas duradero que todo lo que han establecido en el mundo el genio y la espada; y despues del árbol de la cruz, que debia llevar por fruto á Jesucristo y su Iglesia, Dios no ha plantado nada sobre la tierra que haya llegado á ser mas magnífico y que tantos frutos haya dado.



Esto tenia lugar en el siglo v. El mundo amenazaba algo mas que ruina. No quedaban en él fuerzas mas que para la destruccion. Dios arrojó entonces á estas rocas á ese jóven, á ese niño pobre y desnudo, ajeno á las ciencias y casi salvaje, para que dando, digámoslo así, la mano de esposo á la pobreza, engendrarse con ella una raza de héroes incomparables que todo lo resistirian, todo lo vencerian, y que habian de salvarlo y de reconstruirlo todo.

Aquellas rocas fueron el refugio, el abrigo de la civilizacion, el apoyo y la fuerza de la Iglesia. En efecto; todo estaba allí en un gérmen invisible é indestructible, plantado en las grietas de las rocas de Subiaco. Allí mismo habia existido también una casa de recreo de Neron, y allí, al propio tiempo que Benito, estaba el gran seminario de Jesucristo, el plantel de los Obispos, de los Papas, de los doctores, de los pacíficos conquistadores, de los invencibles mártires, de los devastadores y civilizadores del mundo.

Hé aquí por qué al rededor de la gruta de Benito ha sido edificado, ha echado sus raíces ese monasterio que se alza hoy en el pendiente flanco de esa elevada roca, como el nido de la golondrina colocado en la parte mas alta del empinado muro. Construccion extraña y temeraria, pero que, pues existe, no se puede negar que ha sido hecha, siquiera permanezca siendo inesplicable cómo haya podido intentarse. Porque para comprenderlo es preciso el amor que se necesitó para imaginarlo.

Todo aquí ha florecido. Se han traído mármoles y metales preciosos; se han revestido de toda clase de magnificencias estas piedras que han sido el incensario en que se ha consumido el alma de Benito exhalando un magnífico perfume. Leed lo que es la oracion: ella y

solamente ella, lo ha trasformado y desfigurado todo, y hé aquí aquella oscura caverna convertida en uno de los mas brillantes y mas queridos palacios de Dios.

Do quiera se sabe que Benito dió reposo á su cuerpo atormentado por la penitencia, se ha levantado alguna capilla. Se señala y se conserva con cuidadoso respeto el lugar en que hizo rodar á su propio cuerpo sobre espinas para vencer uno de los mas peligrosos asaltos del demonio. Y esas espinas permanecen aun en el mismo sitio; los siglos no han podido arrancar ni aun esas malezas. Un dia San Francisco de Asis vino á rezar aquí, y el riego de sus lágrimas ha convertido en rosas esas espinas.

Al dia siguiente tuvimos el placer de oir misa en *Sacro Speco*. ¡Cuán bien se encuentra allí el alma, y cuán dulce y tiernamente siente pesar sobre ella la mano de Dios! Pero ¡cuán necesario es tambien darle gracias por ese inmenso favor, y pedirle perdon por el poco tiempo que hemos de conservar su precioso fruto! Esa es la ocasion de admirar y de saborear la maravillosa economía de la misericordia que concede á nuestra indigencia la participacion de los méritos infinitos de Jesucristo, y de los superabundantes de los Santos. *Filii Sanctorum sumus*; y nuestros padres nos han dejado en patrimonio grandes tesoros. Por nuestra parte, puedo decir que agotamos alegremente un tesoro de indulgencias en el tan magnífico de nuestro P. San Benito.

No hubo inconveniente alguno, y pudimos ver el interior del monasterio. Todo en él respiraba paz. Jamás he entrado en un monasterio sin sentir el corazon inundado de delicias y de reconocimiento, al pensar el gran número de almas que dentro de esos muros han encontrado y gustado la paz, y han recibido el

don de poder esparcirla en derredor de sí. El pagano lo decía, y, sin embargo, no era él quien podía decirlo: *Homo sum*, soy hombre, y nada de lo que interesa al corazón del hombre es ajeno á mi corazón.

Ese es uno de los hermosos versos que ellos sabían hacer, y que se recitaban en el Circo durante los entreactos. Y un instante después se bajaba el pulgar para ordenar al gladiador triunfante que matase á su adversario herido. Con las bellas máximas paganas ha sucedido lo que con sus templos; han venido á ser santas cuando el cristianismo las ha purificado y santificado.

En cuanto á mí, siento seguramente que soy hombre cuando veo sufrir; pero, al fin y al cabo, el sufrimiento es el justo lote del hombre, y, lo que es mas aun, es su mayor riqueza. Y confieso que lo que me conmueve mas es el ver cómo Dios ha sabido servirse de ella para multiplicar la paz en este abismo de miserias, en esta vida. Esa paz, ese bien tan poco merecido, esa luz que creó el orden en el caos, y que da la alegría aun en medio de las tinieblas, ha sido colocada aquí por ese mismo Dios para ser gustada por los hombres, y desde aquí esparcida por toda la faz de la tierra.

Desde uno de los patios interiores vimos una enorme roca que pende sobre el monasterio, como amenazándole. Parece que el menor choque seria bastante á hacerla desprenderse, aplastándolo todo con su inmensa mole. Los monges han colocado en medio de aquel patio una estatua de San Benito con la mano levantada hacia ese formidable peligro. En el pedestal se leen estas palabras: «Detente, roca, y guárdate de hacer daño á mis hijos.» Ved aquí un bello resumen de la historia monástica y de la historia de la Iglesia. ¡Cuántos inminentes hundimientos no han sido y son contenidos por una sola palabra!

Regresamos recorriendo esos bellos y deliciosos caminos, siempre favorecidos por el mismo cielo dulce y hermoso, hablando de San Benito, y dando gracias á Dios por haber dado al mundo á San Benito y sus dichosos dias. En Tívoli decidimos unánimemente suprimir el viaje á la ciudad de Adriano, y no visitar la ya muerta mansion de un viejo tirano, precisamente cuando acabábamos de contemplar la vida que anima aun al *Sacro Specco*. Por otra parte, todo lo que allí hubiéramos podido ver, era un resto de las *cento camerelle*; las cámaras de sus cien guardias.

Volvimos á entrar en Roma en la tarde del cuarto dia de ausencia. Era el 29 de enero de 1859, en el que se celebra la fiesta de San Francisco de Sales. El año siguiente, en igual dia, un decreto imperial suprimió *L'Univers*, y de este modo esperiménté en el mismo dia, con un año de distancia, emociones totalmente diversas entre sí. Y, sin embargo, no sé si es verdad que los dias se suceden, y no se parecen unos á otros. Seguramente que yo estaba muy contento en la tarde del 29 de enero de 1859, pero acaso lo estaba mas aun en la del 29 de enero de 1860.

II.

Utilidad de la teología.

Si por acaso tengo algun lector que tema la sociedad de los sacerdotes, voy á decirle, como de paso, que está en un grave error. El sacerdote es instruido, dulce y jovial. Es jovial lógicamente, y con entera inde-

pendencia de su propio carácter, por la razon de que no tiene negocios en que se mezcle el dinero, ni negocios domésticos, ni negocios de ambicion, por la poderosa razon de que posee su alma.

Es un hombre que no teme la bancarota, ni el mal éxito de las obras de su ingenio, ni la casualidad. La casualidad, ese fantasma, ese monstruo á quien se da tal nombre y ese otro monstruo mas horroroso aun, llamado la fatalidad, no persiguen ni atormentan jamás el pensamiento del sacerdote; no los conoce. No ve mas que la mano de Dios. Y cuando esta se oculta á sus miradas, la siente aunque no la vea, y no ignora que bien pronto volverá á mostrarse de nuevo á él. El camino por donde ella le conduce podrá ser desconocido, mas no así su fin, y marcha tranquilamente y con seguridad: *Ambulabam in latitudine, quia mandata tua exquisivi.* ¡Qué palabras tan bellas!

La conversacion del sacerdote es tranquila, es inocente. Todo lo que San Pablo aconseja se debe desterrar; está en ella desterrado, y hé ahí la razon de por qué es alegre. Participa ademas del fortificador encanto del aire puro, que juega en torno del rostro en medio de la pesantez de un dia de estío; y es un cordial, como el balsámico olor de los campos y el agua cristalina de las fuentes. Observadla, y la vereis siempre dirigirse á cada momento hácia Dios, como la solucion clara y natural de los problemas que hayan podido plantearse; y Dios mismo interviene en ella por algun testo de las Sagradas Escrituras, que son la luz que todo lo ilumina.

Hablo de lo que habitualmente se encuentra, de lo regular, de lo comun. En los talentos distinguidos, incomparablemente mas numerosos en el clero que en ninguna otra clase, esas mismas virtudes, mas dulces

aun y mas humildes, esa misma amenidad tan alegre como tranquila, están acompañadas de una precision, de una claridad tal, que seria inútil buscarlas entre las mas privilegiadas inteligencias del siglo.

A Dios gracias, he podido ver á placer en el mundo hombres no solamente de gran talento, sino tambien de un corazon bueno, al par que grande, sin lo cual ningun talento es verdaderamente grande; hombres de Estado, escritores y sabios justamente célebres, y artistas verdaderamente eminentes. He visto en la Iglesia hombres del mismo género; pero eran superiores á aquellos. Todo lo que se sabe en el mundo, lo sabian ellos tambien; conocian mejor que se conoce en el mundo la vida humana, y únicamente ellos penetran los secretos de Dios.

Un solo seglar, entre todos los que yo he conocido, poseia esa vista penetrante, sagaz y tranquila que caracteriza el talento sacerdotal. Era Donoso Cortés; pero Donoso Cortés era teólogo, y todas sus aspiraciones le inclinaban ya hácia el santuario, cuando Dios le llamó para darle lo que la mirada del hombre no puede descubrir, lo que no es dado al entendimiento humano comprender.

Pocas personas en Francia saben lo que es un teólogo y lo que es la Religion católica. Las luces se nos distribuyen con parsimonia, con economía, con temor. Nuestros catecismos son apenas el calco grosero y descolorido de algunas partes de la divina doctrina. No hay duda que aun en esa reduccion domina aun por completo la filosofia, y el menor comentario nos eleva mas que el raudo vuelo á que puede elevarse el entendimiento humano entregado á sí mismo.

Pero cuando es un teólogo quien nos habla, ¡qué de horizontes no descubrimos sobre los ya descubier-

tos y conocidos! ¡Qué torrentes de luz y qué poesía no se desprende de sus palabras! Entonces es cuando nos encontramos, no al abrigo de esa fatiga y de esa angustia, por no decir de ese disgusto, en que muchas veces nos deja sumidos el vacío de la palabra humana; siquier sea la mas sonora, la mas elocuente y la mas benévola. Y no es solamente una capa de oro y de luz lo que se saca de ese baño de vida; el flúido divino penetra tambien en lo interior, y enciende en él hogueras que antes estaban muy lejos de existir.

No quiero nombrar aquí á aquellas personas: en quienes mi pensamiento se detiene al espresarme en estos términos. En otra parte, en éste mismo volumen, he inscrito ya sus venerados nombres. Pero sí puedo indicar una comparacion entre dos hombres, que si bien dejaron de existir entre nosotros, viven todavía en la memoria de todos los que han visto al uno y al otro. El uno era un ministro muy célebre; el otro un Obispo mucho menos conocido. Hablo del príncipe de Metternich y de Mons. Salinis, que acaba de morir Arzobispo de Auch.

Pues bien; ambos tenían muchos rasgos semejantes y casi idénticos. La sagacidad, la finura, la paciencia, el conocimiento de los hombres y de los negocios, y la amenidad, eran característicos en ambos. Habian leído mucho, les agradaba el conversar, y conversaban ambos con el mismo agrado. Debo añadir que M. de Metternich no habia sido jamás impío, y en la época en que yo le vi, era buen cristiano y buen católico.

M. de Metternich ha gobernado el Austria durante cuarenta años, y mas de una vez, durante ese largo período, su influencia ha dominado tambien en Alemania y en Europa. Nada ha creado, nada ha mejorado, ni ha conservado nada. En último término, convenia en

ello. No negaba que hubiese cometido faltas, y hasta confesaba algunas de ellas; pero añadía que la gran falta estaba en el tiempo, y esa no tenía remedio. Creía sinceramente que nada podía ser creado en el espíritu pernicioso de este siglo, nada mejorado, ni conservado nada.

Preguntado acerca de este irremediable vicio del tiempo, no daba apenas cuenta de él. Decía cosas especiosas, ingeniosas, en que no se encontraban defectos, pero que tampoco eran una solución. Explicaba perfectamente en el terreno de su propia política lo que había hecho, las determinaciones que había tomado consigo mismo y con los demás, la imposibilidad de obrar de otro modo; y á todo esto no se sabía qué objeciones hacerle; pero aun no era la solución. Y después de todo, la oscuridad y el malestar era lo que quedaba en el alma. ¿Era posible obrar mejor de lo que había obrado ese hombre tan hábil, tan poderoso, tan conciliador? Y, sin embargo, no había hecho lo que era preciso hacer; porque las naciones son susceptibles de curación, y su enfermedad ha empeorado.

No sé si Mons. de Salinis, seglar y ministro, hubiera gobernado mejor que M. de Metternich; pero Mons. de Salinis, Obispo y teólogo (aunque en la humilde esfera de su país y de su tiempo), sabía mucho mejor que M. de Metternich en qué y por qué M. de Metternich y los demás gobiernos de la Europa habían faltado. Lo sabía, lo decía, y lo probaba. Daba cuenta de las causas del mal y de la impotencia de los remedios, que muchas veces no eran mas que el mal mismo, si no ya un acrecentamiento del mismo mal. A M. de Metternich le faltó vista porque le faltó la fe, y cuando llegó á ver, la decisión y la fe le habían faltado al mismo tiempo. Había considerado lo que

se *podia* ó lo que no se *podia* hacer, pero no habia visto que hay cosas que *es necesario*, y otras que *no es necesario* hacer.

Yo conté en Roma á Mons. de Salinis mis conversaciones con M. de Metternich y con tantos otros hombres de igual renombre, que, acusándose un poco unos á otros, y escusándose otro poco á sí mismos, concluian por esponer las mismas doctrinas, confesar las mismas impotencias, hasta llegar á pronunciar la misma palabra de absoluto desaliento.—Y sin embargo, me decia Mons. de Salinis: «Esos hombres son hombres de mérito, y aun hombres de bien.» Desde mucho tiempo antes, quizá, no habia visto la Europa en el consejo de sus soberanos un personal de ministros tan generalmente regulares.—Era en 1853 cuando hablábamos así.

«Todas esas gentes, proseguia, son ilustrados, moderados, padres de familia. No tienen grandes ambiciones, hablan muy correctamente, y hay entre ellos verdaderos oradores; saben muchas cosas, griego, química, y hasta historia... de cierto modo. Pero les harian falta algunos conocimientos de teología, y no los tienen ni aun de Catecismo; harian falta en los gobiernos sacerdotes, y apenas se encuentran en ellos cristianos. Hé ahí por qué el mal de las naciones no se cura.

«*Reyes, gobernad con atrevimiento*; decia Bossuet. Bossuet sabia su lengua, y no queria decir: Gobernad violentamente, gobernad con dureza, gobernad con cinismo; sino gobernad con el vigor y la energía del buen derecho y de la buena conciencia, como ministros que sois de Dios para conservar y acrecentar el bien. Ahora bien; la única fuente de esa energía es el conocimiento profundo del derecho; del deber y del bien: y hé aquí en lo que no tienen tan grandes conocimientos nuestros

helenistas, nuestros químicos, nuestros historiadores, nuestros letrados y nuestros hombres de negocios de todas clases, porque ese conocimiento profundo del derecho, del deber y del bien, solamente la teología puede darlo. Por eso, faltos de teología, titubean, dudan, son duros, tiemblan, *brutalizan*, forman pactos, ceden y sucumben.

•Aquí, en Roma, en un estado de debilidad material, incomparable y permanente, se ha vivido y se han llevado adelante los negocios durante diez y ocho siglos con majestad y con habilidad reconocidas. Y ¿por qué? Porque se conoce la teología. Los Papas han resistido tantos y tan terribles encuentros por eso solo; porque generalmente han sabido lo que era preciso hacer, é igualmente, siempre, lo que no era preciso hacer. *Non possumus. Non licet.* No podemos. No te está permitido. Hé ahí dos pequeñas fórmulas, bien breves por cierto, con las cuales se clava (1) el cañon enemigo, hasta tanto que plazca á Dios colocar en línea su propia artillería.

Si M. de Metternich y los demas ilustres políticos de este tiempo hubiesen sabido decirse á sí mismos en ocasion adecuada, *Non possumus*; y decir á los demas, *Non licet*; si hubiesen sabido aprovecharse como teólogos de la oportunidad de pronunciar esas simples palabras, y de sostenerlas como cristianos que no se adaptan á convertirse en cobardes é indolentes defensores del bien, y mucho menos á descender al papel de adulares y ministros del mal, creo que hubieran salvado muchas cosas que van á perecer, y que hubieran creado algunas otras que vivirían aun hoy. •

(1) Se entiende por clavar un cañon, introducir á fuerza de martillo un clavo de acero estriado en el fogon de la pieza para inutilizarla.
(N. del T.)

III.

El derecho de asilo.

El palacio Barberini es una casuca real, un manto de púrpura en cuanto á dimensiones y adornos, pero con muchos huecos, cubierto de manchas, y en muchos sitios de pedrerías montadas en cobre. Bramante ha dibujado las escaleras; Pedro de Cortona ha pintado los techos, y hay ademas un gabinete de cuadros, ó mas bien de obras maestras, colgados sobre unas paredes blanqueadas con cal.

No me canso de admirar el resto de elevada dignidad que permanece en medio de ciertas decadencias de la fortuna que se ven aquí. Siempre que el nombre se mantenga altivo, parece prestarse muy poca atencion á todo lo demas. No se cree sea preciso ser rico, ni aparecerlo cuando no es así, ni se juzga necesario desplegar fausto cuando no se puede desplegar.

Cerca del palacio Barberini está el gran convento de los Capuchinos. En la iglesia, los altares y los candeleros son de madera; pero sobre cada altar hay un Crucifijo de nácar de gran precio, y varios cuadros, algunos de los cuales son de un valor inestimable. Entre ellos está el San Miguel de Guido, notable por la majestad de su actitud, la belleza del colorido y la sublime y correcta grandiosidad del dibujo. El Cristo del altar mayor es de mano de Miguel Ángel.

Toda la iglesia está embaldosada con piedras sepulcrales, cubiertas de epitafios, muchos de ellos sublimes. *Hic jacet pulvis, cinis et nihil*; tal es el de un Cardenal Barberini, gran bienhechor del convento. El sepulcro de otro Cardenal, dice: «...General de la orden de

Hermanos Menores, Obispo de Ostia y de Velletri, y decano del Sagrado Colegio: ahora polvo. • Ese es Micara.

No hay lugar alguno sobre la tierra en que la muerte sea tan elocuente como en Roma, ni en que los vivos usen palabras mas espresivas para hacerla hablar; en ninguna parte está mas honrada, mas adornada, y hasta me atreveré á decir mas celebrada; así como tampoco en ninguna parte aparece mas vencida.

Tienen los buenos Padres, contiguo á su convento, un cementerio célebre, con cuya posesion están por cierto no poco gozosos, y el que por mi gusto no existiría. Lo han formado con una tierra procedente de Palestina, que tiene la propiedad de consumir en muy poco tiempo la carne, dejando intactos los huesos.

Un bandido que se habia refugiado en la iglesia, huyendo de la persecucion de la justicia, hubo de reflexionar sobre sus pasados hechos, y vió que el mejor partido que podia tomar era el de consagrarse á la penitencia. Para entretener sus ocios se instaló en el cementerio, guiado por el designio de trasformarle en un lugar de recreo.

Reunió todos los huesos que encontró desecados, y formó una especie de decoracion verdaderamente espantosa. Estaba compuesto de arabescos, florones y rosetones arquitectónicos, arañas, pirámides, cánillas, cráneos, homeplatos, costillas y espinas dorsales. En medio de estos adornos colocó de pie, echados ó arrodillados, los esqueletos enteros, vestidos con su hábito de capuchino. Los esqueletos de algunos hijos de Barberini están por privilegio especial colgados á manera de florones en los cielos rasos de las capillas.

Se necesita, en verdad, mucha sencillez para consi-

derar este hecho tal como lo comprendieron los que lo han permitido; quienes, por otra parte, no dejaron de rezar un solo día por los difuntos. Debemos tener presente, sin embargo, que los cuerpos de los religiosos muertos en olor de santidad, fueron sustraídos al decorador, y encerrados en urnas cuidadosamente selladas.

Añadiré, para terminar la historia de este adornista, que concluyó, según se dice, por santificarse en su extraño trabajo, y murió en su retiro, huyendo de permanecer espuesto al público de una manera ciertamente terrible. Seguramente no estaba desprovisto de cierto sentimiento de lo horroroso; pero lo que probó hasta la evidencia, es que el esqueleto fue hecho únicamente para ser enterrado.

Así, pues, yo convengo en que el cementerio de los Capuchinos, y sus espantosos adornos, no sería un argumento muy decisivo en favor del derecho de asilo.

Pero, á pesar de todo, y decid lo que os plazca, mi querido Coquelet, era una hermosa y buena institucion ese derecho de asilo. Se sintió su pérdida, y ¡ojalá pueda hacérsele renacer!

En cambio de unos cuantos ladrones, y, acaso acaso, asesinos, que alguna vez se escapaban de la justicia, pero que la resarcian condenándose á sí mismos á la prision y á la penitencia, ¿cuántos crueles é injustos golpes no fallaban á la política?

Obligar á la fuerza, y aun á toda clase de fuerza, á detenerse delante del hombre que se abrazaba á los altares, precisándolo á abandonar hasta al criminal mismo que se acogía á su sagrada custodia, era noble, legítimo y sabio.

De este modo esa fuerza humana confesaba que creía en Dios y que esperaba en su justicia. Y nada po-

dia hacer que mayores ventajas la reportase. Para ella era un bien conquistarse tal opinion; y poder así el aplazar ó perder las ocasiones de desplegar sus rigores.

Siendo como era la sumision de la fuerza ante Dios una predicacion muy eficaz, resultaba de ella entre los pueblos un acrecentamiento de la fe que disminuia en otro tanto la necesidad de la accion, muchas veces infructuosa, de la justicia. Muy comunmente el criminal refugiado se convertia. El refugiado político endulzaba el rigorismo de sus opiniones, se esclarecia su espíritu, y perdonaba á los que antes eran el blanco de sus odios.

En Bizancio, el eunuco Eutrópo hizo que se promulgase una ley por la cual se le permitia arrancar á uno de sus enemigos personales del amparo de la Iglesia á que se habia refugiado. Desde el pie del altar le envió al cadalso. Hé aquí el origen de la legislacion contra el derecho de asilo.

Observad, Coquelet, que vuestros liberales amigos son los mismos en todas partes. Muy partidarios de mitigar las penas, y mucho mas de abolir los suplicios, piden que se construyan prisiones suaves, y hasta si se quiere encantadoras; pero, no obstante, son furiosos enemigos del derecho de asilo. Ellos son esos verdaderos filántropos á quienes vemos por todas partes hacer la mas encarnizada guerra á la caridad.

—Son falsarios, dijo Fr. Gaudencio; mentirosos, hijos de la Mentira. Sus antepasados fueron llamados por la boca divina: *Vos estis à patre diavolo*. Descendencia cruel y desgraciada del que ha mentido, que miente y que mentirá contra el cielo y la tierra, contra Dios y contra el hombre.

• En el principio dijo el demonio al hombre: «Tú serás Dios; lo sabrás todo, lo podrás todo, y gozarás de todo.» Y el hombre, habiéndolo creído, perdió el Paraíso. Decaído de su ciencia, de su fuerza y de su alegría, ha venido á ser el juguete del error, la víctima del dolor, el esclavo de la muerte.

Dios se ha encarnado para rescatar al hombre, para arrancarle de la muerte eterna, y para devolverle aun, en el limitado trascurso de la prueba terrestre, alguna parte de las esplendorosas tranquilidades del Eden. ¿Qué digo? Ha dejado sobre la tierra á su Iglesia para cultivar un fruto de vida, y distribuir á los hombres un alimento de inmortalidad que el Eden mismo no producía.

Pero vino la Mentira, y turbó y sedujo al frágil espíritu del hombre. Y le dijo: «Apártate de esos resplandores, porque te engañan; arroja ese alimento, porque te envilece, y rompe esos lazos con que te quiere ligar la Iglesia, porque son cadenas que te aprisionan. Yo soy quien te rodearé de claridades, quien te embriagaré de delicias, quien te dará la libertad.»

La Mentira nada inventa, porque la verdad es todo: la verdad lo ha dicho todo, y ella no puede hacer mas que contradecir á esa verdad. Pero, contradiciéndola con tan obstinada perseverancia, ha logrado relegarla al olvido. Sin embargo, si quereis saber el fondo de sus designios y de sus promesas, y el término de sus obras, vereis que la Mentira es el antípoda de Aquel que ha dicho: «Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida;» ella es el Dédalo, la Mentira y la Muerte.

Afirma, pero no es mas que la denegacion. Tomad la negativa de sus afirmaciones, y encontrareis la verdad en ella misma y en sus obras. Promete la libertad, y da la esclavitud; ofrece goces, y prodiga un trabajo

servil; os brinda con la abundancia, y hace experimentar el hambre; os asegura la concordia, y os empeña en las mas fraticidas guerras.

IV.

Los claustros.

¿Quién es el que hablando de los monasterios, y queriendo, á lo que entiendo, protegerlos, dijo un día: «Es necesario dejar refugios abiertos á los grandes arrepenimientos y á los grandes pesares?»

Semejante necesidad se ha estendido de un modo prodigioso. No hay un solo honrado escritor, mas ó menos católico, que no la haya presentado como objecion á los argumentos de M. Havin. Creo haberlo repetido ya cien veces.

Y por cierto que ha tenido una gran acogida en las cabecillas ligeras.

Ayer estaba yo viendo pasar una procesion. Iban en ellas algunos capuchinos vestidos con su burdo sayal, con los pies desnudos y con la cabeza descubierta, bajo los ardores de un sol abrasador.

Cerca de mí estaban dos graves franceses, uno comerciante en vinos de Borgoña, y el otro en vinos de Burdeos: ambos venden vino de Cette. M. Rapet dijo á M. Marechal:

«Estos capuchinos deben haber hecho mucho malo para imponerse una vida semejante.» M. Marechal respondió á M. Rapet:—«Sin embargo, quizá no haya entre estos hombres tantos malvados como creemos.

»Yo por mi parte puedo decir que he visitado algunos conventos, y á fe mia que se ven en ellos caras

muy honradas.» M. Rapet replicó: «Son holgazanes.» — M. Marechal continuó:

»Confieso que para nada sirven; pero yo quisiera que se los dejase vivir á su gusto. Si se mortifican, ningun mal nos viene con eso; y si gozan, no por eso somos nosotros mas dignos de compasion.

»Qué quereis, Rapet; el mundo algunas veces habla sin reflexionar lo que dice, y abriga aversiones infundadas contra una ú otra cosa. Estos lugares de penitencia, estos conventos, ó como ellos dicen tambien, estos monasterios, segun nuestro modo de ver, son cosas absurdas.

»Nosotros no querriamos por ningun concepto vivir allí dentro. Nos hace falta libertad de accion. Nuestra generosa sangre nos lleva irremisiblemente al centro de los negocios y de los placeres.

»Sentimos la necesidad de hacernos útiles á nuestros semejantes, de gobernarlos, de explotarlos; de penetrar en los arcanos de las ciencias y de los negocios; la necesidad, en fin, de hablar, de escribir y de pensar.

»Todo esto es muy bueno para nosotros. Nuestra conciencia está tranquila, porque no hemos hecho jamás ningun mal. Si acontece un siniestro, no importa, ¡qué diablo! sabemos muy bien volvernos á levantar.

»Pero reflexionemos: no todos los hombres se parecen á nosotros. ¡Cuántos pobres diablos hay á quienes se ve abatidos, solo por haber hecho algunos desatinos, ó comprometido su fortuna, ó perdido á una mujer!

»¿Qué han de hacer esas gentes? ¿han de matarse? no: seamos justos. Bien: se van á un convento. Se necesitan refugios para los grandes crímenes y para los grandes pesares.»

Rapet cedió en vista de estas razones.

Hay ideas bien formadas, cuyo fondo de necesidad no se descubre mas que al verlas acogidas por cierto espíritu. Yo hubiera abrazado de muy buena gana á Marechal. Acababa de desvanecerme una obcecacion como con la mano.

A Dios gracias, he conocido y tratado con un gran número de religiosos, monges, *fratri*, clérigos de toda clase de hábitos, y de toda clase de vocaciones. Los breves momentos que he permanecido en los monasterios, han sido los mejores instantes de mi vida. Desde el dia en que por primera vez entré en la celda del P. Rozaven, como en la piscina que curaba á los leprosos y á los paralíticos, hasta el momento en qué escribo estas líneas, he visto al monge en sus nobles claustros, solitario, sabio, cultivador de la tierra; le he visto mendicante, hijo de Santo Domingo ó de San Francisco, en sus conventos semejante á una colmena; le he visto clérigo regular, jesuita, teatino, barnabita, en su pequeña celda atestada de libros, y sitiado por los penitentes; he visto al misionero recién llegado de los pueblos antipodas: los he visto de cerca, he visto muchos, los he visto en el trabajo, en el recreo, en el coro, y atravesando el mundo: los he visto viejos, y los he visto jóvenes.

Es verdad que estas gentes llevan una vida laboriosa, mortificada, sacrificada; pero ninguno la habia abrazado bajo la impresion de un gran arrepentimiento ó agobiado por un gran pesar.

La mayor parte han entrado allí jóvenes. En el pequeño número de los que han entrado en una edad avanzada, la mayor parte han realizado un deseo formado en su juventud, y que se ha mantenido firme á través de todos los contratiempos de la vida.

Han escogido el claustro, no por haber cometido

crímenes, sino porque temian hasta la sombra del pecado; no por haber sufrido grandes pesares, sino porque abrigaban hácia este asilo un entrañable amor.

Por temor al pecado, se han puesto al abrigo de él; y por amor á Dios le han consagrado su existencia para alabarle, y para hacer, como víctimas, obras que los asocien á la grande obra de la redencion.

Han querido vivir sin tacha, en el trabajo, en la humildad, en la caridad. Vivir para Dios. No me extraña que M. Marechal haya encontrado honradas sus fisonomías. Sin embargo, es cierto, sin género alguno de duda, que los claustros han visto arrepentimientos grandes. Un Rey de los lombardos, encerrado en un claustro por la clemencia de Carlomagno, se hizo voluntariamente fraile. Yo deseo otro tanto á algunos otros Reyes.

Pueden citarse tambien grandes dolores; no obstante, no deben tomarse como ejemplo de ellos á Eloisa y Abelardo, única religiosa y único monje hácia quien M. Havin conserva un profundo respeto.

Pero si no hubiése para poblar los monasterios mas que los grandes arrepentimientos ó los arrepentimientos de los grandes crímenes y los grandes dolores, esos monasterios permanecerian desiertos. Es mas: nunca hubieran estado llenos.

Los verdaderos grandes crímenes son hijos de las grandes ambiciones. Su objeto principal son las grandes fortunas y los grandes placeres; precisamente lo contrario de la vocacion monástica.

Los grandes dolores, los dolores que hacen lanzar gritos y mesarse los cabellos, solo tienen cabida en un alma mal templada, y son indicios de una fe incierta; ambas cosas contrarias tambien á la vocacion religiosa.

Los grandes crímenes llegan á florecer y á dar su fruto en el gran mundo, ó llevan á sus autores á parar al Baño (1); los grandes dolores, los que se revelan con grandes gritos, concluyen en la cocina, en la ópera, ó en unas segundas nupcias.

El gran crimen que se dirige al monasterio está ya perdonado; ha hecho ya las legítimas reparaciones: el gran pesar que se encamina hácia los claustros, ya está consolado; ha aceptado ya la voluntad de Dios.

M. Marechal y M. Rapet se sorprenderían á vista de los grandes arrepentimientos y de los grandes pesares de los claustros. ¡Cómo! dirían. ¿Arrepentirse de no arrepentirse bastante? ¿Llorar por no poder llorar lo suficiente?

Los resultados de esta vida penitente y mortificada asombrarían mas aun á nuestros dos honrados mercaderes de falsos vinos. ¡Cómo! esclamarían: ¿puede haber alegría sin una buena cocina y sin vinos?

Y, á pesar de todo, así sucede; la alegría habita en los claustros. Y la verdad es que es necesario conservar los claustros, para dejar en este mundo un asilo á las grandes virtudes y á las grandes alegrías.

Pero, á propósito de frailes, me viene al pensamiento ese altivo y virtuoso Rousseau, que no quiere que los hombres doblen jamás la rodilla. De todos los hombres que he encontrado en mi vida, los religiosos son los mas incapaces de una bajeza; y, no obstante, pasan su vida de rodillas.

(1) Se llama así á las mazmorras ó cárceles en Berbería y Turquía.

No hacen nada sin haber pedido y recibido de rodillas el permiso del superior; se inclinan ante él por la mañana, por la tarde, cuando salen, cuando entran, en los ratos de trabajo, y en los momentos de descanso.

Ese hombre ha sido elegido por ellos, pero su elección ha sido confirmada por una autoridad mas alta, ante la cual se inclina él á su vez. Ha recibido su investidura del Papa, á su vez investido por Jesucristo. Es, pues, ante Jesucristo ante quien se inclinan los que ante ese hombre se inclinan, y Jesus el que, por mano de estos, les da la bendición.

Así es que, el religioso, en verdad, no hace nada servil, ni bajo, ni sin resultado. La menor de sus acciones de tal manera santificada y bendecida, es grande, santa, sobrenatural. Obra en nombre de Jesucristo, de parte de Jesucristo, para Jesucristo, y con la gracia de Jesucristo, Rey eterno de la tierra y de los cielos.

De tal manera es cómo el portero abre la puerta, y el cocinero cuida la cocina y el menor fraile lego llena los mas humildes oficios. De este modo todo es grande en esos hombres que están siempre de rodillas, y en realidad no pasan su prosternada vida en la tierra; su vida está en el cielo.

Por eso es por lo que la amenidad, la dulzura y la amistad fraternal reinan en esos recintos austeros y los llenan de alegría. Allí veis á los hombres dispuestos siempre á servirse unos á otros.

Entre los trapenses, cuando llega un huésped, se prosternan ante él y se le da un alimento mejor que el de los hermanos.

Rousseau, que durante una parte de su vida fue invitado á comer en la repostería, no hubiera perdonado á los trapenses sus prosternaciones, y no hubiera que-

rido ser Abad de un monasterio benedictino, porque entre los benedictinos el Abad sirve el agua para lavarse á los huéspedes.

¡Qué altivo y virtuoso es nuestro Rousseau! ¡Qué vida tan feliz y tan gloriosa la suya; gracias á su soberbia y á sus virtudes!

V.

En una quinta;

La casa está rodeada de un parterre. Allí florecen, disfrutando de un hermoso sol, los naranjos, los limoneros y las camelias, á la sombra de las verdes encinas y los fuertes cedros.

En medio de esa multitud de flores siempre jóvenes, están mezcladas toda clase de bellas antigüedades. Á través de aquel eterno verdor se ve el Coliseo, Santa María la Mayor y Letran.

El propietario pasa por un hombre que se ocupa en algo porque dedica todos los dias una hora, y algunas veces dos, á los mayordomos que le rinden las cuentas.

— Yo no la echaria de altanero, dijo el pintor; bien es verdad que no puedo, porque no tengo un sueldo; y es preciso no enorgullecerse cuando no se tiene de qué, y aparte de que no hay nadie á quien le falten razones para ser modesto.

• Pero ciertamente si yo tuviese esta casa de campo, un palacio en la ciudad, y campos y pastos y rentas, no me dignaria escuchar á mi mayordomo.

• Yo le diria: Estáfa en buen hora, pero que yo no oiga hablar de ningun negocio. Y haria pintar al fresco toda mi casa... por mí.

— Hablemos seriamente, dijo Mons. Agustino: si es

encontráseis de pronto dueño de esta quinta, y del palacio y de los pastos y de las rentas, buen pintor, mi caro amigo, ¿qué haríais?

— ¿Seríamente? preguntó el pintor. — Sí, respondió el Prelado. — ¿Se trataría, replicó aquel, de comer doscientas mil libras por año? — Mas aun, repuso el Prelado.

— Y bien, dijo el pintor; los primeros días me hallaría algun tanto embarazado. ¡Gastar doscientas mil libras por año! Jamás he probado á hacerlo.

— Mandar á mi administrador que no me robe, acaso no sería necesario, y, en todo caso, no sería cristiano. ¿Coleccionar curiosidades? No, porque la casa ya abunda en ellas.

— Comprar libros, ¿á qué, si no han de leerse? Pero, en caso de que se lean, ¿cómo comprar muchos? Comprar cuadros pareceria mas prudente.

— Sin embargo que poseo ya aquí magníficas galerías, y no vale la pena de tener doscientas mil libras el quitar de su sitio á algunas pinturas para poner otras.

— Una cosa magnífica sería el tener mesa abierta. Todas las mañanas el mantel para veinte personas. Vendría á comer el que quisiera.

— ¿El que quisiera? dijo el Prelado. — ¡Oh! ¿quien quisiera? replicó el pintor: bien podeis comprender perfectamente que no invitaria al duque de... ni á los correspondientes de *La Independencia Belga*.

— Recibir piamonteses, revolucionarios, libres pensadores y tontos sería un oficio muy triste. Preferiria volver á mi *trattoria*.

— Invitaria á quien quisiese de los buenos compañeros. Las gentes de talento, las honradas gentes, los sabios, los artistas... — ¿En fin, replicó el Prelado, las gentes que trabajan?!

—Precisamente, dijo el pintor.—Es decir, continuó el Prelado, las gentes que tienen buen cuidado de *almorzar en su casa con un pedazo de pan y un huevo*. Lo que es esos no os comerian vuestras rentas.

—¿De modo, dijo el pintor, que es preciso resolverse *bestialmente á hacer bien?*—En Roma, respondió el Prelado, no hay otro medio de gastar espiritualmente las rentas.

•Ahora, pues, para hacer bien teniendo una gran fortuna, se necesita primeramente tomar las cuentas á los administradores, y en seguida ocuparse de la distribución.

•Hé ahí el trabajo que se hace en esta hermosa casa, y en algunas otras que yo conozco. Desafío á vuestra imaginativa á que encuentre otro mejor.

•Este trabajo tiene sus fatigas, y, lo que es peor, sus molestias; tiene sus descabros y sus disgustos. No siempre se consigue el fin; no todo obtiene un feliz éxito.

•El peso de una gran fortuna, ese cuidado de conservar el capital y de aumentar las rentas, dificulta necesariamente la marcha de la imaginacion, adormece el espíritu, entorpecé la mano.

•Yo querria, se dice, ser rico para hacer bien. Los grandes bienhechores del género humano han sido pobres. Los que no lo eran por condicion, han venido á serlo por su propia voluntad.

•El Bienhechor supremo decia á sus discípulos: «No tengais dos túnicas, ni atesoreis oro ni plata.» Ellos siguieron su consejo, y han salvado al mundo.

•No hay fortuna judía ni inglesa que iguale á la de los grandes de Roma que escucharon á los Apóstoles de Jesucristo; todo lo abandonaron por hacer bien.

•No es esto decir que no pueda hacerse ningun bien, y hasta un bien muy grande, con una inmensa

fortuna; pero el cristiano no tiene por qué envidiar ese medio.

»Los que lo poseen, le han recibido de Dios para usar de él, segun sus miras, en favor de obras que él juzga buenas, y de miserias que él quiere socorrer. Quizá no se hacen aquí las obras que vos hariais; no se socorre á ciertos pobres que vos conoceis; pero se hacen otras obras, se asiste á otros pobres que no conoceis vos.

»La limosna corre siempre hácia su fin. Dios dirige las manos que la vierten, y pone á su alcance las que han de recibirla. ¿Creeis que una sola gota de agua del cielo sea perdida?

»La lluvia cae sobre las tierras que Dios quiere fecundizar; el diluvio se precipita sobre la simiente que Dios quiere sea anegada. Lo que se pierde para la fecundidad, no se pierde por la justicia.

»Lo que tú quisieras hacer, pide á Dios que lo haga, y si debe hacerse, Dios lo hará. Y Él enviará aquí ó allí la inspiracion necesaria para llevar á cabo los votos de tu caridad.

»Tu oracion es un tesoro inagotable, y que está en tu mano esparcir por doquiera. Si San Juan el Limosnero, San Benito, ó San Vicente de Paul hubiesen perdido y obtenido doscientas mil libras de renta, ¿qué hubieran hecho con esa pequeñez?

»San Juan el Limosnero con sus ejemplos, San Benito y San Vicente de Paul por medio de sus discípulos, distribuyen aun hoy, anualmente, grandes millones.

»Pero volviendo á nuestro primitivo tema, os diré que me agrada ver en la Roma de Cristo algun resto de aquellos grandes patricios de la Roma de los Césares. Me agradan las antiguas y nobles fortunas.

»Me agradan estas casas, en donde la grandeza, la

generosidad y un cierto desden hacia las riquezas, son costumbres naturales, y cualidades nacidas con el individuo.

»Me direis que el poseedor de un gran nombre y de una gran fortuna, no es muchas veces mas que un necio. Sea así en buen hora. Yo no le vitupero sino el que sea avaro.

»Tiene el derecho de ser necio, como lo tenemos vos y yo, y muchos de nuestros parientes y amigos. ¿Hay algun decreto que establezca que los necios no han de tener camisa?

»Un gran nombre aunque esté adornando la frente de un necio, conserva alguna parte de su belleza; el manzano podría decir que la encina es una necia.

»A los ojos del manzano, la encina no produce mas que bellotas. A los ojos del hombre, la encina es hermosa; le proporciona una apacible sombra; detiene el impetuoso viento que despojaría de su fruto y destruiría al manzano; con sus poderosas raíces, la encina impide á la lluvia que arrebatase la tierra vegetal de donde ese árbol saca su savia, y sus amargas bellotas contienen gérmenes que han de convertirse en nuevas encinas.

»Ignoro qué pensamientos reinan en esta quinta. Tal vez ni aun existirán pensamientos; quizá no encontraríamos mas que costumbres: la costumbre de la dignidad, la costumbre de la oración, la costumbre de la caridad; la costumbre de no hacer bajezas, de no imponer los capitales á un 10 por 100, de no ser miembro de los consejos de vigilancia ó de las casas de banca; la costumbre de no buscar la gloria en la composicion de un *vaudeville*; la costumbre de no dejar que se arruine un lugar santo y de no despedir á un desdichado sin socorrerle.

• Y, por cierto que son buenas costumbres. Hay además otras: las mujeres de esta casa tienen la costumbre de ir á visitar á los pobres, y de curar sus llagas con sus propias manos.

• Conozco á algunas de estas mujeres que han vendido sus collares para pagar los remedios que aplican por sí mismas á unas heridas que las manos mas mercenarias no querrian tocar.

• Estas mujeres tienen tambien la costumbre de ser buenas y fieles esposas. No diré yo que distingan un verso de Ponsard de uno de Musset; pero distinguen perfectamente un mandamiento de Dios de una suggestion de Mad. Sand; y tienen, como por costumbre tambien, una mirada que es bastante á alejar todo lo que pudiese ofender al honor.

• No hay en ellas nada brillante ni poético. Un fatuo de estos tiempos, un muchacho capaz de aconsejar á Claudio y de entretener á Domicio; M. Chose, en fin, el famoso M. Chose ha visto, como si dijéramos, pasar á lo lejos á esos hombres y á esas mujeres.

• Ha preguntado á algun administrador furtivo, á alguna doncella despedida; y habiéndose puesto al corriente, por medio de tales informes, de los hábitos y costumbres de la alta sociedad romana, habiéndola estudiado á larga distancia y adquirido la instruccion que con tales condiciones es posible allegar, M. Chose ha tenido el placer de insultar á esos patricios y á esas matronas. Los ha declarado inútiles é iliteratos. Sin embargo, no falta quien aplauda á M. Chose.

• Suponed á M. Chose ocupando el lugar de esas pobres gentes, y profundizareis con una sola mirada el provecho que de ello sacaria el público, y cuánto mejor divididos no aparecerian los bienes de este mundo.

• Y no es imposible que M. Chose llegue á poseer

tal fortuna; es hasta verosímil que la alcanzará. Cuando se asientan ciertas eventualidades absurdas, se puede decir que están ya cumplidas.

»M. Chose, ¿osará jamás de ser un fatuo? Dejo á vuestro arbitrio la respuesta á tal pregunta. Lo único que sé es que aquí encontrará almas mas elevadas que su triunfo.

»Estos grandes señores y estas grandes señoras perderán su riqueza con menos sobresaltos de los que á él le cueste el reunirlos. No pretendo que M. Chose haya de sonrojarse, pero sí tendrá miedo.

»Sus víctimas harán reaparecer el antiguo espíritu romano, pero endulzado con la majestad cristiana. Si no se encuentra la literatura en estas hermosas casas, si no se conocen los nuevos libros de M. Chose, ni aun los que ha escrito para ultrajar á Roma y á los romanos, al menos se sabe en ellas que el mundo ha de concluir, que estos bienes son perecederos, despreciables; que Dios prueba á los justos para purificarlos; que secunda muchas veces las intenciones y deseos de los malos para castigarlos; que por poco apago que se tenga á los mas pingües bienes de la tierra, todavía no es bastante, es preciso abandonarlos por completo; y que la mano injusta que nos despoja de ellos, tiene fuerza para llevar adelante su inicuo proyecto, porque la misericordia de Dios se la ha concedido; que el usurpador encontrará su justo merecido, que su crimen nada puede contra la salvacion de aquellos á quienes despoja; y que antes bien les quita una piedra en que pudieran tropezar en su camino, piedra que se pone á sí mismo al cuello.

»Aquí se sabe todo esto, y se mira al destino frente á frente y bajo su verdadero punto de vista. M. Chose no tendrá esa firmeza de mirada ante los rumores que

bien pronto se levantarían respecto del origen de su fortuna.

• Y cuando la tempestad popular venga á estallar en los umbrales mismos de la mansion del fatuo, buscará dónde esconderse; y le vereis balbuceando oraciones sin tener conciencia de lo que hace, arrinconado en el mas oculto é inmundo lugar de la casa. »

VI.

De la intolerancia.

¡Y bien! ¡magnífico! En verdad que eso es demasiado, es demasiado.—Contadme el caso, Coquelet. Acaso no será tan grave como creéis.

—¡Os reís de esto! ¡Os reís de la intolerancia que difama y qué mata, de la inquisición que impone la hipocresía bajo pena de muerte!.. ¡Pero no siempre os reireis!..—Coquelet, contadme el caso.

—Sí, sí, ¡os lo contaré, y se lo contaré á todo el mundo! Un infeliz empleado denunciado por su párroco;regonado—pre-go-na-do—á la puerta de la iglesia por no haber querido cumplir con la Pascua.—¡Y destituido! ¡destituido!... Su familia...

—¿La tiene?—¿Qué importa? ¡su familia sin pan, porque no ha querido ser hipócrita, porque no se ha permitido cometer un sacrilegio!.. ¡Ah, vuestros sacerdotes!...

Al decir esto, Coquelet no era Coquelet: era un Vesubio. Quise dejarle que se desahogase, pero tenía ansia de confundirme.—Decidme, prosiguió, lo que pensáis de esto.

—Yo, Coquelet, lo encuentro muy bien.—¡Ah! ¡ah! replicó él con una calma terrible: ¡muy bien?—Perfec-

tamente bien.—¿Por sistema?—No, por razones.—¿Podrías decirme las razones en que os apoyais?

—Sí, Coquelet. Y la razon en que me fundo es la misma que en todas partes hace obrar á los gobiernos y á los particulares del mismo modo, en una multitud de casos semejantes ó de menor importancia que el presente.

En nuestro pais se pregonan los nombres de los condenados, los de los contumaces; se publican los de los negociantes que quiebran; se destituye á los funcionarios que se separan del partido del gobierno, y se fusila á los desertores.

Atreveos á decirme, Coquelet, que jamás habeis destituido ni destituireis á ningun agente de vuestro gobierno, tales como cocineras, ayudas de cámara, secretario, etc.

Atreveos á decirme que ni con vuestros discursos, influencias ó votos no habeis pedido jamás la separacion de ningun funcionario del Estado, como comisarios, ministros, príncipes reinantes, etc.

No os atreveréis. ¡Ah! ¡ah! Tambien yo sé magníficas cosas vuestras. Habeis quitado su empleo á padres de familia, los habeis arruinado. ¿Y por qué? Por disidencias de opinion.

Yo os desafio á pronunciar una sola palabra para justificar vuestro derecho ó vuestra severidad, que no justifique el derecho y la severidad del gobierno pontificio hácia el empleado cuya suerte deplorais.

Para obtener un empleo público en Francia, la primera condicion es ser francés. Despues se exige capacidad y honradez... Una honradez cualquiera, algunas veces bajo la simple forma de una fianza.

Antes de admitir á un criado un particular, se informa, y exige certificado de buena vida y costumbres.

Nó quiere ni ser robado, ni que se introduzca la corrupcion bajo su techo.

Está en su derecho; cumple su deber. Tiene derecho á que no se le haga traicion; ni se le robe; deber de no esponer á sus hijos á la corrupcion. Si esas indagaciones provocan la hipocresía, tanto peor. Puede uno ser engañado.

Si el empleado es jugador, y si la cocinera sisa, debe avisarse así; porque, ante todo, debe buscarse la honradez. Esto es, segun yo creo, lo que vos haceis.

En Roma, la certificacion necesaria de nacionalidad, la indispensable garantía de probidad, es la práctica de la Religion católica, única Religion verdadera, única religion del pais.

¿Qué mas amplio, mas hermoso, ni mas legítimo? ¿Qué mas digno ni del individuo, ni del pais? Todo católico es ciudadano de Roma; todo ciudadano de Roma debe ser católico.

Que vuestros funcionarios sean protestantes, judíos ó ateos, poco os importa. La cuestion es que no sean extranjeros. El extranjero en Roma es el no-católico.

Vos perdonaríais quizás al funcionario protestante, judío ó ateo que no fuese á misa el día de la fiesta del Emperador; pero el gobierno le destituiria, y vos perdonaríais al gobierno. En Roma, el Emperador es Dios.

Vuestro empleado, pues, no ha cumplido con la Pascua. ¿Y qué es lo que esto significa? Esto significa que no se cree obligado á guardar los mandamientos de Dios y los de la Iglesia, en lo cual se rebela contra el gobierno y contra la Constitucion misma del pais.

Entonces destruye su nacionalidad, ultraja la fe del pueblo, le habla en una lengua extranjera. Al obrar así, conculca una ley que obliga á todo el mundo, empezando

dó por el Papa; ley que al mismo tiempo encierra la salvación de todos.

Esa ley era conocida por él, y él la confesaba. Era su título indispensable para ejercer las funciones que había recibido. O fue hipócrita, ó se ha colocado en el terreno de la incapacidad: que sufra las consecuencias.

Si no mintió en otro tiempo cuando se proclamó católico; y si sinceramente ha dejado de serlo, ¿por qué al mismo tiempo que de la Iglesia, no se ha separado por sí mismo de su empleo?

Diréis que tenía necesidad de su colocación. Si un criado á quien quisiérais echar de vuestra casa por infidelidad, incapacidad ó escándalo os dijese que tiene necesidad de permanecer en vuestra casa, ¿qué le contestaríais?

Le responderíais que le habíais tomado creyéndole con buenas cualidades, y que al mostrarse enteramente otro de lo que habíais juzgado, él mismo y él únicamente, era quien había perjudicado sus intereses; que si él tenía necesidad de servir, también vos la teníais de ser bien servido.

Añadiríais que estábais en vuestro derecho al exigir garantías de fidelidad, y al no dejar vuestros intereses en manos inseguras; que es vuestro deber no consentir la entrada en vuestra casa á la mentira, la incredulidad y la inmoralidad.

Que si es fácil ser engañado por el fingimiento, lo es más el ser víctima de una traición por el vicio descarado, y que el hipócrita no se hace digno de excusa por convertirse en escandaloso.

Todas estas razones serían buenas en vuestra casa, y aquí son excelentes. No veo por qué el Papa ha de insultar á su pueblo permitiendo sea administrado por gentes descreídas.

No encuentro seguridad alguna, no experimento la menor alegría, no me enorgullece ciertamente el pensar que yo, católico, ciudadano de un país católico é hijo de la Iglesia católica, soy gobernado, administrado y juzgado por hombres que desconocen mi fe, que no tienen necesidad alguna de estudiarla, que desprecian igualmente los derechos que esa fe me da que los deberes que me impone, por hombres, en fin, que pueden insultarla impunemente.

Cuando entro en nuestras antiguas iglesias, verdaderas cunas de la Francia, y no veo en ellas á ninguno de esos funcionarios que por tantos conceptos tienen en sus manos mis intereses, mi libertad y mi vida, se me figura que estoy bajo el poder de un conquistador, que soy despreciado, que una doctrina extranjera ha venido á invadirnos, que me domina, y que el sol de la patria ya no pertenece esclusivamente á la verdadera raza de esa misma patria.

VII.

La celda de Fr. Gaudencio.

—¡Quien sabe! dijo Fr. Gaudencio; ¡Dios algunas veces se contenta con convertirlos en objeto de irrisión! Si quiere reirse de todos estos *perdonavidas*, fácilmente podremos entrever el desenlace.

Para perderlos, no tiene mas que dejarlos marchar libremente; para convertirlos en objetos de irrisión, basta que siga sus pasos. Su sombra hará florecer los caminos.

Entonces las piedras esparcidas se reunirán y formarán edificios; lo que se sembró para que produjese veneno, producirá deliciosos frutos.

¿Qué es lo que hacen y han hecho durante diez y

ocho siglos? Cavar fosas. Y Dios pasa por encima de ellas, y en esos fosos, abiertos ya, coloca los cimientos de las iglesias, los palacios de la vida.

Si yo fuera enemigo de los que nos aborrecen, y Dios me pidiera consejo para castigarlos, le respondería: «¡Señor, colmadlos de prosperidades!

»¡Que su voluntad se cumpla, que el milagro de Vuestras obras no los detenga; que vean al último cristiano y al último justo!

»Os han dicho: «¡Retirate!» Y bien, retiraos, y, sin embargo, mandad á la naturaleza que les obedezca.»

Sí, basta que Dios abandone al mundo. Suficiente es esto para castigar el ingrato orgullo de los hombres; ¡no subsistiría mucho tiempo el mundo!

Quando la policía haya sido llevada á la perfeccion; quando la ciencia haya criado sus maravillas; quando las mesas cruján en todas partes bajo el peso de esquisitas viandas, entonces se comerá la carne humana.

Acaso no se la encuentre mejor que cualquiera otra; pero, ¿no hemos de progresar siquiera un poco?

En China, país de grande igualdad, en donde un simple gobernador hace decapitar á quien mejor le parece, he visto un plato de la mesa del virey.

Era una vianda monstruosa, una cosa infecta, infame. Para formar aquel manjar se dejaban podrir varios animales. Solo el virey comia de aquello.

En las salchicherías de Canton he visto corazon humano ahumado. Un gobernador se distinguió en una ocasion comiendo el corazon de un misionero.

Sabemos muy bien cuál ha de ser el último día del mundo. El Cristo aparecerá, y de un soplo matará á Belial, entonces mas poderoso que nunca, pero no vencedor.

Hasta el último momento, pues, Dios se reservará algunos fieles; hasta el último momento, Belial; aunque triunfante, rugirá á vista de la victoria de Dios.

Reinará, oprimirá, decapitará; insultará; pero no tendrá el placer de decir que él es verdaderamente el Señor, que por fin se ha sobrepuesto á Dios.

Y esa flecha que ha atormentado á todos los anteriores y envenenado su gloria, atravesará también su corazón; sabrá que aun quedan sobre la tierra hombres que no le adoran.

Sus espías le dirán que aun hay cavernas y lugares inaccesibles en donde se oye el murmullo de la oración, en donde se celebran los misterios de Jesucristo.

Al atravesar por medio de las turbas prosternadas ante él, temblará á vista de un esclavo que, levantándose del polvo, le arroje á la faz, como una bofetada, el nombre de Jesús.

Se encerrará en su morada; temerá la luz del día; y huirá de las serenas bellezas de la noche, porque el sol y las estrellas hablan de Dios; pero, á pesar de todo, el nombre de Jesús se destacará aun en medio de sus ensueños.

Despertará bañado de un sudor frío; y en el fondo de su alma envidiará á los mártires de Jesús, ahogados en las hirvientes aguas ó en la púrpura de su propia sangre.

Tal será el tráfago de esos vencedores; de esas encarnaciones de Belial, cabezas que coronan cuerpos disformes y carcomidos por la lepra.

Pero yo les deseo lo que ellos quierén; que el nombre de Jesús se borre hasta de la memoria de los hombres; que logren extinguir la raza de los cristianos; por todo suplicio les deseo que queden entregados á la monotonía enojosa de sus prosperidades.

Imposible sería expresar la tristeza, el espanto y la desesperación de esa humanidad privada desde ese momento de la *sal* del trabajo y del pesar.

Quitadle las guerras y los sangrientos sacrificios, y veréis á esa humanidad abrirse á sí misma en medio de ella propia dos abismos: la voluptuosidad y el suicidio, y precipitarse en ellos.

Y no quedarían mas que dos hombres sobre la tierra: uno sería el señor, otro el esclavo; y ambos se temerían y se aborrecerían mutuamente.

Y un día, por fin, uno de ellos, probablemente el esclavo, mataría al otro durante su sueño; y le devoraría; y él después se moriría de hambre.

Así Dios se vengaría del mundo, dejándole abandonado á sí mismo. Pero Dios quiere sacar de la misma locura del mundo una gloria mas grande y mas conforme á su misericordia.

El infierno extiende las tinieblas, porque es lo único que puede formar. Dios durante la noche trabaja, y cuando ha trabajado lo suficiente, ordena al día que aparezca, y á su luz muestra al universo su obra.

Dios, en su infinita sabiduría, ha puesto en manos del infierno mismo instrumentos cuyo uso no conocía; le ha permitido descargar golpes, pero no le ha dado poder para medir el alcance de los que asestaba.

El infierno desencadena una tempestad, pero esa tempestad es obediente y descarga donde Dios quiere; el infierno vomita un incendio, pero ese incendio acaso es un faro; el infierno forma el caos, pero ese caos es un mundo.

Yo he visto en vuestros Pirineos ese teatro de un

aspecto verdaderamente feroz, llamado enfáticamente el *gran caos*. He visto otros aun mas espantosos y mas siniestros, llenos de leones, de tigres y de gigantescos reptiles.

He visto los lugares en donde Satanás parece haber obtenido el permiso de destruir la obra de Dios. Allí las montañas sacudidas por él se han precipitado deshechas en miles de pedazos en abismos que, á pesar de todo, no han podido cegar.

Allí negros y estériles pedruscos se hacinan unos sobre otros hasta las nubes, mientras que otros parecen rodar aun y pender sobre anchurosas profundidades.

Hay picos que emanan inagotables cataratas, otros que humean como un hornillo eterno, y ese humo se estiende sobre unas nieves que jamás se liquidan.

Pero lo que yo he admirado en medio de esos grandes trastornos, es la fuerza inviolable del orden, la fidelidad de la naturaleza á las leyes que Dios la ha dado.

En ningun caos se han infringido jamás las leyes de la materia; los torrentes siguen siempre su pendiente natural; las rodadoras piedras descienden, pero no vuelven á subir.

Allí, como en todas partes, hay dia y hay noche, y la diferencia de estaciones se marca perfectamente. Las yerbas, las plantas y los musgos crecen segun sus leyes peculiares; los grandes animales y los insectos viven segun las suyas respectivas.

Y el hombre, siguiendo tambien la ley de su real naturaleza, el hombre débil y desnudo franquea esas formidables barreras, y reina aun en esos desiertos, en que el rugido de los animales monteses se mezcla con el mugir de las inmensas cascadas.

Y yo que iba á combatir con el hombre, pero que

llevaba el Evangelio; he pasado por allí sin armas, y he trazado senderos que otros se encargarán de convertir en caminos.

El caos es solo una palabra de nuestro miserable lenguaje, un nombre de lo que es para nosotros confusion, imposible. Para Dios no hay confusion, no hay imposible, no hay caos.

Ha establecido leyes que serán observadas hasta el fin, hasta que El mismo ejecute la ley por la que es Señor de todas las leyes; porque el demonio, el hombre y el ángel han recibido una ley eterna.

Y esa ley no será infringida, y toda clase de inteligencias están sujetas á la ley de Dios. Cuando la inteligencia haya escogido entre el bien y el mal, la ley seguirá su curso, y Dios será glorificado.

El caos humano no se verificará fuera de las leyes de la humana naturaleza. Dios no se retirará de su creacion, y su creacion observará sus leyes.

Ahora bien: la primera ley de la creacion es el conocer á Jesucristo, y solo su Iglesia es capaz de conocerle; hé ahí por qué la Iglesia no será jamás sepultada en el caos.

Por eso domará al caos, y se abrirá en él su camino, y hará permanecer en él un orden visible y sensible. Todavía hay pueblos que esperan el Apóstol: yo los he visto.

Las Américas, el inmenso Oriente, las tierras todavía vírgenes y las tierras abandonadas, esperan la voz de Jesucristo. La tempestad arrojará en sus playas sacerdotes. La emigracion futura será católica.

Y se abrirá nuevas Tebaidas, y fundará nuevos reinos, y creará un mundo mientras la Europa se abismará en las tinieblas de la noche.

Y despues del tercer dia, ó despues del tercer si-

glo, — porque ¿qué importa uno ú otro para el Señor del tiempo? — aquel á quien se creía haber desterrado para siempre, volverá á entrar en su dominio con una rama de olivo en la mano.

Reunirá los huesos de los que le arrojaron de su patria, y les dará sepultura; y los hijos de sus enemigos, de rodillas ante Él, gritarán: «¡Hosanna! ¡Bendito aquel que viene en nombre del Señor!»

Y el relato de los largos triunfos de los destructores de la Iglesia, vendrá á ocupar una miserable hoja en la historia de esos destinos inmortales.

VIII.

Las Madonnas.

He contemplado durante largo tiempo la noble imagen llamada la Madonna de Santa María la Mayor. De todas las representaciones por cuyo medio el arte ha tratado de expresar la grande idea de María Madre de Dios, creo es ésta la que más me agrada, sin exceptuar ni aun las vírgenes de Rafael.

Sin duda alguna que las vírgenes de Rafael, y muchas otras que no son vírgenes de Rafael, son generalmente nobles señoras, y con mas frecuencia aun, amables mujeres. Las hay ciertamente muy lindas, y la moda las embellece mucho mas. Confieso que la mayor parte me causan un verdadero disgusto al verlas, y no ocultaré que algunas hasta me hacen experimentar horror.

Detesto de todas veras ese tipo altanero y orgulloso adoptado por el pobre Andrea del Sarto, y no me asombré al oír que ese gran pintor habia cometido la torpeza de darnos, bajo el nombre de la Santísima Vir-

gen, el retrato de una mujer á quien amaba, y que no merecía su amor.

Tengo horror á las bellas morenas del Ticiano, y á las hermosas rubias del Veronés. En cuanto á las flamencas de Rubens y las graciosas señoritas de Guido, de Sassoferrato, de Mignard y de sus innumerables imitadores, seria de desear se vendiesen todas á los ingleses, los rusos y los americanos.

Excepción, sin embargo, la *Inmaculada Concepción* de Murillo. Creo que ha pintado el pensamiento de Dios al formar á María, cuya inexplicable belleza, inimitable perfección é incomprendible empleo sobre la tierra y en el cielo no se pueden expresar.

La pintura de Murillo es una de las grandes obras del genio humano. Isaías ha debido ver así á esa escelsa Virgen en las profundidades del tiempo y de los cielos. Así ha debido aparecerse, descendiendo hácia la tierra, vueltos los ojos al cielo, y radiante de amor, obediencia y humildad.

Hé ahí esa alma perfecta, preservada para siempre de la mancha humana, enviada á la tierra por ese Dios que tanto ha amado al mundo, para unirse á un cuerpo perfecto y limpio de toda mancha, y para convertirse, por esa doble perfección y esa doble pureza, en el instrumento del insondable misterio de nuestra salvación.

Tiene todo el candor de la eterna inocencia, todo el esplendor de la imperecedera virginidad. Sus pies están desnudos, sus cabellos sueltos flotan en el aire no temporizado por ningún aliento humano; su ropaje no es más que un velo, cuyo uso ella ignora, porque las dolencias y las miserias de la naturaleza mortal le son todavía desconocidas.

Desciende sostenida por ángeles al través de los rayos de la divina luz. El cielo se sonríe porque pre-

siente que un grande signo de misericordia va á realizarse sobre la tierra, y que la embajadora del Criador tornará á ascender seguida de legiones de Santos. ¡Abrios, puertas eternas!

Esos ángeles que la rodean, y cuyo carácter demasiado humano he oído criticar, realizan la poética profecía de las abundantes cosechas de puras flores, que la tierra, regada en adelante con las aguas del bautismo, hará germinar para los cielos. En adelante, la tierra dará al cielo no solo frutos, sino tambien flores.

Tal es el cuadro del gran pintor español, verdadero hijo de esa nacion teológica que ha producido tan profundos doctores. Murillo vivía familiarmente con los religiosos, en medio de un pueblo que, por fórmula de cordial saludo, habia adoptado una profesion de fe á la Inmaculada Concepcion de María.

Sin embargo, aunque el cuadro de Murillo da una idea de María, no es por eso su verdadera imagen, es sí la Virgen prometida y esperada para que diese á luz al Descado de las naciones, no la virgen que llegó á ser madre, y permaneció virgen; la mujer incomparable, rica de todos los dones del Espíritu Santo, colmada de toda clase de gracias, y abrevada con todos los dolores.

¡Madre de Dios! ¡Madre de los dolores! ¡Oh cielos, qué de sentimientos tan extremos entre sí reunidos en esta sola criatura, protectora de los hombres, enemiga victoriosa de Satanás, Madre de la misericordia y espejo de la justicia, lirio de immaculado candor, océano de verdadera ciencia, Virgen del pesebre, del retiro de Nazareth, del Cenáculo y del Calvario!

Esa es la criatura celestial que ha vivido entre nosotros en un cuerpo tan santo y perfecto, que ni la vida ni la muerte han podido destruir nada en él; tan san-

to, que su solo contacto llenó de flores la cavidad de la tumba; tan perfecto, que realiza completamente la concepcion divina de la belleza de tal modo, que Dios no quiso dejarle sobre la tierra, por lo que, reuniéndole de nuevo á su alma, le revistió del manto de la inmortalidad sin alterar en nada sus mortales formas.

Y tal como los hombres lo han visto, el manto de María permanece virginal ante las miradas que descubren manchas hasta en los serafines, y para quien ni aun los cielos son bastante puros.

Murillo no ha conseguido copiar ese ideal, porque la mano del hombre no conseguirá copiarle nunca. Las Madonnas mas puras de los mas fervientes tiempos, esas imágenes que hacen adivinar y comprender que el artista antes de empezar su obra ha orado; las de *Beato* mismo no presentan mas que algunos rasgos fugitivos del hermoso sueño que se forma en el corazon.

Rafael, lejos de aproximarse á él, ha abierto el camino por el cual el arte se ha alejado del tipo que dejara entrever la luz de la tradicion. Se ha empeñado en contrarle en una belleza carnal, y por buscarle, el arte ha descendido hasta el contrasentido y la parodia.

¿Qué es lo que presenta hoy á nuestra vista? Figuras melancólicas, pálidas, enfermizas, meditabundas; rostros á la moda, y muchas veces semblantes completamente groseros é indecentes. Se encuentran de estos últimos hasta en las iglesias. Obras indignas, ejecutadas por pintores impíos, aceptadas por censores demasiado poco vigilantes. Muchos artistas cristianos, queriendo obrar bien, creen haber llegado al fin que se proponen cuando han trazado los lineamientos del rostro tierno y amable de una jóven en cuyos brazos colocan un niño, todavía mas espresivo y dulce. Eso es una virgen cualquiera, una hermosura mas ó menos

acabada; no es la Virgen, y mucho menos la madre.
 ¡Oh artistas cristianos! Por el honor de vuestro arte, y para llenar vuestra misión conforme á los designios de Dios, recurrid á lo que la Iglesia os enseña; escuchad lo que os dice de María, y salid de vuestras miserables concepciones; porque, en verdad, vosotros os estraviais y estraviais á los demas.

San Agustín dice que María es «la obra de un designio eterno.» Es decir, que si Dios hubiese tenido, como nosotros, necesidad de tiempo para formar en su mente la idea de una criatura tan noble y tan perfecta, no hubiese necesitado menos de una eternidad. San Juan Damasceno dice tambien que María es «la gracia por excelencia de la naturaleza humana.»

Ya por su nacimiento era la mas ilustre Señora que habia habitado sobre la tierra, como hija de una larga generacion de Patriarcas, de Santos y de Reyes. Tal era el esplendor de majestad que despedía su rostro, que San Dionisio el Areopagita la hubiese tomado por la Divinidad misma, si no hubiese sabido por San Pablo la existencia de un solo Dios.

Segun San Epifanio, fuera de Dios, sobrepujaba en belleza á todo lo existente; pero añade la tradicion que esta belleza consistia en una mezcla de dulzura y de majestad que hacia que se la amase y se la temiese. Y llevaba en sí la gracia particular de elevar el alma á Dios, de inspirar los mas santos pensamientos, y de hacer brotar en el alma el fuego del amor santo.

Así canta el Dante, trazando, con los ojos fijos en la gloriosa imagen de María, el retrato de Beatriz: «La noble Señora atrae á sí todas las miradas, y constituye la admiracion de los mortales. Cuando pasa por los caminos, hiela los corazones vulgares y destruye los perversos pensamientos. Cualquiera que se detenga para

verla, ó llegará á ser una criatura tan noble como digna, ó morirá á sus pies.

Y si encuentra un hombre digno de contemplarla, le hace experimentar todo el lleno de su dulce poder; porque su mirada da la paz, humilla el orgullo y hace olvidar las ofensas. En fin, para colmo de gracias, Dios la ha concedido un último privilegio: aquel que converse con ella no podrá tener un fin desgraciado.

No olvideis, artistas, que está dicho que permaneció de pie al lado de la Cruz; no olvideis que presidió en el Cenáculo y que es la Madre de la ciencia sagrada, de la ciencia de las ciencias; no olvideis que su planta oprime á la serpiente, y que en María reside la fuerza que ha de vencer todas las herejías.

Ella es la Virgen fiel, la celosa guardadora de la gloria y del honor de su Hijo, la irreconciliable enemiga del demonio; sus ojos tienen horror á toda mancha de impureza que no haya sido borrada con las lágrimas del arrepentimiento. Toma la mano de aquel que se la tiende; pero es preciso tenderla esa mano y querer salvarse.

Conviene, pues, abandonar ese estilo afeminado en que el arte se degrada, y hace traición á la severa belleza de María. Es preciso remontarse á las fuentes, estudiar esas bellas imágenes que la antigüedad nos ha dejado, y entre las cuales la Virgen de Santa María la Mayor es á la vez dulce, seductora, é imponente.

El convento de dominicos de la Minerva está ocupado por un batallón francés, sin que por eso

deje de conservarse parte de aquel edificio en poder de los religiosos. Allí puede estudiarse perfecta, palpablemente la diferencia que existe entre un convento y un cuartel.

En las grandes salas se ven los fusiles colocados en los astilleros; en los corredores se siente el olor y se oyen las chanzonetas del cuerpo de guardia; en toda la casa el tambor sustituye al ruido de la campana; en las celdas, los juramentos reemplazan á las oraciones, y en la clase de filosofía, hay maestros de esgrima.

Y en realidad lo mismo es una cosa que otra. Los soldados y los frailes son solteros; constituyen una fuerza entregada á otro; son, en fin, fuerzas militantes. No hay mas diferencia sino que la obediencia del religioso es razonada y voluntaria, y la del soldado forzosa y ciega.

El dominico es esencialmente predicador. Antes de predicar, estudia largo tiempo, reza; se provee de textos sagrados; prepara sus argumentos, y les da una forma persuasiva y agradable. Se dirige á la razon de los hombres con quienes quiere hablar, y habla tambien á su corazon: y anticipadamente ha calculado ya lo que su razon puede objetar y lo que su corazon exige.

El soldado tambien, en el fondo, es predicador. Está destinado á persuadir. Sus procedimientos exigen tambien estudio. Aprende á manejar el sable, á maniobrar con la bayoneta, y hacer fuego en todas posiciones y direcciones. Cuando está ya bien instruido, se le dan cartuchos; y héle aquí en estado de responder á todas las objeciones de la mente y del corazon.

El religioso va solo; el soldado siempre se mueve por bandas. Es ciertamente una cosa muy bella un regimiento, ó si se quiere, un simple batallon. Es mas

hermoso que el león y que la gran serpiente marítima, y mas bello que cuantas criaturas vigorosas y temibles han podido verse ó imaginarse.

Allí hay trompetas, garzotas y pompones. Aquel cuerpo esbelto y rápido está erizado de agudas escamas, hechas de pulido acero, y que brillan al resplandor del sol: con cada una de esas escamas puede lanzarse la muerte veinte veces en un instante y en todas direcciones, con el estruendo, la rapidez y el fuego del rayo.

Ese cuerpo maravilloso tiene la facultad de dividirse en veinte, treinta, cien pedazos; puede esparcirse, perseguir al enemigo que huye, envolver al enemigo que se resiste, ó cortarle é introducirse dentro de él como un ser disolvente. Con la misma facilidad con que se divide, se reúne, se encoge, hiere y destruye á guisa de aziete. Tiene casi tantas cabezas como miembros, y esas cabezas jamás se contrarian.

Peró lo verdaderamente maravilloso es la convicción en que están hoy los hombres de que la libertad de sus opiniones tiene mas que temer de un solo religioso que de cien regimientos, y esto explica bien claramente qué idea se han formado los hombres de hoy de la libertad.

Hay además en la Minerva una biblioteca y una iglesia. Bella biblioteca y hermosa iglesia, de que nuestros bravos soldados no hacen gran uso. La iglesia encierra el sepulcro de Santa Catalina de Sena y la tumba del gran pintor Angélico de Fiesola, con un epitafio compuesto por el gran Papa Nicolás V, su compatriota y su amigo. La biblioteca está llena de magníficos libros y de manuscritos preciosos.

Yo no niego la gloria y la excelencia de las armas; los regimientos son verdaderamente muy respetables y

útiles, á pesar de la facilidad de abusar de ellos; pero se necesita de todo un poco, y jamás los regimientos han hecho ni hermosos cuadros, ni buenos libros; y los monges son tambien muy útiles para impedir el uso ilimitado de los regimientos.

Si la ocupacion hecha por estos hubiera sido completa y los frailes completamente espulsados; si los astilleros de los fusiles hubiesen invadido tambien la biblioteca; si los libros hubieran servido para confeccionar cartuchos y los manuscritos para encender las pipas; si el tambor y la pipa vinieran á reemplazar á la campana y al incienso hasta en la iglesia, ¿qué provecho resultaria de todo esto para el talento humano, para las artes y para la libertad de opiniones?

¿Qué es un fraile? Un hombre que abandona cuanto tiene á los demas, y que hasta él mismo se dedica á servir á sus semejantes. Vive de muy poco; su existencia pobre y gloriosa está empleada por completo en *bendecir y en perdonar*. Ese es el papel que se quiere designar al Papa; pero á los que desempeñan ese papel se les llama holgazanes, y se aspira á arrojarlos de las casas que habitan para trasformarlas en prisiones ó cuarteles.

Inútiles razonamientos. *Andremo al fondo*. Detestamos al fraile, nos gusta el soldado.

X.

En Francia.

..... Es hijo de un artista, lleno de una sangre ardiente y generosa, educado en las antiguas costumbres, apegado á todo lo que es antiguo. Ha preferido el arte y el sol de Roma á la fortuna en Paris. Muy monár-

quico y muy aristócrata, desdena altamente las necesidades y las bajezas modernas.

—Pero nosotros, decía, podemos alabarnos de amar la verdad por la verdad misma, con mejor título que los que se precian de amar el arte por el arte en sí. Con nuestras ideas, ni conseguiremos, ni salvaremos nada. Pero ¿qué puede llegar á ser una sociedad en que los principios gerárquicos no son comprendidos mas que por pobres diablos como nosotros?

Roma, añadía, era nuestra tabla de salvacion, en el naufragio de un mundo que tan rápidamente se va á pique. Esta tabla va á romperse bajo nuestros pies. ¡Si supiéseis cuán bella era Roma aun bajo Gregorio XVI! ¡Qué pueblo tan alegre y tan dichoso! La existencia material nada costaba. Habia dias en que no se podía encontrar ni un solo comisionista. Se cantaba, se bailaba, y os enviaban á paseo con vuestros bayoccos. «Haga V. El. por sí mismo sus negocios,» decian. Ahora se han hecho arrogantes y serviles.

Veinte años hace que estoy viendo cada ocho dias llegar á Roma la Revolucion en vapor. Ha destruido poco á poco, pero demasiado de prisa por desgracia, la mejor ciudad y la mejor vida que existian en el mundo. Vos venís á ver morir á Roma, pero llegaís tarde. El lujo ha encontrado cabida en ella; ha entrado en las casas; en los cafés, en el pueblo, ha corrompido las costumbres, y ha devastado y anonadado la magnificencia.

Los romanos han corrido á Paris para ver la exposicion universal, y han vuelto empapados en las ideas de ciudadanismo. La verdadera libertad no ha padecido menos que la hermosa y antigua sencillez. Se arroja de las calles á los trabajadores y á los mercaderes ambulantes, y se obliga á comprar licencias para poder

proporcionarse una acera. Vos lo vereis; con el tiempo se prohibirá colocar cortinas en las ventanas, y los árboles de los jardines ya no tendrán derecho á inclinarse hácia la calle.

Pero el mal es mayor y de mas monta. Encontréis aquí ilustres cabezas, que sin disputar las virtudes y la rectitud de intencion del célebre Cardenal Consalvi, le reprochan haber causado la perdicion del Estado arrojándole en el sistema moderno. No consideraba mas que su lado bueno. Pio VII se reia de él, y le dejaba obrar, y á todo esto el gobierno eclesiástico se iba convirtiendo en secular. Este mérito que se pretende querer darle lo tiene, y ese es precisamente su defecto.

En otro tiempo el Papa reinaba, no gobernaba; y el Estado ignoraba la llaga de la burocracia. El pais se administraba completamente por sí mismo bajo la inspeccion de legados y de jueces escogidos por el príncipe. Hace treinta años, el Prelado á quien se encargaba del ministerio de Hacienda llevaba consigo á un secretario, y este era todo el bufete. Ahora cada ministerio tiene su correspondiente batallon de empleados famélicos y á veces traidores, tan diestros como los de cualquier otra parte para vejar al contribuyente que los alimenta.

Veo introducirse en Roma el gusto deplorable y el orgullo estúpido de la ciencia material, tan despreciable en el fondo, y en otro tiempo, aquí al menos, tan justamente despreciada. ¡La ciencia material, esa ciencia que lo maquina todo, Ley, Gobierno, Artes! Decidme, ¿en qué se distinguen los adictos á esa ciencia del castor que construye su casa, de la golondrina que fabrica su nido, del gusano de seda ó del erizo? Todos los animales han hecho grandes adelantos en civilizacion material; y aun tienen sobre el sabio mate-

rialista una gran superioridad, la de no alterar con sus progresos las leyes constitutivas de su especie.

¡Ay de los miserables imbéciles que dan la supremacía á la materia sobre el espíritu, y que creen que vivirán largo tiempo, y que medrarán cada vez más!

Y entonces, ¿qué será de nosotros los pobres artistas? ¿Cuál será nuestra suerte? Habremos de convertirnos en empleados, fotógrafos, redactores y dibujantes de prospectos.

Si Dios me deja vivir en castigo de mis pecados aunque solo sea algunos años, llegaré á verme arrojado de los campos de Roma. Me arrebatarán ese hermoso campo que era mío, y levantarán muros en él, y veré humear sobre él las máquinas de las fábricas. Hé ahí el camino de hierro que ya le atraviesa, y la horrible locomotora estiende sobre todo él su infecto humo y sus penetrantes aullidos.

¿Habeis observado de qué manera arranca y arrebatata los pueblos enteros esa máquina? Los arrebatata de su propio hogar para arrojarlos á la ciudad, donde los descarga, para al poco tiempo arrebatarlos de nuevo, é ir á arrojarlos á diverso punto. Arranca las tumbas y los altares; el hombre y cuanto le rodea, es separado de sus raíces por ella.

Los campos se erizarán de barreras, y nosotros seremos desposeidos de ellos, desposeidos del espacio, de la soledad y del aire libre. Os digo y lo repetiré sin cesar, que habremos de venir á sepultarnos en una oficina.

Las hermosas ciudades caerán, y los frondosos árboles serán cortados.

Mientras que el pintor se lamentaba en estos términos, sin que yo por mi parte le contradijese en lo mas mínimo, llegamos á Frascati, no en ferro-carril, aunque existe, sino aristocráticamente... casi á pie.

Vimos en Frascati, como apéndice al *desembarcadero*, un casino ó café cantante. El gusto moderno, hermano carnal del espíritu moderno, le ha embellecido con sus pequeños árboles, que crecen muy de prisa. Un ramillete de abedules, una casita donde se hacen quesos, y las bellezas gigantescas de la quinta Aldobrandini y de la quinta Conti, completan su adorno.

En otro tiempo estas quintas estaban abiertas á los vecinos pobres. Pero los propietarios empiezan á levantar cercas. El egoismo de la propiedad se manifiesta cuando la propiedad desaparece. ¡Hermosas y verdes encinas, bellas cascadas, magnificencias del arte mezcladas con las de la naturaleza, adios! Hé ahí que viene el Código moderno á dividir el suelo en pequeñas porciones, á cortar los árboles para sembrar patatas, á destruir los castillos para convertirlos en posadas y cafés cantantes.

Penetramos en la ciudad por una de las brechas ó quebraduras de los muros. ¡Cuántas cosas no han salido por esas brechas! Y lo primero que ha salido, y lo último que entrará acaso, si llega á penetrar, es la libertad. Frascati, que tanto ha luchado y luchado hasta morir, por continuar siendo una ciudad al lado de Roma, se ha convertido hoy en un arrabal.

En la iglesia estaban predicando. El sermón tenia por cierto bello estilo, pero se pronunciaba con poco fuego, y le oia un reducido auditorio. Mujeres.

Una elegante de subprefectura; pero ninguno, absolutamente ningún traje italiano. Solo el pueblo se resiste un poco; aun no ha adoptado la blusa y el cas-

quiete. Pero esto no tardará, y pronto veremos en los Estados romanos lo que se ve en cualquier otra parte: la gente canalla.

En el café, cuyas paredes están cubiertas de papel pintado francés, y por cierto muy innoble, encontramos un diario de Roma, el *Philodrammatico*, consagrado á ensalzar y pregonar la gloria de los actores y actrices del mundo entero. Una correspondencia de París en él inserta, describía con entusiasmo el singular mérito de la compañía del *Odeon*. La columna siguiente daba cuenta, en estilo piadoso, de las ceremonias religiosas de la semana.

¡El desembarcadero, el humo, y el silbido de la locomotora; el café cantante en forma de *quesera* (1) suiza, el *Philodrammatico*!... Si todo esto no es progreso, ignoro absolutamente en qué consiste el progreso.

—Y yo, añadía el pintor, he visitado días pasados la biblioteca de una casa grande: allí encontré toda la colección de la *Revista de Ambos-Mundos*, la *Revista de París*, el repertorio entero del teatro de Variedades, las obras completas de Scribe traducidas al italiano; pero en vano busqué algo que no perteneciese á este género de literatura. Esto progresa, esto progresa; os digo, en verdad, que progresamos.

Al llegar aquí, no pudimos menos de hacer un mismo movimiento; bajamos tristemente la cabeza. Y sin embargo, los saucos crecen, la nieve cubre las montañas y la primavera sonríe en los vergeles.

(1) Casa pequeña en los montes de Gruyère, en Suiza, donde hacen los quesos.

(N. del T.)

XL

Lionna.

He querido ver un triunfo moderno, y contemplar con mis propios ojos lo que es un pueblo libre. Heme en Lionna para presenciar la entrada del príncipe de Carignan, que viene á tomar posesion de ella en nombre de Víctor Manuel. Este Rey hace muy pocas cosas por sí mismo : conquista ciudades por medio de sus aliados, y toma posesion de ellas por procurador.

Pero no importa, la ciudad está de fiesta. Cien edictos pueblan los muros. Unos prescriben se dispongan adornos de banderas y de flores; otros ordenan que reine por do quiera la alegría.

El general de la Guardia nacional, Sr. Bel'uomo, ruega á sus conciudadanos que hagan de manera que ciertos *traviati*, que se comportaron mal en días muy próximos, no participen de la alegría y ventajas de este dichoso día.

—¡Cosa es por cierto bien cruel y triste, añade el señor Bel'uomo, el pensar que haya *traviati* en un pueblo de hermanos!

La consigna de alegría se ha cumplido con toda exactitud. En la carrera marcada oficialmente las ventanas están empavesadas. Algunas banderas francesas, resto de las fiestas del año anterior, se dejan ver aquí y allá entre un bosque de banderas sardas.

El camino triunfal está cubierto de hojas. Serán, si os place, hojas de laurel, pero están un poco estropeadas por la mezela del estiércol de caballo.

En el desembarcadero hay una especie de altar, verde por supuesto. Siempre laurel, siempre banderas.

Los límites están marcados con haces y montoncitos de balas. ¡Escelentes límites!

Convenio que debe hacerse al llegar á este terreno. «El fusil y las balas representarán siempre un papel muy principal en la ornamentacion debida, en las fiestas de la fraternidad y de la libertad.»

Vi otros nuevos edictos publicados para escitar el entusiasmo de los *livornesi*. En ellos se les anuncia que van á ser tan dichosos como grandes; que verán á su muy amado príncipe acompañado de los valientes, *i pro-di*, de Magenta y de Palestro, bajo las órdenes del gran Durando. El nombre de Durando está escrito con letras mayúsculas, como el de los primeros súbditos.

Los soldados piamonteses tienen un aire muy militar, y son hombres hasta hermosos: sus capellanes, montados muy á la francesa, no me parecieron muy gallardos. A la verdad que un sacerdote suficientemente ilustrado, debe abrigar alguna incertidumbre sobre la justicia que pueda haber en todo esto.

Un regimiento toscano. Hermosos muchachos tambien; incomparables barbas. Quizá sean bravos. ¿Qué bandera los hallará fieles? Pero hay una mancha en esos uniformes, la misma que produce una impresion desagradable el ver una tropa que no puede ser señalada como el tipo de fidelidad.

Desde el balcon de la *trattoria* de *El Escudo de Francia*, se presenta un conjunto variado y ameno. En las ventanas se divisan los vecinos de la ciudad en *demi-toilette*; el pueblo se agolpa en la calle de completo *negligé*.

La Guardia nacional va abriendo paso. Esta guardia nacional es enteramente la misma en todas partes. Despues pasa un perro, y en seguida un gato. Grandes clamores.

La comitiva aparece por fin. La constituye un sé-

quito de carruajes nada notables, á decir verdad, que bien pronto se convierten en miserables *fiacres*. Los jefes de la Guardia nacional gritan : ¡*Viva!* y el *viva* se repite sin entusiasmo alguno.

El príncipe de Carignan se presenta vestido de negro; no tiene el aspecto ni de un héroe, ni de un hombre en el colmo de la satisfaccion. Los príncipes hacen mal en presentarse en traje negro.

Durando, de uniforme, hace mas efecto. Su franco rostro revela al perro viejo. Caen flores : « lluvia de flores. »

Pero se derramaban mas sobre el uniforme de Durando que sobre el negro traje de Carignan; y aun en mayor número, y mas sinceras, caerian sobre un simple cantor, que sobre Durando. He oido aclamaciones que se dirigian á Leotard. He ahí un triunfo.

Despues de haber aplaudido mucho, un liornés se volvió hácia mi, y, con la mayor formalidad, me dijo : « *Monsieur*, ¿cómo concluirá esto? — Ya veis, *signor*, cómo empieza. ¿Habeis pagado? — Sí, mucho. — *Dunque*, pagareis mucho. — ¡*Lo credo!* »

Se distribuian sonetos impresos en papel azul. El batelero, patron del *Dante*, que me habia conducido á tierra, se declaró patriota, amigo de los franceses.

Me dijo que solo los franceses y los italianos, completamente unidos, darian leyes al mundo, y que el primer deber de estos dos grandes pueblos es el de someter á su dominacion á todos los demas; deber que ellos llevarian á cabo si sus soberanos no les hiciesen traicion... Por lo que á él toca, patron del *Dante*, no hacia la guerra porque tiene cuatro hijos.

Pero en medio de todos estos discursos, sonetos y oriflamas, los pobres pueblos presentan la fisonomía exacta de lo que son : ovejas de prefecto.

He encontrado al excelente marques de..... Le pregunté qué pensaba de todo esto. « En 1849, me dijo, pagaba 3,000 francos de impuestos. Actualmente, sin haber comprado una sola fanega de tierra, pago 15,000... Pero, pues que llego á ser italiano, ¡voy á dar leyes al mundo!...

Esta jornada ha dejado llenos de amargura mi corazón y mis labios. En Liorna reina la mentira de un modo que causa espanto; la inepta mentira que no engaña á nadie, y que ni aun se engaña á sí misma. El aire que allí corre está impregnado de desprecio, saturado de odio; odio de todos hácia cada uno, y de cada uno hácia todos. Decididamente, este pueblo que no amaba á su antiguo príncipe, quizá, se mofaba del nuevo; y el nuevo príncipe, por su parte, no profesaba el mas mínimo amor á su pueblo. Pueblo y príncipe obraban de una manera ambigua, sospechando uno de otro recíprocamente. Liorna me recuerda un verso del Dante, que no es posible citar en italiano, y que pierde mucho de su mérito en francés. Está al fin del canto xvm del *Inferno*, donde el poeta hace aparecer á Thais y á su venedor.

E quinci sien le nostre viste sazie (1).

XII.

La Via Appia.

Inés y Lucía, mis queridas hijas: acabo de dar un largo paseo por la campiña de Roma, por un antiguo camino llamado la Vía Appia.

(1) Y ahora nuestros ojos creo que lo están bastante.

Allí subsisten aun los sepulcros de los paganos. Entonces era costumbre hacerse enterrar en los caminos cerca de la ciudad. Estas tumbas casi se tocan unas á otras.

Algunas eran tan grandes, que sobre sus restos se han podido edificar casas. He visto una cuyo terreno está hoy ocupado por una granja con sus campos y algunos árboles, y esto se prolonga por un espacio de dos ó tres leguas.

Bajo el monumento habia cámaras, á que se bajaba por escaleras de mármol blanco; las paredes estaban revestidas de estuco y adornadas con pinturas que representaban frutas, flores y pájaros.

Porque los paganos, como consecuencia natural de no conocer á Dios y no creer ni en la resurreccion ni en el Paraíso, tenían horror á la muerte. Para ellos, la muerte era el fin de todo, y trataban de disfrazarla con imágenes agradables.

Nosotros, dichosos hijos de la Iglesia católica, sabemos que Nuestro Señor Jesucristo es el vencedor de la muerte. Creemos en la resurreccion y en la vida eterna, y abandonamos á la muerte su victoria momentánea, sin asustarnos ante ella.

No tememos colocar sobre los sepulcros imágenes de tristeza, y espresar y dejar hablar en ellos al dolor. Pues que la muerte es la pena del pecado, debe afligirnos y escitar nuestras lágrimas.

Pero nuestras lágrimas van acompañadas de oraciones; y la oracion, subiendo hasta el trono del Señor, abre las puertas del cielo á las almas que han sufrido el pasajero yugo de la muerte. Nosotros, para espresar lo que la muerte nos inspira, hemos dicho: ¡Oh muerte! ¿dónde está tu victoria?

Sin embargo, nosotros tambien edificamos sepul-

cros magníficos y alegres, mas magníficos y mas alegres que todos los de los paganos: son nuestras iglesias edificadas sobre los cuerpos de los Santos. Y las llenamos de oro, de mármoles y de flores.

Los cánticos de la oracion resuenan en ellas sin cesar, y el incienso arde continuamente en su recinto. No son subterráneos cerrados y ocultos, sino lugares abiertos donde se entra con alegría y de donde se sale mas alegre aun, porque allí se respira paz y vida.

Volviendo á la Vía Appia, os decia que me habia estado paseando por aquel antiquísimo suelo que cuenta dos mil años de existencia, y entre aquellos monumentos arruinados, tan solemnes por su estado actual como por su primitivo destino, y á los que hoy podria llamarse esqueletos de sepulcros.

Allí yacen, en tierra, multitud de mármoles rotos, de estatuas mutiladas, y de inscripciones borradas ya. Mas allá, á través de la inmensa campiña desnuda de árboles y de casas, se ven otras ruinas.

Son los restos de los grandes acueductos que llevaban el agua pura de las montañas á la gran Roma. Estos acueductos son puentes sobre la tierra para el agua, así como se colocan puentes sobre el agua para la tierra.

Un autor ha dicho que el pueblo romano hacia pasar los rios sobre los arcos de triunfo. Este autor gritaba á fin de que se le oyese mejor; sin embargo, en su dicho no hay mucha exageracion.

Pero hoy los acueductos están medio destruidos, el agua ya no pasa sobre ellos, y todos estos grandes trabajos no son mas que una imágen de la muerte pagana, como los sepulcros que yacen destruidos al lado del camino, que ya no saben ni el nombre de los que dentro de ellos moran.

Al otro lado de los acueductos, lejos, muy lejos, se

ven montañas cubiertas de verdor y de nieve. Nada mas grande que su vista. Yo os haria ver algunos dibujos de ellas, pero en esas copias no estará el sol que ilumina al original.

El sol no ha envejecido como estas obras de los hombres. Es tan jóven, y presenta un aspecto tan risueño, como cuando vió alzarse á todos esos monumentos hijos del arte. Hoy, como entonces, sonríe á esas montañas, á sus nieves, á sus yerbas, y á los sepulcros; y, como entonces, hace brotar flores en las erizadas faldas de esos montes.

En medio de todas estas maravillas, mi pensamiento se ha fijado en vosotras, hijas mías; he orado por vosotras. He pedido á Dios que os diese una juventud eterna bajo el sol de su eternidad; y he cogido esas violetas para que las conserveis como un recuerdo en el sepulcro de Cecilia Metella.

Cecilia Metella era una jóven pagana á quien sus parientes erigieron una de estas tumbas de que acabo de hablaros. El sepulcro ha permanecido firme, y á causa de esto el nombre de Cecilia no se ha borrado de sobre la tierra, y vivirá durante largo tiempo.

Pero un día la tierra será removida, y todos estos sepulcros desaparecerán, llevándose consigo hasta el último vestigio de lo que no haya pertenecido á Dios. Sin embargo, las flores del bautismo vivirán eternamente sobre las frentes de vuestras hermanitas, muertas en la gracia del bautismo.

Serán olvidados los nombres de Cecilia Metella, de Alejandro, de César y de tantos otros; y entre tantos, los de nuestra María, nuestra Gertrudis, nuestra Teresa y nuestra Magdalena vivirán eternamente.

Y pues que somos súbditos é hijos del Dios de la vida, si queremos permanecerle fieles, nuestros nom-

bres vivirán también; y, triunfantes en el seno de la vida, llegaremos á perder hasta el recuerdo y la idea de la muerte.

XIII.

El P. Carlos.

Todos los viernes de Cuaresma el Padre Santo va á una hora determinada á orar á la Basilica vaticana. Va sin pompa, rodeado solo de los Prelados de su propio palacio, y ni el mas mínimo concurso de gente se reúne para ver una cosa de suyo ya tan comun y diaria. Pero este año, á causa de las manifestaciones revolucionarias organizadas en el Corso por los amigos del Piamonte, los romanos fieles han pensado que harian bien en ir á orar con su Rey y con su Padre. Este designio, conocido con algunos dias de anticipacion, ha sido acogido por el pueblo con un ardor que demuestra bien claramente cuán predispuestos están en favor de Pio IX todos los corazones. Desde los mas remotos barrios de la ciudad han acudido numerosos grupos de gentes que se apresuraban á llegar á San Pedro.

Cuando yo llegué, la muchedumbre formaba una muralla bajo el pórtico. Por una feliz inspiracion, habian sido llevados allí los niños de las escuelas pobres. Las niñas estaban alineadas al pie de la escalera que conduce al Vaticano. ¡Con cuánto gusto hubiera yo visto allí á Inés y Lucía! Fui á colocarme en aquel lado. Trataba de descubrir en aquellos juveniles rostros los rasgos que no he de volver á ver sobre la tierra. En la iglesia estaba reunida toda la nobleza romana, é infinitas gentes del pueblo.

El Papa la atravesó sonriendo, y algun tanto con-

movido. A su paso, todo el mundo se postraba de rodillas para recibir la bendicion que caia desde su corazon mismo. La multitud le siguió en silencio á los diversos altares en que se detuvo á orar, y oró con él. Cuando se dirigió al altar mayor, yó estaba de frente, y pude contemplar muy bien su semblante. En él estaba pintada la dulzura y la majestad de un ángel; pero de un ángel que habita sobre la tierra y que soporta el peso de esta vida.

Todos los que habian acudido á aquella ceremonia permanecieron en la iglesia durante todo el tiempo que el Papa se detuvo en ella. Al retirarse, todos se prosternaron á su paso, como cuando entró. Al pasar, deramó tambien copiosas bendiciones. No se oyó ni un solo grito, pero se vertieron muchas lágrimas.

A pesar de todo, yo me hallaba triste. En medio de aquella multitud respetuosa y conmovida, habia tambien algunos semblantes irónicos y un número aun mayor de frentes ceñudas; la manifestacion, aunque tierna, debia inspirar á unos algun miedo, á otros poca confianza.

Voilà donc quels vengeurs s'arment pour ta querelle,
Des femmes, des enfants, ô sagesse éternelle!
Mais si tu les soutiens, qui peut les ébranler (1)?

Allí encontré al P. Carlos, polonés, uno de los valientes oficiales de la insurreccion de 1830, y hoy es forzado sacerdote. Le encontré muy alegre, como de costumbre.—A pesar de todo, tenemos trazas de es-

(1) Mira ¡oh eterna Sabiduría! quiénes se arman para vengar tu agravio; mujeres, niños..... Sin embargo, si tú los sostienes, ¿quién podrá vencerlos?

tar muy enfermos, ¿no es estô? me dijo penetrando mi pensamiento; y parece que estamos muy enfermos; y lo estamos en realidad. Pero ¿qué es una enfermedad para nuestro Médico?

»Una enfermedad es una ocasion, una buena ocasion de hacer penitencia; de reflexionar bien sobre las causas que han atraído el mal; de tomar una firme resolucion de evitarlas en adelante, y de comenzar una nueva vida. Nuestro Médico nos curará ó nos resucitará. Conoce toda clase de remedios; sabe emplearlos; y la muerte misma en sus manos no es mas que un remedio del cual se sirve para dar nuevamente la vida.

»Cuando alguno de nuestros Padres y yo nos vimos en el campo de batalla, tendidos sobre nuestra propia sangre, atravesados de botes de lanza y vencidos, teníamos razon para creer que el caso no iba bien: lo hubiéramos jurado. ¡Bah! ¡bah! Nada de eso. El Médico envió en nuestra ayuda sus delegados. ¡Y qué delegados! Los cosacos que acababan de hollarnos con los pies de sus caballos. «Vamos, vamos, cosacos; levantadme á esos buenos muchachos; quiero hacer una cosa que no os digo.» Los cosacos nos levantaron y vendaron nuestras heridas. A mí me cosieron el vientre, y al P. Gerónimo le colocaron en la órbita un ojo que le caía ya sobre la mejilla; y despues de todo, hé aquí que somos sacerdotes y que el caso va bien.»

XIV.

Misterios.

¿Qué quieres que te digamos, doctor, á ti que nos pides novedades y concesiones, y que nos apremias á arreglar finalmente el edificio cristiano de manera que puedas habitarlo á tu gusto?

¿Qué respuesta daremos á tus preguntas, á no decirte que las conocemos mucho tiempo hace, mejor quizá que tú mismo, que por cierto no has sondeado bien tu corazon? Exiges de nosotros lo que no está en nuestra mano.

Esos preceptos que tú quieres quitar del cristianismo para comodidad tuya, nos asustaron á nosotros como á ti antes de entrar en él, y nos han sido molestos despues que hubimos entrado. Como tú tambien, antes de abrazarle, pedimos que se quitasen.

Sin embargo, despues conocimos que aquella molestia no solo nos era conveniente, sino necesaria; y luego se nos llegó á hacer dulce, y, por fin, hemos experimentado que es suave, saludable y fecunda.

Hemos deseado que se nos aclarasen muchos misterios; y despues, ayudados de la luz interior que ellos mismos irradian, los hemos examinado y sondeado, y hemos visto con admiracion que son inescrutables é insondables.

Y, sin embargo, esta misma oscuridad es muy luminosa, y eso mismo que no se comprende es lo que nos lo esplica todo. Porque lo insondable y lo inescrutable forman la revelacion mas clara de lo infinito.

Tú mismo, ¿conocerias á Dios, si no estuviese rodeado de misterios? ¿Creerias en un Dios que estuviese completamente al alcance de tu pobre entendimiento? No; tu entendimiento es el que debe estar constantemente fijo en Dios; quien debe en todas partes verle, sentirle, y conocer su voz.

Dios está presente, y se le ve de una manera evidente en los misterios. Le oimos, le sentimos, y le gustamos. El misterio ilumina doquiera nuestro entendimiento, fortifica nuestra alma, consuela nuestro corazon.

Nos estasia, ó mas bien nos arrebatá, la maravilla de esos preceptos que nos molestan, pero que responden sin cesar á los mas ardientes votos de la naturaleza, siendo así que nos parecen contrarios á ella; que la satisfacen, la sostienen, la elevan por medio de lo mismo que parece oprimirla.

Finalmente; nosotros nada podemos alterar de lo que es una obra divina, ni conceder nada de lo que no nos pertenece. La fe que predicamos no es una concepcion nuestra; la religion que seguimos no es obra de nuestras inteligencias.

¿Querrias ser cristiano? Pues escucha lo que Jesucristo dice; oye lo que respondia á las preguntas que tú nos diriges, y á las peticiones que nos haces; porque ninguna de ellas tiene el privilegio de la novedad.

Jesucristo dijo : « El que cree en mí, no cree en mí, sino en Aquel que me ha enviado. Y quien me ve á mí, ve al que me envia.

»He venido al mundo, yo que soy la luz, para que ninguno de los que creen en mí permanezca en las tinieblas.

»Si alguno oye mis palabras, y no las guarda, yo no le juzgo; porque no he venido para juzgar al mundo, sino para salvarle.

»El que me rechaza, y no reciba mis palabras, tiene ya su juez. La misma palabra que yo le anunciaba, le juzgará en el último dia.

»Porque mis palabras no son mias : sino que el Padre, que me ha enviado, me ha prescrito lo que debo decir y lo que debo hablar.

»Y yo sé que lo que el Padre manda, es la vida eterna. Lo que os digo, pues, son cosas que el Padre me ha dicho, y os las repito como me las ha dicho Él. »

Hé ahí cómo habló el Señor, cómo creyeron los que

se han salvado, y cómo se perdieron los que no creyeron sus palabras. Así creemos y hablamos nosotros también, y no os dirigimos nuestras propias palabras, sino las del Padre.

Si nos permitiéramos cambiarlas ó tergiversar su sentido, ya no serian palabras santas, sino palabras de hombre. ¿Y de qué os servirían entonces? No es nuestra palabra la que da la vida. Vos la desechariais, y sería despreciable hasta para nosotros mismos.

Pero aun hay otras palabras notables, pronunciadas igualmente por Jesucristo. Las que tú acabas de oír están dirigidas á los que dudan y á los que aun no están limpios. Escucha ahora lo que comprenderás perfectamente cuando tú lo estés.

Después que Jesus hubo lavado los pies á los Apóstoles, «para que tuviesen parte con él,» y cuando hubo consumado el misterio de la Cena, les advirtió que iba á abandonarlos para prepararles sus habitaciones en la casa de su Padre.

«Sabeis, añadió, dónde voy, y sabeis el camino.» Les dijo, además, que ya habian visto al Padre. Tomás respondió que ellos no sabian á dónde iba, y que ignoraban el camino; y Felipe dijo que no conocian al Padre.

Jesus contestó á Tomás: «Yo soy el camino, la verdad, y la vida;» y á Felipe: «Quien me ve á mí, ve también á mi Padre; porque yo estoy en el Padre, y el Padre está en mí.» Y atestiguó, conforme lo hacia en muchas ocasiones, sus palabras con milagros.

Tú rechazas los milagros, doctor; y vos también, Coquelet; el mal es que encontráis cristianos que por agradaros corren un velo sobre los milagros. Pero Jesus los ha multiplicado, y ha dicho que ellos hubieran sido bastantes para convertir á Sodoma y á Gomorra.

Continuando la instruccion de sus Apóstoles, Jesus proseguia : « Si me amais, guardad mis mandamientos; porque el que ha recibido mis mandamientos y los guarda, ese es el que me ama.

Y el que me ama á mí, será amado de mi Padre; y yo le amaré tambien, y me mostraré á él. »

Entonces Judas hizo una pregunta que tú repites á menudo, doctor. « Señor, dijo : ¿ y por qué os mostrais á nosotros, y no al mundo ? »

Jesus le respondió que Él se manifiesta á quien le ama, porque ese guardará su palabra; pero el que no ama á Jesus no guardará su palabra; y por eso Jesus no se descubre á él.

Yo te suplico, doctor, que te examines á ti mismo, y verás que esto es lo que tú haces. Tú no sigues á quien no te llama.

Y si el que te llama no cree en ti, no te ama, y no seguirá tus mandatos, y te llamará en vano, porque tú no irás á él.

Sin embargo, en tus buenos dias, cuando tan exactamente cumples como hombre, como cuando tan cumplidamente llenas las condiciones de excelente médico; es decir, cuando Jesus quiere hacerte bien, dispensándosele á otros por tu medio; si encuentras en tu camino un enfermo que no te pide nada, y que nada ha de darte, pero á quien tú puedes curar, te acercas á él, le preguntas, tratas de inspirarle confianza, y le dices: ¿ Quereis curaros ?

Pues tales son precisamente las palabras de Jesucristo; ese es el modo de obrar mas frecuente en su vida mortal; es la obra mas comun, ó, mejor dicho, la obra permanente de su clemencia infinita. Se acerca al enfermo; y le incita á que le pida socorro.

Se rechaza muchas veces á Jesus, pero Jesus vuel-

ve. Llama á la puerta, y espera á que se le abra. Sin embargo, no está con aquel que no le ama, y se aleja de quien le rechaza obstinadamente.

En cuanto á aquel que le ama, y que le guarda su palabra, se muestra á él, no le abandona, y permanece en su compañía.

Como sabemos por su divina enseñanza que está en su Padre por la unidad de una misma naturaleza, le sentimos dentro de nosotros mismos por la union de un mismo espíritu, y nosotros estamos en Él por la de un mismo cuerpo.

Nuestro título, nuestra cualidad suprema, nuestro nombre en el cielo, no es ciertamente el título, la cualidad y el nombre de criatura mortal. Somos miembros de Jesucristo, y para alcanzarnos esta gloria el Verbo se hizo carne.

Y tenemos ademas un Consolador, un Espíritu Santo que Dios nos envia para no dejarnos huérfanos en medio del destierro de este mundo. Él nos hace recordar las palabras de Jesucristo, y nos sugiere los pensamientos y las acciones que han de agradar al Padre, y que nos conquistarán la vida eterna.

Tenemos tambien la Eucaristia; esto es, á Dios vivo, á Dios presente en medio de nosotros, para darse á nosotros, para ser nuestro alimento, y como tal se nos da, y nos alimenta real y verdaderamente. Tú no lo crees; pero, dime: ¿qué razones tienes para no creerlo? Jamás has dado otras sino las que le encierran en tu obstinacion de no creer.

Miembros del Hijo, habiendo recibido un Espíritu Santo para que nos conduzca al Padre, y sostenidos

durante el viaje por la Eucaristía; tenemos cuanto podemos desear. Despues de esto, ¿qué mas podríamos pedir? La Santísima Trinidad entera se ocupa solamente de nosotros. ¿Puede haber mayor honor, y seguridad mas completa?

Y ahora, dime de nuevo lo que te place que cambiemos ó mudemos en tan soberana doctrina. ¿Qué ganaríamos alterándolo, y qué ventajas te reportaría el hacerlo, á ti y á Coquelet, á quien tienes ahí reclamando tambien modificaciones, aunque no sabe en qué han de consistir?

Veamos qué es lo que quereis, mis buenos amigos. ¿Reclamais de Dios el permiso de pecar, y quereis que os lo conceda? ¿No es bastante que os perdone vuestros pecados? ¿Haceis vosotros mas que eso con vuestros hermanos los pecadores? ¿Haceis siquiera otro tanto?

Tú, médico, prescribes á tu enfermo todas las virtudes y todas las penitencias de un fraile: templanza, paciencia, abstinencia, etc. Vos, Coquelet, á fuer de abogado, sosteneis que el criminal á quien defendéis es inocente ó digno de excusa; pero no por eso disculpais el crimen.

Tú juzgas que tu enfermo ha obrado durante tres cuartas partes del tiempo que lleva de vida de tal modo, que tiene bien merecida su enfermedad, y que ha hecho todo lo necesario para morir. Vos, abogado, si estuviéseis encargado de juzgar á vuestro cliente, despues que hubiérais concluido su defensa, le enviaríais á presidio para bien de la sociedad.

Un punto hay solamente en que el hombre mas bondadoso no tiene derecho para otorgar misericordia; y un punto hay tambien en que el mismo Dios no puede perdonar: es cuando el hombre no solamente

pide el perdón, sino que le rehúsa y se proclama inocente.

Es por lo tanto estraviarse en vanas y locas teorías el querer ser mas grande, mas sabio y mas clemente que Dios. Esforzaos mas bien en conocer y en guardar la ley de Jesucristo que os ha creado y rescatado de vuestra esclavitud.

Dejad que digan lo que quieran los que la encuentran dura, por mas que no lo sea, y á los que la creen oscura, que no lo es tampoco, y á los que pretenden que ha llegado ya el tiempo de su caducidad, de la que está muy lejos. Conservad puro vuestro corazón, y amad y guardad los mandamientos.

El Espíritu Santo cuidará de dirigiros por las oscuridades de los mandamientos, que son oscuridades pero no tinieblas. Ahora, sí, estais en las tinieblas; no veis y no amais.

Doblegad un poco vuestro injustificado orgullo; servios un poco de vuestra misma razón, que os dice que habeis sido criado por Dios, y que la criatura debe estar sumisa y reconocida al Criador.

Tú, médico, haz el acto de fe que exiges á tus enfermos; toma el remedio que te se ofrece con las condiciones indicadas por la experiencia. Vos, abogada, observad la ley. Y entonces ambos vereis, ambos comprenderéis, ambos amaréis.

Os vereis libres de ese cuidado que os habeis tomado, un tanto ridículo por cierto, y que no aspira mas que á reformar la obra de Dios. Permitidme que os lo diga en el seno de la confianza, amigos míos. Querer reformar el cristianismo, es una cosa ridícula en todas partes, pero mucho mas ridícula aun en Roma.

Y os diré mas: esa ridiculez es inesplicable en un médico y en un abogado. ¡Cómo, doctor! Porque la

Iglesia haya sido herida por un puñal, ¿crees que está atacada de una enfermedad orgánica y que va á morir?

Y vos, abogado, ¿juzgais que porque los apercebidos por la justicia protestan contra ella, ya no hay necesidad de justicia, y conviene abolir la legislación y disolver los tribunales?

Sosteneis un absurdo, amigos míos.

Para agotar la materia, si semejante materia pudiera agotarse, y para acabar de deciros todo lo que siento mi corazón, os suplico compareis vuestro estado en este mundo con el de esos pobres católicos cuyos mequinos pensamientos escitan vuestro desden.

Nos lo habeis arrebatado completamente todo, ¿no es esto? Nos habeis arrebatado la autoridad, las riquezas, la influencia y la gloria; y como nosotros os hemos abandonado los placeres, solo nos resta la satisfaccion de cantar con voz lúgubre á nuestro Dios crucificado. ¡Y aun esto tenemos que hacerlo en voz baja!

Pues bien; á pesar de todo, nosotros somos vuestros dueños. Este mundo que nos habeis usurpado, y que vosotros llenais, no ha dejado por eso de estar hecho para nosotros, y de continuar perteneciéndonos. Solo nosotros conocemos su belleza. Solo nosotros sabemos lo que en él pasa. Vosotros no haceis en él lo mas mínimo que no sea para nosotros y contra vosotros.

¿Qué es para vosotros este mundo? Un teatro animado en la apariencia, y vacío en realidad; donde algunas figuras de movimiento, ya que no sean fantasmas, vienen á desempeñar una escena atroz y grotesca, de la que no saben ni el principio, ni el medio, ni el fin. Y

todo eso sale de la nada, se mueve, grita, sufre, se marchita, aborta, y vuelve á entrar en la nada.

Nosotros seguimos la acción del drama, y la comprendemos; conocemos los personajes, y, sobre todo, á Aquel que vos no veis, y que lo gobierna todo; estamos con Él, y hemos colocado nuestros destinos en sus victoriosas manos. Ayudados y fortificados por Él, desempeñamos el cometido que nos ha confiado, y triunfaremos con Él.

Y aunque digo que vosotros no le veis, y no le conocéis, no por eso ignorais qué existe y que nosotros constituimos su herencia. Pero lo sabeis por un instinto de odio que os ha sido inspirado, y al cual obedecéis, aunque ignorais su origen. No así nosotros, que conocemos perfectamente de dónde dimana: podríamos decir, cuál es ese instinto que os hace detestar á Dios y detestarnos á nosotros. ¿Por qué ese odio, si no es porque Dios ha hecho el mundo para nosotros, y porque nosotros somos sus señores?

Dios ha hecho el mundo para nosotros, y nosotros tenemos la mejor parte en esta vida, y la tendremos hasta el último momento. Nosotros somos los hijos del Rey, alimentados en su mesa. Vosotros, entre tanto, os alimentais con una miserable falsificación de nuestras delicias. Nosotros conoceremos el último amor, el último hermano, la última esposa, y el último hijo; seremos los últimos amigos, y nuestra esperanza no morirá nunca.

Despreciaremos vuestros placeres, vuestras alegrías, y vuestras coronas: tendremos horror á ese fango, y á esa nada. Para nosotros nos reservamos las nobles alegrías, los sublimes sacrificios; los santos y fecundos dolores y las conquistas eternas. Hasta en el último momento, hasta en el seno mismo de la muerte, nos

otros estrecharemos á alguno de los vuestros, y los conquistaremos á la vida.

Aun cuando hagais los mayores esfuerzos, jamás ahogareis en vosotros mismos el sentimiento de la naturaleza, hasta el punto de no sentir el peso de la duda y la angustia del error. Divagais además de un modo extraordinario. Tan pronto suspirais por ser cristianos, como enloqueceis de alegría por no serlo; y tan pronto os forjais dioses, como os proclamais ateos. Ese es el peso de la duda, esa la angustia del error.

Nosotros estamos seguros de la verdad, y tenemos certidumbre de pertenecer á Dios. En primer lugar, por los milagros: vosotros podreis negarlos, pero ¿qué nos importa? Y en segundo lugar por la conciencia: bien podeis decretar cuantos cambios querais en la moral y en el derecho; pero el bien siempre será bien, y el mal será mal constantemente.

Nosotros sabemos que solo la Iglesia ha conservado la justicia, amado á los pobres, y protegido, honrado y consagrado la libertad.

Cuanto mas triunfa en este momento el mal del bien, tanto mas ese triunfo proscribe y destruye la libertad; tanto mas nos hace convencernos de que la fortaleza de Dios, la Santa Iglesia católica, es el amparo universal, y Dios es su guarda; tanto mas, en fin, nos afirmamos en el catolicismo.

Aun cuando nos embarazáseis á fuerza de hechos y de sofismas, y fuéseis tan astutos como los griegos de Bizancio, nada conseguiríais; sabemos ya su historia: ~~esos~~ *ergotistas* se encontraron con el turco que se burló de ellos.

La mentira es siempre innoble; la fuerza bruta innoble siempre y de cortos alcances. El tigre y la serpiente podrán muy bien hacernos huir, pero conservare

mi derecho; soy su señor, y volveré armado de las necesarias fuerzas. Y los mismos que se hayan servido de ellos para obligarme á huir, se unirán á mí un día para libertarme de ellos.

Vosotros os habeis servido de foragidos, y os parece bien que apliquen lo que vosotros llamais un nuevo derecho. ¿Y qué es lo que hacen esos hombres del nuevo derecho? Mienten, saquean, y son hipócritas y opresores. Hablad cuanto querais del nuevo derecho: yo sé muy bien cuán malvado y brutal es; sé que no se le debe poner en uso, y que yo así lo hago. Mi alma podrá estar desolada, pero mi conciencia está tranquila. Y si la vuestra nada os dice, es porque está muerta y adormecida. Yo de mí sé deciros que no querria disfrutar semejante reposo. Á pesar de todo, yo me entrego á la esperanza con toda seguridad.

Ellos destruyen, vosotros les dejais continuar su obra de destruccion; pero llegará un día en el que será preciso reconstruir: ese es el momento que espero yo.

Todas las mentiras posibles no os serán bastante para formar un cuerpo completo de doctrina. Hablais de instalar, por fin, la libertad sobre la tierra; pues bien; no la instalareis nunca contra nosotros ni sin nosotros. La libertad es un atributo intrasmisible de los hijos de Cristo. No sereis libres si no sois cristianos; no sereis cristianos si no sois católicos, y no sereis católicos si no procurais la libertad é independencia del Vicario de Jesucristo.

Así, pues, fuera de nosotros, nada podeis hacer mas que destruir; y contra nosotros nada en realidad podeis, pues no está en vuestras manos destruirnos. Porque vuestras destrucciones, vuestros furores y nuestra muerte no serian mas que otras tantas demostraciones de la verdad de nuestra fe.

Y al demostrar la verdad de nuestra fe, no haceis mas que trabajar en nuestro favor. Haceis por causa nuestra lo único que nosotros tenemos que hacer; lo único que nos importa realizar.

Si esa demostración provoca un diluvio, vosotros os ahogareis; nosotros estamos en el arca, que no es ya el arca de Noé, sino la barca de Pedro, cuyo verdadero piloto es Jesucristo. Desde ella os tenderemos una mano caritativa.

Imaginaos, si quereis, que hareis zozobrar la barca; ese seria el fin. Nosotros sabemos que el mundo ha de concluir, y que el mal es homicida desde su principio; pero homicida de sí mismo y de los que le pertenecen, no de Dios y de los que son de Dios.

XV.

Entre la Scala Santa y Santa Cross in Jerusalem.

¡Oh profundidad de la miseria humana, peso abrumador del corazón, terror del alma! ¡Querer amarlo, y comprender que no amamos á Jesucristo!...

No le amamos, no; no le amamos. Aceptar su ley, dedicarse á su servicio, luchar por agradarle, y perseverar en la lucha hasta la muerte, no es amarlo.

Reina en nosotros la tristeza; nos acosan fatigas y temores, y arrojamos miradas sobre el mundo y sobre nosotros mismos, que indican bien claramente que no amamos.

¿Por qué no somos de condicion tal, que el nombre solo de Jesucristo no nos haga prorumpir en llanto, y que no nos atraiga como un invisible iman la sola vista de la Cruz?

Cuando Él subió esta escalera para ir al pretorio,

había sufrido ya la agonía por nuestros pecados; ¡y nosotros hemos podido tocar esas piedras sin morir de dolor y de amor!

Cuando la corona de espinas desgarró su frente, hizo en ella heridas menos crueles que la frivolidad y perversidad de nuestros pensamientos; ¡y, sin embargo, todos estos pensamientos no le pertenecen!...

Cuando su cuerpo pendía de la cruz, su peso era menos pesado á sus enclavadas manos, que las obras de las nuestras; ¡y á pesar de todo, nuestras manos aún obran el mal!...

Jesús había contado todos mis pasos, y los clavos que atraviesan sus pies son los pasos que nosotros damos en la senda del mal; ¡y no obstante, no se dirigen todos nuestros pasos á Jesús!

Pilatos, Pilatos, ¿con qué derecho te hemos despreciado? Tú le entregaste, es verdad; pero ¿no le hemos entregado mil veces nosotros también? ¿No hemos preferido el instigador del mal á Jesús?

Pedro, Pedro, ¡tú que también fuiste débil en un momento dado, danos tus inagotables lágrimas; alcánzanos esa mirada que te hizo llorar toda tu vida, y amar eternamente.

Jesús, Jesús libertador, libranos de nosotros mismos, libranos de nuestro amor propio, y de nuestro temor hacia Vos; haced que os amemos.

Que el amor nos ilumine, nos arrebaté y nos consuma; Que nos ilumine con los rayos de la Cruz, que nos lleve á la Cruz, que nos consuma sobre la Cruz.

Entonces no temblaremos ni de temor ni de cólera; nuestros labios pronunciarán palabras de victoria, y en vez de un murmullo inútil, se destilará de ellos la santidad de la vida.

LIBRO VIII.

El altar.

I.

Coquelet en el Coliseo.

Por una brecha que corta uno de los muros del Coliseo vi á Coquelet recorriendo sus altas y estensas galerías. Yo tambien penetré en aquel recinto.

No creí que el temor de escandalizar á Coquelet debiese impedirme el rezar un *Padrenuestro* y un *Ave María* al pie de la cruz, y por lo tanto puse en práctica mi pensamiento; mas bien presto le vi dirigirse hacia mí.

—«Comprendo muy bien, me dijo, que los cristianos vengan á orar aquí, porque ciertamente el sitio es conmovedor. No obstante, vuestros mártires han destruido una civilizacion muy bella.

¡Qué pueblo el de los romanos! ¡Qué artistas! ¡Cuán atras nos dejan! Comprendo que los aborrezcais, pero comprended vos tambien que yo les admire.»

—Coquelet, ¿por qué me persigues? En primer lugar no habeis nacido para ser perseguidor; y en segundo no contaís con las fuerzas necesarias para serlo.

Aquí soy yo mas fuerte que vos. Si la cuestion de civilizacion es cuestion de edificios, puedo enseñaros á

San Pedro y nuestras catedrales, y nada tendreis que replicarme.

Si se tratase del destino de esos edificios, del pueblo que se reúne en ellos, y de los placeres que allí se encuentran, tambien puede el cristianismo hacer frente á la comparacion.

Si encontráseis á una Hermana de la Caridad recreándose en ver las figuras de movimiento, os escandalizaríais formalmente, ¡y ahora exigís de mí nada menos que veneracion hácia las vestales!

Vuestros tan decantados romanos se los veia muchas veces bajar á la arena, empapar sus manos en la sangre del gladiador moribundo, beber esa sangre, beberla materialmente, como una bebida de salvacion... ¡Y he de creer que admirais á hombres de semejante condicion, Coquelet! Solo creo que quereis burlaros al hablar en esos términos..

No, Coquelet, no; por la gracia de Dios habeis nacido en Francia, y de ningun modo senador de Roma: no teneis aquel fondo perverso y feroz de los antiguos romanos.

¡Qué! ¡los tigres, los leones, las panteras, mil pobres infelices devorados, y otras tantas parejas de gladiadores habian de alegraros y causaros regocijo la sangre derramada, Coquelet!

No, mi buen amigo; yo estoy seguro de que, al presenciar escenas tan horribles, un acceso de fiebre se apoderaria de vos mismo, y antes de la conclusion de la primera fiesta, saltaríais desde vuestro asiento á la arena proclamándoos cristiano.

Y eso os prueba cuánto ha mejorado el cristianismo á la humanidad. Muchas pruebas confirman esta verdad, pero ahí teneis una que por sí sola es bastante á demostrarla.

Una sola cosa me afligiria en vos; Coquelet, y esta seria que un hombre de vuestra condicion, incapaz de vivir en paz con su conciencia si no tuviese mas que las virtudes del mas honrado pagano; un hombre tierno y recto, capaz de sentir una amistad verdadera, de ser un marido fiel, un padre cariñoso, y, en una palabra, si no un cristiano, al menos producto de una sociedad cristiana; que un hombre semejante, digo, despues de haber visto estos lugares augustos y elocuentes en que nos encontramos, atravesado estas grandiosas estensiones, y recibido los resplandores que estos lugares irradian, cerrase á la luz los ojos de su espiritu y de su corazon, quisiese olvidarlo todo, y desconocerlo todo para obstinarse en seguir las doctrinas de algunos necios.

Vuestra alma, Coquelet, tiene mas de una bella cualidad, y es incapaz de sentir ó experimentar una sola verdadera alegría que no os venga de Jesucristo. Ese puro trigo de Cristo, molido aquí entre los dientes de los leones, y que tuvo poder bastante para darles la muerte ó para obrar en ellos la trasformacion mas completa, es el que á su vez os ha dado la vida.

Y no solo os la ha dado, sino que continuará prodigándoosla aun. La Roma de Cristo la ha conservado y es quien la distribuye. Y la ha conservado en medio de continuos combates, y la ha dado con tanta abundancia á nuestros padres, que su fuerza ha llegado hasta vos, que la rehusais loca—y quizás muellemente,—pero á la que debeis lo que todavía queda en vos de honor y de felicidad.

Y despues de haber visto los grandes monumentos de esa inmensa obra que Dios ha hecho para vos, y de esos grandes cuidados que por vos se ha tomado; despues de haber contemplado á los mártires y á los Papas, de haber tenido tan cerca á esa Cruz, siempre hu-

millada y siempre triunfante, y de haber recibido tan de lleno sus divinos y misteriosos resplandores, ¡habíais de despreciar y de desprenderos de todo esto, como si fuese un vil polvo de que deberíais limpiaros, para entrar en París con el vestido propio y decentemente limpio que exige la comunión de M. Havin!

Comprended que tal modo de obrar seria no solo absurdo, sino inaudito.

Sin embargo, es preciso que lo confeseis, Coquelet: vuestros filósofos destructores del cristianismo, esos filósofos á quienes seguís tan ciegamente, no brillan por el mérito de sus invenciones. No hablo de los que querrian llevarlo todo á sangre y fuego; no son esos precisamente los vuestros; ademas este lugar os dice bien claramente lo que han alcanzado los que han querido prodigar la muerte con esceso. Mas si quisiera que nos fijásemos un momento en los que razonan, se precian de imitadores, y son amigos del sarcasmo.

Siempre los pobres cristianos han sido para ellos un objeto de mofa; siempre han sido tildados con algun epíteto mas ó menos ridículo, mas ó menos despreciable, pero siempre sarcástico. Al mismo tiempo que se los asesinaba, eran entregados á la irrisión del pueblo. Aun en el edicto del buen Trajano contra San Ignacio, hay una sombra, por decirlo así, de epígrama: *Ignatium in seipso dicentem circumferre Crucifixum*. Esto recuerda los Parlamentos franceses del siglo XVIII, al condenar á los que se decian jesuitas, Federico y Voltaire nos llamaron la secta *Cristícola*,

Los sarcásticos de Roma en tiempo de Severo, sucesor de Cómodo, calificaban á los cristianos de *gen-*

tes de sarmientos y gentes de pilares, y nada mas justificado que esos términos que tan extraordinario desden revelan, pues que los cristianos eran atados á los pilares y quemados con sarmientos. Pero se hallaron en buena hora entre los paganos hombres de talento que dijeron que quemar no era sostener una opinion.

Aquellos hombres sabios pensaron que no era bastante quemar á los cristianos, puesto que, en realidad, no por eso los sarmientos quemados dejaban de dar fruto. Y trataron de sostener sus tesis juzgando que se quemaria con mas éxito despues de haberlas sostenido. En ese caso la hoguera seria un argumento supremo y victorioso. Entonces se trató de buscar argumentos.

Los cristianos hablaban mucho de los milagros de su Cristo, renovados por sus discípulos; y esos milagros eran tan evidentes aun á los ojos de los mismos paganos, que estos juzgaron muy del momento el encontrar un pagano que hiciese tambien milagros, y se le encontró. Fue Apolonio Thyanes, pitagórico. Se aseguró que hacia prodigios, que veia hasta los sitios mas remotos, y que predecia el porvenir. Quando Apolonio murió, bajo el reinado de Neron, redibió los hombres divinos. Pero eso poco importa.

Vespasiano se hizo tambien taumaturgo. Y estaba ciertamente en situacion á propósito para ello; iba á tomar posesion del imperio. En el templo de Alejandria, curó, merced al poder del dios Serapis, á un ciego y á un mutilado. Imaginaos el éxito que obtendria, y el regocijo que causó tal suceso. Sin embargo, Vespasiano no continuó en sus portentos; y dudó mucho que Guérout mismo crea en los milagros de Vespasiano. Pero ¿cómo explica Guérout que Vespasiano y sus secuaces se hayan encontrado tan embarazados con los milagros que hacian los fieles de Jesucristo?

Otra cosa habia que atormentaba tambien á los Emperadores, al menos á aquellos que obraban un tanto cuerdamente. Hasta en el mismo palacio imperial penetraban las antorchas de dignidad, de caridad y de justicia que iban resplandeciendo por todas partes; y la opinion general, frente á frente con estos nuevos acontecimientos, tomaba un aspecto igualmente peligroso para el imperio y para los dioses. Vespasiano y Tito se habian esforzado en hacer desaparecer del trono el espectro de Neron; Trajano resolvió ser justo.

Su ministro, Plinio, le propuso un día un caso de conciencia verdaderamente famoso. Se trataba de los cristianos. La ley los proscribia; la justicia no encontraba en ellos ningun crimen. ¿Qué se debe hacer? preguntaba Plinio; ¿se castigan los crímenes, ó solamente el nombre? Mientras recibia la respuesta, manifestó al Emperador cómo tranquilizaba él su conciencia: «A los que se han confesado cristianos,» decia, los he amenazado con el suplicio; á los que persistian los he sujetado á él; porque, fueran las que quisieran sus doctrinas, *he creído que no podia dejar de castigarse su desobediencia.* ¡Hé ahí el modelo de un liberal amante de la ley!

Adriano, mas bondadoso y mas sabio que Trajano, concibió la idea de admitir á Jesucristo entre el número de los dioses; y, lo que es mas aun, le preparó templos. Pero advertido de que solo á esos templos iban á acudir fieles adoradores, mientras que de ellos estaban desiertos los demas del imperio, cambió de táctica, y dió la muerte á muchos cristianos. Antonino el Piadoso le imitó: al principio se mostró favorable á los cristianos, y los tributó alabanzas; despues les fue contrario, y los persiguió. Y ¿por qué cambiaban con tanta facilidad de opinion los Emperadores? Porque los cristianos no cam-

biaban de conducta. Unas veces la violencia, y otras la dulzura, les exigia lo que ellos no querian conceder ni á la violencia ni á la dulzura.

Entonces los hombres entendidos comenzaron á tomar parte en la lid, y se vió aparecer á Celso. El fue el primero entre aquella numerosa multitud de escritores que no han cesado de ofrecer su brazo en apoyo al verdugo, que le han escitado al exacto cumplimiento de su triste deber, que le han justificado, y que le han encargado de llevar á cabo el tan vil y humillante cometido que los verdugos no podian cumplir. Porque los verdugos matan, pero los escritores difaman.

Celso habia leído las Santas Escrituras como hizo más tarde Voltaire, y como hace hoy el bello Renan. Si recibió algunas muestras del desinterés y de la caridad de los sacerdotes cristianos, lo ignora; pero estoy muy inclinado á creerlo. Estas gentes están por lo común marcadas con el sello de la ingratitud. Y aun mas evidentemente ostentan el sello de la presuncion. Celso creyó que seria una cosa muy sencilla para él el refutar, destruir, pulverizar, digámoslo así, el Antiguo y el Nuevo Testamento. Razonó, disertó y calumnió á su gusto, y su libro estuvo en boga; lo cual únicamente se sabe por las refutaciones que contra él se hicieron, porque ese libro ha parecido.

Los cristianos, á pesar de todo, nabian bajo las mismas manos de los verdugos; y ya conoceis las grandes é históricas palabras de Tertuliano: *Sanguis martyrū, semen christianorum*. Los críticos y los herejes engendraron inmediatamente los apologistas y los doctores. La sangre corria de continuo, la verdad resplandecia cada dia mas, y la política imperial se hallaba mas y mas embarazada.

El sabio Marco Aurelio, continuando con el sistema

dé dar muerte á los cristianos, como así también concluyó por hacerlo el piadoso Antonino, se quejaba de que esos cristianos á quien daba muerte la aceptaban de muy buen grado, dando muestras de despreciarla en estremo. ¡Qué raza tan rebelde! Hasta en el momento mismo en que las leyes la castigaban con todo su rigor, las desobedecian, porque las leyes no podian tolerar impunemente que se recibiese con alegría la muerte. El sabio Marco Aurelio reprendia filosóficamente á los indurados cristianos, y les hacia observar que todo hombre razonable debe temer la muerte, y por cierto que ellos no la temian.

Y no la temieron tampoco bajo el reinado de Cómodo, hijo del sabio Marco Aurelio, ni bajo el de Severo, sucesor de Cómodo. Severo, que logró derrotar á tres de sus competidores, quiso también deshacerse de Jesucristo. Para ello empleó todas sus fuerzas, y mandó que fuesen llevados al patíbulo un gran número de cristianos; pero tanta muerte vino á convertirse en una simiente que dió mucho en qué ejercitarse á la dalle (1) de Caracalla. Caracalla, gran enemigo de la supersticion cristiana, desató contra ella, cual si fuerá un azote, á un brador llamado Fronton. El tal Fronton hizo furor. Imputaba á los cristianos la impiedad, el ateismo, el incesto, todos los crímenes romanos, y les reprochaba el comer carne humana.

Esto dió dos resultados: muchos mártires, *semix christianorum*, y una idea cabal de lo que era Heliogábalo. Este astuto asiático imaginó reunir todas las religiones. Quiso que se trasladasen al templo de su dios, la imagen de Cibeles, el fuego de Vesta, el *palladium*, los escudos sagrados, y todo lo que veneraban los ro-

(1) Guadaña para segar los prados.

manos; que además se admitiesen allí los símbolos de los judíos, de los samaritanos y de los cristianos, á fin de que los misterios de todas las religiones estuviesen sometidos al sacerdocio de un mismo Dios. ¡Centralización y fusion! En otro tiempo pudisteis creer que Heliogábalo era estúpido; pero ved que ha tenido exactamente la misma idea que *El Siglo*, y vuestro Louis Jourdan le imita.

Heliogábalo tuvo un fin desastroso. Alejandro Severo le sucedió en el año 222. «Su primera ocupacion diaria era ir á adorar y á hacer sacrificios en honor de los dioses del imperio, que tenia reunidos en una especie de templo. En aquel número contaba á los Emperadores mas célebres y á los hombres mas notables, entre los cuales se hallaban Cristo, Apolonio, Abraham y Orfeo, de quienes tenia en gran veneracion preciosas estatuas.» Así habla Lampridio. El término de los furros de los que se complacian en derramar sangre humana, de los que la bebian, y de los que leían á los escritores mas sarcásticos, fue el de venir á parar en que era necesario resignarse á seguir la religion cristiana. Se trataba ya de entrar en arreglo con Cristo: iban apareciendo conciliadores.

Sin embargo, bajo Alejandro Severo, que honraba á Cristo, y que lejos de perseguir á los cristianos los alababa y los ponía por modelo, la sangre cristiana corria con abundancia en las provincias del imperio. Esto dependia del carácter peculiar de cada uno de los procónsules. Los agentes de la ley optaban por que continuase la persecucion. Domicio Ulpiano, prefecto de Roma y del Pretorio, escribió un tratado que tituló *Deberes del procónsul*. No era mas que una esmerada recopilacion de todos los rescriptos de los Emperadores contra los cristianos. El único fin que en tal publicacion

se propuso, no fue otro que el de que ningun procónsul ignorase con qué penas debia castigar á aquellos que él calificaba de monstruos. Alejandro Severo, que permitió que la recopilacion de Ulpiano corriese de mano en mano, fue muerto alevosamente por Maximino.

Maximino, Decio, Valeriano. En el reinado de estos tres Emperadores, el tratado de Ulpiano viene á ser el *vademecum* de la magistratura. Valeriano promulga un nuevo edicto: segun él, los Obispos y los diáconos debian sufrir la muerte; los senadores, las personas calificadas y los caballeros, privados de su dignidad y de sus bienes; y si persisten, ser conducidos al cadalso; las damas de alta condicion, despojadas de ella y desterradas; los libertos del Emperador encadenados y admitidos nuevamente en el número de los esclavos. Esto era en el año 258 de Cristo Nuestro Señor. Año en el cual era ya necesario tratar de que apostatase todo el imperio, y en el que hasta los libertos del Emperador seguian al Crucificado.

Despues de haber publicado su rescripto, Valeriano partió á hacer la guerra á los persas. En ella es hecho prisionero, desollado, y curtida por primera vez la piel de un Emperador romano. Galieno, su hijo, cree oportuno volver á la dulzura. Hace restituir á los cristianos las iglesias que les habian sido arrebatadas en los reinados precedentes. Decididamente el imperio vacedia. Los filósofos y los letrados se indignan de semejante conducta. ¿Por ventura esa secta odiosa, la secta de los humildes, habrá de alcanzar el triunfo? Entonces se ven aparecer otros dos hombres de reconocida ciencia: Plotino, lleno de virtud, y Porfirio, lleno de genio.

Plotino era querido de los dioses y de los hombres. Se decia públicamente que tenia á un dios por genio; pero

lo que sí es cierto es que tenía por amigos al Emperador Galieno, y á la Emperatriz. Compuso un libro contra los cristianos, que negaban que Platon hubiese llegado á penetrar toda la profundidad de la esencia inteligible; y prestó generosamente á Platon ciertas luces, de que él mismo era á su vez deudor á los cristianos. Tal suceso se admiró cual una verdadera maravilla, y Platon desde entonces empezó á ser considerado como el inventor del cristianismo. Plotino fue declarado santo por el oráculo de Apolo, y se erigieron en su honor altares y se establecieron sacrificios.

Porfirio tomó á su cargo el desenvolver y dar mayor fuerza á los argumentos de Celso. Atacó al Nuevo Testamento; esplicó como pudo las profecías, y las negó cuando no pudo explicarlas. Bien que esto mismo se hace hoy. Atribuyó á poder de la magia los milagros de Nuestro Señor, los de los Apóstoles, y los que continuamente se verificaban en la tumba de los Santos. Preguntaba, por qué el Mesías, que debe ser el salvador de todos los hombres, habia dejado trascurrir tantos siglos antes de aparecer en el mundo. Los que pretenden que los resplandores de la verdad no han brillado hasta 1789, se sirven siempre de esta razon ó de otras del mismo género para defender sus doctrinas.

Y lo mas notable es que al argumentar contra Jesucristo, Porfirio argumenta tambien contra sí mismo. Cierta pagano, dice, consultó el oráculo de Apolo para saber cómo podria curar el espíritu de su mujer, que se habia convertido al cristianismo. Apolo respondió: «Procurad mas bien el escribir sobre el agua ó volar por los aires, y dejad á vuestra esposa sumida en su ridículo error. Que cante en buen hora con voz lúgubre á su Dios muerto y condenado á un suplicio cruel por jueces tan sabios como rectos.» Hé ahí lo que el sabio

Porfirio sabia que habia de adelantar con sus argumentos.

Sin embargo, Plotino y Porfirio no han trabajado inútilmente. Han obtenido su ganancia, y á nosotros nos han dado la nuestra. Quisieron sangre, y la fecundidad de esa sangre se aumentaba cada vez mas. Y las conversiones continuaban, como si Plotino y Porfirio nada hubiesen escrito; y se aumentaban realmente, porque los paganos iban tomando la funesta costumbre de razonar, y los milagros del dios Plotino les parecian tan ridículos como los argumentos del gran Porfirio, y los dioses se veian derrotados por las mismas apologías de Porfirio y de Plotino.

Diocleciano, Joviano y Maximiano-Hércules resolvieron concluir de una vez con los cristianos: era ya tarde. Mas en honor de la verdad debe decirse que trabajaron con tal decision, que al fin creyeron haber alcanzado un éxito lisonjero. Erigieron columnas triunfales, en las que esplicitamente consignaron la total destrucción de la familia cristiana; que ese nombre habia sido abolido por completo: *nomine christianorum deleta*. Poco tiempo despues, Diocleciano se convirtió en jardinero en Salona; Joviano y Maximiano-Hércules experimentaron grandes desgracias. Constancio y Galerio fueron declarados Augustos. Constancio era ya cristiano de corazon; Galerio quiso que los cristianos fuesen atormentados de una manera estudiada y sujeta á reglas, y que despues de haber sufrido la tortura, se les quemase, pero á fuego lento.

Y él mismo pereció tambien con esta cruel muerte, no sobre la hoguera, sino sobre el trono. Su cuerpo fue poco á poco hecho pedazos como si invisibles atormentadores desgarrasen sus carnes que se iban inevitablemente corrompiendo, y un fuego lento y terrible devo-

raba sus entrañas. Entonces llamó en su socorro al Dios de los cristianos. ¡Qué debilidad, Coquelet, y qué mal tercio hace esta circunstancia á la filosofía! En fin, el pobre Galerio murió, y Magencio hijo de Maximiano, se apoderó de Roma, mientras que Constancio, al morir tranquilamente en Yorck, depositó la corona de la parte del imperio que le correspondia en las sienes de su hijo Constantino. Pero bien pronto un nuevo lábaro apareció en el cielo: *In hoc signo vinces*.

Cuando Constantino leyó esta divina promesa, habian ya pasado tres siglos completos desde que Pedro, con su sangre, la habia escrito en el suelo del Vaticano, en el circo de Neron. La historia de esos tres siglos, por ser demasiado conocida, causa si se quiere hasta cansancio. Pero vos y los vuestros, Coquelet, os obstináis en olvidarla. No obstante, esa historia prueba de dos maneras diferentes la divinidad del cristianismo: fijaos bien en esa palabra: *la divinidad*. Durante esos tres siglos de sangriento combate, el cristianismo no solo ha resistido á los suplicios y al ridículo, sino tambien al favor. Si hubiese consentido en no ser mas que una escuela filosófica, pues solo eso era lo que se le pedia, hubiera subido al trono con Marco Aurelio ó con Adriano.

Los ingeniosos talentos del último siglo esplican la propagacion del cristianismo y el frenesí por la Cruz, por la locura de los abderitanos. En cierto año del reinado de Lysímaco, la mayor parte de los habitantes de Abdero se vieron atormentados por una terrible fiebre, que por espacio de siete dias les hacia declamar con extraordinaria vehemencia varios pasajes de la *Andrómeda* de Eurípides. Los primeros que se sintieron atacados de ella habian imitado á un autor célebre que acababan de oír, y de ellos se difundió la

epidemia rápidamente á la multitud. Del mismo modo, dicen esos talentos del último siglo, se apoderó del mundo aquel ardor por el martirio que duró trescientos años.

Aun cuando no hay paridad en los hechos, y si solo semejanza en que el amor al martirio se estendió de unos cuantos á la multitud; porque tal es el origen de todos los acontecimientos que influyen mas ó menos en la vida de los pueblos; abandonemos por un momento el argumento de los mártires en la parte que conforme le hemos encontrado tiene de convincente, y decidme: Aunque sea un fenómeno natural que esos enfermos, esos frenéticos, desafiase las torturas y la muerte, ¿de qué medios se ha valido el cristianismo para no caer en los brazos del favor, que se le abrian con marcado empeño? ¿Cómo ha podido resistir los halágos de esos buenos Emperadores, que le pedian se conciliase con el mundo y los dioses, y entrase en la corte y en los templos? Explicadme esto como podais; Coquelet, ó haced que otros me lo expliquen. En verdad que M. Renan se veria algo apurado para hacerlo satisfactoriamente.

Pero después de Constantino, aun quedaba otra prueba que experimentar á la Religion cristiana; y esa prueba no faltó. Todo habia sido prosperidad bajo Constantino; restaban que sufrir nuevos trabajos y dificultades nuevas bajo el poder de sus hijos; herejes por desgracia. Entonces salió un hombre con la apariencia y las pretensiones de un filósofo, astuto como Tiberio, sanguinario como Nerón, loco como Heliogábalo, y mas temible aun que todos ellos, porque reunia el talento, el orgullo y la perversidad de ciertos hombres de letras: es Juliano, en quien ve el cristianismo representados en un solo hombre, subir al trono á todos los adversarios

que en la sucesion de los tiempos habia encontrado; y contra quienes habia tenido que luchar. ¿Y qué es lo que pretende hacer Juliano? Mucho malo y nada nuevo, escepto una, que bien podemos titular necedad, que mas tenia de ridícula que de nueva. Cristiano á pesar suyo, queriendo destruir con mejores armas al cristianismo, recomendó á los paganos la práctica de las virtudes cristianas. Alejandro Severo y Galieno les habian dado ya el mismo consejo. Pero el paganismo, que no tenía ya ni misterios, ni poesía, ni fuerza; si se le quitaban tambien los vicios que autorizaba; era tanto como convertirle en cristianismo. Juliano persuadió á sus sacerdotes á que siguieran su consejo. El paganismo le debió entonces cierto barniz que rayaba en ridículo, la Iglesia una nueva falange de mártires, y la literatura páginas que no aparecerian en la *Revista de Ambos Mundos*. En suma; ese hombre que reasumia en sí á todos los adversarios de Jesucristo, pasó con estraordinaria rapidez, y fue silbado.

Hé ahí, Coquelet mio, los príncipes y los doctores del anticristianismo; hé ahí toda la ciencia y todo el talento de que el mundo ha usado, puede usar, y usará siempre para derribar la Cruz. La historia no os ofrecerá, por donde quiera que la abrais, mas que figuras que podreis clasificar en uno ú otro de esos géneros pobres de suyo, y muchas veces mas pobres aun. Nada hallareis en sus páginas mejor que Neron, Heliogábalo, Adriano, Celso, Plotino, Porfirio y Juliano: en ellos teneis personificadas la ferocidad, la astucia, el orgullo; la audacia de la mentira, la vana esperanza de dominar á Jesucristo ó de destruirle; y siempre valiéndose de

los mismos medios, usando los mismos móviles, y obteniendo los mismos resultados. La ferocidad halla mártires que la afronten y arrosten las consecuencias de su barbarie; la astucia y la mentira suscitan apologistas y doctores; la fuerza es vencida, y el orgullo objeto de la mofa.

Para concluir, querido Coquelet, os diré que estais entre mala gente. No solo hay tigres entre los vuestros, sino gente astuta y engañosa, y esto en gran escala; y no es eso lo peor, sino que la necedad abunda, y constituye la principal fuerza de vuestro campo. Para mí, la necedad no es un crimen; no así para vosotros, patrocinadores del talento humano; y ¡qué mas conjunto de flaquezas encontrareis que toda vuestra política y toda vuestra literatura!

No es esto decir que la fuerza no esté de vuestra parte en este momento. Todos los que acabo de nombraros, Neron, Porfirio y Juliano, eran tambien en su tiempo los mas fuertes, y todos los que los han imitado han sido los mas fuertes tambien. Lutero fue el mas fuerte en su época, Voltaire lo ha sido en la suya, Fourier y Cabet son hoy fuertes, los mas fuertes tal vez. En la actualidad no conozco nada mas fuerte que La Bédollière y el buen Havin. Gozad de esa fuerza, pues sois de ellos. En cuanto á mí, os compadezco, pues al fin y al cabo, ¿qué me importa todo eso?

¿Quereis que tema á esas fuerzas? ¡Habré de convencirme de que alcancen por fin en nuestros dias lo que jamás han podido conseguir, y que el buen Havin llegue á donde no han podido llegar Heliogábalo y Porfirio? No, á fe mia; no haré semejante injuria ni á mi Cristo, ni á mí. Es mas: habia de llegar el dia en que el buen Havin, definitivamente dueño del mundo, presidiese aquí á la multitud para verme despedazar, y le

diria:—Buenos dias, buen Havin; mañana no tendreis ya ni donde albergaros; mañana sereis objeto de la mofa universal.

II.

Los devotos de San Pedro.

Si la humilde y pobre anciana vestida con el traje de viuda que he visto hoy en San Pedro, sentada sobre el pavimento, en un rincon cerca del altar mayor, me hubiese confiado los pensamientos que la animaban al fijar su tierna mirada sobre el Crucifijo, hubiese sin duda oido palabras celestiales.

Esta mujer es lo que se llama aquí una devota de San Pedro. Se encuentran varias que pasan su vida en la Basilica. Yo he visto algunas veces á la de que hablo, unas en oracion, otras en contemplacion, y otras en ese estado de tranquilidad, que es tambien una contemplacion y una oracion. Ya en otras ocasiones he encontrado algun otro de esos rostros en que parece haber fijado Dios con particularidad sus miradas.

Al contemplar su tranquilidad, mi pensamiento se ha fijado en el estado del mundo. ¡Cuántos esfuerzos no está haciendo ese mundo contra Dios y contra San Pedro, y cuán poco consigue con todo su poder, sus armas, sus soldados y sus escritores! Y todavía me admira mas que sea para él una empresa tan ardua el arrojar de aquí á esta pobre mujer.

Un dia estando en Francia, visitaba yo una vasta iglesia monaçal, reedificada por el Estado en un pueblecito, á costa de dos ó tres millones. Delante del altar, pobre á la sazón, ó mas bien desnudo, rezaba una aldeana de avanzada edad. El cura me la enseñó: solamente ella constituia la parte verdaderamente fiel de la

parroquia. Con posterioridad, el gobierno ha adornado el altar, y recompuesto la cristalería de la iglesia.

El gobierno lo habrá hecho por una u otra razon; pero la que ha tenido Dios para inspirárselo, ¿quién me asegura que no haya sido la fe de aquella aldeana casi indigente? El Sr. Cavour y el Sr. Mazzini quieren tomar á Roma; tienen muchos cómplices, pero nunca lo consiguen: ¿quién me asegura que la fe de la infeliz viuda, sentada sobre el pavimento de San Pedro, no entra por mucho en los obstáculos que encuentran esos poderosos señores?

Y ¿por qué habia de ser indigno de Dios el conservar á Roma para que no sea turbada la paz de que esa pobre mujer goza en San Pedro? ¿Por qué habia de ser indigno del Señor el hacerla conocer á ella misma directamente que los esfuerzos del mundo son ridículos, y que tanto tiempo como ella quiera rezar cerca de la tumba de los Apóstoles, podrá orar en paz sobre ella?

Nosotros no conocemos toda la fuerza de la oracion de ese poder del hombre sobre la omnipotencia de Dios. La oracion nace en el corazon mas humilde, sube al cielo, y ella sola es bastante á disipar todas las tempestades, ó á hacer que tomen diverso rumbo. Por medio de la oracion quedan igualmente defraudados los mas justos temores de los fieles y los mas sabios cálculos de los impíos.

Una mujer del pueblo de Bizancio fue á ofrecer humildemente algunos dones que habia recogido, para la construccion de aquella gran iglesia. Despues que aquella maravillosa náve se hubo concluido, aparecieron en el frontis estas palabras, escritas por mano de un ángel: *Sofia me ha edificado*. También en el frontispicio de la Basilica vaticana escriben los ángeles, y Dios hará visible algun dia, los nombres de aquellos fieles que des-

de el fondo de la oscuridad en que viven la han conservado.

Y aun es mas : solo para esos fieles despreciados por el mundo, para esa pobreza desconocida, cuya vida ó cuya muerte no tienen mas importancia que el nacimiento ó la caída de una hoja en el bosque, para que el hijo del incrédulo, y tal vez blasfemo artesano, reciba el bautismo y haga su primera comunión, vosotros edificais y sostendréis iglesias.

No somos nosotros quienes lo hacemos; sois vosotros mismos, á vuestras espensas y con vuestras propias manos. Y á eso consagrais el dinero que os ha entregado el incrédulo contribuyente, y empleais en ello el trabajo de vuestros bufetes y vuestros pintores y vuestros arquitectos, que tampoco creen, y vuestros jornaleros trabajan en esa obra en domingo y vomitando blasfemias.

Y cuando la iglesia está edificada, os complaceis en ver levantarse mil voces injuriosas para aconsejar á la multitud que no entre allí, y en efecto no entra; pero la iglesia está construida, el sacerdote la ocupa, Dios baja á ella, algunas pobres mujeres van á recibirla, y los niños son llevados allí para que se les administre el bautismo.

A la verdad, Dios no sirve muy mal á los que le aman todavía. ¡Tres millones gastados para que una pobre mujer rece bajo cubierto en medio de un pueblo incrédulo; un sacerdote para decir la misa y confesarla; un Obispo para que su nieto reciba la confirmación, y un Papa para que éste Obispo sea legítimo! ¡Y que todo el poder del mundo venga á detenerse ante esa anciana que sirve á Dios!...

Ese es el hecho: explicádmelo como le comprendais. Y es mas: si quereis deshaceros de ese hecho y

demoler la iglesia ó dejarla solamente arruinarse, entonces el problema consiste en impedir que esa iglesia, al desplomarse, no destruya á las casas vecinas, á la poblacion y á la ciudad; y que la ciudad, al hundirse, no destruya al arte, la ciencia, la sociedad, la civilizacion; en fin, que no destruya el mundo.

Un revolucionario italiano de 1848, y sociniano en otro tiempo, uno de esos que se vieron ó mas bien que se creyeron dueños de Roma, concibió la idea de adoptar grandes medios, y de libertar de una vez á la humanidad del peso de la Iglesia. Hoy lo dice con esa bella ingenuidad con que cada uno manifiesta en nuestros dias lo bueno que cree haber hecho.

«Yo tambien he creído que la Italia pertenecía á Roma, é impaciente y convencido de que era así, corrí á ella. El Papa entonces habia emprendido la fuga: el Foro era presa de las llamas. Nosotros disputamos la palabra y el terreno á los fautores de los Tarquinos, piamenteses. Sitiamos al Capitolio. Los Gaulois de Brennus, convertidos en hijos de los cruzados, penetraban en el Senado... (*Devorabunt gentes hostes illius.*)

«Y bien: ¿qué vi en Roma? Vi que ni sobre las Catacumbas, ni en medio de las Basílicas, ni al lado del Vaticano, habia sitio para los tribunos, y mucho menos para un Rey.

«Furioso contra esos prodigios del arte que habian hecho de Roma la ciudad de los Pontífices, y escitado por el patriotismo, un pensamiento vandálico cruzó por mi imaginacion. Minar á San Pedro, hacer desmoronarse esa cúpula que resguarda al Papado, destruir para edificar de nuevo. ¡Oh! Yo tambien he sentido lo que sienten hoy los italianos, y lo he sentido en la cumbre misma del Capitolio. Quería á Roma á cualquier precio.

»Despues, los años y la reflexion me han descubier-
to crueles realidades que me eran desconocidas. He
»comprendido que mientras los dos grandes imperios de
»que solo los Alpes nos separan, se proclamen católicos,
»negarán Roma á la Italia, ó se la torningarán á arrebatár
»si se apodera de ella.

»En el centro monárquico en que se halla, la Igle-
»sia es poderosa todavía. Romana por escelencia, quiere
»continuar siéndolo, y rechaza obstinadamente toda idea
»de emigracion. Era débil para conservar sus provin-
»cias, y ahora, encerrada en Roma, está defendida por
»las bayonetas de la política católica.»

Muy notables son por cierto las palabras de este
padre conscripto de la antigua Roma. Pero se equivoca
si cree que la política católica tiene bayonetas. En este
momento no hay en el mundo ni bayonetas ni política
católicas.

Y si él cree que la política que mantiene hoy las
bayonetas en Roma hace lo que quiere y sabe lo que
hace, yo por mi parte no veo nada que me lo demues-
tre así. Yo creeré mas bien que esa política hace lo que
quiere la pobre vieja devota que vi sentada en el pavi-
mento de San Pedro.

Ese patriota italiano, que pensaba volar la cúpula
de la Basílica, reconoce despues con mejor criterio que
el Vaticano tiene todavía solidez. Si llega á reconocer
algun dia que Dios también la tiene, su patriotismo
será mas noble, y su buen criterio lo será tambien.

Al pie de esa cúpula que habia de ser volada, pero
que no puede serlo; en la base de esa diadema, como
en un círculo de diamantes, brillan estas palabras en
letras de dos codos de alto: *Tu es Petrus*, y así ins-
crita tambien toda la divina promesa.

Pues bien; es preciso un comentario perpetuo de

esas palabras destinadas á atravesar la serie de los tiempos; y ese comentario está hecho en todas las lenguas que puede comprender la humanidad; lenguas amigas y enemigas, lenguas del demonio y lenguas de Dios. Y hablan, ya á la vez, ya por su turno.

En este momento, para nosotros, es la política de Moab quien comenta esas palabras; pero lo hace por medio del estruendo, y nos alarmamos. Sin embargo, Dios habla al mismo tiempo. Nosotros le oímos mal, ó no le oímos; pero las almas santas le oyen perfectamente: saben que por fin dominará su voz, saben que él será quien pronuncie la última palabra.

Hé ahí por qué sonríe la tranquilidad en el rostro de esa humilde mujer, sentada entre el altar mayor y el púlpito de San Pedro con los ojos vueltos hácia el Crucifijo. Los comentarios de Moab no turban ni su paz, ni su oracion, y si los oye es solo para comprender mejor los de su Dios.

Reyes, tribunos, príncipes de la ciencia, príncipes del mal, príncipes del mundo, pueblos poseedores de la fuerza, doctores del crimen, sacerdotes del infierno; un solo cadáver á la entrada del Vaticano es un obstáculo que todos vuestros ejércitos no serian bastantes á destruir. Pimodan, muerto, defiende aun al Pontífice y al templo. ¡Solo Dios es fuerte, solo Dios es grandel.

III.

El altar.

El altar del coro de San Pedro, colocado bajo la silla del Apóstol, frente al altar mayor, tenía una estructura y dimensiones que parecían indignas de aquel sitio. Pio IX le ha hecho construir de nuevo por esa

sola razon, que por otra parte es una razon fuerte en Roma. En Roma, la belleza, la armonía y la majestad están consideradas como de primer orden y de necesidad absoluta. Así es que se edificó á San Pablo fuera de los muros, y con unas proporciones gigantescas que no están en manera alguna de acuerdo con lo exiguo de la poblacion local, segun la crítica de muchos *entendidos* viajeros. Y en efecto; no hay absolutamente poblacion alguna en los alrededores de San Pablo; allí todo está desierto y casi inhabitable, y ademas existen otras iglesias, aunque no muy grandes, en las cercanías. Solo que los viajeros *entendidos* no reflexionan que siendo San Pablo el *Apóstol de las naciones*, la iglesia de San Pablo es la cabeza de partido, digámoslo así, de una parroquia compuesta del mundo entero, y que llegará dia en que ese templo sea demasiado estrecho para contener á los innumerables enviados de las naciones. Y debe perdonarse al genio de la sociedad católica el haber levantado desde los tiempos mas remotos iglesias capaces de contener dentro de sí todas las razas humanas, cuando se ensalza que la civilizacion moderna haya edificado esos sublimes palacios de exposicion, que pueden á su vez servir de almacen á los productos de todas las industrias y de establo á todas las razas de animales.

El Papa, construido ya este altar segun lo que exigian la belleza y la majestad de San Pedro, quiso consagrarle por sí mismo como Obispo de Roma. Yo tuve el gusto de seguir todas las ceremonias con el *Pontificale romanum* en la mano. Es un libro que yo no conocia absolutamente, y creo que muchos católicos, aun los mas instruidos, no le conocen. Se le cree especial para los Obispos, y de poco interes para los simples fieles. Este error nos hace desconocer cosas que nos

llenarian de alegría y de amor si las conociésemos. Yo no puedo fijar la vista en ninguna parte en Roma, sin verme obligado á confesarme á mí mismo que nuestro espíritu está muy lejos de la Iglesia, y que nuestra educacion religiosa está deplorablemente descuidada. ¿Cuántos católicos saben bien á fondo lo que es un altar católico? En cuanto á mí, lo sé únicamente desde hoy, y acabo de aprenderlo en el *Pontifical romano*.

He visto desarrollarse ante mis ojos un magnífico tisú formado de objetos terrenales y celestiales; una trama divina formada de materia y de espíritu, que envolvía mi entendimiento como en el ropaje de la Divinidad. He oído al Pontífice evocar la creacion material; purificarla, libertarla del poder del demonio; y restablecida así á su primitiva dignidad, consagrarla á la grande obra de la salvacion de las almas y de la glorificacion de la clemencia de Dios. Y con la misma autoridad con que arrojaba el demonio, le oí llamar con un acento respetuoso, pero soberano, á los ángeles de Dios, y cometerles el cumplimiento de esa obra; y los ángeles iban y venían del cielo á él y de él al cielo. Y dirigiéndose despues á Dios mismo, le pedia que consumase el milagro; y él sabia que Dios se dignaria obedecer.

La consagracion de un altar puede verse con facilidad en cualquier país católico, y es, sin embargo, lo mas grande que he visto en Roma. Para mí no hay nada como la poesia de la liturgia católica, mas vasta, mas perfecta aun y mas intraducible que la poesia de los Libros Santos. Porque la Iglesia de Cristo ha absorbido y realizado la poesia de la Sinagoga, como la ley de Cristo ha absorbido y realizado la ley de Jehová. Pedro es Moisés, y ademas es Pedro. Todo el templo de Jerusalem está en la Iglesia de Roma, y ademas se halla en ella Jesucristo vivo enseñando y reinando.

Pero lo que yo trato de pintar, solo, en medio de estrechas paredes, con una pluma en la mano y un libro ante los ojos, lo he visto arrodillado en medio de un esplendor indescriptible; el esplendor de San Pedro lleno de la presencia del Papa, y mas brillante por esa sola presencia que por todo el oro que reluce sobre sus mármoles, y por todo el sol que le inunda. Lo que trato de repetir lo he escuchado en medio de la doble armonía de la lengua sagrada y de los sagrados cánticos. Y era la misma voz de Pio IX, dulce y sonora, quien me trasmitia esas palabras sublimes, animadas por el fuego de su corazon. No pretendo traducirlas: creo que es hasta imposible hacerlo. Cuanto mas se oyen las palabras de la Iglesia, tanto mas se convence uno de la razon que la asiste para hablar latin, y aun su propio latin. Pero, sin embargo, por imperfecta que sea la version, nunca podrá menos de exhalar algun tanto el perfume de esa poesia admirable, y al menos dará á conocer lo que es un altar.

Los cirios están encendidos. Se ha preparado ya el santo crisma, el óleo santo, el incienso, el agua, el fuego, la ceniza, la sal, el vino, la cera, la cal y la arena: materias é instrumentos todos que han de servir para la consagracion. Los salmos se han cantado ya. El Pontífice, de pie frente al altar, invoca ante todo la asistencia divina:

«Estad presente aquí, Dios Uno y Todopoderoso, Padre, Hijo y Espíritu Santo.

«Os lo rogamos, Señor; inspirad nuestras acciones, y ayudadnos, acompañándolas, á llevarlas á cabo. ¡Que todas nuestras oraciones y todas nuestras obras ten-



gan siempre en Vos su principio, y en Vos tambien su fin! Así sea. »

El coro, entonces, entona las letanías en que se invoca el Santo á quien se dedica el altar, repitiendo dos veces su nombre, así como los de aquellos cuyas reliquias van á ser depositadas en él. En aquella ocasion, el Papa colocaba en el nuevo altar las reliquias de los Santos Clemente y Felicísimo, mártires cuyos cuerpos habia depositado el Papa Benito XIII en el primitivo altar; y lo consagraba *ad nomen ac memoriam Beatissimæ Virginis Mariæ, Sancti Petri Apostoli, et omnium Sanctorum Romanorum Pontificum*.

Las letanías son una súplica que toda la tierra dirige á todo el cielo. Y la impresion que causan en esta Basílica, poblada y como edificada de reliquias de los Santos, es ciertamente muy grande. Invocamos á San Pedro y San Pablo; están allí : á los Santos Pontífices y confesores; veinticuatro Santos Papas reposan bajo las losas de aquel pavimento : á los Santos doctores; sus imágenes regocijan nuestros ojos, los restos sagrados de muchos de ellos nos rodean, son como las columnas de este templo: á los Santos mártires Estéban, Lorenzo, Vicente, Fabian y Sebastian, Juan y Pablo, Cosme y Damian, Gervasio y Protasio, Inés y Cecilia, pueden oirnos desde el sitio en que se levantan sus altares.

¡Oh Jesus vencedor! ¡óyenos! ¡Oh Pontífices! ¡oh doctores! ¡oh mártires! ¡uníos á nuestras oraciones, y que nuestros temores y nuestras miserias triunfen ante Dios!—Para que gobiernes y conserves tu Iglesia Santa, te rogamos, Señor: ¡óyenos! —Para que los enemigos de tu Iglesia sean humillados y confundidos, te rogamos, Señor : ¡óyenos! —Para que la concordia reine entre las naciones, y todo el pueblo cristiano disfrute

paz y union gozando de tu luz, te rogamos, Señor: ¡óyenos!—Para que nuestros espíritus se eleven á los celestiales deseos, y para que nuestras almas, las de nuestros hermanos, las de nuestros allegados y las de todos aquellos que nos han amado, sean preservadas de la condenacion eterna, te rogamos, Señor : ¡óyenos! —Para que te dignes conceder el eterno descanso á todos los fieles difuntos, te rogamos, Señor : ¡óyenos!

Despues del versículo por los difuntos, el Pontífice, teniendo el báculo pastoral en la mano izquierda, bendice tres veces el nuevo altar: «Para que este altar sea en honor tuyo bendito, santificado y consagrado, te rogamos, Señor : ¡óyenos!» Porque no es ciertamente la consagracion de un altar la menor de las gracias, y no debe por lo tanto pedirse con menos instancia y menos fervor que cualquiera otra de las que el mundo necesita.

Acabadas las letanías, el Pontífice invoca nuevamente el auxilio de Dios, y procede á la bendicion de la sal, del agua, de la ceniza y del vino.

«Sal, criatura, yo te exorcizo en el nombre de Nuestro Señor Jesucristo, que ha dicho á sus Apóstoles: *Vosotros sois la sal de la tierra*; y que nos dice por el Apóstol : *Que vuestras palabras estén siempre impregnadas de la sal de la gracia*. Yo te exorcizo, á fin de que, santificada para la consagracion de este altar, sirvas para arrojar al demonio, y seas para el cuerpo y para el alma de todos los que te tomen, curacion, auxilio y confirmacion de la salud eterna. Sea así por Nuestro Señor Jesucristo, que vendrá á juzgar á los vivos y á los muertos, y al mundo por el fuego.

:

» Señor Dios, Padre Todopoderoso, pues que vuestra bondad ha dado á la sal la virtud que posee de sazonar todo lo que habeis creado para alimento del hombre, bendecid esta sal, y que por vuestra bendicion haga huir al enemigo; infundidla un remedio saludable, y que sea útil á todos los que la tomen para salvacion de su alma y de su cuerpo. Amen.

» Agua, criatura, yo te exorcizo en el nombre de Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo; y que por ti sea separado el diablo del lado de los justos, y obligado á huir de la sombra de esta iglesia y de este altar. Y vos, Señor Jesus, enviad vuestro Espíritu Santo á esta iglesia y á este altar, para que dé la salud al cuerpo y al alma de los que os adoren; ¡que vuestro nombre sea glorificado entre las naciones, y que los incrédulos se vuelvan de corazon á Vos, y no amen á otro Dios que á vos solo, Señor, que vendreis á juzgar á los vivos y á los muertos, y al mundo por el fuego!

» Señor Dios, Padre Todopoderoso, creador y ordenador del universo, que, por Jesucristo, vuestro Hijo Nuestro Señor, habeis querido disponer del elemento del agua para la salvacion del género humano; que una mirada de vuestra misericordia santifique este agua como nuestras oraciones os lo piden, y arroje de ella los espíritus inmundos, para que sobre todo lugar en que sea derramada en vuestro nombre, caiga tambien la gracia de vuestra bendicion, y aleje de él todos los males. Sea así por Jesucristo vuestro Hijo, que con Vos vive y reina por todos los siglos de los siglos.

» Dios Todopoderoso y eterno; perdonad á los penitentes, sed propicio á los que os suplican, y dignaos enviar del cielo á vuestro Ángel para que bendiga y santifique estas cenizas, de modo que vengan á ser un remedio para todos los que se acusan y lloran ante

Vos, invocando vuestra misericordia porque han pecado; y que por vuestro Santísimo nombre, estas cenizas esparcidas por ellos sobre sí mismos para rescate de sus prevaricaciones, alcancen á su cuerpo la salud y á su alma vuestra gracia. »

El Pontífice, despues, invocando á la Santísima Trinidad, hace la mezcla de la sal, de la ceniza y del agua. En seguida bendice el vino :

« Señor, Jesus, que en Canaan de Galilea trasformásteis el agua en vino; y que sois la verdadera viña, multiplicad sobre nosotros vuestra misericordia, y dignaos bendecir y santificar á esta criatura, el vino, para que en todo lugar en que sea derramado, se derrame tambien la abundancia de vuestra bendicion y de vuestra santificacion. ¡Oh Dios! que con el Padre y el Espíritu Santo vives y reinas por todos los siglos de los siglos. Amen.

» El vino, la sal, la ceniza y el agua sean mezclados en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

» ¡Oh Dios Todopoderoso y eterno, criador y conservador del género humano; Vos que dais la gracia y la salud, enviad vuestro Espíritu Santo sobre este vino mezclado con agua, sal y ceniza, para que, provisto de la virtud celestial, sirva para la conservacion de esta iglesia y de este altar. »

Concluidos estos preparativos, empieza la consagracion del altar. Omito algunos ritos, aunque muy bellos y muy tiernos, para ceñirme solo á las oraciones que espresan el sentido de tan santa obra.

« En nombre de la Víctima única de propiciacion, ofrecida para rescatarnos sobre este altar de la Cruz, figurado anteriormente por el Patriarca Jacob, cuando erigió una piedra en altar de sacrificio y se abrió en lo alto la puerta del cielo; postrados ante Vos, Señor, os

pedimos que la materia pulimentada de esta piedra, donde se ofrecerán los celestes sacrificios, sea enriquecida con la abundancia de vuestra santificación: hacedlo Vos, Señor, que en otro tiempo escribisteis la ley en tablas de piedra. Por Cristo Nuestro Señor. Amen.

» ¡Oh Dios, Creador de todas las cosas visibles é invisibles y conservador de toda santificación; dignaos estar presente á la dedicación de esta mesa de altar. Va á ser bendecida y marcada por Nos, aunque indigno, con el óleo sagrado y el santo crisma; dadla Vos la virtud de vuestra consagración; santificadla, Señor, y haced que todos los que se acerquen á ella para pedirnos, alcancen vuestro auxilio. Por Cristo Nuestro Señor. Amen. »

El Pontífice entonces, tomando el agua bendita, la cal y la arena, compone una masa:

«Supremo Dios que conservais todas las cosas, las mas elevadas, las mas bajas y las que se hallan á una altura media, Vos que circundais interiormente á todas las criaturas con vuestra gracia, santificad y bendecid á estas criaturas la cal y la arena. Por Cristo Nuestro Señor. Amen.»

La masa bendita es colocada aparte, y el Pontífice, acompañado del clero y precedido de la Cruz, se dirige personalmente al sitio en que desde la víspera han sido reverentemente depositadas las reliquias que deben encerrarse en el altar. Antes de penetrar en él se dirige á Dios, diciendo: «Os pedimos, Señor, que nos limpiéis de nuestras iniquidades, para que purificados nuestros espíritus merezcamos entrar en el Santo de los Santos. Amen.»

Una vez dentro de aquel lugar, y estendiendo la mano hácia las reliquias, dice: «Hacednos dignos, Señor, de tocar los miembros de vuestros Santos especialmente consagrados á Vos, y cuya proteccion deseamos.»

Entonces, sin mitra, recibe con respeto las reliquias, y las lleva solemnemente al altar que va á ser consagrado, mientras el coro canta las siguientes antífonas:

«Saldreis con alegría, sereis acompañados durante el camino con alegría, y las montañas y las colinas os esperan saltando de alegría. *Alleluia.*»

«Santos del Señor, levantaos del lugar en que descansais, santificad estos lugares, bendecid á este pueblo; y á nosotros, pobres pecadores, conservadnos en la paz.»

A presencia de las reliquias colocadas reverentemente en medio de antorchas encendidas, el coro dice el salmo *Cantate Domino canticum novum*, y el salmo *Laudate Dominum in Sanctis ejus*; dos cánticos de triunfo que rebotan la mas santa alegría.

Al mismo tiempo, el Pontífice unge con el santo crisma las cavidades anteriormente dispuestas para recibir las reliquias de los Santos, y dice: «Que esta tumba sea consagrada y santificada en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Paz á este lugar de descanso.» Y el coro responde:

«Santos de Dios, que habeis sido colocados en el nuevo altar de Dios, interceded por nosotros con nuestro Señor Jesucristo.

»Y los Santos se regocijarán en la gloria.

»Y se alegrarán en el lugar de su descanso.»

El Pontífice incensa las reliquias, y despues, tomando el santo crisma, unge en el centro la piedra que

debe cerrar aquel sepulcro, para que sea santificada por aquella unción y por la bendición de Dios; y el coro continúa:

«Bajo el altar de Dios, he oído la voz de los que fueron muertos. Y decía: «¿Por qué no defendeis nuestra sangre?» Y recibieron esta respuesta divina: «Esperad todavía un poco, hasta que esté completo el número de vuestros hermanos.»

«Los cuerpos de los Santos descansan en paz; sus nombres vivirán eternamente.

«Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo; como lo era en el principio, ahora y siempre por todos los siglos de los siglos. Amen.»

El Pontífice, habiendo colocado la piedra, traza sobre ella el signo de la Cruz con el santo crisma: «Que este altar sea señalado con el signo de la Cruz, y santificado en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. La paz sea contigo.»

Después toma el incensario, y el coro canta:

«Un ángel estaba de pie cerca del Altar del Templo; en su mano tenía un incensario de oro, y se le dieron gran cantidad de perfumes; y el humo de esos aromas subió hasta Dios. *Alleluia.*»

El Pontífice, dice:

«¡Que nuestras oraciones, Señor, se eleven hasta Vos como el incienso, y que el pueblo cristiano obtenga en abundancia vuestros beneficios! ¡Que todos los que ofrezcan devotamente sobre este altar el santo sacrificio, ó hayan recibido de él el alimento sagrado, obtengan el consuelo en la vida presente, la remisión de todos sus pecados, y la gracia de la eterna redención. Por Cristo nuestro Señor. Amen.»

Incensa después por todo el rededor del altar, y vuelve á invocarse de nuevo la piedra de Jacob, prefiri-

guracion del verdadero altar : « Jacob erigió una piedra en altar, vertió en ella aceite, y ofreció un sacrificio al Señor. » En seguida el coro entona el salmo *Quam dilecta tabernacula tua*; ese gran suspiro, que David en la noche de la espectacion al pie de su perecedero altar, elevaba al eterno tabernáculo.

« Mi alma suspira, y padece deliquios ansiando estar en los atrios del Señor.

» Jacob erigió una piedra en altar, vertió en ella el óleo, y ofreció un sacrificio al Señor.

» Traspórtanse de gozo mi corazon y mi cuerpo contemplando al Dios vivo.

— » Jacob erigió una piedra en altar...

» El pajarillo halló un hueco donde guarecerse, y nido la tórtola donde poner sus polluelos.

— » Jacob erigió una piedra en altar...

» Y yo tambien tengo vuestros altares á que acogirme, Señor Todopoderoso, mi Rey y mi Dios.

— » Jacob erigió una piedra en altar...

» Vuélvete á mirarnos, ¡oh Dios protector nuestro! ¡Fijad vuestros ojos en el rostro de tu Cristo!

— » Jacob erigió una piedra en altar...

» Mas vale un solo día de estar en los atrios de tu templo, que millares fuera de ellos.

— » Jacob erigió una piedra en altar... »

Entre tantas sublimes inspiraciones que mantienen constantemente á la liturgia católica al nivel de la palabra de Dios, no hay otra mas conmovedora, que despidá mas rayos de luz y que marque mejor la soberanía de la Iglesia, que el empleo tan adecuado que hace de los textos del Antiguo Testamento. Desde el principio del año hasta su fin, en todas las fiestas, en todas las solemnidades, la liturgia es un comentario divino de la Escritura; explica todos los sentidos que abraza; pone

de manifiesto todas sus bellezas; marca el cumplimiento de todas las profecías y la certidumbre de todas las promesas.

El Pontífice, empleando el óleo de los catecúmenos y el agua bendita, hace de nuevo la señal de la Cruz sobre la sagrada piedra, la incensa de nuevo, y vuelve á impetrar las bendiciones y prodigalidades de la bondad divina sobre ella, para que todo el que vaya á orar á aquel altar obtenga la recompensa que anhela. El recuerdo del altar de Jacob es invocado nuevamente con la misma insistencia que antes, durante el canto del salmo *Bonum est confiteri Domino*: Bueno es alabar al Señor. Algunos versículos de este salmo, destinado á celebrar las obras y la justicia de Dios, harán comprender, si se me permite espresarme así, los resultados políticos de la oracion:

— «Jacob se levantó al rayar el alba, erigió una piedra en altar, derramó sobre ella óleo, y ofreció un sacrificio al Señor. En verdad que este lugar es santo.

» El hombre insensato no podrá conocer los pensamientos del Señor, ni el necio tendrá ciencia de ellos.

— «Jacob se levantó al alba.....

» Apenas los pecadores brotarán como el heno, y brillarán todos los malvados, cuando perecerán para siempre.

» Pero tú ¡oh Señor! serás eternamente el Altísimo.

» Hé aquí, Señor, que tus enemigos perecerán, y quedarán disipados cuantos cometen la maldad.

» Y miraré con desprecio á mis enemigos, y oiré hablar sin sobresalto de los enemigos que maquinan contra mí.

«El justo florecerá como la palma, y se multiplicará como los cedros del Líbano.

— »Jacob se levantó al alba.....»

La voz del Pontífice pronuncia:

«Estad presente, Señor, á la consagracion de este altar, y despues que Nos, aunque indignos, le hayamos ungido con el óleo santo, derramad en él vuestra bendicion y vuestra santificacion. Dignaos aceptar siempre benignamente los dones que se os ofrezcan sobre este altar, y que siempre los sacramentos tengan en él su virtud, y las oraciones sus efectos.»

El canto de los salmos empieza de nuevo. Se entona el salmo XLIV, *Eructavit cor meum verbum bonum*, dirigido al Mesías y á su Iglesia, y el XLV, que pinta la seguridad de la Iglesia de Dios:

«Dios es nuestro refugio y fortaleza; nuestro defensor en las tribulaciones que tanto nos han acosado.

»Por eso no temeremos, aunque la tierra se conmueva y las montañas sean arrojadas al fondo del mar.

»El Señor está en medio de la Ciudad Santa; no será conmovida. La socorrerá Dios ya desde el rayar el alba.

»Conturbáronse las naciones, y bamboleáronse los reinos; dió el Señor una voz, y la tierra se estremeció.

... »Romperá los arcos, hará pedazos las armas, y quemará los escudos.

»Descansad en mí, yo soy el verdadero Dios, yo me levantaré sobre todas las naciones, yo me levantaré sobre toda la tierra.»

El Pontífice mezcla el óleo santo y el santo crisma sobre la piedra, y el coro canta el salmo *Fundamenta ejus in montibus sanctis*, glorificacion profética de la nueva Jerusalem, igualmente aplicable á Roma y á la Iglesia.

«Glorioso es para ti cuanto de ti se ha dicho, ¡oh Ciudad de Dios!

»¿No se dirá de Sion: multitud de hombres han nacido en ella, y el Altísimo mismo es quien la ha fundado?»

Al llegar aquí, el Pontífice invita al pueblo de la manera mas tierna y espresiva á orar, para que la piedra, sobre la que acaba de verter el perfume de la uncion sagrada, le reciba en nombre de Dios, y para que, adquiriendo así la perfeccion aquel altar, acepte Dios los sacrificios que en él se le ofrezcan. El coro invoca el altar de Moisés, como habia invocado el de Jacob: «Moisés levantó un altar, y ofreció en él un sacrificio de la tarde, que se elevó en loor de suavidad hasta el Señor nuestro Dios, en presencia de los hijos de Israel.»

Pero aun no se ha cumplido con todos los ritos prescritos para esta ceremonia. Antes de que sea ofrecido sobre aquella piedra consagrada el sacrificio espiritual, debe hacerse sobre ella una especie de reproduccion de los sacrificios de la antigua ley. El Pontífice coloca en ella cinco cruces formadas cada una con cinco granos de incienso que con anterioridad ha bendecido, para que su perfume aleje las asechanzas del demonio, del hombre, obra de las manos de Dios rescatada con la preciosa sangre de Jesucristo, y para que este mismo hombre pueda libertarse de la serpiente de iniquidad.» Mientras el incienso arde, el coro invoca al Espíritu Santo, pidiéndole llene con su gracia el corazon de los fieles y encienda en ellos el fuego de su amor.

¿Podré espresar la impresion que me hizo el cántico

siguiente, y la que sin duda hizo tambien en todos los que presenciaron aquella ceremonia? El Santo Padre estaba de pie en el ángulo del altar, grave, dulce é inundado de la presencia de Dios. El cántico decia :

« Desde la mano del ángel, el humo de los aromas subió hasta el Altísimo.

» El ángel estaba cerca del altar del templo; tenia en la mano un incensario de oro; se le dieron perfumes en gran cantidad, y el humo de los perfumes subió hasta la presencia de Dios. »

Yo al oirlo me dije á mí mismo : He visto al ángel del Señor; le he visto de pie cerca del altar del templo; tenia en la mano un incensario de oro, y su corazon ardia, elevando hasta el Criador todas las oraciones del pueblo de Dios.

Despues la voz del Pontífice decia: .

« Elevemos los corazones, y demos gracias al Señor nuestro Dios.

» Verdaderamente es digno y justo, equitativo y saludable el que siempre y en todas partes os demos gracias, Señor, Dios Santo, Padre Todopoderoso, Dios clemente y eterno, que no tuvisteis principio y que existireis siempre; Dios que habeis querido ser todo lo que sois; Dios Santo y admirable, cuya majestad no podrian contener los elementos. Nosotros os bendecimos, y os rogamos que este altar sea vuestro, Señor, como el que nuestro padre Abraham, que mereció veros, erigió y consagró invocando vuestro nombre, y sobre el que el sacerdote Melchisedech espresó la forma del sacrificio triunfal. Que este altar os pertenezca, Señor, como aquel sobre el que Abraham, creyendo de todo corazon en Vos, os ofreció con toda la efusion de su alma á su hijo Isaac, fuente de nuestra fe, y donde se manifestó el sacramento del misterio de sal-

vacion, la pasion del Señor, cuando siendo ofrecido el hijo fue inmolado el cordero. Que este altar os pertenezca, Señor, como el que Isaac, habiendo encontrado un pozo de agua abundante y pura, al que dió el nombre de *Abundancia*, consagró á Vuestra Majestad. Que este altar os pertenezca, Señor, como la piedra en que Jacob descansaba su cabeza cuando, en su sueño misterioso, vió la escala por donde los ángeles subian y bajaban. Que este altar os pertenezca, Señor, como el que Moisés purificó durante siete dias, y al que despues de haber conversado celestialmente con Vos, dió el nombre del Santo de los Santos, porque Vos le habíais dicho: Aquel que toque este altar, sea santificado. Que sobre este altar respire el culto de la inocencia; que la soberbia sea inmolada, anonadada la ira; el lujo y toda perversa pasion, herida de muerte; que sin cesar se ofrezca sobre él el sacrificio de castidad, simbolizado por las tórtolas, y el de la inocencia, figurado por los hijuelos de las palomas.»

Despues de este resumen de las santidades y virtudes del altar, se entona el salmo *Exurgat Deus*, cuya inspiracion profética es la victoria total y la ascension de Nuestro Señor:

«Levántese Dios, y sean disipados sus enemigos, y huyan de su presencia los que le aborrecen.

«Desaparezcan como el humo; y así como se derriete la cera al calor del fuego, perezcan los pecadores á la vista de Dios.

«Él es el Padre de los huérfanos y el Juez de las viudas. Reside Dios en su lugar santo.

«Nuestro Dios es el Dios salvador. Y del Señor, y muy del Señor, es librar de la muerte.

«Quebrantará las cabezas de sus enemigos y de los soberbios que caminan en el pecado.

»Dijo el Señor: A los de Basan les haré volver las espaldas, y los precipitaré en el fondo de la mar.»

Entonces recibe una última unción la piedra en que ha de descansar en adelante el cuerpo de Jesucristo vivo. El Pontífice prolonga su oración. Invoca la divina misericordia, pide fuerza y esperanza, é intercede para que todos los que vayan á orar á aquel altar alcancen una eternidad bienaventurada.

Tales son los misterios, las dignidades, las riquezas inagotables del altar católico. Encierra las reliquias de los Santos, está revestido de la majestad de los sacramentos, ha recibido en algun modo el bautismo como unción; es el cumplimiento de los levantados por los Patriarcas; es, en fin, la verdadera Cruz y el verdadero trono de Jesucristo. Y es todo esto, para que podamos á sus pies pedir y recibir toda clase de bienes espirituales y corporales.

Pero aquí se suscitan nuevas reflexiones. Hay inteligencias para quienes la concordia es la union absolutamente necesaria. Victorias de ese rompimiento que ha producido la discordia y el caos, comprenden que esa concordia ha existido, y que esa concordia es la luz, y buscan por todas partes la luz y la armonía, excepto en la Iglesia, creyendo que no hay nada que buscar allí.

El Dios Único no ha hecho mas que una sola cosa, y la variedad de objetos que vemos en la creación, variedad sin límites para nosotros, no constituye mas que una sola creación. Todas las cosas creadas, visibles é invisibles, tienen marcada una perfecta división entre sí, y guardan las relaciones que las unen con

estricta exactitud. Nada falta; de nada hay demasiado; todo está en la medida que requiere la perfección de un conjunto en que hasta los mas mínimos detalles son importantes. Ni una estrella hay de mas en el firmamento, ni un átomo de menos en las partículas que componen un átomo. De una pequeña parte del lodo de la tierra que Él mismo habia creado, formó Dios al hombre, verdadero átomo; y de una partícula de ese barro, convertido en hombre, sacó Dios la humanidad sagrada de su Hijo único y eterno, Cristo Nuestro Señor.

La Iglesia sostiene en toda la naturaleza esa unidad y esa concordia, empleando en su mismo culto á la materia, y dando una forma sensible á los sacramentos. El protestantismo rechaza la naturaleza, el paganismo la hollaba; la Iglesia católica, hasta cierto y determinado punto, la consagra. Mientras pone al hombre en comunicacion con Dios, puro espíritu, le pone tambien en comunicacion legítima con la naturaleza inferior. Porque, por muy inferior que sea la naturaleza material, es á pesar de todo la hermana del hombre.

Sabido es el destino augusto que da la Iglesia al trigo y al vino: son los medios empleados en el supremo sacrificio. Toma la sal del mar, el licor que produce el fruto de la oliva, la perfumada savia que destila el árbol resinoso, el tallo del hisopo, las fibras del lino, la cera de las abejas, el vellon de los corderos, el oro, la plata y las piedras preciosas, y en sus manos se convierten en ministros secundarios é instrumentos del culto divino, y los emplea para conferir sus sacramentos por los que el hombre es salvado, y glorificado Dios. Coloca flores en sus altares, y admite en sus símbolos hasta la figura de los animales. Todo la pertenece, y usa de todo como árbitra soberana; pero con

una sabiduría tal que no puede caber en ella el recelo ó temor de abrir la puerta á la idolatría; su contacto solo hace las cosas santas y puras.

Antes de decir que esto es cuestion de escasa importancia, es preciso considerar lo que el paganismo hacia de la naturaleza consagrándola al demonio, y lo que la naturaleza á su vez hacia del hombre. Acordémonos del Circo, y acordémonos de que aquellos juegos horribles tenían un carácter religioso. Toda la naturaleza era convocada allí para ver y procurar el suplicio de un hombre, y la carne humana era amenazada con sangre bajo el pie del homicida, ó bajo las garras de la fiera; como para convertirse en un sacramento del demonio. Acordémonos de las voluptuosidades romanas y asiáticas, y miremos las de hoy.

Los que conocen algun tanto los ritos de la magia, han reconocido há tiempo que en esto, como en tantas otras cosas, el demonio ha venido á ser el miserable parodista de las obras de Dios. Shakspeare, en *Macbeth*, ha trazado un bosquejo de este culto infernal. Para componer la *Obra sin nombre*, ese encanto destinado á engendrar el crimen y la muerte, los hechiceros reúnen peces, reptiles y podredumbre, todo lo mas vil é infame que existe en los reinos animal y vegetal. Lo mismo hacian los mágicos de la antigüedad. El culto público, que tampoco era mas que una gran hechicería, añadía á tales ingredientes la sangre. Dios, la naturaleza y el hombre eran insultados á la vez, á fin de perder tambien de una sola vez los cuerpos y las almas.

La Iglesia quiere, lejos de eso, salvarlo todo á un tiempo, y establecer la mas perfecta armonía. El pecado destruyó esa armonía entre Dios y el hombre, entre el hombre y las demas criaturas de Dios: la Iglesia viene á reconciliar al hombre, no solamente con Dios,

no únicamente con el hombre mismo, sino también con la naturaleza. Los Apóstoles decían que Dios les había dado «una palabra de reconciliación.» La Iglesia, pues, toma cuanto la naturaleza tiene de mas inocente y mas benéfico, lo purifica con sus exorcismos, le da un grado de bondad aun mayor por medio de sus bendiciones, y es un agente que trasmite al hombre la gracia de Dios.

Un protestante ilustre, obligado solo por el cuadro que presenta la historia, ha dicho «que la Iglesia había sido la mejor escuela de respeto que vió el mundo jamás.» La mejor y la única. Antes de la Iglesia, solo había existido en el mundo la escuela de terror y de miedo; pero nunca la del respeto. Y hoy puede preverse lo que sería del mundo si esa escuela se cerrase.

Sí; la Iglesia ha enseñado al hombre á respetar, y á respetarlo todo, hasta la materia, considerada por ella como una obra de Dios.

Y el hombre se respeta á sí mismo al respetar esa materia, que por otra parte solo le debe una sumisa servidumbre.

IV.

El justo.

—Sí, sí, dijo Fr. Gaudencio; es verdad; no faltan fuerzas al enemigo. Dispone de diplomáticos, doctores, periodistas y cañones rayados.

Es diestro, astuto y sagaz. No teme mentir, y sabe hacerlo. No teme oprimir, y nada le importa romper.

Entiende maravillosamente de toda clase de maña-

des; es maestro consumado en toda especie de engaños, iniquidades é hipocresías.

Sabe oraciones, y las recita; sabe bendecir, y tiene á su servicio muchos traidores, que persuaden á innumerables tontos.

Es tan capcioso, que á veces no embaraza el paso. ¡Vierte tanta tinta, levanta tanto polvo, prodiga tantos juramentos!...

¿Qué pensar? ¿Qué hacer? Por doquiera que uno se dirija, se teme faltar á la caridad, á la prudencia... ¡Y despues, tanta sangre por todos lados, tantos abismos por todas partes!...

¿Qué camino tomar? Pedimos á Dios que nos lo indique, y no nos responde. El cielo está velado, y reina la noche mas profunda; es el tiempo de la prueba.

El desaliento se empieza á hacer sentir. Poco falta para interrogar, por fin, á la falsa sabiduría humana; poco para ceder: hasta ahí llega la prueba.

Pero, por otra parte, nosotros tenemos muy á menudo ocasion de decir la misa del *Comun de los justos*. Leemos la Epístola y el Evangelio.

¡Ah! Para conseguir algo de nosotros, seria preciso quitarnos el Breviario, y eso es difícil. La imprenta ha multiplicado mucho los ejemplares, á Dios gracias. Y luego... ¡le sabemos de memoria!

¿Habeis fijado vuestra atencion alguna vez en la Epístola de la misa para el *Comun de los justos*? Yo acabo de leerla. Escuchad estas palabras:

«El Señor ha conducido al justo por caminos seguros; le ha mostrado el reino de Dios, y le ha dado la ciencia de los Santos.

»Le ha prestado su ayuda contra los que intentaban sorprenderle, y ha hecho resplandecer su virtud.

»Le ha preservado de sus enemigos y defendido

contra los que querían seducirle, y le ha preparado un rudo combate para que venciese y comprendiera que la sabiduría es mas poderosa que todo cuanto existe.

»La Divina Sabiduría no abandonó al justo cuando fue vendido: le libertó de los pecadores, y descendió con él al hoyo ó *mazmorra*.

»Y tampoco le abandonó en las cadenas, hasta que puso en sus manos el cetro real, y le revistió de poder contra los que le perseguían.

»Convenció de mentirosos á los que le habían calumniado; y el Señor, Nuestro Dios, le dió una eterna gloria.»

Y la Iglesia canta: «No envidieis al malo, ni mireis con celos á los que cometen la iniquidad.»

Y canta aun: «El justo florecerá como la palma, y crecerá en la casa del Señor como el cedro del Líbano.»

Y canta también: «Dichoso el hombre que sufre la tentación; porque después de haber sido probado recibirá la corona de la vida.»

Ahora bien; el número de esos justos á quienes honramos, es infinito por la gracia de Dios; y nosotros les rendimos ese tributo de honor, porque han vencido asistidos por la Divina Sabiduría.

El mundo los ha perseguido, difamado, inmolado, pero no ha podido seducirlos. Han vencido al mundo, y han recibido la corona celestial.

Han vencido al mundo; y los altares ante cuyas aras han sacrificado su vida, esos santos altares aun permanecen en pie.

Han recibido la inmortal corona en el cielo, conforme habían ostentado la corona de gloria en la tierra. Los altares permanecen en pie. Los Santos han vencido al mundo.

Y lo que ellos han podido hacer, ¿por qué no hemos de hacerlo nosotros? Dios nos dará fuerzas y nos iluminará, y tendremos valor para verter nuestra sangre.

En cuanto á vosotros, tomad vuestras medidas, poseedlo todo. Aun tenemos sangre que daros. Y no sabéis lo que puede una oración, y lo que pesa una gota de sangre.

Si no sellais nuestros labios, nosotros hablaremos siempre; si nos aprisionais, aun nos queda la oración, y los hierros de nuestra cárcel hablarán entonces.

Corra en buen hora nuestra sangre; Dios la recoge y la suspende sobre vuestras cabezas. Dejará caer una gota, y esa sola gota ahogará vuestros ejércitos.

Por lo demas, aumentará los tesoros de su indulgencia: y la Iglesia le invertirá en desarmar la cólera divina y salvar á vuestros hijos.

V.

Dos jóvenes.

«Vita della giovinetta *Albina Gelsi*, cui si aggiunge una memoria della privilegiata morte della giovinetta *Carlottina Olivieri*, entrambi educande nella pia casa delle suore maestre di S. Dorotea in Roma (1).»

La pequeña historia de estas dos jóvenes escolares es una verdadera flor romana. No una flor rara, sino, por el contrario, comun y abundante; lo que hace con- venga tanto mas á mi propósito. Al analizarla trataré

(1) Vida de la jovencita *Albina Gelsi*, á que se ha aumentado una Memoria de la privilegiada muerte de la joven tambien, *Carlottina Olivieri*, ambas educadas en la piadosa casa de las maestras de Santa Dorotea en Roma.

(N. del T.)

de conservar el color agradable y peculiar de tales escritos, y podrá formarse una idea de la educación de los conventos, al par que será un bosquejo de los pensamientos que gobiernan la familia.

La clase media romana es poco conocida por los extranjeros, ó mas bien es completamente desconocida para ellos. Esta clase no produce ni romanceros ni autores dramáticos que la pinten y la corrompan; los artistas que nacen de ella no descienden á los cuadros de género.

El romano que se dedica á las letras, es sacerdote, abogado, médico ó erudito; el artista se dedica á la arquitectura, arqueología, pintura ó escultura históricas; y el músico compone siempre música elevada. La especie ágil, graciosa y muchas veces perversa de los que se dedican á divertir á los demás, no existe aquí todavía.

Esa misma clase media es formal y grave en su espíritu y en sus costumbres; y en lo que se ocupa, lo hace seria y cristianamente. No carece mas que de cierta gracia picaresca. Esa gracia picaresca es la que en otras partes engendra los agudos pasquines: el ciudadano romano, aun el mas impresionado por el espíritu moderno, se avergonzaria de ser autor, por profesión, de pasquines.

El otro dia pasé una hora en el gabinete de un abogado romano, legista muy considerado, y encargado con especialidad de los negocios de un gran señor. Registré sus numerosos libros, perfectamente ordenados; y ademas de los griegos y latinos, y de los de jurisprudencia, teología y derecho canónico, vi entre ellos libros franceses, alemanes é ingleses: las obras de los maestros en cada género de literatura.

No pude menos de admirarme, aunque habia visto

también en Francia bibliotecas de abogados; pero precisamente por eso me causaba admiración. He sabido que la mayor parte de las pequeñas bibliotecas de los particulares romanos están formadas por el mismo estilo: cuando se las pone en venta, jamás vienen á estar hacinadas en casa de un comerciante de libros.

La casa del ciudadano romano está cerrada y murada. No solamente el extranjero no la frecuenta, sino que la verdad es que ni aun entra en ella. Jamás franquea su vestibulo, á no haberse connaturalizado con Roma por una larga permanencia en ella. Aun el mismo extranjero que se alberga en casa del habitante de la ciudad, está en ella como en la fonda.

Invadidos por esa oleada de viajeros que se renueva sin cesar, y que procede de todas las regiones de Europa, los romanos la han circunscrito á determinado lugar, del que nunca sale, y sin embargo habita perfectamente la casa del romano. Solamente la aristocracia hace como que abre sus salones; pero en realidad no abre mas que *locutorios*, especie de apéndice á sus galerías enteramente públicas.

En cuanto á las vulgaridades artísticas y literarias y todo el personal europeo de pintores de costumbres, no son invitados ni aun á esas tertulias. Todo el mundo se cuida muy poco de verlos ó no allí, y ellos cuánto temerian dejarse ver en tales sitios! Y nada mas prudente de una y otra parte.

No solo la multitud, sino lo mas selecto de los amigos del Parnaso, no son tampoco los que brillan mas. Es necesario entender demasiado bien su jerga, y que ellos hablen muy bien, para encontrarlos divertidos. Delante de ojos no iluminados por el genio, el águila está sujeta á pasar por un ansarón.

Nuestras águilas conocen como por instinto que esto

es así. Se ven como enredadas; tiemblan verse convertidas en objetos de mofa, y se mantienen siempre á una respetuosa distancia.

Sin embargo, esto no les impide continuar pintando; al contrario. Pintan lo que les han contado ó lo que ellos imaginan; y tales pinturas son mucho mas graciosas que si fueran copias de lo que hubiesen visto.

Solamente que su imaginacion, que va á veces hasta la impudencia, suele separarse mucho de la verdad. Jóvenes, grandes señoras, nobles caballeros, todo toma bajo sus manos un aspecto de *vaudeville*, y exhala como si dijéramos un olor á casino. Es que toda invencion participa de un recuerdo, y no se ha escrito libro alguno que no se resienta de los lugares frecuentados por su autor.

Yo estaba en muy distinto caso que esos favoritos de los museos, y sin embargo no puedo gloriarme de haber visto mucho mas de cerca que ellos. En cuatro viajes, solo una vez he hallado ocasion de dirigir la palabra á una señora del vecindario romano.

Un romano que yo habia tratado íntimamente en Paris, se habia retirado á vivir á casa de un pariente suyo muy cercano, casado y con hijos; un dia fui invitado á comer en familia con ellos. Me encontré en la mesa con mi amigo, su pariente y el abuelo. La señora de la casa no pareció.

Fui convidado por segunda vez en otra ocasion; habia en la mesa otro convidado ademas; la jóven señora tampoco estaba allí; sin embargo, vino á los postres con dos preciosísimos niños. Era una mujer de treinta años, de un aspecto digno, y muy bella.

Contestó á mis cumplimientos sobre sus lindos hijos con gracia y cortesía, pero en pocas palabras: despues guardó un modesto silencio. Por lo demas, seguia el

curso de la conversacion con interes é inteligencia. A la verdad que esta señora diferia esencialmente de las señoras parisienses, que por otra parte estoy muy lejos de menospreciar. Era otra cosa enteramente; era la matrona en la plenitud de su gravedad y de su pudor. Sin despreciar á la señora parisiense, es preciso convenir en que la matrona tiene su valor.

La de que me ocupo gobernaba su casa, criaba y educaba á sus hijos, y nunca se ocupaba de adquirir noticias sobre los acontecimientos del dia. Si alguna tenia, la callaba. Cuando llegó el momento de acostar á sus hijos, se retiró, y no la volví á ver.

Antes de abandonar el salon, los niños fueron á besar la mano de su padre y recibir la bendicion de su abuelo. Al hacerlo así, ellos miraban á su madre, y su madre los miraba tambien á ellos. La severidad de esta familiar y humilde escena exhalaba un perfume que parecia emanado del mismo Dios.

Hé ahí todo lo que yo he visto del interior de una casa romana; hace ocho años, y yo no lo he olvidado todavía; bien sé por qué. Pero volvamos á nuestras dos *gioviette*, Albina Gelosi y Carlottina Olivieri.

En la noble ciudad de Jesi tuvo su cuna la amable y pura Albina. Nació el 1.º de diciembre del año de gracia de 1836. Su padre Antonio, y su madre María, cristianos del reducido número que en los tiempos actuales están todavía montados á la antigua, quisieron que el mismo dia de su nacimiento fuese regenerada por el santo bautismo.

Empezaron con el mas solícito cuidado la educacion de su muy querida hijita, estudiando el medio de

hacerla crecer en bondad y de inspirarla el santo temor de Dios. Quisieron que con la leche mamase el amor á la virtud, aun antes de que llegase á la edad de emplear su propia reflexion en estudiarla.

¡Dichosos los padres que saben llenar tan diligentemente el precioso deber que Dios les ha confiado! Porque dice San Basilio que la virtud es un camino que asciende hácia la cima de la montaña. Al principio es estrecho, pendiente y erizado de espinas; pero á medida que se sube por él, se va haciendo mas fácil, y mil suaves perfumes de plantas y de flores le hacen agradable y delicioso al aproximarse á su término.

Hé ahí por qué el cuidadoso esmero de una buena educacion debe fortalecernos contra la dificultad de los primeros pasos; y tal fue la feliz suerte de nuestra Albina, que se vió casi llevada en brazos de sus padres por el camino de la virtud, por el que, siempre contenta y valiente, se la vió correr despues avanzando cada vez mas.

¿Qué toques de pincel, por delicados que sean, podrán retratar un alma desde el primer momento tan encantadora? Albina poseia las mas adorables dotes, así en cuanto al talento como respecto al corazon, que pueden desearse en una noble jóven: era viva, ingenua, modesta, y sobre todo lo que mas la caracterizaba era su increíble asiduidad en procurar el bien de los demas.

Desde que se la puso en el convento de Santa Dorothea, hizo suya la causa de todas sus compañeras. Si alguna se hacia acreedora á reprensiones, ella se interponia con las lágrimas en los ojos, obligando á la maestra á perdonar y á la discípula á prometer que trataria de no reincidir en su falta.—Inocente muchas veces, tomó sobre sí el castigo que otra merecia.

Quiso hacerse querer de todas sus compañeras, y

las compadecía en sus penas; las ayudaba en sus trabajos, y las entretenía con sus discursos animados y juiciosos. Si sucedía que ofendiera á alguna, tal vez por una palabra picante, se acordaba del aviso del Espíritu Santo; pedia perdón; y no permitía se pudiese el sol sin haberse reconciliado con la agraviada.

Obedecía con gusto y exactitud, y en esto, como en todo lo demás; obraba por un principio de fe; porque por naturaleza era mas bien propensa á contradecir y á encolerizarse. Pero se corrigió, gracias á su constante cuidado de no faltar nunca para con sus compañeras y maestras á la caridad y al respeto que las debía en Jesucristo.

En su rostro se advertía el yugo que se imponía á sí misma; y el adquirir tal costumbre no fué obra de un solo día, ni de un ligero trabajo cada día. De este modo aquella niña practicó lo que leemos de San Francisco de Sales y de San Ignacio de Loyola, los cuales, nacidos extraordinariamente sujetos á la ira y al rencor, á fuerza de virtud se redujeron á la mas inalterable dulzura.

Pedia con especialidad al Espíritu Santo que la concediese el don de la obediencia; y ¿quién puede dudar que el Espíritu Santo, que habitaba en su alma como en un tabernáculo escogido, no la hubiese hecho conocer el valor de esta virtud? Porque, dice San Gregorio, «la obediencia introduce en el alma del hombre todas las demás virtudes, y, una vez introducidas, las conserva en ella.» Ahora bien; Albina ponía todo su esmero en ejercitarse en ejecutar con prontitud cuanto se la mandaba.

Y como la inseparable compañera de la obediencia es la abnegación de la propia voluntad, abnegación contra la que la naturaleza se rebela, esta preciosa

niña formó la resolución de renunciar cinco veces á su voluntad en un tiempo dado. Además, durante una novena de la preparacion á la fiesta de la Natividad de María Santísima, se imponía la obligacion de practicar cada dia con mas perfeccion el olvido y el desprecio de sí misma.

De esta manera se iba perfeccionando cada dia mas. En cuanto á la fuerza superior que la enriquecia con esas preciosas virtudes siempre crecientes, baste decir que eran el fruto de la santa oracion.

Desde que recibió la primera luz del conocimiento de Dios, sabía que el corazon por el que no corren las aguas vivas de la oracion, no produce mas que zizafia y las espinas del vicio.

Y oraba con fervor; y si es verdad que la oracion no es otra cosa que la elevacion de nuestro espíritu á Dios, puede decirse que la oracion de esta niña no cesaba nunca. Cumplía el consejo que el Divino Redentor daba á sus Apóstoles cuando les recomendaba que orasen sin intermision. Su oracion empezaba con el dia; y las ocupaciones á que durante el mismo se entregaba no le interrumpian jamás.

Apenas despierta, saludaba al Padre celestial. En calidad de hija y de sierva, le ofrecia con antelacion los trabajos del dia, implorando su gracia para que esos mismos trabajos fuesen menos indignos de tan buen Padre y de tan gran Rey. Esta misma ofrenda la renovaba cada vez que cambiaba de ocupacion.

Habia en la clase una imagen del Sagrado Corazon de Jesus y otra del Purísimo Corazon de María, y servia de verdadera edificacion el ver á la ferviente virgencita suspender de cuando en cuando su trabajo, y fijar sus claros ojos en una y otra de aquellas benditas imágenes, para enviarles tiernos suspiros ó breves as-

piraciones, ó mas bien dardos inflamados del amor de su corazon. Tenia costumbre de decir que, hallándose así entre los corazones Santísimos de María y de Jesus, no temia ningun asalto del enemigo comun de las almas.

En sus ejercicios de piedad, su alma parecía separarse de su cuerpo, y un tinte de angélica majestad se esparcía sobre su gracioso rostro. De rodillas, inmóvil, con las manos unidas, y presentando en toda su persona la viva imagen de la modestia y del fervor, dejaba comprender que su alma se hallaba ante Dios, contemplando su belleza infinita y alabando sus misericordias; ardiendo, en fin, en la llama del mas puro amor.

Y aunque el ardor de esa devocion pudo notarse en ella desde la mas tierna infancia, crecia de tal manera, que algunos empezaron á creer que Albina, cubierta con el ropaje nupcial de su inocencia, entraria, al llegar su juventud, en las bodas celestiales del Cordero. En su corazon existia ya el despegó de las cosas terrestres, para dedicarse solo á unirse por completo, por medio de la oracion, á su divino Esposo.

Apenas habia cumplido nueve años; fue admitida á la mesa eucarística, pensando, y con razon, que el Cordero que paze entre los lirios vendria gustoso á habitar aquel corazon puro y candoroso. Albina recibió, pues, el pan de los ángeles. Con cuán tiernos sentimientos lo recibió, es mas fácil calcularlo que expresarlo con palabras. Y desde este primer dia, su devocion á Jesucristo en el Santísimo Sacramento no cesó de aumentar hasta la última hora de su vida.

Cada vez que se confesaba, decia al confesor con su acostumbrada é ingenua sencillez: «Y bien, Padre, ¿cuántas veces me permitis comulgar? Y si se le concedia alguna vez mas que las acostumbradas, daba

muestras de mayor alegría, y no tenía otra aspiración sino que llegase la hora de satisfacer los deseos de su santo amor. Daba á Jesucristo en el Santísimo Sacramento el nombre familiar de *Amigo*.

Iba á visitar, tan á menudo como le era posible, á este dulce amigo de su alma inocente. Sus mas queridas delicias eran estar á sus pies ante el santo altar, y cuando no podia entrar en la iglesia, sus pensamientos, al menos, volaban y se fijaban en él. Entonces decia: «Vamos á ver á nuestro Amigo; dirijamos algunas palabras á nuestro Amigo.»

Por la noche, antes de entregarse al sueño, le encomendaba su espíritu, pidiendo á los serafines que le adorase en su nombre, y al mismo tiempo pedia á las almas del purgatorio viniesen á despertarla durante la noche, para que tambien á ella le fuese posible rendir algun tributo de homenaje á Aquel á quien amaba. Obtenida su peticion, se levantaba de su lecho, se prosternaba y oraba algunos instantes, y despues se volvía á dormir tranquila y contenta.

¡Oh cuán afortunada eres, tierna jóven, que por tan sencillos é inocentes medios sabias ganarte tambien el corazon de Jesus, mientras tantos y tantos otros, arrastrándose locamente en pos del demonio, y ocupándose únicamente en seducir á un mundo miserable, solo obtienen por fruto de sus cuidados la vergüenza, la amargura y el desprecio!

Y ¿quién ama á Jesus sin amar á María? ¿Quién sirve al Hijo sin honrar y servir á la Madre? Albina alimentaba tambien una tierna devocion hacia la augusta Reina de los ángeles, pero no esa superficial devocion que se contenta con algunas prácticas exteriores, y que tan poco se conforma con los ejemplos que la misma María Santísima nos ha dado. Ponia bajo

la proteccion de María las mortificaciones que se imponia para apresurar sus progresos en la virtud y llegar á ser digna hija de tal Madre.

Por amor á María, habia resuelto entregarse completamente en manos de su padre espiritual, y seguir animosamente los consejos que la diese. En honor á María se esmeraba en cumplir con la mayor exactitud posible todos sus deberes, aun los menos importantes. « Porque, decia, ¿no es lo mas natural que todo lo que se ofrece á tan augusta Reina sea lo mas perfecto posible? »

Contraia compromisos de oracion y virtud con María Santísima: « María, madre mia, la escribia: yo os prometo recitar todos los dias de mi vida los cinco salmos que componen vuestro nombre, para obtener de Vos la gracia de que me liberteis del infierno. ¡Oh Madre mia! Aceptad este pacto, y no considereis la pobreza de mi ofrenda, sino las riquezas de tu bondad, y concédeme tu bendicion, junta con la de tu Jesus. *E così sia.* »

Hecho ya el contrato, le añadió nuevas cláusulas: « Hé aquí las flores de devocion que yo me obligo á ofrecer á María Santísima durante todas las novenas que la dedique. Me mortificaré tres veces en la comida; renunciaré cinco á mi voluntad; diré siete *Ave Marias* con las manos bajo las rodillas; obedeceré con prontitud cuanto se me mande; observaré un perfecto silencio en las horas en que así está prescrito, y no comeré ni beberé fuera de las comidas. »

Y todos sus buenos propósitos eran seguidos por acciones que nos atestiguaban no eran formados en vano: de este modo iba elevándose de virtud en virtud hasta el mas alto grado de cada una de ellas. Vió con la mayor claridad lo que son las cosas humanas y las de

Dios, y dió á aquellas el mas profundo desprecio, y á estas su mas tierno amor. Dada ya á Dios completamente su alma, y mientras le entregaba su vida entera, le dedicó su purísimo cuerpo, haciendo voto de castidad.

«¡Oh Dios Todopoderoso y eterno! Yo, Albina, aunque indigna de presentarme ante vuestros ojos, pero confiando en vuestra infinita misericordia, y animada por el deseo de agradaros y de servirlos por completo en adelante, en presencia de la bienaventurada Virgen María y de toda la corte celestial, hago voto de castidad. Dadme, Señor, por la sangre de Jesucristo, la gracia necesaria para cumplirlo.» Y desde este momento, algo que participaba de la santa gravedad de la esposa vino á condensar todavía mas el hermoso velo de su pudor.

La pureza virginal es un lirio que para crecer y alzarse sobre su tallo odorífero y hermoso, no se satisface solamente con las aguas fecundas de la oracion y de los sacramentos, sino que quiere tambien verse rodeado de las espinas de la mortificacion y de la penitencia. Por eso nuestra casta Albina quiso tambien afligir con ellas su inocente cuerpo.

Privada por la obediencia de vestir el rudo cilicio y de tomar sangrientas disciplinas, supo buscar, y encontró, en lugar de estas, otras mil austeridades que la prudencia de los superiores no podía prohibirla. Tales eran el sufrir pacientemente las inclemencias de las estaciones y los padecimientos de la enfermedad; el permanecer en posturas incómodas, y sobre todo llenar con exactitud hasta las menores observancias de la vida común: «y la penitencia mas áspera posible, decia el venerable Berchmans, es precisamente esa.»

De este modo, y resuelta á ir aun mas lejos, y á li-

garse bien pronto por los mas solemnes votos al instituto de Santa Dorotea, para trabajar por el bien de las almas, llegó nuestra Albina á la edad de diez y nueve años, y en perfecto estado para alcanzar el cielo. En el Mes de María de 1855 se apoderó de ella una ligera fiebre. En la apariencia no era nada; pero se sentia decaída, débil, y al mismo tiempo triste, de lo que ella misma se admiraba, atribuyendo esa tristeza á su poca virtud.

Cuando se la preguntaba cómo se sentia, y por qué estaba tan pálida, respondia con una graciosa sonrisa: «Eso no es nada: ved solamente esta pobrecilla que en vez de avanzar, atrasa. Encomendadla, pues, verdaderamente á nuestro Señor, porque de otro modo, ¡cuánto temo que el Divino Esposo se retire de ella á causa de sus infidelidades, y la haga perder la gracia de la vocacion! ¡Desgraciada! ¿Qué será de ella entonces?»

Así hablaba de sí misma, y redoblaba su vigilancia y su devocion, continuando, sin embargo, cada vez mas débil. El 18 de agosto murió su jóven condiscípula Carlottina Olivieri, de la que hablaremos despues. En el momento de su dichosísima muerte, Carlottina dijo que queria una compañera para entrar juntas en el paraíso, y nombró á Albina. Sin embargo, esta aquel dia habia abandonado el lecho, y parecia ya libre de la enfermedad.

Casi al punto Albina recayó, y de aquella languidez que la consumia poco á poco, pasó casi de repente á la agonía en medio de extraordinarios sufrimientos, que ella aceptó como una purificacion suprema. Sus parientes la rodearon en medio del dolor mas profundo. Ella, á pesar de los furiosos ataques de la muerte, sonreia y les consolaba, y rezaba y decia: «Voy al paraíso.»

Tenia un hermano á quien amaba tiernamente, el cual sollozaba, sin pronunciar ni una palabra, al pie de su lecho. Al rumor de sus sollozos despertó ella como del sueño de la muerte: «¿Por qué lloras, mi buen hermano? dijo. De modo que tú no deseas mi bien, pues te veo llorar por lo que es la causa del mio. Observa que voy á disfrutar de los goces eternos. En el paraíso del Señor pediré por ti á la Virgen Santísima; la pediré que te haga mejor cada dia, y que te llame á sí á ti tambien.»

Se la administró la Estremauncion, que recibió con suma alegría, respondiendo con voz serena á las oraciones de la Santa Iglesia, y parecia que Dios no esperaba mas que concederle esta última gracia en el mundo, para dejar al mal en todo su curso; porque al momento Albina perdió la voz, y no la quedó mas que la fuerza necesaria para estrechar contra sus labios el Crucifijo. En tal accion, y cuando el dia comenzaba á declinar, depositó Albina su alma en manos del Criador.

Ahora permíteme que me dirija á ti, quien quiera que seas, que escuchas la narracion de estos hechos. Ve á esa querida jóven que ha muerto en tan dulce paz, y esperando con seguridad tanta la gloria de la salvacion. Pon á su lado á una gran princesa nacida en el trono, y que ha vivido siempre entre los placeres y los honores de las primeras cortes del mundo, y contéplala como á Albina en su lecho de muerte: ¿cuál de las dos querrias tú ser? ¿Cuál de ellas te parece mas dichosa? El juicio que en esto formes, debe ser el que sepas formar acerca de los miserables y fugitivos bienes de la tierra.

Voy á hablarte ahora de la privilegiada muerte de Carlottina Olivieri.

Carlottina, pues, como nuestra querida Albina, era discípula de la piadosa casa de Santa Dorotea. Tenia un carácter amable, un corazón vivo, ardiente y encantador, y una rara y estraña belleza, junto con la modestia mas perfecta. Amaba á Jesus y á María verdaderamente, y con el amor de un ángel.

La víspera de la Asuncion, su padre fue á verla al convento. Era un hombre piadoso, y la habló, no de insignificantes pequeñeces como acostumbra á hacerse, sino que la pintó con un gran fervor y un inflamado lenguaje los sentimientos que le sugeria la ya empezada festividad de María Santísima, Reina del cielo.

La jóven le escuchaba, y una llama mas impetuosa aun se iba encendiendo en su corazón. Al volver á reunirse con sus compañeras, habló aparte á dos á quienes amaba con especialidad: «Orad por mí, les dijo, orad mucho, y orad con fervor. Quiero pedir una gracia á la Virgen, que deseo ardientemente obtener.

»La gracia que yo deseo es que María venga á buscarme, que me conduzca al cielo, no despues de mucho tiempo, sino pronto, durante la octava de su festividad, para que pueda unir cuanto antes mi voz á la de los ángeles y los bienaventurados que cantan eternamente sus alabanzas. Quiero ver la fiesta de la Asuncion en el paraíso.»

Y ambas la prometieron orar, porque la pureza del alma es una luz mas segura que la esperiencia de la vida. Y ¿qué mejor se puede desear, qué anhelo mas prudente en realidad, que el de llegar, jóven aun, á

esa patria celestial, cuyo camino cuanto mas tarde se emprende se hace mas difícil?

Al siguiente dia, en la sagrada mesa, pidió Carlottina, llena de fe, morir, y conoció que habia sido escuchada. La mas pura alegría inundó entonces su alma. El regocijo brillaba en sus ojos, en su lenguaje, en toda ella. Jamás se habia visto nada semejante: sus compañeras, sus maestras y todos los que la veian se maravillaban.

Al dia siguiente, primero de la octava, hacía la tarde la sobrevino un poco de fiebre. En realidad no era nada; pero ella, llena de gozo, dijo á sus compañeras asombradas «que se echaba en su lecho para morir.» La fiebre aumentó, y se redobló su alegría. Pidió el Santo Viático, y se le dió. Aquella enfermedad tenia algo de extraño.

Recibió con sumo contento al Esposo de su alma, que estaba segura de ver dentro de poco frente á frente. Se habia esparcido sobre su semblante esa mezcla de alegría y de respeto que constituye el destello de los espíritus gloriosos. No queria oir hablar mas que de Jesus y de María, y de la muerte; de ese momento venturoso que la habia de dar á Jesus y á María.

Un ligero delirio que se presentó, hizo creer á los que la rodeaban que estaba asustada, y trataron de tranquilizarla. «Creeis, les dijo ella, que la muerte me da miedo, y es, por el contrario, el mas verdadero consuelo para mí en el mundo.» El médico la dijo que curaria. «No, no, respondió ella; muero por la gracia de la Santísima Virgen. Me ha concedido esta gracia; me lo ha dicho, y dejó el mundo para ir al cielo.» Otra vez dijo tambien: «No iré directamente al paraíso; á causa de mis pecados. Iré al purgatorio; pero yo espero que la Virgen me deje allí poco tiempo.» Y aña-

dió: «Me llevaré conmigo á una de mis hermanas menores, y á una de mis compañeras, y esta compañera es Albina. A mi hermana, para que no se pervierta con la edad; á Albina, porque me inspira compasion su debilidad.» Una religiosa la dijo: «¿Y á mí? — A vos no, madre, porque sois necesaria aquí.» Albina murió doce dias despues.

La querida moribunda presentaba en todo un espectáculo celestial. Paciente, piadosa, en medio de los dolores y aun de la muerte, y siempre llena de alegría. Consoló á su madre, diciéndola por qué moria: «Adios, mamá; mañana voy á habitar mi casa. Allí pediré por vosotros á la Virgen. Decídselo á mi padre y á toda nuestra familia.»

Por fin, al tercer dia se observó que iba á morir, y se la dió la Estremauncion. Esperando la muerte, repetia aun: «Voy al paraiso; voy á besar los pies á la Virgen.» Durante la recomendacion del alma espiró tan tranquilamente como lo habia pedido, y como lo habia predicho.

LIBRO IX.

Apuntes de viaje.

I.

Hosteria de Porta Maggiore.

Voy á hacer con Mons. Agustin y mi carisimo hermano Enrique una larga correría al rededor de los muros de Roma, sin mas objeto arqueológico que el de *almorzar alla rustica*, segun la antigua costumbre en la *osteria* de Porta Maggiore. No falta quien haya observado que estas viejas murallas que vamos costeando, vienen á tener la forma de las que mandaba construir Belisario.

Yo no soy enemigo de Belisario. Este pobre héroe tenia el don de ganar batallas, y esto le envolvió en la política, para la que, á decir verdad, no habia nacido. Sin la política, hubiera sido un honrado y valiente soldado.

¡Cuán miserablemente pagó el imperio de Bizancio á Belisario, que, casado con una Antonina, por creerlo así conveniente á su fortuna, salva á la patria y al Emperador; y que obligado él, un buen católico, á desterrar al Papa legítimo, y á instalar en su lugar á un intruso, lo hace para obedecer á una Teodora!

¡Justiniano, el gran legislador, esposo de Teodo-

ra! ¡Belisario, el gran general, esposo de Antonina! Ved ahí dos grandes personajes esclavos verdaderos de la astucia de dos mujeres. Pero, despues de todo, el pobre Belisario, tan valiente capitán, de tan buen fondo, y tan odiosamente mauelle, tiene en su favor el haber sido tan cruelmente desgraciado, y el haberse arrepentido noblemente.

Cuando el Papa Silverio, á quien él habia relegado á la isla de Palmaria, murió en ella de miseria y de hambre, Belisario hizo construir una iglesia como en expiacion, digámoslo así, de su falta. Esa iglesia fue Santa María *in Fornica*, situada cerca de la fuente de Trevi, en la cual puso este *ex-voto*: «El patricio Belisario ha fundado esta iglesia para obtener el perdón de su falta. Vos, quien quiera que seais que visiteis este lugar santo, pedid á Dios que tenga piedad de Belisario.»

Señor, tened piedad de Belisario. Tened piedad de todos los desgraciados que se encuentran colocados en el camino de una gran fortuna, sin tener un corazón grande tambien. Haced en vuestra misericordia que caigan, que queden destruidos, que se arruinen los que, impulsados por el viento de la prosperidad, mas temblorosos y mas hambrientos á medida que se ven mas elevados, llegarían á perder el valor necesario para huir del crimen, y llegarían á un tiempo mismo al colmo de su ambicion y al colmo de su ignominia.

Los caminos que recorremos al rededor de los muros de Belisario son solitarios y bellos, tapizados de yerba y adornados de ruinas. Ofrecen la verdadera imagen de esas propicias decadencias de la fortuna, que engrandecen el corazón en la misma proporcion que aquella decae. Así es que no nos hubiera sorprendido encontrarnos allí con el general de Justiniano, despoja-

do de su grandeza, y mas dichoso y mas contento de sí mismo que en la época en que su fortuna privada le permitia sostener siete mil hombres!

Llegamos por fin á la *osteria*. Allí encontramos una sala blanqueada con cal, y una vieja mesa de encina, sobre la que se colocó un desayuno que nos costó diez y siete sueldos por cabeza, incluso la propina. Es una de las ventajas de Roma el poder almorzar donde se quiere, y al precio que se quiere. Todas las puertas están abiertas para todo hombre honrado. Porque en Roma se tiene el derecho de ser pobre, y la pobreza es franca y de buen humor.

¡El derecho de ser pobre! ¡El buen humor de la pobreza! Ved ahí dos grandes bienes, de los cuales el mundo concluirá por no tener ni aun idea; y cuando estos dos apoyos le falten; habrá llantos y rechinamiento de dientes. Roma es el país de la pobreza honrada y contenta.

Hoy mismo he visto á uno de mis amigos, excelente sacerdote, que salió de París hace dos años con su Breviario bajo el brazo, y todo su equipaje en un pequeño saco de noche. Había gastado todo su capital en satisfacer el importe del pasaje, y llegó á Roma sin mas equipaje que un plan de estudios.

Ha podido reducir todos sus gastos á veinte sueldos por dia, sin pedir nada á nadie. Tiene casa, alimento y libertad; está contento, rodeado de consideraciones, y componiendo un precioso libro.

II.

El martes de Carnaval.

El Carnaval de Roma era célebre por su decoro y

su alegría. Ya no le hay. Los revolucionarios han decretado que el pueblo romano, que está de duelo por su libertad, no se divierta este año. Los preparativos son muy á propósito para que el que viene no se divierta mas que este; pero ya vendrá un tiempo en que los revolucionarios decreten que haya alegría: entonces tampoco se divertirá mas, —ó serán otra clase de placeres.

En tiempo de la Restauracion, Pablo Luis Courier removi6 la Francia entera con una peticion en pro de unos aldeanos á quienes su párroco, decia, no permitia bailar. Hay gentes que se escandalizan en Francia del rigorismo de los párrocos, y creen que el cura deberia presidir por sí mismo los bailes, aun los mas modernos y mas descompuestos; los cuales se escandalizan extraordinariamente porque en Roma se abre el Carnaval por un Prelado.

El Carnaval de Roma, encerrado digámoslo así en el Corso, consiste en simples disfraces. Estos, en otro tiempo, respiraban ingenio, originalidad, y muchas veces magnificencia. Ricos y pobres tomaban parte en él, y se divertian igualmente. Desde las ventanas á la calle, y desde la calle á las ventanas, se tiraban sin cesar ramilletes, bombones y anises. Nada habia allí de brutal, nada de insultos al pudor ó á persona determinada. Los sacerdotes atravesaban tranquilamente por entre aquella multitud tan sumisa, y reverente entonces como en el resto del año. Al *Ave Maria*, un cañonazo daba la señal de la retirada, y todo desaparecia en un instante, sin tumulto: la mayor parte de las máscaras, antes de entrar de nuevo en sus respectivas casas, entraban en una iglesia á rezar sus oraciones.

Desde hace ya algun tiempo, los *libertadores*, en lu-

gar de echar ramilletes, arrojan piedras, y hasta bombas fulminantes.

He encontrado una comparsa de jóvenes que no habian temido desobedecer el decreto de los *libertadores*. Se habian disfrazado dejando caer sobre sus rostros un velo blanco. De tiempo en tiempo se paraban, y bailaban entre todas una danza popular. Ningun mal propósito se las atribuyó, porque, en efecto, ninguno habian formado. Estaban bien comidas y bien calzadas, y bailaban manejando al mismo tiempo una gran rama de árbol; y cuando algun velo se levantaba, dejaba ver un semblante de frescos colores y de inocente mirada.

III.

La Papisa Juana.

La noble estatua de la condesa Matilde, la amiga de San Gregorio VII, honrosamente colocada en San Pedro sobre sus venerables restos, sirve á muchos ingleses de prueba auténtica de la historia de la Papisa Juana. Tiene la tiara y la llave. *Habemus confitentem reum*. No se necesita leer el epitafio.

La invencion de la Papisa Juana manifiesta tan perfectamente hasta qué punto puede la mentira sobrepujar sobre la necedad humana, que seria lástima no hubiera sido inventada. Esto nos permite apreciar el don que Dios nos hace al concedernos la luz de la verdad, que garantiza nuestro buen sentido.

He empezado, sin separar por eso los ojos de mi antiguo amigo Blanchard, los estudios sobre las categorías de credulidad, entre las cuales se hallan repartidos la mayor parte de los hombres visitados por el

espíritu de libre exámen. Blanchard creía en la existencia de la Papisa Juana, porque habia leído su historia impresa en Holanda, con grabados que representaban los episodios mas importantes de su vida.

Uno de los grabados representa á la Papisa echada en tierra en una calle de Roma, con la tiara en la cabeza, rodeada de Cardenales y de toda la corte pontificia;—¡y delante de tantos testigos está saliendo de su embarazo! Blanchard no ha podido dudar á vista de tal testimonio. «¡Allí está el grabado, decia, yo le he visto!»

He completado mis estudios leyendo los periódicos. Hay tres categorías de creyentes respecto á la Papisa Juana. Los que pertenecen á las dos primeras, no creen haya existido. Las tres categorías están representadas cada una por un nombre célebre. M. La Bédollière, que habla de la Papisa Juana; M. Havin, que dice cree en ella; M. Sauvestre, que cree de todas veras.

IV.

La Via Appia.

Nos encontramos en la Via Appia, á la mitad del camino de Albano, y con un tiempo que podria decirse forma armonía con esta larga serie de sepulcros arruinados. Sopla un viento templado, el cielo está algun tanto blanquecino, y recorren el espacio mil ligeras nubes que vienen á convertirse en pequeñas neblinas disipadas al punto por el viento, cuyos rumores parecen una continuacion de quejidos.

Solo el desierto de Roma puede dar cabida á ese gran museo que se estiende en él ocupando un espacio de varias leguas, y cuyos adornos consisten, por un lado,

en las montañas de los Sabinos, negras y constantemente cubiertas con una corona de nieve; y por el otro, en el mar: á ambos lados, y entre tales límites, se estienden dilatadas llanuras sembradas tambien de ruinas, acueductos, casas, circo, destruidos y devastados como los sepulcros.

Preciso es que Roma sea la capital intelectual del mundo, para prodigar así tanto terreno destinado exclusivamente á la belleza. Si no fuese mas que la capital de Italia, no seria lo suficientemente rica para poder hacerlo. Se removeria su suelo para buscar debajo de él carbon de piedra, y se cavarían caleras para utilizar esos viejos mármoles.

¡Qué paisajes, bastantes por sí solos para ocupar en su copia la vida de una legión de fecundos pintores!... ¡Qué imágenes tan á propósito para despertar las mas sublimes ideas, y para hacer madurar el pensamiento!... Al contemplar este espectáculo sublime, se comprende bien la pompa y el énfasis que siempre se ha usado al describirlo. A vista de tal espectáculo es imposible enmudecer, ó hablar sencillamente de él. Se siente uno impulsado á emplear frases sublimes á presencia de magnificencia tanta. Es necesario considerarse detenidamente, y hacerse superior á sí mismos, para contentarse con tener únicamente pies para recorrer estas llanuras, y no desear tener alas. Es necesario reconocer, en honor á Chateaubriand, que ha visto muy detenidamente los campos romanos, y que ha sentido en toda su fuerza la impresion que causa su grandiosa vista.

Y ha sabido pintarlos con las mas elocuentes frases. ¿Cómo no habia de ser así, si tenia ya el don de formar tales frases, si se le pedia las pronunciara, y si el viento parece inspirarlas aquí casi completamente

formadas? Sus discípulos le han motejado por esto; sin embargo, á vista de tantos objetos solo Bossuet hubiera sabido contenerse. A él le hubieran bastado algunas palabras, algunas pinceladas. Aun en la belleza él busca la utilidad.

Mas belleza de la que reclama la utilidad es superflua; lo útil sin belleza, ó sin toda la belleza necesaria, no es suficientemente útil. Los grandes artistas conocen cuál deba ser la proporcion entre lo útil y lo bello, ó mas bien, no lo conocen; en sus producciones se encuentra esa proporcion, pero es por un don de Dios. Dios sabe cuántas hojas necesita la rosa, y ese número es el que Él la señaló.

Las tan notables escavaciones de la Via Appia son en gran parte obra de Pio IX; y las dirigia precisamente en los momentos mas agitados de 1848, cuando Sterbini era ministro, y se dedicaba á hacerle traicion. El Papa venia por sí mismo á visitar los trabajos, y dejando al *fel* Sterbini buscar el medio mas adecuado para enterrar su corona, él hacia desenterrar la historia, y esperaba el porvenir.

V.

En San Crisógono.

Se celebraba en San Crisógono, iglesia de los religiosos de la Merced, la festividad de San Juan de Mata. La iglesia estaba adornada con colgaduras y tapices preciosos, el altar brillaba con los resplandores de miles de luces, y se cantaba el oficio divino á toda orquesta. Los religiosos ocupaban sus sillas en el coro, y los hermanos estaban sentados en las gradas del altar al redor del Obispo oficiante. El templo presentaba un

hermoso aspecto. Esparcidos en él se veían varios grupos de gente que oraba con devoción. A los pies de la iglesia, una media docena de niños de corta edad jugaban muy á su placer con los ramos de mirto esparcidos sobre el hermoso mosaico del pavimento.

VI.

La habitacion de San Estanislao.

Esta habitacion está en el noviciado de los jesuitas, cerca de Monte-Cavallo. Del mismo modo que la de San Luis Gonzaga en el Colegio romano, la de San Ignacio en el *Gesù*, la de San Felipe Neri en el Oratorio, y otras muchas celdas habitadas por Santos, se ha convertido hoy en una capilla muy bien adornada. Por cierto que hemos oído misa en ella.

La estatua del Santo, de mármol polycromo, y colocada en el mismo sitio en que exhaló el último suspiro, es una preciosa y bella escultura, aun cuando su buen gusto puede ser disputado. Sobre ella se ve un cuadro representando á la Santísima Virgen recibiendo el alma del joven Santo. Este cuadro es una obra bastante débil de Minardi. Este diálogo de la escultura y de la pintura es hasta cierto punto desgraciado, porque está en dos lenguas. Quitad la estatua, y el cuadro quedará sin espresion, sin sentido.

El altar principal está adornado con una hermosa copia de la Virgen de Santa María la Mayor. San Francisco de Borja y San Ignacio han dicho misa ante esta imagen. Ese cuadro es á la vez bello é imponente. Al lado de los agraciados toques de Minardi, hace comprender la diferencia entre lo hermoso y lo bonito. Y lo bonito no es bello.

Los aposentos contiguos son una especie de museo iconográfico del mayor interes. Hay en él un retrato auténtico de San Estanislao. Era este un encantador joven polonés. No lejos de él se ve un retrato contemporáneo del bienaventurado Leonardo de Porto-Mauricio. Es notable por la espresion de vigor y de penitencia en la vejez, y la asombrosa energía de carácter que revela. Este anciano apoyado en su baston, hubiera estado, á lo que representa, muy lejos de ser afable y dulce si no hubiera sido Santo; y fue, no obstante, el mas misericordioso de los hombres.

San Ignacio tiene tambien una escelente presencia; su semblante es muy enérgico, pero á la par mas tierno, y conserva aun un resto de la jovialidad militar. San Ignacio no es ciertamente el tipo mas marcado del jesuita. Los caractéres que constituyen ese tipo es menester buscarlo en el retrato de San Francisco de Borja, conservado en *Gesù*; allí es dónde se encuentra la verdadera fisonomía de toda la orden. Todos los retratos de los que á ella pertenecen tienen ese aire de familia que se representa, si se quiere, aun mas, en los que viven actualmente. Raras son las escepciones que pueden citarse. Parece que hasta la naturaleza misma ha sido sujeta y se ha doblegado á ello.

El mismo San Luis Gonzaga, aunque murió tan joven, llevaba ya impreso en su semblante ese sello. Hay tambien un retrato suyo en este museo formado en derredor de la capilla de San Estanislao. El carácter de la penitencia está mas marcado aun en él que en el austero semblante del bienaventurado Leonardo de Porto-Mauricio. Es una cabeza magnífica hasta la boca. La barba casi no existe. La frente es vasta y bañada de un resplandor que no puede ser debido á un pintor: su mirada parece va mas allá del mundo.

Entre estos monumentos tan interesantes, se hallan cartas autógrafas de varios Santos; todas de una letra firme, cursiva, atrevida, y por lo tanto regular. Se nos hizo observar particularmente una carta del venerable Canisio, tan verdaderamente sabio, y por tan justos títulos grande hombre. En ella se dirige al General de la Compañía, y recomienda á su caridad tres jóvenes; uno, entre ellos, llamado Estanislao, hijo de noble linaje, y notable por su talento y sus sentimientos piadosos. Era Estanislao de Koska.

Hay, en fin, un antiguo retrato de San Francisco de Asís, uno por cierto de los mas conmovedores y de los mas arrebatadores. Está representado con el semblante moreno, y surcado de arrugas como el de un anciano, por mas que fuese aun joven. Espesas manchas de sangre cuajada cubren sus estenuadas manos, y sus ojos son enteramente los del hombre sencillo y tierno que perdió casi la vista á fuerza de llorar.

La capillita de San Estanislao, correspondiente á su iglesia, una de las mas agradables de Roma, es uno de esos sitios en que la oracion nace espontáneamente del corazon, y se exhala de él como en virtud de un accidente natural.

VII.

El escultor.

El escultor polonés es uno de los mas ricos señores de la Ucrania. Posee un castillo magnifico lleno de notabilísimas curiosidades, y mas de cuatrocientos mil súbditos. Todo lo ha abandonado para venir á hacer estatuas en Roma, y el cuidado de hacer estatuas le aleja del de procurar su gloria. Un escultor en Francia

que tuviese cuatrocientos mil súbditos en Ukrania, ¿qué renombre no llegaría á adquirirse?

Entre tanto no falta en Ukrania quien disponga á su gusto de la fortuna del escultor. Él, por su parte, da lo que le roban, y sigue haciendo estatuas. Tiene dos talleres en los barrios retirados, dos cobertizos, bajo uno de los cuales se ha arreglado una especie de gabinete.

Siempre con el escoplo en la mano, y trabajando sin cesar, no interrumpe su tarea mas que para comer un pedazo de pan, y á veces algun plato de guisado que le llevan del *spaccio di cucina* mas próximo. *Spaccio di cucina*, esto es, *figon* en español.

Es tímido y humilde, y se oculta cuando alguien va á visitar sus obras, que da á quien las quiere. Habla mas bien por gestos que de otro modo, pues no ha podido aprender el francés, y casi ha olvidado el polonés: en cuanto al italiano, solo sabe lo preciso para poder entenderse con sus obreros.

Sus concepciones revelan un alma vigorosa y apacible, llena de aspiraciones y de sentimientos de la patria. He visto un grupo de Santa *Eduvigis* y *Jagellon*, de una belleza sencilla y seductora. La Santa y el héroe se están dando la mano para no volver á separarse nunca.

Existe en Varsovia un *Cristo en el sepulcro*, obra suya, que respira grandeza, tranquilidad é inmortalidad. Idénticas cualidades he podido observar en el *Angel de la resurrección* y el *Cristo resucitado* que posee tambien la Polonia. Es una cosa verdaderamente conmovedora y angusta el encontrar siempre y en todas partes entre los poloneses esa fe en la resurrección.

Su obra mas perfecta, y una de las mas recientes, es una imagen colosal de la *Inmaculada Virgen Maria*.

Está llena á la vez de candor y de majestad, y su semblante es maravillosamente hermoso. Un noble polonés que vió el modelo deseó comprarla, y preguntó al escultor cuál era su precio. Este preguntó al comprador qué mármol queria: calculó el coste del mármol y los jornales de los operarios, y ved el trato hecho.

El escultor tiene una buena figura polonesa, de plácido é inocente semblante, y con una vida extraordinaria en los ojos.

Lo único que se ha permitido, como gran señor que no está obligado á satisfacer el mas mínimo gusto ni de sus conciudadanos, ni del gobierno, ni de la muchedumbre, ha sido el no hacer ni una sola figura indecente ó pagana.

Pero, entre tanto, ¡cuán perfecta concepcion de belleza, y cuánto amor no hay en su *Virgen Inmaculada*!

VIII.

El Capitan.

El capitan X..., emigrado polonés, pasa desde hace quince ó veinte años una parte de su vida en ir de iglesia en iglesia, á todas las que sabe se ganan indulgencias; y dónde se ganan, nadie lo sabe mejor que él.

Todas estas indulgencias son aplicadas por las benditas ánimas del purgatorio, y cuando cree haber libertado á alguna, y sus razones tendrá para creerlo; confía al cuidado de aquella á otra alma de este mundo: amigo, adversario, desconocido, cualquiera á quien haya visto rezar á su lado, ó cuyo nombre haya leído en un periódico; á aquel á quien ve oprimido con un gran pesar ó lleno de una gran alegría, sea cualesquiera su conocimiento con aquella persona, pide al

alma que él ha libertado que asista á aquella otra á quien ve sufrir ó en peligro.

Pasa una buena parte de la noche en adorar al Santísimo Sacramento, y en seguida va á ponerse al servicio de un enfermo; sea ó no amigo suyo. No le prodiga sus cuidados ó asistencia; cree que no entiende de eso, y permanece en la antecámara, donde reza ó duerme. Si es preciso ir á buscar al médico ó algun remedio, al instante está pronto. De esta manera ha pasado seis meses, él, un polonés, en la antecámara de una señora rusa.

Todo su haber lo entrega al momento á los pobres. Él se alimenta con un pedazo de pan, tanto por virtud cuanto porque para él es una imprescindible y gloriosa necesidad el dar limosna. Si se halla en casa de algun amigo á la hora de comer, y tiene tiempo para ello, come; pero va al punto á pagar á los pobres aquella comida que se le ha dado.

Él es tambien el *cicerone* de los peregrinos pobres. Les enseña á Roma, que nadie mejor que él conoce, y les proporciona un albergue y una comida, si no se halla en estado de atender á ello por sí mismo.

Cuando quiere buscar algun rato de solaz, habla de la artillería, porque fue capitan de esta arma en la guerra de la independencia en 1831, y obtuvo aquel grado por haberse distinguido con un hecho no muy general en la artillería. Un reducido número de hombres con algunas piezas de pequeño calibre se halló ante un respetable cuerpo del ejército ruso. Les ocurrió la idea de cargar, y el enemigo estupefacto, y sin comprender siquiera tal maniobra, se desbandó y fue batido.

Sin embargo, no es tampoco él quien cuenta esta locura de la juventud, y aun dudo si se acordará de

ella; pero, á pesar de todo, se conoce que conserva un agradable recuerdo de su instituto.

IX.

La condesa.

La condesa está enferma. Es viuda, y tiene dos hijos graciosos y encantadores. Sin embargo, está triste. La parece imposible, dice, que pudiese vivir en otra parte que en Roma. Hay existencias que deben acabar de arrastrarse en la tumba, y Roma es el sepulcro en que se puede vivir.

Un jóven sacerdote, tan jóven como amable, educa á los dos niños, cuyo hermano mayor parece.

Hé ahí una gravedad, un candor y una sonrisa mas en ese centro apacible en que la muerte habita entre las flores.

X.

El estudio de un pintor.

LA SEÑORITA S. DE B., jóven aun, se ha enamorado del sol de la Italia. Ha pasado su vida persiguiéndole, le ha alcanzado, y le tiene encerrado en sus cartones.

Es una mujer y una artista de corazon; y ese noble amor que ha concebido, ha hecho su existencia una de las mas dignas de envidia. Ha vivido siempre en perpetua comunicacion con el objeto á quien amaba.

Ha pasado mas de treinta años sin sentir envejecer jamás ni su mano ni su corazon, embriagada de austeras delicias, y retratando sin cesar á la bella Italia, dorada con los rayos de su querido sol.

Un día, en Sicilia, encontró á una niña abandonada. La recogió por conmiseracion, y esta niña hoy ha llegado á ser una mujer que tiene un alma grande, que la amó siempre, y que jamás la ha abandonado.

De este modo, á los supremos placeres del arte se agregaron los supremos goces de la ternura fraternal. Y hoy que empieza el cansancio, y que ya no se puede correr tras el sol como en otro tiempo, Dios; dando mas de lo que se le pedia quizás, ha hecho brillar en la tarde de esa vida consagrada al culto de sus obras anteriores, un sol mas resplandeciente aun: el sol de la fe que conduce al eterno dia.

Y la noble artista, rodeada de las bellas producciones de su pincel, apoyada sobre su fiel amiga; tranquila y respetada, escucha el cántico de la esperanza entonado por las encantadoras imágenes en que no habia estampado mas que el recuerdo.

XI.

San Martin y San Silvestre.

Esteriormente no aparecen mas que ruinas; en el interior, las pinturas, los mármoles y el oro resplandecen en una arquitectura grandiosa y esbelta. Pero; cuán magníficos no son los recuerdos que este recinto encierra! El altar mayor se levanta sobre una cripta llena de cuerpos santos. Allí hay mártires, confesores, Papas y Obispos, cuyos nombres se conocen, y *gran número de otros que conoce solo Dios*. Así habla la misma inscripcion.

De la cripta se va á las termas de no sé qué Emperador; Diocleciano, creo. Estas termas en otro tiempo han servido de iglesia; dos Concilios han tenido lugar

en ellas. Allí está la capilla del Papa San Silvestre, en la que se conserva la imagen de la Virgen que le habló. Allí se veneran tambien las reliquias del bienaventurado Tomaseo, Cardenal. Para corresponder á las exigencias de su rango, el Cardenal Tomaseo habia compuesto la servidumbre de su casa de un conjunto de pobres, jorobados, cojos y raquíticos, á quienes él servia, tanto, al menos, como ellos le servían á él.

Desde las termas de Diocleciano se va por un subterráneo á las Catacumbas. Este lugar revela en todo su ser un resto de la primitiva Iglesia, en la época en que no estaba ya precisamente en la noche de su existencia, pero tampoco estaba aun en el dia de ella.

A través de aquellos sombríos tránsitos, y desde el fondo de la silenciosa cripta, llegaban hasta nosotros los ecos de los cánticos. Eran las letanias de la Santísima Virgen, cantadas en la iglesia por una congregacion de jóvenes doncellas. Cuando subimos, estaban entonando el *Regina martyrum*, *Regina confessorum*, *Regina virginum*...

Habia tambien otra reunion en la iglesia, formada por niños y *ragazzine*. Una cuadrilla de ellos daba á los demas, con la mas dulce sonrisa, instrucciones que su auditorio escuchaba riendo tambien. A decir verdad, el aspecto general era ciertamente familiar y bello. Un buen feligrés de Francia, por poco galicano que fuese, hubiera tenido al verlo motivos para estrañarse. A nosotros nos asaltó naturalmente á la imaginacion, en vez de estrañeza, la idea de admirar la dicha de aquellos niños que recibian alegremente tal enseñanza en semejante clase.

XII.

Una flor del Coliseo.

Ya hacia algunos dias que yo no habia visto el Coliseo; durante ellos, la primavera se ha presentado casi de repente.

A su llegada, la primavera se posa ante todo en el Coliseo. Allí donde floreció primeramente un mártir, nacen tambien las primeras flores.

Esta mañana entré en él. Hacia un sol hermoso. La última vez que habia estado allí dejé desnuda la tierra: hoy la he encontrado tapizada de embalsamado verdor.

Mil pájaros cantaban, y se abrian mil flores, unas de color de oro, otras azules, otras purpúreas.

¡Cuán sublime *hosanna* formaba el canto de las aves! ¡Cuán gratos perfumes esparcian las flores! ¡Qué dulce era el resplandor del sol, y mi corazon cuán gozoso se hallaba!

Un pájaro cantaba sobre la Cruz; á su pie se veia un grupo de margaritas blancas tachonadas con motas rojas.

En la entrada de esas verdaderas bocas del infierno, de donde se lanzaban á la arena los tigres y los leones, crecian hermosas violetas.

A vista de semejante espectáculo, asaltó á mi imaginacion un pensamiento, ó mas bien una vision que embriagó por completo mi alma.

Estaba mirando al pie del palco de César. En medio de un círculo de humilde pero vigorosa yerba, veia brillar como una gota de sangre.

Cerca de aquella yerba me parecia ver un hombre tendido, desnudo, pálido, herido de muerte.

Este hombre me miraba con dulzura; sus labios cárdenos se entreabrian con una sonrisa que carecia de vida.

En su rostro resplandeciente de felicidad seme figuraba ver á la vez los rasgos del de mi padre, del de mi hermano y de los de nuestros hijos.

Y oí que me decia : « Me han traído cautivo desde el interior de las Galias , para ser entregado á las bestias y al pueblo romano.

» Jesucristo en su clemencia me ha visitado en mi prision ; me ha enviado su Pontífice , y he recibido el bautismo.

» Se me ha ofrecido la libertad y la vida si queria abjurar de Cristo ; pero yo no he querido rechazar el don de Cristo , y he preferido morir.

» ¡ He muerto por Cristo , he muerto por Cristo ! Que sea eternamente alabado y eternamente reine.

» He dejado hijos y hermanos en mi pobre cabaña de las Galias. ¡ Oh Cristo ! descienda tu bautismo sobre ellos.

» ¡ Oh Cristo ! yo he muerto por ti. ¡ Haz que tu fe no se estinga jamás en la raza de tus mártires ! »

Y aquel cuerpo , ó aquella forma de él , así como el reflejo de una luz que se cambia de sitio , subió hácia el palco del César , y desapareció.

No quedó mas que el círculo de yerba , en medio de la cual brillaba aun lo que á mí me parecia una gota de sangre.

Me acerqué para besar el lugar en que el mártir de las Galias habia caído á los pies del César , y vi que lo que me habia parecido una gota de sangre , era una pequeña flor que arranqué , y me llevé colocándola sobre mi corazon.

XIII.

Los germánicos.

La pequeña iglesia del colegio germánico, cerca de la columna Antonina, es uno de los pocos santuarios de Roma en que se oye el canto romano.

Los alumnos del colegio, los *germánicos*, son alemanes y jóvenes. El aire de sus pechos vigorosos y puros presta al cántico de la oracion un yo no sé qué de ardor y de ingenuidad.

La iglesia es reducida; es una humilde capilla mas bien que una iglesia: no tiene ni mármoles, ni frescos, ni cuadros; no tiene ni aun historia, pero tiene el canto sagrado.

En él reconocí el acento de la oracion. Seguramente que no trato de hablar mal de los italianos, y sobre todo, no es para desprestigiar á los romanos para lo que yo compongo este libro.

Pero, á pesar de todo, lo cierto es que con su música han desfigurado á mis ojos la misa. Yo no encuentro, no hay ya en estas fugas y en estos trinos las notas de las melodías inspiradas.

La oracion ni anda ni habla; vuela y canta. Tiene el vuelo directo del águila y el canto solemne de la naturaleza. Esta música hace declamar, y dar mil vueltas en el aire á la oracion.

Se presenta á Dios como un mímico que se deshace á gestos ante un auditorio sordo; como un orador que quiere sorprender al juez con la violencia de sus lágrimas y los énfasis de su voz.

Volviendo á los germánicos, es consolador el pen-

sar que han venido aquí desde el país de Lutero. — ¡Ay! Lutero era de la nación de Jesucristo.

Ese mismo Lutero, ese mal *frate*, ha cantado también estas oraciones divinas en divinos ritmos, pero ha abjurado de ellos después. Oraciones y ritmos, todo lo ha reemplazado con su palabra.

No se necesita ser católico; basta tener siquiera el instinto del arte para condenar á Lutero y pedirle los torrentes de poesía que ha apartado del corazón humano.

Los *germánicos* cantan con una voz dulce y poderosa, y una dulce y arrogante faz los distingue á todos. ¡Cuánta lealtad respiran sus rubias cabezas, llenas de una encantadora sencillez!

Allí puede aun el pincel encontrar los tipos que servían de modelo á los antiguos artistas para hacer esos ángeles llenos de candor, que cantaban respirando amor é inocencia ante el trono de la Virgen.

Nobles niños, vosotros volveréis á esa pobre y bella Alemania, todavía miserablemente presa en las redes de la duda y de la herejía.

Vino aquí, hace doce siglos, en unos días tumultuosos y desgraciados, cierto jóven, fraile inglés, que huía de su monasterio. Se llamaba Winfrid.

Se prosternó ante el Papa, y le preguntó lo que debía hacer. El Papa era San Gregorio II, y luchaba á la sazón contra el estúpido Emperador León el Isauró, el iconoclasta.

Cien años antes, el Papa San Gregorio I, el que envió misioneros á Inglaterra, había ordenado el canto eclesiástico religioso, y había consagrado el arte de la música.

Oponiéndose al frenesí del Isauró, San Gregorio II consagró la pintura. « ¡Oh! decía: ¡pluguiese á Dios

que la pintura pudiera retratar todas las obras de Dios!»

Gregorio escuchó á Winfrid, le bendijo, y le encargó fuera á conquistar para Jesucristo la Turingia y el Norte de la Alemania que se conservaba en el error del paganismo. Winfrid partió, y fue despues San Bonifacio.

¡Alemanes, alemanes! pedid la bendicion que recibió Bonifacio; esa bendicion que el Vicario de Jesucristo concede, mas poderosa aun quando sus manos están encadenadas.

Vuestra Alemania canta; pero no canta ya únicamente las alabanzas de Dios : «¡Santo, Santo, Santo, Señor Dios de los ejércitos! Los cielos y la tierra están llenos de tu gloria.»

¡Oh, si Goëthe y Schiller hubieran sabido este cántico! ¡Si los Kant, los Hégel, los Fichte, los Humboldt lo hubieran sabido!

Si lo hubieran sabido, si hubieran repetido esas palabras que Isaías escuchó en su éstasis cuando vió la gloria del Señor inundar el templo; si hubieran vuelto á la Alemania esa luz que San Bonifacio la llevó desde el manantial mismo de la luz, y que el denso aliento de Lutero estinguió é hizo olvidar, ¡con cuán radiante resplandor no brillaria hoy la frente de la grande Alemania, y cuán abundante cosecha de verdadera gloria no abarcaría entre sus sabias manos!

Despues de trascurrida la tercera parte de un siglo, algunos hijos de Alemania han respirado el perfume de Roma, y hoy la gloria del arte les pertenece ya.

Son los maestros de la pintura católica, de la pintura inspirada por las obras de Dios, que hace revivir á sus Santos, que habla á los pequeños y á los grandes de su pueblo.

¿Qué maestro ha ido mas lejos que Overbeck en la

interpretacion ó inteligencia de la pintura sagrada? ¿Qué artista ha visto con una mirada mas clara, mas respetuosa que él las escenas del Evangelio?

En el Esquilino, cerca de Santa María la Mayor, he visto en el estudio de Overbeck los siete grandes poemas en que ha pintado y descrito los siete sacramentos.

El venerable artista esplica en ellos esas maravillosas páginas, en que la gracia y la viveza del arte esclarece la profundidad de la doctrina, y en los que fácilmente se comprende que se propuso dar una leccion de catecismo, mas bien que hacer admirar su genio.

Mi corazon gozaba á vista de ese cielo tan dulce como modesto. Me acordaba de Justino, que, en este mismo barrio de Roma, hace quince siglos, enseñaba una misma cosa á los hombres de todas las naciones.

No sé si la escuela católica alemana ha alcanzado una completa perfeccion en el arte. Se la echa en cara que es mas mística que anatómica. Es posible; pero yo perdono de buen grado á Overbeck el ser un artista no tan hábil como Rubens.

Y cuántas composiciones no hay de Overbeck y de sus discípulos, de las que el Santo Papa Gregorio II podria decir lo que de las santas imágenes que el iconoclasta queria obligarle á destruir.

«Cristo me es testigo: cuando entro en el templo del Principe de los Apóstoles y contemplo su imagen, me siento penetrado de compuncion, y mis lágrimas corren cual la lluvia del cielo.»

¿Y no parece que en las bendiciones que diera á San Bonifacio para derramarlas sobre los pueblos que iba á convertir á Jesucristo, el Papa Gregorio, ese gran protector de las sagradas imágenes, habia con especialidad encerrado el don del arte cristiano?

En cuanto á vosotros, *germánicos*, cantad; cantad como vuestro Overbeck sabe pintar; cantad las oraciones romanas, como las cantaban San Gregorio II, vuestro padre, y San Bonifacio, vuestro apóstol.

Cantad, y los filósofos vendrán á escucharos; y quizás mas de uno sentirá en su alma las mismas sensaciones que las melodías sagradas despertaban en el corazon del hijo de Mónica :

« ¡Cuántas lágrimas he vertido! ¡Cuántas lágrimas. Señor, al escuchar la dulzura de vuestros himnos y de vuestros cánticos, al sentir la dulce emocion de los cantares exhalados de los sonoros labios de vuestra Iglesia, y que venian á caer como un rocío sobre mi corazon !

» Al mismo tiempo que esos acentos penetraban por mis oidos, la verdad se apoderaba de mi alma. Sus olas inundaban mi corazon y despertaban la piedad en él, arrancándome copiosas lágrimas; y esas lágrimas corrian por mis mejillas, y era para mí una verdadera felicidad el sentir las correr. »

XIV.

Rafael y el Dominiquino.

Hay en las galerías del Vaticano algunos cuadros ciertamente hermosos. Se admiran particularmente entre ellos dos obras de Rafael: la *Transfiguracion* y la *Virgen del Donatario*; y una del Dominiquino: *La Comunion de San Gerónimo*.

No debe hablarse de Rafael si no han de consagrarsele mas que algunas palabras, á menos que esas palabras no expresen grandes conceptos. Hay hombres na-

cidos para ser pintores, y Rafael es uno de ellos. Dios le formó para manejar el pincel.

Rafael en sus obras es grande, magnífico y sencillo. Parece no haber pensado jamás en que una composicion fuese ardua en su desempeño, ni una idea difícil de interpretar.

Lo único imposible para él era el cansancio y la fealdad. En algunas de sus cartas se queja de la escasez de bellos modelos. Nada me ha asombrado tanto como esa espresion, y, á pesar de todo, creo aun que él tipo de la perfecta belleza era innato en él.

En su mente veia bien claramente la hermosura. Su genio adivinó al hombre como habia salido de las manos del Creador, y tal como no es hoy ya. Hasta cuando copiaba, creaba Rafael.

Si tuviésemos las fotografías de las personas que, bien como modelos, bien en retrato, trasladó al lienzo Rafael, conoceríamos los milagros del arte.

He visto un retrato del mismo Rafael, dibujado *ad vivum*. El que hizo aquel retrato tuvo á Rafael ante sus ojos, y sin embargo no vió á Rafael.

Vió al hombre de pequeño rostro, y bastante feo por cierto, que recorria Roma, dirigiendo los trabajos públicos, dando órdenes, dando lecciones, y el que un día, habiéndose detenido demasiado tiempo á la sombra después de haber andado mucho y muy de prisa al sol, se vió atacado de fiebre, y murió.

No vió al pintor de la Transfiguracion de Cristo llevado al sepulcro, de la Escuela de Atenas, de las Vírgenes y de tantas otras maravillas.

A ese hombre solo el mismo Rafael podía verle. Y le vió en efecto; y nos ha dejado una imagen no parecida, es verdad, pero que es la única verdadera.

En la *Virgen del Donatario* admiro, sobre todo, la ac-

titud de los dos personajes representados en ella de rodillas. El uno es un buen cristiano; reza con fervor, derecho, recogido, tranquilo. El otro es un Santo: su oracion no lo es ya precisamente tal, es un éstasis; está inclinado, y parece que va á volar al cielo.

La Santísima Virgen es hermosa, pero nada mas que hermosa. No es bastante el genio cuando se trata de pintar á la Santísima Virgen. El Niño Jesus es un hermoso niño; pero no es tampoco el Niño Jesus que Rafael *encontraba* en otro tiempo.

Imposible es representarse á San Gerónimo comulgando y moribundo, de otra suerte que como le ha pintado el Dominiquino. La fuerza de la fe y la fuerza del amor se revelan en la actitud de aquel atleta que habia ya visto tantas veces, y que tanto ha amado á Aquel á quien va á poseer.

Toda la composicion está admirablemente entendida. El Santo no ve mas que al Dios que adora, y parece ver aun mas con los ojos de su alma que con los de su cuerpo, en los que la llama de la vida se estingue ya.

Los demas personajes, y hasta el sacerdote mismo, miran menos á Dios que al Santo. Todos, aunque en diverso grado, están llenos de respeto y de veneracion.

En el sacerdote este sentimiento está mezclado con la condescendencia; el respeto del diácono es mas humilde, el de los demas es absoluto. La piadosa mujer que está besando la mano de San Gerónimo, es el tipo perfecto de la veneracion.

El colorido es natural, brillante y verdadero; ocupa solamente su propio lugar, y en nada altera la majestad de aquella escena tranquila, tierna y sublime.

El pobre aunque gran Dominiquino, pintó el monas-

terio de Grotta-Ferrata á razon de dos paolos (1) por dia, y recibió por su San Gerónimo noventa escudos (mil novecientos reales).

Un pintor extranjero se habia encargado de hacer una copia de este cuadro ya célebre. Con el pincel en la mano y el sudor en la frente se esforzó en imitar el pecho del Santo; ese pecho en que parece que se siente latir y arder el corazon.

Borraba, volvía á empezar; borraba de nuevo, tornaba á hacerlo; no conseguía nada, y nada pudo hacer. Por fin abandonó los pinceles, y exclamó: «¡Es imposible!»

Un desconocido le habia estado largo rato contemplando. — «Yo creo, dijo, que podría conseguirse. — ¡Ah! ¡ah! replicó el copista exasperado; ¿lo creéis así, buen hombre? — ¡Oh sí, sí!

— Yo soy pintor tambien, y creo que habria medio de alcanzarlo. — Pues vive el cielo, puesto que sois pintor, tratad de hacerlo.» Y el copista puso su paleta en manos del temerario, á quien no asustaba el genio del Dominiquino.

El desconocido emprendió la formidable obra, y el pecho de San Gerónimo empezó á respirar, á vivir, á palpar y á arder. Al cabo de algunos instantes la copia era mas bella casi que el original.

El copista, estupefacto, no cesaba de mirar al atrevido que tan de prisa trabajaba en semejante obra. — «O sois el diablo, le dijo, ó sois el Dominiquino. — Uno de los dos, replicó el otro. Pero, decidme, amigo: ¿en cuánto se os paga este cuadro?»

El copista respondió que le valdria quinientos escu-

(1) Moneda italiana.

dos.—«*Va bene!*» repuso el maestro. Y se retiró lleno de despecho.

Se è vero, comprendo el despecho del Dominiquino, pero me persuado que, bien reflexionado, comprendería valia mas no tener mas que noventa escudos y ser el Dominiquino.

XV.

La ciudad.

Un dignísimo ciudadano romano me ha escrito dándome gracias, no porque le haya hecho servicio alguno, sino simplemente por un *ringraziamento* que yo le tributara anteriormente.

En su carta me trata de excelentísimo señor, *eccellentissimo signore*, y está sumamente reconocido á semejante atencion por parte de mi Escelencia; no cree haber merecido espresiones tan en extremo amables que yo le habia hecho el honor de dirigirle.

Bendice mil veces la afortunada circunstancia que le hizo conocer á un hombre cuyo raro mérito reconoce todo el mundo, y ruega á mi Escelencia le conserve su gracia, tan gloriosa para él.

Desea que mi Escelencia le permita ofrecermé sus sinceros servicios en cuanto pueda yo necesitar en la Ciudad Eterna, *nella Città Eterna*.

Esperando que yo le conceda esta gracia, me afirma que es de mi Escelencia, con el mas singularísimo afecto, humildísimo y obedientísimo servidor, caballero Marco-Antonio.—Confieso que ese lenguaje enfático, y esas exageradas espresiones, son encantadores á mis ojos.

Esa gran política me agrada sobremanera. Revela

á la vez al romano y al cristiano, y es mucho mas agradable y mas digna que el «homenaje» ó «las seguridades» de «la distinguida consideracion.»

Me encanta ese respeto con que los romanos hablan siempre de Roma : la Ciudad Eterna, la Ciudad Santa, la CIUDAD. Para ellos es una verdadera distincion, de qué hacen gala, el ser ciudadanos de Roma.

Y nada de eso admira, y nada de eso es ridículo. Sin embargo; ¿encontrareis tan natural que un hombre se proclamase con orgullo ciudadano de Berlin, de Londres ó aun de Paris?

Decidme, ¿no os chocaria que un ciudadano de cualquiera de esos sitios los tratase de Ciudad Santa ó de Ciudad Eterna, y llamase á Londres, Berlin ó Paris LA CIUDAD?

XVI.

San Pedro de Alcántara.

Los capuchinos de San Pedro de Alcántara están admirablemente establecidos sobre el monte Palatino. Allí conservan el cuerpo del bienaventurado Leonardo de Porto-Mauricio, y el Crucifijo y la imagen de la Virgen que usaba en sus misiones. Estos religiosos muy penitentes y muy caritativos son el *refugium peccatorum* de la ciudad. En una especie de antecámara con la que comunican los cuartitos destinados á oír las confesiones, hay varios libros para que puedan usarlos los penitentes; pero están sujetos con cadenas, por miedo de que los instintos del hombre viejo no vuelvan á despertarse aun allí, y no se aleje siendo ladrón de un sitio de donde debia salir contrito.

Dudo si se debería hablar de esta circunstancia á

Coquelet. Seria capaz de pensar que se obra muy mal confesando á tales pecadores. Pero, y no confesándolos, ¿se portarian mejor? ¿Se convertirían mas pronto? Muchos, es verdad, robarian hasta las sandalias del confesor si de ellas pudieran sacar algun provecho; muchos vuelven á delinquir nuevamente, pero tambien muchos hacen penitencia y restituyen lo que han robado. ¡Ah pobres gentes! en toda una vida de constante latrocinio, no ganan lo que se gana en un dia de Bolsa, y esa ganancia jamás será confesada ni restituida.

XVII.

Don José.

Coquelet acabó de esponer sus ideas como si en toda su vida se le hubiese presentado la menor objecion contra ellas. Y se animaba estraordinariamente esperando seducir al Rdo. D. José, cura de un pueblo medio salvaje del Brasil; sacerdote á quien por lo demas él juzgaba inteligente.

Coquelet esplicó cómo el catolicismo toca á su fin: está próximo á trasformarse, á ensancharse y á convertirse en una moral fácil, perfecta y de sencillo acceso para todos los corazones, pues que las oscuridades del dogma no obstruirán su entrada. —¿De modo que, dijo por fin D. José, vais á destruir la Iglesia? —Es absolutamente necesario, contestó Coquelet con un tono algun tanto sentimental.

—¿Sabeis, replicó D. José, si podreis conseguirlo á fuerza de intentarlo?—Y á mi modo de ver, continuó Coquelet, antes de mucho tiempo. Es un edificio ya muy viejo, y caerá ante el perseverante esfuerzo de

todos aquellos que piensan un poco. La Iglesia desaparecerá.—¡Oh! dijo D. José; limitaos á creer que variará de lugar: solo eso es ya cuestion bastante grave.

—«Yo os compadezco de todo corazon, pobres gentes de Europa, añadió. Despues de todo, si teneis bastante audacia para intentar lo que decís, tanto peor para vosotros. Nosotros heredaremos lo que vosotros no querais, y nos aprovecharemos de vuestra locura.

«Mi feligresía tiene veinte leguas de estension, y un solo sacerdote; necesitaria veinte. No pocas conozco que necesitarian aun mas. Toda la América meridional se halla en ese caso, y la América del Norte mucho mas aun. Esa necesidad allí es inmensa.

«Esas vastas regiones, pobladas por sectarios protestantes, no han presentado oposicion alguna á la invasion de la incredulidad, de la impiedad y de la inhumanidad revolucionarias. En el Sur, el negro es esclavo; en el Norte, es paria. Allí pululan las sectas y el mormonismo; ese islamismo mas salvaje aun que el de Mahoma, no es lo mas espantoso que en tales regiones se encuentra.

«La América inglesa es aun cristiana en sus costumbres, pero ya empieza á dejar de serlo hasta en ellas. Se cuentan por centenas de millares los cristianos que no están bautizados. El catolicismo se conoce en ella con el título de *fantasia* de la libertad humana, y es la fantasia que menos agrada á la libertad de América.

«El catolicismo americano es americano, como todo lo demas de aquellos paises. Poco puede esperar de él la Iglesia. Á pesar de los colegios y de los Seminarios, es preciso que los sacerdotes vayan de Europa. Si así no sucediese, y hubiera de reclutarse el sacerdocio de entre aquella raza comerciante, aventurera y grosera;

mucho me temo no fuera muy satisfactorio el resultado.

»Las revoluciones llevarán á América un refuerzo de sacerdotes y un cuerpo de emigracion verdaderamente cristiano y católico. No serán ya bandidos ó pobres aldeanos los que irán á aquellos mundos á buscar fortuna, sino hombres de talento formados por la educacion y por la adversidad.

»Ellos restablecerán el orden en la antigua América española. Ellos llevarán la fe á la América inglesa. Mi pobre parroquia tendrá, por último, sacerdotes, y yo os aseguro que mis feligreses no rechazarán el don de Dios.

»Considero á las Américas atravesando una prolongada infancia, enfermiza en el Mediodia y turbulenta en el Norte, solo por falta de institutos sagrados: lo que la Europa pretende hacer es una locura; pero nos aprovecharemos una vez mas de locuras tales. Nosotros oreceremos; vosotros os debilitareis.»

Dicho esto, D. José nos abandonó, porque los breves momentos que diariamente consagra á la distraccion habian trascurrido ya, y entró de nuevo en el Seminario, á donde habia venido, aunque ya tenia alguna edad, para continuar su estudio como un niño, á fin de llevar á su pais la gran ciencia romana.

Es una irreflexion, Coquelet, dije yo entonces, el querer pervertir á un párroco brasileño, doctor en ambos derechos, de cuarenta años de edad, y que ha dejado su feligresía y emprendido un viaje tan largo únicamente para hacerse á si mismo mas capaz de servir á la Iglesia.

Peró no habeis perdido, sin embargo, completamente vuestro tiempo, pues os encontráis con nuevas é inesperadas luces sobre el modo con que Dios sabrá salir de las revoluciones que le ofreceis vosotros.

XVIII.

Una profesion religiosa.

Una jóven romana ha profesado en las Hermanas del *Bambin Gesù*, dedicadas al cuidado de los niños. La ceremonia ha sido tan hermosa y tierna como siempre. La nueva religiosa, de dulce y amable rostro, modesta y serena, estaba encantadora con su corona de flores. Ha pronunciado sus respuestas y votos con una voz dulce, firme y sonora. Habla el italiano mas gracioso que he oido jamás: *lingua toscana in bocca romana*.

Presidia el Cardenal Mattei, subdecano del Sacro Colegio, y asistian otros dos Cardenales; uno era nuestro Cardenal de Bonald, Arzobispo de Lyon, y otro el Cardenal Amat. Un escogido y numeroso auditorio de franceses é italianos habia concurrido á presenciar la ceremonia; porque la jóven religiosa pertenece á ambas naciones. Se creerá tal vez que es alguna princesa; y es, en efecto, una gran princesa, esposa de un gran Rey. Pero aquella mañana era simplemente la señorita *Souve*, hija del dueño de la fonda de la *Minerva*.

Despues de la ceremonia, todos los asistentes fueron invitados á un almuerzo, que presidieron los tres Cardenales. Desde las primeras misas hasta el medio dia hubo constantemente en el monasterio una mesa servida con chocolate, café, helados y bombones. La toma de hábito es un bautismo, la profesion un casamiento, y los monasterios casas de hospitalidad. Durante el desayuno se repartieron entre los convidados sonetos y otras poesías, compuestas para el objeto por los amigos de la familia. En Roma no hay nada mas abundante que los

sonetos. Los que indico espresaban todos ideas nobles y delicadas vertidas en versos muy bien rimados.

Pero ya que se me presenta ocasion oportuna para ello, quisiera recordar aquí sublimes espresiones pronunciadas por la autorizada voz del Obispo de Tulle. Voz que escuchamos ya otra vez con todo el respeto que se merece, y era precisamente cuando hablaba en favor del Papa. El Obispo de Tulle vierte sus palabras y nunca las retira despues de pronunciadas. Si son ó no recogidas, poco le importa. Nosotros nos aprovecharemos de grándiosas ideas enunciadas dirigiéndose á unas religiosas, y de las que pude recoger algunas frases:

«La gracia del bautismo es el primer grado de la vida espiritual. Cuando el niño atraviesa por primera vez el camino que conduce á la iglesia, dirigiéndose á ella su nodriza lleva una preciosa carga. Sin embargo, una mancha empaña la pureza de esa criatura privilegiada.

«Al salir de la iglesia en brazos de su madre, el niño no ha dejado de ser su hijo; pero, ademas, ha venido á ser hijo de Dios: y en aquel solo momento se ha ennoblecido, y esa nobleza le era necesaria.

«Pero hay todavía algo mas grande, mas escelente aun, que da una vida mas alta y mas noble; un segundo bautismo. La Iglesia lo propone, no lo impone: es un consejo, no un mandato. Ofrece esa nueva vida, pero á nadie obliga á recibirla.

«Un jóven solitario iba á recibir ese nuevo don de la Iglesia; ve que se hacen los mismos preparativos que para un bautismo, que se prepara un angélico vestido,

y se asombra y dice á un anciano: «Padre mio; quizá se ignora que yo no soy catécumeno.»

«No, hijo mio, responde el anciano. Es á un segundo bautismo á lo que te se invita. Los que no han recibido más que el primero son grandes, sin duda, pero no lo son mas que en el primer grado de la grandeza á que se puede aspirar: hay otros mas grandes que ellos que les son superiores; porque ellos no han pasado la esfera de una vida vulgar y comun.»

«Lejos de mí la idea de decir ó de pensar mal del santo sacramento del matrimonio. Sé muy bien que es posible, que es fácil, aunque se permanezca en el siglo, alcanzar el cielo. Conozco la dignidad de los preceptos; pero al fin son preceptos. En ellos la Iglesia manda, obliga, insiste; en caso de necesidad obligará por la fuerza: *Compelle intrare*.

«Pero el campo de los consejos es vasto y nobilísimo, y una completa libertad es la única fuerza que determina á su entrada; el que le atraviesa lo hace con entusiasmo, y se presenta en medio de los cánticos, de las aclamaciones y del resplandor de las antorchas. Sin embargo, la Iglesia permanece tranquila ante este entusiasmo. Es mas; toma una actitud tan severa como majestuosa. El Obispo exige y conjura á que se le diga la verdad. ¿Es Dios quien os conduce aquí? ¿Sois digno de entrar? ¿Es vuestro propósito perseverar en este camino?

«Si, confiando en la misericordia de Dios. El Obispo, á su vez, esclama entonces: *Deo gratias*. Gracias sean dadas á Dios. Y los cánticos comienzan de nuevo. ¿Habeis oído la voz fuerte de un niño? ¿La habeis oído?

«He visto, decía, el gran palacio del mundo, y su pompa no me ha deslumbrado; he visto ese vasto reino:

Regnum mundi; he visto su cetro, su púrpura, sus adornos, *omnem ornatum sæculi*, y los he despreciado; *contempsi*. ¿Y por qué ese desprecio, decidnos, querido niño, por qué ese desden?

» Porque solo Jesucristo es el verdadero Rey y Señor, y su amor sobrepaja á todo otro: *Propter amorem Domini mei Jesu Christi*. A Él pertenecen de hoy en adelante todas mis miradas, toda mi ternura, toda mi fe, todo mi amor: *Quem vidi, quem amavi, in quem credidi, quem dilexi*.

» Dadle, pues, el vestido del nuevo hombre; el cinturón de los fuertes, la túnica de la inmortalidad: colocad sobre sus hombros el yugo de Cristo, suave y ligero, y coronad su frente con el velo. Ese velo, segun el dicho de los ancianos, es la mitra de la libertad, el signo de la manumision, el casco salvador. Id, pues, así adornada, armada de tal modo, á presentaros á vuestro Rey.

» Y ahora ved cómo late ese pecho, y cómo rebosa la alegría en ese corazon. Las palabras vagan en sus labios, y no puede dejar de pronunciarlas. ¡Cuán dulces son esas palabras! *Eructavit cor meum verbum bonum*! Es que quiere conversar con el Señor, con el Rey; ¿y para qué? Porque tiene obras de que darle cuenta, y grandes cosas que decirle: *Dico ego opera mea regi*.

» ¿Y cuáles podrán ser vuestras obras, hija mia? ¿Cuáles, si vivís en el retiro, en la oscuridad, si vuestra vida pasa inútil y estérilmente? ¡Oh! los activos están lejos de aquí; los que son útiles viven en el mundo. El uno llevará á pacer sus rebaños, y llenará sus establos; otro empuñará la espada, y defenderá la patria; otro llegará á escalar las alturas de la elocuencia. Pero vos, ¿qué llegareis á ser?

» No sois ni siquiera la mujer fuerte que escoge y

trabaja la lana y el lino, que da el alimento á sus esclavos y á sus siervas, que mide el campo y le compra, que teje las telas y vendé los cinturones á los cananeos. ¿Qué sois, pues? ¿qué haceis y á dónde vais?

»Voy al Calvario; una secreta armonía me atrae hácia él; oigo un acento que me llama, y corro al armonioso Jesus: *Christus musicus*. El laud se alza sobre la tierra, y las cuerdas están ya tirantes: clavad, fijadlas; son cuerdas vivas unidas á un madero ensangrentado. ¡Golpead, golpead, verdugos!

¡Qué ecos tan sonoros! ¡Qué armonía tan divina! Son las Siete Palabras. Despues solo quedan los gemidos de la Iglesia, los ecos de la soledad, los cánticos de la tierra que van á mezclarse á los cánticos de los cielos. He oido, he visto, he creido, he amado: *Quem vidi, quem amavi, in quem credidi, quem dilexi*. Por eso he preferido ser inútil, y permanecer olvidada en la mansion de mi Señor Jesucristo: *Elegi objecta esse in domo Domini mei Jesu Christi*.

»No, no sereis inútil; hija mía; sereis como un suplemento del mundo, segun ha dicho uno de vuestros padres: *Orbis supplementum*. El mundo tiene muchos flancos débiles, el pecado abre en ellos brecha, el mal forma vacíos, y hé ahí por qué los dias se abrevian, las noches carecen de descanso, las lluvias caen en torrentes impetuosos, y mil azotes desolan los surcos de los campos. Vos sois, hija mia, quien ha de fortificar esa debilidad.

»Sois ademas un complemento de la creacion; y por vos será mas benigno el cielo, mas fresco el rocío, mas abundante la cosecha...

»Pero me olvidaba ya de ese mundo moral que tiene mucha mayor necesidad de que le presteis vuestra ayuda para suplir su falta, y para completarle. Por-

que en él hay mucha mayor debilidad; en él los días carecen de luz y las noches de sueño, y le devastan las mas intempestivas inundaciones. Ved todos esos vacíos, tened presente todas esas debilidades; no olvidéis ningún sufrimiento, ninguna miseria; acordaos del mundo, de la Iglesia, de los pastores y de los rebaños: y cuando hayais vertido sobre todos ellos el tesoro de vuestras oraciones, pensad tambien en el Obispo de Tulle y en su iglesia.»

XIX.

Los fieles en San Pedro.

En uno de los altares de la Basílica romana se veneran con especialidad varias reliquias. Ignoro cuáles sean, y no deseo tampoco saberlo. Dios y su siervo saben mi nombre, y conocen mejor que yo mismo mis propias necesidades.

Yo estaba de rodillas entre un lacayo cubierto de galones y un anciano cuyo traje estaba todo bordado de oro, con la espada al costado y condecorado con la cruz de la Legión de Honor. Uno y otro oraban con todo el fervor de su corazón: á nuestro alrededor algunas docenas de *contadini* y de gentes del pueblo hacían otro tanto.

Los aldeanos y el pueblo romano profesan un tiernísimo amor á la maravillosa iglesia de San Pedro, y á ella vienen con preferencia á oír misa y á rezar. Al redor de los altares se veían no pequeños grupos, en muy buen orden y con mucho recogimiento. Es un espectáculo que se renueva todos los domingos, que me agrada sobremanera, y que recomiendo á los viajeros que quieran estudiar á Roma.

Ese pueblo y esos aldeanos aparecen doblemente bellos entre estos mármoles, este esplendor, esta magnificencia, este destello de la majestad de Dios y de la del hombre. Esta iglesia ha sido edificada para honrar al Dios de ese pueblo; Dios lo ha querido así, y su pueblo es grande en ella. En su recinto cada hombre se presenta á nuestra vista en toda la estension de la estatura humana.

Y aun diré mas: ese pueblo tiene un derecho de estar aquí; son, como si dijéramos, gentes de casa. Están en la mansion del Dios del pueblo, del Hijo del carpintero, del Pescador de Galilea, del trabajador de Tarso. Ellos son los primeros llamados; los llamados especialmente. Ellos los bienaventurados pobres.

Vosotros que vestís el ropaje de las riquezas, que ostentais las insignias del mando, y que os honrais con los nombres de amos y de señores: vosotros que al salir de aquí encontrareis en vuestras casas no solo comodidades, sino tambien magnificencia, os hallais en un sitio terrible, en presencia de un Juez temible: inclinad vuestras frentes, y temblad.

La multitud se agrupaba principalmente ante la estatua de San Pedro. Yo no me canso de ver estas fisonomías muchas veces majestuosas en su devota sencillez. En ellas reconozco al que ora obedeciendo á la costumbre, al que pide, al que da gracias, al que va allí á cumplir una promesa, y al que es conducido solo por el amor.

Los ojos son fieles intérpretes de la manera de orar del corazon. ¡Cuán elocuentes oraciones he visto á través de ellos! Despues de rezar, cada uno besa el pie del Apóstol y le toca con la frente; los sacerdotes con la corona.

Ví á una niña que se esforzaba en aproximar á

aquel pie sus labios, pero no alcanzaba. Sin embargo, no por eso desmayó. Su hermana, mas pequeña aun que ella, la auxiliaba. Ambas hicieron la tentativa varias veces.

Por fin la niña apoyó las manos en el pedestal, y se suspendió de ellas, pudiendo sus frescos labios posarse sobre el pie del Pescador. Satisfecha entonces, ayudó á su vez á su hermana menor, que antes la ayudara á ella. Un rayo de bendicion de aquella bendita mano parecia descender sobre tan encantadoras frentes.

Hé ahí un cuadro que han intentado copiar mas de una vez los pintores. De la misma manera levantó el buen Mozart á su hijo niño Wolfgang, y así somos todos alzados tambien en algun modo. Hermanos y hermanas, hijos y sobrinos míos, ¡cuánto me acordé entonces de vosotros!

¿No nos hemos ayudado tambien nosotros así, no nos ayudamos unos á otros para alcanzar á semejante altura? Cuando yo á mi vez besé el pie de San Pedro, vosotros estábais tambien detras de mí.

Y no solamente vosotros, sino igualmente cierto número de adversarios y de enemigos á quienes pude dar gracias. Ciertamente, mas de uno entre estos últimos me ha impulsado, y cuando desfallecia ha despertado mi valor.

XX.

La Academia francesa.

En el Pincio, sobre esa elegante y grandiosa *Scalata*, obra de Sixto V, existen dos establecimientos enteramente franceses. En Trinidad de los Montes están establecidas las Damas del Sagrado Corazon proceden-

tes de Francia. Esas nobles mujeres se ocupan en formar cristianas. No solo en Roma, sino en toda la Italia, dan gran impulso á la educacion religiosa de la mujer; beneficio necesario despues de las invasiones, las guerras y los trastornos ocasionados por la Revolucion francesa.

Ese era uno de los mas ardientes deseos de César Balbo y de esas almas generosas cuya lealtad presagiaba á la Italia un progreso tan diferente de la ruina á que la arrastran sus actuales señores. Balbo hallaba que la mujer faltaba en Italia. Esperaba que las religiosas francesas prestarian á la Italia ese apoyo tan dulce y tan fuerte del que carecia, ese apoyo que es la mas bella creacion del catolicismo: la mujer cristiana, la hija, la esposa, la madre, que es el ángel bueno del hogar doméstico; á quien se ama y se respeta, y que reúne en sí el valor, el pudor, la modestia y la fe.

¡Pobre Balbo! Esa era para él la mas grande y la mas querida de las *speranze d'Italia*. Balbo ha muerto, y ha hecho bien en morir. En vez de la cristiana que él esperaba, se ha dado á la Italia la garibaldina. ¡Y á la verdad que no son ambas una misma cosa!

El otro establecimiento del Monte Pincio, tambien puramente francés, es lo que se llama la *Academia de Francia*. Es una escuela de bellas artes en que nuestro Instituto trabaja, digámoslo así, en confeccionar paganos. En Paris se examina á los jóvenes pintores, escultores, grabadores ó músicos, y si satisfacen sus disposiciones ó perseveran en el estudio de su arte hasta cierta edad, se les envia á Roma para perfeccionarse. Sin embargo, los que alcanzan esa perfeccion son un número pequeño, muy pequeño.

Los discípulos de la Academia Francesa habitan en un magnífico palacio perfectamente situado, y ba-

ñado por un hermoso sol. Se encuentran rodeados de obras maestras, vivas todavía, y de ruinas elocuentes. Por su parte, ellos conocen su arte; pero no es bastante conocer el arte, es preciso haber nacido para él.

Ni tampoco es suficiente estar rodeado de obras maestras, es necesario verlas; no basta haber entrado en la escuela, es preciso salir de ella; no lo es todo el habitar en Roma, es necesario olvidar á Paris. Y ¡raros son los discípulos de la Academia francesa que pierden por fin el acento francés, y que llegan á hacer mas que el artículo Paris!

XXI.

La bestia.

¡Qué gritos lanzan! ¡Qué lenguaje hablan! ¡Qué de blasfemias aullan incesantemente! ¡Cuán ansiosa está esa verdadera jauría de desgarrar á Jesucristo!

Mas no todos, sin embargo. Muchos de esos que aullan de una manera tan furiosa, aullarian con gusto otras espresiones; otros hay que callarian, si no estuviesen pagados para gritar.

Los hay tambien ignorantes, blasfemos de lo que no conocen, y á esta clase pertenece el mayor número; pero estos devorarán lo mismo de que se les hace blasfemar.

Los hay perversos, que interiormente honran y admiran lo que se permiten insultar. Tienen en el bolsillo los treinta dineros del traidor, y algunos concluirían por ahorcarse.

Hay tambien verdaderos bestias, ignorantes y perversos á la vez, que nada saben y nada quieren saber,

que se ven atormentados por el odio, y quieren, sin embargo, aborrecer.

La bestia grita sinceramente, grita por su cuenta. Es que hace largo tiempo que el cristianismo proyecta sobre ella una claridad que la humilla.

Si el cristianismo fuese destruido por fin, si ese resplandor importuno llegase á desaparecer, la bestia no tendria ya conciencia de su bajeza ni de su fealdad.

Y viviria tranquila sumida en su cieno; ya no habria entonces seres sin mancha; todo el universo estaria próximamente al nivel de la bestia.

Las costumbres públicas encubririan sus propias costumbres; las leyes protegerian su orgullo; leyes que prohibirian distinguirse por medio de la virtud, que prohibirian atraerse amistades por otros medios de los que la bestia emplea; elevarse, ayudado por cualidades de que ella no es susceptible, adquirirse la estimacion á un precio que no fuera señalado por ella.

Ella, incapaz para todo, llegaria por fin á hacer algo; tomaria una piqueta, y se ocuparia en demoler. Incapaz de razonar, tomaria una euchilla, y refutaria á los doctores.

¿Qué otro instinto puede abrigar la bestia, y cómo darse cuenta de otro modo de su furor? El cristianismo no la hace personalmente ningun mal.

Está en libertad de separarse de él, de vivir faltando á sus mandamientos, á sus máximas y á sus luces; de creer lo que quiera; de adorar lo que le plazca.

Peró el cristianismo sostiene en el mundo cierto decoro, cierta estimacion hácia la probidad que la incomodan.

El cristianismo crea obstáculos al vicio; levanta murallas contra lo absurdo y lo infame; por eso la hace daño.

Propone á los problemas del orden social soluciones que la escluyen, que la rechazan, y que siempre tienen probabilidades de ser aceptadas; por eso la oprime.

Claro es que en una sociedad regida segun las máximas del cristianismo, la bestia pierde las tres cuartas partes de sus medios de éxito y la esperanza de gobernar al mundo.

Imaginaos qué seria de esos escritores á quienes acabo de leer: no digo precisamente en tiempo de San Luis, pero ni aun en el de Luis XIV, ¿dónde estarían sus recursos? Entonces era preciso haber estudiado, saber escribir.

Ved á ese pobre diablo que aun en estos tiempos no ha podido hacer tragar á nadie ni poesías, ni romances, ni crítica; ¿cómo hubiera vivido en otra época? Sin embargo, hoy juzga al Papa, y bebe vino añejo.

Y tú, venenosa víbora, cuya cabeza insolente se ha visto hollada por las plantas de la justicia, ve, demuestrale el mundo: yo te desafío á que arranques sus restos, de suerte que logres hacerte pasar por un hombre honrado.

Ved, en fin, esa multitud de seres disformes, en cuyo número entra el delator, el histrion y el Trissotinó; si valiesen como pintores lo que valen por su mérito literario, no podrían ganar su vida aunque se dedicasen á mal pintar muestras de tiendas.

El uno no ha sabido jamás ni una sola palabra del francés; el otro no ha comprendido nunca ni lo mas mínimo de historia; este no es capaz ni aun de formar un razonamiento; aquel ha incurrido en toda clase de apostasias, y ocultádose bajo toda especie de disfraces; quién acoge con una alegría innoble todos los abusos del poder; quién denuncia; quién pide que se

dé rienda suelta á todo género de tiranías, que se apri-
sione; otro no llega á pedir enteramente que se dé la
muerte, pero es enemigo declarado de las víctimas y
decidido amigo de los verdugos; otro insulta, pero de
una manera indecorosa y baja, abyecta é hipócrita, al
derecho violado, á la justicia atropellada, á la inocencia
que sucumbe.

No tendrían necesidad de insultar; — pero es lo
único que saben hacer. Quieren servir á los demás.

Non serviam, es palabra que no dicen mas que á
Dios. En todo lo demás, sea lo que quiera, están dis-
puestos á servir: *serviam, serviam*.

Quieren servir siempre, y se apresuran á hacerlo;
ellos se encargarán de ahogar los gritos de la víctima
con la rechifla de la multitud, y de deshonrarla á los
ojos del pueblo.

Y sirven de mucho en verdad. El puñal mas agu-
do y el veneno mas activo no tienen comparacion con
la pluma de sus innobles manos.

De este modo se corrompe un pueblo, y la corrup-
cion se extiende en todo el trascurso de un siglo. Se
escriben hoy palabras que producirán durante muy
largo tiempo una fructifera semilla de crímenes.

¡Y despues de todo, pensar que bastaria una sola
mano y un solo látigo para dispersar esa jauría de ra-
biosos perros; y que se los veria al punto humillarse
pidiendo gracia, y prometiendo trabajar honrada-
mente!.....

Mas no se podria fiar mucho en ellos.

XXII.

Ideas de una ciudadana.

El año pasado, toda la Europa civilizada miraba con entusiasmo á un muchacho que hablaba con extrema locuacidad en el Vaticano.

¡Dos ó tres ediciones se hicieron de sus palabras, tres ó cuatro traducciones, que estuvieron cuatro ó cinco semanas en boga!

Después de tanto entusiasmo, ha caído en la oscuridad y hasta en la abyección. ¡Pero qué rayo de luz! Durante quince días, ese muchacho ha sido el único de los que insultaban al Papa á quien el mundo civilizado quería escuchar.

Madama la viuda *Dudevant* no ha sido tan dichosa. Dos años antes que ese muchacho, esta apuesta señora habia escrito el mismo libro, y, lo que es aun peor, usado en el Vaticano el mismo lenguaje indecoroso, y si se quiere mas atrevido.

Y, sin embargo, nadie en el mundo habló una palabra de ello; yo mismo, que tenia motivos para saber todo cuanto ocurría á la sazón sobre esto, no sabia nada; y hé aquí que solo llego á saber hoy que madama la viuda *Dudevant* desde 1857 se portó de la misma manera con Roma.

Ha pretendido principalmente demostrar que el gobierno del Papa ocasiona la desgracia, la depravacion y el embrutecimiento de la Italia. Es ese exactamente el plan que se propone nuestro jóven.

Y ciertamente madama la viuda *Dudevant* es una escritora maestra. Pero hé ahí el mal de haber frecuentado tanto los círculos de los farsantes y la so-

ciudad de los bandidos: llegó á adquirir contra Roma el mezquino odio del farsante y el feroz aborrecimiento del bandido.

El primer castigo de semejante conducta—no será el único—es el que sus libros se vean plagados de necedades que causan fastidio, y que sean tan dignos del desden que justamente han merecido.

El odio antiliterario de madama la viuda Dudevant contra la Iglesia católica se estiende tambien al pueblo romano, hácia el pueblo que habita la bella y augusta Roma. Parece que la ha recorrido acompañada de Gibbon y de algun sacerdote casado.

Cualquiera puede observar aun hoy en Roma la ausencia absoluta del tipo del canalla, tan comun en cualquiera otra ciudad, y especialmente en Londres y Paris. No hay una fisonomía ni una accion que no respire dignidad y hasta nobleza.

Inútil es buscar esos rostros en que ya pintada la abyeccion, degradados, las mas veces fieles intérpretes de la bajeza y del idiotismo, *amarillos como un sueldo viejo*, y en los que parece tienen su asiento los siete pecados capitales. En Roma no existen. Los harapos mismos del mendigo tienen cierto aspecto de dignidad.

Inútil es tambien proponerse el buscar allí esos esclavos del trabajo, tardíos, oprimidos, que con la espalda encorvada y los ojos amortiguados, cubriendo sus pies medio desnudos con destrozadas sandalias, se presentan en medio de los esplendores de nuestras ciudades como si fueran las terribles máquinas que habrán de destruirlas.

Lejos de eso, el obrero romano es hombre y es cristiano. Se deja adivinar una inteligencia en su cabeza y un corazon en su pecho. No es posible obligarle á que haga todo lo que se quiere, ni lograríais hacerle car-

gar el domingo con viles fardos, cual si fuera una bestia de carga.

Para él hay alegrías mejores que la blasfemia, y sitios de descanso preferibles á la taberna. Tiene un traje de día de fiesta que se pone en todos ellos, y va á oír misa á San Pedro, á San Juan de Letran ó á Santa María la Mayor.

Ve pasar á Dios, poseído del verdadero recogimiento, por las calles, y le recibe en su casa; es miembro de una cofradía que le asiste en sus necesidades; reza rodeado de su mujer y de sus hijos, y pide á Dios el pan de cada día.

Es bautizado, casado, perdonado y enterrado; nadie le insulta, ni le desprecia en vida ni en muerte, ni á él mismo, ni á su padre, ni á sus hijos. Si recibe alguna ofensa, sabe perdonarla, y no ignora que Dios le vengará.

Madama la viuda Dudevant no va á visitar á los pobres; temería humillarlos, y ademas tiene otras cosas que hacer de mucha mayor importancia. Por eso no ha visto en Paris el aspecto de la casa del hombre del pueblo, aunque es el hombre de un pueblo filósofo, que trabaja el domingo y bebe el lunes.

No ha visto esa obra maestra de la civilizacion, cuando ese hombre entra allí ebrio, furioso, con los vestidos desgarrados, y mas pobre que salió de aquel tugurio, en que su mujer y sus hijos esperaron durante todo el día un pedazo de pan que él no les lleva.

No ha visto en Roma la confianza resignada del pobre, el Crucifijo, principal y venerado adorno de la miserable habitacion, las aficciones aceptadas en union con los dolores del Hombre-Dios, ni ha visto tampoco á la caridad correr á esas humildes mansiones á aliviar á sus moradores de un peso ya aligerado por la re-

Por eso hace esas pinturas enfáticas, y de recargado colorido, de los vicios que ha creído ver en medio de la calle. Ha soñado ver á la plebe romana sumida en todas las abyecciones de la miseria, pereza, bellaquería, desaseo y desnudez cínicas, odio sin altivez, sin dignidad, superstición sin fe, y la más baja hipocresía.

«Los mendigos, dice, riñen ó se roban unos á otros con la misma mano con que después, á vista del público, recorren las cuentas del rosario bendito, y mezclan á sus lastimeras letanías espresiones obscenas y grotescas cuando creen que no se les puede entender.»

Si madama ha visto todo esto en Roma, yo no; pero aunque así fuese, preciso es confesar que una ciudad de doscientos á trescientos mil habitantes no es muy fácil esté absolutamente limpia de libres pensadores, aun en la plebe; hasta entre los mendigos.

En París se encuentran perezosos, bellacos, desaseados, desnudos y cínicamente vestidos, gentes sin fe que consultan á los somnábulo, periódistas, actores y otros muchos personajes dominados por el odio, y ajenos á todo sentimiento de dignidad.

Allí se ven mendigos de todas clases, mendigos de sueldos y de millones, mendigos andrajosos y de galones, mendigos de gloria, mendigos de poder, que se hieren y se roban unos á otros con la misma mano con que escriben ó cuelgan de su cuello los evangelios del nuevo derecho.

Pero aún es más: temo que más de una dama haya hecho de una manera hipócrita grandes impedimentos al contrato de matrimonio, y se haya colocado á sí misma en un estado de desaseo y de desnudez cínicas con la misma mano con que había hojeado á *Lelia*.

Yo no comprendo á madama la viuda Dudevant.

¿Es partidaria de la antigua moral, que es la de Roma, ó de la moral moderna, tan sabiamente espuesta y rebuscada en todos sus libros? Los pícaros de Roma pertenecen abiertamente al nuevo pueblo y á la nueva moral.

Es evidente que los perezosos, los bellacos, los desaseados, los rencorosos, los supersticiosos, los hipócritas, los ladrones y los cínicos, han abolido por completo la Religión de Jesucristo en sí mismos. No esperan mas que una ocasión oportuna para declararse.

No son esas gentes, por cierto, los que sostendrán al gobierno pontificio, los que espondrán su vida y su libertad para defenderle, los que le permanecerán fieles si es vencido y los que tratarán de restablecerle.

Por el contrario, saquearán las iglesias, darán la *coltellata*, gritarán *Eviva!* ante sus libertadores, y pondrán en práctica las grandes prescripciones del derecho moderno; y si madama la viuda Dudevant visitase despues á la Roma regenerada, la llevarian en triunfo al Capitolio.

Despues de tan hipócrita injusticia contra el pueblo del nuevo derecho, madama la viuda Dudevant se desata contra Roma. En este punto se espresa exactamente como Coquelet, pero no me admira. En el fondo, Mad. Dudevant es vecina de la ciudad.

«Roma, dice, no es sino una ciudad fea, sucia y grande, prosáica, sin carácter. La Roma moderna no sirve mas que para envilecer á la antigua. ¿No se ha pensado en estropear el Coliseo con un *Calvario*?»

Durante la Cuaresma, los capuchinos predicaban el *Via Crucis* en el Coliseo. «Eso hombres, dice Mad. Dudevant, son verdaderos energúmenos y bufones; representan escenas tan grotescas, que escitan á risa al alto

clero, quien lo tolera por no disgustar al pueblo.» —Eso es inverosímil.

En fin, la Roma moderna forma un contraste tan desagradable con la Roma antigua, que sería preciso trasplantarla á otra parte. Entonces podría decirse «un hermoso templo dedicado al genio de los siglos.» Hé ahí los deseos de madama la viuda Dudevant.

En esta misma Roma, pero «saneada» en la parte moral y en la física, en este «museo del universo,» la escelente ciudadana encontraria á la «verdadera Roma de sus sueños de niña.» ¡Madama quiere que se la devuelvan sus sueños de niña!

Pero todo esto no impide que por lo demas madama la viuda Dudevant sea una gran escritora. Lo he dicho, y no me retracto. A pesar de su edad avanzada, ha conservado un estilo florido y una fecunda imaginacion.

El mal está solamente en lo mucho que ha frecuentado ciertas compañías no muy buenas. Los farsantes han impreso en ella esa indeleble tinta de sus propias ideas.

XXIII.

Palabras de una aldeana.

Visitando un dia el Rdo. Prior de Solesmes y un fraile de San Pablo, el sepulcro de los Escipiones, fueron sorprendidos en él por la lluvia. Se refugiaron á un cobertizo, y mientras pasaba el aguacero se pusieron á rezar su oficio divino.

Una anciana y pobre campesina, cargada con un pequeño lio, vino á refugiarse bajo aquel mismo techado. Mientras que los dos religiosos rezaban, se mantu-

vo silenciosa y respetuosamente á alguna distancia de ellos.

Llegaron por último al final del *Te Deum: In te, Domine, speravi, non confundar in aeternum*. Entonces hicieron una pausa para observar si cesaba la lluvia. Solo entonces despegó sus labios la buena anciana:

—*Signori*, dijo á los dos religiosos, *che bella parola: Domine, in te speravi, non confundar in aeternum!* Dicho esto, los saludó respetuosamente, se volvió á colocar su lio en la cabeza, y se alejó.

XXIV.

En el palacio de los Césares.

La via pública se extiende rozando con las ruinas del Palatino. En medio de una pared miserable se abre una tosca puerta. Sobre ella se lee esta inscripeion: *Ingresso al palazzo dei Cesari*: Entrada al palacio de los Césares.

De repente la puerta se abrió, y vimos bajar por la escalera del palacio de los Césares á un anciano de miserable aspecto y humildemente vestido, que se dirigió lentamente á un modesto carruaje parado en el camino.

Enrique me dijo: Ese hombre, diez años há, rehusó el imperio. Habeis visto á S. M. Federico Guillermo, Rey de Prusia, á quien se pretendió hacer Emperador de Alemania.

Ha reinado, y reina aun nominalmente, sobre una nacion de diez y seis millones de habitantes; nacion que se proclama esencialmente militar y esencialmente sabia, y que es, en verdad, lo uno y lo otro.

El ejército prusiano se deja calificar, y no es el el

único que lo hace, «el ejército mas bravo del mundo;» y las academias prusianas no se juzgan tampoco las menos ilustradas.

El Rey de Prusia, ese hombre que habeis visto, es el general de tal ejército y el presidente de aquellas academias, y es ademas el papa de su iglesia.

Ha sido muy sabio, muy elocuente, muy erudito, lo que se llama un hombre especial. Pero, ¡pobre hombre, protestante y papa!....

En la actualidad se pasea por Roma, despertando á su paso una compasion respetuosa. En cualquier otra parte que aquí, se hubiera visto reducido á una prision. Los Reyes deberian proteger á Roma, siquiera para encontrar algun refugio en caso de ocurrirles cualquier accidente desagradable.

El de que hablamos, cuando su espíritu no estaba aun enfermo, habia comprado un palacio en el Capitolio. Quería establecer en él un templo y un sacerdote de su religion.

Sin embargo, llegó la cuestión del imperio, y vió que lo que se le proponía no era ni formal ni honroso. Entonces pronunció una palabra justa y leal, una palabra que no era poco en boca de un protestante.

Su «querido Arndt» le ofrecía la corona imperial en nombre del Parlamento de Francfort. Ignoro por completo quién fuese este Arndt. En 1848 se sabia: de entonces acá ha pasado mucho tiempo.

Federico le escribia: «Mi querido Arndt, sois mi antiguo amigo, y los vuestros de Francfort; que se reúnen bajo el nombre de Asamblea nacional, son lo mas digno de aprecio que hay en Alemania. Yo los considero altamente.

De acuerdo con ellos me haceis una proposición ridícula é indecorosa. No tienen coronas que ofrecer

ni que dar. ¿Qué orden les autoriza á colocar un Rey ó un Emperador sobre las autoridades legítimas, á quienes han prestado sus juramentos?

»Decídselo así, pero de una manera suave, y sin ofenderlos. Puedo aseguraros que me enorgullecen y me inspiran reconocimiento; así como á toda la Alemania, y sentiria en el alma causarles el mas mínimo disgusto. La verdad es que no saben lo que se dicen.

»¿Qué es lo que me ofrecen? Ese foco de las revoluciones de 1848, ¿es una corona? No lleva el signo de la Cruz santa, no imprime en la frente que la sostiene el sello de la *gracia de Dios*. Eso no es una corona.

»Es el collar de hierro que reduciria al papel de esclavo de la Revolución al hijo de veinticuatro príncipes electores y Reyes, al jefe de diez y seis millones de hombres, y del ejército mas bravo y mas decidido del mundo.

»En pago de semejante alhaja, me veria obligado á violar la palabra que tengo empeñada de tratar de conciliarme con los demas príncipes alemanes y con la Asamblea nacional alemana, sobre la constitucion de la misma nacion. No; yo no violaré nunca ni esa promesa, ni otra alguna.

»Vosotros parece creeis que la Revolución no es mas que la demagogia y el comunismo. La Revolución es la abolicion del orden divino y la destructora del derecho y de la justicia. Y en tanto que el orden divino no sea restablecido, la Revolución no cesará de vomitar la muerte.

»Hé ahí un buen pensamiento expresado con nobleza. El Rey añade que el Parlamento nada tiene que ofrecer que puedan tocar unas manos puras, y termina con estas solemnes palabras: *Dixi, et salvavi animam meam*.

... Pero al mismo tiempo, ¿se cuida de hacer alguna indicacion para restablecer el orden divino? Propone que todas las potencias alemanas se congreguen con la Asamblea de Francfort para constituir la Alemania.

... Parece que no duda que las potencias alemanas, unas católicas y otras protestantes de diversos matices, pero de acuerdo con el Parlamento, que encierra toda especie de fases del anticristianismo, formarán una hermosa Alemania; completamente una.

Y entonces la construccion de una corona imperial será la operacion más sencilla del mundo; y esta corona recibirá naturalmente de todas estas manos divididas la Cruz Santa que confiere la gracia de Dios; ó quizá la corona alemana podrá pasarse sin la Cruz y sin la gracia de Dios, puesto que el orden divino estará ya restablecido.

¡Maravillosa carencia de razon en esas grandes cabezas europeas! Con razon decía el Arzobispo de Auch que lo que falta principalmente á los poderosos es la teología.

Aunque tan erudito, el Rey de Prusia no conoció sin duda muy bien las condiciones del imperio. Hay una erudicion á la que rara vez y con dificultad llegan los Reyes modernos.

Segun la idea de la Iglesia y de la Edad Media, idea que habia triunfado de la poderosa ambicion de los Hohenstaufen, el imperio fue instituido para ser la fuerza de la Iglesia y la proteccion de todos los reinos cristianos.

Así fue cómo lo reconocieron los mismos principes electores cuando, en 1279, Rodolfo de Habsbourg hizo se confirmasen todos los actos de Pepino y de Carlomagno acerca de la integridad é inviolabilidad de los Estados de la Santa Sede.

Escuchemos ese noble lenguaje del espíritu que hace las cosas grandes y duraderas:—«Nos, los príncipes electores del santo imperio romano, á todos los Estados que vean la presente:

«La Madre Iglesia de Roma, acogiendo después de largo tiempo á la Alemania con un amor casi fraternal, la ha honrado con una dignidad terrestre, cuyo nombre está sobre todos los nombres entre los poderes temporales.

«Ha establecido en ella príncipes, como árboles escogidos, y ha derramado sobre ellos gracias particulares, á fin de que, sostenidos por la autoridad de esa Iglesia, hagan germinar por su eleccion, como un precioso fruto, al que deba empuñar las riendas del imperio romano.

«El es el que, como el astro secundario de la bóveda de la Iglesia militante, recibe su luz del astro supremo, el Vicario de Cristo. Él es el que, á voluntad de este último, toma y depona la cuchilla material á fin de que, ayudado con su auxilio, el Pastor de los Pastores dé la paz y la vida á las ovejas que le están confiadas, protegiéndolas con su espiritual cuchilla, y reprima y corrija con la cuchilla temporal, castigando á los culpables y honrando á los buenos y á los fieles.

«A fin, pues, de que todo motivo de disension y aun de indiferencia desaparezca entre esta Iglesia y el imperio, y para que esas dos cuchillas establecidas en la casa del Señor, unidas por una justa alianza, puedan dirigir de acuerdo el gobierno del mundo, y á fin de que nuestra voluntad y nuestros actos muestren bien claramente que somos hijos adictos y pacíficos, nosotros, obligados como estamos á hermanar en nuestro amor la Iglesia y el imperio, etc.»

Tal era el espíritu que dominaba en el antiguo im-

perio; el espíritu que presidió á su fundacion, que animaba su existencia; tal el terreno á que la voluntad pública le volvía, cuando la ambicion de los Emperadores le habia estraviado. El imperio, iluminado por las luces apostólicas, debia mantener la paz, es decir, el derecho y la justicia en el pueblo de Jesucristo.

Si el Rey de Prusia hubiera sabido todo esto; si hubiese tenido las luces teológicas que le faltaban para ver con claridad los hechos registrados en la historia, hubiera comprendido que el papa prusiano no podía ser Emperador de Alemania, aun cuando contara con la adhesion de los demas príncipes y con la adhesion del Parlamento mismo.

Hubiera comprendido que no hay ya ni Emperador ni imperio posible en Alemania; que no hay ni aun una Alemania viviente de donde pueda «germinar cual precioso fruto el que debe empuñar las riendas del imperio romano.» El espíritu que daba el ser á tan grandes hechos no existe, y esos hechos no son mas que nombres sin vida, *cadavera nominum*.

Y aunque se decretase la resurreccion de esos hechos y tuviesen lugar grandes coronaciones, no por eso se conseguiria mas que organizar vanas pompas, tal vez evocar fantasmas; y esas fantasmas aparecerian como mensajeros fúnebres para significar que los sepulcros están abiertos y reclaman grandes presas.

Alemania, Alemania, tú á quien el cielo habia concedido tantas mercedes, ten presente que cuando veas aparecer un fantasma de Emperador, que no será ni el electo por tus príncipes, ni el ungido por Jesucristo, que no empuñará la cuchilla para proteger á la justicia y defender el antiguo derecho, sino que se llamará el Emperador del pueblo y blandirá la cuchilla

del derecho moderno, entonces habrá llegado para ti la hora de la gran expiacion.

XXV.

Bustos antiguos.

Los retratos antiguos son uno de los encantos mas instructivos y mas singulares de los museos de Roma. Hay algunos de ellos que sorprenden; tal es la discordancia que á primera vista se nota entre ellos, y lo que de sus originales ha conservado la fama; sin embargo, mirándolos detenidamente se observa que, despues de todo, esa discordancia no existe.

Hay tambien algunos de estraordinario parecido con los hombres de los tiempos presentes, por la igualdad de caractéres, de aptitudes y de vocaciones. Ciceron se parece á muchos abogados políticos de los que nosotros hemos visto no pocos, y no tiene por cierto la fisonomía de un improvisador ni de un héroe.

El busto de Bruto, el asesino, es el retrato de un famoso conspirador de nuestra época. Aun es mas; parece que el conspirador trató de completar el parecido peinándose y afeitándose á lo Bruto. Se puede, no obstante, señalar una distancia que separa á entrambos. De un conspirador moderno que prepara y medita sus planes en las prisiones, á un señor como Bruto, que figuraba al lado del César, hay mucha distancia; pero tambien hay una gran distancia entre el antiguo buril y el objetivo de la fotografia. Sin embargo, esos dos hombres no solo son de una especie misma; son casi un mismo hombre.

Un busto hay del cual en vano pretenderíamos buscar el parecido: ese busto es de César. Ese rostro enju-

to, trabajado, melancólico y feo, no permite descubrir al valiente soldado, al temerario, al orador, al escritor, al hombre astuto, al poderoso y galante señor que la historia nos presenta como destinado á obtener en todas partes el mas completo triunfo. ¿Dónde está allí el hombre que sometia á sus soldados, que lo eran aun de la república, simplemente llamándolos *ciudadanos*? ¿Dónde está allí el hombre de exquisita afabilidad, que comia espárragos condimentados con aceite rancio, sin dar muestras de repugnancia, por temor de disgustar á su huésped, y que tomaba un vomitivo antes de ir á comer en casa de Ciceron para hacer honor á la comida de este traidor? ¿Dónde está allí el cínico que fingia leer cartas mientras se degollaban ante él á treinta mil hombres, regalo que hacia al pueblo romano? ¿Y dónde está el hombre de tan gran corazon que devolvía de una manera tan noble á Bruto su puñalada, diciéndole: «¿Y tú tambien?» El busto de César nada de esto revela.

El tipo imperial, el tipo verdadero del cesarismo está mucho mas marcado en los Emperadores que siguen. Es el tipo napoleónico de las medallas y los retratos oficiales. Los grabadores no han dejado de hacer algo en esos grabados. La hermosa cabeza de Napoleon no era tan romana, sobre todo en sus primeros años.

En cuanto á la de Calígula, se ve allí perfectamente representado al hombre que decia á sus amigos asombrados: «Tengo, á pesar de todo, una buena cualidad. —¿Y cuál es?—La impudencia.» Palabra tan profunda como política en boca de un loco.

Los bustos de Neron no dan por ningun concepto una idea exacta de esta fiera. Neron, jóven, era encantador. Despues fue envejeciendo y engruesando, y tomó un aire de dureza y de altivez, con un marcado

tinte de Impudencia; pero nadie se figuraba así á Nerón, y aun hoy se sostendria que no fue hecho para lo que al fin vino á ser.

La misma observacion puede hacerse respecto á la mayor parte de los demas Emperadores. Aquellas no son caras de monstruos, y, sin embargo, ellos lo eran. No tenian conciencia de sus crímenes, que por otra parte no les inquietaban. Hacían lo que siempre se habia hecho, sobre poco mas ó menos: mataban, y corrían el peligro de ser ellos víctimas á su vez; gobernaban como creían tener derecho y necesidad de gobernar.

Se dice que Carlos IX, en sus últimos momentos, veía al rededor de su lecho las fantasmas de los protestantes muertos durante la noche de la Saint-Barthélemy. No tengo dificultad en creerlo. El recuerdo de semejante ejecucion debia turbar á un príncipe que habia nacido cristiano, y que como tal habia sido educado. Ahora bien: los *pensadores* que quieren atribuir la Saint-Barthélemy á la influencia de la Religion católica, deberían decirnos de dónde provenian los remordimientos y los terrores de Carlos IX. Tiberio, Nerón y los demas Emperadores que mandaron hacer tantas otras matanzas, tenian miedo de ser asesinados; pero no veían fantasmas; no sentían remordimientos. Después de haber firmado un edicto de persecucion, dormían tranquilos; siempre que se considerasen bien guardados. El abominable Fouquier-Tinville sentía tambien la misma inquietud que Carlos IX: el Sena le parecía arrastrar consigo corrientes de sangre.

El busto de Mario es uno de los mas curiosos. Es el rostro de mal gesto, altivo y ceñudo del viejo soldado. Sylla, que hacia *vaudevilles*, debia haber tomado en uno de ellos como tipo á Mario.

En el museo del Capitolio he visto tres bustos de

Sócrates y uno de Aristides, los cuales me han hecho concebir grandes dudas acerca de las historias de estos grandes hombres.

Uno de estos tres Sócrates representa exactamente á Sileno; pero Sileno, el idolo de los negros, y no á Sileno, dios; Sileno informe, disoluto, en plena abyección. El segundo busto presenta una fisonomía menos grosera, pero estraordinariamente ligada á la materia. El tercero alcanza ya á la belleza socrática; comparado con el primero, parece enteramente ideal. ¿Cuál de estos tres bustos retrata al verdadero Sócrates? No me falta mucho para apostar que el primero.

Entonces el Sócrates histórico sería puramente una invencion de Platon, de Xenophonte y de otros pensadores prudentes que le han trasmitido á la posteridad, despues de haber provocado la reacción popular, que le levantó una estatua y le consagró semidios.

Mirándolo bien, nada hay que impida pensar que este pretendido sabio era simplemente un ciudadano de Atenas, muy toño y muy vanidoso, á quien otros mas astutos que él le dictaban palabras para apoyar las comprometidas doctrinas que le inspiraban, y cuya responsabilidad no querian ellos aceptar. Se han visto en todos tiempos, y veremos siempre, esos editores responsables, que concluyen por persuadirse de que lo que publican son sus propias concepciones.

El busto de Aristides nos presenta la fisonomía de un hombre completamente de los tiempos modernos, de edad algun tanto avanzada, pero todavía elegante, medio jóven, medio calvo, medio píllo, y fatuo por completo. O aquel no es el retrato de Aristides, ó Aristides era el ciudadano mas justo de Atenas, exactamente del mismo modo que el virtuoso Dupont fue durante treinta años el mas justo de los franceses.

Las demas estatuas , tanto las que están de pie como las que están sentadas , se encuentran adornadas de una verdadera majestad. En el Museo del Capitolio hay una Agripina reclinada en su silla , que es verdaderamente el tipo de una de las primeras damas del mundo. Estos romanos entendian perfectamente la cuestion de la actitud. La dignidad y la majestad de la actitud es independiente de ciertas luces del espíritu , de ciertas reglas del corazon. A vista de aquellas estatuas me acordaba de lo que Fenimore Cooper nos cuenta acerca de la elegancia y de las bellas aposturas de los Mohicanos.

Hay una circunstancia fácil de observar en todos estos monumentos de la sociedad antigua; el arte , así como el mundo , no tenia la mas ligera idea de la santidad. El arte antiguo ha conocido y ha dado una forma á toda clase de espresiones de la belleza humana. No hay entre todas las obras de la antigüedad ni una sola cabeza de Santo , como la que de San Bruno , por ejemplo , existe en Santa Maria de los Angeles , la cual hablaria , decia un Papa , si su regla no le prescribiese el silencio.

XXVI.

El Calvario.

«El Coliseo está casi completamente convertido en un templo; todo él está consagrado á la Cruz; allí hay procesiones; allí se escuchan casi sin cesar los cánticos religiosos , y los viérnes se reza el *Via-Crucis*. Las estaciones colocadas de trecho en trecho , en aquel mismo suelo donde tantos cristianos han sido arrastrados hasta el pretorio , despojados de sus vestidos , azo-

tados, entregados á las burlas del pueblo, y cubiertos de ignominia, atados á vergonzosos postes, forman entre todos los calvarios establecidos en los diferentes puntos del mundo católico, el que reproduce mas exactamente el doloroso aspecto del pretorio del verdadero Calvario.

Nosotros quisimos asistir tambien al ejercicio del *Via-Crucis* en el Coliseo, cuyos incomparables caracteres describe tan perfectamente la hermosa *Esquise de Rome chrétienne*. A pesar de que habia llovido, hacia frio, y el tiempo continuaba amenazador, habia una numerosa concurrencia. Allí se veian estranjeros, gente del pueblo, hombres y mujeres, algunos penitentes, y principalmente muchos vecinos de la ciudad.

Estaba predicando un franciscano, y mas bien que predicando exhortando á la asistencia á aquellos ejercicios; pero en sus palabras no se advertia ni grandes esfuerzos de imaginacion, ni de voz, ni de accion; y ciertamente que no eran necesarios tales esfuerzos en semejante lugar sobre aquel asunto y á semejantes oyentes. La Cruz hablaba por sí misma, el tiempo hablaba tambien; los corazones respondian. Nadie temia ponerse de rodillas sobre la mojada tierra, y el conjunto era imponente y patético sobre toda ponderacion.

Los escritores que han asegurado que solo tienen lugar allí escenas estravagantes, no han tenido sin duda cuidado de ir antes á presenciar aquel espectáculo. Tal vez lo han dicho dando crédito á las aseveraciones de algun amigo que, probablemente, tampoco frecuentara mucho aquel sitio. Y esa es su excusa, si excusa puede haber para el que habla calumniosamente de lo que ignora. La ignorancia no excusa su perversidad, por más que esta seria mayor si insistiera á ciencia cierta



contra lo que deshicieran ver sus propios ojos, y aun diré su mismo corazón.

Y digo su corazón, porque no creo que pueda asistir al ejercicio del *Via-Crucis*, oír la evocación de aquellos recuerdos, contemplar aquellos rostros, ver correr aquellas lágrimas, sin sentir en el alma algún movimiento de respeto: no creo que haya quien tenga una sangre tan negra ó tan miserable en las venas, que no experimente á vista de este espectáculo un estremecimiento de ámbros.

Uno de mis amigos habia llevado á presenciar tal escena á un honrado incrédulo; trató de llevarle por segunda vez, pero fue en vano. «No, le decía aquel hombre, no; puesto que no es aquel mi terreno, no iré. Hice mal en acceder á mi curiosidad la vez pasada. No quiero ir á un sitio en que soy extranjero, y donde mi sensibilidad se escita demasiado, para esponerme de nuevo á volver con la cabeza baja, descontento de mí mismo, y atormentado por extraños pensamientos.»

¡Cuánta impudencia, pues! ¡Cuán infame maldad es el difamar una obra tan piadosa, que tanta sinceridad respira! ¡Cuánta audacia el pretender demostrar que el «alto clero» tolera que el *Via-Crucis* sea causa, y el Coliseo teatro de escenas indecorosas, que, no pudiendo impedir las, se contenta con reírse de ellas!

Y, al mismo tiempo, ¡cuán necia traición no hace ese difamador á su propio talento con tales palabras! ¿No tiene otros tantos medios de haber á la Religión una guerra, si no mas noble, á lo menos mas digna de sus armas? ¿No puede escitar las pasiones, adular y exasperar el orgullo, y sublevarlos contra la ley de Dios? Esto parece que debería bastarle. Pero no: es preciso ponerse la cadena al cuello, y unirse como los



últimos peones del periodismo al carrton destinado á llevar la impiedad á los barrios bajos.

Pero ¡ah! ¡que los enemigos de la Iglesia de Jesucristo la vengan ellos mismos contra sí propios!! Y ¡cuán bien prueban que es imposible aborrecerla de una manera noble é impunemente!

XXVII.

Los últimos vencedores en el Coliseo.

Dos hay entre los muchos héroes que han combatido y alcanzado la victoria en el Coliseo, que merecen un especial recuerdo. Ambos han sido elocuentemente elogiados por dos Obispos de nuestro tiempo.

Hé aquí la historia del primero, escrita por monseñor Gerbet, en la *Esquisse de Rome chrétienne*:

«En vano Constantino, y despues de él Constancio, habían prohibido los juegos de los gladiadores. Las leyes del imperio, las leyes de la humanidad eran impotentes contra la fascinacion que tales espectáculos ejercian siempre sobre la sociedad romana, que era en una buena parte pagana todavía. Se prohibieron, y sin embargo se toleraron. ¿Por qué medio se reservaba Dios obrar la conversión del Anfiteatro?

«Desde el corazon del Asia había venido á Roma, para visitar despues los Santos Lugares, un piadoso anacoreta llamado Almaquio. Se hallaba en esta ciudad en las calendas de enero, época de los espectáculos, y el pueblo estaba reunido en el Anfiteatro; y hé aquí que Almaquio concibe la idea de predicarle.

«Pero ¿qué podrá hacer él, pobre monge, él, un desconocido? ¿Tendrá mas poder que los tan poderosos Emperadores? ¿Será mas elocuente que todos los doc-

ttores cristianos que tanto clamaban contra esos espectáculos? ¿Podrá prometerse conmóver el corazón de ese pueblo, precisamente en los momentos de embriaguez de sus crueles placeres? ¿Será al menos escuchado? ¿Conseguirá otra cosa que ser arrojado ignominiosamente de aquel lugar?

»Una voz secreta le habla mas alto que todos estos consejos de la prudencia, y en un raptó de santa locura penetra en el Anfiteatro, sube á lo alto de las gradearías, que convierte en sagrada cátedra, y predica al pueblo, reprochándole el crimen que comete en esas fiestas.

»Esta estraña aparicion escita algun tumulto. El prefecto Aypio, que está presente, manda que se le dé muerte al punto mismo como culpable de sedicion. Hasta entonces habia habido mártires en el Coliseo; desde aquel momento hubo un mártir del Coliseo mismo.

»Almaquio cayó, pero los gladiadores no volvieron á levantarse. La indignacion que escitó esta muerte provocó una implacable ley. Los arroyos de sangre vertida en el Anfiteatro por los mártires de la fe no habian colmado aun la medida; faltaban algunas gotas que debia añadir un mártir de la caridad.»

El otro mártir que encuentro en el Coliseo, el último de todos, mártir voluntario tambien como Almaquio, no ha tenido que vencer á los enemigos de la carne. Solo, desconocido, se alzó contra el espíritu del mundo; abrazó la Cruz en lo que mas contraría á la naturaleza humana.

Era un aldeano de Artois. Se llamaba Benito José Labre, y vivia en la época de Voltaire. La impiedad, el lujo, la molicie, el orgullo del espíritu y el orgullo del alma triunfaban en el mundo, y la decadencia es-

tendia su vasto imperio. Este aldeano dejó la casa de su padre, y no quiso ocuparse en asegurar ni su albergue ni su alimento.

Y marchó cubierto de harapos á visitar unos despues de otros los sagrados lugares de la Francia, de la España y de la Italia. Y continuó errante y vagabundo á los ojos del mundo, pero pobre y penitente ante la vista de los ángeles, cargado con el esplendente peso de las humillaciones de la Cruz.

Despues de haber visitado á Santiago de Compostela, Loreto y otros muchos santuarios, se dirigió á Roma. Sus largos viajes habian concluido, pero su penitencia continuó, ó, mejor dicho, empezó desde entonces. Abrazó la mas estremada pobreza, y distribuyendo entre los menesterosos las limosnas que se le daban, se alimentaba con lo que recogia de los despojos arrojados á la calle.

Ahora bien; un instinto sublime habia conducido á ese hombre que en un siglo de absoluta miseria habia querido combatir y habia alcanzado la victoria en la conquista de la absoluta pobreza, á buscar un asilo en un rincon del Circo donde combatieron los que habian vencido al mundo. Y en aquel rincon durmió en adelante sobre la desnuda tierra.

Roma le comprendia y le admiraba. Consideraba á aquel pobre como uno de sus sagrados adornos, y miraba como un constante protector cerca del trono de Dios á aquel justo tan asiduamente entregado á la oracion. Porque está escrito que la incesante oracion del justo es poderosa ante Dios: *Multum valet deprecatio justí assidua*.

Y Roma le tributó honores á su muerte, le hizo solemnes funerales, vino á rezar sobre su tumba, glorificada por los milagros; y mientras se esperaba el

decreto que debía colocar al bienaventurado Benito José Labre sobre los altares católicos, Pío IX quiso consagrar su recuerdo en el Coliseo.

La bóveda bajo la cual se refugiaba aquel héroe, mártir de la pobreza y de la humildad cristianas, el indigente, rico para hacer limosnas, y mas rico aun de las bendiciones, por las muchas que atraía sobre él su oracion, esa bóveda se ha convertido hoy en una capilla: un santuario dentro de otro santuario.

En medio de las injurias que le dirige el espíritu moderno, enemigo declarado de la pobreza, Roma no ha temido rendir ese supremo homenaje á ese hombre tan pequeño, á ese vagabundo que supo llegar á ser tan grande sobre la tierra; que llegó á ser un pobre de Jesucristo.

A imitacion de Roma, el ilustre Obispo de Arras, el pontífice vigilante y arrojado que tanto ha combatido en pro de la libertad de la Iglesia, ha querido honrar al pobre de Jesucristo; al pobre victorioso que, partiendo desde su diócesi á pie, con el cayado en la mano, llegó á alcanzar el goce de las glorias celestiales.

La catedral y la ciudad de Arras parecian el reflejo de los esplendores de Roma en el día solemne de la beatificacion. El Obispo habló á algunos de sus hermanos, y confió á su sabia é inspirada elocuencia el cuidado de dar á conocer á los pueblos la grandeza del pobre de Jesucristo.

El Obispo de Nimes y el de Poitiers tomaron á su cargo aquella empresa, y la grandeza de Benito José Labre fue ensalzada en dos obras maestras. La dulce y penetrante voz del Obispo de Poitiers hizo revivir la poesía de las peregrinaciones, durante tanto tiempo desconocida y olvidada.

La peregrinacion es una de las cosas que horroni-

zan á la civilizacion incrédula. Pero esa aversion no se ha comunicado lo bastante á los cristianos. En esto, como en otras tantas cosas, engañados por sus enemigos, y menos sabios en su instruccion que el vulgo sencillo, los cristianos mas instruidos llegaron tambien á convertirse en enemigos de las peregrinaciones, y las dejaron decaer y las dejaron hundirse.

La devocion de las peregrinaciones renace, sin embargo, y este renacimiento es un milagro mas grande de lo que se cree. Dios y la Santísima Virgen se han dignado poner su mano en ella. Las mas esplendentes gracias han llevado al pueblo á las antiguas peregrinaciones, le han conducido á peregrinaciones nuevas. Pero vemos, no obstante, cristianos á quienes ya ha alcanzado el espíritu del siglo; que conservan su prevencion hácia ellas, y se resisten aun.

Citan un versículo de la *Imitacion de Jesucristo* contra los frailes demasiado propensos á abandonar su convento. Y bien, eso es cierto; pero no lo es menos que agradan á Dios las peregrinaciones, pues hace en ellas milagros; y tampoco lo es menos que la Iglesia continúa amándolas como las amó siempre.

Solo el Santo Padre puede dispensar el voto de ir en peregrinacion á Jerusalem, á Roma ó á Santiago de Compostela. Aun en la época de los jubileos en que da á los confesores tan amplias facultades, se ha reservado á sí propio el conceder esta gracia.

XXVIII.

El castillo de Pamphili, situado en la orilla del Tiber, es uno de los edificios mas antiguos de Roma. Fue construido por el rey Numa Pompilio.

Ese parque magnífico que rodea ese castillo de retero, situado dentro de la misma ciudad, nos da aun

hey una idea de la magnificencia de un príncipe romano. La villa Pamphili depende del palacio Doria, ese noble edificio completamente lleno de hermosas obras del arte, que pertenecen por lo menos tanto al público como al propietario que tiene á su cargo su custodia y conservacion.

Los pinos de la villa Pamphili son uno de los adornos notables de Roma, y célebres en todo el mundo. Todos los viajeros los han admirado, y todos los historiadores se han ocupado de ellos en sus descripciones. ¡Cuán bellos árboles son! Nada tan majestuoso como su aspecto, nada mas dulce que su sombra.

El Casino, aunque de sencillísima apariencia, es un museo de un raro valor por la belleza de las esculturas antiguas que posee. ¿Qué querrá esa vieja que con tanto afán desea que Roma llegué á ser el museo del universo? ¿Cree que algo de lo que debe haber en un museo falte en Roma? ¿No sabe que están hasta superfluamente dotados?

La Roma moderna abriga un verdadero respeto hacia la Roma antigua. Me atreveré á decir que varias de las estatuas de la villa Pamphili estarían mejor colocadas en el salón de un judío ó de un banquero judaico que en el de un gran personaje cristiano, tal como el muy noble Doria. En Roma se concede quizá demasiado al arte, y la veneracion á las antigüedades es doblemente funesta á los modernos: los perverte y los humilla.

Hay estatuas modernas de gusto antiguo, que son quizá lo mas indecente y lo mas feo que existe. Si el renacimiento pagano que venimos presenciando obtiene el triunfo que se promete, es imposible prever á qué grado de innoble bestialidad llegaremos.

En cuanto á la naturaleza, se presenta en este pri-

vilegiado suelo con una inmarcesible belleza. ¡Qué céspedes sembrados de margaritas, de azafran y de anémonas! ¡Qué arroyuelos y qué fuentes tan cristalinas animadas por los reflejos del sol y por el verde de los árboles que se retratan en ellas! ¡Cuán bellas están esas yerbas que el sereno soplo del viento balancea con dulzura! *Incensarios flotantes* los llamaba con razon M. Hugo, que seria un gran poeta si no tuviese presunciones de ser tan grande hombre.

M. Lamartine dice, no recuerdo dónde, que muchas veces iba á sentarse en la colina de la villa Pamphili, «desde donde veia á Roma.» Esto es verdad, se ve perfectamente, siempre que la colocacion sea conveniente: «desde donde se oye el *lastimero* murmullo de sus fuentes;» y esto tambien es posible, pues hay una muy próxima, y por cierto estraordinariamente hermosa; «y los *casi mudos* pasos de su pueblo, *caminando en silencio* por sus calles *casi desiertas*,» ¡Oh traicion á la exactitud y á la verdad! ¡Oir á media legua de distancia los pasos *casi mudos* de un pueblo que camina en silencio por calles casi desiertas!

XXIX.

I pizzicaroli.

La bienaventurada Rita de Casia, viuda y religiosa que murió en el siglo xv, es patrona de una pequeña iglesia situada al pie del Capitolio. El dia de su festividad, 22 de mayo, se celebra una misa, en la que comulgan en *amantate* (envueltas en sus mantos) las jóvenes dotadas por la corporacion de los *pizzicaroli*, choriceros.

Aquel dia se distribuyen en la iglesia capullos de

rosa benditos, en memoria de los que hizo Dios brotar milagrosamente en medio del invierno á ruegos de la Santa.

Hé ahí una de las infinitas flores de Roma que se encuentran á cada paso sin buscarlas; pero que no encuentran ni se presentan nunca á la vista de las ancianas matronas que querrian volver á hallar en Roma los sueños de su niñez... y las nieves de antaño.

La corporacion de los choriceros de Roma, al dotar todos los años á algunas jóvenes pobres que vienen á comulgar á la iglesia de su patrona en el día de su festividad, distribuyendo al mismo tiempo capullos de rosas benditas, revela á mis ojos inspiraciones infinitamente mas poéticas y mas sublimes que cuantas existen bajo el arrugado cráneo de todos los volatineros de Garibaldi, matronas y mulatos.

XXX.

Las guías en Roma.

Hé aquí los libros que he leído con mas gusto y de que he sacado mas provecho:

La *Historia de los Estados del Papa*, por el Rdo. John Miley; *Roma cristiana*, por M. de la Gournerie; *Las Tres Romas*, por Mons. Gaume, prótonotario apostólico; las agradables *Cartas de un peregrino*, por M. Edmond Lafond. Estas obras nutridas de hechos, y llenas del sentimiento católico, hacen conocer á Roma de una manera tan fácil como perfecta. El precioso y acertado plan de M. de la Gournerie le ha permitido darnos en su obra una historia de la Roma moderna en cuanto á sus monumentos: allí puede verse hasta dónde ha llegado la arquitectura bajo la dominación de los Papas.

La obra de Mons. Gaunie, fruto de un viaje hecho con inteligencia y de una vasta lectura, es la mas completa, es una verdadera guia religiosa en Roma y en la Italia.

Recomiendo tambien las *Noticias*, ciertamente interesantes, de S. Emma el Cardenal Wiseman, sobre los cuatro últimos Papas. El notable talento del ilustre Arzobispo de Westminster no aparece menos en estas amables anécdotas que en sus demas obras. En ella ha trazado con sabia mano, y con los colores mas tiernos, grandes y detallados retratos de los Papas Pio VII, Pio VIII, Leon XII y Gregorio XVI.

Pero el mejor libro que tenemos sobre Roma es tambien uno de los menos conocidos. Hablo del *Bosquejo de la Roma cristiana* de monseñor el abate Gerbet, hoy Obispo de Perpignan.

Dado á luz sin gran publicidad y á largos intervalos los dos volúmenes del *Bosquejo de la Roma cristiana*, son casi tan ignorados de los mismos católicos como del numeroso vulgo, que ha devorado en algunos meses las ediciones de cierto folleto lanzado al mundo para abrir el camino á Garibaldi. Ese apresuramiento por conocer y por leer un mezquino pasquin, pues así puede llamarse el tal libro, y esa indiferencia para con una obra maestra, noble y sublime, caracterizan maravillosamente á la época presente. La época no quiere admirar, ni amar, ni ver nada: *Noluit intelligere ut bene ageret*. Y los pasquines y los mozos de cordel es lo único que necesita. ¡Mala señal, por cierto!...

La posteridad, si posteridad tiene esta época, pondrá cada cosa en su lugar. El libro de M. Gerbet brillará como uno de los mas selectos y escogidos modelos de erudicion literaria, honrado y alabado igualmente por los poetas que por los hombres de talento y

por los grandes sabios. Bajo el modesto título de *Bosquejo* se reconocerá en él el mas noble y el mas animado retrato de la Roma cristiana.

Roma, nuestra Roma está daguerreotipada en aquellas páginas que parecen vibrar con los ecos de sus profundas y majestuosas armonías. Y el autor no solo posee los variados conocimientos del historiador, y las seguras é infalibles luces del doctor católico, sino que tiene tambien en el mas eminente grado el don del artista; ese sentimiento esquisito y poco comun que lo penetra todo, que busca y encuentra las secretas bellezas allí donde se hallan, y que las presenta intactas á nuestros ojos. Él, en su libro, nos hace darnos cuenta á nosotros mismos de ese encanto misterioso de Roma, que no habíamos podido comprender quizá al verle, y le aumenta á medida que le divulga. Su lenguaje es digno de las majestuosas dulzuras de la Ciudad Santa, es un lenguaje tranquilo, melodioso, admirablemente puro, cuyo carácter fundamental es la gracia, pero que llega sin esfuerzo, y con completa naturalidad, hasta las mas encumbradas alturas. Hoy no tenemos un escritor mas perfecto que Mons. el Obispo de Perpignan, y la poesia de Roma no ha tenido nunca un intérprete que á él pueda compararse.

LIBRO X.

Los mártires.

I.

Dos ambiciones.

He visto esta mañana un personaje mas grave aun que mi amigo Coquelet y su compadre *Ercole*: es un personaje nuevo en el mundo moderno, y que me hace comprender el misterio de la descomposicion del cuerpo, una vez separada de él el alma.

No tiene aun treinta años, y es oficial de un ejército aleman. Un antiguo amigo mio que le encaminó hácia mí, le considera tan capaz de comprender la verdad, como distante actualmente del designio de seguirla.

La tranquila seguridad de su lenguaje, y su fisonomía toda, anuncian en él á un hombre firmemente resuelto á no contentarse con poco en el mundo.—Hablemos francamente, le dije. Nosotros no marchamos por el mismo camino; y bien: ¿vos venis á verme por curiosidad mas bien, ó por simpatía?

El me respondió con dulzura que su curiosidad no estaba totalmente exenta de una especie de simpatía; pero que, al fin y al cabo, siendo pocas las ocasiones que

se presentan en la vida de encontrar hombres de mi opinion, el deseo de instruirse en este punto entraba por mucho en el paso que daba.

—Muy bien, le respondí. Las ideas os preocupan. Aun cuando no presentais muy buen flanco, siempre es mejor que si estuviéseis totalmente encenagado en la pipa, el ajeno y la carga en doce tiempos. Hé ahí que os encontrais oficial, aunque sois muy jóven, y en una época en que hasta las montañas moverán su asiento. No es por lo tanto inútil que penseis en lo que habeis de hacer con vuestra espada.

La espada llegará á ser un objeto ó muy grande ó muy miserable. Será la fuerza del derecho, ó el derecho de la fuerza. ¿Os habeis preguntado á vos mismo si existe un derecho en el mundo, y qué es el derecho? —Sí, dijo; y para no ocultaros nada, os diré que creo que el derecho está aquí, encerrado en esta vaina; es el derecho de la espada.

—Veo, proseguí, que sois escéptico. Ahora bien: si presumís de hablar bien francés, — cuestion de poca importancia—no digais el derecho de la espada. Lo que teneis ahí pendiente del costado no es una espada, es un sable. La lengua establece una gran diferencia entre el sentido de estas dos palabras: La espada crea y protege, el sable abate y oprime; la espada es un agente del corazon, el sable no es mas que la prolongacion brutal del brazo.

Hombres hay aun que no dudan que existe una verdad moral independiente de todas las circunstancias adversas, y que vive á pesar de todos los esfuerzos de los que la desconocen; cuya verdad tiene opcion á pedirles el auxilio de todos sus esfuerzos y de toda su sangre. Esos hombres, cuando pueden combátir, son los hombres de la espada. Vos no lo sois.

Otros creen que la verdad es simplemente el decreto de la fuerza humana; es decir, que no hay verdad, que no hay mas que fuerza, y que esa fuerza tiene una presa legítima, que es el mundo. Hé ahí los hombres del sable : son muy numerosos, y á ese vulgo pertenecéis vos.

Ahora bien; puesto que por vos mismo no constituís la fuerza, habeis tomado al menos el partido de servirla, sin descuidaros de seguir la forma que ella adopte, y por el salario que os dé. Como nuestro objeto es hablar é instruirnos, me permitireis que os diga que elegisteis un señor de feo y horrible aspecto.

—Sea, dijo el oficial. No he escogido yo el nacer en esta y no en otra época del mundo. Tomo el tiempo conforme viene, y sigo al señor que encuentro en el poder. Me reservo, sin embargo, hacer todo lo posible para obligar á que me sirva esa fuerza que ha de servirse de mí. —Muy bien : vuestras palabras me evitan el deciros que la fuerza se funda en primer lugar en la astucia, y que uno de los nombres de la astucia es *traicion*.

Sois jóven, y debeis encontrar todo esto algun tanto feo. Observad el aspecto que de dia en dia toma la fuerza. El bandido y el farsante, por do quier mezclados y en completa amalgama, encuentran su perfeccion en la alianza íntima de Mazzini y de Garibaldi. Hé aquí un centauro que no tiene belleza ni como hombre, ni como caballo, ni como monstruo.

Y ese horrible centauro forma un extraño príncipe, un extraño Rey, el pueblo soberano, que beberá mucha sangre y recibirá sendos palos.

—Lo sé, dijo el oficial, y no os ocultaré que el centauro en cuestion me inspira tanto mas desprecio, cuanto mas de cerca veo la imbecil multitud que le

admira. El bandido y el farsante son dos ingredientes demasiado innobles, y el todo forma un conjunto á propósito para componer un hombre inepto.

Ellos han destruido dos ó tres ideas, en verdad muy nobles, que me habia formado yo del hombre. El farsante me destruye al profeta; el bandido me destruye al libertador, al guerrero, y, como diriais vos con una espresion de que yo me apodero, al hombre de espada.

Mazzini es Mahoma. ¡Ah! Cuando pienso en ello, la cualidad de hombre pierde algún tanto de su brillo á mis ojos.

¡Y despues... despues, esa miserable humanidad, tan fácil de engañar, tan enemiga de sí misma, y á quien tales histriones arrebatan su reposo, su sangre y su honor!... ¡Ese rebaño de mansos corderos que, cual otro Abel, son degollados y devorados despues por quien quiere hacerlo, y en el momento que se quiera!... ¡Y por otra parte, esas bandadas de Caines que cual rugientes lobos destruyen y devoran á sus hermanos!... ¡Y esos Reyes!... ¡Ah! ¡Los Reyes!... Yo me habia formado una bella idea del Rey. Le juzgaba un ser superior, una encarnacion del valor, de la justicia, del deber y de la inflexibilidad; un triunfador sin iras, un vencido sin bajeza, que no desespera nunca de sí mismo, que combate hasta perder el último trozo de su rota espada, y que, cautivo ó herido, dice aun á su vencedor: «O dame la muerte, ó haz que se me trate como á Rey.»

Hoy he perdido ya de vista todos estos bellos fantasmas; creo que todo esto acaso no existe ya, tal vez no ha existido nunca, quizá no existirá jamás, y no ha sido nunca mas que el sueño de la imaginacion de los poetas. Hoy he perdido mis ideas sobre la justicia y sobre su triunfo, todas mis ideas sobre la grandeza.

Creo que el mundo está entregado al mal, que es la presa del mas fuerte, y este á su vez no es mas que el instrumento y el juguete del truhan que le sobrepuja en esa cualidad.

Sobre estas dos especies no veo nada algun tanto distinguido mas que los mártires..... Pero ¿os lo diré? cuando me preguntó á mí mismo acerca de ellos, vuestros mártires me parecen unos nobles tontos.

Yo no quiero ser mártir. Deseo ser fuerte, y si es posible colocar mi pie sobre la garganta del mas poderoso de esas dos especies, siquiera sea solo por un instante.

Yo no veo en el mundo, tal como se presenta á mis ojos, un solo papel agradable, ni aun bello al menos que desempeñar, para nadie mas que para la fuerza. ¡Ah, sí, sí, la fuerza tiene muchos y muy bellos!

¡El poder! ¡El imperio!..... ¿Por qué no aspirar al imperio? César es grande, es él solo; se halla elevado sobre el infame nivel de la igualdad comun y vulgar.

Al llegar aquí, mi jóven calló. Yo contemplé por un momento aquel silencio no completamente asombrado, pero sin embargo bastante conmovido, cual sucede cuando se ve estallar una catástrofe desde mucho tiempo antes prevista y esperada.

No me admiraba que la ambicion de aquel jóven llegase á tal grado. Cuando encuentran cerrado el camino del cielo, ciertas almas no pueden aspirar á nada menos que el primer lugar sobre la tierra.

Ese obstáculo absoluto, insuperable, entre el cielo y la tierra, está formado con los restos de todos los principios de la gerarquía social totalmente destruida. En

tanto que quedaba en pie alguna parte de ella, la ambicion reconocia límites.

Poco tiempo hace se aspiraba á algun elevado puesto; existian varios aun. Hoy no hay mas que uno, y á él se pretende llegar. No hay ya para ello límites, no hay ya murallas.

Mas de una vez, antes de ahora, me habia dicho yo á mí mismo que habia de ser así, que esto era inevitable; y por eso habia deseado tanto que el poder supremo llegase á ser una elevacion, un puesto sagrado. Lo sagrado forma un límite, una muralla. Una vez sagrado, el poder supremo debia necesariamente consagrar y limitar lo que estaba á su rededor.

Pero, por el contrario, las destrucciones se han acumulado, y los malos ejemplos, tan terribles de suyo, se han multiplicado sin fin. El derecho todo ha sucumbido bajo el poder de la fuerza; toda impudencia ha sido coronada con un buen éxito; ha encontrado dócil la conciencia humana. Se ha visto á los *bandidos* tomar fortalezas y reinos enteros, favorecidos por una llave falsa.

Y hé aquí que es al mismo Dios á quien se ataca ahora, que se le quitan los pequeños dominios que se ha reservado, y su no menos pequeña corona temporal. Si el golpe no se ha dado, si el hecho no ha sido consumado, ¿á qué se debe? Todo el mundo lo ignora. Se debe, no á principios que quieran sostenerse, sino á conveniencias que parece oportuno no destruir.

Y en los cafés, en las calles, en todas partes se encuentran pretendientes, no á una corona, eso seria demasiado poco, sino al imperio. Y al interrogarse uno á sí mismo sobre sus propias ambiciones, es necesario responderse: «¿Y por qué no?»

Por fin pregunté á mi interlocutor cuántos subte-nientes eran los aspirantes al imperio.—«Bastantes, me contestó, para mantener la emulacion y multiplicar las jugadas.»

Así como tambien hay muchas personas que juegan, unas mas, otras menos, á la lotería, no obstante que el premio mayor es uno solo, pero les anima la posibilidad de obtener alguna de las aproximaciones.

Conozco las objeciones que á esto podríais hacerme, segun vuestro punto de vista. Mas permitidme que os haga observar que vuestro punto de vista es muy antiguo, y que el mundo no está en estado de volver á él tan pronto.

Por lo que á mí toca, conozco mis deberes. He hecho un juramento, y ni persona alguna, ni cualquier género de ejemplos que puedan presentárseme para imitarlos, podrán hacerme faltar á él. Nunca emplearé la traicion; hacerlo fuera innoble, y la bajeza me repugna. Pero yo no he jurado en pro de otro.

El garibaldismo se ha inoculado en las costumbres; producirá frecuentes conmociones, y de ellas nacerá una espantosa necesidad de seguridades. Ya ha subido bastante el precio del orden, y, no obstante, aun subirá mas.

Todo espíritu algun tanto firme sabe lo que puede intentarse en el mundo. Con este acero al costado—llamadle como queráis—pueden jugarse grandes partidas y jugarlas como hombre de honor.

—Con tanta mas razon, añadí yo, cuanto que la cualidad de hombre de honor está democratizada y al alcance de todos y de cada uno. Pero, proseguí, ¿habeis reflexionado lo que vais á hacer con la fuerza luego que la poseais?—Cierto que sí, me replicó.

Haré mi voluntad. No exijais que os diga mas. Sé

que haré mi voluntad. Cuál será mi voluntad, lo ignoro. Veremos lo que hay entonces sobre la tierra.

Pero como el señor, el dueño universal, saldrá necesariamente del ejército, y como necesariamente tambien la soberbia habrá llegado á una locura aun mayor que la de hoy, reinará por necesidad sobre la tierra, ante todo, un gran deseo de mandar, y una resolucion estrema de obedecer. Luego el señor, sea yo ú otro, hará su voluntad.

Y esa es la mayor dicha á que se puede aspirar. Porque, al fin y al cabo, el interes del señor y el interes del mundo serán uno mismo. El dueño universal querrá reinar con completa tranquilidad, el mundo deseará vivir tranquilo tambien; y estas dos voluntades se unirán para proporcionar el mejor sueño posible al género humano.

—¡Maravilloso, mi buen teniente! Me place ver en vos un fondo de ideas tan dulce. Establecereis la muerte, pero la llamareis la paz, y aun creereis que lo es. Y eso es ciertamente lo que podeis hacer, y acaso lo que podeis creer. ¡Ah! no conoceis aun al tigre y al loco que duermen dentro de vos mismo.

Quizá antes de que despierten—y esto es lo que os deseo como amigo, y de todo corazon—recibireis alguna gracia de Dios, la cual dará la muerte al loco y formará al hombre juicioso, y matará á la bestia libertando al ángel. Tal gracia es concedida muchas veces á los que, como vos, tienen horror á aquella poderosísima especie de hombres de que hablábamos antes.

Entonces conocereis una ambicion noble para vos, y mas dichosa para el mundo que la de imponer al género humano la paz del sueño ó de la muerte.

Será la ambicion de conocer á Dios, de saber lo que Él quiere de vos, de ponerlo en práctica, de salvar vuestra alma para que vaya á habitar con el Criador, de llegar á Él á través de todos los obstáculos que puedan oponeros las humanas fuerzas; de triunfar de vos mismo, del mundo y del César, y de trabajar de esta suerte por vuestra parte humildemente, para restablecer en el mundo la obra misericordiosa de la Santa Iglesia, que no mata, sino que da la vida; que no adormece, sino que despierta; que hace reinar la paz, no en la muerte, sino en la vida.

Por lo demas, no disputo la exactitud de vuestros cálculos, y me parece probable que el mundo vaya donde vos veis que irá. Tanto peor para él. Tanto peor para vos si le seguís, y sobre todo si sois del número de los que por tal camino le dirijan.

Por muy mala opinion que tengais de los mártires, bien considerado todo, me parecen ellos mas sabios todavía, mas dichosos, y hasta mas valientes y altivos que vos. Pero aquí tenemos la cuestion de la vida eterna, que no hemos deslindado.

Los que han muerto aquí y en otros sitios hace quinientos y hace tambien mil ochocientos años, de todos modos hubieran muerto infaliblemente. Heridos, empapados en su propia sangre y desgarrado todo su cuerpo, esos mártires se han presentado ante el cielo; y durante estos quinientos y estos mil ochocientos años no han satisfecho aun lo bastante su primera sed de ver á Dios: es mas; no la satisfarán nunca, porque jamás se entibiará el ardor de esa sed.

¡Han vencido! No olvideis esto, si estimais en algo el simple honor de vencer. Ellos son los que han demolido nuestra bella construccion de imperio; y ellos demolerán tambien todas las construcciones semejantes,

formando de nuevo el imperio cristiano, ó pronunciarán la última palabra de los libros santos, que será asimismo la última palabra del mundo : *Amen. Veni, Domine Jesu!*

Finalmente, aun cuando todas las promesas de Dios quedasen sin cumplimiento, y todas las esperanzas de los mártires no hubiesen sido mas que un sueño; siendo el mundo lo que es y estando sometido á los señores que vos esperais y cuyo recuerdo encontramos aquí; perdonadme un modo de pensar tan contrario al vuestro, pero yo por mi parte hallaria mas placer en desafiar á esos señores que en ocupar su puesto, y mas honor en despreciar á ese mundo que en mandar sobre él.

Hasta otro rato, amigo mio : *Vale, prospera et regna.*

II.

Ecco la fiera.

(Inferno, c. xvii.)

Desde que salí del Capitolio no habia encontrado un ser viviente. La noche estaba oscura, y el viento gemia con violencia. El Coliseo se presentó á mis ojos como una masa opaca; la bóveda de entrada parecia la boca de un tenebroso abismo.

El centinela me dirigió un estridente *¡qui vive!*, y le oí montar la llave de su fusil. Entonces me apresuré á dirigirle la palabra. Yo sabia que para nuestros soldados no es muy agradable estar de centinela en el Coliseo cuando la noche es oscura y silba mucho el viento.

Mi voz fue reconocida por él al punto. Aquel soldado era un buen muchacho y un buen cristiano, pe-

nitente de Mons. Agustín, compatriota suyo, y en cuya casa le había yo visto muchas veces. Yo no sentí en-contrarle, y á él no le fue desagradable el tener con quien hablar un poco.

« Vos venís aquí, me dijo, por vuestro gusto; yo no estoy en este sitio por el mío. ¡Ah! no es muy buen punto este, no.

» Si ahí dentro hay bandidos, aparecidos, ó si no hay nada, lo ignoro... ¡Pero no es solamente el viento lo que ahí dentro se escucha!

» Algunos de mis camaradas han visto algo. Han visto volar unas masas negras y blancas... ¡Ah! esas son cosas que no se olvidan nunca..., que reaparecen siempre por la noche.

» En cuanto á mí, no diré que haya visto algo. No necesito ver. Me basta con oír. Y en cuanto á eso, oigo positivamente voces...

— ¿Qué voces son? ¿Qué dicen?— Voces, replicó el soldado, que parece no ser mas que el rumor del viento. Puede sostenerse que no es mas que el viento; pero ese viento que no sopla mas que en los cementerios y en otros sitios semejantes.

» En los campos, donde los hechiceros forman sus maleficios, sobre los restos de las quintas incendiadas, y cerca de las lagunas donde han ido á lavar sus manos los asesinos, se oyen en la oscuridad de las noches sin luna y sin estrellas los ecos de ese viento.

» Qué, ¿qué dicen? Dicen cosas que al escucharlas se conmueve todo el cuerpo, como si se sintiese el contacto de la muerte. ¡Es el viento!

» Unas gimen como quien pide gracia desesperando hallarla, y otras resuenan inflexibles y duras como quien oprime á los pequeños y á los pobres. Sí, sí, ¡es el viento!

» El hecho es que los paganos han dado muerte y sacrificado aquí á no poca gente, y bien puede ser que hayan quedado en estos sitios almas en pena, por no haber recibido la muerte de la manera con que debian haberlo hecho.

» ¿Y creéis que esos condenados no puedan volver aquí para aullar blasfemias contra la Cruz de Nuestro Señor, y preparar aun malvados golpes de mano?

» Cuando sopla ese viento, el diablo ronda por fuera, y guia al mal á aquellos que le buscan. ¡Mi madre así me lo ha dicho siempre!

» Ese es el viento que apaga la linterna del buen cristiano, y que atiza el hacha del incendiario; es el viento que abre de nuevo las tumbas de los eternamente malditos.

» Todo cuanto malo existe sobre la tierra y bajo de ella, goza cuando hace este tiempo. Es el tiempo bueno para los que esgrimen el cuchillo.

» Y si puedo daros un consejo, os diré que no os interneis demasiado en esas galerías. Permaneced siempre á mi alcance... ¡Mirad! ¡Mirad! ¡Oid!...

Escuché en efecto, pero no oí mas que el viento. El viento, á la verdad, silbaba de una manera lúgubre, y la noche y el lugar presentaban un aspecto siniestro.

La oscuridad crecía por momentos; parecia que el viento quebrantaba los muros y que estos iban á desplomarse : hasta creí oír gemidos debajo de la tierra.

Avancé con lentitud, sin ver á dos pasos de distancia de mí, y penetrado de un secreto sentimiento de horror. Me parecia eterno el tiempo que tardaba en llegar á la Cruz.

Por fin me encontré á su lado, me abracé á ella, y recé; pero sin conseguir por eso disipar el terror que me embargaba; por el contrario, parecia aumentar cada vez mas.

Forzoso es confesarlo : tenia miedo. Traté de retirarme, y sin embargo mi voluntad me retuvo allí. Ni de mi espanto, ni de mi propia voluntad, me daba cuenta.

No pudiendo permanecer mas tiempo arrodillado, me senté al pie de la Cruz. Mi corazon latia con dificultad, oprimido por una angustia indecible.

Es esa especie de agonía que se apodera de nosotros cuando un resplandor repentino y misterioso viene á iluminar ante nuestros ojos las cosas de este mundo; cuando vemos hollada y desconocida la justicia, oprimida y escarnecida la debilidad; cuando nos sentimos vencidos; cuando conocemos que un desastre irreparable va á tener lugar, que va á desaparecer una notable y admirada belleza; que va á desplomarse un edificio; cuando nos decimos á nosotros mismos que todo ha concluido; cuando la brutalidad triunfante salta de alegría sobre las grandes obras del pensamiento que ella ha destruido :

¡Cuando es preciso beber el amargo cáliz, y morir!

¡Tened piedad de nosotros, Señor! En esos momentos nosotros olvidamos la promesa de otra vida: no vemos y no sentimos mas que las injurias de la muerte.

¡Por vuestra agonía, oh Cristo, tened piedad de nosotros!

En medio de la oscuridad y de la noche que me rodeaba, se iba formando poco á poco en mi espíritu un

dia mas espantoso aun y mas siniestro que la noche misma.

A través del lúgubre rumor del viento, mi oído distinguía poco á poco ruidos y voces. Ruidos de cadenas y de látigos, aullidos de bestias y aullidos humanos.

El Circo volvía á poblarse. La muchedumbre vomitaba, en horrorosa mezcla, imprecaciones contra Jesucristo y adulaciones á César; y multitud de blasfemias venían á agitar las alas de la Cruz.

Las fieras rugían, y los gladiadores se ejercitaban en dar y recibir la muerte para alcanzar su aplauso.

En todos los semblantes se retrataba una repugnante fealdad, tanto mas horrible, cuanto que se conservaban aun en ellos algunos rasgos de una antigua belleza, como signo de su real y divino origen.

Eran los rasgos de las razas cristianas, los restos de la luminosa corona del bautismo que habia brillado en otro tiempo sobre aquellas frentes envilecidas, y devoradas ya por la lepra.

De repente resonó una gritería inmensa, á la que siguió un silencio profundo. Mis cabellos se erizaron, y todo mi cuerpo se estremeció. Vi entrar á los mártires, —ó mas bien, ¡ay! á las víctimas.

Llegaron lentamente y por grupos : cada grupo representaba un pueblo. Pero mi corazón quedó como atravesado por una flecha, y esperímenté un dolor imposible de espresar, al ver que la lepra pagana manchaba tambien, aunque menos estendida, aquellas frentes que esperaba ver resplandecientes de pureza.

En algunos de estos grupos, de los que cada uno re-

presentaba una nacion, que yo iba reconociendo á medida que se acercaban á la Cruz, observé algunas figuras que no parecian pertenecer al mismo pueblo.

La figura principal personificaba con mas perfeccion la nacion á que pertenecia. Su rostro triste, su frente humillada, conservaba mejor que las demas el tinte de la belleza cristiana. Pero los personajes que rodeaban á estas augustas figuras levantaban sobre ellas mil manos parricidas, para borrar los nobles vestigios que ellos habian casi completamente perdido : aquellas grandes figuras se defendian sin energía, y aquel carácter sagrado se extinguia por instantes, y la lepra se estendia en ellos cada vez mas.

Entonces vi surgir desde el fondo del Circo, y en el sitio que ocupaban los traficantes de gladiadores, el monstruo que ha descrito el Dante, el Fraude que se burla de los miserables humanos. Nadaba en una atmósfera densa y oscura, semejante al buzo que ha arrancado el ancla y entrega al navío á las erizadas puntas de los escollos.

«Hé aquí la bestia, la bestia de aguda cola, que allana los montes, derriba las murallas y rompe las armaduras. Hé aquí la bestia que infesta al mundo entero. Tiene el semblante de un hombre honrado, benigno esteriormente, pero sus instintos son los de la serpiente.»

Y el monstruo miraba á su alrededor con una mirada tranquila. En su boca entreabierta para mentir con la mas cínica serenidad, puede apenas observarse la leve sonrisa que descubre la perversa alegría de su corazon. En otro tiempo arrastró á los hombres al mar-

tirio; hoy, mas sabia y mas gloriosa, los conduce á la apostasía.

Las naciones permanecian allí divididas, seducidas, fascinadas. Fijaban en la Cruz miradas en que se retrataban los mas contrarios sentimientos. Tan pronto se veia dominar allí el espanto, como la vergüenza; tan pronto generosos rasgos de valor, de arrepentimiento y de amor, como el fuego sombrío del odio que se enciende en el corazon de los renegados.

Una de aquellas naciones, la primera, la que parecia la reina entre todas las demas, se presentaba tambien como la que sostenia el combate mas cruel dentro de su alma. La diadema católica que descansaba sobre su frente, ora irradiaba los mas puros resplandores, ora se amortiguaba como si el mas espeso velo la cubriera. Tenia una espada al costado, y permitia que insolentes enanos, llevando sus manos manchadas de negra tinta á aquella espada, tratasen de arrancarla de la vaina para derribar la Cruz. ¡Y, sin embargo, ella doblaba su frente ante aquella misma Cruz!

A veces separaba de sí con un simple gesto de disgusto á aquellos espantosos enanos; pero bien pronto les permitia acercarse á ella de nuevo. Otras veces, irguiéndose cuanto su altura la permitia, y como irritada contra sí misma, se llevaba la mano á la cabeza cual si quisiera arrancar de ella la sagrada insignia, pero aquella mano volvia á caer y permanecia nuevamente inmóvil. El Fraude la decia : «Vamos.» Y ella le contestaba : «No puedo.» ¡Oh nacion de la espada! En otro tiempo decias *no*, ó afirmabas con un *sí*, y la espada centelleaba en tu mano, y habia en ti firmeza y energía.

Dos personajes se destacaron del grupo que rodeaba á esta nacion. Uno de ellos, estendiendo la mano hácia la Cruz, dijo: «Estás vencida, y vas á caer. No hay ya un solo pueblo que te pertenezca; ni tienes ya la fuerza, ni eres la luz, y te abandonamos.» El otro se prosternó, y dijo: «Tú eres el trono del Dios vivo; aun cuando á Dios plazca que hayas de caer, no por eso dejaremos de adorarte; si tu caída nos aplasta, te adoraremos tambien al tiempo de morir, y si no morimos, nos volveremos á levantar y te adoraremos tambien: Hágase la voluntad del Señor así en la tierra como en el cielo.»

El que habia hablado primeramente, seguido de un gran número de aquellos personajes, fue á sentarse sobre las graderías del Circo, á pesar del Fraude, que trataba en vano de retenerlos. El que habló despues, y algunos otros con él, permanecieron alrededor de la Nacion de la gran espada que continuaba indecisa, sin observar ni quién se separaba de ella, ni quién continuaba á su lado. Y el Fraude les dijo: «Soy de los vuestros; salvemos la Religion.» Pero ellos no le respondieron, así como tampoco la miraron á ella.

Vi otra Nacion adornada con todo el aparato de la fuerza, de la riqueza y del poder. Estaba vestida con un manto de oro, y rodeada de cien diferentes pueblos, todos los cuales la llevaban y la ofrecian mas oro, pero todos tambien presentaban un aspecto vil y sórdido, y la lepra los devoraba. Unos habian completamente perdido la luz, otros no la habian recibido jamás. La honda huella de un trabajo servil deformi-

zaba sus miembros, cuya estenuacion se veia á través de sus desgarrados vestidos.

Y aun esa misma gran Nacion vista de cerca inspiraba lástima. Su rostro de tan brillante aspecto estaba cubierto con una espesa capa de afeites, y á través de su mantó de oro se advertia el infecto hedor de las úlceras que cubrian todo su cuerpo. No tenia espada en la mano, pero en cambio empuñaba látigos, cuerdas, cadenas y oro. Castigaba con el látigo á los mas rebacios en llevarla oro, y con el oro compraba espadas mercenarias, dispuestas siempre á herir á quien ella designase.

No obstante, tambien esta nacion, así como la primera, era hija de Jesucristo, y bajo la máscara de sus afeites, y en su mismo orgullo, habia aun algun resto de los resplandores del bautismo. « ¡Oh Cristo! dijo volviendo los ojos hácia la Cruz: yo no soy tu enemiga. Al libertarte de las supersticiones católicas, de las que yo misma me he librado, no he querido volverme contra ti; quiero permanecer cristiana, y dia llegará en que entre todos estos pueblos que me obedecen, tu nombre será proclamado por mí. » Al decir estas palabras, titubeaba; su voz era temblorosa, y no separaba su vista del Fraude, y el Fraude la aplaudió con firme y solemne voz.

Pero entonces se levantó de entre aquel grupo in-noble y embrutecido que rodeaba á la Nacion vestida de oro, y á la que continuaba llevando oro, sin ver nada de cuanto sucedia, ó sin comprenderlo, una noble figura. ¡Oh compasion! Al contemplar sus miembros descarnados, sus harapos y su palidez, podia tomársela por el pobre Lázaro pidiendo, sin obtenerla, una migaja de pán para aplacar su hambre; al contemplar las ligaduras que penetraban en la carne y rompián sus huesos,

podia considerársela como un cautivo del salvaje ejercitado en el arte de dar tortura; al contemplar su frente resplandeciente de fe, de valor y de amor, podia creerse que era el ángel que las santas mujeres vieron á la puerta del sepulcro, y que les dijo: «Aquel que creéis muerto, está vivo.»

Y esta arrogante figura, dirigiendo en su derredor una mirada igualmente llena de desprecio hácia el Fraude y hácia la Nacion vestida de oro, dirigió á esta la palabra, y la dijo: «Mientes; tú no eres cristiana, ni lo serás nunca. A pesar tuyo quizá, fuiste infiel á Cristo; pero hoy la traicion se ha convertido en medula de tus huesos. Harás traicion á Jesucristo, renegarás de El y morirás. Esa savia que te ha henchido desde que te separastes del trono católico, esa savia formada del sudor, de las lágrimas y de la sangre de las demas naciones, es un veneno que te está matando.

En vano querrias separarle de ti, combatir su accion, ó libertarte de él. Bebes lágrimas, bebes sudor, bebes sangre; bebes la muerte. Bebes tu propia herejía, que te ha hecho tan grande: esa es tu muerte. Así como los asiáticos á quienes prodigas el opio, tragas esa bebida sabiendo que te mata, y la beberás hasta que mueras.

«Mi buen Jesus no tendrá misericordia de ti; de ti, que en otro tiempo por gracia suya producias tantos apóstoles, y que hoy te has convertido en nodriza de apóstatas. Jesus demolerá tus fábricas de ídolos, y el fuego del cielo dejará vacías tus tabernas, donde se falsifica el verdadero Dios.

«En cuanto á mí, puedo esperar: mi Cristo no muere. Tú lo sabes; tú, que tantos siglos hace te afanas por hacerle morir en mi corazon, en el que le sientes vivir

aun, y que ves á mi mismo corazon vivir siempre por Él y para Él.

»Yo te emplazo ante el tribunal de Jesucristo á ti y á todos los pueblos que debias haber hecho ver la luz, y á quienes has dejado ó sumergido tú misma en las tinieblas de la muerte. Allí te pediré yo cuenta de mi sangre derramada por ti, de mis hijos muertos de hambre, de mi carne que has devorado para tratar de arrancarme á Cristo, y tú me darás cuenta de todo esto, y morirás.»

La Nacion vestida de oro trató de sonreirse, pero en realidad temblaba. Hizo señas á algunos esclavos para que pusiesen una mordaza al mártir, y ellos la obedecieron con un apresuramiento que tenia mucho de feroz, lanzando insultos contra él en medio de una gritería capaz de sobrepasar cualquiera otra voz humana. Pero el mártir, al mismo tiempo que se abandonaba á aquella ferocidad, volvió los ojos hácia la Cruz, y dijo dominando los clamores de los que le maltrataban : «¡Oh Jesus mio, plazca á ti apresurar el dia de tu justicia; pero, sobre todo, te ruego que des fuerza á tu testigo, ya que hasta ahora no ha penetrado en mí el cansancio!»

Vi otros muchos espectáculos dolorosos; vi entre los pueblos otras figuras humilladas é indecisas, y sobre todo vi un gran número de personajes embrutecidos. Los histriones, corredores de cambio, los mercaderes de oro y los especuladores en palabras, abundaban tambien. El carácter general de la multitud era el estupor y la estupidez. Se veia á esa multitud pronta á ejecutar todo lo que la ordenasen los que la conducian

y guiaban; dispuesta á derribar servilmente la Cruz, como pronta á honrarla servilmente en un momento dado. Humildes á su vez, aunque encubiertos bajo un aspecto de arrogancia, esos mismos que la conducian aguardaban para obrar lo que hiciese la Nación vestida de oro, y mas aun la Nación de la espada. Pero esta no salia de su perplejidad.

Vi un cuadro á la par trágico y grotesco; era un corvillo compuesto de miserables que temblaban por las amenazas de los sables de algunos fanfarrones, y cuyo terror los tenia en extremo pálidos. Rodeaban á una mujer noble y bella, y tambien á una especie de bufon, hombre de no elevada condicion y matachín, á quien habian puesto una corona de cobre adornada con cuentas de vidrio. Demasiado grande para la frente de aquel personaje, la corona sostenida por sus ridículos bigotes le cubria los ojos como una venda, y algunas veces se le resbalaba cayendo sobre su cuello, al que rodeaba como la argolla á los delincuentes.

Los fanfarrones decian á aquella noble señora que debia casarse con el bufon, y á este le aseguraban que habiendo libertado á la dama, esta queria en pago unirse á él, de cuya union naceria una raza que dominaria al mundo. Todos esperaban la decision de la Nación de la espada. Los fanfarrones — cuyos bolsillos observé estaban perfectamente repletos — hasta se atrevian á instarla, mostrándola sus puñales, mas temibles que las armas de guerra de que iban cubiertos.

Lo mas horrible era el blasfemo rugido que se elevaba sin interrupcion de aquel infame grupo; y en todo el Circo se veian tantas caras de reprobados como allí. Todos los tipos de la degradacion, todo el aspecto de la ignominia se veian retratados en aquellos semblantes, y, á decir verdad, en grande escala, imbéciles, hi-

pócritas, traidores, apóstatas bajo toda clase de trajes, principes, soldados, sacerdotes, de todo, y de todo en abundancia. ¡Oh cielos! entre ellos se veía tambien el traje de un Obispo. Todos gritaban: «Quitad á Cristo.» Y aquellos imbéciles hipócritas, haciendo la señal de la cruz sobre sus vestiduras, gritaban aun mas que los traidores y los apóstatas.

Aquella noble dama, que aquellas aulladoras fieras retenian con violencia jurando que la habian libertado, dirigia alternativamente su ojos hácia la Cruz y hácia la Nacion de la espada: «¡Oh Jesus! decia: te he sido ingrata y me has entregado á los hombres de la rapiña, á los hombres sanguinarios, á los hombres de la impiedad. Ellos han vertido el veneno del odio entre mis hijos.

»Han corrompido á los unos para disponerlos á que hagan traicion á los otros. Los que han sido víctimas de la traicion, son despojados y muertos por esos hombres feroces que han hecho apostatar á los que lograron corromper. ¡Oh Jesus! escucha la voz de la clemencia, y abrevie ella tus justas iras. Sostén la debilidad de aquellos cuyo corazon se niega aun á la vergüenza; derrama, para que puedan beberla todos, la saludable bebida en la copa del castigo.»

Despues decia á la Nacion de la espada: «¡Oh hermana mia! publicaban por el mundo que tú querias darme la libertad: ¿qué dices ahora del estado en que me ves, y de los libertadores que me has dado? ¿Qué dices de esta sangre, de estos incendios y de estos triunfos?

»¡Oh hermana mia! Dios te habia ungido, consagrado y armado para que fueses el brazo fuerte de la justicia, y dices que no puede blandirse un arma en el mundo sin tu permiso. ¿Tienen tambien con tu permiso

sus armas esos asesinos? » Pero la Nacion de la espada nada respondia.

El Fraude miraba entre tanto con singular complacencia al círculo que rodeaba á la noble dama. Aca-riciándola con su vista, proclamaba que aquella era una nacion naciente, y que aquella nacion le debía la vida. Y levantando la voz , dijo :

« Todos los males del mundo van á terminar. El mundo yacia bajo el yugo de un antiguo error , y este error habia engendrado la esclavitud y los partidos: mas hé aquí que el error está vencido, la noche se disipa, la libertad y la fraternidad de los pueblos nace por fin.

« Hagamos desaparecer del mundo el último signo del error. Quitemos del mundo la Cruz, que es un monumento de iniquidad, de iras y de bajezas; reemplacémosla por el águila altiva y generosa del Pueblo-Rey.

« Los que dicen que queremos abjurar de Cristo, nos calumnian. Un condigno castigo alcanzará á esos traidores, á esos embusteros. Nosotros conservamos á Cristo; no quitamos más que la Cruz.

« Separamos á Cristo de la Cruz. Durante mil ochocientos años le ha hecho permanecer en ella la supersticion , queriendo enclavar con Él al espíritu humano. Nosotros libertamos al mismo tiempo á Cristo y al espíritu humano. No mas odio, no mas esclavitud, no mas muertes, no mas suplicios; no mas tiranos sobre la tierra, puesto que no los hay ni aun en el cielo.

« La razon ha triunfado, y hace triunfar la libertad y el amor sobre los odiosos restos de la Cruz. ¡Oh Cristo! nosotros te adoramos; asístenos. »

Y como si toda la humanidad no hubiese sido mas que una banda de histriones, aquella multitud que lle-

naba el Circo y pululaba en su arena, obedeciendo á la señal dada, saludó con una prolongada aclamacion las palabras del Fraude. Y gritaron : «Nosotros adoramos á Cristo. ¡Abajo la Cruz!»

Sin embargo, en los grupos de las diversas naciones, algunos labios permanecieron mudos; y hubo una nacion entera que, grave, triste, apoyada la mano en el pomo de su espada, y separada de las demas, permaneció en un desdenoso silencio. Esta nacion era débil y pobre; pero en su actitud se descubria el recuerdo de una grandeza que podia renacer; sus animados ojos revelaban que los miserables pensamientos no tenian cabida en su corazon, y el sello del bautismo que brillaba en su frente, lejos de amortiguarse, resplandecia cada vez mas. Al ver su actitud, los demas grupos la lanzaron amenazas que ella escuchó sin temor alguno.

Las mismas amenazas cayeron sobre el corto número de los que no habian aclamado el discurso del Fraude. Los puñales brillaron en las manos, y vi á los partidarios de la nueva religion de amor y de libertad, dispuestos á degollar á sus hermanos. No obstante, la Nacion de la espada, que habia sido presa de marcadas oscilaciones durante un momento, y que apenas abrió sus labios para gritar ¡Fuera la Cruz! habia permanecido muda, hizo un gesto que impuso silencio á la multitud, y cayó de nuevo en su indecision.

El Fraude entonces, con su aire de benignidad y su voz de hombre de bien, exclamó : «Nada de sangre, nada de violencia, nada de fuerza. Propio es solo de la Cruz el hacer correr la sangre.

«La tiranía ha plantado esa Cruz en medio de la

sangre; arránquela solamente la libertad por el concurso ó el consentimiento unánime del género humano regenerado. Consultemos al verdadero soberano : que hable el pueblo.

• Hay quien se atreve á decir que el género humano ha abrazado á la Cruz, y quiere conservarla. La razon no retrocederá ante ese reto. Hagamos que pronuncie su voto el género humano entre la Razon y la Cruz. •

Una aclamacion mas formidable aun que la primera se levantó entonces. Se gritaba que era preciso votar y someter libremente el destino de la Cruz al sufragio universal. La seguridad de una victoria cierta apareció súbita en todas las frentes, de las que la señal del bautismo se borró por completo en aquel instante. Ni un solo puñal entró sin embargo en la vaina.

Tal fue en aquel instante la angustia que se apoderó de mi corazon, que me asombraba el que no cayese muerto por la violencia del pesar. Entonces sentí un dolor que yo no habia experimentado sobre ninguna tumba, por mas que arrebatase los para mí mas irremplazables seres. Es que cuando cerramos un ataúd, comprendemos que no nos vence á nosotros la muerte, y que nada nos roba que no nos haya de volver un dia; pero nunca habia visto el cadáver del suicida pendiente de la cuerda que él mismo se habia puesto al cuello.

Yo miraba aquella escena lleno de horror, y no veia mas que la embriaguez de una abominable alegría reinando por todas partes, ó un no menos abomidable espanto. No me atrevia á fijar mis ojos en la Nacion de la espada, por miedo de verla ganada al fin por el Fraude, con lo cual perdia yo la última esperanza que era

posible abrigar. Confiaba en ver desplomarse los muros, y pedia á Dios que enviase su rayo vengador. Pero Dios se desdeñaba de lo uno y de lo otro, y éntonces vi una prueba mayor de la que yo pedia, debida á su fuerza y á su poder infinitos.

Desde el fondo de la arena, y de en medio de un grupo tumultuoso y arrogante, formado de bárbaros paganos, y de otros bárbaros cubiertos con el antifaz de cristianismo, devorados por la lepra, marcados con el sello de la mentira, cargados de latrocinios y marcados todos con los innobles estigmas del látigo; desde el seno de aquel círculo, como de la prision mas infame y mas cruel que ha sabido inventar el infierno, se levantó una cautiva. Seguida de sus carceleros que se esforzaban inútilmente en ocultarla á las miradas de la muchedumbre, apareció junto á la Cruz pocos momentos despues, se detuvo allí, y guardó silencio; y todos los circunstantes le guardaron tambien. Su roja sangre corria por mil heridas, y formaba de sus rasgados vestidos una púrpura ante la cual palidecia el resplandor de otras reales vestiduras. El brillo de su corona bautismal sobrepujaba á los resplandores de las mas refulgentes, á pesar de que no era de oro y de fuego como las que ornaban otras sienés. Al ver el color de aquella sangre y el esplendor de aquella corona, creí ver el color de la sangre de Jesucristo, el esplendor del sol que ilumina la eternidad.

La cautiva permaneció de pie. Adoró silenciosamente la Cruz, y despues, sin romper el silencio, paseó sus miradas por todas las Naciones. La de la espada se cubrió el rostro con ambas manos; las demas, y aun la

Nación guerrera, la que había permanecido fiel, inclinaron sus frentes, y hasta los bandidos y los carceleros no pudieron menos de sonrojarse. Mas el mártir que estaba oprimido con las ligaduras por la Nación vestida de oro, se levantó, y se acercó á la ensangrentada cautiva.

Y la Polonia y la Irlanda se dieron el beso fraterno: entre aquella inmensa multitud compuesta de todo el género humano, no había mas que dos frentes erguidas, las únicas que llevaban coronas. Al contemplar tal escena, dos torrentes de lágrimas salieron de mis ojos, y desahogaron por fin la angustia de mi corazón.

Entonces ya no me sentí como clavado en la tierra. Me levanté libre de todo temor, y me puse de rodillas ante la Cruz. Y, sin dejar de llorar, me abracé á ella con ese amor que sabe despreciar las seducciones y desafiar la muerte.

Entonces sentí el efecto de la virtud de la Cruz. Una sola gota de aquella bebida, una chispa de aquel fuego, un rayo de aquella luz, un solo átomo de aquel perfume penetró en mi alma, y toda ella experimentó el consuelo.

Una voz interior pronunció dentro de mi corazón la palabra que constantemente desafía al Fraude y á la Fuerza, y que no les deja otro placer que el de beber sangre: TENED CONFIANZA: HE VENCIDO AL MUNDO.

La noche continuaba negra y sombría. El viento soplaba lúgubre é impetuoso; pero de toda aquella vision que tanto me había aterrorizado, no quedaron ante mis ojos mas que las cabezas de las dos Naciones

mártires, triunfantes, llenas de vida, y ricas de resplandores.

A la puerta del Coliseo volví á encontrar á mi joven soldado.—Mucho tiempo os habeis detenido, me dijo: ¿habeis visto alguna cosa?—Sí, amigo mío: he visto que hace un tiempo magnífico para los que pretenden dar infames golpes de mano.

Mas los consagrados á disponerlos se cavan á sí mismos la fosa; caerán en ella, y de allí no saldrán jamás. El que quiera permanecer con Jesucristo, caerá tambien en la tumba de Cristo; pero resucitará para no volver á morir jamás.

III.

El secreto de Roma.

¿Quereis saber exactamente y á ciencia cierta lo que la Iglesia piensa de sí misma? ¿Quereis penetrar los recónditos pensamientos del Papa acerca de las circunstancias presentes, sobre los peligros del momento y respecto á las amenazas del porvenir? Estos secretos me son conocidos, y puedo revelarlos.

Los he encontrado en un libro muy antiguo, compuesto por la Iglesia, y en el que mas de un Papa de la antigüedad ha puesto la mano. Este precioso libro es el *Oficio divino para los domingos y fiestas del año*. A decir verdad, es un libro muy comun; pero los políticos le leen poco y le comprenden menos. Muchos libros hay que ponen de manifiesto los pensamientos de la Iglesia, pero entre todos, este es el mas esplicito y el mas exacto. En él se ve en detalle todo lo que la Iglesia

pide á Dios desde los primitivos tiempos de su existencia, y todo lo que quiere que Dios la conceda. Le abrió en el oficio propio de la festividad de los Santos Apóstoles San Pedro y San Pablo.

San Pedro y San Pablo son los fundadores de la Iglesia romana; esa Iglesia ha nacido de su sangre, está establecida sobre sus tumbas, é invoca sus nombres para que la protejan desde el cielo. ¿Dónde mejor que aquí podía verter la Iglesia sus pensamientos? ¿Qué nos quedará que adivinar de sus secretos luego que conozcamos su oración?

La festividad de los Santos Apóstoles es la conmemoración de su triunfo, es decir, de su martirio. Martirio y triunfo son para la Iglesia dos palabras que tienen un mismo significado. Primera aclaración que podría bastar si los ojos de los políticos pudiesen ver. Mas puesto que aquí hallamos una luz completamente clara, aprovechémonos, para observar, de sus vivos resplandores.

La fiesta dura dos días. El primero pertenece mas esencialmente á San Pedro; el segundo á San Pablo. San Pedro es el Pontífice universal, el hombre de Jesucristo, escogido para ser el fundamento del edificio. Detengámonos en él; basta con eso para mi designio.

Toda festividad de la Iglesia es un poema dulce y patético á la vez, grave y lleno al mismo tiempo de una suave alegría. La Fe, la Esperanza y el Amor toman en él alternativamente la palabra. Toda fiesta de los Santos es un drama que representa la vida de un héroe, sus trabajos y su gloria.

La festividad de Simon Pedro, formado en la santidad por el mismo Jesucristo, Soberano Pontífice después de Jesucristo, Vicario de Jesucristo, Apóstol de Jesucristo y mártir de Jesucristo, nos ofrece el mas

bello de esos dramas consagrados á los héroes del cristianismo.

Pero debo evitar detalles que me llevarian demasiado lejos, y á un terreno donde no daria mas que inoportunos pasos. El docto y piadoso intérprete moderno de la liturgia, el hombre que conoce y describe mejor las riquezas que ella encierra, nos hará gustar las bellezas en que abunda la de la festividad de San Pedro.

Si el ilustre abad de Solesmes hubiese acabado su *Año litúrgico*, yo me contentaria con copiar algunas páginas de ese libro donde los fieles aspirarán el amor y encontrarán las alegrías que les prodiga el oficio divino. Entre tanto, yo me limito á indicar tan solo lo que aparece á los ojos de todo el mundo: el pensamiento de la Iglesia acerca de sí misma.

La exposicion del drama, perdóneseme esta expresion necesaria hoy, nos muestra á la Iglesia en los dias de la primera persecucion despues del sacrificio del Calvario: «Pedro y Juan subian al templo para encontrarse en él á la oracion de la hora de nona.»

Estas palabras nos representan á San Pedro cumpliendo las funciones, nuevas aun, de Jefe de la Iglesia. Va á orar al templo, que está próximo á caer convertido en ruinas. Bajo el peristilo le pide limosna un enfermo. Pedro le dice: «No tengo oro ni plata, pero te doy lo que tengo.»

Lo que tenia aquel siervo de Cristo que no poseia oro ni plata, era el poder de hacer milagros en nombre de su Señor Crucificado. En nombre de Jesus á quien los judíos crucificaron á causa de sus mismos milagros, manda al enfermo que se levante y se ponga en camino, y el enfermo sana.

Al ver tamaña maravilla, la multitud se conmueve

rodeando al discípulo que empieza á hacer lo mismo que el Maestro, y Pedro ante aquella multitud proclama el nombre de Jesucristo. No es ya el discípulo que creía, pero que temblaba; es el Papa, que sabe que Jesucristo vive.

Entonces los judíos, los fariseos, los escribas, y toda aquella raza de víboras se conmueve, viendo que la fe del pueblo renace en torno de aquel nuevo Cristo. La raza de víboras no quiere que se repita el sermón de la montaña, ni que haya mas muertos resucitados, ni multiplicados mas panes. Pedro es delatado ante los jueces, se le prohíbe volver á pronunciar el nombre del Crucificado, y se le deja en libertad. Y marcha; pero va á predicar á Jesucristo crucificado. Se le vuelve á llamar y se le reprende; confiesa que ha desobedecido, y anuncia al mismo tiempo su pensamiento y decisión de no obedecer. Se le reduce á prisión, se le carga de cadenas, y se le deja en libertad despues de algun tiempo. Y marcha, pero va de nuevo á predicar, á bautizar, á curar y á fundar iglesias.

Han pasado algunos años. El odio de los judíos se ha aumentado, piden á Herodes la muerte de Pedro, así como se les habia concedido la de Jesus. Herodes quiere congratularse con los judíos. Ha hecho ya decapitar á Santiago. Ordena que se aprisione á Pedro, y forma el designio de darle muerte.

Pedro estaba aprisionado, y guardado por cuatro diversas guardias, compuesta cada una de cuatro soldados. Toda la Iglesia pide por él, y pide sin cesar. Ha llegado la víspera del día señalado para su suplicio. Su vida va á terminar: ¿réstale aun algo que hacer en el mundo?

Todo lo que debia hacer, todo lo que le estaba encomendado, lo ha llevado á cabo con precisa exac-

titud. Ha proclamado el nombre de Jesús; ha curado á los enfermos; ha salvado á las almas, y ha quebrantado el poder de los demonios. Por eso los judíos pidieron su muerte. Herodes le ha condenado, y mañana debe morir. Hoy solo piensa en morir bien.

El morir no es crimen. No está obligado á libertarse á sí propio de las manos de Herodes; eso concierne á otro que no á él. Entre tanto que espera el día y el suplicio, se ha quitado las sandalias, ha soltado el cingulo que rodea su cintura, y acostado en el suelo, sujeto por dos cadenas y entre dos soldados, duerme tranquilamente.

Pero hé aquí que de repente el Ángel del Señor se aparece en la prision, que se inunda al mismo tiempo de claridad. Móviendo con su propia mano á Pedro, le despierta, y le dice: «Levantaos al punto.» Y en aquel mismo momento el prisionero ve caer las cadenas de sus manos. Sin embargo, no por eso pensó en huir.

El Ángel entonces añadió: «Cénios vuestro cingulo y tomad vuestras sandalias.» El prisionero le obedeció también. El Ángel prosiguió: «Tomad vuestros vestidos, y seguidme.» Y al decir estas palabras, salió seguido de Pedro. Atravesaron el primero, y tras él el segundo cuerpo de guardia, y llegaron á la férrea puerta de la prision, que se abrió por sí misma.

Salen, y apenas ponen el pie al otro lado del umbral, desaparece el Ángel. Entonces Pedro, que hasta aquel momento creyó estar soñando, se dijo á sí mismo: «Ahora conozco que el Señor ha enviado á su Ángel; y que me ha sacado del poder de Herodes, librándome de manos de los judíos.»

Ahora bien; al mismo tiempo que se recuerda incessantemente esta historia al devoto pueblo, el coro canta, ora los divinos salmos que nos pintan la fe y el

amor que abrigaban las almas de los Apóstoles, ora los que nos recuerdan las promesas de Jesucristo.

Aplicándolo á los Apóstoles, Jesus opone á los sanguinarios deseos de los judíos, á los crueles designios de Herodes, á los planes del humano poder, la profecía de David: « Vos los establecereis príncipes sobre toda la tierra, y ellos se dedicarán, Señor, á hacerla conocer vuestro nombre. »

¿Qué importa que Pedro esté aprisionado, sujeto con dos cadenas, custodiado por cuatro guardias de soldados, y encerrado tras de puertas de hierro? ¿Qué importa si es él quien ha dicho á Jesus: « Señor, vos sois Cristo, Hijo de Dios vivo; Vos sabeis, Señor, que yo os amo? »

Y él es tambien á quien Jesus ha dicho: « ¡Bienaventurado eres, Simon, hijo de Juan, porque no son la carne y la sangre quien te ha revelado esas verdades, sino mi Padre que está en los cielos. Apacienta mis corderos, apacienta mis ovejas. Y yo á mi vez te digo: Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia; y las puertas del infierno no prevalecerán contra Ella.

» Y yo te daré las llaves del reino de los cielos; y todo lo que tú ligares sobre la tierra, será ligado en los cielos; y lo que desatares sobre la tierra, desatado será en los cielos. »

Hé ahí lo que se dijo á Pedro antes de verse sujeto al poder de Herodes y del pueblo judío. La Iglesia lo recuerda al recordar los planes de Herodes; y lo repite con profética certeza despues de los planes de Nerón y de sus sucesores.

El Ángel dijo á Pedro: « Toma tus vestidos, y sígueme.

» Dios ha enviado á su Ángel, y me ha libertado del poder de Herodes. *Alleluia!*

«Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia.

«Tú eres el Pastor, ¡oh Príncipe de los Apóstoles! y las llaves del cielo han sido á ti entregadas.»

Sin embargo, el hombre que se llamaba Simon, recibió la muerte. Neron se la dió. Neron posee el oro, la plata y la muerte, y da aquello que tiene. Sin embargo, el hombre llamado por Jesucristo Pedro, no está sometido al poder de Neron.

Simon esperaba la muerte, y la dijo: «¡Oh muerte! tu juicio es santo;» y la saludó al verla cercana con singular ternura, porque esa muerte era el suplicio y el triunfo. La Iglesia no hablará nunca de esa muerte sino haciendo resplandecer su alegría. Y á este fin consagrará palabras sublimes, aunque vertidas por humanos labios.

Hay un recuerdo especialmente conmovedor, unido á la festividad de los Santos Apóstoles Pedro y Pablo: Dios no ha permitido que todo el polvo de trece siglos fuese bastante á cubrir de olvido el nombre del inspirado poeta que quiso honrar el triunfo de sus héroes.

Vivia en Roma en el siglo xv, y en medio de los mas brillantes resplandores de la fortuna y del alto rango, una jóven patricia no menos célebre por su virtud que por su belleza. Se llamaba Elpis; era esposa de Boecio, que fue tres veces cónsul y que murió por la Verdad.

Esta hija de la Roma imperial, encantadora flor de la activa sangre de los señores del mundo, fue quien cantó el triunfo de los príncipes de la Roma de Cristo, y hé aquí su canto que á través de los siglos ha llegado hasta nosotros, conservado en los inmortales labios de la Iglesia:

«Tú esparces en el mundo un resplandor brillante

y del hermoso color de la rosa, ¡oh Luz de Luz! en este día en que se glorifica á los cielos por un ilustre mártir, y desciende sobre la tierra el perdon á los pecadores.

«El que tiene las llaves del cielo, y aquel que instruye á las naciones, ambos jueces del mundo y ambos antorchas suyas; triunfantes los dos, uno por la Cruz y otro por la espada, toman posesion de la vida en el Senado de los Santos.

«Dichosa tú, ¡oh Roma, cuyo manto ha purpurado la preciosa sangre de tan grandes príncipes! No por tu gloria, sino por su mérito, sobrepujas á todas las bellezas del mundo.»

A estos recuerdos generosos y sublimes, á esta expresion de su alegría, añade la Iglesia sus oraciones:

«¡Oh Dios! dice en su nombre y en el de todos los fieles; ¡oh Dios, que habeis consagrado este día por el martirio de vuestros Apóstoles Pedro y Pablo; conceded á vuestra Iglesia la gracia de seguir en todo los preceptos de estos hombres santos, de quien ha recibido los primeros principios de la Religion!»

Concluido todo el oficio, para reasumir su espíritu añade aun la Iglesia estas últimas palabras, este último cántico:

«Hoy ha subido Simon Pedro al suplicio de la Cruz. *Alleluia!* Hoy aquel que tiene las llaves del cielo ha marchado lleno de alegría á unirse á Jesus.—Hoy el Apóstol Pablo, la luz del universo, ha inclinado su cabeza bajo la espada, y ha sido coronado con la corona del martirio. *Alleluia!*»

Y bien: ¡hé ahí el secreto de la Iglesia y los secretos pensamientos de los Papas, en medio de las vicisitudes de los actuales tiempos! Y cuenta que al hablar de la Iglesia y del Papa me refiero á la Iglesia de mañana lo

mismo que á la de hoy; á los Papas futuros como á los venideros, y á los que pasaron ya.

Todo el que quiera conocer los secretos políticos de la Iglesia, abra uno de sus libros, y allí lo encontrará: desde mucho tiempo há, tiene depositados en ellos todos sus secretos. Léanlos y traten de comprenderlos, sus adversarios lo mismo que sus hijos. Solo el oficio de la festividad de los Santos Apóstoles bastará para explicárselo todo.

El Papa no ignora qué es lo que desean los judíos, ni lo que Herodes está dispuesto á hacer para complacerlos, ni lo que Neron puede llevar á cabo. ¡Y á la verdad, que tiempo ha tenido para saberlo! ¿Cuántas veces no se ha visto cautivo, encadenado y rodeado de guardias de vista? ¿Cuántas veces no ha subido al patíbulo de la Cruz?

No tiene ni oro ni plata para comprar á sus carceleros, ni armas para combatirlos. Pero tampoco ignora que se le ha dicho: *Tu es Petrus*, y que se le ha dicho para siempre. Tiene las oraciones de la Iglesia, tiene al Ángel del Señor, á cuya presencia caen los hierros sin que los rompa, ante el cual las puertas de hierro giran por sí mismas sobre sus goznes.

Sabe que Simon puede morir, puede subir al patíbulo: *Hodie Simon Petrus ascendit crucis patibulum. Alleluia!* Sabe que la cabeza de Pablo puede caer bajo la cuchilla: *Hodie Paulus Apostolus inclinato capite pro Christi nomine martyrio coronatus est. Alleluia!*

Peró Pedro y Pablo han sido establecidos Principes sobre toda la tierra para enseñar á todas las generaciones el nombre del Señor; han anunciado las obras de Dios, y han comprendido sus maravillas; su voz se ha dejado oír sobre toda la tierra: *in omnem terram exivit sonus eorum!*

Vos sois el Pastor de las ovejas, ¡oh Príncipe de los Apóstoles! y las llaves del reino de los cielos os han sido confiadas; vos abris y cerrais: y lo que atais sobre la tierra es atado en el cielo, y lo que desatais sobre la tierra es desatado en los cielos. *Alleluia!*

IV.

Última tarde en Roma.

..... Embebidos en la conversacion habíamos llegado al peristilo de la Basílica. La luna brillaba en el cielo, y su plácida luz se reflejaba en la majestuosa columnata, á la que daba un aspecto mas imponente que nunca. Un profundo silencio reinaba en torno nuestro; pero era ese elocuente silencio de Roma, que deja oír los pensamientos de que aquel aire parece estar siempre impregnado.

«Sabeis-ya, dijo Fr. Gaudencio, que nos hallamos en el sitio que ocupó el Circo de Neron. Aquí han resonado los ladridos de sus perros persiguiendo á los cristianos cubiertos con pieles de fieras. Aquí ha guiado Neron su carro al resplandor de la luz que proyectaban los mártires embetunados con resina y encendidos como antorchas. De este modo divertia Neron á su pueblo, y así servia á sus dioses.

«Este pavimento cubre una tierra tan santa como los mismos altares. Nuestro buen Pio V recogió un dia un puñado de este polvo, y se lo dió á un embajador de Polonia que le pedia reliquias. Cuando el embajador, de vuelta á su casa, abrió la tela en que habia envuelto aquel presente que creia no consistir mas que en polvo, encontró únicamente sangre.

«Turbado, y lleno de temor y de alegría, fue á in-

formar de ello al Papa. Este santo hombre cuya fe habia bastado para hacer revivir una sangre vertida y seca quince siglos hacia, respondió que ya sabia que la tierra del Vaticano estaba saturada con la sangre de los mártires, y que por esa razon habia desterrado de aquel sitio los espectáculos públicos que se daban en él en otro tiempo.

»¡Oh cuán preciosa es esta tierra! ¡Cuántas, cuán grandes y cuán sublimes miradas se han fijado en ese cielo! ¡Cuántas ardientes oraciones, partiendo de este sitio, han volado hasta Dios! Allí vivió nuestro Pio V, ese hombre llegado verdaderamente á la altura de la Cruz real, ese último vástago de la raza de los gigantes católicos.

»Desde una ventana de este palacio, en esta misma estension de cielo, leyó Pio V los sucesos de la batalla de Lepanto. Sus consejeros estudiaban las peripecias amenazadoras de la guerra, y él entre tanto miraba al cielo.—«No busquemos, les dijo, nuevos recursos: »Dios nos ha concedido la victoria.» Y esto sucedia precisamente en el momento en que la escuadra católica dispersaba la flota enemiga.

»En este palacio fueron tambien ajustados los destinos de la Francia, cuando Sixto V exigiendo y preparando la abjuracion de Enrique IV, impidió al mismo tiempo que la Francia se convirtiese en protestante. Y si Enrique IV hubiese sido digno de Sixto V, hoy no habria Inglaterra.

»Aquí tambien Inocencio XI luchó contra Luis XIV, y murió oprimido por el pesar, pero murió triunfante. Sin él, la herejía real invadiria hoy la Francia. Resbaláteis por la pendiente que conduce al cisma; os convertiríais yo no sé en qué, pero no érais ya Francia.

»De aquí tambien fue arrebatado Pio VI para no

volver mas; pero Pio VII volvió tres veces llevado en los mismos brazos de la fuerza incrédula. Y pudo ver aplicada por Dios la pena del Talion: por los cinco años de Savone y Fontainebleau, los cinco años de Santa Elena. Ahora bien: Fontainebleau no fue mas que una prision, pero Santa Elena fue una tumba.

»Aquí volvió asimismo Pio IX. Aquí permanece todavía. Viendo estamos cuántas conjuraciones se agitan y cuántas tempestades se desencadenan para arrebatarle nuevamente de este sitio. Pero permanecerá, volverá, ó el Vaticano caerá y sus ruinas cubrirán al mundo entero. Las piedras del Vaticano destruido rodarán por toda la tierra, y derribarán los tronos, las casas y los sepulcros. Estos restos serán las lápidas que ponga Dios á las tumbas de la raza humana.

»Destruida esta mansion, perecerán todas las del mundo. Durante algun tiempo despues, quedarán tal vez tabernas, prisiones y falansterios; pero desaparecerá el hogar, no quedará un lugar santo en que tenga el hombre un honrado lecho y bajo el que pueda encontrar abrigo una cuna; y esos asilos inmundos en que se ha refugiado una humanidad envilecida, se desplomarán bien pronto sobre ella, y perecerán.

»Y entonces los hombres se disputarán las fragosidades de las rocas, y se matarán unos á otros á la entrada de las cavernas; pero las rocas caerán para aplastarlos y las cavernas los vomitarán; y los que hayan encontrado sepultura serán arrojados del sepulcro; porque la tierra es una criatura de Dios, y no querrá dar asilo á una raza que rechace al Hijo de Dios.

»Aquel que ha rescatado la humanidad á precio de su sangre, y á quien ha sido entregada toda la tierra, el Señor de todas las cosas, ¿habrá de ser desterrado de un mundo que Él creó? ¿No ha de quedarle ni un

solo rincon de tierra, ni una sola piedra donde descansar su cabeza? ¿Podrán decirle : « Aléjate de nuestros dominios, vete á tu cielo, puesto que eres Dios? »

¿Y creen que poseerán palacios, jardines ó espacio alguno sobre la tierra? ¿Creen que el sol les prestará su calor y la luna su dulce claridad, y que las estrellas sonreirán tambien en medio de semejante y tan horrible noche?... ¡Ah! no; todas las criaturas que se querellan ya del pecado del hombre que ha destruido su primitiva belleza, levantarán á Dios unánimes su voz y le dirán :

» Señor, ya es tiempo de que pongais término á nuestra vergüenza y á nuestro dolor, porque somos obra de vuestras manos, y hemos sido creadas para dar testimonio de Vos, y nos habeis dotado de voz para publicar vuestras grandezas; voz que la especie humana ha entendido durante largo tiempo; pero hé aquí que nuestro lenguaje no es escuchado ya, ó no es comprendido.

» Somos vuestras obras, y estamos destinadas á revelar vuestro poder; nos habeis asociado á vuestros mas estupendos prodigios, y os habeis dignado servirnos de nosotras para obrar milagros mas grandes que nosotras mismas. Habeis suspendido las leyes que nos rigen, habeis parado al sol en su carrera, é interrumpido el curso de las aguas.

» Habeis dado un nombre á las estrellas, y mas de una ha sido separada del lugar que ocupaba y de la órbita que recorria, en testimonio de vuestra voluntad. Una estrella dirigió los primeros pasos de los hombres hácia el Hijo de Aquella que está coronada de estrellas, revestida con el resplandor del sol y que tiene la luna bajo sus pies.

» Habeis formado al hombre del barro de la tierra, y

ese hombre ha dado el ser á María, de quien ha nacido Jesus. De ese mismo barro, amasado por vuestras manos para que produjese un dia la carne del Verbo; nacen tambien la espiga de oro y el racimo purpurado, que alimentados por el sol y enriquecidos con los aromas que derraman los astros, se convierten en el cuerpo y la sangre de Jesucristo.

» Señor, ¿para qué el pan y el vino en un mundo en que de hoy en adelante ya no tendreis altares? ¿Para qué el aceite, si no habrá mas unciones? ¿Para qué el incienso y la cera una vez abolido el sacrificio, y apagadas las lámparas del santuario? ¿Para qué las flores, si ni á Vos ni á María volverán á consagrarse fiestas ya? ¿Para qué la tierra, si ya no la habitais Vos? ¿Para qué, en fin, los hombres, si con ellos no ha de aumentar ya en el cielo el número de los Santos?

» Hoy que la verdadera oración formulada en armoniosos cánticos no atraviesa la esfera para llegar hasta Vos, toda esta máquina llamada mundo, que Vos habeis creado tan perfecta, no halla consuelo en medio del desorden en que la han envuelto vuestros enemigos. Sufre, se lamenta y clama á Vos. Señor, vuestras criaturas están abrumadas de fatiga, y os piden reposo.

» Hoy es cuando se hace preciso mandar al trigo que no brote en el surco; á la viña que no florezca, á la abeja que no trabaje y á la oliva que no dé fruto. Hoy es cuando los vientos y la mar pueden dormir por fin, y el sol y las estrellas elevarse á mayor altura aun, derramando toda su luz en el cielo de los cielos; y hoy, cuando la tierra entera puede disolverse: vuestras criaturas están fatigadas y os demandan descanso.

» Escuchad á vuestros ángeles desolados, que vuelven á Vos con sus manos vacías; escuchad á vuestros Santos que llenos de indignacion han juzgado al mun-

do; escuchad á María, á María enojada, que espera hollar la cabeza de la serpiente; escuchad al corto número de temerosos justos que quedan aun en medio de este centro de infames miserias, los cuales piden y desean morir. »

La voz de Fr. Gaudencio, contenida y temblorosa por la emocion, resonaba en nuestros oídos como el ruido de un trueno lejano, y mientras habló le escuchamos atentamente. Cuando hubo concluido, permanecemos aun en silencio. Entonces se apercibió de nuestra conmoción y de la suya propia, y después de algunos instantes nos dijo con una cándida sonrisa, pero con un resto de fuego aun en sus ojos y de vivo color en su rostro : « Os he hecho oír un discurso , perdonadme.

» Acabo de llegar de una larga correría á través del mundo civilizado y bárbaro. He ido al Mediodía y al Norte, al Levante y al Poniente. Estaba hace dos años en el Brasil, hace uno en Inglaterra, hace seis meses en Francia, pocos meses há en el Cairo, en Damasco y en Constantinopla, há pocas semanas en Alemania, y hace solamente días en el Piamonte.

» Lo que yo no he visto por mis propios ojos, me lo han descrito otros que acababan de verlo, y los testigos mas fieles han sido los que no querían darme á conocer la verdad, ó los que no la conocían ellos mismos. Creo que sé todo lo que está pasando en el mundo en este momento. Aquí parece que se ha presentado todo á mi vista. Aquí está el nudo de todo.

» Allá abajo se urden muchos complots. Hay grupos de infernales cabezas, obedecidas por masas degradadas. Yo sé muy bien lo que esas cabezas se propo-

nen; acaso mejor que la mayor parte de ellas mismas. Solo nosotros los cristianos conocemos perfectamente al verdadero jefe de esos conjurados. Todos sus esfuerzos se dirigen hácia aquí. Lo que llegarán á obtener, Dios lo sabe; pero es lo cierto que aquí es donde está Dios.

• Yo os lo aseguro: está aquí, y solamente aquí; y aun os aseguro mas: si se deja arrojar de aquí, podrá consentir en irse, pero no en establecerse en otra parte. Ha escogido este sitio, y así aceptará otro lugar, como llegarán sus adversarios á crear otro Dios. Y habrá—no deis á mis palabras mas que un sentido compatible con la fe—habrá un interregno, una interrupcion del reinado visible de Dios.

• Nada pretendo saber acerca de la duracion ó del fin del mundo, y lo mismo podrá verse bajar un dia del caballo en esta plaza á un Carlomagno que á un Atila; pero lo que quiero deciros es que será preciso reedificar en esta plaza el Vaticano demolido, ó perecer. •

V.

Pius PP. IX.

Á M. EUGENIO VEUILLOT.

El Santo Padre se ha dignado concederme la audiencia de despedida. Hoy he tenido, por lo tanto, una vez mas la dicha de besar sus pies, de oir su voz y de recibir su bendicion. La he pedido y la he recibido para mí, para ti, para nuestras hermanas, para nuestros hijos, para todos nuestros hermanos en *El Universo*, cuyos nombres sabe él.

Esto sucedia en el humilde gabinete donde Pio IX

pasa en cierto modo su vida, ocupado de tantos y tan graves negocios, y dignándose, sin embargo, prestar oído á otros tan pequeños como yo. Pío IX se da todo á todos, á nadie rechaza; admite al que le pide justicia, al que le implora socorro, al que le pide consejos, y aun á aquel que quiere solo llevar consigo el consuelo de haberle visto.

Antes de anunciarme, Mons. de Mérode, á quien encontré de semana, con gran satisfaccion mia, me hizo esperar un momento en la piecécita que precede al gabinete. Acababa de sonar una campana, dando la señal de una corta oracion que se hace diariamente por todos los difuntos de la cristiandad, y el Papa estaba rezando. Cuando hubo terminado, entré.

Le encontré delante de su escritorio alumbrado por algunas bujías, y fijos los ojos en varios papeles que tenia delante de sí. Me recibió con esa inesplicable sonrisa que resplandece habitualmente en medio de la serenidad de su rostro. Se recostó algun tanto en su sillón, como para indicarme que podia hablar cuanto quisiese, y al verle, parecia que no tenia otra cosa que hacer mas que escucharme.

Tú le has visto, y recuerdas sin duda aquella expresion de dulzura, de benignidad y de paciencia; aquellos ojos negros, espresivos y francos; aquel carácter de majestad paternal que ni el pincel ni la fotografía consiguen reproducir, pero que, una vez visto, no puede olvidarse jamás. Los años y los disgustos han blanqueado sus cabellos é impreso mas marcadamente el sello de la fuerza de ánimo en aquel semblante tan dulce.

Al verle, esperiménté la misma emocion que he esperimentado siempre, una emocion nacida en el fondo de mi pecho; y que no es ciertamente la de la timidez.

Yo creo que para ser tímido ante Pío IX seria necesario estar obligado á mentir, y á su presencia, aun sin pensar en Dios, se tendria miedo y vergüenza de mentir, porque él lee hasta en lo mas recóndito del alma.

Tú sabes cuáles han sido las palabras que he escuchado de su boca en diversas ocasiones. Las he escrito como otros tantos oráculos, y ellas han sido nuestra regla. Aun cuando no hayamos sabido conservar la calma en la polémica tanto como él hubiera querido, faltándonos á pesar nuestro, ya arrebatados por la indignacion, ya impulsados por la necesidad, nunca, sin embargo, hemos tomado una senda que no haya sido aprobada por él.

A Dios gracias, las dos cosas que ciertas personas nos reprochan, no nos las reprocha él. No vitupera ni nuestras rebeliones contra la tendencia del espíritu moderno y contra las tesis de concordia y transaccion que pretende establecerse entre Jesucristo y Belial, ni nuestra sincera aceptacion del establecimiento político de 1851, ni el gran deseo que hemos tenido siempre de que reine la mas completa union entre los dos poderes.

Tú sabes cuánto me recomendó en otra ocasion, no solo el no ser hostil sin motivo y con la única mira de merecer miserables aplausos, lo cual es contrario á la lealtad cristiana, sino tambien el no ocultar nunca el bien, buscando, por el contrario, las ocasiones de ensalzarle.

Hoy me ha hablado de los peligros que amenazan á la Iglesia. Me ha dicho que se hallaba tranquilo y que no abrigaba temores, pero que no podia dejar de conocer que todos los golpes se dirigian contra él, desde Inglaterra, Italia, Alemania, y hasta Rusia. — ¡La Rusia, ese gobierno de tinieblas y tiranía atacar al

gobierno pontificio, y echarle en cara que pretende llevar al mundo al retroceso!.....

«Sí, exclamó el Santo Padre; atravesamos un siglo audaz en extremo: el siglo de los caminos de hierro. Se obra con apresuramiento, se camina muy de prisa..... ¡y se camina mal!» Estas últimas palabras fueron pronunciadas con una extraordinaria espresion de tristeza, la que, á pesar de ser tan honda, no borró la angelical y tranquila sonrisa del Santo. Despues continuó:

«La Santa Sede trata de contener este desordenado ímpetu, y continuar por el camino recto. El tiempo no es nada apacible. Los espíritus se descarrian fácilmente. Hay una predisposicion casi general á cambiar lo que Dios ha establecido por mano de los siglos. Se pretende hacer algo mejor que lo que existe. Pero no se hará, y Dios sabe si aun se desea hacerlo.

«El Papa debe bajar á las Catacumbas, ó reinar en Roma. «No hago aprecio únicamente por lo que á mí toca del aparato exterior anejo al poder temporal. «Creo saber muy á fondo que no soy Papa para vivir rodeado de mi pobre corte, y pasear en carruaje de cuatro caballos. ¿Qué valor puedo dar yo á todo eso? «Esta esterioridad es un lugar asignado al Jefe de la Iglesia, como los ojos tienen destinado su sitio en el cuerpo humano. Así debe ser, puesto que así lo quieren las leyes que sostienen el órden; y el que pretendiera solo cambiar de sitio á los ojos, querria en realidad arrancarlos.

«Sostengo el poder temporal y le defenderé á riesgo de mi vida, porque el poder temporal es útil á la plena libertad de la Iglesia, y esta libertad es necesaria á la sociedad católica y á todo el género humano. «Si el Vicario de Jesucristo debe bajar de nuevo á las

«Catacumbas, será obligado por la impiedad de la fuerza y para desgracia de los hombres. Con él bajará también allí Jesucristo, y con Él á su vez, la libertad. Dios y la libertad desaparecerán de sobre la tierra. Sin duda alguna que llegará un día en que sea restablecido el órden; pero ¡al cabo de cuánto tiempo y á costa de cuántas catástrofes!»

Un incidente de la conversacion trajo á ella el recuerdo del niño judío, ese célebre Mortara, bautizado en peligro de muerte por una criada católica, y por esta causa separado del lado de sus padres, para ser educado á espensas del Santo Padre en el conocimiento de Dios.

El Santo Padre se dignó decirme que en medio del ruido que produjeron en tal ocasion los libres pensadores, discipulos de Rousseau y de Malthus, nosotros habíamos sostenido bien la causa y el derecho de la Iglesia. Con este motivo se estendió un poco sobre la deplorable ignorancia que habian revelado muchos cristianos, cual si no conociesen el carácter, las obligaciones y los privilegios divinos del bautismo.

Me dijo que él había podido observar cuán poco interesaba el niño y su porvenir á tales parientes, incrédulos, protestantes y judíos. Todo se reducía para ellos á una máquina de guerra organizada contra la Iglesia, y á falta de aquella, hubieran sabido organizar otra.

«Se han propalado, prosiguió, muchas mentiras, muchos hechos inexactos y muchas doctrinas erróneas. En esta parte, los ministros de varias potencias han diferido muy poco de los periodistas. Se han sentado gran número de proposiciones inútiles y que descubren la ignorancia de sus espositores; y esto sin contar los pasos dados sin otro objeto que el de sobrelevantar la pública opinion.

«La fuerza no ha podido conseguirlo, sin alcanzar la triste ventaja que generalmente obtiene en los negocios de este mundo. Si un soberano absolutamente poderoso dijese al Papa: «Dadme algunos millones;» el Papa, para evitar mayores males, se dejaría despojar, pidiendo á Dios no tomase despues al espoliador una cuenta demasiado estrecha.

«Pero si en vez de eso dijese al Papa: «Entregadme un alma;» todas las fuerzas del mundo no bastarían á arrancarle su asentimiento, y no habría peligro cuya presencia fuera bastante á hacerle retroceder, pues que para el Vicario de Jesucristo nada hay más precioso que las almas que pertenecen al mismo Jesucristo.»

Yo buscaba consuelos, y el Padre Santo me los ha dado. Esos consuelos irradiaban de la serenidad inalterable de su mirada, y de su semblante, al propio tiempo que se desprendían de sus palabras: «Veo el peligro, me dijo; veo los cañones dispuestos á hacer fuego, veo la ceguedad de los hombres, mas desoladora que la misma maldad de algunos de ellos, que á pesar de todo hacen ese mal, sin saber lo que hacen; veo la hipocresía, peor que la locura y la brutal maldad, y eso es lo que me hace sufrir.

«Pero al mismo tiempo, raciocino, y me digo á mí mismo que Dios no da ni emplea jamás en vano fuerza alguna. Ahora bien; veo que ha dado en abundancia á la Iglesia la fuerza de la oración. Esa fuerza está formada por el concurso de cada una de las partes del mundo católico. Esa fuerza producirá su efecto; ¿y cuál puede ser este sino el esplendor de la Iglesia?»

Despues de estas palabras besé el pie al Santo Padre, y me retiré con el corazón lleno de valor y de alegría.

Si hubiese de espresar lo que he comprendido, mas bien que lo que he oido, diria que el Santo Padre cree sea esta una catástrofe, llamada á dar en la historia una demostracion de la divinidad de la Iglesia. Lo espera todo por parte de sus adversarios, y con nada cuenta en cuanto á sus amigos; pero no duda de Dios y de que ese mismo Dios ha de prestarle su ayuda en el combate que habrá de sostener.

El Santo Padre sabe que está amenazado, si asi puedo espresarme, de la enfermèd de los Papas, la enfermedad de las Catacumbas. Pero sabe tambien que los Papas no mueren de ella.

Cual Pedro, cautivo de Herodes y condenado á muerte, lo hiciera en la víspera del dia prefijado para la ejecucion, el Papa se ha descalzado las sandalias y desceñido su cintura, y duerme ó mas bien vela, atado y entre dos soldados. ¿Cuánto tiempo durará esa víspera? No lo sabe. Eso concierne á Dios. Cuando haya llegado el momento, Dios le enviará un mensajero que penetrando á través de las puertas de las prisiones, le dirá: *Surge*. Entonces se levantará, y hará lo que le sea mandado.

Hé ahí el gran espectáculo que presenta Roma; ese sepulcro mas brillante que ningun otro lugar iluminado por el sol, ese sepulcro de donde se exhala el perfume de la vida. Yo bendeciré eternamente á Dios por haberme permitido contemplarle. Aquí, aquí es dónde el hombre conoce que es hijo de Dios y vencedor de la muerte.

Aquí, en la *Ciudad del Perdon*, como llamaba Nuestro Señor á Roma, hablando á Santa Brigida; en la

Ciudad del Perdon, y cerca del que desata los lazos del pecado, es donde vemos y conocemos bien claramente la rabia al par que la impotencia que distinguen á Satanás. Satanás no establecerá nada permanente sobre la tierra, y no poseerá mas que lo que voluntariamente á él se entrega.

¡ Encierren en buen hora al Papa, á Jesucristo y á la libertad en las Catacumbas, y edifiquen sobre este volcan! El volcan estallará, aun cuando le hayan cargado con el peso del mundo entero; y todas sus construcciones volarán convertidas en polvo.

Nada hay tan bello, nada tan grande sobre la tierra como ese solo hombre desarmado, contra el que tantas potencias se levantan, y á las que tiene en jaque, sin que pueda abrigar el temor de ser vencido. Nada tan bello como el espectáculo de la fe, en medio del desastre de las cosas humanas; nada, á no ser el aspecto de la humildad en esa misma seguridad de la fe. « Si me apoyase en mí mismo, dijo el Santo Padre, caería; pero es en Dios en quien me apoyo. »

¡ Qué gracia es para nosotros, hermano mio, siendo hijos de este siglo, nacidos en medio de estas tinieblas, educados al azar, lanzados por sendas seductoras y descarriadas; qué gracia y cuán grande motivo de alegría el hallarnos en el camino que recorreremos, ser hijos de la Santa Iglesia, conocerla, amarla, participar de sus dolores y vivir con sus esperanzas!

¡ Qué privilegio el tener por Jefe á Pio IX, el estar entera y únicamente con él, que está á su vez en medio de la Asamblea de los Santos y de los mártires de todos los tiempos, y, como ellos, con el mismo Jesu-

cristo, y estar tan cerca de él, que podamos esperar que no le alcanzará golpe ni caerá sobre él injuria sin que nosotros recibamos de aquel y de esta la parte que nos corresponde!

En cuanto á mí, á pesar de todas las amenazas del tiempo, persisto en creer que todo eso no es mas que el principio tumultuoso de una gran era feliz para el Papado. Y lo creo así, sin embargo de que no ignoro que todas las razones humanas están en contra de tales esperanzas. Creo que al no poder vivir el mundo sin autoridad, vendrá á buscarla al manantial de donde únicamente nace, que es la Santa Sede.

Hagan lo que quieran la astucia, la fuerza y la sabiduría mundanas, el orden no será jamás sino el respeto debido á todos los derechos; y para establecer el orden, será necesario empezar por afirmar, de una manera solemne, el derecho del Papado, que es el derecho de Dios. Será necesario reconocer que Pedro, Vicario de Jesucristo, primogénito y Jefe de la familia cristiana, es el verdadero conservador del humano poder.

Cuando se hayan intentado todos los medios, y esos ensayos lo hayan reducido todo á polvo, y quedando convertido el género humano en el juguete sangriento y destrozado de la fuerza, ese género humano vendrá á Pedro, y á él será á quien pida que le devuelva la autoridad. El Papa restablecerá la monarquía ú organizará la democracia, y de toda suerte el Papado será lo que es, es decir, la Cabeza del mundo; ó el mundo decapitado perecerá.

Pero si el mundo ha de encaminarse hácia este último extremo, y está ya próximo á él, sin tener un momento mas de próroga, en medio de las horribles peripecias de la catástrofe final que han de sucederse en los últimos dias que nos restan, bendigamos á Dios tanto mas

tierna y ardientemente, cuanto que no somos de los que han de triunfar en medio de esa agonía, á costa de las cosas santas, sino que, por el contrario, pertenecemos al número de los que derramarán lágrimas, y las honrarán hasta la muerte. De este modo alcanzaremos la mejor parte en la muerte, despues de haber disfrutado tambien de la mejor en la vida.

Y nuestros ojos encontrarán consuelo, enajenados á vista del bello rostro de los Santos y del espectáculo de su gloria; y sus miradas amigas se volverán hácia nosotros como un rayo del eterno sol.

Habremos sufrido por la justicia; pero habremos creído, habremos admirado, habremos esperado, habremos amado.

«Bienaventurados los que sufren persecucion por la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos.» ¡Oh Verdad eterna! no habíais dicho aun bastante, y dais mas de lo que habíais prometido; porque los que aman la justicia y padecen por ella, poseen ya en este mundo el premio del amor.

FIN.



INDICE.

| | <u>Páginas.</u> |
|-------------------------|-----------------|
| EL PERFUME DE ROMA..... | 6 |

LIBRO I.

| | |
|-----------------------------------|----|
| EL CAMINO. | |
| La máquina y el espíritu..... | 21 |
| El omniarca..... | 28 |
| Otra telegrafía..... | 33 |
| Petrarca..... | 37 |
| Las razones de estos tiempos..... | 41 |
| Destrucción..... | 43 |
| Coquelet..... | 51 |
| La patrona..... | 53 |
| Contratiempos en el mar..... | 55 |
| El buque de vapor..... | 57 |
| Civita-Vecchia..... | 61 |
| Palo..... | 63 |
| Los legados del Papa..... | 67 |

LIBRO II.

| | |
|----------------------------------|----|
| ENTRADA EN ROMA. | |
| Porta Cavalligieri..... | 73 |
| Las ventanas del Papa..... | 76 |
| El obelisco del Vaticano..... | 80 |
| Varias prisiones..... | 84 |
| Los centinelas..... | 86 |
| Pablo, prisionero de Cristo..... | 88 |
| Un Papa envilecido..... | 91 |

LIBRO III.

| | |
|--|-----|
| PAPAS Y EMPERADORES..... | 97 |
| Neron y Pedro..... | 99 |
| San Gregorio I, San Gregorio II y Leon Isauro..... | 105 |

II

| | |
|--|-----|
| El nuevo imperio y el nuevo Emperador..... | 109 |
| La paz en Roma..... | 117 |
| Roma secularizada..... | 123 |
| Gregorio VII..... | 126 |
| Italia sin el Papa..... | 134 |
| El problema..... | 140 |

LIBRO IV.

| | |
|-------------------------------------|-----|
| SAN PEDRO DE ROMA Y EL COLISEO..... | 145 |
| La vista de Roma..... | 146 |
| El cuervo..... | 147 |
| La paloma..... | 148 |
| San Pedro..... | 150 |
| El Capitolio y el Foro..... | 155 |
| El Coliseo..... | 160 |
| San Juan de Letran..... | 163 |
| Los romanos adoptivos..... | 170 |

LIBRO V.

| | |
|--|-----|
| LA CUESTION ROMANA. | |
| Noé y Pedro..... | 175 |
| Despues de una lectura..... | 187 |
| Reflexiones sobre un discurso piamontés..... | 202 |
| Carlomagno..... | 207 |
| La Iglesia libre en el Estado libre..... | 221 |
| Un subalpino..... | 229 |
| Ante San Juan de Letran..... | 234 |
| El Papa y el mundo..... | 243 |

LIBRO VI.

| | |
|-----------------------------|-----|
| ROMA VEDUTA, FEDE PERDUTA. | |
| El vecino de la ciudad..... | 261 |
| El necio municipal..... | 263 |
| El necio pagano..... | 268 |
| Bandidos y farsantes..... | 277 |
| El verdadero infame..... | 278 |
| Dos poetas..... | 281 |

LIBRO VII.

| | |
|--------------------------|-----|
| PASEOS Y CONVERSACIONES. | |
| Viaje á Subiaco..... | 293 |

| | |
|---|-----|
| Utilidad de la teología..... | 305 |
| El derecho de asilo..... | 312 |
| Los claustros..... | 317 |
| En una quinta..... | 323 |
| De la intolerancia..... | 330 |
| La celda de Fr. Gaudencio..... | 334 |
| Las Madonnas..... | 340 |
| El convento y el cuartel..... | 345 |
| En Frascati..... | 349 |
| Liorna..... | 354 |
| La Via Appia..... | 357 |
| El P. Carlos..... | 361 |
| Misterios..... | 363 |
| Entre la <i>Scala Santa</i> y <i>Santa Croce in Gerusalemme</i> | 375 |

LIBRO VIII.

| | |
|-------------------------------|-----|
| EL ALTAR. | |
| Coquelet en el Coliseo..... | 377 |
| Los devotos de San Pedro..... | 393 |
| El altar..... | 399 |
| El justo..... | 418 |
| Dos jóvenes..... | 421 |

LIBRO IX.

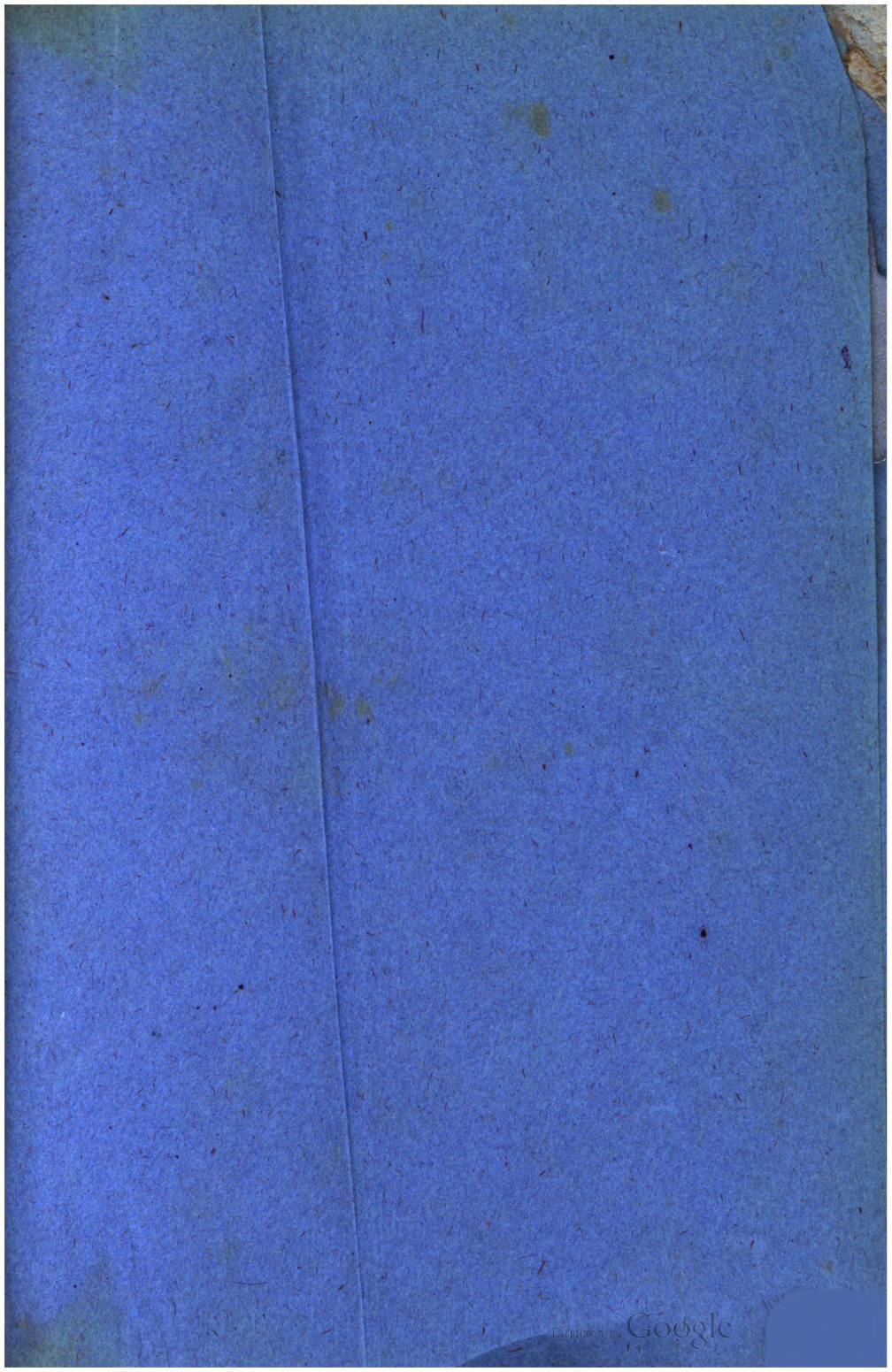
| | |
|--------------------------------------|-----|
| APUNTES DE VIAJE. | |
| Hostería de Porta Maggiore..... | 439 |
| El mártir de Carnaval..... | 441 |
| La Papisa Juana..... | 443 |
| La Via Appia..... | 444 |
| En San Crisógono..... | 446 |
| La habitación de San Estanislao..... | 447 |
| El escultor..... | 449 |
| El Capitan..... | 451 |
| La condesa..... | 453 |
| El estudio de un pintor..... | 453 |
| San Martin y San Silvestre..... | 454 |
| Una flor del Coliseo..... | 456 |
| Los germánicos..... | 458 |
| Rafael y el Dominiquino..... | 462 |
| La ciudad..... | 466 |
| San Pedro de Alcántara..... | 467 |
| Don José..... | 468 |

| | |
|---|-----|
| Una profesion religiosa..... | 471 |
| Los fieles en San Pedro..... | 476 |
| La Academia Francesa..... | 478 |
| La bestia..... | 480 |
| Ideas de una ciudadana..... | 484 |
| Palabras de una aldeana..... | 489 |
| En el palacio de los Césares..... | 490 |
| Bustos antiguos..... | 496 |
| El Calvario..... | 500 |
| Los últimos vencedores en el Coliseo..... | 503 |
| <i>Villa Pamphili</i> | 507 |
| <i>I piziccaroli</i> | 509 |
| Las gúlas en Roma..... | 510 |

LIBRO X.

| | |
|----------------------------|-----|
| LOS MÁRTIRES. | |
| Dos ambiciones..... | 513 |
| <i>Ecco la fiera</i> | 522 |
| El secreto de Roma..... | 540 |
| Última tarde en Roma..... | 549 |
| Pius P. P. IX..... | 555 |









Biblioteca
de Catalunya

C-Tus

Adq. 1001156434

CB.

Top. Pw-8

3245

Generalitat de Catalunya
Departament de Cultura

BC 27

BIBLIOTECA DE CATALUNYA



10011



Digitized by Google

